Carlos Miguel Buela

Obras Completas

Volumen 5

Mi Parroquia
Cristo Vecino

Carlos Miguel Buela

MI PARROQUIA

Cristo Vecino

Obras Completas

Volumen 5

2021

La presente edición de *Mi Parroquia - Cristo Vecino* incluye revisiones menores del texto original. Todos los datos citados y expresiones en tiempo presente permanecen intactos.

Nota del Editor

A S. E. R. Mons. Andrea Maria Erba
Obispo emérito de la diócesis suburbicaria de Velletri-Segni,
Pastor, padre, maestro, amigo, hermano.

Índice general

Prólogo xi
Presentación xiii
La Parroquia xvii

Primera parte: La infraestructura

Capítulo 1: El lugar del culto 23
Capítulo 2: Los tres polos de la acción litúrgica 53
Capítulo 3: Los accesorios del altar 83
Capítulo 4: El mobiliario del templo 103
Capítulo 5: El mobiliario de purificación 123
Capítulo 6: El mobiliario de invitación 131
Capítulo 7: El corazón vivo de la parroquia 145

Segunda parte: El factor humano

Capítulo 8: Las personas 165

Tercera parte: La acción apostólica

Capítulo 9: La pastoral parroquial 329
Conclusión 449
Apéndice 455
Índice de materias 587
Índice analítico 595

Algunas abreviaciones usadas:

Dz.	Denzinger
DS.	Denzinger - Schönmetzer
DH.	Denzinger - Hünermann
CEC	Catecismo de la Iglesia Católica
ASS	Acta Sanctae Sedis
AAS	Acta Apostolicae Sedis
OR	*L'Osservatore Romano* (edición en español)
Met.	*Metafísica* de Aristóteles

Santo Tomás de Aquino:

S. Th.	Suma Teológica
C.G.	Suma Contra Gentiles
In… Sent	Comentario a las Sentencias de P. Lombardo
In… Metaph.	Comentario a la Metafísica de Aristóteles

Prólogo

Una vez más el P. Buela me ha honrado, al pedirme que escriba el prólogo de su libro «Mi Parroquia», lo cual realizo con mucho gusto, ya que este tema de la prensa católica viene a ser en mí como una «vocación sucedánea» a la del sacerdocio, como me solía decir Mons. Buteler para animarme a este apostolado.

Y otro tanto, con mayor razón se puede decir del P. Buela, que escribió varios libros y le dedica un hermoso capítulo a la prensa.

Pero es tan importante la distribución del libro como su edición. Dicen que los productores gastan tanto o más en la propaganda que en la fabricación. ¿Cuál es el sistema para la distribución de diarios y revistas? La distribuidora. Se concentran diarios y libros en una empresa y los ofrecen a los vendedores en consignación, es decir, con el derecho de devolución de lo que no se venda. Así el que vende al público gana la comisión y no pierde nada. Esto no lo encontré en la Iglesia con respecto a la prensa y así fundé la «Distribuidora de revistas y libros». Esta obra sería de gran eficacia en todas las diócesis. Sin embargo, para las parroquias pobres, que son la mayoría, es más factible la «Biblioteca Católica» que presta libros gratuitamente, pero con esta modalidad: dejar en garantía el valor del libro. Se anota sólo el título del libro, su precio y la fecha. Si al vencimiento no lo ha devuelto, mejor. Se considera vendido y se compra otro. Si lo devuelve, recupera el importe.

«Mi Parroquia» reivindica la importancia de la atención del despacho parroquial que parece venido a menos en algunas partes. Mons. Buteler mandó una carta pastoral a todos los párrocos de Mendoza, haciendo ver el gran apostolado que se puede realizar sin salir de la parroquia y elogiaba el ejemplo de Mons. José Mattedi que durante 40 años atendió con exactitud el despacho de San

Nicolás. Por eso es muy importante y oportuno este libro del P. Buela, donde describe tantas iniciativas apostólicas. Se parece a «Cristo al Mundo» (revista internacional de experiencias apostólicas), resumen de los apostolados de todo el mundo que han tenido éxito.

Se lee como una novela, pero se nos abre un alentador panorama, porque nos hace pensar: ¿Y si probáramos nosotros? No importa que no tengamos éxito, Dios nos pagará lo mismo por el trabajo realizado, o mejor, como me contestó uno a quien le dije: «que Dios se lo pague»: «ya me lo ha pagado todo». El IVE constituye una extensa red de distribución mundial de la prensa. ¡Que llegue a todas las casas y lo lean todas las personas!

Victorino Ortego, Pbro.[1]
Párroco emérito de San José
San Rafael, capital de las vocaciones religiosas.

1. El P. Ortego realizó este escrito contando con 68 años de sacerdote y a sus 93 lúcidos años de edad.

Presentación

En estos momentos estamos encargados, como Congregación religiosa del Verbo Encarnado, de más de 130 parroquias en los cinco continentes[1]. Me pareció que podría ser de utilidad escribir sobre este tema, encarándolo del punto de vista de cuando uno tiene que comenzar con una parroquia nueva, como nos sucede muchas veces.

Con todo propósito he querido llamar a este escrito «*Mi Parroquia*», ya que así con el posesivo se manifiesta el afecto entrañable con que nombramos a nuestra parroquia de origen, aunque luego tengamos que ser párrocos de muchas otras parroquias. La mía es San Bartolomé apóstol, en Avda. Chiclana y Boedo, ciudad de Buenos Aires, Argentina, y puedo decir, con el barraquero sevillano, que desde la pila bautismal empecé a quererla.

Agradezco a todos los que me han ayudado a hacer posible este libro.

a. La parroquia es Jesucristo

Allí es dónde se nos enseña Jesucristo por las predicaciones, por las catequesis, etc.; dónde se nos santifica con su sacrificio y sus sacramentos; dónde se nos gobierna como sus ovejas para conducirnos a la vida eterna del Cielo.

Allí es desde siempre y para siempre dónde el programa es Jesucristo: «No se trata, pues, de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en Él la vida trinitaria y transformar con Él la historia hasta su perfeccionamiento en

1. Todos los datos han sido dejados tal cual como constaban en el original de esta obra. Nota del Editor.

la Jerusalén celeste. Es un programa que no cambia al variar los tiempos y las culturas, aunque tiene cuenta del tiempo y de la cultura para un verdadero diálogo y una comunicación eficaz. Este programa de siempre es el nuestro para el tercer milenio»[2].

b. Cada parroquia está fundada sobre una realidad teológica

Esa realidad teológica es Jesús Eucaristía: «Sin el culto eucarístico, como su corazón palpitante, la parroquia se vuelve estéril. A este propósito, es útil recordar lo que escribí en la carta apostólica *Dies Domini*: "Entre las numerosas actividades que desarrolla una parroquia ninguna es tan vital o formativa para la comunidad como la celebración dominical del día del Señor y de su Eucaristía"[3]. Nada podrá suplirla jamás»[4].

«Cada parroquia, en definitiva, "está fundada sobre una realidad teológica, porque ella es una **comunidad eucarística**. Esto significa que es una comunidad idónea para celebrar la Eucaristía, en la que se encuentran la raíz viva de su edificación y el vínculo sacramental de su existir en plena comunión con toda la Iglesia. Tal idoneidad radica en el hecho de ser la parroquia una comunidad de fe y una comunidad orgánica, es decir, constituida por los ministros ordenados y por los demás cristianos, en la que el párroco –que representa al obispo diocesano– es el vínculo jerárquico con toda la Iglesia particular"[5]»[6].

Por tanto la parroquia no es ***principalmente*** ni el edificio, ni las instituciones, ni lo canónico, ni el territorio, ni la beneficencia, ni los trámites. ***Principalmente*** es la realidad teológica de ser una ***comunidad eucarística***. También será, pero ***secundariamente***, el templo, las instituciones, lo canónico, el territorio, la ayuda a los pobres, los trámites indispensables y mínimos propios de una sociedad organizada.

Principalmente es algo querido por Dios.

2. *Novo Millennio Ineunte*, 29.
3. *Dies Domini*, 35.
4. Congregación para el Clero, *Instrucción «El presbítero, pastor y guía de la comunidad parroquial»*, 3.
5. *Christifideles Laici*, 26; cf. *Ecclesiae de Mysterio*, Disposiciones prácticas, art. 4.
6. Congregación para el Clero, *Instrucción «El presbítero, pastor y guía de la comunidad parroquial»*, 18.

c. Necesidad obliga

Todo hombre y mujer tiene una necesidad incoercible de rendir culto a Dios. Si no le rinde culto al único Dios vivo y verdadero, se fabricará un dios a quien rendirá culto; sea la riqueza, el poder, el Estado, el sexo, él mismo, una ideología…[7].

Como para los católicos el máximo acto de culto a Dios es la Eucaristía, es normal que, cuando comienza a crecer la población de determinada zona, se preocupen por disponer de un lugar para celebrar la Santa Misa.

Para nosotros la Eucaristía «*es la cumbre hacia la cual tiende la actividad de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza*»[8]; además, es centro de todos los ministerios eclesiásticos y de las obras de apostolado[9], y de la predicación de la Palabra y de los sacramentos: «*cuyo centro y cima es la Santísima Eucaristía*»[10]. Y «la santidad es también el fruto principal de la Eucaristía»[11].

Éste es el origen teológico de lo que llamamos con afecto: «***¡Mi Parroquia!***».

7. Cf. *Documento de Puebla*, 491.
8. *Sacrosanctum Concilium*, 10.
9. Cf. *Presbyterorum Ordinis*, 5.
10. *Presbyterorum Ordinis*, 5.
11. San Juan Pablo II, *Audiencia General*, (21/8/1985).

La Parroquia

Nuestro Señor Jesucristo encomendó a Pedro y sus sucesores –los Papas– y en comunión con Él y bajo su autoridad, a los demás Apóstoles y a sus sucesores –los obispos– la obra de la redención: glorificar al Padre y salvar a los hombres.

A cada obispo –sucesor de los Apóstoles– se le encomienda una parte del pueblo de Dios, llamada diócesis. ¿Cuál es el origen de esta palabra? Viene de la palabra griega *oikos*, que significa casa. De ésta se deriva *dioikeo* = yo administro; y de ésta el español diócesis. Según el Concilio Vaticano II: «La diócesis es una porción del pueblo de Dios que se confía al obispo para ser apacentada»[1].

La palabra «parroquia» viene del griego *para* (= cerca) y *oikos* (= casa), significando *un conjunto de casas* o, también, *un grupo de habitantes vecinos*. Etimológicamente significa *vecindario*, en el cual Jesucristo es el principal Vecino.

Otros, hacen derivar la palabra «parroquia» del griego *parojeo* (= transportar) o del griego *parechō* (= suministrar). Ambas cuadran muy bien con el oficio del párroco que habita en medio de sus feligreses para suministrarles la buena doctrina, los sacramentos, etc.

De hecho, se entienden tres cosas al hablar de parroquia[2]:

1.º El conjunto de los fieles que están bajo la jurisdicción del párroco.

2.º El templo donde éste ejercita sus funciones.

3.º La porción del territorio de la diócesis.

1. *Christus Dominus*, 11.
2. Cf. CIC, can. 216.

«*La parroquia es como la célula*»[3] de la diócesis, y «*de alguna manera representa a la Iglesia visible establecida por todo el mundo*»[4]. En ellas, de modo inmediato, somos incorporados a la Iglesia de Jesucristo, una, santa, católica y apostólica[5]. Nuestras parroquias fueron erigidas un día determinado y por un determinado obispo. Comúnmente se toma erección como sinónimo de creación. Erección significa la fundación de una nueva parroquia por el obispo por división o desmembración de otra, llamada iglesia matriz o madre.

A esa porción del territorio de la diócesis, con su templo especial, pueblo determinado y párroco que tiene el cuidado de las almas de aquel pueblo en aquel territorio, se le da un defensor, amparador, protector, que es el patrono o santo titular del templo. Se dice titular porque da su nombre a la parroquia, haciendo que por ese nombre se conozca y distinga la misma.

La parroquia es centro de vida religiosa. En ella el hombre nace a la vida de la gracia por el Bautismo, hace su primera Comunión, y muchas comuniones más, alimentándose con la Sagrada Eucaristía, recibe el perdón de Dios por el sacramento de la Reconciliación, contrae Matrimonio, es confirmado, rinde culto a Dios, especialmente en la Misa dominical…

La parroquia es centro de la instrucción religiosa, completa con el catecismo la instrucción religiosa recibida en la familia, difunde la Palabra de Dios por las misiones populares, por la predicación ordinaria, etc., tratando de que sus miembros den auténtico testimonio de Jesucristo, como miembros vivos y activos de su Cuerpo Místico, enseñándoles a ordenar según Dios su vida familiar y laboral, insertándose por sus actitudes participativas, misioneras, solidarias y ecuménicas con la Iglesia Universal.

La parroquia es centro de apostolado. A través de sus instituciones por medio de sus obras y actividades trata de que los hombres y mujeres conozcan, amen y sirvan cada vez más a Jesucristo.

A los hombres y mujeres que viven en su territorio se los llama parroquianos o feligreses (del latín *filiigleses*, *filius ecclesiae* = hijos de la Iglesia). ¡Palabra de cariño maternal! De ahí que los feligreses se consideran como matriculados o

3. *Apostolicam Actuositatem*, 10.
4. *Lumen Gentium*, 42.
5. Cf. *Communionis Notio*, 10.

afiliados, ya que ella es madre. De la palabra *matrix* se derivó matrícula, lista o catálogo de personas de una institución.

Decía San Juan Pablo II: «Todos nosotros aquí presentes, incluido el Papa, estamos inscriptos en otra escuela, en una escuela de Jesucristo. Y estamos inscriptos en esta escuela desde el inicio de nuestra vida, desde el momento de nuestro Bautismo. Y esta inscripción se hace también en la parroquia, sí, pero sobre todo se hace en el corazón. Cada uno de nosotros la lleva en sí como un signo indeleble. De este modo todos nosotros estamos inscritos en esta escuela de Jesús. Vosotros frecuentad esta escuela, porque la parroquia es la escuela de Jesucristo. En esta escuela trabajan sus discípulos, trabajan sus sacerdotes, trabajan también las hermanas, los laicos, vuestros padres… Todo el ambiente de vuestra parroquia trabaja en esta escuela, con ellos trabaja el cardenal Vicario y ahora con ellos también trabaja el Papa»[6].

La parroquia es Familia de familias y Comunidad de comunidades.

6. San Juan Pablo II, *Discurso en su visita pastoral a la parroquia romana de «San Eligio»*, (26/4/1987).

Primera parte

La infraestructura

CAPÍTULO 1

El lugar del culto



1. El templo

DICE SANTO TOMÁS: «TODO AQUELLO en que Dios habita puede llamarse templo»[1]. Como Dios es infinito, sólo el ser de Dios es digno templo suyo, porque sólo la infinitud puede dignamente albergar al infinito: «El Señor Dios es su Templo», se nos enseña en el Apocalipsis (21,22). Templo de Dios es la creación: «¿O se esconderá alguno en escondite donde yo no le vea? –oráculo de Yahvé–. ¿Los cielos y la tierra no los lleno yo? –oráculo de Yahvé–» (Jr 23,24); templo de Dios es el alma del justo: «¿No sabéis que sois santuario de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?» (1 Co 3,16).

Todo hombre, con sentido común, sabe que necesita tener un templo donde rendir culto a Dios y recibir los sacramentos. Dice el poema nacional argentino, el *Martín Fierro*:

> «… naides toma a pecho
> el defender a su raza;
> debe el gaucho tener casa,
> escuela, Iglesia y derechos»[2].

1. Santo Tomás de Aquino, *Super Epistolam S. Pauli.* In Epist. 1 ad Cor. 3.
2. José Hernández, *Martín Fierro*, 4825-4828.

¿Cuáles son las razones que exigen a los hombres erigir templos? Tres son las principales.

a. Es una exigencia natural del culto

El supremo acto del culto a Dios es el sacrificio. Como el sacrificio tiene que ser público y externo, tiene una conexión necesaria con el altar. Y como el sacrificio (*sacrum facere*, hacer sagrado) es algo sagrado, sagrado tiene que ser el ministro, sagrado tiene que ser el altar donde se sacrifica y para que este quede aislado de todo lo profano, fue encerrado en el templo.

b. Es una exigencia del pecado

El mundo, templo natural de Dios, quedó manchado por el pecado, quedó profanado por la trasgresión de Adán y las nuestras.

Cuando el hombre ha querido congraciarse con Dios, reconciliarse con Él, ha tenido que acotar[3] un pedazo de tierra, o sea, reservar el uso y aprovechamiento de un terreno por medio de cotos puestos en sus límites, aislar una porción de espacio, y santificarlo y dedicárselo a Dios diciendo como Jacob: «¡Qué terrible es este lugar! ¡Esto no es otra cosa sino la casa de Dios y la puerta del Cielo!» (Gn 28,17).

Levantóse Jacob de madrugada, y tomando la piedra que se había puesto por cabezal, la erigió como estela y derramó aceite sobre ella.

Y llamó a aquel lugar Betel, aunque el nombre primitivo de la ciudad era Luz.

Jacob hizo un voto, diciendo: «Si Dios me asiste y me guarda en este camino que recorro, y me da pan que comer y ropa con que vestirme, y vuelvo sano y salvo a casa de mi padre, entonces Yahvé será mi Dios; y esta piedra que he erigido como estela será Casa de Dios; y de todo lo que me dieres, te pagaré el diezmo» (Gn 28,20-22).

3. De coto, y éste del latín *cautus* = defendido.

c. Es una exigencia de nuestro rito cristiano

Cuando Jesús habla con la Samaritana le dice que vendrá un día en que se adorará al Padre «en espíritu y en verdad» (Jn 4,23), pero Él mismo elige para celebrar los divinos misterios una «sala grande, ya dispuesta y preparada; haced allí los preparativos para nosotros» (Mc 14,15): el Cenáculo.

Y allí consagra por primera vez la Eucaristía y ordena sacerdotes y obispos a los Apóstoles. Fue el primer templo material cristiano. Allí vino, luego, el Espíritu Santo; allí se congregó la primitiva Iglesia para el sacrificio y la oración, para la evangelización y el apostolado.

En todas las religiones, así como hay ritos, hay templos. No somos una excepción los cristianos. Cuando nos juntamos para hacer nuestras casas, en medio nuestro pusimos la casa de Dios, testimonio vivo de su presencia en el mundo.

Así Juan de Garay cuando funda Buenos Aires el 11 de junio de 1580 acota un terreno dedicándolo para el futuro templo, la actual Catedral de Buenos Aires en Plaza de Mayo.

* * *

Renovemos nuestro entusiasmo en la construcción de futuros templos hermosos. Responde a exigencias insoslayables de culto, del pecado y del rito cristiano.

Imitemos a nuestros mayores. Levantar el templo forma parte de todo auténtico plan de mejoras sociales como decía el *Martín Fierro*: «casa, escuela, Iglesia, derechos»[4].

No seamos «materialistas» fijándonos sólo en el costo económico de la construcción. En el año 1982 (con USD 1 a $30) había hecho unas cuentas:

- Con la venta de un toro campeón en La Rural de Buenos Aires por $3000000 se podían levantar 2 templos medianos.
- Con el total de ventas de la Rural por $50000000, se edificarían 33 templos.

4. José Hernández, *Martín Fierro*, 4828.

– El equipo TV Color de Canal 11 costó USD 7369000 con lo que se podrían hacer 147 templos[5].
– Con el gasto de las elecciones por USD 36000000 se construirían 720 templos.

No seamos mezquinos con Dios y con nosotros. A Salomón Dios le dio paz, lo hizo triunfar sobre sus enemigos y luego le perdonó sus muchos pecados, porque: «edificó un templo en su Nombre» (Si 47,13).

2. Los patronos[6]

En la acepción litúrgica, por patrono se entiende la Bienaventurada Virgen María, el santo o el beato que por una antigua tradición o por una legítima institución se celebra como protector o intercesor ante Dios.

El patrono se distingue del título o titular (que da nombre) de una iglesia, de una congregación, de una comunidad, aun cuando el título en cierto modo supone un patronato.

Se tienen patronos:

a. De los lugares (es decir de una nación, de una región, de una diócesis, de un estado, de una ciudad, de un pueblo o de una parroquia).
b. De las familias religiosas.
c. De las personas morales, de las asociaciones, de las instituciones, de los grupos, sean eclesiásticos como laicos.

Pueden ser elegidos como patrones la Bienaventurada Virgen María, bajo un título admitido por la liturgia, los ángeles o los santos. Los beatos no pueden ser elegidos como patronos sin un especial indulto de la Sede Apostólica[7]. Se excluyen siempre las Personas divinas[8].

5. Diario *La Nación*, Buenos Aires, (20/8/1982).
6. Congregación para el Culto Divino, *Normas acerca de cómo deben ser constituidos los patronos*, (19/3/1973): AAS 65 (1973) 276-279.
7. Cf. CIC, can. 1278.
8. Cf. Congregación para el Culto Divino, *Instrucción sobre los Calendarios Particulares*, (24/6/1970) 28: AAS 62 (1970) 651-663.

Normalmente debe haber solamente un patrono. Está permitido elegir dos o más santos patronos, si en el calendario los mismos se reportan juntos. Por motivos particulares, a veces se ha adjuntado otro patrono como patrono secundario. En adelante, habitualmente se tendrá un solo patrono.

Los patrones del lugar sean elegidos por el clero y por fieles, es decir por aquellos que serán puestos bajo la protección del patrono. Los patrones de las familias religiosas, de las personas morales, de las asociaciones, de las instituciones, de los grupos, deben ser elegidos por los interesados, es decir por los miembros que forman la familia religiosa, la persona moral, la asociación, la institución, el grupo[9]. La elección debe ser hecha ya sea por consultas o por votaciones, ya por peticiones o por junta de firmas.

La elección del patrono debe ser aprobada por la autoridad eclesiástica competente, es decir: el obispo para la diócesis, la Conferencia Episcopal para la provincia eclesiástica, la región, o nación; el capítulo provincial para la provincia religiosa, el capítulo general para toda la familia religiosa. Para las personas morales, las asociaciones, las instituciones, los grupos existentes en las diversas partes del mundo, se someta la cuestión a la Santa Sede.

La celebración litúrgica atañe sólo a los patronos regularmente constituidos o recibidos por una tradición inmemorial. Pero a los otros, que se dicen patronos en un sentido más amplio, y que son propuestos únicamente por razones de piedad, no atañe ningún derecho litúrgico particular[10].

La celebración del patrono de un lugar, ciudad o pueblo, de una persona moral, de una asociación, de una institución, de un grupo, se hace con el grado de solemnidad. Tal solemnidad goza de la precedencia sobre todas las fiestas inscriptas en el calendario general o particular y sobre los domingos del tiempo de Navidad y durante al año.

La celebración del patrono de una diócesis, de una provincia, de una región, de una nación, o de una circunscripción más amplia y de una provincia religiosa se hace con el grado de fiesta[11]. Con todo, si razones pastorales lo aconsejan, por ejemplo cuando el patrono ha tenido un puesto notable en la historia de

9. Cf. Congregación para el Culto Divino, *Instrucción sobre los Calendarios Particulares*, 30.
10. Cf. *Normas Universales sobre el Año Litúrgico y sobre el Calendario*, 52c; Congregación para el Culto Divino, *Instrucción sobre los Calendarios Particulares*, 16d.
11. Cf. *Mysterii Paschalis*, 59.

una región o cuando es muy venerado por los fieles, la fiesta del mismo puede ser celebrada como solemnidad[12]. El patrono de un lugar o de una circunscripción más amplia debe ser celebrado también por los religiosos[13] y por cuantos gozan de un calendario propio.

Las familias religiosas pueden celebrar solas, con el grado de solemnidad, únicamente la fiesta del patrono o del titular o del fundador, si el mismo es santo. Sin embargo, en circunstancias particulares, pueden pedir que haya dos de estas solemnidades.

Etimológicamente patrón[14] viene del latín *patronus* (= patrono, protector, defensor, abogado, amparador), y de *pater* (= padre), y éste del griego *patér* (= padre). En nuestro caso se trata del patrono o santo protector, titular (da nombre) de una iglesia.

La costumbre es antiquísima y popular. En el Antiguo Testamento ya vemos aparecer a San Miguel y a San Gabriel como santos protectores especiales de países. El vocablo patrono procede del lenguaje romano forense, pero con significado de protector de los clientes, colonos, manumitidos, y se encuentra empleado por vez primera en un sentido cristiano, en los escritos de San Ambrosio[15]. Naturalmente, la elección de patronos durante los primeros siglos del cristianismo recaía casi exclusivamente sobre los santos mártires, y estaba limitado a las zonas donde se hallaban enclavados su sepulcro o sus reliquias (patrones locales); más tarde, los obispos, misioneros, constructores o fundadores de iglesias escogieron también por patronos de la iglesia a confesores y a los santos ministros de la religión, por ejemplo, la Trinidad, la Santa Cruz, el Salvador, etc.; lo cual recibió más bien el nombre de título que el de patronato.

La investigación científica aplicada al estudio de los patrocinios o patronatos de las iglesias ha contribuido al estudio histórico de las fuentes literarias o arqueológicas, habida cuenta de las diversas circunstancias de toda índole que acompañan siempre al establecimiento de los patronatos locales. Es interesante el estudio de lo que podríamos llamar la geografía de los santos patronos. El hecho de ser la iglesia patrocinada por un santo supone la veneración popular

12. Cf. Congregación para el Culto Divino, *Instrucción sobre los Calendarios Particulares*, 8.
13. Cf. *Mysterii Paschalis*, 52c; Congregación para el Culto Divino, *Instrucción sobre los Calendarios Particulares*, 16d.
14. *Enciclopedia de la religión católica*, Dalmau y Jover editores, Barcelona 1953, t. V.
15. Cf. *Epist*. 22,11.

de éste, y viceversa: el ejercicio nominal de un patronato ha fomentado y desarrollado la veneración hacia una advocación determinada, y no pocas veces el recuerdo de la labor histórica de los grandes santos fue el motivo inicial para las fundaciones de las iglesias. Por otra parte, la investigación hagiográfica ha probado también que el culto de algunos santos se relaciona con su vida póstuma: así, el descubrimiento o traslación de su sepulcro o de sus reliquias ha motivado a menudo un florecer de devociones y de fundación. La investigación, además tiene que empezar a partir de la época en que la región ha empezado a ser misionada.

De entre la multitud de mártires de la Iglesia primitiva, los misioneros antiguos eligieron preferentemente, para patronos de las iglesias, santos que han gozado de estimación general; así los principales Apóstoles, San Juan Bautista, a menudo patrono de los antiguos templos bautismales, San Esteban y San Lorenzo, la Virgen Santísima, San Miguel y San Martín. Al aumentar la predicación y el área evangelizadora de la Iglesia, crecía el número de los santos patronos, y este patronato y sus características cambiaron con el tiempo: por ejemplo, San Martín fue primeramente patrono de iglesias parroquiales, reales y de otras categorías, y luego apareció como patrono de lugares remotos e insignificantes. Conforme al principio de acomodación, el Papa San Gregorio Magno, recomendó a San Agustín de Cantorbery, misionero de Inglaterra, que no destruyese los templos paganos que encontrara en el país, sino que los transformara en Iglesias cristianas; sin embargo, la suplantación sistemática de ciertas divinidades por santos cristianos (por ejemplo, Wotan por San Martín) no se llevó a efecto de un modo absoluto. Al propio tiempo influyó grandemente en la creación, propagación o cese de un patronato, la categoría de la clase social dominante, príncipes, aristócratas, elemento militar, etc. Así San Jorge aparece como patrono de varias iglesias ya en los siglos V y VI, más tarde como patrono de caballeros y por último su patronato pasó al estado llano y a los campesinos. Países tan distintos como Inglaterra, Cataluña y Grecia, lo adoptaron también como santo patrono.

Debemos instruir a nuestros fieles para que conozcan y amen a los santos patrones, dándoles el lugar de honor que les corresponde y llevando a cabo una pastoral articulada para conseguir esos objetivos. Algunos elementos importantes son las fiestas patronales, las novenas, postales, estampas, escapularios,

medallas, réplicas de su imagen, etc., que el verdadero arte de la religiosidad popular ha sabido, a través de los siglos, crear.

3. La piedra fundamental

Suele colocarse la piedra fundamental del futuro templo, antes de comenzar las obras del mismo y es muy importante que sea bendecida por el señor obispo.

Llámase piedra fundamental o angular a la «primera que se pone en los edificios» y, en sentido figurado, a la «base o fundamento principal de una cosa», al «principio y origen de donde dimana una cosa»[16].

De allí que la piedra fundamental represente a Cristo. En efecto, enseña la Biblia: la roca es Cristo (cf. 1 Co 10,4); «nadie puede poner otro fundamento» (1 Co 3,11). El mismo Jesucristo se presentó como la piedra fundamental: «El que caiga sobre esta piedra quedará destrozado, y aquel sobre quien ella caiga, será aplastado» (Lc 20,18). San Pedro clamaba: «Jesucristo es la piedra… angular. Porque no existe bajo el cielo otro Nombre dado a los hombres, por el cual podamos llegar a la salvación» (Hch 4,11-12).

Pero hay más. La piedra fundamental no sólo representa a Cristo, cabeza del Cuerpo Místico, que es la Iglesia, sino también a cada uno de nosotros, miembros de esa cabeza: «Estáis edificados sobre el fundamento de los Apóstoles y profetas, en Jesucristo, el cual es la principal piedra angular, sobre quien trabado todo el edificio se alza para ser un templo santo en el Señor» (Ef 2,20). Así también lo enseña San Pedro, primer Papa: «Arrimándonos a Jesucristo, como a piedra viva que es… sois también vosotros a manera de piedras vivas edificadas encima de Él, una casa espiritual…» (1 P 2,4-5).

Es decir que la piedra fundamental representa a Cristo, cabeza y cuerpo, al Cristo total. Dice el Beato Isaac de Estela: «No te empeñes en separar la cabeza del cuerpo, no impidas la acción del Cristo total, pues ni Cristo está entero sin la Iglesia ni la Iglesia está íntegra sin Cristo. El Cristo total e íntegro lo forman la cabeza y el cuerpo»[17].

16. Cf. Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, Madrid 2001, t. II, p. 1756.
17. Beato Isaac de Stella, *Sermo* 11: PL 194, 1728.

Es conveniente para que siempre se recuerde esta profunda verdad, colocar dentro de esta piedra angular en tubo lacrado junto con los pergaminos correspondientes, piedras de algunos lugares donde se desarrollaron los misterios más grandes de la vida de Jesucristo. Por ejemplo, en un caso determinado se hizo así:

«**1.** En primer lugar, una piedra de Nazareth de Galilea, de la gruta de la Encarnación donde "el Verbo se hizo carne" (Jn 1,14), donde la Santísima Virgen María, al aceptar la Anunciación del ángel fue Madre de Dios y donde se rezó por primera vez el *Ángelus*.

2. Colocamos también una piedra de la gruta de Belén de Judá, donde Jesucristo nació y fue adorado por la Virgen Santa, San José, los ángeles, pastores y magos. ¡Vivamos siempre la alegría de saber que Cristo "habitó entre nosotros" (Jn 1,14)!

3. En tercer lugar, depositamos piedras de Getsemaní, del Monte de los Olivos donde Jesús "sudó sangre" (Lc 22,44) por "nuestros pecados" (Rm 4,25).

4. En cuarto lugar, de la roca del Gólgota o Calvario de Jerusalén donde murió crucificado luego de tres horas de agonía.

5. Junto a ellas colocamos una cruz. ¡Contemplando todo el dolor de la Pasión, conozcamos "aquel amor de Cristo que sobrepuja todo conocimiento" (Ef 3,19)!

6. Ponemos una piedra del Santo Sepulcro donde fue depositado el cuerpo muerto del Señor y desde donde resucitó glorioso al tercer día para nunca más morir.

7. Y el resto de una vasija bizantina de la casa de Cleofás en Emaús, donde Jesús apareció resucitado a sus discípulos y celebró la Eucaristía. ¡Busquemos, por tanto, "las cosas que son de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios" (Col 3,1) en la gloria del Padre!

8. Todos estos hechos están íntimamente relacionados con la Santísima Virgen y los recordamos en los misterios gozosos, dolorosos, luminosos y gloriosos del Santo Rosario. Por ello depositamos un Rosario.

9. Colocamos una piedra de la gruta de Masabielle de Lourdes, Francia, donde la Santísima Virgen se apareció, rezando el Santo Rosario, a Santa Bernardita.

10. Asimismo, recordando que en la piedra fundamental estamos significados los miembros de Cristo, ponemos en ella una piedra del Sepulcro de San Pedro de la colina Vaticana de Roma, donde fuera enterrado luego de su martirio aquel a quien Cristo dijera: "Tu eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella" (Mt 16,18) y con ella proclamamos nuestro más firme propósito de ser fieles a su sucesor, el Papa, Vicario de Cristo en la tierra.

11. Una piedra de la catedral, sede del obispo, sucesor de los Apóstoles, "principio y fundamento de la unidad de la Iglesia particular"[18] y con ello manifestamos nuestra inquebrantable unión a él.

12. Otra piedra del sepulcro del Apóstol Santiago.

13. Otras de las catacumbas romanas.

14. Otras de la Basílica de Luján, donde está el trono de la Patrona de la República Argentina (o de los santuarios vecinos).

15. Además, colocamos los pergaminos con las firmas de todos nosotros que estarán permanentemente debajo del altar del futuro templo haciendo patente que en cada Misa que se celebre sobre el mismo se rezará por nosotros.

16. Por último, ponemos una bandera argentina (o de la Nación en donde estemos), ya que su suelo guarda a nuestros muertos, a todos los que lucharon para que nuestra patria fuera cristiana y, en especial, por los que trabajaron para que esta parroquia de […] existiera y se desarrollara; en nuestra bandera, también queremos tener presentes a los futuros feligreses, a toda esa multitud de niños y niñas, jóvenes y adultos, que en el correr de los años encontrarán cobijo y ayuda espiritual en éste templo que para gloria de la Trinidad Santísima y de la Madre de Dios queremos levantar».

(Lugar y fecha. Siguen las firmas de las Autoridades eclesiásticas, civiles, etc. y del pueblo).

18. Cf. *Lumen Gentium*, 18.23.

4. Dedicación del templo[19]

En los tres primeros siglos los cristianos se reunían en las iglesias domésticas y la sacralidad de dichos lugares se ve reflejada en el modo cómo eran denominadas: *edificio-iglesia*, *ecclesia*, *domus Dei*, *dominicum*, *domus orationis*.

El origen de la dedicación de las iglesias no carece de un fundamento bíblico que indica, no sólo el recorrido que la Iglesia hará a lo largo de la historia, sino el sentido profundo de la Casa de Dios, como lugar privilegiado del encuentro entre Dios y el hombre.

El código establece que «son lugares sagrados aquellos que se destinan al culto divino [...] mediante la dedicación o bendición prescrita por los libros litúrgicos»[20] y que «en un lugar sagrado sólo puede admitirse aquello que favorece el ejercicio y el fomento del culto, de la piedad y de la religión, y se prohíbe lo que no esté en consonancia con la santidad del lugar. Sin embargo, el Ordinario puede permitir, en casos concretos, otros usos, siempre que no sean contrarios a la santidad del lugar»[21].

Y las normas litúrgicas, como ser la *editio typica tertia* de la *Institutio Generalis Missalis Romani* establece: «Todas las iglesias han de ser dedicadas, o, al menos, bendecidas. Pero las catedrales y las iglesias parroquiales han de ser dedicadas con rito solemne»[22].

El fundamento bíblico del rito y ritual de dedicación nos permite comprender la evolución que se produjo acerca del sentido del lugar en el que se da el encuentro de Dios con los hombres.

La tradición veterotestamentaria habla de la dedicación de estelas, altares, casas, templos, por parte de los pueblos primitivos y también por parte del pueblo de Israel. La imagen del templo recorre la revelación bíblica en todo su desarrollo, desde el Génesis hasta el cumplimiento escatológico anunciado por

19. Cf. Juan Javier Flores, *Los Sacramentales. Bendiciones, exorcismos y dedicación de las Iglesias*, CPL, Barcelona 2010, pp. 283-362.
20. CIC, can. 1205.
21. CIC, can. 1210.
22. *Ordenación General del Misal Romano*, 290. Para la *Ordenación General del Misal Romano*, utilizamos la traducción española de la *Editio Typica Tertia Missalis Romani* (2002) de Coeditores litúrgicos, Barcelona 2005. Mencionamos también que en mayo de 2008 fue publicada la *Reimpressio emendata* de la *Editio Typica Tertia Missalis Romani*.

el Apocalipsis. Así, desde el Pentateuco, pasando por la experiencia del éxodo y de la alianza entre Yahvé y el pueblo de Israel, la temática es constante. Y desde el concepto de lugar como circunscripción territorial en el Antiguo Testamento se llega al concepto de lugar como persona y como grupo de personas que se reúnen para orar y escuchar la Palabra de Dios, para la *fractio panis*, según el Nuevo Testamento.

Veamos algunos textos:

– El sacrificio de Abel: «Y al cabo de tiempo hizo Caín ofrenda a Yahvé de los frutos de la tierra, y se lo hizo también Abel de los primogénitos de sus ganados, de lo mejor de ellos; agradóse Yahvé de Abel y su ofrenda, pero no de Caín y de la suya. Se enfureció Caín y andaba cabizbajo» (Gn 4,3-5).
– De Abram: «Abram atravesó el país hasta el lugar de Siquem, hasta el encinar de Moreh. Entonces estaban los cananeos en aquella tierra. Y se le apareció Yahvé a Abram y le dijo: A tu descendencia daré yo esta tierra. Alzó allí un altar a Yahvé, que se le había aparecido» (Gn 12,6-7).

De este modo se ven que dos conceptos tan distintos como trascendencia y proximidad van juntos. Dios es el Dios Altísimo, pero al mismo tiempo es un Dios que viene a nosotros y entra en la historia personal de cada uno de nosotros.

– En el éxodo del pueblo hebreo: en este período encontramos dos lugares de culto en particular:

  * El Arca de la alianza.

  * La Tienda del encuentro.

En el tiempo del Éxodo tenemos una mayor cantidad de datos y términos que definen el régimen de la presencia de Dios. Varias imágenes expresan la realidad de Dios próximo y al mismo tiempo trascendente, que manifiesta su voluntad haciendo oír su voz: la nube (Ex 19,16; Nm 9,15), la gloria (Ex 16,10; 33,18.22), la Tienda del encuentro (Ex 33,7-11), la Morada (Ex 26; 40,2.6), el Arca del testimonio donde se colocan las tablas de piedra con los Diez Mandamientos (Ex 25,22; Dt 10,5).

Y hay que distinguir entre:

* Lugares de culto de la divinidad: por ejemplo, el Sinaí, el desierto, etc.

* Presencia de la divinidad: por ejemplo, la nube, la gloria, la Tienda del encuentro, el Arca.

Así, por ejemplo, leemos que: «la nube cubrió el tabernáculo de la reunión, y la gloria de Yahvé llenó el habitáculo. Moisés no pudo ya entrar en el tabernáculo de la reunión, porque estaba encima la nube, y la gloria de Yahvé llenaba el habitáculo» (Ex 40,34-35).

– La dedicación del templo de Salomón: «Entonces congregó Salomón a los ancianos de Israel en Jerusalén para hacer subir el Arca de la alianza de Yahvé desde la ciudad de David, que es Sión. Se reunieron junto al rey Salomón todos los hombres de Israel, en el mes de Etanim, (que es el mes séptimo) en la fiesta, y los sacerdotes llevaron el Arca, y la Tienda del encuentro, con todos los objetos sagrados que había en la Tienda. El rey Salomón y todo Israel con él sacrificaron ante el Arca ovejas y bueyes en número incalculable e innumerable. Los sacerdotes llevaron el Arca de la alianza de Yahvé a su sitio, al Debir de la Casa, en el Santo de los Santos, bajo las alas de los querubines, porque los querubines extendían las alas por encima del sitio del Arca, cubriendo los querubines el Arca y sus varales por encima. Los varales eran tan largos que se veían sus puntas desde el Santo, desde la parte anterior del Debir, pero no se veían desde fuera. Están allí hasta el día de hoy. En el Arca no había nada más que las dos tablas de piedra que Moisés hizo poner en ella, en el Horeb, las tablas de la alianza que pactó Yahvé con los israelitas cuando salieron de la tierra de Egipto. Al salir los sacerdotes del Santo, la nube llenó la Casa de Yahvé. Y los sacerdotes no pudieron continuar en el servicio a causa de la nube, porque la gloria de Yahvé llenaba la Casa de Yahvé» (1 R 8,1-11).

Si en el Antiguo Testamento Dios se hace presente en un lugar, el Templo, donde encuentra a su pueblo, aun conservando su libertad de actuar fuera de espacios definitivos, y si en la primera alianza se va dibujando la promesa por la cual Yahvé había elegido a su pueblo como morada, entonces el Nuevo Testamento se presenta en continuidad con el Antiguo y realiza sus expectativas.

Ante todo, es la venida de Jesucristo, el Verbo que se hace carne, lo que ofrece una novedad que, mientras lleva a cabo las antiguas promesas, supera todas las previsiones; en la Nueva Alianza será Él mismo, Jesús y su cuerpo glorificado,

el Templo de Dios en medio de los hombres: «Jesús les respondió: Destruid este Santuario y en tres días lo levantaré. Los judíos le contestaron: Cuarenta y seis años se han tardado en construir este santuario, ¿y tú lo vas a levantar en tres días? Pero él hablaba del santuario de su Cuerpo» (Jn 2,19-21).

a. El ritual de la dedicación de las Iglesias

De los primeros siglos, tiempos de persecuciones contra los cristianos, tenemos el testimonio referido por Eusebio en su *Historia Eclesiástica* relativo a la Catedral de Tiro y su dedicación, que tuvo lugar bajo el obispo Paulino hacia el año 317[23]. Es un testimonio de gran valor, ya que refiere la primera dedicación de una iglesia de que tenemos noticia, en un período en el que, gracias a la paz decretada por Constantino en 313, dichas celebraciones tenían ocasión de multiplicarse mediante la construcción de edificios para el culto cristiano. Eusebio comenta: «se nos ofrecía un espectáculo muy deseado y esperado por todos: eran las fiestas de dedicación, eran las consagraciones de iglesias construidas en las diversas ciudades; eran en estas ocasiones las grandes asambleas de obispos y de pueblos de todas partes, aun lejanas»[24].

A lo largo del siglo IV y siguientes hallamos testimonios que manifiestan una amplia difusión de estas ideas en otros padres de la Iglesia, como San Hilario de Poitiers, San Zenón de Verona, San Jerónimo, San Ambrosio, San Agustín, San Máximo de Turín, destacando la dimensión individual, el simbolismo comunitario, el significado eclesiológico, cristológico, etc.

Más referencias se encuentran en los siglos posteriores. Así, por ejemplo, la carta del Papa Vigilio a Profuturo de Braga donde menciona la praxis de la dedicación de iglesias[25]; el *Sacramentario Gelasianum Vetus*; o, en el s. VII, el *Ordo Romanus XLII*, ritual de la dedicación de una iglesia, donde se presenta el ceremonial: procesión con las reliquias, el ingreso de las reliquias y deposición de las mismas en el altar, la colocación de las tres partículas de hostia consagrada y de las tres porciones de incienso dentro de la *tabula*, la unción, *velatio* del

23. Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica*, X,4,2-72. *Panegírico sobre la edificación de las iglesias, dirigido a Paulino, obispo de Tiro*, editado por Argimiro Velasco-Delgado, BAC, Madrid 2001, pp. 599-624.
24. *Ibidem*, p. 599.
25. Vigilio, *Carta a Profuturo de Braga*: PL 69,18.

altar y aspersión de la iglesia con agua bendita, la celebración de la Eucaristía durante toda la octava.

Además nos han llegado más rituales de los siglos VII-VIII, como el *Missale Francorum*, el *Liber Sacramentorum Engolismensis*, el *Ordo Romanus* XLI, etc.

Y en los últimos decenios del s. VIII y los primeros del s. IX se consolidaron los que serán los rasgos principales del rito actual:

- Rito de ingreso.
- Bendición de agua.
- Traslado y deposición de las reliquias.
- Bendición de los objetos de uso en el culto divino como cáliz, patena, cruz, y de los lugares como baptisterio y cementerio.
- Signo de la cruz. El obispo, entrando en la nueva iglesia, traza en el pavimento una gran cruz en forma de X.

b. El ordo actual: *Ordo dedicationis ecclesiae et altaris* (1977)

En el *Ordo* actual, dividido en 7 capítulos y un apéndice, se proporcionan el rito para los comienzos de trabajos en una nueva iglesia (rito de la primera piedra), el de la dedicación de esta iglesia, de la dedicación de una iglesia ya en uso, de la dedicación de un altar, de la bendición de una iglesia, de la bendición de un altar, de la bendición de cáliz y patena.

El n. 1 del capítulo II dice: «Cristo, por su muerte y resurrección, se convirtió en el verdadero y perfecto templo de la Nueva Alianza y reunió al pueblo adquirido por Dios. Este pueblo santo, unificado por virtud y a imagen del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, es la Iglesia, o sea, el templo de Dios edificado con piedras vivas, donde se da culto al Padre en Espíritu y verdad».

A lo largo del *Ordo* se pueden hallar varios componentes y diversas funciones del ritual que merecen particular atención, según los siguientes aspectos:

- Disposición ecológica: la distribución o regulación del tiempo y del espacio.
- Actores: las personas y los ministerios.
- Acciones gestuales: cosas y objetos, el lenguaje no verbal.

– Estructura celebrativa o estructura principal del rito, que consta de cuatro partes: 1.º *Ritus initiales*; 2.º *Liturgia Verbi*; 3.º *Liturgia sacramentalis*; 4.º *Liturgia eucharistica.*

Se destacan:

– Los ritos iniciales: comienzan con una *statio* (que puede ser en otra iglesia) desde donde se va en procesión a la iglesia que hay que dedicar. Una vez en la iglesia, se bendice el agua y se asperje al pueblo, a las paredes y al altar.
– Liturgia de la Palabra.
– Liturgia sacramental: comprende los ritos específicos de la dedicación. Se comienza con el canto de la letanía de los santos, se continúa con la deposición de las reliquias de los mártires o de los santos no mártires debajo del altar. Después sigue la plegaria de dedicación y se realizan los llamados ritos explicativos: la unción del altar y de las paredes de la iglesia; la incensación e iluminación del altar, de la iglesia y de la asamblea. La imagen del templo aparece tanto en el rito verbal como en el no verbal.

* La unción del altar y de la iglesia evocan la consagración sacerdotal y la habilitación para el culto de los cristianos, que se basa radicalmente en Cristo, ungido por el Espíritu Santo y único Sumo Sacerdote: «en virtud de la unción con el crisma, el altar se convierte en el símbolo de Cristo, que es llamado y es, por excelencia, "el Ungido", puesto que el Padre lo ungió con el Espíritu Santo y lo constituyó Sumo Sacerdote para que, en el altar de su cuerpo, ofreciera el sacrificio de su vida por la salvación de todos» (n. 16a).

* La incensación (del altar, de los fieles, de la iglesia) remite a la oración que sube a Dios desde su pueblo, que es templo espiritual, la *Ecclesia*, que celebra el culto en espíritu y verdad en la iglesia nueva, la cual con los ritos de dedicación es simbólicamente constituida como *domus orationis*: «se quema incienso sobre el altar para significar que el sacrificio de Cristo, que se perpetúa allí sacramentalmente, sube hasta Dios como suave aroma y también para expresar que las oraciones de los fieles llegan agradables y propiciatorias hasta el trono de Dios. La incensación de la nave de la iglesia indica que por la dedicación se convierte

en casa de oración; pero se inciensa en primer lugar el pueblo de Dios, ya que es templo vivo, en el que cada fiel es altar espiritual» (n. 16b).

* La *velatio altaris*: «el revestimiento del altar indica que el altar cristiano es ara del sacrificio eucarístico y al mismo tiempo la mesa del Señor, alrededor de la cual los sacerdotes y los fieles, en una misma acción pero con funciones diversas, celebran el memorial de la muerte y resurrección de Cristo y comen la Cena del Señor. Por eso el altar, como mesa del banquete sacrificial, se viste y adorna festivamente. Ello significa claramente que es la mesa del Señor, a la cual todos los fieles se acercan alegres para nutrirse con el alimento celestial que es el cuerpo y la sangre de Cristo inmolado» (n. 16c).

* La *illuminatio altaris*: «la iluminación del altar, seguida de la iluminación de la iglesia, nos advierte que Cristo es la "luz para alumbrar a las naciones", con cuya claridad brilla la Iglesia y por ella toda la familia humana» (n. 16d).

– Liturgia de la Eucaristía: es el centro y cima de toda la dedicación de la iglesia. Procede de modo habitual, salvo la eventual inauguración del lugar para la reserva eucarística, situada entre la comunión y la bendición final.

5. La catedral

a. Sede del obispo

La sede del obispo es la Santa Iglesia Catedral, llamada así porque allí se encuentra la silla, asiento, trono o *cátedra* (derivado del griego *hedra* = asiento) del obispo, que es el símbolo de su autoridad, de sus poderes magisteriales y de su función.

Como toda parroquia de la diócesis, debemos estar estrechísimamente unidos a la catedral, como dijo Juan Pablo II: «Iglesia-madre, la catedral; nido, cuna, fuente de la gracia del sacerdocio. Cátedra del oficio episcopal… lugar sagrado de las primicias sacerdotales, centro de su irradiación, polo en el que confluyen incesantemente los pensamientos y los corazones, y donde se reúnen

los obreros del Evangelio desde las diversas zonas de su fatiga, protegidos por el vínculo de una dulce y necesaria unidad»[26].

Estamos unidos a la catedral por ser la sede del obispo, que es el «*principio y fundamento visible de la unidad*»[27] de la diócesis. Asimismo, nos debemos sentir muy íntimamente unidos a las otras parroquias vecinas y las de la propia diócesis.

«Es tarea del obispo presidir frecuentemente las celebraciones litúrgicas rodeado de su pueblo, porque de esta manera se simboliza la unidad en la caridad del Cuerpo Místico, y, en cuanto sea posible, ha de celebrar las fiestas de precepto y las otras solemnidades en la *iglesia catedral*[28]. Recuerde que las celebraciones por él presididas deben tener una función de ejemplaridad para todas las demás[29]»[30].

«Entre los templos de la diócesis, el lugar más importante corresponde a la *iglesia catedral*, que es signo de unidad de la Iglesia particular, lugar donde acontece el momento más alto de la vida de la diócesis y se cumple también el acto más excelso y sagrado del *munus sanctificandi* del obispo, que implica juntamente, como la misma liturgia que él preside, la santificación de las personas y el culto y la gloria de Dios. La catedral es también signo del magisterio y de la potestad del pastor de la diócesis. El obispo ha de proveer para que las celebraciones litúrgicas de la catedral se desarrollen con el decoro, el respeto de las rúbricas y el fervor comunitario que son apropiados a aquella que es madre de las iglesias de la diócesis[31], y con este fin exhorte al Cabildo de canónigos»[32].

b. El obispo nos une a Pedro

Es la Cabeza visible de la Iglesia: «El Papa, obispo de Roma y sucesor de San Pedro, "es el principio y fundamento perpetuo y visible de unidad, tanto de los

26. San Juan Pablo II, *Discurso a los sacerdotes, a los religiosos y a los seminaristas en la Catedral de Palermo*, (20/11/1982).
27. *Lumen Gentium*, 23.
28. Cf. CIC, can. 389; *Pastores Gregis*, 34.
29. Cf. *Caeremoniale Episcoporum*, 12.
30. *Apostolorum Successores*, 144.
31. Cf. *Sacrosanctum Concilium*, 41; *Caeremoniale Episcoporum*, 42-54; *Pastores Gregis*, 34.
32. *Apostolorum Successores*, 155.

obispos como de la muchedumbre de los fieles"[33]. "El Pontífice Romano, en efecto, tiene en la Iglesia, en virtud de su función de Vicario de Cristo y Pastor de toda la Iglesia, la potestad plena, suprema y universal, que puede ejercer siempre con entera libertad"[34]»[35].

«Las Iglesias particulares son plenamente católicas gracias a la comunión con una de ellas: la Iglesia de Roma "que preside en la caridad"[36]. "Porque con esta Iglesia en razón de su origen más excelente debe necesariamente acomodarse toda Iglesia, es decir, los fieles de todas partes"[37]. "En efecto, desde la venida a nosotros del Verbo Encarnado, todas las Iglesias cristianas de todas partes han tenido y tienen a la gran Iglesia que está aquí (en Roma) como única base y fundamento porque, según las mismas promesas del Salvador, las puertas del infierno no han prevalecido jamás contra ella"[38]»[39].

El Papa y el obispo es asociado a cada Misa: «Toda la Iglesia se une a la ofrenda y a la intercesión de Cristo. Encargado del ministerio de Pedro en la Iglesia, el Papa es asociado a toda celebración de la Eucaristía en la que es nombrado como signo y servidor de la unidad de la Iglesia universal. El obispo del lugar es siempre responsable de la Eucaristía, incluso cuando es presidida por un presbítero; el nombre del obispo se pronuncia en ella para significar su presidencia de la Iglesia particular en medio del presbiterio y con la asistencia de los diáconos. La comunidad intercede también por todos los ministros que, por ella y con ella, ofrecen el sacrificio eucarístico:

"Que sólo sea considerada como legítima la Eucaristía que se hace bajo la presidencia del obispo o de quien él ha señalado para ello"[40].

"Por medio del ministerio de los presbíteros, se realiza a la perfección el sacrificio espiritual de los fieles en unión con el sacrificio de Cristo, único Mediador.

33. *Lumen Gentium*, 23.
34. *Ibidem*, 22; cf. *Christus Dominus*, 2 y 9.
35. CEC, 882.
36. San Ignacio de Antioquía, *Epist. ad Rom.,* 1,1.
37. San Ireneo, *Adversus haereses*, III, 3, 2: PG 7,849; cf. *Pastor Aeternus*, 2: DS. 3057.
38. San Máximo Confesor, *Opuscula theologica et polemica*: PG 91,137-140.
39. CEC, 834.
40. Cf. San Ignacio de Antioquía, *Epist. ad Smyrnaeans*, 8,1.

Éste, en nombre de toda la Iglesia, por manos de los presbíteros, se ofrece incruenta y sacramentalmente en la Eucaristía, hasta que el Señor venga"[41]»[42].

De ahí, que sea una hermosa responsabilidad del párroco lograr que sus feligreses veneren y sean fieles a sus legítimos pastores: el Papa y el obispo propio. De muchas maneras se debe promover esta realidad católica: con oraciones por ellos, peregrinaciones a sus sedes, la visita pastoral, la promoción de *L'Osservatore Romano*, de Radio Vaticana, la procesión del Corpus, etc. No existen parroquias islas, o sea aisladas en el Cuerpo Místico.

6. Los santuarios

Con el nombre santuario (del latín *sanctuarium*, derivado de *sanctus* = santo) se designa el templo que es objeto de particular veneración y que constituye meta de peregrinaciones porque allí se conservan reliquias a las cuales se quiere venerar, o hay imágenes milagrosas, o porque allí ocurrió un milagro, o porque allí sucedió alguna aparición sobrenatural, etc. Así, por ejemplo, podemos mencionar los santuarios de Tierra Santa, de Roma, de Santiago de Compostela, de Loreto, de Lourdes, de Pompeya, de Oropa, de Asís, de Fátima, de Guadalupe, de Częstochowa, de Knock, de Luján, de San Cayetano, del padre Pío…

«"Todos los cristianos están invitados a tomar parte en esta gran peregrinación que Cristo, la Iglesia y la humanidad han recorrido y deben seguir recorriendo en la historia. El santuario hacia el cual se dirigen debe convertirse en *la Tienda del encuentro*, como la Biblia denomina el tabernáculo de la alianza"[43]. Estas palabras relacionan directamente la reflexión sobre la peregrinación[44] con la que se realiza sobre el santuario, que es normalmente la meta visible del itinerario de los peregrinos: "Con el nombre de santuario se designa una iglesia u otro lugar sagrado al que, por un motivo peculiar

41. Cf. *Presbyterorum Ordinis*, 2.
42. CEC, 1369.
43. Consejo Pontificio para la pastoral de los emigrantes e itinerantes, *La peregrinación en el gran jubileo del año 2000*, 32; el texto remite a Ex 27,21; 29,4.10-11.30.32.42.44.
44. Cf. el documento citado del Consejo Pontificio para la pastoral de los emigrantes e itinerantes y el de la Conferencia Episcopal Italiana, *Venite, saliamo sul monte del Signore* (Is 2,3). *Il pellegrinaggio alle soglie del terzo millennio* (29/6/1998).

de piedad, acuden en peregrinación numerosos fieles, con la aprobación del Ordinario del lugar"[45]. En el santuario, el encuentro con el Dios vivo se propone a través de la experiencia vivificante del Misterio proclamado, celebrado y vivido: "En los santuarios se debe proporcionar abundantemente a los fieles los medios de salvación, predicando con diligencia la Palabra de Dios y fomentando con esmero la vida litúrgica principalmente mediante la celebración de la Eucaristía y de la Penitencia, y practicando también otras formas aprobadas de piedad popular"[46]. Así, "los santuarios son como hitos que orientan el caminar de los hijos de Dios sobre la tierra"[47], promoviendo la experiencia de convocación, encuentro y construcción de la comunidad eclesial»[48].

Y el Catecismo: «Los santuarios son, para los peregrinos en busca de fuentes vivas, lugares excepcionales para vivir "en Iglesia" las formas de la oración cristiana»[49].

Etimológicamente[50] significa lugar sagrado o manifestación de lo sacro. Lugar donde Dios está presente. Para la Biblia el lugar más santo era el santuario (cf. Lv 16,16) es decir la parte más interna y reservada al tabernáculo, el Santo de los Santos, en el templo de Jerusalén. Aunque se aplicaba en sentido general también a todo el edificio. En sentido figurado es llamado santuario el pueblo de Dios (cf. Sal 114,2) porque Dios habita en él.

En el Nuevo Testamento el santuario terrestre de Dios no es más un edificio, sino el templo donde él habita. Y Dios habita en la Iglesia universal (cf. Ef 2,21), en la Iglesia local (cf. 1 Co 3,16) y en cada cristiano (cf. Rm 8,21). En su cuerpo y con el cuerpo cada cristiano debe dar gloria a Dios (cf. 1 Co 6,20). El santuario terrestre es símbolo e imagen del celestial. Cristo, Sumo sacerdote, en virtud de su sangre entra en el Santuario del Cielo y se constituye mediador entre Dios y los hombres (cf. Hb 8,1-2).

---

45. CIC, can. 1230.
46. CIC, can. 1234 § 1.
47. San Juan Pablo II, *Homilía a los fieles de Corrientes*, *Argentina*, (9/4/1987); OR (3/5/1987).
48. Consejo Pontificio para la Pastoral de los Emigrantes e Itinerantes, *El Santuario: Memoria, Presencia y Profecía del Dios Vivo*, 1.
49. CEC, 2691.
50. Seguimos libremente a Luis Acevedo, «Santuario», citado por: Carlos Corral Salvador – Velasio De Paolis – Gianfranco Ghirlanda, *Nuovo Dizionario di Diritto Canonico*, San Paolo, Cinisello Balsamo 1996, pp. 954-955.

Los santuarios pueden ser diocesanos, nacionales o internacionales según quien los haya aprobado: el ordinario del lugar, la Conferencia Episcopal o la Santa Sede, y a ellos compete aprobar los estatutos, determinando sobre todo el fin, la autoridad del rector, y el dominio y administración de los bienes[51].

A veces son enriquecidos con algunos privilegios o prerrogativas, concedidos por las autoridades competentes, siempre que lo aconsejen las circunstancias del lugar, la concurrencia de los peregrinos, buscando el bien espiritual de los fieles, como el ganar indulgencias, la absolución de pecados reservados, etc.

El santuario tiene una función cultual de primer orden, pues los fieles se acercan, sobre todo, para participar en las celebraciones litúrgicas y en los ejercicios de piedad que tiene lugar allí. Además tienen importancia relevante la celebración de los sacramentos, de modo especial la celebración de la Penitencia, de la Eucaristía y de la Unción de los Enfermos. A esto se debe agregar la celebración de los sacramentales. Y por su índole el santuario puede ser también lugar de evangelización, lugar de la caridad, lugar de cultura y lugar de compromiso ecuménico[52].

«El santuario, tanto si está dedicado a la Santísima Trinidad como a Cristo el Señor, a la Virgen, a los ángeles, a los santos o a los beatos, es quizá el lugar donde las relaciones entre liturgia y piedad popular son más frecuentes y evidentes»[53]. Y porque los santuarios son lugares privilegiados para las manifestaciones de la religiosidad popular, se debe dar mucha importancia a la actividad pastoral en estos lugares. Por eso el mismo *Código de Derecho Canónico*[54] establece que en los santuarios se proporcione a los fieles abundantemente los medios de salvación, predicando con diligencia la Palabra de Dios y fomentando con esmero la vida litúrgica, principalmente mediante la celebración de la Eucaristía y de la Penitencia, y practicando también otras formas aprobadas de piedad popular. Ciertamente la celebración de la Eucaristía, que es sacramento primordial de la fe y de la Iglesia, será la coronación de las grandes fiestas y peregrinaciones.

---

51. Cf. CIC, cc. 1231-1232.
52. Cf. Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia*, 265-278.
53. *Ibidem*, 261.
54. Cf. CIC, can. 1234.

«A los ojos de los fieles los santuarios son:

– por su origen, quizá, recuerdo de un acontecimiento considerado milagroso, que ha determinado la aparición de manifestaciones de devoción duradera, o de testimonio de la piedad y el agradecimiento de un pueblo por los beneficios recibidos;
– por los frecuentes signos de misericordia que suceden en ellos, lugares privilegiados de la asistencia divina y de la intercesión de la Virgen María, de los santos o de los beatos;
– por la situación, con frecuencia aislada y elevada, y por la belleza, ya sea austera, ya exuberante de los lugares en los que se encuentran, signo de la armonía del cosmos y reflejo de la belleza divina;
– por la predicación que allí resuena, llamada eficaz a la conversión, invitación a vivir en la caridad y aumentar las obras de misericordia, exhortación a llevar una vida caracterizada por el seguimiento de Cristo;
– por la vida sacramental que allí se desarrolla, lugar de fortalecimiento de la fe, crecimiento de gracia, refugio y esperanza en la aflicción;
– por el aspecto del mensaje evangélico que expresan, una interpretación especial y casi una prolongación de la Palabra;
– por su orientación escatológica, una invitación a cultivar el sentido de la trascendencia y a dirigir los pasos, a través de los caminos de la vida temporal, hacia el santuario del Cielo (cf. Hb 9,11; Ap 21,3)»[55].

Juan Pablo II dirigiéndose a rectores de santuarios les decía: «Vuestros estudios personales y vuestras reuniones de rectores os han revelado que las peregrinaciones son nota constante en la historia de las religiones. El cristianismo ha asimilado también esta práctica hondamente anclada en la mentalidad popular y que responde a la necesidad de encontrar un espacio donde lo divino se haya manifestado. Sería muy interesante escribir una historia de las peregrinaciones cristianas a partir de las primerísimas que tuvieron por meta Jerusalén y los Santos Lugares, hasta las de nuestra época […]. Siempre y en todas partes los santuarios cristianos han sido o han querido ser signos de Dios, de su irrupción en la historia humana. Cada uno de ellos es un memorial del misterio de

55. Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia*, 263.

la Encarnación y la redención. ¿No es vuestro poeta Péguy quien decía en su estilo original que la Encarnación es la única historia interesante de entre todas las acaecidas? Es la historia del amor de Dios a cada hombre y a la humanidad entera[56]»[57].

Y luego agregaba: «Una condición para la irradiación evangélica de los santuarios es que sean muy acogedores. Y en primer lugar, acogedores en sí. Sea la que fuere su antigüedad y estilo, su riqueza artística o su sencillez, cada uno debe afirmar su personalidad original evitando tanto la acumulación indiscriminada de objetos religiosos, como su arrinconamiento sistemático. Los santuarios se han hecho para Dios, pero también para el pueblo, que tiene derecho a que se respete su sensibilidad, si bien sea necesario educarle pacientemente el gusto. El orden perfecto y la belleza auténtica de la basílica más famosa o de la capilla más modesta, son ya de por sí una catequesis que contribuye a abrir el espíritu y el corazón de los peregrinos o a enfriarlos, por desgracia. Pero si las piedras y los objetos tienen su lenguaje y su parte de influencia en los seres, ¿qué decir de los equipos pastorales entregados a la animación de los santuarios? Vuestra tarea, amigos míos, puede ser determinante, sin dejar de contar con el misterio de la gracia de Dios. Ya se trate de recibir a grupos anunciados y organizados, o bien a visitantes anónimos y aislados –que acuden a suplicar con ansiedad una gracia o a agradecerla–; ya se trate de ayudar a que todo vaya bien en las peregrinaciones preparadas por otros sacerdotes y sus ayudantes, o de mantener los ejercicios de culto propios del santuario de que sois responsables; o bien se trate de velar por el recogimiento de los lugares o de explicar su historia a los visitantes, o también de proponer un momento de oración o aceptar el diálogo solicitado por ciertos peregrinos; en todos estos casos cada miembro del equipo debe dar muestras de amabilidad y paciencia, competencia y perspicacia, celo y discreción; y sobre todo debe hacer transparentar humildemente su fe, debe ser testigo del Invisible. Vuestro privilegiado ministerio es muy exigente. En cierto sentido está en cuestión la apertura de las almas a Dios, su conversión; y para los que están simplemente a la búsqueda, está en cuestión su primer paso hacia la luz y el amor del Señor»[58].

56. Cf. *Redemptor Hominis*, 13.
57. San Juan Pablo II, *Discurso a los rectores de Santuarios de Francia, Bélgica y Portugal*, (22/1/1981).
58. *Ibidem.*

Y refiriéndose a sus peregrinaciones contaba: «*La peregrinación al santuario de María.* Al terminar la Santa Misa me trasladé directamente desde el Wawel al seminario mayor, porque allí tendría lugar la recepción de los invitados; pero incluso aquella misma noche me fui con el grupo de amigos más íntimos a Częstochowa, donde a la mañana del día siguiente celebré la Santa Misa en la capilla del ícono milagroso de Nuestra Señora.

Częstochowa es un sitio especial para los polacos. En cierto sentido se identifica con Polonia y con su historia, sobre todo con la historia de las luchas por la independencia nacional. Aquí se encuentra el santuario de la nación, llamado Jasna Góra. *Clarus mons*, "Claromonte": este nombre, que se refiere a la luz que disipa las tinieblas, adquirió un significado particular para los polacos que vivieron en los tiempos sombríos de las guerras, de los desmembramientos territoriales y de las ocupaciones. Todos sabían que la fuente de esta luz de esperanza era la presencia de María en su milagrosa imagen. Así sucedió, quizá por primera vez, durante la invasión de los suecos, que pasó a la historia con el apelativo de "diluvio"; en aquellas circunstancias –algo significativo– el santuario se convirtió en una fortaleza que el invasor no logró conquistar. La nación consideró este hecho como una promesa de victoria. La fe en la protección de María dio a los polacos la fuerza para derrotar al invasor. Desde entonces, el santuario de Jasna Góra se ha convertido en cierto sentido en el baluarte de la fe, del espíritu, de la cultura y de todo lo que determina la identidad nacional.

Así ocurrió especialmente durante el largo período en que se perdió la soberanía del Estado y su territorio quedó desgajado. A esto se refería Pío XII durante la Segunda Guerra Mundial, cuando afirmaba: "Polonia no ha desaparecido y no desaparecerá. Porque Polonia cree, Polonia reza, Polonia tiene Jasna Góra". Gracias a Dios esas palabras se cumplieron»[59].

Y agrega: «Quizá de aquellas peregrinaciones a Jasna Góra nació el deseo de que los primeros pasos de mi peregrinar como Papa se dirigiesen a un santuario mariano. Este deseo me llevó, en el primer viaje apostólico a México, a los pies de la Virgen de Guadalupe. En el amor que tienen los mexicanos y en general los habitantes de América Central y del Sur por la Virgen de Guadalupe –amor

59. San Juan Pablo II, *¡Levantaos! ¡Vamos!*, Ed. Plaza & Janés, Barcelona 2004, pp. 54-56.

que se expresa de modo espontáneo y emotivo, pero muy intenso y profundo– hay numerosas analogías con la devoción mariana polaca, que fraguó también mi espiritualidad. Afectuosamente llaman a María la *Virgen Morenita*, nombre que puede ser traducido libremente como "Virgen Negra". Hay allí un canto popular muy conocido que habla del amor de un muchacho por una muchacha; los mexicanos refieren este canto a Nuestra Señora. En mis oídos resuenan siempre estas melodiosas palabras: "Conocí a una linda Morenita… y la quise mucho. / Por las tardes iba yo enamorado y cariñoso a verla. / Al contemplar sus ojos, mi Pasión crecía. / Ay Morena, Morenita mía, no te olvidaré. / Hay un Amor muy grande que existe entre los dos, entre los dos…".

Visité el santuario de Guadalupe en enero de 1979, durante mi primera peregrinación apostólica. El viaje fue decidido como respuesta a la invitación a participar en la asamblea de la Conferencia de los Obispos de América Latina (CELAM), en Puebla. Aquella peregrinación inspiró en cierto sentido todos los siguientes años del pontificado»[60].

7. Capillas y ermitas

a. Las capillas

El origen del nombre capilla, del latín medieval *capella* (diminutivo de *cappa* = capa) se debe, según la tradición, a que en el oratorio de los reyes merovingios se conservaba una reliquia de la capa de San Martín de Tours[61], quien la había partido a la mitad para entregarle al pobre (en aquel entonces el soldado era dueño tan sólo de la mitad de su uniforme).

En el Código se considera como capilla privada al lugar destinado, con licencia del obispo u ordinario del lugar, al culto divino a favor de una o más personas físicas[62]. La diferencia entre capilla y oratorio está en que la primera es destinada a ser usada por una o más personas físicas bien precisadas, mientras que el oratorio es erigido por un grupo de fieles. La capilla privada y también el

60. *Ibidem*, pp. 57-59.
61. *Lessico Universale Italiano* IV, Roma 1970, pp. 150-151, vocablo «Cappella».
62. Cf. CIC, can. 1226.

oratorio[63] deben ser reservados únicamente al culto divino y por eso es oportuno que sean bendecidos según el rito prescrito en los libros litúrgicos[64].

El nacimiento de las capillas está en el derecho que tiene cada fiel cristiano de destinar un lugar de la propia casa a la oración. En general, las capillas eran un pequeño oratorio situado en casas de particulares o también dentro del recinto de la iglesia, pertenecientes a privados. Por ejemplo, el emperador Constantino hizo construir en su palacio un edificio similar a una Iglesia donde iba a rezar todos los días. San Juan Crisóstomo exhortaba a las familias acomodadas a que construyeran capillas en sus casas de campo. Por eso, en casi todos los castillos y en muchas casas de campaña había una capilla. De esto nacen las distintas denominaciones: capilla real, capilla papal, capilla episcopal, capilla vicarial, etc.[65]. También hay capillas en las montañas, en los conventos, seminarios, cementerios, cárceles, hospitales, regimientos militares… Incluso algunas llevan el nombre de quienes las mandaron a hacer, como por ejemplo, la Capilla Sixtina, o la Paulina…

Asimismo se llama capilla a la Asamblea del Sacro Colegio, de los obispos, prelados, dignatarios y otros eclesiásticos, para funciones celebradas por el Papa o por él presididas. También al servicio divino con canto que se tenía cada día en el Palacio papal, con Misa pontifical celebrada los días domingos por obispos o cardenales, incluso en ciertas ocasiones por el Papa, a la cual asistían miembros de la corte pontificia o personajes importantes. En el siglo XIX fue limitada a solemnidades o circunstancias especiales: aniversario de coronación de Pontífices, etc.[66].

En muchos lugares se denomina «capilla» al edificio sagrado o iglesia destinada al culto divino que no es la iglesia parroquial[67]. Muchas veces tales «capillas» con el tiempo se transforman en parroquias. Por eso es importante tener en cuenta esto al momento de edificar las nuevas capillas para construirlas en lugares estratégicos, sea porque quedan en un lugar de paso, o en un barrio en construcción, o en una zona que se está poblando, o cerca de una fábrica…

63. Cf. CIC, can. 1229.
64. Cf. Luis Acevedo, «Cappella», citado por: Carlos Corral Salvador – Velasio De Paolis – Gianfranco Ghirlanda, *Nuovo Dizionario di Diritto Canonico*, San Paolo, Cinisello Balsamo 1996, p. 124.
65. Cf. *Ibidem*.
66. *Lessico Universale Italiano*, Roma 1970, t. IV, pp. 150-151, vocablo «Cappella».
67. Cf. CIC, cc. 1214-1222.

Incluso hay que tenerlo en cuenta cuando se hacen misiones populares y se establece un centro misional pensando en un futuro lugar de culto.

Juan Pablo II y la capilla en la calle Franciszkańska 3

«La capilla del Palacio de los Arzobispos de Cracovia tiene un significado del todo especial para mí. En ella fui ordenado sacerdote por el cardenal Sapieha el 1 de noviembre de 1946, aunque el lugar habitual para las ordenaciones fuese la catedral. Sobre el lugar y sobre la fecha de mi ordenación sacerdotal influyó la decisión del ordinario de mandarme a Roma a estudiar. San Pablo, apóstol ya experto, escribe hacia el final de su vida a Timoteo: "Ejercítate en la piedad. El ejercicio corporal sirve para poco; en cambio la piedad es provechosa para todo, pues tiene la promesa de la vida, de la presente y de la futura" (1 Tm 4,7-8). La capilla está tan cerca que bastan dos pasos para llegar a ella; es un privilegio de todo obispo, pero al mismo tiempo es para él un gran deber.

La capilla está cercana para que en la vida del obispo –la predicación, las decisiones, la pastoral– todo comience a los pies de Cristo, oculto en el Santísimo Sacramento. He sido testigo presencial de la costumbre del arzobispo de Cracovia, el príncipe Adam Sapieha, a este respecto. El cardenal primado Wyszyński, en la homilía fúnebre en Wawel, habló así de ella: "Entre tantas características de su vida, hay una que me ha hecho reflexionar. Durante las asambleas de la Conferencia Episcopal, al término de una jornada de trabajo, a veces fatigosa, todos se apresuraban hacia sus casas bastante agotados; sin embargo, este hombre incansable iba a su fría capilla y permanecía allí ante Dios en la oscuridad de la noche. ¿Cuánto tiempo? No lo sé. Nunca oí durante las horas de trabajo nocturno en la casa arzobispal los pasos del cardenal volviendo de la capilla. Una cosa sé, y es que su edad avanzada le concedía el derecho al descanso. Pero el cardenal tenía que cerrar con broche de oro la fatiga del trabajo de todo el día y la cerraba con el diamante de la oración. ¡Fue verdaderamente un hombre de oración!"[68].

He procurado imitar aquel ejemplo inigualable. En la capilla privada no solamente rezaba, sino que me sentaba allí y escribía. Allí escribí mis libros, entre ellos la monografía *Persona y acto*[69]. Estoy convencido de que la capilla es un lugar del que proviene una especial inspiración. Es un enorme privilegio

68. Cf. J. Wolny, *Księga Sapieżyńska*, Cracovia 1986, t. 2, pp. 776 y ss.
69. San Juan Pablo II, *Persona e atto*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 1982.

poder vivir y trabajar al amparo de esta Presencia. Una Presencia que atrae como un poderoso imán. Mi querido amigo André Frossard, ya desaparecido, en el libro *Dios existe*, *yo me lo he encontrado*[70], describe con hondura la fuerza y la belleza de esta Presencia. Para entrar espiritualmente en el espacio del Santísimo Sacramento no siempre es necesario ir físicamente a la capilla. He tenido siempre la percepción interior de que Él, Cristo, es el propietario de mi casa episcopal y que nosotros, obispos, somos solamente sus inquilinos temporales. Así ha sido en la calle Franciszkańska durante casi veinte años, y así es aquí en el Vaticano»[71].

b. Las ermitas

Las ermitas (del latín *eremita*, y éste del griego *ἐρμίτης* de *ἔρημος* = desierto, yermo) son pequeñas construcciones, a modo de santuario, capilla o templo, que contienen una imagen sagrada, una estatua. Pueden estar, por ejemplo, en los caminos, en las montañas, en las plazas… A veces son dedicadas a la Virgen, o a un santo al cual la gente del lugar le tiene particular veneración. Incluso son hechas para cumplir un voto, o como acción de gracias por un beneficio recibido de Dios.

Mencionamos como ejemplo las «*Edicole sacre*» o «*Madonnelle*»[72] de Roma. Se trata de pequeñas construcciones –análogas a nuestras ermitas–, de distintas épocas y estilos, con las que se protegen imágenes o pinturas sagradas expuestas para que sean veneradas. La numerosa presencia de éstas llama la atención de cualquier persona que camine por las calles y vías de Roma.

La palabra «*Edicola*» (edículo en español) proviene del latín *aedicula* (capilla, hornacina, casita) diminutivo de *aedes* (templo, santuario, aposento) que designaba el templo o la casa de los dioses o de los antepasados. Entre los cristianos pasó a designar la construcción que tiene como función custodiar o proteger las imágenes sagradas expuestas para veneración pública. En arquitectura designa, de un modo más genérico, cualquier obra ornamental que contenga o

70. André Frossard, *Dieu existe, je l'ai recontré*, París 1975, trad. cast., *Dios existe, yo me lo he encontrado*, Barcelona 1995.
71. San Juan Pablo II, *¡Levantaos! ¡Vamos!*, Ed. Plaza & Janés, Barcelona 2004, pp. 130-132.
72. Cf. Sergio Gittarelli, *Le edicole sacre di Roma. A passeggio per le vie di Roma alla scoperta delle «Madonnelle»*, Edizioni ACM, Roma 2008.

enmarque obras de interés artístico-religioso, como estatuas, pinturas o imágenes sagradas.

En Roma, las más antiguas se presentan con la forma de un pequeño templo, mientras que las más recientes tienen marcos simples u ostentosos de las más variadas formas. Su encanto se ha mantenido vivo a través de los siglos hasta el presente gracias a las numerosas y simples construcciones que la devoción popular ha hecho en las fachadas o en las esquinas más escondidas y pobres de la ciudad para tener consuelo y protección. Roma actualmente tiene centenares, y su realización se debe a la voluntad de nobles familias, de privados, de órdenes religiosas, de confraternidades, de corporaciones de artesanos, que frecuentemente las han hecho en las calles donde estaban sus negocios (por ejemplo: *Via dei Cappellari, Via dei Caprettari, Via dei Falegnami, Via degli Ombrellari*, etc.). Construidas en el arco de los siglos, su belleza se debe a las más variadas formas: marcos, frisos, bandas, volutas u otros adornos que rodean las imágenes sacras. Se pueden encontrar en los lugares más diversos: a lo largo de las calles, en las esquinas, en las fachadas de los palacios patricios o de las casas más modestas, en el frente de los portones, bajo los arcos, en la cima de las torres o campanas, en los jardines, sobre los muros perimetrales de las iglesias, sobre las antiguas murallas de la ciudad, etc.

La mayor parte de las imágenes puestas en los edículos o ermitas son de la Virgen, lo cual es un signo de la gran devoción que el pueblo siempre le ha tenido. Y para designarlas, el pueblo romano forjó el afectuoso vocablo «*Madonnelle*», con el cual se indican todos esos «tabernáculos» dispersos por la ciudad de Roma.

CAPÍTULO 2

Los tres polos de la acción litúrgica



TODAVÍA HAY MUCHOS QUE NO han advertido la importancia de esta realidad litúrgica de los tres lugares donde se realiza la acción eucarística: El altar, el ambón y la sede[1].

Aunque parezca mentira todavía no se han previsto soluciones para las cuatro basílicas Papales: San Pedro en el Vaticano, San Juan de Letrán, San Pablo fuera de los muros y Santa María, la Mayor, no tienen ambón fijo, y, además, a la primera y a la última les falta la cátedra[2]. No es tan difícil encontrar una solución adecuada para esto, sobre todo si se piensa en lo modélico que tiene que ser todo lo referente al Papa.

1. Cf. CEC, 1182-1184.
2. Piero Marini, *Liturgia y belleza*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2005, p. 86.

A. El mobiliario del sacrificio

El altar[3]

a. Una realidad sagrada absolutamente única y original

«*El altar de la Santa Iglesia es el mismo Cristo*»[4]. La expresión, presente en la fórmula de la ordenación subdiaconal del antiguo pontifical romano, expresa lapidariamente la extraordinaria portada significativa de la mesa eucarística. El altar es, de hecho, el fiel ícono del Redentor y la síntesis figurativa del entero misterio pascual[5]. El valor simbólico del objeto, supera por lo tanto, ampliamente la materialidad del mismo. El altar cristiano es sí una cosa, pero una cosa del todo original: representa y actualiza la *Persona del Verbo*[6]. Cristo es, de hecho, sacerdote, víctima y altar de su Sacrificio[7]. La particularidad de la mesa eucarística respecto a todas las otras cosas o lugares santos, inclusive el templo y el tabernáculo, consiste en la identificación real (pero evidentemente no sacramental) del objeto con la obra de salvación, es decir, con la inmolación en la Cruz. Los demás objetos (por ejemplo vasos sagrados, ornamentos, etc.) adquieren su singular valor y respeto en virtud del uso o contacto con lo divino, no por una intrínseca valencia evocativa del misterio pascual. La referencia cristológica y el aspecto artístico-sustancial configuran la identidad de la cosa. No parece entonces fuera de lugar hablar de la *dignidad del altar*[8], concepto normalmente reservado a la persona humana y expresivo de la inconmensurable

3. Seguimos libremente a Massimo del Pozzo, *Luoghi della celebrazione «sub specie iusti». Altare, Tabernacolo, Custodia degli Oli Sacri, Sede, Ambone, Fonte Battesimale, Confessionale*, Giuffrè Editore, Milano 2010, pp. 1-77.
4. Cf. Pontificale Romanum, *In ordinatione subdiaconi (admonitio)*, pp. 1961-1962.
5. Cf. Vincenzo Gatti, *Liturgia e arte. I luoghi della celebrazione*, EDB, Bologna 2001, pp. 135 y ss.
6. También del cristiano puede decirse, de modo derivado, que es «altar espiritual». Pues si Cristo es altar verdadero, sus miembros son altares espirituales. Los santos así lo han enseñado: «quiero ser inmolado para Dios, mientras el altar está aún preparado» (San Ignacio de Antioquía, *Epist. ad Rom.,* 2, 2); «vivan santamente porque son altares de Dios» (San Policarpo, *Epist. ad Philip.,* IV, 3); «¿Qué es el altar de Dios, sino el espíritu de los que viven bien? Con razón entonces el corazón (de los justos) es llamado altar de Dios» (San Gregorio Magno, *Homilías sobre el profeta Ezequiel*, II, 10,19); «los cristianos son las piedras vivas con las cuales el Señor Jesús edifica el altar de su Iglesia» (Orígenes, *Homilías sobre el libro de Josué*, 9,1).
7. Cf. entre tantos otros: José Aldazábal, *Dizionario sintetico di liturgia*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 2001, p. 23, vocablo «Altare»; José Abad Ibañez - Manuel Garrido Bonaño, O. S. B., *Iniciación a la liturgia de la Iglesia*, Ediciones Palabra, Madrid 1988, p. 117.
8. Cf. Pontificale Romanum, *Ordo dedicationis ecclesiae et altaris*, cap. IV, 1.

excelencia del altar y de la consecuente exigencia de respeto que implica. El templo es un pequeño Cielo en la tierra; y lo que hay en el templo de más divino y celestial, es el altar[9]. Vio el sacerdote San Juan: «Otro ángel vino y se puso junto al altar con un incensario de oro. Se le dieron muchos perfumes para que, con las oraciones de todos los santos, los ofreciera sobre el altar de oro colocado delante del trono» (Ap 8,3).

Símbolo expresivo de la santidad, de la dignidad excelsa, de la divina intimidad de nuestros altares.

Sin altar no hay templo. El templo no es otra cosa que acotar un espacio para abrigar la santidad del altar.

El altar es la «pieza capital del mobiliario eclesiástico», es «*alta res*», una cosa excelsa (*altar-altari*, deriva de *altus* = alta; *ara-arae* de *airo* = alzar, es el altar en forma cuadrada), no sólo porque se levanta en lugar prominente, sino por la excelencia de su dignidad y de las funciones que sobre él se celebran. El altar es como el alma al cuerpo. Un templo sin altar no tiene alma, por ejemplo los templos protestantes… son salones, no hay en ellos calor ni la protección viva del altar. Nuestros templos, como el Cielo, están ardiendo por el «fuego del altar» = «*igne altaris*» (Ap 8,5), o sea, el Espíritu Santo[10].

b. El altar: ara del sacrificio y mesa del banquete

Más allá del énfasis en la significación cristológica y místico-espiritual del altar[11], los documentos magisteriales destacan repetidamente la doble función del bien (sacrificio y banquete)[12]. Por eso la indebida disociación entre los aspectos

9. Card. Isidro Gomá y Tomás, *El valor educativo de la liturgia católica*, Ed. Casulleras, Barcelona 1945, t. I, p. 418.
10. Cf. A. Vanhoye, *Sacerdoti antichi e nuovo sacerdote secondo il Nuovo Testamento*, Editrice Elledici, Torino 1990, p. 157.
11. Ilustrando la naturaleza y la dignidad del altar (n. 1) los *Praenotanda del Ordo dedicationis altaris* (cap. IV) individúan cuatro puntos: *El cristiano es él mismo altar espiritual* (n. 2); *El altar, mesa del sacrificio y del banquete pascual* (n. 3); *El altar es signo de Cristo* (n. 4); *El altar es honor de los mártires* (n. 5).
12. «El *altar*, en torno al cual la Iglesia se reúne en la celebración de la Eucaristía, representa los dos aspectos de un mismo misterio: el altar del sacrificio y la mesa del Señor, y esto, tanto más cuanto que el altar cristiano es el símbolo de Cristo mismo, presente en medio de la asamblea de sus fieles, a la vez como la víctima ofrecida por nuestra reconciliación y como alimento celestial que se nos da» (CEC, 1383). «El altar, en el que se hace presente el sacrificio de la cruz bajo los signos sacramentales, es, además, la mesa del Señor, para cuya partici-

complementarios e integrantes de la consumación y de la distribución de la Hostia dañan la univocidad y la convergencia de la acción eucarística, oscureciendo la percepción del *misterio de la Cruz*[13]. La presencia y la estrecha unión con el Crucifijo resulta como consecuencia un elemento esencial e imprescindible en la celebración eucarística[14].

La *Institutio Generalis Missalis Romani* califica significativamente al altar como «*centro de la acción de gracias*»[15]. El altar tiene por lo tanto una explícita función de unificación y asociación de la creación entera y del pueblo de Dios en oración. La mesa indica entonces el corazón palpitante del Cuerpo Místico de Cristo y la fuente del misterio de salvación. Todo el organismo sacramental de la Iglesia gira en definitiva en torno a este fulcro de piedra.

En el único altar se registra una convergencia del *ara* y de la *mesa*: el altar es al mismo tiempo sede del sacrificio y del banquete pascual, lugar de la anamnesis de la inmolación y de la cena de Cristo.

c. Centralidad, unicidad, solidez, belleza

Una característica constantemente señalada, concierne a la centralidad del altar[16]: «el altar es el centro del espacio de la celebración, su principio de unidad y el natural punto de referencia»[17]. La *Sacrosanctum Concilium* por su parte declara: «conviene que todos tengan en gran aprecio la vida litúrgica de la diócesis en torno al obispo, sobre todo en la iglesia catedral; persuadidos de que la principal manifestación de la Iglesia se realiza en la participación plena y activa de todo el pueblo santo de Dios en las mismas celebraciones litúrgicas,

---

pación es convocado en la Misa el pueblo de Dios; es también el centro de la acción de gracias que se realiza en la Eucaristía», *Ordenación General del Misal Romano*, 296. La doble tipología fundamental de altar-bloque (o cubo) o al contrario sobre un pie o columnitas puede evidenciar mejor la figura del ara o de la mesa, sin excluir la otra significación: «esto explica la doble posibilidad en cuanto a su forma: el altar *bloque de piedra*, en el que, sin abandonar el esquema general de mesa, se subraya más el aspecto de ara sacrificial; y el *altar-mesa*, sobre varias columnas o sobre un único tronco central, que acentúa el aspecto de mesa convivial», Julio Manzanares - Antonio Mostaza - José Luis Santos, *Nuevo Derecho parroquial*, BAC, Madrid 1994, p. 561.

13. «*Mysterium Crucis*».
14. Cf. *Ordenación General del Misal Romano*, 297, 308.
15. *Ibidem*, 296.
16. Cf. *Ibidem*, 299 y Pontificale Romanum, *Ordo dedicationis ecclesiae et altaris*, cap. IV, 8.
17. José Aldazábal, *Dizionario sintetico di liturgia*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 2001, p. 22, vocablo «Altare».

particularmente en la misma Eucaristía, en una misma oración, junto al único altar donde preside el obispo, rodeado de su presbiterio y ministros»[18]. El altar en torno al cual se reúne ordinariamente el entero pueblo congregado por el Espíritu representa el verdadero centro eucarístico.

En lo que respecta al *valor* o a la *fuerza simbólica de la mesa sacrificial*, la principal conquista está sintetizada en la conocida frase: «*el altar es Cristo*», donde el verbo ser indica la inmediatez y la actualidad de la identificación personal de la cosa[19]. El altar constituye entonces el principal medio para actualizar la presencia del Señor en medio de su pueblo. De allí que las indicaciones litúrgicas afirman con fuerza la necesidad de la *unicidad*[20] del altar. El *altar único* es expresión de su fundamento cristológico[21].

Las señaladas *centralidad* y *unicidad* tienen un reflejo en la ubicación concreta del altar: la mesa eucarística constituye el punto focal, el baricentro y el eje de convergencia del entero edificio. Al principio estructural de la equidistancia siguen otras nociones tales como la *independencia*, la *separación de la pared*[22] y el que pueda ser *circundado*[23].

En cuanto a la consistencia del objeto se indican la *solidez* y *estabilidad* (preferentemente un único bloque de piedra) y la *belleza* y *nobleza* de la hechura y de los materiales. El factor estético está sin embargo subordinado al requerimiento de la estabilidad de la materia y al respeto del modelo ideal.

Respecto de las dimensiones y forma se remarca que un *ara pequeña y reducida* (que no guarda la proporción debida con las dimensiones del templo) no

18. *Sacrosanctum Concilium*, 41.
19. Cf. Giuseppe Ferraro, *Cristo è l'altare. Liturgia di dedicazione della chiesa e dell'altare*, Ed. OCD, Roma 2004.
20. «Cuando se construya una iglesia nueva, conviene erigir un único altar, que signifique ante la asamblea de los fieles al único Cristo y a la única Eucaristía de la Iglesia. En las iglesias ya construidas, cuando el antiguo altar está colocado de tal modo que haga difícil la participación del pueblo y no pueda trasladarse sin detrimento de su valor artístico, constrúyase otro altar fijo, artísticamente confeccionado y que se ha de dedicar debidamente, y las acciones sagradas se realizarán exclusivamente sobre él. Para que la atención de los fieles no se aparte del nuevo altar, el antiguo no recibirá un especial ornato» (*Ordenación General del Misal Romano*, 303). El tema de la eventual multiplicidad de los altares en una iglesia puede ampliarse en: Massimo del Pozzo, *op. cit.*, pp. 69-71.
21. *Siendo la piedra angular Cristo mismo, en quien toda edificación bien trabada se eleva hasta formar un templo santo en el Señor* (Ef 2,20-21).
22. Para la cuestión de la *orientación* del altar cf. Massimo del Pozzo, *op. cit.*, pp. 41-48.
23. La solución arquitectónica facilita por una parte la participación del pueblo en torno (si bien a una cierta distancia) al altar, y además las formas litúrgicas de reverencia (incensación).

ayudaría a acentuar la majestuosidad propia del culto eucarístico y propiciaría un uso litúrgico incorrecto. Por su parte la forma *cuadrada o cuadrangular* más que rectangular connota un significado cósmico y escatológico. Las concretizaciones arquitectónicas mencionadas tienen sólo un carácter indicativo y abierto, por lo tanto, un sano realismo y el buen sentido aparecen como los criterios de medida obligatorios[24].

Las características esenciales del altar constituyen una suerte de guía para individuar los valores a él ligados. La *unidad* y la integridad de la asamblea encuentran una inmediata correspondencia en la unicidad del banquete (la participación a un solo altar), como también en la composición material de la mesa[25]. La autenticidad y la objetividad del culto debido se reflejan en la destinación latréutica y en la identificación funcional del altar con el sacrificio de Cristo. El reclamo a la ortodoxia y el respeto por la *verdad* del signo llevan a evitar decisiones arbitrarias y modificaciones impropias. La *bondad* y la perfección de la celebración piden la estima y el respeto de parte de la comunidad creyente (veneración[26]) y evidencian la función ministerial presente en el pueblo de Dios[27]. La *belleza* y la armonía de lo sagrado resplandece en el cuidado por el decoro y la perfección cualitativa de la obra y regula la distribución del espacio (el altar no tiene la función de «llenar un hueco» sino que es él quién condiciona la estructura del entero edificio). La belleza es muchas veces el elemento privilegiado para el acceso y el contacto con el esplendor de lo divino, pero se debe velar para que el exceso de pomposidad no ofusque la simplicidad y el atractivo del misterio cristiano.

---

24. Cf. Crispino Valenziano, «*Altare*», citado por: Anscar J. Chupungco, *Scientia liturgica. Manuale di Liturgia. Tempo e spazio liturgico*, Ed. Casale Monferrato 1998, t. V, pp. 423-425.
25. «Según la práctica tradicional de la Iglesia, la mesa del altar fijo ha de ser de piedra, y además de un solo bloque de piedra natural», CIC, can. 1236 § 1.
26. Más allá del significado de las prescriptas «inclinaciones profundas» dentro de la misa (cf. *Ordenación General del Misal Romano*, 275), la simple conducta de respeto habitual, desgraciadamente caída en desuso, contribuye a edificar la formación litúrgica de los fieles. Prescindiendo de la genuflexión delante del altar del Santísimo, la inclinación de la cabeza es la forma de respeto habitual. Especialmente en sujetos cualificados (clérigos, aquellos que detentan un ministerio eclesial, sacristanes, etc.) se debería poder exigir incluso fuera de la liturgia al menos aquel mínimo obsequio formal conforme a la función que se desempeña.
27. La comunión jerárquicamente diferenciada con el altar indica la estructura orgánica y complementaria que preside el oficio sacerdotal cristiano, donde el sacerdocio ministerial y común difieren esencialmente y no solo por el grado (cf. *Lumen Gentium*, 10). Por algo el CIC habla de «*modo singuli proprio*» (según la manera propia a cada uno de ellos, can. 834 § 1).

d. El altar: honor de los mártires

Es la mesa del Señor la que dignifica los cuerpos de los mártires y de otros santos. Para significar que el sacrificio de los miembros tuvo su origen en el sacrificio de la Cabeza, es conveniente colocar sus reliquias debajo de los altares[28], de tal modo que –como dice San Ambrosio– «en el lugar donde Cristo es la Víctima, se pongan las víctimas triunfales. Pero Cristo sobre el altar, ya que padeció por todos; ellos debajo del altar, ya que han sido redimidos por la Pasión de aquél».

Las reliquias nos deben pues recordar que con la cruz podemos triunfar. Por eso «subiré al altar de Dios, de Dios que alegra mi juventud» (Sal 43,4).

e. Destinación exclusiva del altar al culto divino y personas a él vinculadas

Las cuestiones relativas a la correcta utilización del altar están ligadas a la especial santidad del lugar. El principio basilar es aquel de la exclusividad latréutica de la mesa sacrificial: «*el altar tanto fijo como móvil, se ha de reservar solamente al culto divino, excluido absolutamente cualquier uso profano*»[29]. En la práctica la celebración del misterio pascual es la única acción que conviene al altar, toda otra actividad se considera fuera de lugar. La utilización, incluso transitoria u ocasional, de la mesa como simple repisa o estante sea dentro que fuera de la Misa lleva a una banalización o empobrecimiento del bien[30]. No es casual que la *Ordenación General del Misal Romano* prescriba la mínima obstaculización posible de la superficie con una inequívoca limitación de los objetos presentes: «sobre la mesa del altar se puede poner tan sólo aquello que se requiere para la celebración de la Misa, es decir, el Evangeliario desde el inicio de la celebración hasta la proclamación del Evangelio; y desde la presentación de los dones

28. «Es oportuno conservar el uso de poner bajo el altar que se va a dedicar reliquias de santos, aunque no sean mártires. Cuídese, con todo, de que conste con certeza la autenticidad de tales reliquias» (*Ordenación General del Misal Romano*, 302).
29. CIC, can. 1239 § 1.
30. «Finalmente, el altar recibe honor tanto fuera como dentro de la celebración, en otras palabras no se descansan los brazos, ni papeles, ni libros encima del altar por conveniencia y menos materiales de limpieza durante el mantenimiento del presbiterio» (Daniel Cronin, «El Altar», citado en CELAM, *La celebración del misterio pascual. Manual de liturgia*, Bogotá 2003, t. I, p. 347). «Por tanto ni comodín, ni lugar para colocar papeles, vinajeras o cualquier otro objeto» (Julio Manzanares - Antonio Mostaza - José Luis Santos, *Nuevo Derecho parroquial*, BAC, Madrid 1994, p. 561).

hasta la purificación de los vasos, el cáliz, con la patena, la píxide, en caso de que sea necesario, y el corporal, el purificador, la palia y el misal. Colóquese también de un modo discreto lo que pueda ser necesario para amplificar la voz del sacerdote»[31].

De la exclusiva destinación de la mesa sacrificial al culto divino («*se ha de reservar solamente al culto divino*»[32]) se siguen especiales obligaciones. La mayor proximidad al altar –auspiciada por la reforma del Concilio– tiene como finalidad promover la *activa participación* y no el causar confusión o promiscuidad, pues permanece siempre válido el principio por el cual debe claramente percibirse la distinción entre el sacerdote y el pueblo. La circunscripción del radio de acción y la delimitación del obrar de los agentes indican la especificidad del rito sacrificial que se lleva a cabo *en la persona de Cristo*[33] y salvaguardan el espacio propio de cada uno: «en las celebraciones litúrgicas, cada cual, ministro o simple fiel, al desempeñar su oficio, hará todo y sólo aquello que le corresponde por la naturaleza de la acción y las normas litúrgicas»[34]. Sólo los clérigos pueden en definitiva manifestar aquel peculiar vínculo de comunión con el aspecto sacrificial que el carácter recibido significa[35]. Es bueno que los acólitos, ministros extraordinarios, sacristanes y cuantos se acercan u obran sobre el altar manifiesten la circunspección y la cautela requeridas por la sinceridad de la piedad y de la verdad de los signos, limitándose a cumplir, sin iniciativas fuera de lugar, «todo y sólo aquello que le corresponde por la naturaleza de la acción y las normas litúrgicas»[36]. La autenticidad de los gestos implica por lo demás que sólo la identificación sacramental en el sacerdocio es indicativa de especial predilección o fuente de conformación representativa con la

31. *Ordenación General del Misal Romano*, 306.
32. CIC, can. 1239 § 1.
33. «*In persona Christi*».
34. *Sacrosanctum Concilium*, 28.
35. Extremadamente expresivo resulta el beso al altar (*Ordenación General del Misal Romano*, 273). Vale la pena recordar que todo fiel está de todos modos místicamente unido e incorporado a la ofrenda a través del sacerdocio común: «*¿Cómo participan los fieles laicos en la misión sacerdotal de Cristo?* Los laicos participan en la misión sacerdotal de Cristo cuando ofrecen como sacrificio espiritual *agradable a Dios por mediación de Jesucristo* (1 P 2,5), sobre todo en la Eucaristía, la propia vida con todas las obras, oraciones e iniciativas apostólicas, la vida familiar y el trabajo diario, las molestias de la vida sobrellevadas con paciencia, así como los descansos físicos y consuelos espirituales. De esta manera, también los laicos, dedicados a Cristo y consagrados por el Espíritu Santo, ofrecen a Dios el mundo mismo» (*Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica*, 189).
36. *Sacrosanctum Concilium*, 28.

mesa-altar[37]. Es necesario evitar por lo tanto no sólo sobre el altar sino también en el área inmediatamente circunstante intromisiones indebidas de personas o actos equívocos o engañosos.

f. El cuidado del altar

La Instrucción *Redemptionis Sacramentum* enseña que «de forma muy especial, todos procuren, según sus medios, que el santísimo sacramento de la Eucaristía sea defendido de toda irreverencia y deformación, y todos los abusos sean completamente corregidos. Esto, por lo tanto, es una tarea gravísima para todos y cada uno, y, excluida toda acepción de personas, todos están obligados a cumplir esta labor»[38]. Es por lo tanto responsabilidad de todos los bautizados defender el ambiente de la celebración y de promover y estimular el incremento del culto divino. El mismo documento precisa respecto del altar: «es un derecho de la comunidad de fieles que, sobre todo en la celebración dominical, haya una música sacra adecuada e idónea, según costumbre, y siempre el altar, los paramentos y los paños sagrados, según las normas, resplandezcan por su dignidad, nobleza y limpieza»[39]. El grado de atención debería entonces ser proporcional a la inconmensurable riqueza del altar. El estado de deterioro, abandono, etc. de la mesa constituyen diversas formas de atentado u ofensa a la autenticidad y a la dignidad de la celebración del misterio pascual.

g. La utilización de una mesa común

La utilización para la celebración eucarística de una mesa común o de otra superficie constituye una excepción al uso de la mesa consagrada y bendecida. La legitimidad de la hipótesis *en un caso particular* y *a causa de una necesidad* excluye que esto se haga de modo habitual o sin una razón seria y ponderada. La búsqueda del máximo decoro y respeto posible hacia el augusto sacramento de la Eucaristía implica el extremo cuidado y la adecuada predisposición de todos los elementos materiales y consecuentemente la clara preferencia por los lugares sagrados: «la celebración eucarística se ha de hacer en lugar

37. El apoyar las manos con ocasión del beso o de la genuflexión ante de la comunión indica el deseo de perfecta unión con la víctima. El gesto evidencia así la participación a la oblación y a la donación de Cristo.
38. *Redemptionis Sacramentum*, 183.
39. *Ibidem*, 57.

sagrado, a no ser que, en un caso particular, la necesidad exija otra cosa; en este caso, la celebración debe realizarse en un lugar digno. Se debe celebrar el Sacrificio eucarístico en un altar dedicado o bendecido; fuera del lugar sagrado se puede emplear una mesa apropiada, utilizando siempre el mantel y el corporal»[40].

h. La no comerciabilidad del altar

Un último aspecto concerniente al exclusivo uso litúrgico es el de la no comerciabilidad del altar. Tanto el altar móvil, cuanto con mayor razón, aquel fijo no pueden ser de ningún modo privados de su destinación cultual sin la expresa autorización de la autoridad. El carácter sagrado de la mesa eucarística comporta la obligación de respetar su santidad y de atenerse a las normas dictadas en materia de protección y custodia[41].

Queremos terminar este capítulo con una hermosa reflexión que hace Romano Guardini sobre ***el altar***[42]:

«¡Qué hermosa variedad de potencias y facultades en el hombre! Puede por el conocimiento hacer suyos los objetos que le rodean, estrellas, montañas, ríos, mares, plantas, animales, y aun los seres humanos, dándoles aposento en su mundo interior. Puede amar las creaturas, como asimismo aborrecerlas o desecharlas; mostrarse hostil, o bien ir en su busca y atraerlas hacia sí. Puede echar mano del mundo circundante y modificarle a su placer. Olas de variados y aun opuestos afectos y sentimientos cruzan de continuo su corazón: gozo y deseo, tristeza y amor, calma y zozobra…

Pero de todas sus facultades, ninguna tan noble como la de reconocer a un ser superior, rendirle adoración y emplearse en su servicio. El hombre puede reconocer a Dios por su dueño, puede adorarle y hacer de sí ofrenda "*para que Él sea glorificado*".

---

40. CIC, can. 932 § 1-2. También la *Ordenación General del Misal Romano*, 297: «La celebración de la Eucaristía en lugar sagrado debe realizarse sobre el altar; fuera del lugar sagrado, puede también realizarse sobre una mesa idónea, empleando siempre el mantel, el corporal, la cruz y los candeleros».
41. Cf. José Martín de Agar, «Commento c. 1213», citado por Juan I. Arrieta, *Codice di diritto canonico e leggi complementari commentato*, Editore Coletti a San Pietro, Roma 2007, pp. 802-803.
42. Romano Guardini, *Los signos sagrados*, Ed. Litúrgica Española, Barcelona 1957, pp. 91-92.

En eso consiste el sacrificio: en que la majestad de Dios resplandezca en el espíritu; en que el hombre adore esa majestad y no se deje llevar de afanes egoístas, antes bien, con perfecta abnegación ponga su capacidad en que "*Dios sea glorificado*".

Esa facultad de sacrificar es lo más hondo del alma. En la entraña del ser humano reina aquel sosiego y claridad de donde sube a Dios la ofrenda.

Signo visible de esta recámara secretísima, sosegadísima y fortísima del alma es el altar. Ocupa el lugar más sagrado de la iglesia, dominando, desde las gradas en que se eleva, todo el recinto del templo, que ya por su misma configuración externa difiere de las construcciones humanas y está aislado como el santuario del alma. Asiéntase en sólido pedestal, como la voluntad sincera del hombre conocedor de Dios y dispuesto a servirle. Sobre el pedestal, la "mesa", lugar apropiado para el sacrificio, llana, sin rincones, penumbras ni cosa alguna que se preste a manejos sospechosos, antes bien abierta a todas las miradas. Así, como en el corazón ha de llevarse a efecto el sacrificio: patente a los ojos de Dios, sin reservas ni segundas intenciones.

Ambos altares guardan estrecha analogía, el visible del templo y el invisible del alma. Aquél es el corazón del santuario; éste, la realidad más honda del pecho humano palpitante, del santuario interior, del cual el visible, con sus muros y bóveda, es símbolo e imagen».

B. El mobiliario de instrucción

1. El ambón[43]

A. ¿Qué es?

El redescubrimiento del ambón ha sido uno de los signos exteriores más elocuentes del deseo de reforma de la liturgia del Concilio Vaticano II. La valorización y promoción del puesto de la Palabra en el contexto de la celebración ha llevado a la necesidad de rediseñar el espacio sagrado y a recuperar del olvido

43. Seguimos libremente a Massimo del Pozzo, *op. cit.*, pp. 231-267.

de la memoria los vestigios del pasado[44]. En esta llamada a la recuperación del ambón, además de tener en cuenta el aspecto de su realización arquitectónica, tiene especial importancia reconquistar su plenitud representativa como *monumento de la Resurrección*[45].

Es importante entonces considerar el contenido representativo de la «cosa sagrada». Y para hacerlo debemos tener en cuenta el *doble y complementario criterio de conveniencia con la dignidad de la Palabra y con la funcionalidad del instrumento*[46]. *La relación estructural-funcional con el Verbo, es en definitiva el principio hermenéutico cardinal para la inteligencia del objeto litúrgico*[47].

«La estructura simbólica del ambón es unitaria, significa únicamente la tumba vacía del Señor Resucitado […]. Por ello el diácono que sube al ambón para proclamar un texto evangélico, sucede, de generación en generación, al ángel del sepulcro que dice a las mujeres venidas con los perfumes: "Vosotras buscáis a Jesús Nazareno, el crucificado. ¡Ha resucitado!" (Mc 16,6); los lectores que desde el ambón anuncian Apóstoles y profetas, suceden a estos que "con temor y gran gozo corrieron a dar el anuncio a sus discípulos" (Mt 28,8); los salmistas que allí cantan versículos y aleluyas, suceden a los "dos hombres de vestidos resplandecientes…: Recordaos cómo os habló… Y recordaron sus palabras" (Lc 24,4.6.8). El ambón es estructuralmente en la Iglesia el signo ***monumental de la Resurrección***»[48].

---

44. «Cristo está siempre presente en su Iglesia. […] Está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla», *Sacrosanctum Concilium*, 7.
45. La consistencia representativa del ambón como ícono de la Resurrección ha sido ya adquirida doctrinalmente, cf. Crispino Valenziano, «L'ambone icona spaziale della Rezurrezione», Revista *La vita in Cristo e nella Chiesa*, 1978, n. 28, pp. 11-26. Es también emblemático el título de uno de los más voluminosos estudios sobre el argumento: Cosma Capomaccio, *Monumentum Resurrectionis. Ambone e candelabro per il cero pasquale*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 2002. Es interesante notar que el elemento simbólico íntimamente asociado al ambón es el candelabro pascual: la llama del cirio pascual expresa la vitalidad de la fe cristiana.
46. Cf. Por ejemplo: Conferencia Episcopal Italiana, *Precisazioni alla IIa ed. del Messale Romano* (ed. 1984): «El ambón o lugar de la palabra sea apropiado por su dignidad y su funcionalidad»; cf. Centro Azione Liturgica, *Enchiridion Liturgico*, Piemme, Casale Monferrato 1994, n. 16, p. 311.
47. Cf. Crispino Valenziano, «Monumentum resurrectionis: ambone e candelabro per il cero pasquale. Iconografia e iconologia del monumento nella cattedrale di Sessa Aurunca, (Caserta)», citado por: Silvano Maggiani, *Gli spazi della celebrazione rituale*, Edizioni CLV, Roma 2005, p. 119.
48. Crispino Valenziano, *La riforma liturgica del Concilio. Cronaca, teologia, arte*, EDB, Bologna 2004, pp. 104-106.

a. El ambón: «monumentum Resurrectionis»[49]

El ambón es el lugar privilegiado para el anuncio de la Palabra de Dios, «apto para los discursos sagrados, desde donde el pueblo recibe la luz propicia, cada vez que escucha los misterios inviolados del Verbo Divino»[50]. Como todo elemento destinado al culto, el ambón debe expresar además realidades y significados, a través de los cuales, el hombre pueda, por una parte, unir la ritualidad de su vida con el mundo divino, y por otra, acoger la irrupción del divino en su vida[51]: «los símbolos religiosos son expresiones sagradas que no conducen a un simple conocimiento racional; ellos aferran[52] directamente el misterio… El acto ritual está ligado a una estructura simbólica que permite realizar el pasaje desde el símbolo al significado, desde la imagen a la realidad ontológica, desde el signo al ser»[53]. Y no podría ser de otro modo pues «el símbolo revela al hombre dimensiones que no son perceptibles al nivel de la experiencia inmediata y lo conduce a realizar su participación a lo sagrado»[54]. El símbolo por lo tanto manifiesta una «presencia» pues «en el espíritu de los Padres de la Iglesia y según la tradición litúrgica, contiene la presencia de aquello que simboliza»[55]. El ambón no es por lo tanto simplemente un lugar sino también un símbolo y en cuanto tal «***es presencia vicaria de la Tumba vacía y es presencia eficaz del anuncio pascual al universo mundo***»[56]. El ambón es ***monumento de la Resurrección***[57] al cual se sube para anunciar que Cristo ha resucitado, pues el «contenido único de toda la Escritura es Cristo y su ***misterio pascual*** (= evento

49. Seguimos libremente a Cosma Capomaccio, *Monumentum Resurrectionis. Ambone e candelabro per il cero pasquale*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 2002, pp. 55-73.
50. Paulus Silentiarius, *Descriptio ambonis*, *Descriptio Ecclesiae Sanctae Sophiae*: PG 88,2259.
51. Pietro Sorci, «L'ambone: un luogo significativo nell'assemblea», *Rivista di Pastorale Liturgica*, 1/1991, p. 72.
52. Hemos traducido así el «*colgono*» del texto italiano.
53. AA.VV., *I riti di iniziazione*, Jaca Book, Milano 1989, p. 10.
54. «L'uomo, il rito e l'iniziazione secondo Eliade», citado por: AA.VV., *I riti di iniziazione*, Jaca Book, Milano 1989, p. 17.
55. Pavel Evdokimov, *Teologia della bellezza. L'arte dell'icona*, Edizioni Paoline, Roma 1981, p. 172.
56. Crispino Valenziano, «Monumentum resurrectionis: ambone e candelabro per il cero pasquale. Iconografia e iconologia del monumento nella cattedrale di Sessa Aurunca, (Caserta)», p. 164.
57. «*Monumentum resurrectionis*». Los sinópticos y San Juan utilizan el término *μνημεῖον* para referirse al sepulcro. El término en lengua griega clásica significa *monumentum*: «Potest autem reddi Monumentum. Ut autem illud *μνῆμα* accipitur etiam pro Sepulcro (ad quam signif. restringitur et Monumentum, uti dixi)», Stephanus, *Thesaurus Graecae Linguae*, Graz 1954, t. IV, p. 1114. *Μνῆμα* significa literalmente *signo del recuerdo* (referido particularmente a la memoria de los muertos desde Homero) y también *tumba*; *μνημεῖον*, análogamente a *μνῆμ*, originariamente es signo de *recuerdo, monumento a la memoria*, y muy frecuentemente con este vocablo se entiende el mismo *sepulcro*, cf. O. Michel, *μνῆμα*, m*GLNT* 10, Brescia 1971, pp. 312-314. Los evangelios refieren que el sepulcro de Jesús estaba cavado en la roca (Mc 15,46), que una piedra fue rodada delante al

salvífico). ***Contenido de toda celebración litúrgica es siempre esta misma Pascua, como culmen de toda la historia de salvación. Así aquello que la Escritura anuncia, el sacramento lo realiza***»[58]. Enseñanza esta que encontramos en boca de Germán, patriarca de Constantinopla, en el siglo VIII: «*el ambón es figura de la piedra del santo sepulcro* […] *que significa, expresa y anuncia la resurrección del Señor* […]»[59]. En este contexto resulta interesante el ver cómo los mismos ministros sagrados, sacerdote y diácono, que proclaman el Evangelio desde el ambón (el misterio de Cristo, su presencia salvadora en la historia, presencia contemporánea al anuncio[60]) son equiparados a los ángeles[61] que dieron el anuncio de la Resurrección del Señor a las santas mujeres (cf. Lc 24,1-8): «*desde el ambón los sacerdotes junto a los diáconos, los cuales son figura de los ángeles, leen los evangelios*»[62].

b. Las notas constitutivas del ambón

La doctrina litúrgica sigue dos direcciones en la definición del ambón: la primera considera su naturaleza y su realización artística (construcción, estructura, etc.), la segunda precisa directamente su connotación teológica-ritual (como lugar de la proclamación de la Palabra). Los dos aspectos evidentemente no se excluyen ni contraponen sino que se complementan. El ambón es antes que nada un objeto bien delimitado en el espacio y con una identidad propia, sea en su realización concreta sea en su consideración simbólica. Así además de la necesidad de que sea funcional, el ambón como lugar de la presencia divina, pide que se ponga de manifiesto su simbolismo tradicional (*sepulcro vacío*) y su carácter de ícono. Las prescripciones litúrgicas parecen confirmar este requerimiento: «conviene que en general este lugar sea un ambón estable, no un

ingreso (Mt 27,60; Mc 15,46) y que no había sido usado antes (Mt 27,60; Lc 23,53; Jn 19,41); y el relato del «*sepulcro vacío*» fue desde el principio entendido como confirmación del mensaje pascual (cf. Lc 24).

58. Ildebrando Scicolone, «La proclamazione della Sacra Scrittura nella liturgia», citado por: Silvano Maggiani, *Gli spazi della celebrazione rituale*, Edizioni CLV, Roma 2005, pp. 245-269.
59. Germanus Patriarcha Cpolitanus, *Historia ecclesiastica et mystica contemplatio*, citado por: Nilo Borgia, *Il commentario liturgico di S. Germano patriarca costantinopolitano e la versione latria di Anastasio bibliotecario*, Grottaferrata 1912, p. 14.
60. «[Cristo] Está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla», *Sacrosanctum Concilium*, 7.
61. *Ἄγγελος*' mensajero, enviado, nuncio, ángel; mensaje, noticia; *ἀγγέλλω* traer [un mensaje], anunciar, notificar, referir.
62. Symeon Thessalonicensis archiep., *De sacro templo*, c. 136: PG 155,346.

facistol portátil»[63]. De este modo el atril portátil cumple la función pero no es un *ambón* en sentido propio, y por ello la distinción fijo-móvil más que dos categorías del mismo objeto señalan dos entidades diferentes. En su fijación al suelo, en su disposición logística, y en su consiguiente armonización ambiental se ve por lo tanto una precisa elección de valor y significado. El ambón es entonces constitutivamente *estable* y *permanente* con todas las implicancias que de ello se derivan en la configuración del templo y el desarrollo de los ritos.

Dejado en claro el indiscutido carácter monumental de la obra, que sin embargo no por ello debe asumir dimensiones imponentes, es necesario precisar sus notas individuales. En la actualidad los liturgistas están de acuerdo en asignar tres características principales al monumento al enseñar que debe ser único, tener un espacio propio y ser alto[64]. Los tres requisitos corresponden a la *identidad*, a la *colocación espacial*, y a la *conformación* de la mesa de la Palabra.

1.º La unicidad

La unicidad del ambón responde a la intrínseca lógica simbólica del monumento, manifiesta la unidad e integridad de la Escritura, ayuda a la concentración de la asamblea y se pone en sintonía con la mesa eucarística (un único altar). La unidad no se opone a la posible distribución y graduación del mismo espacio de la Palabra, tal como se ha desarrollado sabiamente en la evolución histórica del edificio sagrado, sin romper mínimamente el valor del signo[65]. El *único monumento* constituye una readquisición reciente que supera la práctica consolidada en el segundo milenio de destinar el atril de la izquierda a la lectura de la epístola y el de la derecha al Evangelio. La Instrucción *Inter Oecumenici*, que ha concretizado los primeros intentos de la reforma conciliar, parece todavía sufrir la influencia de la costumbre de la época y habla indiferentemente de ambón en singular o en plural[66]. Los documentos sucesivos sin embargo prevén

63. *Ordenación General del Misal Romano*, 309.
64. Basta simplemente mostrar aquí la secuencia de los párrafos: 1. El ambón es *monumento*; 2. El ambón es monumento *único*; 3. El ambón es monumento *con un espacio propio*; 4. El ambón es monumento *alto*, cf. Crispino Valenziano, «Monumentum resurrectionis: ambone e candelabro per il cero pasquale. Iconografia e iconologia del monumento nella cattedrale di Sessa Aurunca, (Caserta)», pp. 70-74.
65. Espléndidos testimonios artísticos de ambones medievales evidencian planos y atriles diferentes para el canto de los salmos, para la proclamación de las lecturas y para el anuncio del Evangelio. El hecho ayuda a ver que el atril es sólo una parte, normalmente modesta, de la más completa estructura arquitectónica.
66. «Conviene que para la proclamación de las lecturas sagradas haya uno o dos ambones, dispuestos de tal forma que los fieles puedan ver y oír bien al ministro», *Inter Oecumenici*, 96.

con bastante claridad un solo ambón y hablan al referirse al mismo siempre en singular[67]. Así la afirmación de esta característica puede considerarse pacíficamente consolidada en doctrina[68].

2.º El espacio propio

La ubicación del ambón presenta notables variaciones según las distintas épocas y las diversas tradiciones rituales. Nos interesa ahora evidenciar la necesidad *de reservar un espacio apropiado en el ámbito de la celebración*. La importancia del *kerigma*[69] en la actualización del misterio de salvación pide una zona de respeto no sólo elevada y visible sino efectivamente eminente y separada. El ambón tiene que ser la referencia principal de la liturgia de la Palabra y debe poseer una autónoma capacidad de atracción de la atención de los fieles para convertirse realmente en el lugar «hacia el que, durante la liturgia de la Palabra, se vuelva espontáneamente la atención de los fieles»[70]. La pretendida percepción de la integración y continuidad entre las dos mesas (palabra y pan) lleva no a una superposición en la perspectiva sino a una «bifocalidad unificante»[71]. En esta línea es necesario acoger la exhortación a no colocar el ambón, el altar, y la sede sobre el mismo eje visivo[72]. El puesto del ambón está entonces en el presbiterio en una relación orgánica y ponderada con los demás elementos[73]. La armonización que se pide no consiste sólo en el equilibrio y en la homogeneidad estilística y

67. Cf. *Ordenación General del Misal Romano*, 309; Misal Romano, *Ordenación de las lecturas de la Misa*, segunda edición típica 1981, 32-34; *Caeremoniale Episcoporum*, 51.
68. Cf. entre otros José Aldazábal, *Dizionario sintetico di liturgia*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 2001, p. 24, vocablo «Altare»; Daniel Cronin, «El Altar», citado en CELAM, *La celebración del misterio pascual. Manual de liturgia*, Bogotá 2003, t. I, p. 351; Crispino Valenziano, «*Altare*», citado por: Anscar J. Chupungco, *Scientia liturgica. Manuale di Liturgia. Tempo e spazio liturgico*, Ed. Casale Monferrato 1998, t. V, p. 425; Giuliano Zanchi, *Lo Spirito e le cose. Luoghi della liturgia*, V&P, Milano 2003, p. 63.
69. Del griego *κήρυγμα*: proclama, declaración, orden, anuncio hecho por un heraldo. En ámbito cristiano se trata del anuncio de la Fe. Para ampliar cf. http://es.catholic.net/catequistasyevangelizadores/817/2819/articulo.php?id=31870.
70. *Ordenación General del Misal Romano*, 309a.
71. Cf. *Sacramentum Caritatis*, 44 (Unidad intrínseca de la acción litúrgica).
72. Cf. Por ejemplo: Commissione Episcopale per la Liturgia CEI, nota pastorale «*L'adeguamento delle chiese secondo la riforma liturgica*», Bologna 1996, n. 18.
73. La ubicación propia se puede deducir de la recomendación de la *Sacramentum Caritatis*: «Un elemento importante del arte sacro es ciertamente la arquitectura de las iglesias en las que debe resaltar la unidad entre los elementos propios del presbiterio: altar, crucifijo, tabernáculo, ambón, sede» (41). Peter Elliott afirma: «Habrá un ambón […] para la proclamación de la Palabra de Dios desde el presbiterio o cerca de él», *Guía práctica de la liturgia*, EUNSA, Pamplona 2004, p. 34.

material, sino sobre todo en la adecuada distribución del espacio, teniendo en cuenta la singularidad del contexto[74].

3.º La elevación

La última característica relevante del ambón es la *elevación*. En la etimología y en la función del mismo está claramente inscripta esta propiedad[75]. Por otra parte los autores concuerdan universalmente acerca de este dato constitutivo. La noción de altura parece que no sólo hace referencia a la elevación respecto del nivel del suelo, sino sobre todo al decoro y a la nobleza necesarios. Debe estar ligeramente elevado, pues la excesiva distancia o lejanía aparece como un factor de desagrado y distracción[76]. Su colocación al mismo nivel por el contrario, representa una forma inconveniente de achatamiento e igualamiento. En las fuentes litúrgicas el requisito está contenido en la advertencia que señala que el ambón «debe estar colocado de tal modo que permita al pueblo ver y oír bien a los ministros ordenados y a los lectores»[77] y en un «*lugar elevado*»[78]. La eminencia, como ya se dijo, comporta asimismo el distinguirse de la hechura y de la cualidad: «*convenientemente noble*»[79], «*visible*» o «*eminente*»[80], «*digno*»[81]. No se trata entonces sólo de la conveniencia con la función (eficacia), sino de la excelencia del símbolo y de su intrínseca relación con la belleza, el *esplendor de la verdad* de la liturgia[82]. Vale la pena recordar que la promoción de un sobrio realce puede realizarse también en la ornamentación especial en algunas ocasiones[83]. La acentuación estética (flores, luces, paños, etc.) encuentra justa correspondencia en la solemnidad de la celebración.

---

74. «Se debe por lo tanto proceder de tal modo que, según la estructura propia de cada iglesia, el ambón se armonice arquitectónicamente y espacialmente con el altar» (*Ordo Lectionum Missae*, 32).
75. El término *ambón* deriva del griego *ἀναβαινειν*: subir; subir a la tribuna (ante el pueblo, los jueces, etc.).
76. «La altura se mide de acuerdo a cada lugar, debe ser visible por todos pero no tan alto que sea imponente como los púlpitos de épocas anteriores» (Daniel Cronin, «El Altar», citado en CELAM, *La celebración del misterio pascual. Manual de liturgia*, Bogotá 2003, t. I, p. 352).
77. *Ordenación General del Misal Romano*, 309b.
78. *Ordo Lectionum Missae*, 32.
79. *Ibidem*.
80. Cf. Rituale Romanum, *De benedictionibus*, editio typica 1984, 900.
81. Conferencia Episcopal Italiana, *Precisazioni alla IIa ed. del Messale Romano*, 16.
82. «*Splendor Veritatis*», cf. *Sacramentum Caritatis*, 35.
83. *Ordo Lectionum Missae*, 32.

c. Los ministros ligados al lugar del anuncio pascual

La naturaleza de la «cosa sagrada» configura y regula el acceso de las personas y el modo del obrar, pues existe una íntima unión entre el ejercicio del ministerio eclesial y la consistencia ontológica-teológica de la «mesa de la palabra». El aspecto subjetivo (es decir la consideración de quién sube al ambón) refleja en la práctica la identidad del lugar del anuncio pascual.

La *editio typica tertia* de la *Ordenación General del Misal Romano* declara: «la dignidad del ambón exige que a él sólo suba el ministro de la Palabra»[84]. El «solo ministro de la Palabra» convalida en definitiva la propiedad del espacio prohibiendo el acceso a quién no ejercita la función de proclamación de la Palabra de Dios. La originaria reserva a los «*ministros*» ha sido especificada en los «*ministros ordinarios y lectores*» para indicar la no necesaria coincidencia con un ministro ordenado. Se comprenden entonces dentro del elenco de personas autorizadas tanto los laicos elevados al orden del lectorado[85] como los laicos (hombres y mujeres) que para esa función han sido elegidos de modo temporal[86]. En el ámbito de los clérigos se incluye indistintamente los tres grados del Orden Sagrado. Evidentemente, donde se pueda, es aconsejable respetar y valorizar el peculiar significado ritual de la función de anuncio del diácono. Es bueno tener presente que no es sólo la cualidad subjetiva sino el cumplimiento de la actividad prevista la que justifica la presencia en el ambón[87]. Es importante sin embargo remarcar que el espíritu de la legislación eclesiástica no es tanto el de impedir el acceso a quien no tiene un nexo institucional con la *mesa de la Palabra* sino de exaltar la estima y la consideración del *monumento de la Resurrección* y de promover y valorizar el momento de la palabra y de la escucha.

d. Las actividades que se pueden llevar a cabo desde el ambón

La proclamación de las lecturas, del salmo responsorial y del pregón pascual se encuadran dentro de las actividades que encuentran en el ambón su lugar

84. *Ordenación General del Misal Romano*, 309.
85. Cf. *Ministeria Quedam*: AAS 64 (1972) 532 y CIC, can. 230 § 1.
86. Cf. CIC, can. 230 § 2.
87. Dar avisos o indicaciones desde el ambón, antes, durante o después de la Misa, práctica lamentablemente bastante difundida, es algo fuera de lugar y banal, pues no tiene en cuenta el respeto debido a la santidad del lugar.

propio. La homilía y la oración universal en cambio «puede hacerse»[88] allí. La *editio tertia* de la *Ordenación General del Misal Romano* ha puntualizado que el uso se limita sólo a la formulación de las *intenciones de la oración universal*, pues la introducción y la oración conclusiva, de suyo pertenece a quien preside la celebración, se deben leer desde la sede o el altar.

Por otro lado el uso del ambón de parte de personas que no están ligadas institucionalmente al *ministerio de la Palabra*, por ejemplo quien hace el guion, el cantor, o el animador del canto, puede ser tolerado pero nunca recomendado[89].

e. Otras precisiones

Para asegurar la *activa participación* es importante que el lenguaje de los labios y del cuerpo del ministro encargado sea fácilmente distinguible de parte de toda la asamblea. Precisa el *Ordo Lectionum Missae* algunos aspectos a tener en cuenta que pueden influir en la disposición u ornamentación del ambiente: «para que el ambón puede servir de modo adecuado a las celebraciones [se requiere] que posea una cierta amplitud, pues algunas veces allí deben estar juntos más de un ministro. Se debe además cuidar que los lectores dispongan sobre el ambón de una iluminación suficiente para la lectura del texto y que puedan servirse, según la oportunidad, de los modernos medios técnicos para que los fieles puedan cómodamente escucharlos»[90]. *Extensión*, *iluminación y amplificación* no constituyen puros datos técnicos sino elementos importantes, aunque secundarios, del rito.

La veneración procesional del Evangeliario justifica una adecuada y proporcionada *amplitud* del monumento. Por lo demás, el deseo de estimular la captación de la unión que existe entre las dos mesas (Palabra de Dios y Cuerpo de Cristo) puede sugerir que se favorezca el traslado del Libro desde el altar al ambón[91]. La mayor ornamentación (siempre sobria) de un día solemne ayuda a estimular la inteligencia del misterio y despierta el estupor del *esplendor de la verdad*. Del mismo modo la iluminación contribuye no poco a crear la atmósfera y la concentración justas. El cambio de lugar que piden las diversas partes

88. *Ordenación General del Misal Romano*, 309.
89. Cf. *Ibidem*; *Ordo Lectionum Missae*, 32.
90. *Ordo Lectionum Missae*, 33.
91. *Ibidem*, 17.

de la Misa puede ser acompañado incluso de un discreto juego de luces. Los micrófonos y demás aparatos de amplificación, pueden revelarse muy útiles acústicamente pero perniciosos desde un punto de vista estético y representativo. La disciplina del mínimo impedimento y obstáculo visual prevista para el altar («*modo discreto*») debería extenderse a este ámbito evitando el impacto de nuevas antitecnológicas «barreras arquitectónicas»[92].

La preservación y el incremento del *lugar para la proclamación de la Palabra de Dios* se extiende entonces a todos los momentos del contexto del culto (antes, durante y después de la celebración).

B. «La Palabra de Dios»

a. La Palabra de Dios

Desde toda la eternidad y por toda la eternidad el Ser infinito de Dios es dicho por el Verbo o Palabra.

En Dios «todo es uno y lo mismo»[93] y, por tanto, el Ser se identifica con la Verdad, con la Bondad, con la Belleza…, de tal modo, que Dios **es** la Verdad, y **es** la Bondad, y **es** la Belleza… y todo eso lo es en grado sumo.

Ahora bien, el Ser infinito de Dios –que se identifica con la Verdad infinita de Dios– es **dicho**, **expresado** o **pronunciado** por el *Lógos* (en griego), o *Verbum* (en latín), Verbo o Palabra (en español). El Verbo pronuncia el Ser infinito de Dios. El Verbo, *Logos* o Palabra, constituye en Dios una Persona divina, la Segunda de la Trinidad: el Hijo.

Ese Verbo –*Logos* o Palabra– sin dejar de ser Dios se hizo hombre: «El Verbo se hizo carne» (Jn 1,14) es Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre. Jesucristo es la Palabra sustancial y encarnada de Dios. Es el Verbo unido hipostáticamente (personalmente) a una naturaleza humana.

92. Cf. *Ordenación General del Misal Romano*, 306. Las deficiencias que derivan de los cables y de los micrófonos son señaladas por diversos autores, cf. Arnaldo Caleffi, *La casa di Dio non ha misura. Interrogativi sui luoghi e sugli arredi sacri*, EDB, Bologna 2007, pp. 88-93.
93. Cf. *S. Th.*, I, q. 13, a. 12; I, q. 14, a. 4; I, q. 28, a. 2.

b. Dios dice su Palabra

La palabra tiene un lugar fundamental en la Historia de la Salvación. Comienza y termina por Ella.

Ya desde el comienzo, al crear Dios al mundo «dijo» (Gn 1, *passim*) e hizo el cielo y la tierra, y, al final, Cristo «dice… vengo pronto» (Ap 22,20) y lo hará.

Dios al crear el universo revela su poder, sabiduría, bondad, amor, vida… Toda la creación es una inmensa Palabra natural de Dios: «los Cielos cantan la gloria de Dios» (Sal 19,2), por eso puede cantar, bella y profundamente, San Juan de la Cruz:

> «Mil gracias derramando
> pasó por estos sotos con presura
> y, yéndolos mirando,
> con sola su figura
> vestidos los dejó de su hermosura»[94].

La Palabra de Dios es constitutiva de las esencias de todas las cosas y creadora de las existencias de todo lo que existe: «por el Verbo, todo fue hecho y sin Él nada se hizo de lo que ha sido hecho» (Jn 1,3).

Pero, además de esta revelación natural, Dios se ha dicho, expresado o pronunciado a través de la revelación sobrenatural, consignada por escrito, en las Sagradas Escrituras.

Dios se constituye en el Autor Principal del Libro de los Libros –la Santa Biblia– ya que por medio de la gracia de la inspiración bíblica, hace que los autores humanos –instrumentos inteligentes y libres– piensen, quieran y escriban ***todo*** y ***sólo*** lo que Él quiere, de tal modo, que todo lo que los autores humanos –Moisés, David, Salomón, Isaías, Mateo, Juan, Pablo…– afirman, enuncian e insinúan debe ser tenido por afirmado, enunciado e insinuado por el mismo Dios.

«Tienen boca y no hablan» (Sal 115,5). Esta sátira de los «ídolos mudos» (1 Co 12,2) subraya uno de los rasgos más característicos de nuestro Dios: ***Dios nos habla***. Nos dice lo que Él es, lo que Él hace por nosotros, lo que Él nos da,

94. San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual B*, canción 5, 1.

lo que Él nos promete, lo que a Él le agrada, lo que a Él le repugna, lo que Él quiere de nosotros.

Pues bien, el centro, el fin, la meta, la luz y el protagonista de toda la Sagrada Escritura –Antiguo y Nuevo Testamento– es su Hijo, el **Verbo**, la **Palabra** hecha carne: «Dios que en los tiempos antiguos habló a los padres en muchas ocasiones y de muchas maneras por los profetas, en los últimos días nos ha hablado a nosotros en su Hijo…» (Hb 1,1-2).

c. Efectos de la Palabra escrita de Dios

Sólo señalaremos uno: da vida. Por eso el ambón desde donde se proclama «la Palabra de vida» (Flp 2,16), a veces, está colocado al mismo nivel de la pila bautismal en donde se nos da por primera vez la vida de Dios, del altar donde se inmola Cristo para que tengamos «vida y vida en abundancia» (Jn 10,10).

Da vida, la Palabra de Dios: «No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Mt 4,4) recordó Jesús, el Verbo Encarnado.

Da vida, porque engendra en el alma la fe: «la fe viene del oír, y el oír por la palabra de Cristo» (Rm 10,17).

Da vida, porque da crecimiento: «La Palabra de Dios iba creciendo y aumentaba sobremanera el número de los discípulos» (Hch 6,7).

Da vida, porque es viva y eficaz: «La Palabra de Dios es viva y eficaz, y más tajante que espada de doble filo…» (Hb 4,12).

Da vida porque es «palabra de salvación» (Hch 13,26).

Da vida, en fin, porque son palabras del Único «que tiene palabras de vida eterna» (Jn 6,68).

Por eso, porque da vida, debe ser dicha siempre de nuevo, debe ser predicada «oportuna e inoportunamente» (2 Tm 4,2).

d. La predicación

Comúnmente, desde el ambón se da cumplimiento al mandato del Señor Jesús: «Id… predicad el Evangelio…» (Mc 16,15).

Predicar es, por un lado, anunciar el acontecimiento de la salvación, o sea, proclamar solemnemente el hecho de que el Verbo se hizo carne y murió en la

cruz y resucitó del sepulcro para salvarnos. Este es el *kerigma*: «Jesús es el Señor» (1 Co 12,3) y «el Salvador» (Mt 1,21). Predicar es, por otro lado, exhortar y enseñar.

Exhortar (cf. Rm 12,8) es exponer cordialmente el plan de salvación, invitando a los hombres y mujeres, animándolos y estimulándolos a convertirse y a buscar a Dios: «Es como si Dios os exhortara por medio nuestro» (2 Co 5,20).

Enseñar es transmitir en forma de instrucción el conocimiento de las cosas de Dios. Jesús nos dio ejemplo: «Cada día me sentaba en el Templo para enseñar…» (Mt 26,55). Y ordenó a sus Apóstoles a hacer lo mismo: «Id, haced discípulos de todas las naciones… enseñándoles a conservar todo cuanto os he mandado…» (Mt 28,19-20).

Finalmente, debemos entender complexivamente la Palabra de Dios. ***Es la Palabra que sale de la boca de Dios***:

1.º Contenida en la Biblia.

2.º Celebrada, proclamada y festejada en la Liturgia.

3.º Testimoniada por los Mártires.

4.º Transmitida por los Santos Padres.

5.º Comentada por los Doctores de la Iglesia.

6.º Predicada por los misioneros.

7.º Interpretada por el Magisterio.

8.º Vivida por los santos de todos los tiempos.

2. La sede[95]

a. El tercer punto de referencia de la celebración eucarística

La sede presbiteral constituye, junto al altar y al ambón, *uno de los tres puntos focales de la asamblea que celebra* la liturgia divina[96]. La presencia del Señor se

95. Seguimos libremente a Massimo del Pozzo, *op. cit.*, pp. 191-229.

96. Cf. José Aldazábal, *Dizionario sintetico di liturgia*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 2001, pp. 24-25, vocablo «Ambone».

actualiza de hecho en la mesa eucarística, en su palabra y en la persona del ministro. En la práctica se trata no tanto de un «tercer polo» de atención cuanto de la evidenciación jerárquica en el espacio cultual del único *mysterium salutis*. Aquel que preside es al mismo tiempo quién enseña y ofrece el sacrificio (palabra, pan y amor no por casualidad describen sintéticamente el mismo misterio de la Iglesia y de la Eucaristía[97]). La sede no es por lo tanto el emblema de la *potestas* sino la garantía de la unidad y de la comunión. El pueblo fiel encuentra así en la referencia a la capitalidad de Cristo la razón de ser de la propia vocación y misión.

La *reforma litúrgica*, como es bien sabido, ha querido rescatar y valorizar el simbolismo tradicional del modelo paleocristiano dando específico relieve y visibilidad a la presidencia del sacerdote celebrante. El referimiento sinagogal y basilical (la ascendencia de la cátedra de Moisés y de la *sella curialis* de los magistrados romanos), el aspecto dialógico de la celebración del misterio pascual y, sobre todo, la identificación orgánica del ministro sagrado con la Cabeza daba un específico significado representativo al espacio propio del pastor. La sede configura la identidad jerárquica de la santa asamblea y sella con claridad el principio de agregación. La doctrina del Concilio Vaticano II ha señalado por lo tanto un *oportuno restablecimiento de la cualidad simbólica del lugar* ofuscado por el decline del espíritu litúrgico. Es significativo subrayar que la promoción de la activa participación del pueblo auspiciada por la *Sacrosanctum Concilium* no ha significado un desconocimiento del rol del sacerdocio ministerial, sino que al contrario ha comportado una más clara atribución de valor a la función presidencial. De hecho la *sedes pro sacerdote celebrante* «debe significar su oficio de presidir la asamblea y dirigir la oración»[98]. La sede presidencial exalta así el unívoco valor del oficio sacerdotal.

b. La expresión material del *munus praesidentialis*

El principio heurístico basilar en la determinación del modo de ser de la sede o de la cátedra es la *percepción de la compenetración entre el aspecto estructural*

97. «La naturaleza íntima de la Iglesia se expresa en una triple tarea: anuncio de la Palabra de Dios (*kerigma-martyria*), celebración de los Sacramentos (*leiturgia*) y servicio de la caridad (*diakonia*). Son tareas que se implican mutuamente y no pueden separarse una de otra», *Deus Caritas Est*, 25. Sería erróneo y engañoso pensar en cambio a una suerte de secuencia o disociación entre los *tria munera* eclesiales (*docendi, santificandi y regendi*) o los respectivos bienes salvíficos (palabra, sacramentos y gobierno eclesiástico).

98. *Ordenación General del Misal Romano*, 310.

y aquel funcional de la «res». Es necesario individuar entonces el contenido simbólico e instrumental de la cosa sagrada. Ahora bien, el significado místico-sacramental del oficio de presidencia es aquel de volver visible la capitalidad de Cristo; el significado funcional consiste en cambio en el facilitar la *actuosa participatio* de los fieles. El objeto debe por lo tanto mostrar la dignidad del sacerdote *in persona Christi* y no obstaculizar la participación comunitaria. Los aspectos disciplinares son conducibles a estas dos directrices fundamentales.

La descripción de la sede está unida al *munus* eclesial que se lleva a cabo[99]. La presidencia de la asamblea y la guía de la oración son las dos incumbencias (subjetiva y objetiva) que manifiestan el contenido de las atribuciones del celebrante[100]. En la cosa sagrada en cuestión parece ser dominante el aspecto dinámico del culto. El *facere* («*praesidendi*» y «*moderandi*») tiene sin embargo un valor comunicativo y significativo. El signo es la materialización de la presencia del Señor en la persona del ministro ordenado. *El simbolismo es congénito entonces en la exclusividad y en la reserva del uso de la sede*.

El asiento del sacerdote no tiene un sentido místico-espiritual como el altar (imagen del sacrificio de la Cruz) o el ambón (signo de la tumba vacía) sino únicamente aquel unido a su destinación: es la persona física del celebrante que da significado al objeto. La cosa sagrada de todos modos corrobora la imprescindible referencia cristológica y eclesiológica de la santa asamblea[101]. La evidencia del rol del presidente confirma de hecho la asimilación orgánica con la Cabeza e indica directamente (cátedra) o indirectamente (sede) la estrecha derivación de la asamblea de la sucesión apostólica: *la sede vuelve visible y operativa la perpetuación del sacerdocio*.

99. «La sede del sacerdote celebrante debe significar su oficio de presidir la asamblea y dirigir la oración» (*Ibidem*).

100. En términos análogos se expresa también el *Bendicional*, n. 982: «El lugar de presidencia o sede del sacerdote celebrante significa la función de presidir la asamblea litúrgica y de dirigir la oración del pueblo santo». (Usamos la edición de Coeditores Litúrgicos 1986).

101. «La sede es el lugar litúrgico que manifiesta el ministerio de aquel que guía a la asamblea y preside la celebración en la persona de Cristo, Cabeza y Pastor, y en la persona de la Iglesia, su Cuerpo», cf. Commissione Episcopale per la Liturgia CEI, nota pastorale «*L'adeguamento delle chiese secondo la riforma liturgica*» (31/5/1996) 19. El ministro obra *in persona Christi et Ecclesiae* al mismo tiempo como representante de la Cabeza y como miembro del Cuerpo.

c. Las características estructurales de la sede

Más allá de la progresividad de las precisiones de algunos aspectos prácticos, ya desde la primera instrucción que ponía en acto la *Sacrosanctum Concilium* están bien individuadas dos directrices fundamentales en la impostación de la sede[102]. *La visibilidad y la facilidad de la comunicación dialógica* exaltan el vínculo horizontal con los fieles, *la distinción y la eminencia* recuerdan la unicidad y exclusividad de la mediación sacerdotal y la orientación vertical de la entera asamblea. Si se nota bien entre las aspiraciones señaladas no existe algún contraste sino una perfecta convergencia y armonía. En el ejercicio del oficio sacerdotal la Cabeza y el Cuerpo se compendian y exigen mutuamente. La pertenencia del ministro a la comunidad y el servicio de presidencia prestado son reconducibles a los principios constitucionales fundamentales de la igualdad radical y de la diversidad funcional del pueblo de Dios en la oración. El hecho de evidenciar el rol jerárquico en el contexto de la celebración es entonces una síntesis figurativa de la ordenada estructuración de la *communio fidelium* y responde a la interacción *ordo-plebs*.

1.º La preeminencia

La posición preeminente es el *signo distintivo del presidente*. La justificación de la excelencia de la sede está contenida en el cumplimiento de la función de mediación y de dirección de la oración («*debet* […] *significare*»[103]). El valor de la sede comporta entonces la no ordinariez o vulgaridad y la directa conexión de la obra con el arte y la belleza. La calidad del trabajo no debe traducirse sin embargo en falta de sobriedad. La nobleza requerida tiene como corolarios: la *unicidad*, la *distinción*, y la *diferenciación*. La sede de la presidencia debe diferenciarse netamente, por la localización y la consistencia, de los bancos comunes de uso de los fieles. La particular consideración se concreta en la materia, en el estilo y en la decoración del espacio propio. Una muestra inmediata de la preeminencia de la sede es la elevación respecto al plano de la sala. Más allá del efecto distintivo del respaldo y de los reposabrazos, algún peldaño puede elevar levemente el puesto reservado al pastor.

---

102. «La sede para el celebrante y los ministros, según la estructura de cada iglesia, sea dispuesta en modo que resulte bien visible a los fieles y el celebrante aparezca verdaderamente como el presidente de la asamblea de los fieles», *Inter Oecumenici*, 92.
103. *Ordenación General del Misal Romano*, 310.

2.º La visibilidad

Por cuanto concierne a la *visibilidad*, la *Ordenación General del Misal Romano* contiene algunas indicaciones *acerca de la orientación y la colocación*. La dirección frontal («*versus ad populum*») favorece el contacto y el intercambio con el pueblo reunido en oración. El tradicional modelo de la cátedra absidal sugiere la disposición al fondo del presbiterio («*in vertice presbyterii*»), pero no excluye soluciones diversas y más adecuadas a la conformación de la iglesia («a no ser que la estructura del edificio o alguna otra circunstancia lo impida»), y aún más deja en claro el fin que hay que tener en cuenta («por ejemplo, si a causa de la excesiva distancia resulta difícil la comunicación entre el sacerdote y la asamblea congregada»). No parece admisible una ubicación fuera del presbiterio[104]. Las mencionadas disposiciones tienen luego un carácter indicativo y una impronta marcadamente teleológica. El bien tutelado es en ambos casos aquel de la ayuda a la comunicación y de la interacción con la asamblea celebrante. A la visibilidad se une entonces la cercanía y el intercambio de la celebración.

3.º La consideración del contexto

Según lo ya expuesto, se puede hablar en síntesis de *una única sede de presidencia verdaderamente distinta y convenientemente dispuesta*. Interesa señalar que la identidad tipológica de la sede no sólo tiene necesidad de determinaciones y concretizaciones especiales sino que está también estrechamente unida e íntimamente vinculada *ex natura rei* a los otros elementos del lugar sagrado. El inciso que señala este particular («*iuxta singularium ecclesiarum structura*») agrega una oportuna nota de realismo y flexibilidad, solicitando la adecuación de la disposición a la peculiar y específica naturaleza de cada edificio. La dependencia o, más bien, la subordinación respecto al altar y al tabernáculo es objeto de un expreso precepto[105]. Si todas las *res sacrae* no pueden ser arrancadas del conjunto y pensadas aisladamente, la realización de la sede está aún más condicionada a la ordenación del espacio y al desenvolvimiento del rito.

104. Cf. también *Sacramentum Caritatis*, 41.
105. Entre las hipótesis que impiden la colocación de la sede «*in vertice presbyterii*» está la preexistencia del tabernáculo al centro atrás del altar (*Ordenación General del Misal Romano*, 310).

d. El respeto de la sede

Por cuanto concierne a la disciplina de la propiedad del lugar, *al sitio de presidencia puede acceder exclusivamente el sacerdote celebrante.* Sólo el carácter del orden en el grado del presbiterado confiere un título para ocupar lícitamente la sede. A la habilitación sacramental se agrega después el concreto desenvolvimiento de la función de presidencia (por ejemplo en una concelebración). La indicación se refiere no sólo al acto de la celebración sino también al momento precedente y sucesivo, es decir *ante* y *post celebrationem*[106]. La utilización de la sede de parte de un presbítero diverso del titular lógicamente está implícita en el permiso de celebrar[107].

Un uso indebido se traduce no sólo en una patente violación de las reglas litúrgicas sino también en una falsificación del signo. El respeto del «espacio propio», comporta una cierta circunspección de parte de los demás ministros y monaguillos que no deben permanecer sin motivo al reparo del presidente u obstruirle la vista. Como ya se ha recordado, la eminencia y la distinción del puesto se compendian con la universal utilidad y comunicación visiva con la asamblea. No en vano la capitalidad de Cristo se actualiza en el primado de la caridad y del servicio[108].

e. La utilización del espacio propio del presbítero

La determinación del encargo de presidir «en nombre de todos» indica el *nexo ministerial* con el Único litúrgico[109]. *La estructura y disposición del espacio* abren la mente al descubrimiento de las realidades invisibles. Teniendo en cuenta entonces las *acciones concretas que se desenvuelven en la sede* es necesario precisar que la conformación esencialmente litúrgica, induce a excluir la utilización extra-litúrgica de la misma. El valerse de la sede fuera de la celebración equivaldría a una usurpación del sitio y a una irreverencia respecto del «verdadero» y

106. Aun cuando se tratase de una sede móvil, el uso común del asiento fuera del edificio sagrado constituiría una falta de respeto y del obsequio debidos.
107. CIC, can. 903. En cambio no para la cátedra.
108. «*Pero no así vosotros, sino que el mayor entre vosotros sea como el más joven y el que gobierna como el que sirve. Porque, ¿quién es mayor, el que está a la mesa o el que sirve? ¿No es el que está a la mesa? Pues yo estoy en medio de vosotros como el que sirve*» (Lc 22,26-27).
109. La diputación del sacerdote al oficio presidencial en la divina liturgia no ocurre naturalmente a título de delegación o de representación sino en virtud de la asimilación orgánica «*in persona Christi Capitis*».

permanente celebrante principal, que es Cristo. El *único uso propio* es en definitiva aquel unido al ejercicio del culto divino *in persona Christi Capitis*.

f. El uso ritual de la sede presidencial

La *exclusividad del uso litúrgico de la sede de presidencia* se concreta en la *celebración de la Eucaristía o de los otros sacramentos o sacramentales*. La OGMR señala no sólo las características esenciales de la sede sino también las modalidades operativas del desenvolvimiento del rito. Las frecuentes menciones de la sede constituyen un precioso auxilio para establecer como debe ser el sitio[110]. El contenido funcional está bien delineado por el rol de presidir la asamblea y de guiar la oración comunitaria. Por cuanto existe un cierto intercambio de la sede con el altar o con el ambón en la utilización del espacio sagrado en algunas partes de la Misa (por ejemplo, ritos de introducción y de conclusión, homilía, y oración universal, etc.), la sede aparece como el puesto más adaptado para expresar el aspecto «sinfónico» de la acción y salvaguardar la especificidad espacial de los otros momentos (proclamación de la Palabra, inmolación y consumación de la oferta). El mismo cambio de lugar del sacerdote es indicativo del movimiento ascendente y descendiente de la entera asamblea y ayuda pedagógica, pastoral y espiritualmente a nutrir la fe del pueblo de Dios. Existe un conjunto bien definido de actos cultuales que alcanzan una mejor representatividad salvífica justamente si son realizados desde su «propia sede». También en sentido contrario se ve por ejemplo que una actividad de animación o de preparación llevada a cabo desde el ambón o el altar puede ser inapropiada y equívoca[111].

«*La profundización de la portada ritual del espacio del presidente ayuda a configurar mejor las características estructurales y la funcionalidad de la obra*»[112]. Sería un error sostener que la sede presidencial es un mero lugar de pausa o espera o un factor coreográfico en el contexto de la celebración: es por el contrario un elemento principal de empalme e interacción de la «sinaxis». La valorización de la reflexión, del silencio y de la oración personal encuentra una natural y

110. Por ejemplo contienen una referencia explícita a la sede los siguientes puntos de la *Ordenación General del Misal Romano*, 50, 71, 118, 124, 136, 138, 164, 165, 174, 178, 183, 189, 190, 211, 235, 256, 310.

111. Eventuales avisos e indicaciones –que se han de limitar al máximo– desdicen por ejemplo del ambón o del altar y resultan tal vez consentidos a la sede.

112. Cf. Cettina Militello, «Il popolo di Dio tra navata e santuario», citado por: Silvano Maggiani, *Gli spazi della celebrazione rituale*, Edizioni CLV, Roma 2005, pp. 20-21.

oportuna colocación en el «pasaje» y en el «entretenimiento» en la sede. La simple actitud de escucha y atención manifiesta el religioso obsequio en el confronto de la Palabra de Dios junto al resto de la comunidad. Incluso el movimiento y el cambio de sitio del sacerdote tienen un profundo contenido significativo y confirman la diferenciación jerárquica del rol presidencial. En definitiva, la asamblea celebrante es un organismo vivo que tiene su corazón latiente en el oficio ministerial *in persona Christi Capitis*. La eficacia y la correspondencia representativa del lugar tienen un incentivo o no, en el estilo y en la conducta presidencial del sacerdote. «El *ars celebrandi* es la mejor condición para la *actuosa participatio*»[113]. Una parte conspicua del mismo arte está representada propiamente por el *ars praesidendi*. Además de plasmar convenientemente el sitio, es necesario entonces tener en mira la formación y el cuidado del pastor[114].

113. *Sacramentum Caritatis*, 38.

114. La piedad popular y el *sensus fidei* reciben una corroboración para nada despreciable precisamente de la ejemplaridad y de la compostura del *ordo*. Cf. también José Aldazábal, *Simboli e gesti. Significato antropologico, biblico e liturgico*, Editrice Elledici, Torino 1988, pp. 97-98.254-257.

CAPÍTULO 3

Los accesorios del altar



1. El sagrario

«LA GRAN REALIDAD DEL CRISTIANISMO es la presencia real, personal, del Dios de nuestra religión en medio de los creyentes; y la gran realidad de nuestro templos es ser, con toda verdad, la *Domus dominica*, la casa del Señor»[1].

La existencia del sagrario en los templos católicos es consecuencia de la fe en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, presencia que perdura más allá de la celebración del Santo Sacrificio de la Misa.

En el rito de bendición de un sagrario nuevo, se hace notar como el sagrario nos recuerda la presencia de Jesucristo, y también «a nuestros hermanos a quienes tenemos que amar en la caridad de Cristo»: «La Iglesia, en efecto, en la administración de los misterios que Cristo, el Señor, le confió, originariamente reservó la Eucaristía para atender a los enfermos y moribundos. Este alimento celestial, reservado en los sagrarios de las Iglesias, se convirtió luego en objeto de adoración»[2].

1. Card. Isidro Gomá y Tomás, *El valor educativo de la liturgia católica*, Ed. Casulleras, Barcelona 1945, t. I, p. 427.
2. *Bendicional*, n. 1022.

La tradición de conservar la Eucaristía pensando especialmente en los cristianos enfermos que no pueden participar de la celebración eucarística se remonta a los inicios mismos de la vida de la Iglesia: «La existencia de un lugar destinado a la reserva eucarística está atestiguado por primera vez en la *Constituciones Apostólicas*, aunque, durante la época de las persecuciones, la Eucaristía se conservaba en la parte sur del altar o a ambos lados, mientras que en Occidente consistía en un armario (*conditorium*) emplazado en un lugar llamado *secretarium* o *sacrarium*, donde se encerraba la *capsa* o cofrecito eucarístico. A partir del siglo IX se comenzó a colocar sobre el altar la píxide para llevar la comunión a los enfermos. Entre los siglos X-XV coexistieron varias formas de sagrario: el *secretarium*, el *propiciatorium*, el *columbario* o tabernáculo en forma de paloma suspendida delante del altar, etc. A mediados del siglo XVI surgió un movimiento de opinión que postulaba que el sagrario se colocase encima del altar. Desde el comienzo del movimiento litúrgico se abrió paso la idea de reservar las sagradas especies en un sagrario colocado fuera del altar mayor y, a ser posible, en una capilla especialmente dedicada a su culto. Algunos documentos de la actual reforma litúrgica apoyaron estas orientaciones[3]»[4].

En nuestro días el *Código de Derecho Canónico* da indicaciones bien precisas acerca de cómo tienen que ser los sagrarios de nuestras iglesias. Por ejemplo: «ha de estar colocado en una parte de la iglesia u oratorio verdaderamente noble, destacada convenientemente adornada, y apropiada para la oración»[5]; «debe ser inamovible, hecho de materia sólida no transparente, y cerrado de manera que se evite al máximo el peligro de profanación»[6]; «ante el sagrario en el que está reservada la santísima Eucaristía ha de lucir constantemente una lámpara especial, con la que se indique y honre la presencia de Cristo»[7]. Estas indicaciones se repiten también en la *Ordenación General del Misal Romano*[8].

El mismo arte cristiano manifestó con diversos signos el misterio escondido en el sagrario: «el pelícano que se desentraña; el Buen Pastor, con la ovejuela a cuestas; la Cruz, severa y llena de sentido; un Corazón inflamado; la figura

3. Cf. *Inter Oecumenici*, 95; *Ordenación General del Misal Romano*, 272.
4. José Abad Ibáñez, *La celebración del misterio cristiano*, EUNSA, Pamplona 1996, p. 153.
5. CIC, can. 938 § 2.
6. CIC, can. 938 § 3.
7. CIC, can. 940.
8. Cf. *Editio Typica Tertia Missalis Romani* (2002), pp. 314-317; cf. CIC, cc. 934-944.

amable de Jesús con el Pan sagrado en sus manos; el místico Cordero sobre el libro de los siete sellos; la Santa Cena; etc.»[9].

Pensando en el sagrario, viene inmediatamente a la memoria aquel que fue llamado «el apóstol de los sagrarios abandonados»: San Manuel González García, obispo de Málaga y después de Palencia, muerto en la ciudad de Madrid el 4 de enero de 1940, fue beatificado por Juan Pablo II el 29 de abril de 2001 y canonizado el 16 de octubre de 2016.

Para conocer el amor ardiente del Santo por el «Abandonado del sagrario», baste recordar la inscripción sepulcral que él mismo dictó, que se encuentra en la capilla del Santísimo de la Catedral de Palencia adonde descansan sus restos:

> *Pido ser enterrado junto a un Sagrario*,
> *para que mis huesos, después de muerto*,
> *como mi lengua y mi pluma en vida*,
> *estén siempre diciendo a los que pasen*:
> ¡*Ahí está Jesús*! ¡*Ahí está*! ¡*No lo dejéis abandonado*!

En el año 1993, visitando la ciudad de Sevilla, Juan Pablo II recordaba a Mons. Manuel González, todavía no beatificado por aquel entonces, con estas palabras: «Aquí en Sevilla es obligado recordar a quien fue sacerdote de esta arquidiócesis, arcipreste de Huelva, y más tarde obispo de Málaga y de Palencia sucesivamente: Don Manuel González, el obispo de los sagrarios abandonados. Él se esforzó en recordar a todos la presencia de Jesús en los sagrarios, a la que a veces tan insuficientemente correspondemos. Con su palabra y con su ejemplo no cesaba de repetir que en el sagrario de cada iglesia poseemos un faro de luz, en contacto con el cual nuestras vidas pueden iluminarse y transformarse»[10].

2. Las reliquias de los santos

Todo el pueblo cristiano «por el instinto de la gracia»[11] que Dios le ha dado, venera devotamente a los santos porque bien sabe que ellos son testigos de

9. Card. Isidro Gomá y Tomás, *El valor educativo de la liturgia católica*, Ed. Casulleras, Barcelona 1945, t. I, p. 431.
10. San Juan Pablo II, *Homilía al final de la adoración eucarística en la Catedral de Sevilla*, (12/6/1993).
11. *S. Th.*, I-II, q. 108, a. 1.

Dios, han llevado la antorcha de la santidad, son los mismos rostros de Cristo, nuestros patronos celestiales y nuestros intercesores.

Por eso canta Martín Fierro, cuando necesita ayuda:

«Pido a los santos del cielo
que ayuden mi pensamiento»[12].
«Vengan santos milagrosos
vengan todos en mi ayuda»[13].

Cuando da gracias, o recibe ayuda:

«Me hinqué también a su lado
a dar gracias a mi santo»[14].
«Tal vez en el corazón
le tocó un santo bendito»[15].

Y como quien tiene afecto a otro venera sus restos después de su muerte –y no sólo el cuerpo sino también objetos que le son exteriores como los vestidos y cosas parecidas– y son tanto más queridas cuanto mayor fue su cariño por la persona fallecida, es claro que debemos honrar las reliquias –los restos– de los santos.

Debemos venerar dignamente, en su memoria, con culto de dulía relativo, todo aquello que nos han dejado y sobre todo sus cuerpos. Y ello por varias razones. Unas de pasado, otras del presente y otras del fututo.

a. Fueron miembros de Cristo

Pregunta San Pablo: «¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?» (1 Co 6,15). Y afirma, taxativamente, «somos miembros de su Cuerpo» (Ef 5,30), y en 1 Co 12,27: «vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros».

12. José Hernández, *Martín Fierro*, 7-8.
13. *Ibidem*, 13-14.
14. *Ibidem*, 1359-1360.
15. *Ibidem*, 1621-1622.

b. Fueron templos y órganos del Espíritu Santo

Templos, porque en ellos habitó el Espíritu Santo. «Vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo» (1 Co 6,19); órganos, porque obraba en ellos: «nos mueve el Espíritu» (Ga 5,5).

c. Las almas que los informaron ya gozan de la vista de Dios

Ya tienen su gran recompensa «en los Cielos» (Mt 5,12); son miembros de «la asamblea de los primogénitos inscritos en los Cielos» (Hb 12,23).

d. Ellos son los miembros más perfectos del Cuerpo Místico

«Estos son los que siguen al Cordero adonde quiera que vaya. Estos fueron rescatados de entre los hombres, como primicias para Dios y para el Cordero (Cristo)» (Ap 14,4). Con ellos estamos unidos por la comunión de los santos: «Todos somos uno en Cristo Jesús» (Ga 3,28).

e. Dios mismo honra las reliquias de los santos

El mismo Dios, de manera conveniente, honra a estas reliquias obrando milagros por ellas.

Los huesos del profeta Eliseo resucitaron a un muerto: «Eliseo murió y le sepultaron. Las bandas de Moab hacían incursiones todos los años. Estaban unos sepultando un hombre cuando vieron la banda y, arrojando al hombre en el sepulcro de Eliseo, se fueron. Tocó el hombre los huesos de Eliseo, cobró vida y se puso en pie» (2 R 13,20-21).

La hemorroísa se curó al tocar las vestiduras de Cristo: «En esto, una mujer que padecía flujo de sangre desde hacía doce años se acercó por detrás y tocó la orla de su manto. Pues se decía para sí: Con sólo tocar su manto, me salvaré» (Mt 9,20-21).

La sombra de San Pedro sanó a un enfermo: «…hasta tal punto que incluso sacaban los enfermos a las plazas y los colocaban en lechos y camillas, para que, al pasar Pedro, siquiera su sombra cubriese a alguno de ellos» (Hch 5,15).

Los pañuelos y delantales que había usado San Pablo: «Dios obraba por medio de Pablo milagros no comunes, de forma que bastaba aplicar a los enfermos los pañuelos o mandiles que había usado y se alejaban de ellos las enfermedades y salían los espíritus malos» (Hch 19,11-12).

f. El resto del cuerpo se ha de juntar de nuevo con su alma

El día de «la resurrección de la carne» (Credo) estas reliquias, llevadas por los ángeles, se unirán con las otras partes del cuerpo del santo que serán informadas de nuevo por su misma alma que transformará estos restos y a todo el cuerpo, en cuerpo vivo, glorioso e inmortal: «El mismo Señor, a una orden, a la voz del arcángel, al sonido de la trompeta de Dios, descenderá del Cielo, y los muertos en Cristo resucitarán» (1 Ts 4,16); «En un instante, en un pestañear de ojos, al toque de la trompeta final, pues sonará la trompeta, los muertos resucitarán incorruptibles y nosotros seremos transformados» (1 Co 15,52).

Por gracia de Dios tenemos reliquias, con sus correspondientes auténticas[16], de varios santos y santas.

Honremos las reliquias de los santos, porque en ellas honramos al Creador. Así «adoramos mejor a Aquel por cuyo amor los santos padecieron» (San Jerónimo).

Veneremos sus reliquias, así los sentiremos más cerca nuestro, los sabremos nuestros hermanos, encontraremos más fuerza en el combate sabiendo que ellos vencieron, más seguridad en su intercesión porque están viendo a Dios y más alegría en nuestras cruces, porque al igual que a ellos, nos hacen ganar muchos méritos para la vida eterna.

«Puestas bajo el altar, las reliquias indican que el sacrificio de los miembros tiene su origen y sentido en el sacrificio de la Cabeza, y son una expresión simbólica de la comunión en el único sacrificio de Cristo de toda la Iglesia, llamada a dar testimonio, incluso con su sangre, de la propia fidelidad a su esposo y Señor»[17].

16. Auténticas quiere decir que tienen el correspondiente certificado firmado por un obispo que atestigua que los restos han pertenecido realmente a tales santos.
17. Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia*, 237.

Es uno de los elementos de la fe católica que nos defiende de la herejía y, además, según Puebla[18], un elemento positivo de la religiosidad popular es la devoción a los santos.

Conocí a un señor que no pudo hacer la escuela primaria, y, sin embargo, rechazaba a las sectas. Decía simplemente: «Creo en Dios, la Virgen y los santos».

Ellos han dejado que se realizase en sí la Pascua de Cristo[19] y nos recuerdan que debemos vivir la Palabra de Dios y dar testimonio con nuestra vida de la misma.

Juan Pablo II, refiriéndose a las reliquias de los Apóstoles, dijo: «El hecho de provenir de otro país, cuyas tradiciones religiosas son tan vivas, aun cuando en una situación tan diversa de historia, cultura y fisonomía sicológica, me hace descubrir cada día más y apreciar con mucha mayor emoción la riqueza, antigua y nueva, de la vida cristiana en este país, elegido por las vías inefables de Dios para albergar en su centro la Sede de Pedro, para custodiar las reliquias de los Apóstoles, para difundir en el mundo la palabra liberadora del Evangelio»[20].

El origen de la palabra: **reliquia** viene del latín, *reliquiae-arum* = restos, residuos; relicarios: es el lugar donde se guardan las reliquias (es una simplificación de reliquiario).

¿Qué son? Son la parte del cuerpo de un santo o de lo que ese cuerpo ha tocado. Por eso desde antiguo se ha enseñado que «deben ser venerados por los fieles los sagrados cuerpos de los santos y mártires […] porque fueron miembros vivos de Cristo y templos del Espíritu Santo»[21]. Y el *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia* dice: «La expresión "reliquias de los santos" indica ante todo el cuerpo –o partes notables del mismo– de aquellos que, viviendo ya en la patria celestial, fueron en esta tierra, por la santidad heroica de su vida, miembros insignes del Cuerpo Místico de Cristo y templos vivos del Espíritu Santo (cf. 1 Co 3,16; 6,19; 2 Co 6,16). En segundo lugar, objetos que pertenecieron a los santos: utensilios, vestidos, manuscritos y objetos que han estado en contacto con sus cuerpos o con sus sepulcros, como estampas, telas de lino, y también imágenes veneradas»[22].

---

18. Cf. *Documento de Puebla*, 454.
19. *Sacrosanctum Concilium*, 104.
20. San Juan Pablo II, *Discurso a la XVII asamblea plenaria de la Conferencia Episcopal Italiana*, (29/5/1980).
21. Cf. Concilio de Trento: DH. 1822.
22. Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia*, 236.

¿Dónde las conseguimos? En la Lipsanoteca de Roma: *Via in Selci* 82. Monasterio de las Agustinas de Santa Lucía.

¿Quién atestigua de la autenticidad de las mismas? El cardenal Vicario de Roma por medio de las llamadas auténticas que dicen así:

«A todos y cada uno de aquellos que lean estas líneas damos fe y atestiguamos que Nos, a la mayor gloria de Dios y veneración de sus Santos, hemos reconocido estas partículas, como auténticas del alba del Beato Maximiliano Kolbe, y las hemos colocado reverentemente en una cajita metálica de forma redonda, bien cerrada, atada con un cordón de color rojo y lacrada con nuestro sello y entregada con la autorización de conservarla y de exponerla a la pública veneración de los fieles, de acuerdo a las normas del Derecho Canónico[23].

En fe de lo cual, mandamos conceder estas letras testimoniales munidas de nuestro sello y firmadas por Nos o por otro Prelado delegado por nuestra autoridad apostólica».

Enseña Santo Tomás de Aquino: «Es claro que debemos honrar a los santos de Dios, pues son miembros de Cristo, hijos y amigos de Dios e intercesores nuestros. Por tanto, debemos en su memoria venerar dignamente todo aquello que nos han dejado, y sobre todo sus cuerpos, que fueron templos y órganos del Espíritu Santo, que habitaba y obraba en ellos y que se configurarán con el Cuerpo de Cristo después de su gloriosa resurrección»[24].

Y recuerda el *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia*: «Las diversas formas de devoción popular a las reliquias de los Santos, como el beso de las reliquias, adorno con luces y flores, bendición impartida con las mismas, sacarlas en procesión, sin excluir la costumbre de llevarlas a los enfermos para confortarles y dar más valor a sus súplicas para obtener la curación, se deben realizar con gran dignidad y por un auténtico impulso de fe»[25].

Y presta atención a lo que sigue diciendo el Santo Doctor: «Por ello, el mismo Dios honra a estas reliquias de manera conveniente, obrando milagros por ellas»[26].

---

23. CIC, cc. 1282-1289.
24. *S. Th.*, III, q. 25, a. 6.
25. Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia*, 237.
26. *S. Th.*, III, q. 25, a. 6.

Honremos siempre este «tesoro»:

– Son reliquias de nuestros hermanos que triunfaron…
– Vencieron al demonio, al mundo y a la carne…
– Amaron a Dios sobre todas las cosas y al prójimo…
– Nos alcanzan gracias de Dios, nos protegen, Dios obra milagros a través de ellas.

3. El Crucifijo

O Crux, ave, spes unica

La Cruz de la que se nos habla en el Evangelio, alude a la Cruz de Cristo y se refiere, en sentido moral, a la cruz nuestra de cada día.

a. Sentido literal

Crux, crucis, tiene una etimología incierta. Modernamente hacen derivarla del sánscrito *krugga* = cayado; los hebreos la llaman ʿēṣ = árbol; los griegos traducen *staurós* = palo, estaca. Parecieran indicar el origen primitivo de la cruz como suplicio. Sería el árbol o palo (el *stipes o palus*) donde fijaban al condenado.

Después le añadieron el palo transversal u horizontal, la horca de las eras o patíbulo (el *patibulum*). Así lo llamaban los romanos porque al principio era la tranca de las puertas de casa[27].

El condenado al suplicio de la cruz se lo llamaba «*cruciarius*», lo normal era que llevase sólo el *patibulum*, al hombro o por detrás del cuello con los brazos atados a él. Era acompañado por 4 soldados, «*milites*» *o* «*tetradion*» (cf. Hch 12,4) encargados de llevarle al lugar de la crucifixión, crucificarle y custodiarle hasta la muerte. Estaban mandados por un centurión llamado «*exactor mortis*».

Se lo llevaba por los lugares más transitados para escarmiento y ejemplaridad de la pena. Se los solía crucificar fuera de la ciudad, incluso en Roma.

27. Cf. Alejandro Díaz Macho, «Cruz», citado en *Enciclopedia de la Biblia*, Ed. Garriga, Barcelona 1969, t. II, p. 687.

Generalmente los azotaban por el camino. Llevaban una tabla, a veces emblanquecida, con la causa de la condena[28].

Según parece los primeros en usarla fueron los persas, después los griegos, posteriormente los cartaginenses y finalmente los romanos. También se encuentra en Egipto, China, en Cnosos de Creta (se encontró una cruz de mármol del siglo XV a. C.).

A la Cruz de Cristo le cantamos en las Vísperas del tiempo de Pasión:

> «*Las banderas reales se adelantan*
> *y la Cruz misteriosa en ellas brilla*:
> *La Cruz en que la Vida sufrió muerte*
> *y en que sufriendo muerte nos dio vida*»[29].

b. Sentido figurado

En el caso del mandato del Señor: «Tome su cruz cada día…» (Lc 9,23) dice el Card. Gomá y Tomás «la locución es figurada»[30]. La palabra cruz denota una idea diversa de la que recta y literalmente significa. En este sentido, cruz significa, humillación, afrentas, tormentos, muerte, pena, pesadumbre.

c. Sentido simbólico

Para algunos, la cruz es el tercero de los cuatro símbolos fundamentales: con el *centro*, el *círculo* y el *cuadrado*. Establece una relación con los otros tres: por la intersección de sus dos rectas que coincide con el centro abre éste al exterior; se inscribe en el círculo y lo divide en cuatro segmentos; engendra el cuadrado y el triángulo, cuando sus extremidades se encuentran con cuatro rectas. La simbólica del cuatro se liga en gran parte a la cruz, pero sobre todo cuando designa un cierto juego de relaciones en el interior del cuatro y del cuadrado. La cruz es el más totalizante de los símbolos[31].

28. Cf. Manuel de Tuya, *Del Cenáculo al Calvario*, Ed. San Esteban, Salamanca 1962, pp. 480 y ss.
29. *Liturgia de las Horas* II, Himno de I Vísperas del Domingo de la Pasión del Señor o de Ramos, t. II, p. 381.
30. Card. Isidro Gomá y Tomás, *El Evangelio explicado*, Ed. Casulleras, Barcelona 1949, t. III, p. 52.
31. Cf. *Diccionario de los Símbolos*, Editorial Herder, Barcelona 1991, p. 365.

La cruz, dirigida hacia los cuatro puntos cardinales, es en principio la base de toda *orientación*: orientación del hombre respecto a sí mismo; orientación espacial que se articula sobre el eje este-oeste, marcado por las salidas y puestas de sol; orientación temporal que se articula sobre el eje de rotación del mundo, a la vez sur-norte, abajo-arriba. El cruce de ambos ejes mayores realiza la cruz de la orientación total. El centro del cuadrado coincide con el centro del círculo. Este punto común es la gran encrucijada de lo imaginario[32]. Es la gran vía de comunicación. Es la cruz que recorta, ordena y mide los espacios sagrados, como los templos; dibuja las plazas de las ciudades; atraviesa los campos y los cementerios; la intersección de sus ramas marca las encrucijadas; en este punto central se eleva un altar, una piedra, un mástil.

La cruz tiene una función de síntesis y de medida… en ella se mueve el cielo y la tierra… se entremezclan el tiempo y el espacio… Es la gran vía de comunicación. Es la que recorta, ordena y mide los espacios sagrados, marcando las encrucijadas.

Para la simbólica china como el centro del cuadrado coincide con el centro del círculo, este punto común es la gran encrucijada de lo imaginario.

Centrípeto, su poder es también centrífugo. La cruz explicita el misterio del centro. Es difusión, emanación, pero también reunión, recapitulación[33].

¡Cuánto más en la Cruz de Cristo!

«Ella sostuvo el sacrosanto Cuerpo
que al ser herido por la lanza dura
derramó sangre y agua en abundancia
para lavar con ellas nuestras culpas.

En ella se cumplió perfectamente
lo que David profetizó en su verso,
cuando dijo a los pueblos de la tierra:
"Nuestro Dios reinará desde un madero"»[34].

32. Cf. *Ibidem*, p. 366.
33. Cf. *Ibidem*, p. 365.
34. *Liturgia de las Horas*, Himno de I Vísperas del Domingo de la Pasión del Señor o de Ramos, t. II, p. 381.

Posee también el valor de un símbolo ascensional.

La Cruz recapitula la creación: «Él… se ha hecho carne y ha sido clavado en la cruz para resumir de este modo en sí el universo» (San Ireneo).

La Cruz se convierte así en el polo del mundo: «Dios ha abierto sus manos sobre la Cruz para abrazar los límites de la *Eicumene* y, por esta razón, el monte Gólgota es el polo del mundo» (San Cirilo de Jerusalén).

La *Cruz* es «*impronta cósmica*» (San Gregorio de Niza).

En la Cruz «Dios… abrió los brazos y abrazó el círculo de la tierra» (Lactancio).

La Cruz es «un árbol de belleza; sagrado por la sangre de Cristo, está cargado de todos los frutos» (San Buenaventura).

«¡Árbol lleno de luz, árbol hermoso,
árbol ornado con la regia púrpura,
y destinado a que su tronco digno
sintiera el roce de la carne pura!

¡Dichosa Cruz que con tus brazos firmes,
en que estuvo colgado nuestro precio,
fuiste balanza para el cuerpo santo
que arrebató su presa a los infiernos!»[35].

Para algunos marca el reparto de los cuatro elementos: aire, tierra, fuego y agua, y sus cualidades: caliente, seco, húmedo y frío. Para otros es la convergencia de las direcciones y de las oposiciones, lugar de su equilibrio, el centro de la cruz corresponde al vacío del cubo de la rueda, y por eso, es también emblema de la radiación del centro divino. El símbolo de la cruz es una unión de contrarios[36].

Podemos también decir que es una figura con dos líneas y un punto, que se cortan pero se unen, donde se encuentran y se separan la vertical y la horizontal, la una toca al cielo y a la tierra, la otra abraza a todo lo humano. Son cuatro, da razón a lo cuádruple y al cuadrángulo, tiene brazos que abarcan 360º, son aspas de molino, su signo es el + que indica lo sumo, su cruce es un nudo. De tal modo que nos encontramos con una figura y un punto formado por dos

35. *Liturgia de las Horas*, Himno de I Vísperas del Domingo de la Pasión del Señor o de Ramos, t. II, p. 382.
36. Cf. *Diccionario de los Símbolos*, Editorial Herder, Barcelona 1991, pp. 362-370.

líneas, perpendicular o vertical y horizontal o transversal, que forman ángulo recto con la otra línea y atraviesan de un lado a otro, formando 4 ángulos rectos.

«A ti, que eres la única esperanza,
te ensalzamos, oh Cruz, y te rogamos
que acrecientes la gracia de los justos
y borres los delitos de los malos.

Recibe, oh Trinidad, fuente salubre,
la alabanza de todos los espíritus,
y Tú que con tu Cruz nos das el triunfo,
añádenos el premio, oh Jesucristo»[37].

La Cruz: «especie de andamiaje rudimentario, atrincherado en todas las direcciones, con la nitidez ofensiva de una afirmación» (Paul Claudel).

Como dice Chesterton, «la cruz es símbolo al mismo tiempo de la salvación y del misterio, […] es centrífugo porque se vuelca hacia afuera; pese a tener en su centro una fusión y una contradicción, puede prolongar hasta siempre sus cuatro brazos, sin alterar su estructura; puede agrandarse sin cambiar nunca, porque en su centro yace una paradoja; la cruz abre sus brazos a los cuatro vientos; es el indicador de los viajeros libres»[38].

Por eso la vieja copla dice:

«Sin cruz no hay gloria ninguna,
ni con cruz eterno llanto;
santidad y cruz es una;
no hay cruz que no tenga santo,
ni santo sin cruz alguna».

d. Sentido metafórico o moral

Es el sentido de la enseñanza de Jesús: «Decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame» (Lc 9,23). Por eso es adaptado a la vida del cristiano de «*cada día*». Para Maldonado es un hebraísmo que alude a la Cruz de Cristo y al hecho de que tenemos

37. *Liturgia de las Horas*, Himno de I Vísperas del Domingo de la Pasión del Señor o de Ramos, t. II, p. 382.
38. Cf. G. K. Chesterton, *Obras completas*, Ortodoxia, Ed. Plaza & Janés, Barcelona 1961, t. I, p. 537.

que estar preparados por amor de Cristo, no sólo a morir, sino también a ser crucificados[39].

A este sentido se refieren todos los santos. Ellos han vivido con tal plenitud la Cruz de Cristo, que dicen de ella cosas admirables, por ejemplo:

San Juan de la Cruz como siempre hace honor a su nombre: «Cuando se ofreciere algún sinsabor o disgusto, acuérdese de Cristo crucificado y calle»[40]. «Crucificada interior y exteriormente con Cristo […] bástele Cristo crucificado y con Él sufra y descanse […]. El que no busca la Cruz de Cristo, no busca la gloria de Cristo»[41]. «Conviene que no nos falte cruz, como a nuestro Amado hasta la muerte de amor»[42].

San Juan de Ávila se inspira en la Cruz de Cristo para enardecer su celo apostólico, de esta manera: «Oh Cruz, hazme lugar, y recibe mi cuerpo y deja el de mi Señor! ¡Ensánchate, corona (de espinas), para que pueda yo ahí poner mi cabeza! ¡Dejad, clavos, esas manos inocentes, y atravesad mi corazón, y llagadlo de compasión y amor! […] ¿Qué has hecho, Amor dulcísimo? ¿Qué has querido hacer en mi corazón? Vine aquí para curarme, ¿y me has herido? Vine para que me enseñases a vivir, ¿y me haces loco? ¡Oh sapientísima locura, no me vea yo jamás sin ti!»[43].

San Pablo de la Cruz encuentra toda la fecundidad apostólica en la cruz: «Queréis que muera con vos sobre la cruz […]. Mi corazón ya no será mío […]. Mío sólo será Dios. ¡He aquí mi amor! […]. Deseando morir así en la cruz, con la que mueren en el Calvario con el Esposo de las almas enamoradas […] para resucitar después con Jesús triunfante en el Cielo»[44].

También Santa Teresita del Niño Jesús, patrona de las Misiones, anhelaba con todas las fuerzas de su alma la cruz: «La muerte de amor que deseo es la de Jesús en la Cruz»[45].

---

39. Cf. Juan de Maldonado, *Comentarios a los Evangelios – Comentarios a los Evangelios de San Marcos y San Lucas*, BAC, Madrid 1954, t. II, p. 419.
40. San Juan de la Cruz, *Obras completas*, *Epistolario*, carta 20; varias de las citas de santos, beatos y siervos de Dios, las tomamos de Mons. Juan Esquerda Bifet, «Fecundidad misionera de la Cruz», OR (21/4/1995), 12.
41. San Juan de la Cruz, *Avisos*, nn. 86-101.
42. San Juan de la Cruz, *Obras completas*, *Epistolario*, carta 11.
43. San Juan de Ávila, *Tratado del amor de Dios*, citado por: Mons. Juan Esquerda Bifet, *op. cit.*
44. San Pablo de la Cruz, *Muerte mística*, citado por: Mons. Juan Esquerda Bifet, *op. cit.*
45. Santa Teresa de Lisieux, *De sus últimas palabras*, citado por: Mons. Juan Esquerda Bifet, *op. cit.*

La Santa Mártir Edith Stein enseña la realidad de la cruz en su libro «*La Ciencia de la Cruz*» y en otros escritos: «Yo estoy contenta con todo. Una ciencia de la cruz sólo puede lograrse cuando uno llega a experimentar del todo la cruz»[46].

La Beata Concepción Cabrera de Armida dice: «Si quieres salvar almas, transfórmate en la cruz»[47]. Y en otra obra: «La cruz fecunda cuanto toca […]. Ese amor amasado con el dolor es el amor salvador… La cruz es el pulso del amor, y para saber sufrir, saber amar»[48].

La Beata María Inés Teresa Arias afirma que es la fuente de la maternidad espiritual y que Cristo: «Quiere que ames la cruz y que, con tus dolores, cualesquiera que ellos sean, le compres innumerables almas. La maternidad, aún la espiritual, se compra a base de sacrificios». Ella quería de sus misioneras «una hermosa escultura de Jesús crucificado»[49].

Luminosamente, como siempre, testimonia Juan Pablo II: «Cada uno está llamado a seguirlo (a Cristo) siguiendo su propia cruz: la cruz intelectual que doblega la razón humildemente ante los misterios de Dios; la cruz de la ley moral, por la que es preciso guardar todos los mandamientos; la cruz del propio deber, de las situaciones contingentes, de los sufrimientos y las pruebas, que exigen paciencia y confianza en la Providencia» [50].

«¡No! Las armas de nuestro combate no son carnales, antes bien, para la causa de Dios, son capaces de arrasar fortalezas. Deshacemos sofismas y toda altanería que se subleva contra el conocimiento de Dios y reducimos a cautiverio todo entendimiento para obediencia de Cristo» (2 Co 10,4-5). ¡Todo ello gracias a la Cruz de Cristo!

---

46. Santa Edith Stein, *La Ciencia de la Cruz*, Werke IX, 167; citado por: Mons. Juan Esquerda Bifet, *op. cit.*
47. Beata Concepción Cabrera de Armida, *Cuenta de conciencia*, 4/197-199; citado por: Mons. Juan Esquerda Bifet, *op. cit.*
48. Beata Concepción Cabrera de Armida, *Cadena de amor*, 14,15; citado por: Mons. Juan Esquerda Bifet, *op. cit.*
49. Beata María Inés Teresa Arias, *La lira del corazón de la misionera clarisa* (pro-manuscrito); citado por: Mons. Juan Esquerda Bifet, *op. cit.*
50. San Juan Pablo II, *Homilía durante la Santa Misa en la gruta de Lourdes en los Jardines Vaticanos*, (25/6/1995) 4; OR (30/6/1995), 2 (paréntesis nuestro).

e. Cruz y bienaventuranzas

Para terminar esta reflexión sobre la cruz, quiero referirme a un aspecto que, para mí, es esencial.

No hay cruz sin bienaventuranzas, ni bienaventuranzas sin cruz. Y cuando digo bienaventuranzas me refiero a todo el Sermón de la Montaña. Ambas nos empujan a la santidad y a la misión. La cruz es la verificación de las bienaventuranzas y es la garantía de su autenticidad, novedad, vigencia, urgencia y valor imperecedero. La cruz son las bienaventuranzas en su fulcro, en su ápice, en su pleroma. La cruz son las bienaventuranzas en acción y en acto. El monte Calvario remite al de las Bienaventuranzas y éste a aquél. Cruz y bienaventuranzas van siempre juntas. La ciencia de la cruz ilumina las bienaventuranzas y la alegría de las bienaventuranzas enardece la alegría de la cruz. Ambas son el Cielo en la tierra.

Además, en la Cruz nos da el más maravilloso ejemplo de vivir en plenitud el Sermón de la Montaña (cf. Mt 5-7), en especial, las bienaventuranzas evangélicas. En efecto, Cristo no sólo las enseñó, sino que, también, en toda su vida las practicó, llegando en la Cruz a su punto más alto. Por eso decía San Agustín: «El madero en que están fijos los miembros del que sufre es también la cátedra del maestro que enseña»[51]. Sobre todo nosotros, los religiosos que «queremos dar el "testimonio de que el mundo no puede ser transformado ni ofrecido a Dios sin el espíritu de las bienaventuranzas"[52]»[53]. Por eso el Beato Mártir Don Jerzy Popieluszko decía que hay que: «vencer el mal con el bien»[54] pues «no se puede matar la esperanza»[55] y «es deber del cristiano adherirse a la verdad, si bien ésta le debiese costar mucho»[56].

¿Quién más perseguido por la justicia que Jesús? Es la octava bienaventuranza confirmación de todas las anteriores. Es el Mártir por excelencia. Grande fue su recompensa: mereció para sí el ensalzamiento de la resurrección, de la ascensión, de sentarse al lado del Padre y de ser Juez de vivos y muertos; y para nosotros todas las gracias necesarias para la salvación eterna:

---

51. San Agustín, *In Ioan. Ev. Tract.* 19,26: PL 35,1950.
52. *Lumen Gentium*, 31.
53. *Constituciones del Instituto del Verbo Encarnado*, 1.
54. Cf. Antoni Lewek, *Don Jerzy Popieluszko. Simbolo delle vittime del comunismo*, Varsavia 1994, pp. 14.16.
55. Cf. *Ibidem*, p. 13.
56. Cf. *Ibidem*, p. 17.

«conducíos con temor durante el tiempo de vuestro destierro, sabiendo que habéis sido rescatados de la conducta necia heredada de vuestros padres, no con algo caduco, oro o plata, sino con una sangre preciosa, como de cordero sin tacha y sin mancilla, Cristo, predestinado antes de la creación del mundo y manifestado en los últimos tiempos a causa de vosotros» (1 P 1,17-20): «Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Bienaventurados seréis cuando os injurien, y os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los Cielos; pues de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros» (Mt 5,10-12).

¿Quién más pobre? Ni siquiera tuvo vestiduras en la Cruz: «Le desnudaron» (Mt 27,28; *passim.*): «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos» (Mt 5,3).

¿Quién más manso que Jesús? Como oveja fue llevado al matadero: «Fue llevado como una oveja al matadero; y como cordero, mudo delante del que lo trasquila, así Él no abre la boca. En su humillación le fue negada la justicia; ¿quién podrá contar su descendencia? Porque su vida fue arrancada de la tierra»[57]. El eunuco preguntó a Felipe: «Te ruego me digas de quién dice esto el profeta: ¿de sí mismo o de otro? Felipe entonces, partiendo de este texto de la Escritura, se puso a anunciarle la Buena Nueva de Jesús» (Hch 8,32-35): «Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra» (Mt 5,4).

¿Quién más penitente que Jesús? Su último lecho fue el árbol de la Cruz. Ni siquiera quiso beber, sólo le mojaron los labios y eso que estaba abrasado por la sed traumática, para que se cumpliese la Escritura: «Está seco mi paladar como una teja y mi lengua pegada a mi garganta; tú me sumes en el polvo de la muerte» (Sal 22,16): «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados» (Mt 5,5).

¿Quién más deseoso de santidad que Jesús? El hambre y sed de justicia no es otra cosa que hambre y sed de santidad, ¿no murió, acaso, para que seamos

57. Este texto pertenece al vaticinio de Isaías 52,13–53,12.

santos?: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán saciados» (Mt 5,6).

¿Quién más misericordioso que Jesús? «Misericordia quiero… Porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores» (Mt 9,13): «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia» (Mt 5,7).

¿Quién más puro que Jesús? ¿Quién le puede argüir de pecado? «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (Mt 5,8).

¿Quién más amante de la paz que Jesús? Perdonó hasta a sus enemigos: «Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios» (Mt 5,9).

Asimismo, esas obras excelentes más propias de los dones del Espíritu Santo que de las virtudes, se manifiestan, elocuentemente, en esa perpetuación de la Cruz que es la Santa Misa. En efecto:

¿Quién más pobre que Jesús en la Eucaristía? No tiene ni siquiera su figura propia, está en especie ajena.

¿Quién más manso que Jesús en la Eucaristía? No grita, no vocifera, no reta a nadie, no protesta. Mudo, no abre la boca.

¿Quién más penitente que Jesús en la Eucaristía? Está presente allí con el triple anonadamiento: 1.º el de la Encarnación; 2.º el de la Pasión, porque está en estado de Víctima, es el *Christus passus;* 3.º el de rebajarse bajo las especies.

¿Quién más deseoso de santidad que Jesús en la Eucaristía? Allí nos alimenta, nos perdona, nos permite dar gracias, nos alcanza sus favores, nos hace crecer en la gracia santificante, nos da la vida eterna. Nos une con Dios y con nuestros hermanos.

¿Quién más misericordioso que Jesús en la Eucaristía? Quiso quedarse sustancialmente presente con cuerpo entregado y su sangre derramada «para el perdón de los pecados»[58].

¿Quién más puro que Jesús en la Eucaristía? Nada manchado hay en ella. La Eucaristía forma a los puros, a los castos, en la juventud, en el matrimonio y en

58. Cf. Misal Romano, Plegaria Eucarística I o Canon Romano.

la viudez, a los célibes, a los vírgenes. Concede a muchos la gracia de «envejecer en la virginidad» como decía San Agustín[59]. Por eso uno de los nuestros escribió:

«*Señor, quiero ser una hostia*.
Blanca, *sin mancha*, *por tu gracia y para Ti*.
Frágil, *sólo fuerte en Ti*»[60].

¿Quién más amante de la paz que Jesús en la Eucaristía? Él se forja allí un ejército pacífico, un escuadrón de amantes de la paz que sólo Él puede dar.

¿Quién tolera tanto como Jesús en la Eucaristía? Tolera a los blasfemos, a los sacrílegos, a los que lo reciben en pecado grave, a los desagradecidos, a los distraídos, a los indiferentes. Ahora, igual que en la Cruz. Se entrega al Padre por todos. Es el amor llevado a las últimas consecuencias: «Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (Jn 13,1). Nos amó hasta el extremo de la Eucaristía. La Eucaristía es la cosa más extremosa que hay sobre la tierra, tan extremosa como la Cruz.

4. Los cirios

«¡Singular posición la de nuestra alma! Acontécele con todas las cosas creadas lo que en el Paraíso a nuestro padre Adán; el cual, viendo desfilar ante sí, presentados por Dios para que les diera nombre los animales de la creación, ninguno halló que se le asemejara. Así también de las cosas del mundo que pasan ante ella se reconoce el alma "distinta". Y no hay ciencia terrena que disipe esta certidumbre, bajeza que la desvirtúe: "Soy distinta del resto de la creación; extraña a todos los seres, con solo Dios emparentada".

Mas, con ser esto verdad, no lo es menos que con todas las cosas tiene el alma cierto parentesco. Siéntese a par de ellas como en familia. Todo le habla: forma, actitud, movimiento. E inquieta busca la manera de expresar en ellas sus sentimientos más íntimos y de convertirlas en símbolos de su propia vida. No bien descubre una figura relevante, allí ve reflejado algún rasgo de su propia fisonomía y aludida alguna cualidad suya.

59. San Agustín, *Confesiones* XIII, 11, 27.
60. Marcelo Javier Morsella, en su agenda.

¿No es verdad lo que decimos? Pues en eso estriba el simbolismo. "No soy como vosotras", dice el alma a las creaturas, viéndose esencialmente extraña a todas; mas luego, por la misteriosa afinidad que tiene con ellas, interpreta las cosas y los sucesos como imágenes de su propio ser.

He aquí un símbolo, bello y expresivo como pocos: el cirio. Quizá nada diga yo que no hayas tú mismo sentido a menudo.

Mírale ahí en el candelero. Anchuroso y grave descansa sobre el suelo el pie, del que arranca firme y seguro el tallo; ajustado en el mechero y ceñido inferiormente por amplia arandela, sube en el aire el cirio, algo más sutil en la parte superior, pero rígido y consistente, por alto que se eleve. Así está en el espacio, esbelto, intactamente puro, si bien cálido de tono; inconfundible por su forma distinta.

Mira en su ápice oscilar la llama, por donde el cirio convierte en luz radiante y ardorosa la sustancia de su cuerpo virginal.

Viéndole, ¿no sientes despertar en ti ambiciones nobles? Pues hele ahí en su puesto, sin titubeos ni vacilaciones, recto, puro y aristocrático. Nota bien cómo en él todo parece decir: "Estoy dispuesto"; y cómo está donde debe: ante el Señor. Verás también que no usa de evasivas ni hurta el cuerpo al deber. Todo pregona disposición clara y resuelta.

Y cumpliendo sin tregua su destino, se consume en luz y ardor.

Pero acaso dirás: ¿Qué sabe el cirio de estas cosas, no teniendo alma? Prés-tasela tú. Conviértelo en símbolo de la tuya. Haz que a su vista despierten las nobles disposiciones de tu corazón: "¡Heme aquí, Señor!". Al punto experimentarás que la actitud del cirio, tan gallarda y pura, representa tus propios sentimientos. Procura que esas bellas disposiciones se truequen en fidelidad probada. Entonces dirás con verdad: "¡En este cirio, Señor, estoy yo en tu presencia!".

No abandones tu puesto; persevera en él hasta el fin. Ni andes inquiriendo razones ni motivos. La razón suprema de tu vida consiste en consumirte en verdad y amor por Dios, como el cirio en luz y ardor»[61].

61. Cf. Romano Guardini, *Los signos sagrados*, Ed. Litúrgica Española, Barcelona 1957, pp. 55-56.

CAPÍTULO 4

El mobiliario del templo

1. Las imágenes

LAS IMÁGENES NOS RECUERDAN A los santos, como signo, de su presencia espiritual entre nosotros y, por tanto, debemos rendirle culto, prepararle un lugar especial, adornarle con flores, iluminarle, etc. (sea en esta imagen o en sus futuras réplicas que multiplicarán y extenderán su beneficiosa influencia por todos lados), no sólo es algo muy bueno, sino, además, laudable, meritorio y santo. Las imágenes «según los cánones de la cultura y la multiplicidad de las artes, ayudan a los fieles a colocarse delante de los misterios de la fe cristiana. La veneración por las imágenes sagradas pertenece, de hecho, a la naturaleza de la piedad católica: es un signo el gran patrimonio artístico, que se puede encontrar en iglesias y santuarios, a cuya formación ha contribuido frecuentemente la devoción popular»[1].

En efecto, esos actos de amor se dirigen a la persona de Cristo, de la Virgen o de los santos: «*el honor de la imagen se dirige al original*»[2] a quien representa; las imágenes señalan a otra parte: *al prototipo*. Cuando el hijo regresa a su casa no besa el retrato de su madre, sino a la madre misma, porque el original es más

1. Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia*, 18.
2. II Concilio de Nicea: DH. 601.

que la copia; cuando la novia besa la foto de su novio, no hace un acto de amor al papel fotográfico, sino a la persona de su amado; cuando el huérfano besa el sepulcro de su padre, manifiesta así su cariño por él, no por el frío mármol; cuando besamos la Biblia, no hacemos un acto de amor a la celulosa del papel, ni a la tinta de la imprenta, ni a la forma de la tipografía, sino a su Autor principal; cuando un caballero besa la mano de una dama, no le hace un galanteo al metatarso de ella; así también el católico, al venerar las imágenes de Jesucristo, de la Virgen o los santos, no veneran la arcilla, el bronce, la madera, el yeso, el mármol, la cerámica, el cemento, la tela, o el plástico, que es la materia de que están hechos, sino a quién representan. En forma parecida, cuando los patriotas homenajean a los héroes, este homenaje no termina en el bronce de las estatuas, o cuando se les lleva flores a los difuntos, no es para que sus narices se deleiten con el suave perfume.

Ya enseñaba Aristóteles, hace 25 siglos, que el movimiento del alma hacia la imagen es doble: uno que le lleva a la imagen en cuanto ésta es una cosa; otro por el que llega a la imagen en cuanto ésta es una representación de otra cosa. En el primer caso, nadie cuerdo debe rendir culto a creaturas irracionales en cuanto tales (madera, yeso, cemento, resina sintética, etc.) como muy bien nos enseña la Sagrada Escritura: «tienen boca y no hablan, tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen, tienen nariz y no huelen. Tienen manos y no palpan, tienen pies y no caminan, ni un solo susurro en su garganta. Como ellos serán… cuantos en ellos ponen su confianza» (Sal 115,5 y ss.). Rendir culto a la imagen en cuanto cosa es pecado gravísimo de idolatría, condenado severísimamente en toda la Sagrada Escritura.

En el segundo caso, se le debe rendir culto a la imagen en cuanto imagen precisamente, en cuanto el culto tributado a ella **se dirige al original que representa**; de esta forma, rendimos culto relativo: de latría a las imágenes de Jesucristo, verdadero Dios; de hiperdulía (sobre veneración) a las imágenes de la Virgen, Madre de Dios, y de dulía (veneración) a las imágenes de los santos y ángeles, no por las imágenes mismas sino por la realidad de ellas figurada y debido a la dignidad de las personas que representan (esto se significa al llamarlo: relativo). «Es necesario, sobre todo, que los fieles adviertan que el culto cristiano de las imágenes es algo que dice relación a otra realidad. La imagen no se venera por ella misma, sino por lo que representa. Por eso a las imágenes "se les debe tributar el honor y la veneración debida, no porque se crea que en

ellas hay cierta divinidad o poder que justifique este culto o porque se deba pedir alguna cosa a estas imágenes o poner en ellas la confianza, como hacían antiguamente los paganos, que ponían su esperanza en los ídolos, sino porque el honor que se les tributa se refiere a las personas que representan"[3]»[4].

Además, los católicos sabemos que las sagradas imágenes, aún aquellas más veneradas, y más milagrosas, desaparecerán «el día del Señor… (en que) los elementos se derretirán por el fuego…» (2 P 3,10) para dar paso a la muchísimo más esplendorosa, venerable y milagrosa realidad a la que sólo y siempre corresponde el culto absoluto que se le rinde ahora y se le rendirá por toda la eternidad de la liturgia celestial.

Nunca hemos visto a ningún católico persignarse al pasar delante de un depósito de madera o hacer una genuflexión frente a una fábrica de cemento. No hemos conocido a nadie que crea que hay que dar de comer a las imágenes o que necesitan dormir, o que sufren calor o frío, o que el hecho de estar a la intemperie pueda afectar su salud. No sabemos de nadie normal que crea que al balear una imagen de Cristo o de la Virgen se mate al mismo Cristo o a la Virgen y tampoco conocemos a nadie que crea que esto afecte físicamente al Señor o a su Madre, aunque ciertamente eso sería un acto de profanación y por tanto un gran pecado porque entendemos que tal haría, si pudiera, quién eso hace.

Dios no prohíbe el culto de las imágenes, como algunos protestantes afirman. Lo que prohíbe es adorar las imágenes en cuanto cosas, considerándolas como algo divino. «No te harás escultura ni imagen alguna… no te postrarás ante ellas… no os hagáis conmigo dioses de plata ni os hagáis dioses de oro» (Ex 20,4.5.23); o en cuanto representan creaturas y a éstas adora el idólatra que se fabrica dioses, por eso se enseña: «No tendrás otro Dios más que a mí» (Ex 20,3). Hay que notar que Dios, por ser incorpóreo, no puede ser representado en una imagen corporal, pero luego de haberse hecho hombre, en el Nuevo Testamento, puede, por ello, ser adorado en una imagen corpórea terminando el acto de latría en la persona del Verbo, segunda de la Trinidad.

---

3. Concilio de Trento, *Decretum de invocatione, veneratione et reliquiis Sanctorum, et sacris imaginibus*: DS. 1824.
4. Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia*, 241.

Que no se prohíbe hacer imágenes surge de la misma Sagrada Escritura, por ejemplo, Dios ordena fabricar dos querubines de oro (cf. Ex 25,18) y la milagrosa imagen de la serpiente de bronce (cf. Nm 21,8-9), y Salomón adorna el templo con querubines y palmas (cf. 1 R 6,29), más aún, Dios no está contra las imágenes, porque si no, no hubiera creado al hombre a su «imagen y semejanza» (Gn 1,26) como dice San Pablo, «el hombre es imagen y gloria de Dios» (1 Co 11,7); ni se hubiera encarnado su Hijo: «imagen de Dios invisible» (Col 1,15; cf. 2 Co 4,4); ni nos hubiera destinado a «reproducir la imagen de su Hijo» (Rm 8,29); ni nos hubiera dejado la Escritura que son miles de imágenes (visibles, las letras; y audibles, los sonidos que aquellas significan).

La imagen responde a la realidad de la creación en la que «lo invisible de Dios» (Rm 1,20) es conocido mediante lo visible. La imagen responde a la ley de la Encarnación en la que «el amor de Dios hacia nosotros se manifestó…» (1 Jn 4,9), para que «conociendo a Dios visiblemente, Él nos lleve al amor de lo invisible»[5]; la imagen responde, admirablemente, a la naturaleza del hombre, compuesto sustancial de alma y cuerpo, que llega al conocimiento de los intelectual a través de lo sensible, a la idea por medio de la imagen.

Y es el misterio de Cristo Verbo Encarnado, «imagen del Dios invisible» (Col 1,15), el fundamento del culto que se rinde a las imágenes sagradas: «ha sido la santa Encarnación del Hijo de Dios la que ha inaugurado una nueva "economía" de las imágenes»[6].

Aun los que niegan la Encarnación del Verbo necesitan identificarse como nación a través de signos: banderas, himnos, escudos, uniformes, palabras, gestos, etc., todo el mundo del arte es expresión de ideas por medio de imágenes, como asimismo, los medios de comunicación: cine, TV, etc.; el lenguaje de todos los hombres es expresión de las ideas por medio de imágenes audibles.

El iconoclasta (enemigo de las imágenes) en el fondo siente aversión por lo humano, buscando, tal vez, una angélica puridad espiritual, termina haciendo de bestia por intentar destruir ese soporte de lo espiritual que, para el hombre, es la imagen. Además, están fuera del tiempo, pasados de moda, porque en el mundo de hoy el peligro no es que los pueblos crean que las imágenes coman alimentos o huelan las flores, el gran peligro es que por no

5. Misal Romano, Prefacio I de Navidad.
6. CEC, 1159.

rendir culto como corresponde y a quienes corresponde, acaban idolatrando la riqueza, el sexo, el poder, la técnica o su propio juicio, y evidentemente, es idolatría todo culto divino dado a la creatura, aunque se ofrezca sin imágenes, como en los casos citados.

En la civilización de la imagen, como se ha llamado el mundo de nuestro tiempo, es pastoralmente criminal no usar de las imágenes para que los hombres crezcan en religiosidad.

«Según la enseñanza de la Iglesia, las imágenes sagradas son:

- traducción iconográfica del mensaje evangélico, en el que imagen y palabra revelada se iluminan mutuamente; la tradición eclesial exige que las imágenes "estén de acuerdo con la letra del mensaje evangélico"[7];
- signos santos, que como todos los signos litúrgicos, tienen a Cristo como último referente; las imágenes de los santos, de hecho, "representan a Cristo, que es glorificado en ellos"[8];
- memoria de los hermanos santos "que continúan participando en la historia de la salvación del mundo y a los que estamos unidos, sobre todo en la celebración sacramental"[9];
- ayuda en la oración: la contemplación de las imágenes sagradas facilita la súplica y mueve a dar gloria a Dios por los prodigios de gracia realizados en sus santos;
- estímulo para su imitación, porque "cuanto más frecuentemente se detienen los ojos en estas imágenes, tanto más se aviva y crece en quien lo contempla, el recuerdo y el deseo de los que allí están representados"[10]; el fiel tiende a imprimir en su corazón lo que contempla con los ojos: una "imagen verdadera del hombre nuevo", transformado en Cristo mediante la acción del Espíritu y por la fidelidad a la propia vocación;
- una forma de catequesis, puesto que "a través de la historia de los misterios de nuestra redención, expresada en las pinturas y de otras maneras,

7. II Concilio de Nicea, *Definitio de sacris imaginib*us, en *Conciliorum Oecumenicorum Decreta*, a cargo del Istituto per le scienze religiose di Bologna, Edizioni Dehoniane, Bologna 1991, p. 135.
8. CEC, 1161.
9. *Ibidem*.
10. II Concilio de Nicea, *Definitio de sacris imaginibus*: DS. 601.

> el pueblo es instruido y confirmado en la fe, recibiendo los medios para recordar y meditar asiduamente los artículos de fe"[11]»[12].

Las imágenes de nuestros templos vienen para confirmarnos en la doctrina católica acerca del culto a las imágenes, doctrina que se alza como una cumbre entre dos despeñaderos opuestos. Los católicos no adoramos las imágenes como lo hacían los paganos; ni le tenemos aversión como los judíos, mahometanos, maniqueos, iconoclastas, protestantes… (si fueran coherentes con lo que afirman deberían destruir sus fotos de sus documentos de identidad: ¡son imágenes!): Nosotros rendimos culto relativo a la persona que significan las imágenes de los santos. Por eso, para nosotros, tocar la imagen, besarla, contemplarla en silencio, «alumbrarla», «vestirla», «tomar gracia», son formas de entrar en contacto con Jesús, la Virgen, los santos y ángeles, en «*el lenguaje silencioso, no verbal, del pueblo*»[13]. Vestirse de celeste, llevar la medida de la imagen en una cinta, tener la medalla o la estampa son modos concretos de «revestirse» de María[14]. Estos son algunos de los tantos gestos con los que el «*pueblo se evangeliza continuamente a sí mismo*»[15].

2. Los santos

Una de las características del progresismo cristiano es el placer de demoler y vilipendiar, en grado patológico. En este sentido el progresismo *es un sadismo.*

Lo hemos visto hasta el cansancio con su desprecio a los santos: a sus imágenes, a sus reliquias, a la lectura de sus vidas, a desconfiar en el poder de su intercesión. Hacen unos años en Europa se levantó toda una campaña: «Demasiados santos sobre los altares».

---

11. Concilio de Trento, *Decretum de invocatione*, *veneratione et reliquiis Sanctorum*, *et sacris imaginibus*: DS. 1824.
12. Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia*, 240.
13. *Documento de Puebla*, 457.
14. Cf. P. A. Pollacchi, *Apuntes para el Año Mariano*, Ed. Basílica Nacional de Luján, 1979. «A los fieles les gusta llevar colgadas del cuello, casi siempre, medallas con la imagen de la Virgen María. Son testimonio de fe, signo de veneración a la Santa Madre del Señor, expresiones de confianza en su protección maternal», Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia*, 206.
15. *Documento de Puebla*, 450.

Este desprecio no es al acaso; sigue una línea «coherente» con las grandes líneas del pensamiento progresista: secularista, desacralizante, racionalista, contra la Tradición y el sentido del misterio, antimagisterial, antieclesial, deshumanizante, inmanente.

La falta de amor a los santos de la que hace gala el progresismo se debe a varias pretensiones o sin razones de estos sepultureros del auténtico progreso de la Iglesia.

1.º Los santos son señal elocuentísima de la vitalidad de la Iglesia. Quienes están por la «autodemolición» no los pueden tolerar.

2.º Siempre han *transformado* al mundo. Esto no gusta a los genuflexos ante el mundo.

3.º La comunión de los vivos con aquellos que ya no están entre los vivos es un hecho real, solemne, emotivo, continuo. Esta solidaridad vertical molesta a los que consideran que sólo cuenta lo horizontal.

4.º Al honrarlos, honramos a Dios, de quien los santos son obra: «al coronar sus méritos, coronas tu propia obra»[16]. Ellos dan gloria a Dios, aquí, y en el Cielo. Y Dios triunfa en ellos. Esto no lo pueden tolerar los que se avergüenzan de la trascendencia divina.

5.º Son un suplemento de la verdad revelada. Son los mejores miembros del Cuerpo Místico de Cristo. Son el fruto mayor y más completo de la Encarnación y de la Redención. Pasarlos en silencio es quitar algo de la realidad al Cuerpo Místico y es presentar la Encarnación y la Redención como si fuesen estériles. Cosa que quieren los estériles.

6.º Su canonización es un acto magisterial «ex cátedra», en el que el Papa proclama el ejemplo de sus virtudes, para que sirvan de modelos y muevan a los fieles a una vida cristiana más intensa y más vigorosa. Pero *Pedro* por ser quien nos defiende contra la herejía, está *de más*.

7.º Todo santo es testigo y protector de la Tradición divina de la Iglesia, o sea, recuerdan y transmiten con sus vidas el aliento mismo de la Iglesia. Pero si la Iglesia recién comienza en el siglo XX, la Tradición *sobra*…

16. Misal Romano, Prefacio I de los Santos.

8.º Los santos tienen un valor apologético, demostrativo de la verdad de nuestra fe y de la verdad de la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana, ya que realizan concretamente la nota de la santidad. Son un documento triunfal del origen divino de la misma Iglesia. Por su carisma taumatúrgico –al menos después de su muerte– engendran certidumbre. Por eso, para el pueblo fiel, son una apología popular, fácil e intuitiva. Saben que la Iglesia Católica es la verdadera porque los santos obran milagros. Para los «progresistas» los santos significan milagros y el milagro es una inexcusable testificación divina. Pero si *a priori* se han abolido los milagros, los santos son superfluos.

9.º El pueblo sencillo se dice: «Hay santos; ¡adelante!… Ellos pudieron, ¡yo también!». La gracia no es estéril. Hay ideales, hay modelos concretos… ¡Es posible! ¡Dios es todopoderoso! Ellos nos preceden y nos acompañan, nos dan confianza, valor, serenidad. Nos recuerdan constantemente: el Cielo, la vida eterna, la gloria, el premio de los méritos, ¡Dios! Son nuestros hermanos mayores. Para aquellos que creen que la religiosidad popular es una excrecencia, enferma la devoción a los santos.

10.º Los santos cumplen misiones póstumas, realizan presencias totalmente especiales, cumplen ciclos de participación extraordinarias en los acontecimientos de la historia. Por eso se los declara patrones. Son intercesores ante Dios. Estimulan a generaciones enteras, incluso, al heroísmo. Los que están en su contra, no lo están por simple olvido, sino por oscurecimiento del sentido de la familia de Dios y del mismo sentido de humanidad, y porque tienen demasiado miedo a la historia.

3. El Vía Crucis

Toda cruz nos habla del más famoso camino que recorrió nuestro Señor Jesucristo: ***el Camino de la Cruz*** o ***Vía Crucis***[17].

a. ¿Qué es?

Vía Crucis o vía dolorosa, es el Camino de la Cruz seguido por Jesús cuando obró la redención de los hombres.

17. Resumimos de Amadeo de Zedelgem (Teetaert), *Historia del Vía Crucis*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1958, p. 183.

Así se llama a tres cosas:

1.º Al ejercicio piadoso en que se rezan y conmemoran los pasos del Calvario.

2.º A las 14 cruces murales o cuadros que representan los pasos del Calvario y que se colocan en las paredes de los templos.

3.º Al libro en que están escritas las oraciones del ejercicio piadoso (la expresión *Vía Crucis*, en forma figurada, se refiere al sufrimiento continuado de una persona).

b. ¿Cuál es su finalidad?

Su fin principal es: *renovar la memoria de los dolores que padeció Jesucristo nuestro Señor en el camino del Pretorio al Calvario*, donde murió por nuestra salvación. «A través de este ejercicio de piedad los fieles recorren, participando con su afecto, el último tramo del camino recorrido por Jesús durante su vida terrena: del Monte de los Olivos, donde en el "huerto llamado Getsemaní" (Mc 14,32) el Señor fue "presa de la angustia" (Lc 22,44), hasta el Monte Calvario, donde fue crucificado entre dos malhechores (cf. Lc 23,33), al jardín donde fue sepultado en un sepulcro nuevo, excavado en la roca (cf. Jn 19,40-42)»[18].

c. ¿Cuál es su historia?

Muy hermosa es la historia del Vía Crucis.

Según las revelaciones de Santa Brígida, el mayor consuelo de la Santísima Virgen era recorrer los pasos de aquel sagrado camino, regado por la sangre de Cristo.

En el siglo VI, en Jerusalén, se lo llamaba «santo círculo» de la Virgen, se practicaba en sentido inverso al actual e incluía el Cenáculo, la Casa de Caifás, la Casa de Anás, el Calvario, el Sepulcro, el Pretorio, Getsemaní, el Cedrón y Sión.

Para ese entonces, empiezan a reproducirse en distintos lugares los pasos de la Pasión, iniciativa que parte de quienes no pueden encaminarse como peregrinos a Tierra Santa.

---

18. Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia*, 131.

Con las Cruzadas aumenta la devoción a la Pasión.

Antes de formar un ejercicio *sistematizado* (14 estaciones) y *definido* (sólo los pasos dolorosos de la casa de Pilato a la cumbre del Gólgota), se conocieron lo que podemos llamar «pre-viacrucis»: la fachada de las Platerías (Catedral de Santiago de Compostela, s. XI); las «Ermitas» de la *Scala Coeli* del Beato Álvaro (Córdoba, España, año 1420); los «cruceiros» o humilladeros (del período de la Reconquista, siglos XII y XIII), en Santa Catalina del Monte, en Murcia, y en Herbón-Galicia; en Alcorisa (Teruel-Aragón) se colocó por primera vez un Calvario en la montaña. Célebres son los Vía Crucis del siglo XV: en las Marcas de Ancona; en Varallo de Lombardía, en Nüremberg, en Rodas, en Valence-sur de Francia… (con variedad en cuanto al número de estaciones).

Los que más influyeron para lograr la sistematización y definición actual fueron el flamenco Juan Pascha (carmelita †1585) y el sacerdote holandés Adricomio (†1585). Este decía en su libro: «para que cualquier cristiano en cualquier lugar… pueda prepararse un camino semejante al del Señor» (se le reconoce como el verdadero teorizante y legislador del Vía Crucis).

En un Vía Crucis que hizo hacer don Fadrique de Rivera, primer marqués de Tarifa, tiene su origen la célebre Semana Santa de Sevilla.

Gran apóstol del Vía Crucis fue San Leonardo de Porto Mauricio (el gran misionero del siglo XVIII) quien erigió personalmente 572 Vía Crucis. El más célebre de ellos es el levantado en el Coliseo Romano, erigido por S.S. Benedicto XIV para celebrar el Año Santo de 1750. Por televisión hemos visto, más de una vez, al Papa haciendo el Vía Crucis el Viernes Santo en el Coliseo, llevando él mismo la Cruz.

Famoso es el monumental Vía Crucis levantado en Lourdes-Francia (erigido en 1912).

La basílica y santuario de los padres Franciscanos en Kalwaria Zebrzydowska, a unos 35 km al SO de Cracovia, Polonia, es un grandioso monumento de la Pasión, Muerte en Cruz y Resurrección de nuestro Señor Jesucristo y de su dulcísima Madre.

Allí, sobre un terreno de alrededor de 40 ha se levantan, además de la basílica-santuario, el convento de los franciscanos, casas para los peregrinos y ejercitantes o retirantes, seminario para los candidatos al sacerdocio, etc. y 52

capillas, puentes, plazas, iglesias, casas, escala, eremos entre las estructuras de los senderos de Jesús (14), de la Virgen María (12), de los dos senderos (20) y estructuras suplementarias (6).

Era un lugar muy querido y frecuentado por Juan Pablo II desde niño. Se recuerda cuando su papá, luego de la muerte de la mamá del que sería Papa, le dijo en ese lugar: «de ahora en adelante tu Madre será la Virgen María».

Se cuentan en Polonia entre Calvarios grandes, medianos y chicos otros 28 a lo largo y ancho de su territorio. Esa realidad es muestra y causa de la sólida espiritualidad de Polonia y los grandes frutos de santidad que ha dado a la Iglesia.

Hay 55 Calvarios más en toda Polonia[19]. Hay muchos, también, en Alemania y en Austria.

Son de notar los Vía Crucis monumentales cerca de Amarillo, Texas (EE. UU.), y el que próximamente se erigirá en Coquimbo (Chile). Se trata de un Vía Crucis en bronce, el más grande del mundo, con 44 estatuas para las 14 estaciones, de tamaño levemente mayor al natural.

En nuestro país (Argentina), son muy conocidos el de Tandil y el de la Villa de la Quebrada (San Luis), finamente esculpido por el italiano Nicolás Arrighini, en mármol de Carrara, traídos de Italia los 29 cajones con un peso de 27 toneladas en el vapor argentino «Río IV», llegando a la Quebrada en enero de 1951. Todo por iniciativa de Mons. Emilio Antonio Di Pasquo, Vía Crucis que constituye, a mi modo de ver, el más bello del país y una obra de arte aún más hermosa que la de Lourdes, por su «estilo clásico helénico, con perfecta morfología y detalles minuciosos de vestimentas»[20].

d. Su rezo, ¿tiene indulgencias?

La Iglesia enriquece el rezo del Vía Crucis con indulgencia plenaria: la obra ha de hacerse delante de las estaciones del Vía Crucis legítimamente erigidas. Sólo se requiere la devota meditación de la Pasión y Muerte del Señor (no es necesaria la consideración del misterio de cada estación). Hay que desplazarse de una a otra estación.

19. Cf. http://www.przk.pl/nr/temat_tygodnia/polskie_jerozolimy.html
20. José Ignacio Maldonado, *El Santo Cristo de la Villa de la Quebrada*, San Luis 1988, p. 68.

e. Deseo

Al recorrer el Vía Crucis, meditando en él los pasos dolorosos de la Pasión de Cristo, nos conceda Dios:

- revalorizar la vida de la gracia;
- descubrir el sentido de Dios y el sentido del pecado;
- profundizar en el misterio de la Redención y en su concreta aplicación en el sacramento de la Penitencia.
- que sea una llamada constante al arrepentimiento y a la conversión.

El Vía Crucis quiere inculcar en nuestros corazones la certeza del amor misericordioso de Jesucristo que quiso morir para darnos vida.

f. El «Vía Matris»

«Así como en el plan salvífico de Dios (cf. Lc 2,34-35) están asociados Cristo crucificado y la Virgen dolorosa, también los están en la Liturgia y en la piedad popular.

Como Cristo es el "hombre de dolores" (Is 53,3), por medio del cual se ha complacido Dios en "reconciliar consigo todos los seres: los del Cielo y los de la tierra, haciendo la paz por la sangre de su cruz" (Col 1,20), así María es la "mujer del dolor", que Dios ha querido asociar a su Hijo, como madre y partícipe de su Pasión (*socia Passionis*).

Desde los días de la infancia de Cristo, toda la vida de la Virgen, participando del rechazo de que era objeto su Hijo, transcurrió bajo el signo de la espada (cf. Lc 2,35). Sin embargo, la piedad del pueblo cristiano ha señalado siete episodios principales en la vida dolorosa de la Madre y los ha considerado como los "siete dolores" de Santa María Virgen.

Así, según el modelo del Vía Crucis, ha nacido el ejercicio de piedad del *Vía Matris dolorosae*, o simplemente *Vía Matris*, aprobado también por la Sede Apostólica[21]. Desde el siglo XVI hay ya formas incipientes del *Vía Matris*, pero en su forma actual no es anterior al siglo XIX. La intuición fundamental es considerar toda la vida de la Virgen, desde el anuncio profético de Simeón

21. Cf. *Deiparae Perdolentis*, en Leonis XIII, *Acta* III, Typographia Vaticana, Romae 1884, pp. 220-222.

(cf. Lc 2,34-35) hasta la muerte y sepultura del Hijo, como un camino de fe y de dolor: camino articulado en siete "estaciones", que corresponden a los "siete dolores" de la Madre del Señor.

El ejercicio de piedad del *Vía Matris* se armoniza bien con algunos temas propios del itinerario cuaresmal. Como el dolor de la Virgen tiene su causa en el rechazo que Cristo ha sufrido por parte de los hombres, el *Vía Matris* remite constante y necesariamente al misterio de Cristo, siervo sufriente del Señor (cf. Is 52,13-53,12), rechazado por su propio pueblo (cf. Jn 1,11; Lc 2,1-7; 2,34-35; 4,28-29; Mt 26,47-56; Hch 12,1-5). Y remite también al misterio de la Iglesia: las estaciones del *Vía Matris* son etapas del camino de fe y dolor en el que la Virgen ha precedido a la Iglesia y que esta deberá recorrer hasta el final de los tiempos.

El *Vía Matris* tiene como máxima expresión la "Piedad", tema inagotable del arte cristiano desde la Edad Media»[22].

g. El «Vía Lucis»

«Recientemente, en diversos lugares, se está difundiendo un ejercicio de piedad denominado Vía Lucis. En él, como sucede en el Vía Crucis, los fieles, recorriendo un camino, consideran las diversas apariciones en las que Jesús –desde la Resurrección a la Ascensión, con la perspectiva de la Parusía– manifestó su gloria a los discípulos, en espera del Espíritu prometido (cf. Jn 14,26; 16,13-15; Lc 24,49), confortó su fe, culminó las enseñanzas sobre el Reino y determinó aún más la estructura sacramental y jerárquica de la Iglesia.

Mediante el ejercicio del Vía Lucis los fieles recuerdan el acontecimiento central de la fe –la Resurrección de Cristo– y su condición de discípulos que en el Bautismo, sacramento pascual, han pasado de las tinieblas del pecado a la luz de la gracia (cf. Col 1,13; Ef 5,8).

Durante siglos, el Vía Crucis ha mediado la participación de los fieles en el primer momento del evento pascual –la Pasión– y ha contribuido a fijar sus

22. Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia*, 136-137.

contenidos en la conciencia del pueblo. De modo análogo, en nuestros días, el Vía Lucis, siempre que se realice con fidelidad al texto evangélico, puede ser un medio para que los fieles comprendan vitalmente el segundo momento de la Pascua del Señor: la Resurrección.

El Vía Lucis, además, puede convertirse en una óptima pedagogía de la fe, porque, como se suele decir, "*per crucem ad lucem*". Con la metáfora del camino, el Vía Lucis lleva desde la constatación de la realidad del dolor, que en plan de Dios no constituye el fin de la vida, a la esperanza de alcanzar la verdadera meta del hombre: la liberación, la alegría, la paz, que son valores esencialmente pascuales.

El Vía Lucis, finalmente, en una sociedad que con frecuencia está marcada por la "cultura de la muerte", con sus expresiones de angustia y apatía, es un estímulo para establecer una "cultura de la vida", una cultura abierta a las expectativas de la esperanza y a las certezas de la fe»[23].

4. El canto y la música sagrada

«La oración litúrgica adquiere una forma **más noble** cuando se realiza con canto… de esta manera la oración adopta una expresión **más penetrante**… El misterio de la liturgia se manifiesta **más claramente**»[24].

Notemos: *más noble… más penetrante… más clara…* Es una parte «necesaria o integral de la liturgia solemne»[25].

Más aún: El canto es una señal de euforia –de júbilo, de alegría– del corazón (cf. Hch 2,46). De ahí que San Agustín diga con razón: «Cantar es propio del que ama»[26]. Por eso el que no ama –el que está ensimismado–, no canta.

No es un cierto ornato que se añade, como algo extrínseco, a la oración.

23. Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia*, 153.
24. *Musicam Sacram*, 5.
25. *Sacrosanctum Concilium*, 112.
26. San Agustín, *Sermo* 336, 1: PL 38,1472.

Cinco son los grandes valores del canto en la liturgia:

a. El canto expresa y realiza nuestras actitudes interiores

El canto **expresa** las ideas y los sentimientos, las actitudes y los deseos. Es un lenguaje universal –junto con la palabra, el gesto, el movimiento, la danza–. Es un signo de expresión de dolor, alegría, triunfo, protesta. Llega, muchas veces, a donde no llega la sola palabra.

Pero, además, **realiza** la actitud interior. Hace vivos los sentimientos interiores, los alimenta. Nos mueve y de algún modo encarna las actitudes interiores. Hace que la oración sea más plena, más englobada en la persona del que ora –porque toca su sentimiento y su capacidad estética–.

b. El canto hace comunidad

«Mediante la unión de las voces se llega a una más plena unión de corazones»[27], que «pone de manifiesto de un modo pleno y perfecto la índole comunitaria del culto cristiano»[28].

Cantar crea una atmósfera de sintonía y es un signo de solidaridad y de comunión. Cantar ayuda a salir de sí mismo, a superar perspectivas nuevamente personales para incorporarse a las comunitarias. Somos una comunidad y el canto es uno de los mejores **signos** y **causa** de nuestro común sentir. La reticencia que algunos tienen por el canto se debe muchas veces a un falso individualismo –egoísmo– porque el cantar con otros nos hace el salir un poco de nosotros mismos y nos hace adherirnos a la exposición comunitaria en la única celebración.

c. El canto hace fiesta

Crea un clima más festivo y solemne.

Expresa con mayor delicadeza la oración.

Fomenta la unidad.

---

27. *Musicam Sacram*, 5.
28. Congregación para el Culto Divino, *Ordenación General de la Liturgia de las Horas*, 270.

Enriquece con mayor solemnidad los ritos sagrados[29].

La solemnidad y la festividad está en la comunidad que participa en el canto, toda ella. La celebración en común y cantada, esa es la fiesta: «nada más festivo y más grato… que una asamblea que toda entera expresa su fe y su piedad por el canto»[30].

Por eso se nos propone «cantar con gozo las horas»[31]. Y prefigura con más claridad el gozo de la Liturgia celestial.

d. El canto tiene una «función ministerial»[32]

La razón del canto en la liturgia, no le viene tanto:

- de su propia naturaleza musical o estética, o
- de haber sido recogido de la tradición, o
- de su valor pedagógico,

sino de la celebración misma (rito litúrgico: con su identidad y sus leyes) y de la comunidad celebrante.

El canto debe hacer posible que esta comunidad concreta llegue a celebrar unida.

Por eso el canto no es «**independiente**», sino que sirve «**ministerialmente**» al rito celebrado por la comunidad. De ahí que debe respetarse la exigencia de cada canto: aclamación, procesional, meditativo, respuesta letánica, himno del Gloria, etc.

«La música será tanto más santa cuanto más íntimamente esté unida a la **acción litúrgica**»[33].

e. El canto, sacramento

El canto y la música –en la celebración– son signo eficaz del acontecimiento interior.

---

29. Cf. *Sacrosanctum Concilium*, 112.
30. *Musicam Sacram*, 16.
31. Congregación para el Culto Divino, *Ordenación General de la Liturgia de las Horas*, 270.
32. *Sacrosanctum Concilium*, 112.
33. *Ibidem*.

Es la «encarnación» de un misterio que sucede a niveles más profundos: Dios habla y ofrece su don; una comunidad responde con fe, alabanza y súplica.

Uno de los signos eficaces de este encuentro es el canto.

Más aún, es signo eficaz de la alabanza de toda la humanidad y el cosmos: «por nuestra voz las demás creaturas, aclamamos tu nombre cantando»[34].

El canto de una comunidad es signo, también, de la presencia de Cristo: «está presente cuando la Iglesia suplica y canta salmos»[35].

Es la «voz de la esposa» que se une al esposo en el «*sacrificium laudis*».

En el Bautismo se nos hizo sobre los labios el rito del «*effetá*», que quiere decir «Ábrete»: «El Señor Jesús que hizo oír a los sordos y hablar a los mudos te permita escuchar su palabra y proclamar la fe».

Abrir la boca: para cantar –con los hermanos– las alabanzas de Dios. «Bienaventurado el pueblo que sabe cantarle» (Sal 89,16).

«Recitad entre vosotros salmos, himnos y cánticos inspirados; cantad y salmodiad en vuestro corazón al Señor, dando gracias continuamente y por todo a Dios Padre, en nombre de nuestro Señor Jesucristo» (Ef 5,19-20).

«La palabra de Cristo habite en vosotros con toda su riqueza; instruíos y amonestaos con toda sabiduría, cantad agradecidos, himnos y cánticos inspirados» (Col 3,16).

f. Canta y camina

Todos los días nos reunimos para ***alabar y bendecir*** a Dios nuestro Señor en la Santa Misa y en la Adoración, y lo hacemos con la fascinación armoniosa del canto y la música sagrada.

Nos insertamos así en la bimilenaria Tradición de la Iglesia, que al rendir culto de adoración a la Santísima Trinidad, se ha servido de la música y el canto, como ha dicho Juan Pablo II «para expresar los más profundos sentimientos

34. Misal Romano, Plegaria Eucarística IV.
35. *Sacrosanctum Concilium*, 7.

religiosos del cristiano: la adoración, la acción de gracias, la súplica, la impetración, el dolor, el impulso espiritual»[36].

De ahí que enseñase el Concilio Vaticano II: «La tradición musical de la Iglesia universal constituye un tesoro de un valor inestimable, que sobresale entre las demás expresiones artísticas, principalmente porque el canto sagrado, unido a las palabras, constituye una parte necesaria o integral de la liturgia solemne»[37].

Desde siempre la Iglesia estimó mucho el canto y la música sagrada como función ministerial: «En efecto, el canto sagrado ha sido ensalzado tanto por la Sagrada Escritura (cf. Ef 5,19; Col 3,16) como por los Santos Padres y los Romanos Pontífices, los cuales en los últimos tiempos, empezando por San Pío X, han expuesto con mayor precisión la función ministerial de la música sacra en el servicio divino»[38].

Unida a la liturgia, es oración, fomenta la unidad y solemniza la liturgia: «La música sacra, por consiguiente, será tanto más santa cuanto más íntimamente esté unida a la acción litúrgica, ya sea expresando con mayor delicadeza la oración o fomentando la unanimidad, ya sea enriqueciendo de mayor solemnidad los ritos sagrados. Además, la Iglesia aprueba y admite en el culto divino todas las formas de arte auténtico que estén adornadas de las debidas cualidades»[39].

Para nosotros el canto y la música sagrada tienen una *importancia fundamental* por su gran incidencia cultual, espiritual, cultural, formativa, estética, comunitaria… Es una forma eminente de tributar digno culto a Dios que no contradiga la grandeza de su infinita Majestad. Decimos culto digno en cuanto en armonía de dignidad artística y de superioridad espiritual exprese plenamente la fe para gloria de Dios y para edificación del Cuerpo Místico[40].

No se puede afirmar que toda música sea sacra por el hecho de que algunos la inserten en la liturgia. No le debe faltar el sentido de la Iglesia «sin el cual el canto, en lugar de ayudar a fundir los espíritus en la caridad, puede ser fuente de

36. San Juan Pablo II, *Homilía con ocasión del primer centenario de la Asociación italiana de Santa Cecilia*, (21/9/1980).
37. *Sacrosanctum Concilium*, 112.
38. *Ibidem*.
39. *Ibidem*, 112.
40. Cf. San Pablo VI, OR (25/4/1971), 9; citado en San Juan Pablo II, *Homilía con ocasión del primer centenario de la Asociación italiana de Santa Cecilia*, (21/9/1980).

malestar, de disipación, de rompimiento de lo sagrado, cuando no de división en la misma comunidad de los fieles»[41].

La música sacra forma parte *integrante* y *necesaria* de la liturgia misma. Es uno de los más altos signos manifestativos de la sacralidad litúrgica, y su finalidad sacra y sacramental, hacen que deba distinguirse de la música destinada a la diversión, a la evasión, o a la religiosidad genéricamente entendida.

Algunos Padres, como San Ambrosio, comparan el canto de los fieles, de elocuente solemnidad que expresa a la asamblea adorante, con el mar: «Sus salmodias rivalizan con el murmullo de las olas que chapotean levemente… ¿Qué es el canto del mar sino un eco de los cantos de la asamblea cristiana?… Mientras el pueblo ora en común, suena con estruendo como el reflujo de las olas espumantes, cuando el canto de los hombres, de las mujeres, de las vírgenes, de los muchachos hace eco a los responsorios de los salmos como el armonioso fragor de las olas»[42].

Notemos que el canto sagrado para que rivalice con el fragor de las olas del mar debe contar con la participación activa y consciente de todos, para ello es fundamental usar el libro de cantos y que la mente concuerde con la voz[43].

Como enseña San Agustín: «Canta a Dios quien vive de Dios: salmodia su nombre quien actúa por su gloria. Cantando así, salmodiando así, es decir, viviendo así, actuando así… preparad el camino a Cristo…»[44]. Debemos cantar bellamente el cántico nuevo propio de quienes quieren vivir según la Ley Nueva, de modo tal que: «¡Cante la voz, cante el corazón, cante la vida, canten los hechos!»[45].

Por eso el mismo Santo dice: «Cantar es propio del que ama»[46] y también el antiguo proverbio: «Quien bien canta, ora dos veces»[47]. El canto es señal de júbilo del corazón (cf. Hch 2,46). Porque en definitiva: «Con el pueblo de Dios el Espíritu artista no puede errar»[48].

---

41. Cf. *Ibidem*.
42. San Ambrosio, *Hexameron* 3,5: PL 14,165.
43. Cf. San Benito, *Santa Regla*, XIX.
44. San Agustín, *Enarr. in Ps.* 67,5: PL 36,814.
45. San Agustín, *Enarr. in Ps.* 143,2: PL 37,1938; citado en San Juan Pablo II, *Homilía durante la Misa por la Asociación italiana de Santa Cecilia*, (25/9/1983) 3; OR (2/10/1983), 1.
46. San Agustín, *Sermo* 336, 1: PL 38,1472.
47. *Ordenación General del Misal Romano*, 39.
48. San Ambrosio, *Explanaciones Psalmorum* 1,9: PL 14,925.

Hermano: ¡Canta y camina! ¡Camina y canta! «¡Cantad a Dios un cántico nuevo!» (Sal 149,1).

Para ello es imperioso formar muchos coros, con distintas especialidades (gregoriano, polifónico, folklórico, etc.), y recibiendo adecuada formación técnica como lo hacemos de nuestra gran benefactora, la profesora fonoaudióloga María Barenbrug-Pÿpers, «*Riet*», de nacionalidad holandesa, querida por todos.

Aprovecha el canto para unirte más bellamente a Jesucristo de Quien en verdad se dice: «Eres hermoso, el más hermoso de los hijos de Adán, la gracia está derramada en tus labios» (Sal 45,3). Que te sirva para descubrir, día a día, cada vez más, que «Dios es la Belleza infinita»[49]. Debemos hacer que se cumpla en nosotros la profecía de Isaías: «mis siervos cantarán con corazón dichoso» (Is 65,14).

49. Cf. Santa Teresa de los Andes, *Obras completas*, carta 101, Ed. Monte Carmelo, Burgos 1995, p. 493.

CAPÍTULO 5

El mobiliario de purificación



1. La pila bautismal

SE ENCUENTRA EN NUESTROS TEMPLOS la pila (del griego *piloo* = juntar, apilar; usado como pilar, mortero, dique…) bautismal (del griego *baptisma* = lavatorio, ablución, zambullir…). De allí «nombre de pila» por el recibido el día del Bautismo; y «lo tuvo en la pila» refiriéndose al padrino o la madrina, que son los que suelen tener en sus brazos al bautizado. Suele ser una pieza cóncava donde se echa el agua sobre la frente del candidato para administrarle el sacramento del Bautismo.

El agua nos recuerda que, como enseña San Jerónimo, las fuentes de la Iglesia son el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Que el Padre sea fuente, lo hallamos escrito en el libro de Jeremías: «Me han abandonado a mí, la fuente de aguas vivas, para excavarse cisternas agrietadas, incapaces de retener el agua» (2,13). Acerca del Hijo: «Han abandonado la fuente de la Sabiduría» (Ba 3,12). Y del Espíritu Santo: «el que beba del agua que yo le diere no tendrá jamás sed, que el agua que yo le dé se hará en él una fuente que salta hasta la vida eterna» (Jn 4,14).

El agua brota de la llaga de Cristo porque en el Bautismo «con Él hemos sido sepultados… para participar en su muerte… para que muertos al pecado vivamos para Dios en Cristo Jesús» (cf. Rm 6,4-11).

El agua es figura de la gracia santificante: «Si conocieras el don de Dios» –dijo Jesús a la samaritana– «y quien es el que te dice: dame de beber, tú le pedirías a Él y Él te daría a ti agua viva… el que beba del agua que yo le diere no tendrá jamás sed, que el agua que yo le dé se hará en él una fuente que salta hasta la vida eterna» (Jn 4,10-14). La gracia santificante es «la única causa formal»[1] de la redención del hombre, de la justificación. La Nueva Alianza entre Dios y los hombres se constituye, formalmente, por la gracia santificante que nos dan los sacramentos dignamente recibidos.

En la pila bautismal nacemos a la «vida y vida en abundancia» (Jn 10,10) que Jesucristo vino a traer a la tierra. De allí que los Santos Padres, en frase hermosa, la llamaban: «el útero de la Iglesia» porque allí, por el Bautismo, se engendran los hijos de Dios.

En todos los templos la pila bautismal es la «acequia de Dios (que) va llena de agua… el Espíritu Santo (que) nos inunda con sus dones»[2].

2. Los confesonarios

Si ahora miramos a derecha e izquierda veremos los confesonarios.

¡Maravilloso lugar! ¡Mudo testigo de tantas conversiones! ¡Insigne pedestal de la misericordia divina!

Allí Jesucristo sigue diciendo: «Tus pecados te son perdonados» (Mt 9,2).

Allí encuentra el cristiano la segunda tabla de salvación después del Bautismo.

Allí nos reconciliamos con Dios Padre.

Allí encontramos la paz y la alegría del alma.

Allí los sacerdotes, en nombre y con el poder de Cristo, ejercen el poder de perdonar los pecados, poder que Él mismo les dio: «A quienes les perdonen los pecados les serán perdonados, a quienes se los retengan los serán retenidos» (Jn 20,23).

1. Concilio de Trento: DH. 1529.
2. San Hilario, *Tractatus super Psalmos* 64,14: CSEL 22, 245.

Allí sucede lo que llena de gran alegría a los ángeles del Cielo: «será mayor la alegría por un pecador que haga penitencia que por noventa y nueve justos que no necesitan de penitencia» (Lc 15,7).

Allí los cristianos, uno a uno, personalmente, hacen suya la obra de la redención que Cristo realizó en la Cruz, donde dijo: «Padre, perdónalos…» (Lc 23,34).

Nunca podremos alabar adecuadamente el santo sacramento de la Reconciliación que produce frutos ubérrimos de santidad.

Debemos recordar la grave obligación que tenemos los sacerdotes de estudiar los tratados de Moral para saber usar los principios del mismo en el augusto tribunal de la Penitencia o Reconciliación. El patrono de los moralistas y Doctor de la Iglesia, San Alfonso María de Ligorio, decía: «*Afirmo que se encuentra en estado de condenación el confesor que sin la ciencia suficiente se atreve a oír confesiones*»[3].

Se puede leer, por ejemplo, P. Livio Dimatteo, OFM Cap., *I casi di morale di Padre Pio*, Ed. Padre Pio da Pietrelcina, San Giovanni Rotondo 2005, pp. 622, etc. Aconsejamos, también, releer de tanto en tanto los manuales que se estudian para rendir «*Ad audiendam confesionis*», para ello recomendamos los manuales del Pbro. Dr. Miguel Ángel Fuentes, *Revestíos de entrañas de misericordia,* Ed. Del Verbo Encarnado, San Rafael 2007, pp. 310, y el segundo tomo, sobre el misterio de la Confesión en el magisterio de Juan Pablo II y en los hechos y dichos de los santos, *A quienes perdonéis…*, Ed. del Verbo Encarnado, San Rafael 2002, pp. 385. Como su *Manual de Bioética*, Ed. del Verbo Encarnado, San Rafael 2006, pp. 283. Asimismo, el manual de dirección espiritual del mismo autor titulado: *La Ciencia de Dios*, Ed. del Verbo Encarnado, San Rafael 2003, pp. 361.

3. Las pilas de agua bendita

En la actualidad, según la liturgia romana el rito introductorio, el rito penitencial con el que comienza la Misa, puede ser suplido por el rito de la aspersión del agua bendita, como también antiguamente lo era de manera particular en

3. San Alfonso María de Ligorio, *Práctica del confesor*, Madrid 1989, n. 18.

las grandes fiestas y solemnidades. ¿Y por qué se quitaba el rito penitencial por el rito de la aspersión del agua bendita? Porque la aspersión del agua bendita es símbolo de pureza y reclama la purificación interior. Es un rito que se remonta al siglo IX. El rito de la aspersión evoca la liturgia de la Vigilia Pascual, la vigilia madre de todas las vigilias, la más importante de toda la liturgia católica. Evoca también la liturgia de la dedicación del templo, cuando se dedica de manera especial la catedral, y también evoca nuestro nacimiento espiritual, es decir, nuestro Bautismo, ya que por el Bautismo, por ser lavados por el agua y por haber expresado el ministro la fórmula del Bautismo, hemos quedado lavados del pecado original, y si hemos sido bautizados de grandes, de todo pecado cometido hasta ese momento, si uno está arrepentido.

Ese rito de la aspersión que nosotros muy brevemente nos solemos hacer de manera mínima cuando ingresamos en el templo y mojamos nuestros dedos en agua bendita para hacernos la señal de la cruz, ayuda también a la preparación moral y espiritual antes de la celebración de la Eucaristía. Y por eso nos hacemos la señal de la cruz con las palabras que se toman de la fórmula del Bautismo: «…*en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*». La mención explícita de la Santísima Trinidad.

Como dice el célebre liturgista Jungmann: «Se puede interpretar el rito de la aspersión como un puente que se tiende entre el sacramento del Bautismo y la Eucaristía»[4]. Y el escritor eclesiástico Eusebio de Cesarea dice que «la pila de agua bendita en la entrada de nuestros templos y de nuestras casas –que deberíamos tener– representan el baño sacrosanto del Bautismo». Así como debimos purificarnos en el Bautismo para entrar en el seno de la Iglesia, así tomamos agua bendita para purificarnos al entrar en el templo de los pecados veniales que nos quedan perdonados.

Tiene otra finalidad la aspersión con agua bendita, que según Santo Tomás de Aquino es «contrarrestar los ataques exteriores del demonio, mientras que los exorcismos se instituyen contra los ataques interiores»[5]. Y agrega: «También puede decirse que así como la Confesión constituye el segundo remedio contra el pecado puesto que el Bautismo no se puede repetir, así también se concede el

4. Josef Jungmann, *El Sacrificio de la Misa*, BAC, Madrid 1951, p. 335.
5. *S. Th.*, III, q. 71, a. 3, ad 3.

uso del agua bendita como segundo remedio contra las investidas del demonio puesto que los exorcismos bautismales tampoco se reiteran».

El agua bendita es un sacramental que «dispone para los sacramentos quitando un obstáculo» pues «el agua bendita está ordenada contra las asechanzas del demonio y contra los pecados veniales»[6].

Por todo esto todos los santos le tuvieron gran devoción.

Santa Clara de Asís «estuvo una vez tan compenetrada de la significación del agua bendita, dice Joergensen, como símbolo de la sangre de Cristo, que roció a las monjas exhortándolas tiernamente a no olvidar jamás aquella ola de salvación que manaba de las llagas de Cristo»[7].

San Beda, San Malaquías, San Francisco Javier, últimamente San Charbel Maklouf, libanés, etc., hicieron muchos milagros con el recto uso del agua bendita. De este último se cuenta que venía una manga de langostas y el superior le mandó –porque no le dejaban hacer milagros– que rociase la manga de langostas con agua bendita. La manga de langostas se abrió en dos y no pasó por el terreno de ellos (se habrán enojado los vecinos). Esto es reciente, del siglo pasado.

Y acá llegamos a Santa Teresa de Jesús, Doctora de la Iglesia, de quien se dice en la oración de la asamblea u oración colecta de la Misa en su honor: «concédenos vivir de su doctrina»[8]. Pues ella, hablando del agua bendita dice «debe ser grande la virtud del agua bendita»[9]. Y cuenta varios casos. Nosotros mencionaremos algunos.

«Estaba una vez en un oratorio y apareciómе hacia el lado izquierdo, de abominable figura; en especial miré la boca, porque me habló –era el demonio–, porque la tenía espantable. Parecía le salía una grande llama del cuerpo, que estaba toda clara sin sombra. Díjome espantablemente que bien me había librado de sus manos, mas que él me tornaría a ellas. Yo tuve gran temor y santigüeme como pude, y desapareció y tornó luego. Por dos veces me acaeció esto. Yo no sabía qué me hacer; *tenía allí agua bendita y echélo hacia aquella parte y nunca más tornó*»[10]. Nunca más volvió.

6. *S. Th.*, III, q. 65, a. 1, ad 6.
7. Cf. Johannes Joergensen, *San Francisco de Asís*, Ed. Fontis, Buenos Aires, p. 226.
8. Misal Romano, Oración Colecta de la Misa en honor de Santa Teresa de Jesús.
9. Santa Teresa de Jesús, *Obras completas*, Libro de la Vida, 31, 4.
10. *Ibidem*, 31, 2 (Resaltado nuestro).

«Otra vez me estuvo cinco horas atormentándome con tan terribles dolores y desasosiego interior y exterior, que no me parece se podía ya sufrir. Las que estaban conmigo estaban espantadas y no sabían qué se hacer ni yo cómo valerme. Tengo por costumbre, cuando los dolores y mal corporal es muy intolerable, hacer actos como puedo entre mí, suplicando al Señor, si se sirve de aquello, que me dé Su Majestad paciencia y me esté yo así hasta el fin del mundo. Pues como esta vez vi el padecer con tanto rigor, remediábame con estos actos para poderlo llevar, y determinaciones. Quiso el Señor entendiese cómo era el demonio, porque vi cabe mi un negrillo muy abominable, regañando como desesperado de que adonde pretendía ganar perdía. Yo, como le vi, reíme, y no hube miedo, porque había algunas conmigo que no se sabían valer ni sabían qué remedio poner a tanto tormento, que eran grandes los golpes que me hacía dar, sin poderme resistir, con cuerpo y cabeza y brazos; lo peor era el desosiego interior, que de ninguna suerte podía tener sosiego. *No osaba pedir agua bendita por no las poner miedo y porque no entendiesen lo que era*. *De muchas veces tengo experiencia que no hay cosa con que huyan más para no tornar*. *De la cruz también huyen*, *mas vuelven*. *Debe ser grande la virtud del agua bendita.* Para mí es particular y muy conocida consolación que siente mi alma cuando lo tomo. Es cierto que lo muy ordinario es sentir una recreación, que no sabría yo darla a entender, como un deleite interior que toda el alma me conforta. Esto no es antojo ni cosa que me ha acaecido sola una vez, sino muy muchas, y mirado con gran advertencia. Digamos que si uno estuviese con mucho calor y sed y bebiese un jarro de agua fría, que parece todo él sintió el refrigerio. *Considero yo qué gran cosa es todo lo que está ordenado por la Iglesia, y regálame mucho ver que tengan tanta fuerza aquellas palabras que ansí la pongan en el agua, para que sea tan grande la diferencia que hace a lo que no es bendito*»[11]. «Pues como no cesaba el tormento, dije: si no se riesen, pediría agua bendita. Trajéronmelo y echáronmelo a mí, y no aprovechaba; *echélo hacia donde estaba*, *y en un punto se fue y se me quitó todo el mal*, *como si con la mano me lo quitaran* […]»[12].

«Otra vez, poco ha, me acaeció lo mismo, aunque no duró tanto y yo estaba sola. Pedí agua bendita y las que entraron después que ya se habían ido (que eran dos monjas de bien crecer, que por ninguna suerte dijeran mentira)

11. Santa Teresa de Jesús, *Obras completas*, Libro de la Vida, 31, 3-4.
12. *Ibidem*, 31, 5.

olieron un olor muy malo como de piedra azufre; yo no lo olí; duró de manera que se pudo advertir a ello»[13].

«En este tiempo también una noche pensé que me ahogaban; y como echaron mucho agua bendita, vi ir una multitud de ellos como quien se va despeñando»[14].

«Lo dicho aproveche de que el verdadero siervo de Dios se le dé poco de estos espantajos que éstos ponen para hacer temer; sepan que, a cada vez que se nos da poco de ellos, quedan con menos fuerza y el alma muy más señora. Siempre queda algún provecho, que por no alargar no lo digo; sólo diré esto que me acaeció una noche de las Ánimas.

Estando en un oratorio, habiendo rezado un nocturno y diciendo mis oraciones muy devotas –que están al fin de él– muy devotas, que tenemos en nuestro rezado, se me puso sobre el libro, para que no acabase la oración. Yo me santigüé y fuese. Tornando a comenzar tornóse. Creo fueron tres veces las que la comencé, y *hasta que eché agua bendita no pude acabar*. Vi que salieron algunas almas del purgatorio en el instante, que debía faltarlas poco, y pensé si pretendía estorbar esto»[15].

En una carta a Lorenzo de Cepeda, del 10 de febrero de 1577. Le dice al hermano: «*Tenga agua bendita junto a sí*, *que no hay cosa con que más huya*. Esto me ha aprovechado muchas veces a mí. Algunas no paraba solo miedo, que me atormentaba mucho… *Mas si no le acierta a dar el agua bendita*, *no huye*, *y así es menester echarla alrededor*»[16].

Por eso si esta Doctora de la Iglesia tenía devoción al agua bendita, tengamos nosotros devoción, sobre todo en este tiempo en que pareciera que el diablo anda suelto, por el crecimiento del satanismo, incluso en Italia.

Son famosas las pilas de agua bendita de la Basílica de San Pedro. Para darse cuenta de la grandeza de la misma, los ángeles parecen pequeños, pero tienen 2 m de alto.

13. *Ibidem*, 31, 6.
14. *Ibidem*, 31, 9.
15. *Ibidem*, 31, 10
16. Santa Teresa de Jesús, *Obras completas*, carta 178, Ed. Monte Carmelo, pp. 1527-1531.

En fin, lo más importante es Jesús, amar a Jesús y seguir a Jesús, pero no es un seguirlo a Jesús sin dificultades, hay enemigos fuertes, poderosos, contra los que tenemos que luchar si queremos ser fieles a nuestro Señor Jesucristo.

Por esto tengamos agua bendita, nos recuerda nuestro santo Bautismo, nos sirve para purificarnos y nos defiende contra el enemigo.

Pidámosle a la Santísima Virgen entender esto.

CAPÍTULO 6

El mobiliario de invitación

Las campanas

«Cuando estamos en camino y divisamos un campanario,
esta vista debe hacer latir nuestro corazón
como la vista de la casa donde habita su amado
hace latir el corazón de la esposa»[1].

LA VOZ DE LA IGLESIA, de antiquísimo uso, para invitar a sus hijos a rendir culto a Dios, es el sonido vibrante de las campanas.

a. Etimología

Su nombre viene del latín, *campana-ae*, y ésta de Campania, región de Italia, lugar donde se usaron particularmente para el culto.

1. Cf. Bernard Nodet, *Le curé d'Ars. Pensées*, Foi Vivante 2000, p. 110, citado en Benedicto XVI, *Videomensaje a los participantes en un retiro sacerdotal internacional*, (28/9/2009).

Es un instrumento de metal, en forma de copa invertida, que suena al ser golpeado por el badajo. El badajo es una pieza metálica, en forma de pera alargada, que cuelga en el interior de la campana para hacerla sonar al golpearla.

b. Vocabulario

Las campanas tienen en la vida de la Iglesia un rol muy importante. Puede notarse esto en la cantidad de palabras distintas que dicen relación a ella; a modo de ejemplo, mencionaremos algunas:

- Campanada: golpe que da el badajo en la campana; sonido que hace.
- Campanario: torre, espadaña o armadura donde se colocan las campanas.
- Campanazo: campanada, pero descompensada y fuerte.
- Campanear: tocar las campanas con frecuencia.
- Campaneo: reiterado toque de campanas.
- Campanero: artífice que vacía y funde las campanas; el que tiene por oficio tocarlas.
- Campanile: campanario separado del edificio del templo.
- Campanología: es el arte del campanólogo.
- Campanólogo: persona que toca piezas musicales haciendo sonar campanas.
- Clamor: toque de campanas por los difuntos.
- Doblar: tocar las campanas a duelo.
- Espadaña: campanario de una sola pared, en la que están abiertos los huecos para colocar las campanas.
- Plañen: cuando gimen o lloran, sollozan o claman.
- Queda: campana destinada para avisar que llegó la hora de descanso.
- Rebato: cuando dan la señal de alarma ante cualquier peligro.
- Repicar: tañer o sonar repetidamente y con cierto compás las campanas en señal de fiesta o regocijo.
- Repique: acción y efecto de repicar.
- Repiquete: repique vivo y rápido de campanas, parecido al redoble del tambor.

- Repiquetear: repicar con mucha viveza las campanas.
- Repiqueteo: acción y efecto de repiquetear.
- Retiñen: cuando dan sonido vibrante dejando su sonido en los oídos.
- Tañen: cuando por medio de las campanas se hacen las llamadas.
- Tañido: sonido de las campanas.
- Voltear: darles vueltas a las campanas haciéndolas girar completamente sobre su eje.
- Vuelo (echar a): cuando se pulsan todas las campanas a un mismo tiempo, volteándolas y dejando sueltos los badajos.

Sería digno de mención, si tuviéramos espacio, mencionar los refranes, frases hechas, locuciones, modos adverbiales, etc. que implican las campanas.

c. Oficio, simbolismo, poder

En la Iglesia, las campanas llegan a ser casi un ser viviente: se las purifican –«bautizan», dice la gente– con agua bendita; antiguamente el obispo las ungía con los santos óleos con 7 cruces en el exterior y 4 en el interior, con lo cual la consagraba, como se hacía con el cáliz; recibe, luego, de lleno el humo del incensario. Se transforma así en un objeto sagrado. En algunos lugares tienen nombre propio. Se les coloca inscripciones, por ejemplo, «llamo a los vivos, lloro a los muertos».

Antiguamente, los campaneros acordistas armonizaban los sonidos…

¡Qué hermoso es escuchar las campanas cuando van embalsamando el aire con el perfume de sus cantarinos sonidos, con el gárrulo de sus voces, con la fiesta de sus tintineos!

En el lenguaje de la Liturgia la campana se llama *signum*, señal; y lo es no sólo porque señala la vida del templo, sino porque además, tiene muy altísima significación.

Es símbolo de la vigilancia y de la Providencia de Dios sobre todos los hombres y mujeres. Se pedía «…*cuando la voz de este vaso traspase las nubes, un ejército de ángeles proteja a tu grey*…».

Es símbolo de la contemplación, suspendidas entre el cielo y la tierra, «no llegan a ellas –dice el Card. Gomá– el tráfago de las humanas cosas, sino en cuanto dicen relación a Dios».

Es símbolo de los apóstoles y de los predicadores del Evangelio, de quienes está escrito que «el sonido de su voz se ha dejado oír en toda la tierra» (Rm 10,18). «Su sonido ha despertado más de una vez la conciencia adormecida del pecador»[2].

Recuerdan incesantemente a los hombres la santidad de Dios al llamarnos para la oración, el culto, la liturgia. Son como la voz de Dios que llama a sus ovejas, que nos protege de los peligros y nos conduce por el camino del bien. Es un recordatorio de los misterios y verdades de nuestra santa religión. Las campanas son «propiedad sagrada de esta familia de almas que se llama una parroquia, y están entre ellas como amigas. Están en vela, por sobre nuestras casas, como ángeles de la guarda, como una providencia atenta e inquieta. Mézclanse en todas nuestras alegrías y lloran todas nuestras lágrimas; las hallamos en todas nuestras fiestas lanzando a los aires sus lúgubres acentos o sus repiques alegres»[3].

Tienen el poder de expulsar los demonios, a quienes llama San Pablo: «los espíritus malos de los aires» (Ef 6,12); cuando el obispo la consagraba decía: «que a su sonido se ahuyenten los dardos de fuego del enemigo».

En un antiguo himno dice la campana:

«*Alabo al Dios verdadero*,
llamo al pueblo,
congrego al clero.
Lloro los muertos,
ahuyento la peste,
embellezco las fiestas.
Me lamento con los deudos,
abato los relámpagos,
alegro las vísperas.
Muevo a los lentos,

2. Dom Gréa, *La Sainte Liturgie*, p. 177, citado en Card. Isidro Gomá y Tomás, *El valor educativo de la liturgia católica*, Ed. Casulleras, Barcelona 1945, t. I, p. 399.
3. Laurent, *L'Aurore de l'Éternité*, 25, citado en Card. Isidro Gomá y Tomás, *op. cit.*, t. I, p. 402.

disipo las tormentas,
hiero a los malos».

Algunas veces Dios obró milagros a través de ellas. Tocaron solas cuando San Isidro de Madrid moría; cuando cantaron el «*De profundis*» sobre el cuerpo del mártir San Plácido; cuando el cuerpo de San Enemundo, obispo de Lyon, puesto en un bote sin remero ni velas, pasaba por el río Saona, tocaban solas las campanas de los pueblos por donde pasaba.

«La campana es un vaso sagrado» (Bona) y como tal debemos considerarla.

d. De bronce y de cielo…[4]

Escribir acerca de las campanas es sumergirse en un *mare magnum* y al mismo tiempo en un campo suave y fecundo de novedades inconclusas. Porque las campanas, antiguas y a veces antiquísimas, encuentran siempre nuevas hermanas, fundidas también hoy para usos religiosos y civiles, para llamar a la oración y al encuentro de los hombres, en las plazas y en los lugares de la *polis* contemporánea. En Europa, sus tañidos que se desparraman por todos lados sirven también para reafirmar, cotidiana y humildemente, las raíces cristianas del «viejo continente».

La «voz» de las campanas es una presencia apreciada que, desde tiempos inmemoriales, acompaña la vida de las personas y el camino de las comunidades silabeando sus momentos más trascendentes.

Vox campanae!
Vivos voco, *mortuos ploro*,
horas numero, *festa decoro*…

¡Esta es la voz de las campanas!:

Los vivos llamo,
los muertos lloro,
las horas señalo,
las fiestas realzo…

4. Recomendamos la lectura de Graziella Merlatti, *Di bronzo e di cielo*, Ancora, Milano 2009.

e. Historia

Los orígenes de la campana se hunden en el tercer milenio antes de Cristo.

Restos de campanas y objetos símiles han sido encontrados, por ejemplo, en Armenia, India, Egipto, Grecia, y Roma (entre los romanos existía un instrumento de forma tubular llamado, «onomatopeyicamente», *tintinnabula*). Son particularmente conocidas las campanas «orientales», utilizadas en monasterios budistas, o hechas fabricar por los emperadores chinos. Es famosa la llamada «Campana divina del Rey Seongdeok», la campana más grande actualmente conservada en Corea, construida en el año 771, de 3,75 metros de alto, 2,27 metros de diámetro en la base, un grosor de entre 11 y 25 centímetros, y de un peso estimado de 18,9 toneladas.

Según la tradición, fue San Paulino, obispo de Nola, quien, alrededor del año 400 d. C. introdujo en Europa las campanas para el uso religioso.

En Europa el uso de las campanas está testimoniado a lo largo de todo el Medioevo, y su aporte al desarrollo de la cultura medieval (por ejemplo, a la división y relativa formación del concepto de tiempo) ha sido fundamental. Durante la alta Edad Media el arte de fundir el bronce –perdido en Occidente cuando Europa se encontraba al centro de dramáticas transmigraciones de pueblos– se conservó floreciente en Bizancio, donde se usaba para arreglos y enseres varios. A partir del siglo X las campanas asumieron también un rol civil: aquel de llamar a encuentro a la comunidad, sea por eventos ordinarios que excepcionales.

f. Fabricación

Cada fundidor es depositario de un «saber hacer» que incluye conocimientos de metalurgia, de sensibilidad musical y de pericia también para otras operaciones accesorias, como puede ser la búsqueda de la arcilla más adecuada. Esto da todavía hoy a la figura del constructor de campanas un halo de misterio. Durante toda la Edad Media, y hasta fines del ochocientos, los fabricantes de campanas eran artesanos itinerantes, que se detenían en los lugares donde surgía una nueva iglesia para fundir sus campanas al aire libre, cerca del campanario, y evitar de este modo las dificultades y los riesgos relacionados con su transporte.

Hoy en Europa existen alrededor de treinta fundiciones de campanas, casi todas pequeñas empresas familiares que se han transmitido los secretos de este arte de generación en generación. El material más utilizado para las campanas de iglesias es el bronce, una robusta aleación de cobre y estaño, de fácil fusión y óptima sonoridad: una campana broncínea perfecta puede mantener su sonido por un minuto (que es la duración óptima de la vibración de una campana media) o también por dos minutos (para campanas de más de 10 quintales[5]). El estaño convierte sonoro al cobre, de por sí anti acústico, pero debe ser dosificado con mucha atención porque una cantidad excesiva podría hacer que la aleación sea demasiado frágil, con posibles efectos ruinosos.

Existen campanas de todos los tamaños. En Rusia, por ejemplo, se conserva la campana más grande del mundo. Con un peso de 198 toneladas, 6,82 metros de diámetro, 7,47 metros de altura y 49 centímetros de espesor, la *Czar Kolokol* fue fundida en el año 1737 y es conocida como «la emperatriz de las campanas», o mejor dicho, la «zarina» de las campanas. En el año 1730, la emperatriz Ana de Rusia, nieta de Pedro el grande, encargó al experimentado maestro fundidor Ivan Motori la realización de una campana tan grande y con un sonido tan potente que pudiera enmudecer todas las campanas de todas las iglesias, catedrales y templos del mundo entero. El maestro se dedicó, junto con su hijo Mikhail a este trabajo desde 1733 a 1735. A pesar de los grandes recursos materiales y humanos puestos a su disposición –350 toneladas de metal y 180 ayudantes– fueron necesarios cuatro años de trabajo y varios intentos para llegar a la fundición definitiva, y justo en ese momento, desde los tres enormes hornos utilizados se desató un incendio que destruyó todo. Un año después, murió el maestro y su hijo Mikhail ocupó su lugar para reintentar la empresa. Fue necesario otro año más para intentar una nueva fundición, pero otro incendio repentino quemó el sostén de la campana, que se precipitó en la fosa de la fundición. Para colmo de desgracias, el agua utilizada para apagar el incendio provocó la rotura del metal todavía incandescente. Se separó un pedazo que pesaba 11 toneladas. Este evento puso punto final a la vida de esta campana extraordinaria que, inutilizable, fue enterrada y permaneció así hasta el año 1836, cuando el arquitecto francés Auguste Ricard de Montferrand organizó su recuperación y la colocó, junto con el pedazo que se había

5. *Quintal*: Peso de 100 libras equivalente en Castilla a 46 kg. aproximadamente, Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, Madrid 2001, t. II, p. 1882. 10 quintales serían entonces, 460 kg.

desprendido, sobre un pedestal de granito a los pies del campanario *Ivan Veliki* (la torre campanario de Iván el Grande) junto a la Catedral de Moscú, en la plaza del Kremlin. Todavía hoy este increíble monumento sonoro que permaneció siempre mudo se encuentra allí con su mole espléndida, cautivante también en su silencio.

Algunos otros ejemplos son[6]:

- *Maria Dolens*, la campana más grande de Italia. Colocada sobre Colle di Miravalle en Rovereto (Trento) pesa 23 toneladas y tiene un diámetro de 3,21 y una altura de 3,36.
- *Concordia*, situada en Plan de Corones (Bolzano, Italia), fundida en 2002 en Salzburgo tiene un diámetro de 3,11 y pesa 18 toneladas.
- *Cristo Re*: se encuentra en la torre octagonal del siglo XII de la Basílica de Cristo Rey, en Mesina. Tiene un diámetro de 2,66 y pesa 13 toneladas.
- *Loreta* (Loreto, Italia), fundida en 1515, pesa 7 toneladas.
- La campana Mayor de la Basílica de San Pedro, en el Vaticano, hecha en 1785, tiene un diámetro de 2,31 y pesa casi 9 toneladas.
- La *Savoiarde*, hecha con ofertas de los católicos de la Savoia, de ahí el nombre, está colocada en el campanario de la Basílica del Sagrado Corazón en la colina de Montmarte (París, Francia). Pesa 18 toneladas, la altura es de 3,06 metros y el diámetro de 3,03 metros. Su sonido puede ser escuchado a 40 km de distancia.
- La *Savienne* y la *Potentienne* son dos antiguas campanas de la Catedral de Sens (Francia), fundidas en 1563. La una es de 16 toneladas, la otra de 12.
- La *St. Petersglocke* es la campana mayor de la Catedral de Colonia (Alemania). Tiene un diámetro de 3,20, una altura de 3,22 y el peso es de 24 toneladas.
- La *Maria Gloriosa*, campana mayor de la Catedral de Erfurt, por sus óptimas cualidades sonoras es señalada por los expertos como la mejor campana del mundo. Pesa más de 10 toneladas.

6. Cf. Graziella Merlatti, *Di bronzo e di cielo*, Ancora, Milano 2009, pp. 117 y ss.

- La *Great Paul* de la Catedral San Pablo (Londres), de 17 toneladas es la campana más grande del Reino Unido.
- La *Zikmunda*, en la Catedral de Wawel, en Cracovia, es la más grande campana polaca. Pesa casi 11 toneladas, es hecha sonar manualmente por un equipo de 20 campaneros.
- *La Gorda*, con sus 17 toneladas, es la campana mayor de la Catedral Primacial de Toledo.
- *Berenguela* es la campana de la torre del reloj de la Catedral de Santiago de Compostela, y pesa 9 toneladas y 200 kilos.
- En Rusia, además de la *Czar Kolokol*, encontramos, entre tantas otras, la *Tsarsky Kolokol*, de 72 toneladas; la *Uspenski*, de 65 toneladas; la *Evangelist*, de 35 toneladas y la *Pervenets*, de 27 toneladas.
- En Newport (EE. UU.) está la *Millennium Bell*, de 22 toneladas.
- La *Mingoon* de la Pagoda de Mandalay (Birmania) tiene un diámetro de 5,30 metros y pesa, según las estimaciones, unas 90 toneladas.
- La *Yongle* está en Pekín y pesa alrededor de 50 toneladas.
- En el templo de Shitennoji de Osaka (Japón) había una campana de 135 toneladas (decomisada en 1942 para fines militares). Actualmente están la de *Kyoto* de 57 toneladas y la de *Nara*, de 43 toneladas.

g. El sonido

El tañido de las campanas es una expresión intrínsecamente musical, cuya articulación es complicada por lo menos como la realización del material de la campana y exige estudio y destreza sumos. Entre las «piezas» que las campanas pueden ejecutar, además de las alabanzas sacras, existen canciones populares simples, aquellas permitidas por la poca extensión musical de tan particular instrumento. Conciertos magníficos y simples campanadas han ritmado, y todavía a veces lo hacen, la vida de las comunidades cristianas, dando relieve social a los eventos eclesiales. Cómo no recordar, por ejemplo, el llorar de las campanas de la Basílica de San Pedro a la muerte de Juan Pablo II… En la imaginación popular a los significados eclesiales y litúrgicos se superponen otros significados,

a veces sobreentendidos, apotropaicos[7], o también supersticiosos, dirigidos a propiciar la buena fortuna.

Durante siglos, cuando las campanas eran el único «medio de comunicación masiva», la voz de las campanas ha regulado la vida social y se ha desarrollado hasta convertirse en un auténtico lenguaje en código, capaz de comunicar a la comunidad los distintos eventos que sucedían.

No es fácil clasificar las campanas. Una primera división se puede hacer en dos grupos: campanas fijas (prácticamente todas las orientales) y campanas en movimiento. Estas últimas se subdividen en campanas con badajo «volante» y campanas con badajo «cadente». Las campanas a «rotación completa» pueden incluir tanto campanas con un tipo de badajo como del otro. En lugares como Italia, incluso las distintas regiones han desarrollado distintos modos de sonar las campanas. Así se habla, por ejemplo, de sistema «ligurio» (por la región de Liguria), o «bolognense», o «modenense», o «veronese»… también se suenan las campanas «a la ambrosiana», «a la bergamasca», «a la romana», etc.

Las campanas de las iglesias y de las capillas, además de señalar los horarios de las funciones religiosas, especialmente para invitar a la Santa Misa (dependiendo de las regiones y de las zonas se podían tocar 15, 30, 45 o 60 minutos antes de su inicio), tenían también el oficio, vivo hasta hace poco tiempo atrás, de advertir la agonía o la muerte de un fiel, para que todos recen por él, costumbre esta de origen monástico; de conjurar las tempestades o los espíritus malignos; de anunciar la tarde anterior el ayuno del día siguiente; en tiempo de guerra, señalar los momentos de toque de queda; lanzar alarma por graves peligros inminentes como incendios, catástrofes climáticas o pestes, e incluso incursiones de piratas, o el inicio de la guerra; de expresar el gozo de la Iglesia durante sus solemnidades, en ocasión de matrimonios y otros sacramentos. Anunciaban los nacimientos, incluso el sexo del recién nacido, y cuando se daba la oportunidad, la llegada de algún personaje importante. Sonaban también por la muerte y la elección del Sumo Pontífice. Tocaban la agonía de Jesús cada viernes a las 15 horas. Anunciaban las horas, las «medias horas» y en algunos casos los «cuartos de hora». En algunos lugares recordaban también el

7. *Apotropaico*: Dicho de un rito, de un sacrificio, de una fórmula, etc.: Que, por su carácter mágico, se cree que aleja el mal o propicia el bien, cf. Real Academia Española: *Diccionario de la lengua española*, 23.ª ed., [versión 23.4 en línea]. <https://dle.rae.es>

inicio del año escolástico, el horario del catecismo, la bendición de las casas y el mes de María.

1.º El campanario de Rabanera del Pinar

Muchos pueblos se caracterizaban por sus clases de toques de campanas. Entre estos mencionamos a Rabanera del Pinar[8] (España), donde –como dicen sus habitantes– está «el campanario más alto y al mismo tiempo el más bajo del mundo». El más alto porque está en la cima de una montaña, el más bajo porque está excavado en roca. Los toques ordinarios de Rabanera del Pinar:

1.º «El alba», o el «Avemaría» o «Ángelus»: se hacía al rayar el día, cuando empezaba a amanecer. Era de la siguiente manera: con la campana grande se daban 9 campanadas, espaciadas de 3 en 3 y guardando el mismo espacio; a continuación empezaba la pequeña solamente haciendo una imitación de la anterior.

2.º «A Misa»: a media mañana.

3.º «A mediodía».

4.º «A la oración»: al anochecer. En algunas temporadas tenía doble función: *al Rosario*; *a la novena de las ánimas*; *a la cuaresma*; *a las flores*; *a la novena del Santo Cristo*.

5.º «A las ánimas»: se tocaba a las 21. Se hacía desde la festividad de los santos hasta Semana Santa.

6.º «A muerto»: había varios toques para distinguir qué clase de persona había muerto: niño, mujer, hombre.

7.º «Toque ordinario».

8.º «Toque tenterenulo» o «Toque tentenublo».

9.º «A fuego»: sea en el pueblo, en el campo o en pueblos limítrofes.

10.º «De rebato»: para reunir a los hombres en caso de amenaza o eventualidad en la que se precisara obrar con prontitud o fuerza.

8. Es interesante el artículo «Clases de toques de campanas conocidos y utilizados en Rabanera» publicado en el *Boletín Tañidos de Rabanera*, n. 7, pp. 35-37. De Rabanera del Pinar es oriunda la familia del p. Victorino Ortego, párroco emérito de la parroquia San José de San Rafael (Mendoza), Argentina.

11.º «A vísperas».

12.º «A Misa de domingo o Misa de fiesta grande».

13.º «Semana Santa»: los días Jueves, Viernes y Sábado Santo no se tocan las campanas.

2.º Las torres de la Sagrada Familia

En la Sagrada Familia de Barcelona las torres de la fachada del Nacimiento tendrán 84 campanas que las convertirán en un auténtico piano (en la época de Gaudí ese era el número de las teclas) y la fachada de la Pasión se convertirá en un órgano de gran altura[9].

«El hecho de que las torres, el elemento más emblemático y característico de la Sagrada Familia, sean campanarios, ya nos da idea de la importancia que le otorgó. En total habrá 84 campanas. En la fachada del Nacimiento situó campanas tubulares de percusión; en la de la Pasión, campanas tubulares de órgano resonante, que sonarán por aire inyectado, y en la fachada de la Gloria, campanas afinadas según las notas Mi, Sol, Do, los tonos más fáciles de obtener. Además, las campanas de las fachadas del Nacimiento y de la Pasión, que contendrán todas las notas, podrán tocar como un piano o un harmonio.

Las persianas de piedra características de la parte superior de las torres-campanario están pensadas para favorecer la difusión del sonido que emitan las campanas»[10].

h. El significado religioso

La voz de las campanas todavía hoy puede hablar en modo eficaz a los creyentes.

Actualmente, sigue existiendo un rito, simplificado respecto al rito anterior, que resalta particularmente el sonido de las campanas como signo y llamado a la unidad entre los cristianos. En la actual oración de bendición se reza: «Te bendecimos, Señor, Padre santo, porque enviaste tu Hijo al mundo, para que, con la efusión de su sangre, reuniera a los hombres, que el pecado había dispersado, y los juntara a todos en un solo redil, a fin de que él, como único pastor,

9. Cf. Etsuro Sotoo, *La libertad vertical*, Encuentro, Madrid 2010, p. 116.
10. Albert Fargas – Pere Vivas, *Simbología del Templo de la Sagrada Familia*, Triangle Postals, p. 65.

los guiara e instruyera. Te pedimos ahora, Señor, que, al oír la invitación de la campana, tus fieles acudan a la iglesia con prontitud y alegría, y que, manteniéndose constantes en la enseñanza de los Apóstoles, en la concordia fraterna, en la fracción del pan y en la oración, tengan un mismo pensar y un mismo sentir, para alabanza de tu gloria. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén»[11].

* * *

Terminamos con dos intervenciones de Juan Pablo II en las cuales el Santo Padre habló acerca de las campanas.

Visitando la parroquia romana de Santa María del Rosario *in Prati*, el 26 de marzo del año 1995, decía el Papa, dirigiéndose especialmente a los niños que lo recibían: «Me gustaría añadir una cosa más. El domingo pasado estuve en la región de Molise. Pude visitar el pueblo de Agnone, conocido por su fábrica de campanas. Estuvo también nuestro Inspector General Marinelli, quien me ha acompañado durante la visita. Un pariente suyo funde las campanas de las cuales nosotros después escuchamos el sonido. Es una cosa hermosa. Es hermoso escuchar el sonido de las campanas que nos cantan la gloria de Dios en nombre de todas las creaturas. Y además, cada uno de nosotros lleva consigo una campana, muy sensible. Esta campana se llama corazón. Este corazón suena, suena y espero que vuestro corazón suene melodías siempre hermosas. Melodías de reconocimiento, de agradecimiento a Dios, de alabanza al Señor, melodías que superen siempre las malas melodías del odio y la violencia y de todo aquello que hace el mal en el mundo»[12].

Una semana antes, precisamente en su visita a Agnone[13], el Papa había dicho: «Pronto tendré la alegría de asistir a la "fundición"[14] de una nueva campana de la fundición Marinelli, una campana que llevará escrito en bajorrelieve la profecía de Isaías sobre la paz (Is 2,4) y que con placer donaré, como un símbolo de oración y de paz, a las Naciones Unidas con ocasión de mi visita a tan alto organismo internacional durante el próximo otoño. La fusión del

11. Pontificale Romanum, 1157.
12. San Juan Pablo II, *Discurso durante la visita a la parroquia de «Santa Maria in Prati»*, (26/3/1995).
13. Agnone es conocida por la famosa fundición de la familia Marinelli, a la cual el Papa Pío XI concedió el privilegio de poder utilizar el escudo pontificio como distintivo. Hoy en día, la fundición Marinelli tiene el título de «Pontificia fundición de campanas». Se puede visitar su sitio Web, en italiano y en inglés: http://www.campanemarinelli.com
14. En italiano: la «*colata*».

bronce y de otros metales para la construcción de la campana me parece una metáfora muy propicia para un mundo que necesita más que nunca armonizar, y casi "fusionar", su diversidad en un plan de paz sólido. Es también muy significativo que la fundición de las campanas de Agnone vaya acompañada de la oración, especialmente de la invocación a la Madre de Dios. Este antiguo ritual aumenta el significado profundo que recibe el trabajo humano cuando santificado por la fe y la oración, y expresa la profunda religiosidad que sostiene la vida y la historia de esta ciudad. Y esto introduce muy bien nuestra reunión dedicada al trabajo…»[15].

15. San Juan Pablo II, *Discurso durante el encuentro con los trabajadores de la región durante la visita pastoral a Molise*, (19/3/1995).

CAPÍTULO 7

El corazón vivo de la parroquia



1. La Misa dominical

VAMOS A RESUMIR ALGUNAS IDEAS de la Carta Apostólica *Dies Domini* («El día del Señor») de San Juan Pablo II. Y nos vamos a limitar a aquellas expresiones del Santo Padre que se refieren particularmente a la relación que existe entra la Santa Misa dominical y la vida de la comunidad parroquial. Por eso, vamos a tener que dejar de lado muchas y profundas enseñanzas acerca del valor del domingo en sí mismo o de lo que éste significa para la vida de la Iglesia en general. Como siempre, lo mejor que se puede hacer cuando nos encontramos ante grandes textos del Magisterio es leerlos personal y directamente. En pocas palabras: ir a las fuentes. Sirvan estas pocas líneas como una breve introducción, dentro de los límites de nuestro libro sobre la vida de la parroquia católica.

Antes de avanzar, glosemos un texto del *Catecismo de la Iglesia Católica* en el cual se hace referencia a esta relación entre parroquia y Misa dominical. El Catecismo[1] después de recordar la «definición canónica» de lo que es la parroquia («una determinada comunidad de fieles constituida de modo estable en

1. Cf. CEC, 2179.

la Iglesia particular, cuya cura pastoral, bajo la autoridad del obispo diocesano, se encomienda a un párroco, como su pastor propio»[2]), se señalan las distintas funciones o misiones de esta comunidad de cristianos, y la primera cosa que se dice es que la parroquia es «el lugar donde todos los fieles pueden reunirse para la celebración dominical de la Eucaristía»[3]. Y después vienen las otras actividades de la parroquia: las otras celebraciones litúrgicas, la enseñanza, la caridad, el apostolado, etc. Termina el párrafo citando a San Juan Crisóstomo: «También puedes orar en casa; sin embargo no puedes orar igual que en la iglesia, donde son muchos los reunidos, donde el grito de todos eleva a Dios como desde un solo corazón. Hay en ella algo más: la unión de los espíritus, la armonía de las almas, el vínculo de la caridad, las oraciones de los sacerdotes»[4].

Estas afirmaciones del Catecismo se encuentran en plena armonía con las enseñanzas del documento que queremos resumir.

Juan Pablo II recordaba, con una expresión ya presente en el Magisterio anterior, que la parroquia es una «comunidad eucarística»[5]. Estas palabras nos hacen acordar al inicio de la encíclica que también Juan Pablo II escribiera acerca de la Eucaristía: «La Iglesia vive de la Eucaristía»[6]. Si la Iglesia vive de la Eucaristía, ¡cuanto más podremos decir que «la parroquia vive de la Eucaristía»! Y, en particular, la parroquia vive de la «Eucaristía dominical». «La Eucaristía nutre y modela a la Iglesia»[7].

Y así cómo San Juan Crisóstomo enseñaba que «puedes orar en casa; sin embargo no puedes orar igual que en la iglesia»[8], Juan Pablo II recordaba cuánto es importante y necesario para el hombre y para la comunidad, tener momentos de oración «externos» –«explícitos»– y comunitarios.

Veamos algunas expresiones del Papa. Por ejemplo, decía, es un deber dar gracias a Dios «rezándole junto con otros dentro de la comunidad eclesial»[9]. Y más adelante: «la relación del hombre con Dios *necesita también momentos de*

2. Cf. CIC, can. 515 § 1.
3. CEC, 2179.
4. Cf. San Juan Crisóstomo, *De incomprehensibili Dei natura seu contra Anomoeos*, 3, 6: PL 48,725.
5. *Dies Domini*, 36.
6. *Ecclesia de Eucharistia*, 1.
7. *Dies Domini*, 32.
8. Cf. San Juan Crisóstomo, *De incomprehensibili Dei natura seu contra Anomoeos*, 3, 6: PL 48,725.
9. *Dies Domini*, 5.

oración explícita, en los que dicha relación se convierte en diálogo intenso, que implica todas las dimensiones de la persona»[10], también, entonces, su dimensión social. Este reunirse los cristianos para adorar a Dios, agradecerle, y «hacer fiesta»[11], entre otras cosas, será tan distintivo de los cristianos que, recordaba el Papa, un historiador pagano como Plinio el Joven los describía así: tienen la costumbre «de reunirse un día fijo antes de salir el sol y de cantar juntos un himno a Cristo como a un dios[12]»[13].

Citemos otro texto, en el cual encontramos unidas las dos ideas a las que estamos haciendo referencia: como la vitalidad de la parroquia depende de la Misa dominical, y la importancia de la celebración comunitaria del día del Señor. Escribía Juan Pablo II: «La dimensión intrínsecamente eclesial de la Eucaristía se realiza cada vez que se celebra. Pero se expresa de manera particular el día en el que toda la comunidad es convocada para conmemorar la resurrección del Señor»[14]. Y por si hubiera alguna duda: «entre las numerosas actividades que desarrolla una parroquia "ninguna es tan vital o formativa para la comunidad como la celebración dominical del día del Señor y de su Eucaristía". En este sentido, el Concilio Vaticano II ha recordado la necesidad de "trabajar para que florezca el sentido de comunidad parroquial, sobre todo en la celebración común de la Misa dominical"»[15].

Estas enseñanzas no se comprenderán plenamente si no recordamos, siempre con Juan Pablo II, que «la Misa es la *viva actualización del sacrificio de la Cruz*. A su sacrificio Cristo une el de la Iglesia: "*En la Eucaristía el sacrificio de Cristo es también el sacrificio de los miembros de su Cuerpo. La vida de los fieles, su alabanza, su sufrimiento, su oración y su trabajo se unen a los de Cristo y a su total ofrenda, y adquieren así un valor nuevo*". Esta participación de toda la comunidad asume un particular relieve en el encuentro dominical, que permite llevar al altar la semana transcurrida con las cargas humanas que la han caracterizado»[16].

10. *Ibidem*, 15.
11. Cf. *Ibidem*, 4.
12. Cf. *Epist.* 10,96,7.
13. *Dies Domini*, 21.
14. *Ibidem*, 32.
15. *Ibidem*, 36.
16. Cf. *Dies Domini*, 43.

De estos principios que hemos enunciado hasta aquí, se siguen lógicamente importantes consecuencias, de las cuales mencionamos sólo algunas.

Por ejemplo, cómo la comunidad parroquial debe celebrar la Santa Misa dominical: «Teniendo en cuenta el carácter propio de la Misa dominical y la importancia que tiene para la vida de los fieles, se ha de preparar con especial esmero». Es particularmente importante el *canto de la asamblea*, «porque es particularmente adecuado para expresar la alegría del corazón, pone de relieve la solemnidad y favorece la participación de la única fe y del mismo amor». Y concluía: «Por ello, se debe favorecer su calidad, tanto por lo que se refiere a los textos como a la melodía, para que lo que se propone hoy como nuevo y creativo sea conforme con las disposiciones litúrgicas y digno de la tradición eclesial que tiene, en materia de música sacra, un patrimonio de valor inestimable»[17]. Sin menoscabar la importante participación de los fieles en la celebración dominical, es siempre bueno recordar que en distinción entre la función propia del celebrante y la que se atribuye a los diáconos y a los fieles no ordenados es más que meramente disciplinar: «sólo a quienes ejercen el sacerdocio ministerial al servicio de sus hermanos les corresponde realizar el Sacrificio eucarístico y ofrecerlo a Dios en nombre de todo el pueblo»[18]. «El domingo –decía el Papa–, con su "solemnidad" ordinaria, seguirá marcando el tiempo de la peregrinación de la Iglesia hasta el domingo sin ocaso»[19].

En la *Ecclesia de Eucharistia* Juan Pablo II escribirá: «Aunque la lógica del "convite" inspire familiaridad, la Iglesia no ha cedido nunca a la tentación de banalizar esta "cordialidad" con su Esposo, olvidando que Él es también su Dios y que el "banquete" sigue siendo siempre, después de todo, un banquete sacrificial, marcado por la sangre derramada en el Gólgota. *El banquete eucarístico es verdaderamente un banquete* "*sagrado*", en el que la sencillez de los signos contiene el abismo de la santidad de Dios»[20].

El carácter sacrificial de la Santa Misa no empaña ni disminuye la alegría que tiene que caracterizar el domingo cristiano. Muy por el contrario, es su fuente: «esta alegría "eucarística", que "levanta el corazón", es fruto del "movimiento descendente" de Dios hacia nosotros y que permanece grabado perennemente

17. *Ibidem*, 50.
18. *Ibidem*, 51.
19. *Ibidem*, 87.
20. *Ecclesia de Eucharistia*, 48.

en la esencia sacrificial de la Eucaristía, celebración y expresión suprema del misterio de la *kénosis*, es decir, del abajamiento por el que Cristo "se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz" (Flp 2,8)».

Uno de los frutos de la celebración de la Misa dominical debe ser el que ésta tiene que mover la comunidad a la caridad –sea de los miembros de la comunidad entre sí, como con los que no lo son–, y al apostolado.

En este sentido, es importante el «signo de la paz»: «Es importante, además, que se tenga conciencia clara de la íntima vinculación entre la comunión con Cristo y la comunión con los hermanos. El intercambio del signo de la paz, puesto significativamente antes de la comunión eucarística en el rito romano, es un gesto particularmente expresivo, que los fieles son invitados a realizar como manifestación del consentimiento dado por el pueblo de Dios a todo lo que se ha hecho en la celebración[21]»[22]. Es deber de la comunidad cristiana «hacer de la Eucaristía el lugar donde la fraternidad se convierta en solidaridad concreta»[23].

«El domingo es una invitación a revivir, de alguna manera, la experiencia de los dos discípulos de Emaús, que sentían *arder su corazón* mientras el Resucitado se les acercó y caminaba con ellos, explicando las Escrituras y revelándose *al partir el pan* (cf. Lc 24,32.35). Es el eco del gozo, primero titubeante y después arrebatador, que los Apóstoles experimentaron la tarde de aquel mismo día, cuando fueron visitados por Jesús resucitado y recibieron el don de su paz y de su Espíritu (cf. Jn 20,19-23)»[24]. Por eso, «como los primeros testigos de la resurrección, los cristianos convocados cada domingo para vivir y confesar la presencia del Resucitado están llamados a ser *evangelizadores y testigos* en su vida cotidiana». Y esta realidad está significada en el «rito de despedida» que concluye la Santa Misa: «La oración después de la comunión y el rito de conclusión –bendición y despedida– han de ser entendidos y valorados mejor, desde este punto de vista, para que quienes han participado en la Eucaristía sientan más profundamente la responsabilidad que se les confía»[25]. Resumiendo: «El

21. Cf. Inocencio I, *Epist. ad Decentium* 25, 1: PL 20,553.
22. *Dies Domini*, 44.
23. *Ibidem*, 71.
24. *Ibidem*, 1.
25. *Ibidem*, 45.

domingo debe ofrecer también a los fieles la ocasión de dedicarse a las actividades de misericordia, de caridad y de apostolado»[26].

Como decíamos, no era nuestra intención decirlo todo, sino animar a que se lean directamente los hermosos textos de San Juan Pablo II.

No siempre fue fácil para los cristianos el poder participar de la Misa dominical, y en muchos casos fue heroico, con un heroísmo necesario también para muchos cristianos en nuestros días. El mismo Juan Pablo II, recordando la heroica historia de los Mártires de Abitinia martirizados por participar de la Misa del domingo –que bien podemos llamar «mártires del domingo cristiano»– decía: «Cuando, durante la persecución de Diocleciano, sus asambleas fueron prohibidas con gran severidad, fueron muchos los cristianos valerosos que desafiaron el edicto imperial y aceptaron la muerte con tal de no faltar a la Eucaristía dominical. Es el caso de los Mártires de Abitinia, en África proconsular, que respondieron a sus acusadores: "Sin temor alguno hemos celebrado la cena del Señor, porque no se puede aplazar; es nuestra ley"; "nosotros no podemos vivir sin la cena del Señor". Y una de las mártires confesó: "Sí, he ido a la asamblea y he celebrado la cena del Señor con mis hermanos, porque soy cristiana"[27]»[28].

San Agustín refiriéndose a la señorialidad del domingo decía: «Es Cristo quien me introduce en su día señorial y hace de mi un "*dominicus homo*", mi Señor»[29], con la «mística esencialidad»[30] de nuestros ritos.

Y San Juan Pablo II nos exhortaba: «Entre las prioridades urgentes hoy en la vida de la comunidad cristiana figura, precisamente, el redescubrimiento del domingo. En efecto, muchos corren el riesgo de considerarlo y vivirlo sólo como "fin de semana". Pero el domingo es algo muy diferente: es el día semanal en el que la Iglesia celebra la Resurrección de Cristo. ¡Es la *Pascua de la semana*! Por eso, es por excelencia el "día del Señor", como recuerda el nombre mismo de "domingo", conservado en italiano y en otras lenguas, en correspondencia con el latín "*dies dominica*" o "*dies Domini*".

---

26. *Ibidem*, 69.
27. *Acta SS. Saturnini, Dativi et aliorum plurimorum martyrum in Africa*, 7,9,10: PL 8,707.709-710.
28. *Dies Domini*, 46.
29. Cf. *De Sermone Domini in Monte*, PL 32,616; 34,1278; 36,67.105.114.307.
30. San Juan Pablo II, *Discurso a los obispos católicos de Ucrania*, (24/6/2001).

En obediencia al tercer mandamiento, el domingo debe ser santificado, sobre todo con *la participación en la Santa Misa*.

En otro tiempo, en los países de tradición cristiana, esto se veía facilitado por el ambiente cultural. Hoy, para ser fieles a la práctica dominical, es preciso a menudo ir "contra corriente".

Por eso, es necesaria una renovada conciencia de fe.

¡No hay que tener miedo de *abrir vuestro tiempo a Cristo*! El tiempo que le dedicamos, no es tiempo perdido; al contrario, es tiempo ganado para nuestra humanidad, es tiempo que infunde luz y esperanza en nuestros días»[31].

2. La adoración eucarística

San Juan Pablo II en su Encíclica *Ecclesia de Eucharistia* realizaba una especie de «balance» de la situación del culto eucarístico en la Iglesia de nuestros días en el que señalaba «luces» y «sombras». Entre las «luces», después de haber hecho notar como las reformas del Concilio Vaticano II habían ayudado a una mejor participación de los fieles en el Sacrificio Eucarístico, señalaba el hecho de que «en muchos lugares *la adoración del Santísimo Sacramento* tiene cotidianamente una importancia destacada y se convierte en fuente inagotable de santidad». Pero entre las «sombras», como contraste a esta situación, señalaba el Papa que en muchos lugares «se constata un abandono casi total del culto de adoración eucarística». Y señalaba algunas causas de este abandono: el privar a la Eucaristía de su valor sacrificial; el oscurecimiento de la necesidad del sacerdocio ministerial; y la reducción de la sacramentalidad de la Eucaristía a la eficacia del anuncio. «¿Cómo no manifestar profundo dolor por todo esto? –exclamaba Juan Pablo II–. La Eucaristía es un don demasiado grande para admitir ambigüedades y reducciones»[32].

Además, exhortaba a los Pastores a «animar, incluso con el testimonio personal, el culto eucarístico, particularmente la exposición del Santísimo Sacramento y la adoración de Cristo presente bajo las especies eucarísticas[33]»[34].

---

31. San Juan Pablo II, *Ángelus*, (5/7/1998).
32. *Ecclesia de Eucharistia*, 10.
33. Cf. Rituale Romanum, *De sacra communione et de cultu mysterii eucharistici extra Missam*, nn. 86-90.
34. *Ecclesia de Eucharistia*, 25.

La adoración al Santísimo Sacramento es como la prolongación «natural» del Santo Sacrificio de la Misa, y consecuencia de la fe católica en la presencia real de Jesucristo, hijo de Dios, en la Eucaristía.

Este culto, que pertenece al culto de la Iglesia ya desde siglos, fue fuertemente recomendado por diversos Papas en nuestro siglo y en el pasado. Por ejemplo, Pablo VI, en un texto citado en la encíclica de Juan Pablo II, decía: «Durante el día, los fieles no omitan el hacer la visita al Santísimo Sacramento, que debe estar reservado en un sitio dignísimo con el máximo honor en las iglesias, conforme a las leyes litúrgicas, puesto que la visita es prueba de gratitud, signo de amor y deber de adoración a Cristo Nuestro Señor, allí presente»[35].

Y antes que ellos, Pío XII había dedicado varios párrafos de su Encíclica *Mediator Dei* a animar el culto de la adoración eucarística. Por ejemplo: «Este culto de adoración tiene un válido y sólido motivo. La Eucaristía, en efecto, es un Sacrificio y es también un Sacramento, y se distingue de los demás Sacramentos en que no sólo produce la gracia, sino que contiene de forma permanente al Autor mismo de la gracia. Cuando por esto la Iglesia nos ordena adorar a Cristo escondido bajo los velos eucarísticos y pedirle a Él los bienes sobrenaturales y terrenos de que siempre tenemos necesidad, manifiesta la fe viva con la cual se cree presente bajo aquellos velos a su Esposo divino, le manifiesta su reconocimiento y goza su familiaridad intima»[36].

«¿Cómo no sentir una renovada necesidad de estar largos ratos en conversación espiritual, en adoración silenciosa, en actitud de amor, ante Cristo presente en el Santísimo Sacramento?»[37], se preguntaba Juan Pablo II.

Por eso, Pío XII exhortaba a «abrir los templos» a los fieles: «Procurad, pues, Venerables Hermanos, con Vuestra suma diligencia habitual, que los templos edificados por la fe y por la piedad de las generaciones cristianas en el transcurso de los siglos, como un perenne himno de gloria a Dios y, como digna morada de Nuestro Redentor oculto bajo las especies eucarísticas, estén abiertos lo más posible a los fieles, cada vez más numerosos, a fin de que, reunidos a los pies de su Salvador, escuchen su dulcísima invitación "Venid a Mí todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que Yo os aliviaré" (Mt 11,28). Que los

35. *Mysterium Fidei*, citado en *Ecclesia de Eucharistia*, 49.
36. *Mediator Dei*, 164.
37. *Ecclesia de Eucharistia*, 25.

templos sean verdaderamente la Casa de Dios, en la cual el que entre para pedir favores se alegre al conseguirlo todo y obtenga el consuelo celestial»[38].

Y no hay que tener miedo, decía el mismo Papa, a que la promoción de la adoración eucarística lleve a extrañas confusiones, como tal vez alguno pueda pensar: «Tampoco se puede decir que este culto eucarístico provoca una errónea confusión entre el Cristo histórico, como algunos dicen, el que ha vivido en la tierra, y el Cristo presente en el augusto sacramento del altar, y el Cristo triunfante en el Cielo y dispensador de gracias. Antes bien, se debe afirmar que con este culto los fieles testimonian solemnemente la fe de la Iglesia, con la cual se cree que uno e idéntico es el Verbo de Dios y el Hijo de María Virgen, que sufrió en la Cruz, que está presente oculto en la Eucaristía y que reina en el Cielo»[39].

Por eso, la Iglesia promueve este culto, en sus diversas formas: las visitas diarias al sagrario, las bendiciones con el Santísimo Sacramento, las procesiones por campos y ciudades, y la adoración del Santísimo Sacramento, públicamente expuesto, a veces por un tiempo limitado, a veces prolongada durante horas enteras e incluso durante Cuarenta Horas y en algunos lugares en modo permanente o «perpetuo», tanto de día como de noche, por la vela de las comunidades religiosas, y participando a veces también los fieles en ellas.

El interés de la Iglesia por promover este culto va siempre acompañado de la preocupación de que se haga en modo digno. Escribía Juan Pablo II: «El misterio eucarístico –sacrificio, presencia, banquete– *no consiente reducciones ni instrumentalizaciones*; debe ser vivido en su integridad, sea durante la celebración, sea en el íntimo coloquio con Jesús apenas recibido en la comunión, sea durante la adoración eucarística fuera de la Misa»[40]. Y Pío XII: «Por esto la Iglesia no sólo ha aprobado, sino que ha hecho suyo y ha confirmado con su autoridad estos devotos ejercicios, propagados por doquier en el transcurso de los siglos. Surgen del espíritu de la Sagrada Liturgia, y por esto, siempre que sean realizadas con el decoro, la fe y la devoción exigidos por los Sagrados Ritos y por las prescripciones de la Iglesia, ciertamente contribuyen en gran modo a vivir la vida litúrgica»[41].

38. *Mediator Dei*, 170.
39. *Ibidem*, 167.
40. *Ecclesia de Eucharistia*, 61.
41. *Mediator Dei*, 166.

Consecuencia de este culto, vivido como la Iglesia nos lo enseña, será, en palabras de Juan Pablo II, la construcción firme de la Iglesia y la manifestación de su misterio: «Entonces es cuando se construye firmemente la Iglesia y se expresa realmente lo que es: una, santa, católica y apostólica; pueblo, templo y familia de Dios; cuerpo y esposa de Cristo, animada por el Espíritu Santo; sacramento universal de salvación y comunión jerárquicamente estructurada»[42].

Terminemos con aquella oración de Santo Tomás de Aquino, «teólogo eximio y cantor apasionado de Cristo eucarístico»[43]:

«*Buen Pastor, Pan verdadero*,
Jesús, *ten misericordia de nosotros*:
Apaciéntanos Tú, *guárdanos*:
Haz que veamos los bienes
en la tierra de los vivos».

3. La Hora Santa

«En el día de mi Ordenación, tomé dos decisiones:

1. Que ofrecería la Sagrada Eucaristía todos los sábados, en honor a la Santa Madre, para implorar su protección sobre mi sacerdocio. (La Epístola a los Hebreos ordena al sacerdote ofrecer sacrificios no sólo por los demás, sino también por sí mismo, ya que sus pecados son mayores debido a la dignidad de su oficio).
2. Resolví también que todos los días pasaría una Hora Santa en presencia de nuestro Señor en el Santísimo Sacramento.

He mantenido ambas decisiones en el curso de mi sacerdocio. La Hora Santa se originó en una práctica que desarrollé un año antes de ser ordenado. La capilla grande del Seminario de San Pablo cerraba a las seis de la tarde; todavía había capillas privadas disponibles para devociones privadas y oraciones nocturnas. Esa tarde en particular, durante el recreo, caminé durante casi una hora, de un lado a otro, por la parte de afuera de la capilla mayor. Un pensamiento me surgió –¿Por qué no hacer una Hora Santa de adoración en presencia del

42. *Ecclesia de Eucharistia*, 61.
43. *Ibidem*, 62.

Santísimo Sacramento?–. Empecé al día siguiente, hoy la práctica ya lleva más de sesenta años.

Expondré brevemente algunas razones por las que he mantenido esta práctica, y por lo que la he fomentado en los demás.

Primero, la Hora Santa no es una devoción; es una participación en la obra de la Redención. En el Evangelio de San Juan, nuestro Santísimo Señor usó las palabras "hora" y "día" en dos connotaciones totalmente diferentes. "Día" pertenece a Dios; la "hora" pertenece al maligno. Siete veces en el Evangelio de San Juan, se usa la palabra "hora", y en cada instancia se refiere al demonio, y a los momentos en los que Cristo ya no está en las manos del Padre, sino en las manos de los hombres. En el huerto de Getsemaní, nuestro Señor contrastó dos "horas" –una era la hora del mal "esta es vuestra hora"– con la que Judas pudo apagar las luces del mundo. En contraste, nuestro Señor preguntó: "¿No pueden velar una hora Conmigo?". En otras palabras, Él pidió una hora de reparación para combatir la hora del mal; una hora de unión víctima con la Cruz para sobreponernos al anti amor del pecado.

En segundo lugar, la única vez que nuestro Señor les pidió algo a sus Apóstoles, fue la noche de su agonía. No se lo pidió a todos… tal vez porque sabía que no podía contar con su fidelidad. Pero al menos esperaba que tres le fueran fieles, Pedro, Santiago y Juan. Desde ese momento, y muy seguido en la historia de la Iglesia, el mal está despierto, pero los discípulos están durmiendo [y roncando, agrego yo, el A.]. Es por eso que de Su angustiado y solitario Corazón salió el suspiro: "¿No pueden velar tan solo una hora Conmigo?". Él no rogaba por una hora de actividad, sino por una hora de compañía.

La tercera razón por la que mantengo la Hora Santa es para crecer más y más a semejanza de Él. Como lo plantea San Pablo: "Nos transformamos en aquello en lo que fijamos nuestra mirada". Al contemplar el atardecer, la cara toma un resplandor dorado. Al contemplar al Señor Eucarístico una hora, transforma el corazón de un modo misterioso, así como el rostro de Moisés se transformó luego de Su compañía con Dios en la montaña. Nos pasa algo parecido a lo que les pasó a los discípulos de Emaús, el domingo de Pascua por la tarde, cuando el Señor los encontró. Él les preguntó por qué estaban tan tristes, y después de pasar algún tiempo en Su presencia, y oír nuevamente el secreto de

la espiritualidad –"El Hijo del Hombre debe sufrir para entrar en Su Gloria"– el tiempo de estar con Él terminó, y sus "corazones ardían".

La Hora Santa. ¿Es difícil? Algunas veces parecería ser difícil; podría significar tener que sacrificar un compromiso social, o levantarse una hora más temprano, pero en el fondo nunca ha sido una carga, sólo una alegría. No quiero decir que todas las Horas Santas hayan sido edificantes como, por ejemplo, aquella en la Iglesia de San Roch en París. Entré en la Iglesia alrededor de las tres de la tarde, sabiendo que tenía que tomar un tren a Lourdes dos horas más tarde. Sólo hay unos diez días al año en los que puedo dormir durante el día; y este era uno de esos. Me arrodillé, y recé una oración de adoración, y luego me senté a meditar e inmediatamente me quedé dormido. Al despertar le dije al Buen Señor: "¿Habré hecho una Hora Santa?". Pensé que Su ángel me decía: "Bueno, esa es la forma en la que los Apóstoles hicieron su primera Hora Santa en el huerto de Getsemaní, pero no lo hagas otra vez".

Una Hora Santa difícil que recuerdo fue cuando tomé un tren de Jerusalén a El Cairo. El tren partió a las cuatro de la mañana; eso significó levantarse muy temprano. En otra ocasión en Chicago, una tarde a las siete, le pedí permiso al párroco para entrar a su iglesia para hacer una Hora Santa, ya que la iglesia estaba cerrada. Más tarde él se olvidó de que me había dejado entrar, y me pasé alrededor de dos horas tratando de encontrar una manera de escapar. Finalmente salté por una pequeña ventana y aterricé en la carbonera. Esto asustó al casero, que vino en mi auxilio.

Al principio de mi sacerdocio hacía la Hora Santa durante el día o a la tarde. Al acumularse los años, me volví más ocupado, y hacía la Hora temprano a la mañana, generalmente antes de la Santa Misa. Los sacerdotes, como todas las personas, se dividen en dos clases: gallos y búhos. Algunos trabajan mejor por la mañana, otros durante la noche.

El objetivo de la Hora Santa es fomentar un encuentro personal y profundo con Jesucristo. El santo y glorioso Dios nos invita constantemente a acercarnos a Él, conversar con Él, para pedirle las cosas que necesitamos y para experimentar la bendición de la amistad con Él. Cuando recién nos ordenamos, es fácil darnos por entero a Cristo, porque el Señor nos llena entonces de dulzura, de la misma manera en que una madre le da un caramelo a su bebé para animar su primer paso. El entusiasmo, sin embargo, no dura mucho; rápidamente

aprendemos el costo del apostolado, que significa dejar redes y barcos, y contar mesas. La luna de miel termina pronto, como también el engreimiento de oír por primera vez aquel estimulante título de "Padre".

Ni el conocimiento teológico, ni la acción social sola, son suficientes para mantenernos en amor con Jesucristo, a menos que ambos estén precedidos por un encuentro personal con Él.

Moisés vio la zarza ardiendo en el desierto que no se alimentaba de ningún combustible. La llama, sin alimentarse de nada visible, continuaba existiendo sin destruir la madera. Una dedicación tan personal a Cristo no deforma ninguno de nuestros dones naturales, disposiciones o carácter; sólo renueva sin matar. Como la madera se transforma en fuego, y el fuego perdura, así nos transformamos en Cristo y Cristo perdura.

He descubierto que lleva algún tiempo enfervorizarse rezando. Esta ha sido una de las ventajas de la Hora diaria. No es tan corta como para no permitir al alma abismarse, y sacudirse las múltiples distracciones del mundo. Sentarse ante Su Presencia es como exponer el cuerpo al sol para absorber sus rayos. El silencio en la Hora es como un *tête-à-tête* con el Señor. En esos momentos, uno no saca tanto oraciones escritas, sino que escucha más. No decimos: "Oye, Señor, porque Tu siervo habla", sino "Habla, Señor, que Tu siervo escucha".

He buscado muchas veces una manera de explicar el hecho de que nosotros los sacerdotes debemos conocer más a Jesucristo, que más sobre Jesucristo. Muchas traducciones de la Biblia usan la palabra "conocer" para indicar la unión carnal de dos-en-uno. Por ejemplo: "Salomón no la conocía", lo que significaba que no había tenido relaciones carnales con ella. La Santa Madre le dijo al ángel en la Anunciación: "No conozco ningún hombre". San Pablo exhorta a los maridos a poseer a sus mujeres en "conocimiento". La palabra "conocer" aquí indica unidad carnal de dos-en-uno. La cercanía de esa identidad proviene de la cercanía de la mente con cualquier objeto que conozca. Ningún cuchillo podría separar mi mente de la idea que ella tiene de una manzana. La unión extática de marido y mujer descrita como "conocimiento" debe ser el fundamento de ese Amor por el cual el sacerdote ama a Cristo.

Intimidad es… apertura sin reservas, que no guarda ningún secreto, y revela el corazón abierto a Cristo. Demasiadas veces los amigos son sólo "dos barcos que pasan en la noche". El amor carnal, a pesar de que parece íntimo, a menudo

puede ser un intercambio de egoísmos. El ego se proyecta en la otra persona, y lo que se ama no es la otra persona, sino el placer que la otra persona brinda. He notado a lo largo de mi vida que cuando yo retrocedía ante las demandas que el encuentro me había impuesto, me volvía más ocupado, y más preocupado con actividades. Esto me daba una excusa para decir: "No tengo tiempo", como un marido que puede absorberse en el trabajo, y olvidarse del amor de su mujer.

Es imposible para mí explicar lo útil que fue la Hora Santa para preservar mi vocación. La Escritura brinda una considerable evidencia para probar que un sacerdote comienza a fallar en su sacerdocio cuando falla en el amor a la Eucaristía. Demasiado seguido se asume que Judas cayó porque amaba el dinero. La avaricia es rara vez el principio del error, y la caída de un embajador. La historia de la Iglesia prueba que hay muchos con dinero que se han quedado en ella. El principio de la caída de Judas, y el fin de Judas, ambos giran en torno a la Eucaristía. La primera vez que se menciona que nuestro Señor sabía quién era el que lo iba a traicionar, es al final del capítulo seis de San Juan, que es la anunciación de la Eucaristía. La caída de Judas llegó la noche que nuestro Señor instituyó la Eucaristía, la noche de la Última Cena.

La Eucaristía es tan esencial para nuestra unión con Cristo, que ni bien nuestro Señor la anunció en el Evangelio, comenzó a ser la prueba de fidelidad de Sus seguidores. Primero, perdió las masas, porque era muy duro en sus palabras, y ya no lo siguieron. En segundo lugar, perdió algunos de sus discípulos: "Ellos ya no caminaron más con Él". Tercero, dividió su grupo de Apóstoles, ya que aquí, Judas es anunciado como el traidor.

Por lo tanto, la Hora Santa, más allá de sus beneficios espirituales, previno mis pies de deambular muy lejos. Esa tenue lámpara del tabernáculo, aunque pálida y difusa, tiene una misteriosa luminosidad para oscurecer el brillo de "las luces brillantes". La Hora Santa se volvió como un tanque de oxígeno para revivir el soplo del Espíritu Santo en el medio de la sucia y hedionda atmósfera del mundo. Aun cuando parecía tan poco provechoso, y carente de intimidad espiritual, todavía tenía la sensación de ser al menos como un perro en la puerta de su amo, listo en caso de que me llamase.

La Hora, también, se volvió un magisterio, y una maestra, ya que aunque antes de amar a alguien debemos conocer a esa persona, sin embargo, después sabemos, que es el Amor el que aumenta el conocimiento. Las convicciones

teológicas no sólo se obtienen de las dos coberturas de un libro formal, sino de dos rodillas sobre un reclinatorio ante un sagrario.

Finalmente, haciendo una Hora Santa cada día constituía para mí un área de la vida en la que podía predicar lo que practicaba. Muy pocas veces en mi vida prediqué ayunar en una manera muy rigurosa, ya que siempre el ayuno me pareció extremadamente difícil; pero podía pedirle a otros que hagan la Hora Santa, porque yo lo hacía.

Algunas veces me hubiera gustado haber llevado un registro de las miles de cartas que he recibido de sacerdotes y laicos contándome cómo había sido la práctica de la Hora Santa. Cada retiro para sacerdotes que predicaba tenía la Hora Santa como resolución práctica. Demasiadas veces los retiros son como las conferencias sobre salud. Hay un acuerdo general sobre la necesidad de salud, pero falta una recomendación específica sobre cómo ser saludable. La Hora Santa se transformó en un desafío para los sacerdotes del retiro, y después cuando los videos de mis retiros estaban disponibles para los laicos, era edificante leer sobre los que respondían a la gracia, cumpliendo una hora diaria frente al Señor. A un monseñor, por debilidad ante el alcohol, y el consecuente escándalo, se le ordena dejar su parroquia, y fue puesto a prueba en otra diócesis, de donde vino a mi retiro. Respondiendo a la gracia de Dios, dejó el alcohol, fue restituido efectivamente en su sacerdocio, siguió haciendo la Hora Santa todos los días, y murió en presencia del Santísimo Sacramento.

Como ejemplo de la gran amplitud de efectos de la Hora Santa, una vez recibí una carta de un sacerdote en Inglaterra que decía, son sus propias palabras: "Dejé el sacerdocio, y caí en un estado de degradación". Un sacerdote amigo lo invitó a oír el casete sobre la Hora Santa de un retiro que había predicado. Respondiendo a la gracia, fue restituido nuevamente al sacerdocio, y se le confió el cuidado de una parroquia. La Divina Misericordia produjo en él un cambio, y recibí esta carta:

"La semana pasada tuvimos nuestra Solemne Exposición anual del Santísimo Sacramento. Animé a bastantes personas a venir y velar todo el día, y todos los días, y así no teníamos que reservar el Santísimo Sacramento por la falta de personas para velar. La última tarde organicé una procesión con los Primeros Comulgantes, tirando pétalos de rosas delante del Señor. Los hombres de la parroquia formaron una Guardia de Honor. El resultado fue sorprendente: había

más de 250 personas presentes para la procesión final y la Hora Santa. Estoy convencido de que nuestra gente está buscando muchas de las viejas devociones que muchas de las parroquias han sacado, y esto pasa porque nosotros los sacerdotes no podemos ser molestados con incomodidades. El año que viene espero que la exposición solemne sea aún con más cantidad de gente ya que ahora se está conociendo la noticia. El último par de semanas he empezado un grupo de estudio de la Biblia; esto es para animar a nuestra gente a leer la Palabra de Dios. Comienzo con la lectura de las Escrituras que meditamos esa tarde; luego tenemos una breve exposición del Santísimo Sacramento, y meditación hasta el momento de la bendición. He empezado también a recorrer las calles alrededor de la parroquia, y rezo Misa cada semana en una casa de cada cuadra, e invito a toda la gente de esa calle a venir y participar. La respuesta ha sido bastante buena, teniendo en cuenta que recién empiezo. No me quiero convertir en un sacerdote activista, así que me levanto temprano hago mi Hora Santa. Aún tengo mis problemas personales para controlar, pero he tomado coraje de sus palabras: "tendrás que combatir muchas batallas, pero no te preocupes porque al final ganarás la guerra ante el Santísimo Sacramento".

Muchos laicos que han leído los libros u oído los casetes, también están haciendo la Hora Santa.

Otro de los frutos de la Hora Santa es la sensibilidad a la Presencia Eucarística de nuestro Divino Señor. Me acuerdo de haber leído en Lacordaire, el famoso orador de la Catedral de Notre Dame en París: "Dame un joven que pueda atesorar por días, semanas y años, el regalo de una rosa, o el apretón de la mano de un amigo".

Viendo al principio de mi sacerdocio que cuando la sensibilidad y la delicadeza se pierden, los matrimonios se destruyen y los amigos se separan, tome varias medidas para conservar esa responsabilidad. Recién ordenado, y como estudiante en la Universidad Católica de Washington, nunca entraba a clase sin antes subir la escalera hasta la capilla en Caldwell Hall para hacer un pequeño acto de amor a nuestro Señor en el Santísimo Sacramento. Más tarde en la Universidad de Lovaina en Bélgica, entraba a visitar a nuestro Santísimo Señor en cada una de las iglesias por las que pasaba para llegar a clase. Cuando seguí el trabajo de graduación en Roma, y fui al Angelicum y a la Gregoriana, visitaba cada iglesia en el camino desde la zona del Trastevere donde vivía. Esto no es

nada fácil en Roma, porque hay iglesias en casi todas las esquinas. Fred Allen dijo una vez que Roma tiene una iglesia en una esquina, para que se pueda rezar antes de cruzar la calle, y la iglesia en la otra esquina, para agradecer a Dios de haberlo logrado.

Tiempo después como profesor en la Universidad Católica en Washington, arreglé para poner una capilla al frente de mi casa. Esto es para que siempre pudiera, antes y después de salir, ver la lámpara del sagrario como una señal para ir a adorar el Corazón de Jesucristo por lo menos por unos pocos segundos. He tratado de ser fiel a esta práctica durante toda mi vida, y aún ahora, en el departamento en New York donde vivo, la capilla está entre mi estudio y mi dormitorio. Esto quiere decir que no me puedo mover de un área, de mi pequeño departamento, a la otra sin al menos una genuflexión, y una pequeña jaculatoria a nuestro Señor en el Santísimo Sacramento»[44].

44. Cf. Ven. Arz. Fulton Sheen, *Treasure in Clay*, New York 2008, pp. 196-209.

Segunda parte

El factor humano

CAPÍTULO 8

LAS PERSONAS



1. EL PÁRROCO Y SUS VICARIOS

LA INSTRUCCIÓN *EL PRESBÍTERO, PASTOR y guía de la comunidad parroquial* (4 de agosto de 2002) de la Congregación para el Clero, sigue las directivas dadas en el discurso de Juan Pablo II del 23 de noviembre de 2001, dirigido a los participantes de la Asamblea plenaria de dicha Congregación.

Además de referirse al discurso de Juan Pablo II, en la *Instrucción* de la Congregación para el Clero se remarca con insistencia que ésta quiere seguir la huella de grandes documentos del Magisterio, como por ejemplo, la *Lumen Gentium* y la *Presbiterorum Ordinis*, del Concilio Vaticano II; el *Catecismo de la Iglesia Católica*; el *Código de Derecho Canónico*; la Exhortación Apostólica *Pastores Dabo Vobis*; el «Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros»; la Instrucción interdicasterial *Ecclesiae de Misterio* y la Carta circular «El presbítero, maestro de la Palabra, ministro de los sacramentos y guía de la comunidad ante el Tercer Milenio cristiano»[1].

1. Cf. CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Instrucción «El presbítero, pastor y guía de la comunidad parroquial»*, Premisa y n. 30.

Todos estos documentos son, sin lugar a dudas, de un valor inestimable y casi una lectura obligatoria para los sacerdotes que en la Iglesia ejercen el noble ministerio de párroco. Teniendo en cuenta el propósito de este capítulo, que es el de resumir en pocas palabras cuál es la función del párroco en relación a la comunidad que le fue encomendada, nos parece que será suficiente extraer algunas ideas del claro y esencial discurso de Juan Pablo II arriba citado.

El discurso de Juan Pablo II está centrado en torno a la siguiente afirmación: el párroco, por razón del Orden Sagrado, es «representación sacramental» de Cristo, cabeza y pastor, en la comunidad que le fue encomendada.

¿Cómo está Cristo presente en su Iglesia? Señala Juan Pablo II cuatro presencias fundamentales:

1.º El Santo Sacrificio de la Misa.

2.º La administración de los sacramentos.

3.º La predicación.

4.º La guía de los fieles.

Al párroco, en cuanto ministro ordenado, corresponde hacer presente a Jesucristo en estas cuatro dimensiones. Por eso es importante recordar la distinción entre el sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial de los presbíteros. «Si el sacerdocio común es consecuencia de que el pueblo cristiano ha sido elegido por Dios como puente con la humanidad y pertenece a todo creyente en cuanto injertado en este pueblo, el sacerdocio ministerial, en cambio, es fruto de una elección, de una vocación específica»[2], decía Juan Pablo II. Y más adelante: «No es la comunidad quien la confía [la función sacramental de guiar la comunidad] al sacerdote, sino que, por medio del obispo, le viene del Señor. Reafirmar esto con claridad y desempeñar esta función con humilde autoridad constituye un servicio indispensable a la verdad y a la comunión eclesial»[3].

De esto se sigue que hay funciones del párroco que son indelegables y en las cuales el párroco es insustituible. A tal punto afirma esto Juan Pablo II, que

2. San Juan Pablo II, *Discurso a los participantes en la Asamblea plenaria de la Congregación para el Clero*, (23/11/2001).
3. *Ibidem*.

enseñaba con fuerza que no hay parroquia, en el sentido pleno de la expresión, sin párroco. Es decir, no hay parroquia sin sacerdote que la presida. Y en modo más particular todavía podemos decir que no hay parroquia sin un sacerdote que no cumpla aquello que es propio del párroco. Veamos algunas afirmaciones de Juan Pablo II: «El título de pastor está reservado específicamente al sacerdote. Los demás fieles pueden colaborar activamente con él, pero, al no haber recibido el sacerdocio ministerial, no pueden sustituirlo como pastor». «La comunidad eclesial tiene absoluta necesidad del sacerdocio ministerial para que Cristo, cabeza y pastor, esté presente en ella»[4]. «Sin la presencia de Cristo representado por el presbítero, guía sacramental de la comunidad, esta no sería plenamente una comunidad eclesial»[5].

Por todo esto, se entiende fácilmente cuáles son las funciones principales del párroco, que tiene que asumir personalmente, y no puede delegar, por razón de la naturaleza de la comunidad parroquial, y, en consecuencia, por el bien de la comunidad misma.

La primera preocupación del párroco tiene que ser la de hacer presente a Jesús en la Eucaristía, y la promoción del culto que sigue a esta presencia. «Sin el culto eucarístico, como su corazón palpitante, la parroquia se vuelve estéril»[6], decía Juan Pablo II.

La función del sacerdote en la parroquia no se puede limitar a celebrar la Santa Misa y administrar los sacramentos.

«La parroquia es lugar privilegiado del anuncio de la Palabra de Dios». Y aunque en este anuncio puedan y deban colaborar todos los fieles cristianos, al sacerdote corresponde una eficacia especial por ser, digámoslo una vez más, «representación sacramental de Cristo, cabeza y pastor»: «Aunque otros fieles no ordenados lo superaran en elocuencia, esto no anularía el hecho de que es representación sacramental de Cristo, cabeza y pastor, y de esto deriva sobre todo la eficacia de su predicación. La comunidad parroquial necesita esta eficacia: precisamente por esto la proclamación litúrgica del Evangelio y la homilía que la sigue están reservadas ambas al sacerdote»[7].

4. *Ibidem*.
5. *Ibidem*.
6. *Ibidem*.
7. *Ibidem*.

Finalmente, «también la función de guiar a la comunidad como pastor, función propia del párroco, deriva de su relación peculiar con Cristo, cabeza y pastor. La colaboración de otros que no han recibido esta configuración sacramental con Cristo es de desear y, a menudo, resulta necesaria. Sin embargo, estos de ningún modo pueden realizar la tarea de pastor propia del párroco». Este deber de guía es responsabilidad personal del párroco. Y en relación a los organismos de consulta presentes en las parroquias, y queridos por la Iglesia, advertía el Papa: «será necesario abstenerse de cualquier forma que, de hecho, tienda a desautorizar la guía del presbítero párroco, porque se desvirtuaría la fisonomía misma de la comunidad parroquial»[8].

Es verdad que la actual escasez de sacerdotes es una dificultad grave que se suma a las no pocas dificultades que tienen que sobrellevar los párrocos, y hacen muy difícil el ejercicio fiel de las funciones a las cuales nos hemos referido. De todas maneras, la solución no es una «Iglesia sin sacerdotes, o con pocos sacerdotes»: «Sería un error fatal resignarse ante las dificultades actuales, y comportarse de hecho como si hubiera que prepararse para una Iglesia del futuro imaginada casi sin presbíteros». La respuesta a esta difícil situación deberá venir de la reactivación de una adecuada pastoral vocacional, de la cual Juan Pablo II mismo da principios fundamentales en su discurso: «El esplendor de la identidad sacerdotal y el ejercicio integral del consiguiente ministerio pastoral, juntamente con el compromiso de toda la comunidad en la oración y en la penitencia personal, constituyen los elementos imprescindibles para una urgente e impostergable pastoral vocacional»[9].

Pensamos que puede iluminar mucho el documento *El Ministerio del Obispo en la Iglesia particular*[10], cambiando lo que hay que cambiar para referirnos a los párrocos y sus parroquias, por ejemplo, cuando dice obispo hay que entender párroco o el asimilable recordando que no tiene las facultades del obispo, Iglesia universal por diócesis, diócesis o Iglesia particular por parroquia, y así sucesivamente.

> «*Apacentad la grey de Dios que os está encomendada*,
> *vigilando*, *no forzados*, *sino voluntariamente*, *según Dios*;

8. *Ibidem*.
9. *Ibidem*.
10. *Apostolorum Successores*, cap. IV, 1.

no por mezquino afán de ganancia, *sino de corazón*;
no tiranizando a los que os ha tocado cuidar, *sino siendo modelos de la grey*.
Y cuando aparezca el Pastor supremo,
recibiréis la corona de la gloria que no se marchita» (1 P 5,2-4).

a. Principios Generales sobre el Gobierno Pastoral

1.º Algunos principios fundamentales

«En el desarrollo del ministerio, el [párroco] se dejará guiar por algunos principios fundamentales que caracterizan su modo de actuar e informan su propia vida. Tales principios son válidos más allá de las circunstancias de tiempo y lugar, y son el signo de la preocupación pastoral del [párroco] hacia la [parroquia] que le ha sido confiada…

2.º El principio Trinitario

El [párroco] no olvida que ha sido puesto para regir la [parroquia] en el nombre del Padre, del cual transparenta su imagen; en el nombre de Jesucristo, su Hijo, que le ha constituido maestro, sacerdote y pastor; en el nombre del Espíritu Santo que da vida a la Iglesia[11]. El Espíritu Santo sostiene constantemente su misión pastoral[12] y salvaguarda la única soberanía de Cristo. Haciendo presente al Señor, actualizando su palabra, su gracia, su ley, el ministerio del [párroco] es un servicio a los hombres que ayuda a conocer y seguir la voluntad del único Señor de todos.

3.º El principio de la verdad

En cuanto maestro y doctor auténtico de la fe, el [párroco] hace de la verdad revelada el centro de su acción pastoral y el primer criterio con el que evalúa opiniones y propuestas que emergen tanto en la comunidad cristiana como en la sociedad civil y, al mismo tiempo, con la luz de la verdad ilumina el camino de la comunidad humana, donando esperanza y certezas. La Palabra de Dios y el Magisterio de la tradición viva de la Iglesia son puntos irrenunciables de referencia no sólo para la enseñanza del [párroco] sino también para su gobierno

11. Cf. *Pastores Gregis*, 7.
12. Cf. Pontificale Romanum, *De Ordinatione Episcopi, Presbyterorum el Diaconorum*, 35.

pastoral. El buen gobierno exige al [párroco] que busque personalmente con todas sus fuerzas la verdad y que se comprometa a perfeccionar su enseñanza y a cuidar no tanto la cantidad sino, más bien, la calidad de sus pronunciamientos. De esta forma, evitará el riesgo de adoptar soluciones pastorales que sean solamente formales y que no respondan a la esencia y a la realidad de los problemas. La pastoral será auténtica en la medida que se apoye en la verdad.

4.º El principio de la comunión

En el ejercicio del ministerio pastoral, el [párroco] se siente y se comporta como "principio y fundamento visible"[13], aunque vicario de la unidad de su [parroquia], pero siempre con el ánimo y acción dirigidos a la unidad de toda la [diócesis]. Promoverá la unidad de fe, de amor y de disciplina, de modo que la [parroquia] se sienta parte viva del entero pueblo de Dios. La promoción y búsqueda de la unidad será propuesta no como estéril uniformidad, sino junto a la legítima variedad, que el [párroco] está también llamado a tutelar y promover. La comunión eclesial conducirá al [párroco] a buscar siempre el bien común de la [parroquia], recordando que éste está subordinado al de la [diócesis] y que, a su vez, el bien de la [Iglesia universal] prevalece sobre el de las comunidades particulares. Para no obstaculizar el legítimo bien particular, el [párroco] se ha de preocupar de tener un exacto conocimiento del bien común de la [parroquia]: conocimiento que se debe actualizar continuamente y verificar a través del contacto frecuente con el pueblo de Dios que se le ha confiado, el conocimiento de las personas, el estudio, las investigaciones socio religiosas, los consejos de personas prudentes, el diálogo constante con los fieles, ya que las situaciones en la actualidad son objeto de rápidas transformaciones.

5.º El principio de la colaboración

La eclesiología de la comunión compromete al [párroco] a promover la participación de todos los miembros del pueblo cristiano en la única misión de la Iglesia; en efecto, todos los cristianos, tanto singularmente como asociados entre ellos, tienen el derecho y el deber de colaborar, cada uno según su propia vocación particular y según los dones recibidos del Espíritu Santo, en la misión

13. *Lumen Gentium*, 23.

que Cristo ha confiado a la Iglesia[14]. Los bautizados gozan de una justa libertad de opinión y de acción en las cosas no necesarias al bien común. En el gobierno de la [parroquia], el [párroco] reconozca y respete este sano pluralismo de responsabilidad y esta justa libertad de las personas y de las asociaciones particulares. De buena gana infunda en los demás el sentido de la responsabilidad individual y comunitaria, y lo estimule en aquellos que ocupan oficios y encargos eclesiales, manifestándoles toda su confianza: así ellos asumirán conscientemente y cumplirán con celo las tareas que les correspondan por vocación o por disposición de los sagrados cánones.

6.º El principio del respeto de las competencias

El [párroco], al conducir la [parroquia], actualizará el principio según el cual lo que otros pueden hacer bien el [párroco], ordinariamente, no lo tomará en sus manos; aún más, se muestra respetuoso de las legítimas competencias de los demás, concede a sus colaboradores las oportunas facultades y favorece las justas iniciativas de los fieles tanto individuales como asociadas. El [párroco] considere su deber no sólo estimular, alentar e incrementar las fuerzas que operan en la [parroquia], sino también coordinarlas, salvando siempre la libertad y los derechos legítimos de los fieles; así se evitan dispersiones dañosas, copias inútiles, discordias letales.

Cuando en el propio territorio [parroquial] se encuentren otras jurisdicciones eclesiásticas de tipo personal, o de rito latino (por ejemplo, ordinariatos militares, etc.), o de rito oriental, el [párroco] respetará las competencias de las otras autoridades eclesiásticas y mostrará plena disponibilidad para una fecunda coordinación con ellas, en un espíritu de colaboración pastoral y de colegialidad afectiva.

7.º El principio de la persona justa al puesto justo

Al conferir los oficios en la [parroquia], el [párroco] se conduzca únicamente por criterios sobrenaturales y por el sólo bien pastoral de la [parroquia]. Por eso, busque, ante todo, el bien de las almas, respete la dignidad de las personas y utilice sus capacidades, en el modo más idóneo y útil posible, al servicio de la comunidad, asignando siempre la persona justa al puesto justo.

---

14. Cf. *Lumen Gentium*, 30.33; *Apostolicam Actuositatem*, 2-3; CIC, cc. 208.211.216.225 § 1-2.

8.º El principio de justicia y legalidad

El [párroco], al conducir la [parroquia], se atendrá al principio de justicia y legalidad, sabiendo que el respeto de los derechos de todos en la Iglesia exige la sumisión de todos, incluso de él mismo, a las leyes canónicas. Los fieles, en efecto, tienen el derecho de ser guiados teniendo presente los derechos fundamentales de la persona, de los fieles, y la disciplina común de la Iglesia, velando por el bien común y por el de cada uno de los bautizados. Tal ejemplo del [párroco] conducirá a los fieles a asumir mejor los deberes de cada uno con respecto a los de los demás y a los de la misma Iglesia. De esta forma, el [párroco] evitará gobernar a partir de visiones y esquemas personalistas de la realidad eclesial»[15].

¡Siempre debemos rezar por el párroco y sus vicarios, por los pasados, los presentes y los futuros! ¡Son nuestros pastores!

Pensamos que es fundamental no desaprovechar la homilía dominical. Voy a hablar de una experiencia particular. Conviene considerar cuales aniversarios de acontecimientos importantes ocurrirán en los próximos años: Fundación de la parroquia, creación de la diócesis, aniversario de la Redención, de la Encarnación, etc. Y viendo los años que faltan, 3 o 5 o 9 o más, organizar un plan general de temas de predicación. Supongamos que faltan 4 años para el 25.º aniversario de la fundación de la parroquia, puedo hacer el siguiente plan (por ejemplo, siguiendo el discurso del Papa en Puebla[16]):

1.er año: Jesucristo;

2.º año: El hombre;

3.er año: La Iglesia;

4.º año: Preparación para la Consagración a la Virgen.

No conviene, ordinariamente, hacer un plan de temas enganchados por mucho tiempo porque si alguien pierde alguna predicación después queda como desenganchado. Ni tampoco hacer un plan detallado por mucho tiempo. Hay que repasar el tratado correspondiente al tema del año. Luego, uno debe tomar el calendario litúrgico, para ver las fiestas de la semana y hacer los avisos

15. Cf. *Apostolorum Successores*, 55-62.
16. Cf. San Juan Pablo II, *Discurso al inaugurar los trabajos de la Conferencia General del Episcopado latinoamericano*, (28/1/1979); OR (4/2/1979), 6; *Insegnamenti*, II (1979) pp. 192-193.

correspondientes, y el Leccionario para leer todas las lecturas, elegir el posible tema de predicación, por ejemplo para los próximos dos meses, y en dos o tres carillas poner las fechas, los temas y los avisos por hacer.

La preparación, digamos próxima, debería comenzar el domingo a la tarde, leyendo las lecturas del domingo siguiente y teniendo en cuenta el tema particular elegido. (Puede haber ocurrido, o aún puede ocurrir, que suceda un acontecimiento notable que haga preferible elegir otro tema). En los días que falta se va escribiendo el sermón.

A los feligreses les encanta que el párroco prepare los sermones, los escuchan con gusto y con gran provecho espiritual[17]. Y se aburren, soberanamente, cuando el sacerdote, habitualmente, no prepara los sermones.

b. Los pecados de un hombre de acción

«*Creerse indispensable a Dios*.
No orar bastante.
Perder el contacto con Dios.

Andar demasiado a prisa.
Querer ir más ligero que Dios.
Pactar, *aunque sea ligeramente*,
con el mal para tener éxito.

No darse entero.
Y preferirse a la Iglesia.
Estimarse en más
que la obra que hay que realizar,
o buscarse en la acción.
Trabajar para sí mismo.
Buscar su gloria.

Enorgullecerse.
Dejarse abatir por el fracaso.
Nublarse ante las dificultades.

17. Es aconsejable leer San Alfonso María de Ligorio, *Obras ascéticas*, BAC, Madrid 1954, t. II; sobre todo el clásico del Beato Fray Luis de Granada, *Los seis libros de la Retórica Eclesiástica o de la manera de predicar*, 1793, p. 511.

Emprender demasiado.
Ceder a sus impulsos naturales,
a sus prisas inconsideradas u orgullosas.

Cesar de controlarse.
Apartarse de sus principios.
Trabajar por hacer apologética
y no por amor.

Hacer del apostolado un negocio,
aunque sea espiritual.

No esforzarse por tener una visión
lo más amplia posible.
No retroceder para ver el conjunto.
No tener cuenta del contexto del problema.

Trabajar sin miedo.
Improvisar por principio.
No prevenir.
No acabar.
Racionalizar con exceso.
Ser titubeante,
o ahogarse en los detalles.
Querer siempre tener razón.
Mandarlo todo.
No ser disciplinado.

Evadirse de las tareas pequeñas.
No respetar a los demás,
no dejarles iniciativas,
no darle responsabilidades.

Ser duro para sus asociados
y para sus jefes.

Despreciar a los pequeños,
a los humildes,
a los menos dotados.
No tener gratitud.

Ser sectario.
No ser acogedor.
No amar a sus enemigos.
Tomar a todo el que se me opone
como si fuese un enemigo.
No aceptar con gusto la contradicción.
Ser demoledor por una crítica injusta o vana.
Estar habitualmente triste o de mal humor.
Dejarse ahogar por las preocupaciones del dinero.
No dormir bastante.
No comer lo suficiente.
No guardar por imprudencia y sin razón valedera
la plenitud de sus fuerzas y gracias físicas»[18].

2. Las instituciones parroquiales

Las hay muchas y de muy distintos tipos, desde las que se estiman necesarias como los consejos pastorales y económicos, pasando por asociaciones reconocidas a nivel diocesano o universal, o comisiones de carácter más particular, o cofradías o hermandades, grupos de muy distinta naturaleza y adaptables al máximo, etc., todo siempre buscando la mayor gloria de Dios y la mejor salvación de los hermanos. Para todos ellos vale lo que se dice respecto a los que tienen responsabilidades:

1.º ***Organizar*** (es la principal función del que hace de cabeza).

2.º ***Delegar*** (uno sólo poco puede hacer, pero en equipo puede hacer mucho).

3.º ***Vigilar*** (comprobar si se ha entendido bien lo que hay que hacer, cómo –eficaz o no eficaz–, si se ha alcanzado la meta, etc. Delegar sin controlar es elegir de antemano el fracaso).

18. San Alberto Hurtado, *La búsqueda de Dios. Conferencias, artículos y discursos*, Eds. Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile 2005, pp. 48-49.

A. El oficio de enseñar

1. La catequesis[19]

a. Dimensiones de la catequesis

Por medio de la catequesis, se ha de transmitir la Palabra de Dios de modo completo e íntegro, es decir, sin falsificaciones, deformaciones o mutilaciones, en todo su significado y su fuerza[20]. Por eso, al promover y programar la obra de catequesis, se deben tener presentes una serie de elementos importantes:

1.º Catequizar significa explicar el misterio de Cristo en todas sus dimensiones, de tal manera que la Palabra de Dios dé frutos de *vida nueva*. Por esto, además de la transmisión intelectual de la fe, que no debe faltar, es necesario que la catequesis transmita la alegría y las exigencias del camino de Cristo.

2.º La catequesis debe ser colocada en la debida *relación con la liturgia*. Así se evita el riesgo de reducir el conocimiento de la doctrina cristiana a un bagaje intelectual inoperante o el de empobrecer la vida sacramental, que se traduce en un ritualismo vacío.

3.º La catequesis debe referirse a la condición del hombre, siempre necesitado de perdón y, al mismo tiempo, capaz de *conversión* y de mejoramiento. Por eso, debe dirigir a los fieles a una vida de continua reconciliación con Dios y con los hermanos, recibiendo con frecuencia y fructuosamente el sacramento de la Penitencia.

4.º En la catequesis de los jóvenes es necesario poner atención a las condiciones reales en las que hoy viven y a la fuerte presión que los medios de comunicación social ejercen sobre ellos. Deben, por tanto, ser educados en el valor intrínseco de la vida humana y en las diversas dimensiones de la *personalidad humana integral*, según la recta razón y la doctrina de Cristo: entre éstas, en particular, la educación al amor humano, a la castidad y al matrimonio.

---

19. Seguimos libremente a *Apostolorum Successores*, 127-136.
20. Para la catequesis en general, cf. Congregación para el Clero, *Directorio General para la Catequesis* (25/8/1997); *Catechesi Tradendae*, 30 y 63. También el *Directorio de Catequesis del Instituto del Verbo Encarnado*.

5.º Sin la *práctica de la caridad* la vida cristiana perdería una dimensión esencial. Por esto, conviene actuar de tal modo que las nuevas generaciones sean formadas en el sentido cristiano del dolor y se dediquen a las obras de misericordia, en cuanto elemento indispensable de su maduración cristiana[21].

b. El párroco, responsable principal de la catequesis parroquial

El párroco tiene la función principal, juntamente con la predicación, de promover una catequesis activa y eficaz. A nivel diocesano es responsabilidad *ordenar la catequesis diocesana* según los principios y las normas emanadas por la Sede Apostólica[22], disponiendo las diferentes *modalidades de catequesis* adecuadas a las necesidades de los fieles.

Además debe procurar abastecer la parroquia con abundantes medios para la catequesis:

- en primer lugar, un buen número de *catequistas*, sostenidos por una eficaz organización que provea adecuadamente tanto a su formación básica como a la permanente, de tal forma que sean ellos mismos catequistas vivientes[23].
- después, los instrumentos idóneos para el ejercicio de la obra catequética, como son buenos catecismos. Aquí es importante tener en cuenta que los contenidos del *Catecismo de la Iglesia Católica* son textos de referencia obligatoria, también para la elaboración de los catecismos locales[24].

c. Formas de catequesis

1.º En ocasión del Bautismo de los *niños*, es necesario dar inicio a una catequesis orgánica, que, a partir de la preparación de las familias de los niños, continúe después con sucesivos periodos de catequesis, correspondientes a la

21. Para las varias formas de catequesis, cf. *Catechesi Tradendae*, 5; 23; 30 y 63; CEC, 1697; 2688.
22. Cf. CIC, cc. 775 § 1 y 777.
23. Cf. CIC, can. 780; *Catechesi Tradendae*, 63; Congregación para el Clero, *Directorio General para la Catequesis*, 233-252; 265-267 y 272-275.
24. Cf. *Fidei Depositum*, 4; *Laetamur Magnopere*.

admisión a los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, de la Confirmación y del Matrimonio. Se trata de un medio de grande importancia para cultivar y educar la fe de los fieles en momentos importantes de su vida y disponerlos a la digna recepción de los sacramentos, que de ese modo se traduce en un renovado esfuerzo de vida cristiana.

También es necesario dar importancia a la catequesis efectuada durante el mismo *rito del sacramento*, de tal manera que ayude a los asistentes a comprender lo que se está realizando y pueda suscitar una conversión en cristianos de fe tibia, que quizá asisten a la ceremonia sólo por conveniencia social.

2.º Es importante el *catecumenado para los adultos* que desean recibir los sacramentos de la iniciación cristiana, de modo que los catecúmenos reciban una instrucción progresiva de la Palabra de Dios y sean introducidos poco a poco en la doctrina de la Iglesia, en la Liturgia, en la acción caritativa y en el apostolado, según las normas del *Código de Derecho Canónico* y las dadas por la Sede Apostólica y por las Conferencias Episcopales[25].

3.º Es necesario también proveer a una *catequesis sistemática y continua* de los fieles, con particular atención a la de los adultos. Con tal fin se puede elaborar un programa bien organizado y distribuido en el curso del año o de los años, distinguiendo según las diferentes edades –jóvenes, adultos, ancianos–, para adecuarlo a las necesidades y a los interrogantes propios de cada estadio de la vida.

4.º Consciente de que *la familia* asume un papel primario en la educación de la fe, es necesario dar indicaciones precisas para que ésta sea realmente lugar de catequesis. Esta forma familiar de catequesis precisa más del testimonio de los miembros de la familia que de su enseñanza[26].

d. Ambientes en los que se desarrolla la catequesis

Es necesario esforzarse para que la Palabra de Dios llegue, de modo diferente según la formación y las condiciones de las personas, a todos los ambientes y

25. Cf. *Sacrosanctum Concilium*, 64-66; *Christus Dominus*, 14; *Ad Gentes*, 14; CIC, cc. 206, 788 y 851, 1.º; Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, *Ritual Romano*, Ordo initiationis christianae adultorum.
26. Cf. Congregación para el Clero, *Directorio General para la Catequesis*, 55.

a todas las categorías de la sociedad contemporánea: en el ambiente urbano, rural, estudiantil, profesional, obrero, etc., y proveer también para trasmitir la doctrina cristiana a aquellas personas que tienen menos acceso a la atención pastoral común, como los que han sido afectados por formas de incapacidad física o mental, ciertos grupos particulares (prófugos, refugiados, nómadas, los que trabajan en el circo y en las ferias, emigrantes, encarcelados, etc.). Y también se pueden instituir cursos periódicos de catequesis específica según los diferentes intereses profesionales y grados de formación cultural: para obreros, para intelectuales, para profesionales de algún sector, para empleados y comerciantes, para artistas, etc. Con este fin, es necesario elegir las modalidades más idóneas para cada caso: lecciones, conferencias, debates, mesas redondas, y los lugares más apropiados: en primer lugar las parroquias, pero también, si es posible, los mismos lugares de trabajo (centros de enseñanza, negocios, oficinas), los centros culturales, deportivos, de reposo, de turismo, de peregrinación y de diversión pública.

Es necesario recordar siempre a los *padres cristianos* que a ellos compete el derecho y el deber irrenunciable de educar cristianamente a los hijos, en primer lugar con el ejemplo de una vida cristiana recta, pero también con la enseñanza, especialmente cuando otros ambientes de catequesis se demuestran insuficientes[27]. Convendrá además impulsarlos a emprender útiles iniciativas catequéticas de ámbito familiar o *catequesis familiar* en beneficio de los hijos propios y de familias amigas, procurándoles con tal finalidad los subsidios necesarios[28].

Dadas las circunstancias, se puede tratar de obtener que en *todos los centros educativos* (escuelas, colegios, institutos), dependientes o no de la autoridad eclesiástica, los alumnos bautizados reciban una sólida educación religiosa y moral que los lleve a la madurez como discípulos auténticos de Cristo y a ser levadura de vida cristiana. Por cuanto se refiere a las *escuelas y a los institutos públicos*, hay que cultivar las buenas relaciones con las autoridades civiles y con las asociaciones profesionales, de tal forma que se facilite la regular instrucción religiosa de los alumnos o, si esto no fuera posible, se imparta al menos la formación catequética como actividad paraeducativa, confiada a clérigos, religiosos y laicos idóneos.

27. Cf. CIC, cc. 222 § 2 (para los fieles en general); 287 § 1 (para los clérigos); 673 (para los religiosos); 225 (para los laicos).
28. Cf. CIC, cc. 226 § 2 y 774.

Además, si es posible en el ámbito parroquial hay que proveer a instituir *centros católicos* de enseñanza, que podrán ser de diferentes tipos, según las necesidades de la comunidad cristiana y de las obras de evangelización: escuelas o colegios de instrucción general, escuelas profesionales o técnicas para el aprendizaje de un oficio, escuelas de magisterio, institutos pedagógicos, para la instrucción de adultos o *escuelas nocturnas*, universidades y los centros católicos de estudios superiores, etc. Incluso se deben valorizar los centros educativos promovidos por los mismos fieles, especialmente por los padres católicos, respetando su autonomía organizativa y vigilando a fin de que mantengan fielmente la identidad católica de su proyecto formativo, también a través de los acuerdos con las instituciones de la Iglesia que puedan garantizar tal identidad y ofrecer asistencia pastoral a la comunidad educativa.

e. Enseñanza de la doctrina social de la Iglesia

La aspiración a una transformación de la vida humana según el plan creador y redentor de Dios, se traduce en la promoción de un orden social recto y respetuoso de la dignidad de las personas. Por tanto, es necesario formar a los clérigos, a los consagrados y a los laicos[29] en un vivo sentido de la justicia social, tanto en el plano nacional como internacional, de tal forma que puedan practicarla y difundirla en todas las esferas de su vida cotidiana: en la familia, en el trabajo, en la vida social y civil. Así, mediante la predicación de los ministros, la catequesis y sobre todo con la instrucción impartida en los centros de enseñanza católica, el párroco se preocupe de difundir la *Doctrina Social de la Iglesia*, que clarifica el sentido de las relaciones humanas y el mundo económico a la luz de la revelación[30].

f. La formación de los docentes de religión

Para realizar en los jóvenes el vasto programa de educación en la fe, suscite el párroco la generosa colaboración de fieles idóneos, asegurándose de que los aspirantes al rol de maestros de religión tengan adecuada instrucción teológica

29. Cf. *Familiaris Consortio*, 40 y 49-62.
30. Cf. *Centesimus Annus*, cap. VI; CIC, can. 747 § 2.

y suficiente capacidad pedagógica, que resulte de la presentación de un título o certificado, o de exámenes y coloquios personales[31].

g. Un ejemplo de Juan Pablo II

«Se nos ha impartido el mandato de "ir y enseñar a todos los pueblos" (Mt 28,19-20). En el contexto social de hoy podemos realizar esa tarea sobre todo mediante la catequesis. La catequesis debe nacer tanto de la meditación sobre el Evangelio como de la comprensión de las realidades de este mundo. Hay que comprender las experiencias de los hombres y el lenguaje con el que se comunican entre sí. Esta es la gran tarea de la Iglesia. En particular, es necesario que los pastores sean generosos en la siembra, aunque luego sean otros quienes recojan el fruto de su fatiga. "Y yo os digo esto: Levantad los ojos y contemplad los campos, que están ya dorados para la siega; el segador está recibiendo su salario y almacenando fruto para la vida eterna: y así se alegran lo mismo sembrador y segador. Con todo, tiene razón el proverbio: Uno siembra y otro siega. Yo os envié a segar lo que no habéis sudado. Otros sudaron; vosotros recibiréis el fruto de sus sudores" (Jn 4,35-38).

Sabemos que en la catequesis no se pueden usar sólo conceptos abstractos. Estos conceptos son necesarios, porque cuando hablamos de las realidades sobrenaturales no es posible evitar conceptos filosóficos. Sin embargo, para la catequesis lo primero es el hombre y el encuentro con él en los símbolos de la fe. Es siempre amor y responsabilidad, una responsabilidad que nace del amor por aquellos que uno encuentra a lo largo del camino.

El nuevo *Catecismo de la Iglesia Católica*, que en 1992 me fue presentado para su aprobación, nació de la voluntad de hacer que el lenguaje de la fe fuera más accesible a los hombres de hoy. Es muy significativa la imagen del Buen Pastor que se puso como "logo" en la portada de las ediciones del *Catecismo*. Ese logotipo proviene de una lápida sepulcral cristiana del siglo III hallada en las Catacumbas de Domitila. Como indica expresamente, la figura sugiere "algunos aspectos que caracterizan el presente *Catecismo*: Jesucristo, Buen Pastor, que guía y protege a sus fieles (las ovejas) con su autoridad (el cayado), les atrae con la sinfonía melodiosa de la verdad (la flauta) y les hace reposar a la

31. Cf. CIC, can. 804 § 2.

sombra del 'árbol de la vida' (su Cruz redentora que abre las puertas del Paraíso)" (comentario al "logo" en el interior del *Catecismo*). En la imagen se puede percibir la solicitud del pastor por *cada oveja*. Una solicitud llena de paciencia, toda la que haga falta para llegar al hombre *individual* del modo más apropiado para él. Una que incluye también el *don de lenguas*, el don de *hablar con un lenguaje comprensible* para nuestros fieles. Para conseguirlo podemos implorar al Espíritu Santo.

A veces el obispo llega más fácilmente a los adultos bendiciendo a sus hijos y dedicándoles un poco de tiempo. Eso vale más que un gran discurso sobre el respeto que han de tener a esas débiles creaturas. Hoy hace falta mucha imaginación para aprender a dialogar sobre la fe y sobre las cuestiones más fundamentales para el hombre. Se necesitan personas que amen y que piensen, porque la imaginación vive del amor y del pensamiento, y ella, a su vez, alimenta nuestro pensamiento y enciende nuestro amor»[32].

Nosotros recomendamos vivamente como método activo de enseñanza del catecismo los libros del canónigo Carlos Quinet, editados por José Vilamala, Barcelona, para niños de 6 a 9 años: *Para mis pequeñuelos*[33]; para los más chicos *El catecismo por el dibujo*[34]; la gran obra en 3 volúmenes: *Carnet de preparación de un catequista*[35]. Y otras obras catequéticas como láminas, cuadernos, ejercicios prácticos, etc. del genial autor. Ninguna de las cuales obras se propone sustituir los catecismos diocesanos, nacionales o universales, antes los supone y sólo aspiran a completarlos.

h. Para adultos

«Urge encarar en nuestro país la catequesis para adultos», fue la tercera conclusión del Congreso Nacional de Catequesis en 1962.

Hoy, ya hablamos de la catequesis de adultos. Hoy sabemos que es posible, y gracias a Dios se multiplican las experiencias.

---

32. San Juan Pablo II, *¡Levantaos! ¡Vamos!*, Ed. Plaza & Janés, Barcelona 2004, pp. 98-100.
33. Mons. Carlos Quinet, *Para mis pequeñuelos*, Ed. Vilamala, Barcelona 1943.
34. Mons. Carlos Quinet, *El Catecismo por el dibujo*, Ed. Vilamala, Barcelona 1960.
35. Mons. Carlos Quinet, *Carnet de Preparación de un Catequista*, Ed. Vilamala, Barcelona 1953, vol. I: Dogma; vol. II: Gracia y Sacramentos, Barcelona 1950; vol. III: Moral, Barcelona 1953.

Hemos palpado que nuestros adultos aceptan el mensaje. Se entusiasman. Grupos de evangelización surgidos constantemente en el ámbito de nuestra arquidiócesis, nos hablan de una realidad viva y esperanzada. Parece tomar la delantera el optimismo y se hace visible un renovado Pentecostés.

Este material, titulado: «"**Formando la Familia de Dios**"[36] y destinado a la tarea de Evangelización de los adultos, no es fruto de laboratorio. Tiene muchos años de experiencia, en varios países. Se funda en los métodos más modernos de la "comunicación" y de la "vivencia", manifestando un gran respeto por el sujeto y por el objeto del mensaje, método sencillo, y al alcance de nuestro medio y realmente eficaz para transformar nuestras parroquias en verdaderas Comunidades Cristianas.

La Junta Arquidiocesana de Catequesis de Rosario, agradece al R. P. Lorenzo Bender, S. S. y al equipo de seminaristas del Seminario San Carlos Borromeo, arquidiócesis de Rosario, que intervino en la adaptación y realización de este material, deseando que el gozo evangelizador de sus experiencias se renueve en cada sacerdote y en cada catequista que tan fervorosamente trabajan en nuestras parroquias.

Junta Arquidiocesana de Catequesis.

i. La Familia de Dios

Introducción y manera de usar este material

"Familia de Dios" son las palabras que usa el Concilio Vaticano II para hablar de la Iglesia Católica. La Familia de Dios es la comunidad cristiana formada por cada parroquia, por cada diócesis y por toda la Iglesia.

Esta comunidad debe ser consciente de que es *cristiana* y de que ha sido *redimida* por Cristo; debe ser consciente de que nuestro Señor sigue infundiendo su Espíritu, en ella y por ella, haciéndose visible nuevamente en el mundo cuando la comunidad cristiana vive su vida de amor y de unión, cuando vive de verdad vida cristiana.

Vivir plenamente vida cristiana significa que, los miembros de la comunidad son conscientes de que *forman el Reino de Dios* en el mundo; son conscientes

36. Catequesis para adultos, *Formando la Familia de Dios*, Ediciones Kerygma, Rosario (Argentina).

de que cada día lo están realizando más y más, y de que son una *comunidad en marcha* hacia la Parusía.

Esta comunidad es *misionera*: consciente de que puede y debe unir a todo el mundo en esta Familia. Es una comunidad abierta, o sea preparada para recibir a los demás.

¿Cómo lo logramos?

Formamos esta comunidad haciendo dos cosas:

1.º Hablando sobre verdades de la fe y sobre las realidades de la vida según el punto de vista de la comunidad (sin olvidar los aspectos individuales).

2.º Uniendo a los vecinos en grupos de discusión para que, de este modo, puedan conocerse entre sí dialogando cosas importantes. Por primera vez en la vida se harán verdaderos amigos.

El método es libre, es decir, sin estructura fija. La técnica y la modalidad se originaron en la ciudad de Chicago hace algunos años, cuando un equipo parroquial trató de despertar la fe de los mejicanos y portorriqueños que vivían en esa ciudad. El contenido no es más que una adaptación de la catequesis de iniciación.

Se realizan discusiones semanales entre grupos pequeños de un barrio. Los grupos pueden estar formados por hombres y mujeres, aunque opinamos que al principio, es mejor que estén separados. Es mejor que el barrio tenga una cierta densidad de familias. Si las casas están muy raleadas, se dificulta el trabajo.

Normalmente, para que haya más confianza entre los miembros de cada grupo y se conozcan mejor, las reuniones se efectúan rotativamente en las casas de los miembros del grupo (o muchas veces al aire libre). Es el método de nuestro Señor Jesucristo en las calles de Jerusalén. En las primeras reuniones, la presencia del sacerdote o religioso/a es necesaria, una vez formados algunos líderes, el sacerdote o religioso/a solamente supervisa el trabajo, que, lógicamente, debe ir creciendo en número y calidad.

El director del grupo anima la discusión, por medio de preguntas muy bien preparadas, por un equipo parroquial (sacerdotes, religiosas, religiosos, laicos, etc.). Este equipo conoce bien a la gente y puede decir cuáles son las preguntas

aptas para despertar la discusión. (A modo de ejemplo a partir de la página 10 se han preparado preguntas para distintas reuniones).

El método es muy práctico ya que cada punto está relacionado con la vida diaria. La fe de la gente se aplica a su vida y a la vida de toda la comunidad. Se comienza la discusión siempre al nivel intelectual del grupo. Por ejemplo, tratamos sobre el pecado. Se comienza con los pecados y efectos concretos que la gente ve en su barrio. Verán el pecado en su relación con la comunidad, con la familia y con el barrio además de sus efectos personales.

Desde ese punto de partida concreto, llegamos la Sagrada Escritura a fin de que ellos puedan constatar que nuestra fe tiene su base en la Revelación y que se aplica a nuestra vida diaria. Ejemplo: después de la discusión sobre el pecado leemos la historia de Caín y Abel, y la de Adán y Eva, y tratamos de ver en la Sagrada Escritura a los hombres de hoy y los efectos del pecado que ellos ya han constatado en el barrio».

2. Grupo de Biblia

El Grupo de Biblia tiene como principal objetivo el conocimiento, estudio y difusión de la Sagrada Escritura, que es un libro singularísimo, *best seller* mundial todos los años.

Hay infinidad de iniciativas para poder ir alcanzando este objetivo: reuniones de lectura y estudio, conferencias, Semanas Bíblicas, exposición de Biblias, proyección de películas o *power points* sobre Tierra Santa o Historia Sagrada, Cursos de Cultura Católica, Congresos parroquiales, concursos para los niños de colegios primarios o jóvenes de secundario, etc.

Prestamos particular atención a las Semanas Bíblicas. Muy bueno sería contar con algún sacerdote especializado en Biblia. Hay que tener una mesa especial con Biblias en distintos idiomas, en especial, hebreo y griego, y las lenguas modernas más conocidas y que los visitantes las puedan hojear. Incluso se puede contar con ejemplares para vender, también del Nuevo Testamento sólo, o de los Evangelios, o los Evangelios del hogar y la escuela (para niños), concordancias, mapas bíblicos, fotos, etc. De manera especial, se pueden tener computadoras conectadas a un proyector sobre pantalla grande para mostrar,

con varios ejemplos prácticos, como se trabaja hoy día para hacer exégesis bíblica sobre textos, para buscarlos, analizarlos, compararlos, etc., mostrando así la veracidad, la historicidad, el trabajo de crítica bíblica[37], la sustancial integridad de los textos y que: «***Scriptura sua ipsius interpres***» (*La Biblia es la mejor intérprete de sí misma*[38]). Se puede tener en un salón posters grandes con los distintos momentos de la Historia Sagrada, Antiguo y Nuevo Testamento, a modo de la línea del tiempo, que ayuden para la explicación que hay que ir haciendo a los distintos grupos de personas que quieran conocer la Biblia. Y se pueden desarrollar distintos temas, hasta en distintos años, como por ejemplo: Inspiración bíblica, inerrancia, canon bíblico, historia del texto, versiones (traducciones) antiguas y modernas, crítica bíblica (textual, literaria, de la *formgeschichte,* de la redacción), hermenéutica bíblica (noemática, heurística, proforística), historia de la interpretación, instituciones del Antiguo Testamento, geografía de Palestina[39].

También se pueden presentar los distintos escritos.

a. Del **Nuevo Testamento**: 1.º *Los Sinópticos* (Evangelios de San Mateo, San Marcos y San Lucas); 2.º *El Evangelio de San Juan*, sus cartas y el Apocalipsis; tal vez del siguiente modo: Infancia de Jesús (o Encarnación en San Juan), sermones y discursos, parábolas, milagros y profecías (que cumple Jesús y que anuncia), Pasión y Resurrección; 3.º *San Pablo* y sus cartas; 4.º *Los demás escritos*: Santiago, Pedro y Judas.
b. Del **Antiguo Testamento**: 1.º Los Sapienciales; 2.º Los Proféticos; y 3.º Los Históricos.

Todo es poco para conocer: «**La Palabra viva de Dios vivo**».

La Palabra de Dios tiene que ser objeto de nuestro más delicado amor. Nosotros debemos estar profundamente enamorados de la Palabra de Dios. No basta un conocimiento superficial de la Palabra de Dios, sino que se debe tener un conocimiento profundo y un conocimiento amoroso para lo cual hay que dedicarle tiempo. Por eso, de manera particular, se tiene que leer el Nuevo Testamento, los Evangelios sobre todo, pero también el resto del Nuevo

37. Muy útil es Heinrich Zimmermann, *Los métodos histórico-críticos en el Nuevo Testamento*, BAC, Madrid 1969.
38. *Concordancias de la Biblia.* Nuevo Testamento, Desclée de Brouwer, Bilbao 1975, VII.
39. Por ejemplo, cf. Manuel de Tuya – José Salguero, *Introducción a la Biblia*, BAC, Madrid 1967, t. I-II; o cualquier otra buena introducción.

Testamento. Y también conocer el Antiguo, aunque no con la importancia que se debe dedicar al Nuevo Testamento. De manera especial se debe conocer el Antiguo Testamento en los libros sapienciales y los libros proféticos.

La Palabra de Dios tiene muchas características.

1.º **No es un libro**, aunque viene en forma de libro. Se puede decir que es como una **biblioteca**. Como decía San Jerónimo: «A través de la diaria lectura y meditación de la Escritura, ha hecho de su corazón una biblioteca de Cristo»[40].

2.º Aunque nosotros vemos la Sagrada Escritura como inerte, como si no tuviera vida, **es algo vivo**. Como dice el Apóstol San Pablo: «Ciertamente es viva la Palabra de Dios» (Hb 4,12). ¿Por qué es viva? Porque fue inspirada por el Espíritu Santo y es el mismo Espíritu Santo quien le sigue dando vida a cada una de las palabras de la Sagrada Escritura.

3.º Y porque es viva la Palabra de Dios, **es eficaz**, es decir que produce efectos beneficiosos para el alma. Sucede hoy día: suscita conversiones, provoca decisiones vocacionales, produce vocaciones misioneras… nos hace aprender a amar más a Dios y las cosas de Dios.

4.º Es viva la Palabra de Dios y es eficaz. Con una eficacia tal, que la Palabra de Dios **penetra en el alma**, y no de cualquier manera, sino que penetra el alma como espada de doble filo. Leemos en la Carta a los Hebreos: «tajante como espada de dos filos y penetra hasta las fronteras del alma y del espíritu, hasta las coyunturas y las médulas y escruta los sentimientos y pensamientos del corazón. No hay para ella creatura invisible. Todo está desnudo y patente a los ojos de Aquel a quien hemos de dar cuentas» (vv. 12-13). Por eso el Apóstol pone entre las armas espirituales que debe usar el cristiano la espada de la Palabra: «Tomad también el yelmo de la salvación y la espada del espíritu que es la Palabra de Dios» (Ef 6,17). Por eso se debe aprender a ser buen esgrimista, a saber usar esa espada. Es una espada de doble filo, es una espada penetrante, es una espada con la cual todavía hoy día se deben luchar los combates del Señor. ¡Y es tan eficaz que es capaz de darnos la victoria!

5.º La Palabra de Dios también **alimenta**. Así como nos alimentamos en la mesa de la Eucaristía, comiendo el Cuerpo y la Sangre del Señor, tenemos que aprender a alimentarnos en la mesa de la Palabra, haciendo nuestra esa Palabra

40. San Jerónimo, *Epist. ad Heliodorum*, 60,10.

que es Palabra de Dios. Y porque alimenta –a semejanza de la Eucaristía– la Palabra de Dios también **fortalece**, **sustenta**. Por eso dijo nuestro Señor Jesucristo, rechazando las tentaciones del diablo: «No sólo de pan vive el hombre, sino de toda Palabra que sale de la boca de Dios» (Mt 4,4).

Ciertamente que tenemos que evitar un mal muy grande de este tiempo. Actualmente estamos llenos de exegetas bíblicos, profesores de Sagrada Escritura que creen que pueden interpretar la Sagrada Escritura como ellos se la imaginan. Caen en lo que fue y es el llamado libre examen protestante. Cada uno interpreta la Biblia como quiere. Así ocurrió, por ejemplo, una vez en Inglaterra en la época del protestantismo. Habían sentenciado que la Palabra de Dios, es decir, la Biblia, tenía que ser para los jueces norma de juicio. A un hombre lo habían encarcelado y lo habían condenado por robarle la capa a otra persona. Entonces este hombre se defendió en el tribunal del juez y le dijo: «No, yo no he robado, sino lo que yo he pretendido es cumplir con la Palabra de Dios, porque en la Carta a los Gálatas Pablo dice: "Llevad los unos la carga de los otros y cumpliréis con la ley de Cristo" (6,2)». Con su libre examen de San Pablo pretendió justificar un robo.

Esto ya lo advierte el Apóstol San Pedro, en la segunda carta cuando dice: «Tened presente que ninguna profecía de la Escritura puede interpretarse por cuenta propia» (1,20). Por eso la Escritura debe leerse «en Iglesia»[41]. Es decir, teniendo en cuenta lo que la Iglesia a través de los siglos ha dicho sobre la Palabra que estoy leyendo y sobre la interpretación que ha dado. «Porque nunca profecía alguna ha venido por voluntad humana, sino que hombres movidos por el Espíritu Santo nos han hablado de parte de Dios» (1,21).

Es **Sagrada** la Escritura. Y así como nadie va a mezclar hostias sin consagrar con hostias consagradas, porque las hostias consagradas ¡son sagradas! Pues así tampoco tenemos que mezclar nuestra interpretación meramente humana con el sentido genuino de lo que es sagrado, de lo que es Palabra de Dios.

6.º Es una Palabra que es **superior a mí**, está por encima. Dice Jesús: «El cielo y la tierra pasarán, mis palabras no pasarán» (Mt 24,35).

41. San Juan Pablo II, *Discurso al Consejo Internacional de los Equipos de Nuestra Señora*, (17/9/1979); OR (30/9/1979), 8.

7.º Es una Palabra que es **anterior a mí:** Viene antes que yo existiese y además va a existir después de mí. Yo moriré, pero la Palabra de Dios seguirá viva eternamente.

8.º Es una Palabra que es **trascendente a mí.** Yo puedo interpretarla, yo puedo rezar con ella, puedo vivir contemplándola, sin embargo la Palabra de Dios siempre va a ser como una fuente inagotable, nunca podré agotar la fuente. Y beberé de ella y tendré ganas de beber más. Y beberé más y la fuente no se agotará. Y al no agotarse la fuente, mis ansias de beber serán más grandes y aprovecharé más, y la Palabra de Dios seguirá siendo trascendente a mí. Por eso dice Santo Tomás de Aquino: «*El Espíritu Santo fecundó la Sagrada Escritura con verdad más abundante de la que los hombres puedan comprender*»[42].

9.º ¿Cuál es la singularidad de la Palabra de Dios? ¿Qué cosa es lo que hace que la Palabra de Dios sea algo absolutamente único? La Palabra de Dios **tiene a Dios por autor principal**[43], de tal modo que el autor humano, o los autores humanos: Moisés, David, Isaías, Mateo, Juan, Pablo, Pedro… escribieron –hay que observar estas palabras– **todo** y **sólo** lo que Dios quiso[44]. Ella contiene lo que Dios ha querido revelar, por tanto, la Palabra de Dios se debe recibir primero con fe. Cantaban hace unos momentos en el salmo responsorial en portugués: «*he de abrir mi alma a Cristo Rey*». Siempre debo abrir mi alma cuando abro la Sagrada Escritura. Debo abrir mi corazón, mi mente, mi alma para que lo que yo vaya leyendo, se vaya grabando en mi corazón, en mi mente, en mi alma. Cuando uno hace así –eso lo tiene que experimentar cada uno– la Palabra de Dios se hace más dulce que la miel. Como dice el Eclesiástico, referido a la sabiduría: «Mi recuerdo es más dulce que la miel, mi heredad más dulce que panal de miel» (24,20).

10.º Por eso es **lámpara**, como dice otro salmo: «Tu eres Yahvé mi lámpara, mi Dios que alumbra mis tinieblas» (Sal 18,29). Y las alumbra por medio de su Palabra.

11.º La Palabra de Dios también **consuela al alma**. El alma que está triste, el alma que está sufriendo tentaciones, el alma que no sabe por dónde seguir: «Lámpara para mis pasos. Palabras buenas, palabras de consuelo», dice Zacarías

42. Santo Tomás de Aquino, *In II Sent.*, d. 12, q. 1, a. 2, ad 7.
43. Cf. *Dei Verbum*, 11.
44. Cf. *Ibidem*, 11.

1,13. Para que con la paciencia y el consuelo (cf. Rm 15,4) que dan las Escrituras mantengamos la esperanza. La Escritura da esperanza, da consuelo, da paciencia.

12.º La Biblia es como una **farmacia** donde se encuentra los remedios adecuados para nuestras enfermedades. Así la llama San Gregorio Nacianceno[45].

Se cuenta de ese gran santo, Santo Domingo, que amaba tanto la Palabra de Dios que Él, aunque las conocía de memoria, llevaba siempre sobre su pecho el Evangelio de San Mateo. Con esto se quiere expresar que hay que llevar en el corazón la Palabra de Dios. Viendo ese amor que han tenido los santos a la Sagrada Escritura, debemos nosotros aprender a conocerla para poder amarla cada vez más. Y esa será un arma poderosa para nuestra santificación y para nuestra perseverancia.

La Santísima Virgen conocía de tal manera la Sagrada Escritura que cuando se pone a cantar como poetisa el Magnificat, hace un hermoso enhebrado de textos bíblicos y de reminiscencias bíblicas. ¡Ojalá que pase con nosotros así como pasó con Ella!

3. Grupo de Misión

Este grupo[46] reúne a jóvenes que, conscientes de su pertenencia a la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, se comprometen totalmente a vivir y hacer vivir a los demás, la nota esencial de nuestra Iglesia: la Misión.

El **fin** es la formación integral de cada uno de los miembros del grupo de misión: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5,48), colaborando con la misión evangelizadora de la Iglesia: «Id y anunciad el evangelio a todas las naciones bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28,19) con el fin de salvar nuestras almas: «Quien convierta a un pecador de su camino errado, salvará su propia alma» (St 5,19).

45. Cf. San Gregorio Nacianceno, *Epist.* 2,3: PG 32,228 BC; citado en Tomáš Špidlík, *Ignazio di Loyola e la spiritualità Orientale*, Edizioni Studium, Roma 1994, pp. 16-17.
46. Presentamos esquemáticamente los «*Principios y Constituciones*» del Grupo de Misión «San Pablo» del Oratorio festivo «Pier Giorgio Frasatti», que funciona en el Seminario Mayor «María Madre del Verbo Encarnado» en San Rafael (Mendoza), Argentina.

Se concreta a través de:

– Formación intelectual y espiritual de los miembros.
– Misiones populares.
– Obras de misericordia.
– Testimonio público cristiano.
– Testimonio en los distintos ambientes personales.

Las bases o pilares son:

– Oración.
– Sacrificio.
– Estudio.
– Acción.
– El testimonio de la alegría.

Los apostolados:

– Misiones Populares (de un día: sábados del año; y más extensa: una vez al año).
– Sábados de la caridad: en hospitales, hogares, asilos, etc.
– Retiros de día.
– Actividades provida.
– Teatro.
– Noches heroicas.
– Catecismo.
– Apostolados personales, durante la semana.
– Otras propuestas del mismo grupo.

4. Cofradía del Vía Crucis

Se ocupa de hacer rezar el Vía Crucis todos los días viernes, o alguno de ellos, de buscar asociados al Vía Crucis, de promover en toda forma su rezo y devoción, de realizar –cuando se puede– el Vía Crucis viviente por las calles de la parroquia.

Ponemos dos ejemplos. Uno, para el rezo del Vía Crucis; el otro, el libreto posible de un Vía Crucis Viviente.

a. Un ejemplo: Vía Crucis o Camino de la Cruz

El esquema que aquí proponemos (de un Vía Crucis sistemático, pero no definido) para meditar sobre la Pasión fue preparado por la Congregación para los Sacramentos y el Culto Divino (1979).

I. Estación: La Cena del Señor

Mientras comían, Jesús tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y lo dio a sus discípulos diciendo: «Tomad y comed, este es mi Cuerpo» (Mt 26,26). Igualmente la copa: «Tomad y bebed porque esta es mi sangre que va a ser derramada por muchos» (Mt 26,27-28).

II. Estación: La Oración de Jesús

Cuando llegaron al Monte de los Olivos, Jesús dijo a sus discípulos: «Orad para no caer en tentación» (Mt 26,41). Después se alejó, y puesto de rodillas oraba: «Padre, si quieres, aleja de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya» (Lc 22,39-42).

III. Estación: Jesús ante el Sanedrín

El sumo sacerdote le dijo a Jesús: «Dinos si eres el Mesías». Jesús respondió: «Tú lo has dicho». El sumo sacerdote dijo: «¿Qué necesidad tenemos de más testigos?» Ellos respondieron: «Merece la muerte» (Mt 26,57-66).

IV. Estación: Jesús ante Pilato

Después de atar a Jesús, lo llevaron y lo entregaron a Pilato. Este lo interrogó: «¿Tú eres el Rey de los Judíos?» Jesús respondió: «Tú lo has dicho» (Mc 15,1-5). Lo interrogó de nuevo, pero Jesús no respondió nada, lo que dejó admirado a Pilato.

V. Estación: Flagelación y Coronación

Pilato, después de haber hecho azotar a Jesús, lo entregó para que fuese crucificado (cf. Mt 27,26).

VI. Estación: Jesús con la Cruz a cuestas

Jesús, cargando sobre sí la Cruz, salió de la ciudad para dirigirse al lugar llamado «del Cráneo», en hebreo «Gólgota» (cf. Jn 19,17).

VII. Estación: El Cireneo ayuda a Jesús

Entonces sacaron a Jesús y lo llevaron a crucificar. Como pasaba por allí Simón de Cirene, que regresaba del campo, lo obligaron a llevar la Cruz de Jesús (cf. Mc 15,20b-21).

VIII. Estación: Las mujeres de Jerusalén

Seguían a Jesús muchos del pueblo y buen número de mujeres que se golpeaban el pecho y se lamentaban por Él. Jesús, vuelto hacia ellas, les dijo: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad más bien por ustedes y por sus hijos» (Lc 23,27-28).

IX. Estación: Jesús despojado y crucificado

Después de crucificar a Jesús, los soldados sortearon sus ropas y se las repartieron; y sentándose allí, se quedaron para custodiarlo (Mt 27,33-36).

X. Estación: El buen ladrón

Uno de los malhechores crucificado con Jesús le decía: «Sálvate a ti mismo y a nosotros si eres el Mesías. Pero el otro lo reprendía… y decía: Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino. Jesús respondió: Hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lc 23,39-43).

XI. Estación: María y Juan bajo la Cruz

Junto a la Cruz de Jesús estaba su Madre. Al ver cerca de ella a su discípulo amado, Jesús le dijo: «Mujer, ahí tienes a tu hijo. Luego dijo al discípulo: Ahí tienes a tu madre» (Jn 19,25-27).

XII. Estación: La Muerte de Jesús

Sabiendo Jesús que todo se había realizado, dijo: «Tengo sed…» Después de beber vinagre Jesús dijo: «Todo está cumplido. E inclinando la cabeza, entregó el espíritu» (Jn 19,28-30).

XIII. Estación: El sepulcro nuevo

En el lugar donde lo crucificaron había una tumba nueva, en la que todavía no había sido sepultado nadie, y pusieron allí a Jesús (cf. Jn 19,38-42).

XIV. Estación: La Resurrección

Las mujeres al entrar al sepulcro vieron a un joven sentado a la derecha, vestido con una túnica blanca. Él les dijo: «No temáis. Vosotras buscáis a Jesús. Él ha resucitado, no está aquí. Mirad el lugar donde lo habían puesto» (Mc 16,5-6).

b. Viernes de la Pasión y muerte del Señor –Solemne Vía Crucis viviente–[47]

También proponemos un guión para Vía Crucis Viviente:

Prólogo

En esta memorable noche del Viernes Santo en que más de mil millones de cristianos conmemoran en toda la redondez de la tierra la Pasión y la Muerte de Cristo queremos seguir los pasos de Jesús rumbo al Monte Calvario, donde

47. Compaginado y estrenado en la parroquia de San Pedro, Buenos Aires, en 1970. Representado por el Teatro Esloveno de Buenos Aires, bajo la dirección de Lojze Rezelj, con el Vestuario del Teatro Colón en Villa Ballester (Buenos Aires) en 1977 y en la ciudad de San Luis en 1978. Dramatización corregida en 1979 por Stanko Jerebic. Permitida su utilización parcial y/o total, cuando cuente con supervisión de autoridades eclesiásticas.

el Señor será crucificado por nosotros. Tratemos de compenetrarnos de los piadosos sentimientos de aquellos primeros cristianos que desde las aceras de Jerusalén vieron pasar a Cristo con la Cruz a cuestas y le siguieron con lágrimas en los ojos, impresionados por la crueldad de los verdugos y sobre todo por el inmenso amor que se translucía en el rostro del Salvador.

Con estos sentimientos y con el espíritu de fe tratemos de ver lo que hace dos mil años sucedió allá en Jerusalén cuando Jesús iba a su muerte para salvarnos.

Primera Estación

Jesús es condenado a Muerte

L: Poncio Pilato, procurador romano de Judea, va a leer la sentencia de muerte contra Jesús de Nazaret.

P: Con la autoridad del divino César de Roma, el Emperador Tiberio, yo, Poncio Pilato, procónsul de Jerusalén, dejo en vuestras manos su suerte. Yo soy inocente de la sangre de este justo, vosotros responderéis por ella (se lava las manos). Pero como esto es un procedimiento judicial condeno a Jesús de Nazareth, rey de los judíos, a ser crucificado.

Pilato se retira con profunda inquietud hacia su palacio. El centurión dirige la comitiva, a cuya cabeza va el niño que lleva la sentencia de muerte, seguido por Jesús que camina sereno y sufrido y es llevado por los verdugos.

L: El hombre más justo, el más inocente, a quien nadie pudo acusar de la más leve falta, es condenado hoy a muerte. Ahí va a su trágico destino. No se rebela como lo hacemos nosotros ante cualquier contrariedad. Acepta la voluntad de su Padre sin retaceos, como lo había dicho en el Huerto de los Olivos.

J: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz. Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.

L: ¡Señor, que no sean vanas las espinas lacerantes de tu frente! ¡Que no sea inútil la amargura que colma tu sensible y humano corazón, al verte así despreciado por aquellos a los que habías hecho tanto bien! Porque duele sufrir y lo sabemos todos. Pero duele más cuando se sufre sin culpa; y más aún cuando se sufre herido por aquellos que se llaman amigos. Si eso lo sentimos nosotros que somos malos, que tenemos el corazón duro, ¿qué no sentirá un corazón

tan sensible y humano que se alegraba con los que reían y lloraba con los que lloraban?

Acompañemos con afecto a Jesús en su camino de dolor.

(*Padrenuestro – Avemaría – Gloria*)

Segunda Estación

Jesús es cargado con la Cruz

L: Para cumplir la orden de Pilato, el centurión hace entregar por el verdugo una pesadísima Cruz, diciendo:

C: ¡Entréguese la Cruz al condenado a muerte, Jesús de Nazareth, para que la lleve hasta el Monte Calvario sobre sus propios hombros y sea crucificado y muerto en ella!

L: Los verdugos traen la Cruz. Jesús la mira, alarga los brazos hacia ella, la abraza, la besa y haciendo un gran esfuerzo la carga. Con el tremendo peso de las culpas de todos los descendientes de Adán sobre su hombro, el Redentor inicia con paso firme el camino hacia la reconciliación de la humanidad con su eterno Padre.

¡Señor, lleva tú la cruz, porque nosotros no queremos cargarla! Tú dijiste: El que quiera ser mi discípulo que tome su cruz, todos los días, y me siga. Pero nosotros huimos de la cruz de tus mandamientos. Estamos demasiado ocupados para pensar en Ti, para ocuparnos de Ti. Sólo te buscaremos, Señor, cuando nos vaya mal, cuando la vida nos dé la espalda, cuando el mundo se muestre frío y duro con nosotros. Entonces sí, Señor, te buscaremos. Tú nos mandas que santifiquemos tu día, el domingo, pero nosotros estamos cansados de los trabajos de la semana y de las distracciones del sábado: ¡no podemos ocuparnos de ti, Señor! Nos dices que amemos, ¡pero sabes qué difícil es! Nos mandas que dominemos nuestros sentidos, ¡pero cómo les vamos a negar todo antojo! Mira, Señor. ¡No te metas en nuestras vidas! ¡Tú sigue tu camino con esa torpe cruz hacia el Calvario, y déjanos a nosotros a elegir el nuestro! A no ser que viendo tu dolor y tu infinita paciencia nos entren en el alma las ganas de arrimar el hombro a nuestra cruz de cristianos.

(*Padrenuestro – Avemaría – Gloria*)

Tercera Estación

Jesús cae por primera vez

L: La calle de Jerusalén sube un poco. Justo antes de la subida existe un hoyo, donde hay con frecuencia agua y lodo cuando llueve. Al llegar Jesús a este sitio, su pie tan cansado resbala, titubea, pierde el equilibrio y cae con la Cruz a su lado. Los verdugos se detienen, le pegan, lo patean y lo llenan de imprecaciones.

V: ¡Vamos, arriba, haragán, caminá! ¿Así que sos flojito, no? Mirá, te voy a dar una paliza que no te va a reconocer nadie, ¿me entendés? Hahaha, ¡rey de los judíos!

L: En vano tiende Jesús la mano para que le ayuden. Cuando por fin los verdugos se convencen de su debilidad, lo levantan y le cargan de nuevo la Cruz sobre los ensangrentados hombros. A empellones y tirones emprende Jesús nuevamente el camino que tan dolorosamente había interrumpido.

Porque… es humano caer, cae Jesús para darnos fuerzas a levantarnos de nuestras miserias humanas de todos los días. Caes tú, Señor y caemos nosotros. Mas tú caes en el lodo de la calle para levantarte con esfuerzo sobrehumano. Nosotros caemos en la vida para quedarnos postrados tan cómodos en su lodo, aferrados a él como a un tesoro.

¡Ah, Señor! Tú que sientes el dolor de mis caídas, dame valor y fuerzas para lograr la heroica verticalidad de una vida honesta y cristiana, valiente y perseverante.

(*Padrenuestro – Avemaría – Gloria*)

Cuarta Estación

Jesús encuentra a su Santísima Madre

L: Cuando el ruido del pueblo anunció la ida de Jesús hacia el Calvario, su dolorosa Madre no pudo resistir el deseo de ver todavía –por última vez– a su divino Hijo. La Virgen pidió a Juan que la condujera a uno de los sitios por donde Jesús debía pasar.

La Madre de Dios está pálida, con los ojos llenos de lágrimas. A través de ellos mira hacia el grupo que llega. Ansiosamente vislumbra a su Hijo, lo ve, se pone a temblar de dolor, junta las manos y un gemido de infinito dolor se escapa de su acongojado pecho.

M: ¡Hijo mío!…

L: Jesús tropieza y está por caer. María se precipita en medio de los soldados y verdugos hacia Él. Cae de rodillas a su lado y se abraza fuertemente a Él.

J: ¡Madre mía!

L: Se oye musitar a Jesús. La gente observa emocionada… los soldados se quedan por momento perplejos, quisieran echar a la Virgen atrás, pero no se atreven a tocarla. Al reanudar penosamente Jesús la marcha, su Madre le sigue caminando como inconsciente, apoyada en los brazos cariñosos de Juan y María Magdalena.

Acompañemos también nosotros a la Santísima Virgen en su inefable dolor, pidiéndole alcance resignación a tantas madres que lloran la pérdida de sus hijos y consuelo a tantos hijos que añoran el calor de una madre. Pidamos en este momento por nuestras madres. Para que nos perdonen nuestras involuntarias ingratitudes y que no se cansen nunca de enseñar a sus hijos el verdadero camino hacia Dios.

(*Padrenuestro – Avemaría – Gloria*)

Quinta Estación

El Cireneo ayuda a Jesús a llevar la Cruz

L: Nuevamente Jesús, al pasar sobre un bache del camino, trastabilla y está por caer. Se nota tan extenuado que el mismo centurión se acerca a los verdugos y les dice:

C: Si queremos que llegue vivo al Gólgota, ¡tendrán que buscar a un hombre para que le ayude!

L: Un verdugo echa una mirada a su alrededor y ve ahí cerca a un corpulento pagano, conocido con el nombre de Simón Cireneo. Hace señas a un

compañero y entre los dos toman a la fuerza a Cireneo y le ordenan que ayude al Galileo a llevar la Cruz. El hombre se resiste…

S: No, no, escúchenme. Yo no, no puedo. Me están esperando, para comer.

L: … pero no le queda más remedio. Se queda mirando a Jesús con cierto disgusto. Jesús lo mira con ternura como esperando su ayuda. De repente empieza a nacer en el rostro del Cireneo un sentimiento de honda compasión por Jesús y sus brazos se prestan a ayudar a llevar la pesada carga.

¡Es que la cruz dividida es más liviana! ¡Cómo andaría el mundo si nos ayudáramos los unos a los otros! Los ricos a los pobres en su aprecio sincero, con su comprensión cordial, su justo salario, su generosa ayuda sin egoísmo milimetrado y, a su vez, los pobres a los ricos, arrancando el odio de sus corazones resentidos y sufridos, limando rencores, acortando distancias, rindiendo lo justo en un trabajo debidamente remunerado. ¡Nadie enemigo de nadie! Todos hermanos, hijos de un solo Padre que está en los Cielos. Aprendamos en este día sublime la gran lección: ¡Ayudemos y nos ayudarán! Con la misma medida que midan serán medidos. ¡Perdonen y serán perdonados! ¡No juzguen y no serán juzgados! Así la cruz de todos los días será más llevadera, más amada, más bendecida.

(*Padrenuestro – Avemaría – Gloria*)

Sexta Estación

La Verónica seca el rostro de Jesús

L: Una mujer de nombre Serafia espera el paso de Jesús. A su lado está una niña de unos diez años. Al acercarse el triste cortejo a ella, la mujer decidida se abre paso, se arrodilla delante de Jesús y le presenta el lienzo extendido, diciendo:

V: ¡Permitíme que te limpie tu rostro, mi Señor!

L: Jesús toma el paño con sus manos, lo aplica sobre su rostro ensangrentado y se lo devuelve dándole las gracias. Serafia, como si tuviera un tesoro en las manos, lo besa, repara que algo maravilloso ha sucedido y muestra a la multitud el rostro de Jesús impreso en sangre sobre su velo.

La niña alza tímidamente un vaso lleno de vino hacia Jesús sediento; pero los verdugos le tiran la copa al suelo. Ahora la Verónica guarda el velo debajo de su manto, toma de la mano a la niña asustada y ambas siguen a Jesús.

Siempre lo mismo: el pueblo que había recibido tantos favores y milagros de Jesús, tan solo lo miraba de lejos, desde las celosías de sus casas, desde la vereda, tal vez con pena, pero dejaban hacer. Sus amigos habían huido, se habían desentendido de Él, no deseaban comprometerse demasiado. «¡No te metás!» ya era entonces el lema de los cobardes. Pero siempre, por suerte, habrá almas a las que les interesa cumplir lo que les dicta su leal manera de pensar y de querer, sin importarles lo que piense la gente, lo que diga o lo que haga. Vergüenza para nosotros los hombres, que fuera una mujer la que irrumpió frente a todos y se llegó a Jesucristo, arrodillándose ante quien iba como un preso vulgar, y le llamo «mi Señor» y le honró de esta manera ante todos los presentes.

Seamos como ella, nobles y cristianos de temple, que no nos volvamos como veletas al viento más fuerte, sino que como la Verónica saquemos la cara por Cristo y por su Iglesia. Demostremos ser lo que somos, solos y delante de todo el mundo, aquí y donde sea, sin avergonzarnos jamás de nuestras convicciones y de nuestros sentimientos.

(*Padrenuestro – Avemaría – Gloria*)

Séptima Estación

Jesús cae por segunda vez

L: Nuestro Señor, doblado bajo la carga de la Cruz y bajo los golpes de los verdugos, sube con mucho trabajo el rudo camino que se dirige al Monte Calvario, entre las murallas de la ciudad. Nuevamente comienza a vacilar por la fatiga. Sus energías son mínimas, pero da la impresión de que quiere llegar por sus propios medios. Sin embargo, ya no se puede sostener y cae por segunda vez. Esta caída es muy dolorosa, le pegan brutalmente, más que nunca.

V: ¿Así que querés descansar? ¡Tomá! ¡Levantáte! Tiempo tendrás de sobra para descansar en el monte. ¡Arriba, vamos!

L: Los verdugos lo tiran de las sogas, le insultan, le pegan, pero si está visto que ya no puede más. Simón el Cireneo se apiada del Señor y une su amor a los esfuerzos sobrehumanos de Jesús para surgir.

Otra vez más cae Jesús; otra vez más paga por nuestra debilidad, nuestra inclinación al mal; prometemos y caemos; caemos y prometemos. Somos débiles y además pesan mucho sobre nosotros los instintos ciegos, el ambiente, las amistades, los hábitos.

Oh, Señor. Reconozco que tus caídas son efecto de las mías. Te ruego que me des tu luz y tu gracia para no renovarte tanto dolor y tanta fatiga.

(*Padrenuestro – Avemaría – Gloria*)

Octava Estación

Jesús consuela a las Mujeres de Jerusalén

L: Desde la puerta de Betsur, por donde va Jesús camino al Calvario, unas mujeres lloran y gimen al verlo pasar con tanto sufrimiento. Son doncellas y mujeres pobres de Jerusalén que se han adelantado en el camino. Ahora Jesús se detiene y parece que les quiere hablar. Los verdugos reaccionan y le quieren pegar, pero Simón el Cireneo se indigna al ver tanta crueldad y les grita:

S: ¡Si ustedes no cejan en sus infamias, dejo la Cruz aunque me maten!

L: Jesús se vuelve ahora hacia las mujeres y con el rostro teñido de tristeza, les dice:

J: ¡Hijas de Jerusalén! ¡No lloren por mí! Lloren por ustedes mismas y por sus hijos, porque días tremendos vendrán sobre ustedes.

L: Los verdugos están irritados por la parada y despejan el camino. Las Santas Mujeres se acercan a María, la consuelan y siguen en el cortejo con gran dolor.

Nuestro Señor se olvida de sus dolores. ¡No lloren por mí! ¡Cuántas lágrimas en este mundo! Millones de muertos arrojaron las grandes guerras y un río de lágrimas los enterró. Guerrillas, revoluciones, hambre, intolerancias, venganzas, masacres homicidas. ¡No lloren por mí! ¡Lloren por vosotros! ¡Nos hemos alejado de Ti, Señor! Ahí está todo el mal. Hemos querido arreglar el mundo con doctrinas que no eran las Tuyas y así anda. Si el amor y la paz llegan

a reinar algún día en este ruinoso planeta, será cuando cumplamos tus enseñanzas, el día que el Evangelio sea leído y vivido, será el día en que primero seas Tú y luego nosotros: en ese día ya no tendremos necesidad de llorar por nosotros, sino sólo por Ti.

(*Padrenuestro – Avemaría – Gloria*)

Novena Estación

Tercera caída de Jesús

L: Jesús desfallece al caminar. Está por caer. Pero Simón se le acerca y trata de sostenerlo.

S: ¡No te caigas, Señor, te pegarán! ¡Por Dios, no te caigas!

L: El rostro de Jesús, desfigurado y lleno de heridas, de repente empalidece y a pesar de la ayuda del Cireneo, el Señor cae sin sentido. Las santas mujeres y Juan le quieren ayudar, pero los verdugos no los dejan. Tiran de la soga para levantar a Jesús y al no tener éxito, quieren pegarle nuevamente.

C: ¡Basta de golpes! ¡Ayúdenlo!

L: El centurión romano, soldado acostumbrado a ver llagas, sangre y muerte, interviene al ver tanta crueldad, tanta infamia.

Muy despacio, Jesús se está reponiendo, trata de ponerse de pie… y con gran esfuerzo lo hace.

Caes, Señor y por tercera vez, para expiar nuestra maldad obstinada, que nos hace recaer reiteradamente en desórdenes, groserías y rebeldías.

No queremos verte más postrado en el sucio polvo del camino ¡por nuestra culpa! ¡Perdónanos, perdónanos, Jesús! Danos fuerzas para perseverar en tu amistad. Hoy mismo queremos hacer un exhaustivo balance de nuestras infidelidades y prometerte de no caer nunca, nunca más. Danos tu fuerza para ello, Señor!

(*Padrenuestro – Avemaría – Gloria*)

Décima Estación

Jesús es despojado de sus vestidos

L: Al llegar el cortejo a la cumbre del monte Calvario, ya se alzan allí dos cruces ocupadas con asesinos condenados a muerte. Cerca de ellos los soldados detienen la marcha de Jesús y los verdugos alivian sus hombros de la Cruz. Luego, decididos a no perder más tiempo, porque está ya cerca el comienzo del sábado, se acercan a Jesús e intentan arrancar la corona de espinas, incrustada en la cabeza, con crueldad y violencia. Al abrirse de nuevo las profundas heridas, Jesús levanta la cabeza dolorida por el gran sufrimiento. Ahora proceden a sacarle el manto púrpura y le arrancan la túnica inconsútil que le había confeccionado su Madre.

V: ¡Mirá, Josué, qué lindo muchacho! ¿No te da lástima, Isaías? Hahaha.

L: El Hijo del hombre está temblando, cubierto tan solo de sangrantes llagas.

No queremos ver tanta amargura y confusión que sufre Jesús al verse despojado de sus vestiduras. De esta manera está pagando por la moda absurda, esta triste plaga del mundo moderno, que nos roba por todos los medios el noble sentimiento de pudor, de delicadeza, de decencia. Después nos quejamos de la delincuencia juvenil. Lo que pasa es que la juventud aprende sencillamente de sus nefastos maestros. La culpa es de los que la dejan desbordar por todas partes, escudados en el sonajero de la libertad. Nunca existió la libertad de matar inocencias, de robar el honor, la virtud y la decencia de nuestros hijos, de nuestras familias, de nuestra patria toda.

Perdónanos, Señor, si hemos apoyado los espectáculos procaces con el dinero de nuestra entrada y con el apoyo moral de nuestra presencia. Perdónanos, Señor, si hemos con nuestra torpe ayuda llenado las arcas de los inescrupulosos mercaderes de literatura venenosa. Te prometemos solemnemente no cometer en adelante semejantes errores, ¡nunca más! Ya has sufrido demasiado con nuestras faltas. ¡Quédate, Señor, cubierto de nuestras miradas!

(*Padrenuestro – Avemaría – Gloria*)

Undécima Estación

Jesús es clavado en la Cruz

L: Ya está Jesús estirado en el madero. Generosamente estira su brazo derecho. Uno de los verdugos aprieta su rodilla sobre su pecho sagrado. Otro le abre la mano y un tercero apoya sobre la carne un clavo grueso y largo, alza el martillo y lo deja caer pesadamente: una, dos, tres veces. La sangre de Jesús salta sobre los verdugos. La Virgen alarga sus brazos hacia su querido Hijo. Este extiende ahora su mano izquierda que no llega hasta el agujero que han abierto en el madero. Los verdugos se arrodillan nuevamente sobre su cuerpo, estiran su brazo hasta hacerlo llegar y van a golpear el segundo clavo en la mano izquierda. La Virgen, que siente todos los dolores de su Hijo, está pálida como un cadáver. Acompañada por Juan se acerca al costado de la Cruz. Ahora los verdugos preparan un enorme clavo para clavar los pies de Jesús. María Magdalena está como loca de dolor. Los golpes retumban en el monte y en el corazón de la Madre de Jesús. Ahora los verdugos con gran esfuerzo tratan de levantar la Cruz. Despacio la están llevando hacia el hoyo abierto en la roca.

Así era la crucifixión, el más cruel y horroroso de los suplicios.

¿Por qué habrá querido Dios morir clavado en la Cruz? ¿No será acaso para pagar por la demasiada libertad que domina al hombre mundano?

Porque es justo reconocer, Señor, que no queremos clavarnos a nada. ¡Queremos ser libres! ¡No queremos clavarnos a tu ley! ¡Queremos hacer lo que nos guste! ¿Las manos clavadas? No, ¡libres! Libres para robar, libres para ir por donde se nos antoja, para bajar por todas las pendientes, sin frenos.

¿Libres? Señor, que comprendamos que no hay mejor libertad, que sentirnos clavados de pies y manos a tu Santa Cruz.

(*Padrenuestro – Avemaría – Gloria*)

Duodécima Estación

Jesús muere en la Cruz

L: Ya está levantado el árbol sagrado y su divino Fruto. Al caer la Cruz en el hoyo preparado en la roca, se abrieron nuevamente sus heridas. El rostro de Jesús está

ensangrentado. En su inmenso amor a los hombres, el Hijo de Dios reza por sus propios enemigos.

J: ¡*Padre mío*, *perdónalos*, *porque no saben lo que hacen*!

L: Gestas, el mal ladrón, levanta su voz y grita a Jesús:

G: ¡Si vos sos Cristo, salváte y salvános a nosotros!

L: Pero Dimas, el buen ladrón, que está a la derecha, conmovido al ver la gran paciencia y amor de Jesús, le contesta:

D: ¡Cómo te atreves a injuriarlo, cuando está pidiendo justamente por nosotros! Nosotros recibimos el castigo por nuestros crímenes. Pero este no ha hecho mal alguno. Realmente, parece Hijo de Dios.

L: Y torciendo la cabeza en dirección a Jesús, le suplica:

D: ¡*Señor*, *acuérdate de mí*, *cuando entres en tu reino*!

L: El Redentor, dolorosamente se vuelve hacia él y le dice:

J: ¡*Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso*!

L: Al pie de la Cruz, está la Virgen, rodeada por Juan, María Magdalena y las santas mujeres. Más atrás, crecida cantidad de público, todos de pie, presenciando el desarrollo del más tremendo drama de todos los tiempos. Ya son las doce y media. Está oscureciendo rápidamente como si se acercara una tempestad. Un raro temor se está apoderando de la gente. Algunos se retiran, otros lloran, otros se golpean el pecho. El Salvador mira a su Madre con inmensa ternura. Señala ahora con sus ojos a Juan y dice a María:

J: ¡*Mujer*, *he ahí a tu hijo*!

L: Y a Juan:

J: ¡*He ahí a tu Madre*!

L: Ya son las tres… y Jesús, sintiendo la gran soledad, dice:

J: ¿*Dios mío*, *Dios mío*, *por qué me has abandonado*?

L: Tiene la lengua seca por la pérdida copiosa de sangre y suplica:

J: Tengo sed.

L: Uno de los soldados moja una esponja en vinagre con hiel, la pone en la punta de la lanza y la acerca a la boca del Señor. Jesús está luchando con la muerte. Un sudor frío cubre todos sus miembros. Su cuerpo empieza a entumecerse. Entonces dice:

J: Todo está consumado. ¡*Padre*, *en tus manos encomiendo mi espíritu*!

L: Inclina su cabeza y muere.

¡Murió Dios! En la historia de todos los tiempos, de todas las edades, de todos los mundos jamás acontecerá algo tan enorme como lo que sucedió en un Viernes Santo como el de hoy. Jesús pagó por todos. Ahora sí, tenemos todos la posibilidad de salvarnos, si queremos.

Decimotercera Estación

Jesús es bajado de la Cruz

L: El centurión, para asegurarse bien de la muerte de Jesús, empuña con fuerza una lanza y la clava en el pecho del Señor. Un chorro de sangre salta a su rostro, bañando sus ojos. El soldado tira la lanza, se lleva las manos a la cara y baja la cabeza: reconoce a su Salvador.

Ahora arriman una escalera por detrás de la Cruz. Para el descendimiento del Señor colocan una sábana delante de su pecho y por debajo de sus brazos.

Después sacan con sumo cuidado los clavos y dejan caer los brazos. Finalmente extraen los clavos de los pies y lentamente van bajando el Cuerpo del Redentor. María tiende hacia su inerte Hijo sus amantes brazos, como poseída de inmenso dolor y amor. Los amigos la hacen descansar sobre una piedra que se encuentra al pie de la Cruz y le colocan en el regazo el cuerpo envuelto de su Hijo bienamado.

¡Qué soledad!

¡Dios mío! ¡Lo que hemos hecho!

Virgen Santísima: Por los méritos de Jesús, obtennos la gracia de no volver a renovar en nuestra vida las causas de su muerte.

(*Padrenuestro – Avemaría – Gloria*)

Decimocuarta Estación

El cuerpo muerto de Jesús es puesto en la sepultura

Se encienden las antorchas que llevarán las mujeres para alumbrar la gruta del sepulcro, poseídos todos de una pena inmensa. Así se retira la dolorosa comitiva hacia el sepulcro.

Después de haber ungido el Sagrado Cuerpo, los hombres lo colocarán sobre sus hombros…

Adelante van Juan y Simón y atrás el centurión y un soldado romano que se convirtieron a Cristo.

Ahí van la Virgen María, su hermana mayor, María de Helí, Magdalena, María Cleofás, la Verónica, María Salomé y otras rezando salmos, acompañando a Jesús, Dios y hombre, a su última morada, adentro de la cual, en la oscuridad, la divina Semilla aguardará al tercer día para brotar a la luz del sol.

Muchas veces nos parece que pierde Dios; parece que las dificultades son insuperables; que el mal va a poner de espaldas al bien sobre la lona, pero no es así. Cristo, al tercer día, resucitó; el que parecía vencido, venció y los que gritaban victoria, palidecieron.

No hay resurrección mis amados hermanos sin Viernes Santo, no hay redención sin efusión de sangre. Sin sacrificio no hay éxito. Seamos buenos cristianos, cumplamos nuestro deber para con Dios, santifiquemos las Fiestas y amemos al prójimo de veras como a nosotros, amándolo con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma; amemos al prójimo de veras como a nosotros mismos por amor a Dios.

Después vendrá lo mejor, la paz del alma y la felicidad verdadera que nos aseguró a todos.

Jesús nos suplica e invita que preparemos nuestros corazones arrepentidos para recibirlo en la Santa Comunión Pascual y establecer su morada para siempre en nuestra alma.

(*Padrenuestro – Avemaría – Gloria*)

* * *

Canto: Perdón oh Dios mío.

¡Que los sentimientos de este solemne Vía Crucis de Viernes Santo nos animen a recomenzar una nueva vida!

Antes de irnos a nuestras casas, besemos arrepentidos, en este Viernes Santo, los pies de Jesús Crucificado, quien con sus brazos abiertos y clavados nos espera a todos de corazón.

5. Grupo Provida

¿Qué hay que hacer para tener un buen grupo de apostolado provida en la parroquia?

Según el P. Pavone, fundador de Sacerdotes por la Vida, al comenzar un grupo lo primero que se tiene que hacer es el infundir mucha confianza en los parroquianos. Confianza de que lo que se predica es verdad, y de que la verdad siempre triunfa. Hay que formarlos para que vean la malicia del aborto, y darles argumentos para refutar los ataques, ya que los grupos abortistas se manejan con sofismas que apuntan al sentimiento. Hay que darles confianza de que se puede cambiar el pensamiento de una persona con respecto al aborto, ya que los efectos nocivos que conlleva son cada vez más evidentes para todos.

El movimiento Provida ya lleva varios años, especialmente en USA, y por lo tanto son muchos los recursos de los que se dispone: literatura, conferencias, folletos, etc. Para cada faceta de la cultura de la muerte, uno puede encontrar un grupo especializado en contrarrestarlo. Una tarea importante, entonces, es conocer bien a esos grupos y lo que ofrecen, para no comenzar desde cero.

Hay que conocer la situación de la batalla provida en el área, las leyes del país donde uno vive al respecto, si hay clínicas abortistas en el área, etc.

Una de las claves para mantener al grupo vivo, es el proveer formación permanente para sus miembros. Las maneras más prácticas para mantener el grupo informado y motivado es el traer a personas experimentadas, doctores, etc., para que den charlas, proveer de audio y videos, lectura y formación personal, y el diálogo con personas que tienen mucha experiencia en los distintos campos del trabajo por la vida.

Al comenzar el grupo, pensar en personas responsables. No importa el número, lo que importa es que tengan ganas de ponerse manos a la obra, y si realmente «hacen algo», van a atraer al resto.

El P. Pavone resalta que hay que concentrarse en las actividades, no en los números. Si la gente escucha que se ha formado un grupo por la vida, y ven que tiene vida, entonces se van a sentir atraídos. Es más fácil atraer la gente cuando, aunque el grupo sea pequeño, se vea que se hace algo.

Son muchas las actividades específicas que se pueden hacer con el grupo.

Todos los consultados coinciden en que lo que más fruto trae es el rezar frente a clínicas abortistas, demostrando públicamente que estamos a favor de la vida. Esto hace mucho bien para aquellos que están tentados de cometer un aborto, e incluso si no se ven frutos en los que atienden a la clínica, si se ven en los miembros del grupo, ya que el manifestar públicamente la fe los fortalece en ella. Un joven un día me comentó, después de rezar el Rosario junto a una gran avenida en Washington DC, que con tanta gente que nos miraba, ya no tenía miedo de profesar la fe ante los demás. Otro me dijo que el fervor con el que salía del grupo no lo cambiaba por nada del mundo.

Algunas actividades pueden ser: Marchar a favor de la vida, y promover todo este tipo de actividades en las que se manifiesta públicamente nuestra fe y nuestra defensa del derecho natural. Repartir folletos en la parroquia y en el barrio informando acerca de los engaños del aborto y la cultura de la muerte, proveer de información acerca de lugares para ayudar a mujeres embarazadas de bajos recursos, escribir a los diarios, etc. Tener en la parroquia un par de señoras experimentadas y dispuestas a que se las contacte cuando sea para que ayuden a mujeres en problemas, especialmente en relación al embarazo, etc. Tener identificado, así mismo, buenos doctores en el área para mandar a parroquianos sobre consultas particulares.

No sólo centrarse en el grupo provida, sino que hay que envolver a todos los miembros de la parroquia en el movimiento por la vida, de acuerdo a la edad, grupo, etc.

En la catequesis de Comunión y Confirmación ya hay que empezar a adoctrinar a los niños sobre los temas provida, una apropiada teología del cuerpo, etc. Explicarles el proceso de la vida, que va desde la concepción hasta la muerte

natural. Hay un programa de catequesis que incluye un estudio con imágenes en las que se analiza el desarrollo del Cuerpo de Cristo desde el momento de la concepción hasta el nacimiento, cómo se fue desarrollando su cuerpo, su corazón, cuando comenzó a latir, etc.

Crear un club de jóvenes *pro-life*, en el cual se hagan distintas actividades, pero cuyo fin común es el defender la vida.

Con ellos es muy fructífero el llevarlos a rezar enfrente de clínicas abortistas, enseñarles a defender la fe y dar razones de ella, que sepan explicarle a la gente el por qué somos provida, etc. También es muy importante el enfatizar la castidad y la pureza. Explicarles el sentido verdadero del noviazgo, la naturaleza del matrimonio, etc. Con ellos hay que trabajar de modo especial, y dando mucho hincapié en estos temas. Traer gente experimentada para darles charlas, mostrar videos, hacerlos dar presentaciones (es una de las actividades que más fruto da, junto con el Rosario frente a las clínicas abortistas), etc. Otra cosa que funciona muchísimo con ellos, y que les gusta, es el ser asistentes de catecismo.

También hay que involucrar a los padres de los jóvenes y niños de catequesis, ya que ellos son los que propiamente les tienen que hablar de la castidad a sus hijos. Traer doctores, gente experimentada, etc., para que les den charlas de formación. Un momento propicio es durante la catequesis y reuniones del grupo de jóvenes, ya que los vienen a traer y esperan en el salón parroquial, lo cual nos da una buena oportunidad para formarlos. Siempre lo agradecen.

A los padres hay que también tratar de involucrarlos lo más posible en la vida de la parroquia, que se formen, y salgan a llevar a otros lo que aprenden en la iglesia.

Con el grupo de jóvenes universitarios hay que trabajar involucrándolos a participar no sólo en las actividades por la vida y demás de la vida parroquial, pero por sobre todo dándoles el liderazgo de los grupos, bajo la guía del párroco. Hacer que sean ellos los que dirijan el Rosario y demás oraciones frente a la clínica, que den clases de catecismo, charlas, que organicen jornadas de formación, que preparen las marchas por la vida, procesiones, etc. Acá en USA otra cosa que funciona mucho también es el organizar la Adoración por la vida. Si bien tenemos Adoración todos los días, en St. James aprovechamos cuando van a haber elecciones, o decisiones de la Corte Suprema, para preparar una Adoración por alguna intención provida. Muchísimos jóvenes y universitarios

asisten. Se expone el Santísimo durante una hora, y se reza el Rosario, intercalándolo con oraciones por la vida y cantos, lo cual dura media hora, y después la otra media hora se deja para que recen en silencio, terminando con vísperas y la bendición con el Santísimo.

La etapa de la preparación matrimonial también es muy importante. Tener buenos matrimonios, bien formados, para asistir a los sacerdotes con las charlas de preparación al sacramento del matrimonio. Promover la adopción.

Incluir a los parroquianos que por edad o enfermedad deben quedarse en sus casas. Atenderlos especialmente, y hacerlos formar parte de la batalla provida, instándolos a que ofrezcan sus dolores, sacrificios, oraciones, etc. Una cosa que les gusta mucho es el rezar el Rosario por alguna intención provida particular, anotándose en un horario determinado, de tal manera que todo el día queda cubierto: rezar por las mujeres que en ese momento están tentadas de hacer un aborto, por los legisladores, por el personal médico, por el movimiento provida, etc.

Desde el púlpito uno debe también predicar sobre los temas provida, la defensa del matrimonio, la malicia del aborto, la anticoncepción, la subcultura homosexual, etc., ya que es un tema globalizado y que se está extendiendo rápidamente a países en los que el tema nunca se había planteado antes. El P. Pavone aconseja que se prediquen estos temas incluso en lugares donde no se plantea todavía, ya que hay que tener a la gente preparada para cuando venga el momento.

Usar el internet como medio de evangelización. Tener un *link* provida en la página web de la parroquia, y anunciar allí todas las actividades que se llevan a cabo. Es importante el actualizarla todas las semanas, porque eso muestra que hay vida en la parroquia, y que se está haciendo algo.

Finalmente, hacer de la parroquia un centro de vida familiar, donde se promueve la alegría cristiana y la sana diversión, la convivencia entre los parroquianos, la vida de oración, la caridad cristiana, etc., ya que esto luego redunda en la vida familiar de cada día. Estar particularmente atentos a los pobres, ya que muchas de estas leyes anti-vida apuntan a ellos, a que no tengan hijos como una solución al tema de la pobreza. Crear sociedades de caridad, alentando a los parroquianos a tomar parte.

El trabajar con los jóvenes en grupos provida ayuda a discernir la vocación. Dos jóvenes de la parroquia me dijeron que encontraron la vocación yendo a rezar a las clínicas abortistas.

También les aumenta la fe, por el hecho de profesarla públicamente, y lo mismo se puede decir de la esperanza y la caridad.

Promueve la ayuda mutua entre los católicos, y es una buena ocasión para encontrarse con buenos jóvenes y familias católicas de otras parroquias.

Varios jóvenes no católicos se han convertido al catolicismo al encontrarse con jóvenes católicos provida frente a las clínicas, o ingresando al grupo, al ver la consonancia entre la fe y la vida personal, etc.

Es una gran fuente de alegría para todos los que toman parte de estas actividades.

Oración para abolir el aborto

Dios Padre, te agradezco por el obsequio de mi vida,
por las vidas de todos mis hermanos y hermanas.
Sé que no hay nada que destruya la vida más que el aborto,
y me regocijo al saber que Tú has conquistado la muerte
con la Resurrección de Tu Hijo.
Estoy listo para poner de mi parte en la lucha para abolir el aborto.
Este día me comprometo
a nunca más quedarme en silencio,
nunca más quedarme pasivo,
y nunca más olvidarme de los no nacidos.
Me comprometo a ser activo en los movimientos provida,
y nunca dejar de luchar por la vida
hasta que todos mis hermanos y hermanas sean protegidos,
y que nuestra nación sea de nuevo una
nación con libertad y justicia
no sólo para algunos, sino para todos,
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

* * *

Una experiencia muy interesante: Centro Familiar Juan Pablo Magno de Toronto (Parroquia San Agustín de Canterbury)[48]

El sábado 10 de abril de 2010, Vísperas de la ***Fiesta de la Divina Misericordia*** y ***5.° aniversario de la muerte de Juan Pablo II***, tuvimos la gran inauguración del **Centro Familiar *Juan Pablo Magno*** en nuestra parroquia, San Agustín de Canterbury en Toronto. Presidió la celebración de bendición y la Santa Misa, el arzobispo de Toronto con la participación del P. Buela, fundador del IVE y otros consagrados.

El **Centro Familiar** es un conjunto con una gran sala-gimnasio y otros espacios para actividades, no sólo religiosas, también formativas, culturales y recreativas. Incluye también oficinas y una amplia cocina y comedor.

Hemos estado rezando y trabajando por más de 10 años en el proyecto, que finalmente ha visto la luz. El costo del mismo fue de unos 2 millones de dólares. Debido a la pobreza de nuestra comunidad, brilló con más esplendor la Providencia Divina, ya que de ningún otro modo se podría haber realizado esta obra. ¡A San José, Patrono de Canadá, le debemos mucho!

Canadá es tierra regada con sangre de mártires (5 de los 8 Mártires norteamericanos), sin contar otros santos y más de 10 beatos. Canadá es muy hermosa y muy próspera en tantos aspectos, sin embargo el **liberalismo** (que creemos que es el sistema más propicio para la peor de las adicciones: el **relativismo**), ha hecho y hace estragos, especialmente en lo que concierne a la vida y la familia.

Es sabido que Toronto es una de las ciudades más cosmopolitas de mundo y el área donde estamos nosotros (con unas 10000 familias), es una de las más cosmopolitas de Toronto. En nuestra parroquia, tenemos gente de más de 40 nacionalidades distintas. Cada fin de semana celebramos 6 Misas, en 3 distintas lenguas: inglés, italiano y español.

La zona de ***Jane & Finch***, donde se encuentra nuestra parroquia, es conocida como una de las zonas más pobres y difíciles de Toronto y quizá sea el área más afectada, social y económicamente de Canadá. Cada día encontramos en nuestra comunidad muchos problemas que afectan a padres, jóvenes, niños y

48. Por el P. Daniel Mentesana, IVE.

ancianos. Vemos familias destruidas; personas solas que vinieron a Canadá para «probar suerte», dejando sus familias en sus lugares de origen y comenzando aquí nuevas relaciones y teniendo hijos con distintas parejas, etc. Las estadísticas indican que los niños de nuestra zona son los que presentan mayores problemas de aprendizaje, nosotros sabemos que esto es causado en gran parte por problemas familiares. Tenemos un índice alto de delincuencia; en 11 meses nos tocó sepultar 3 adolescentes asesinados. Hay muchos ancianos solos; unas 100 personas pobres vienen regularmente a buscar comida a nuestra parroquia. Otros vienen buscando otro tipo de asistencia y consuelo. Hay muchos recién llegados al país (incluso no católicos), que encuentran en la parroquia el punto de referencia, no sólo para encontrar a Dios, sino también para comenzar a relacionarse con otros.

Nuestra parroquia ofrece programas y actividades para niños, jóvenes, ancianos, pobres y enfermos, también para el resto de la arquidiócesis. Los espacios que teníamos eran muy limitados, por ello surgió la necesidad de construir el **Centro Familiar**.

Desde que el Instituto del Verbo Encarnado llegó a Toronto, se predicaron muchas misiones populares, jornadas de jóvenes y de familias, ejercicios espirituales, se realizaron eventos culturales y sociales, etc. Todo ello con muchos frutos. Hemos tenido además la oportunidad de acompañar unas 20 vocaciones para la vida consagrada. Según el arzobispo de Toronto Thomas Collins, nuestra parroquia San Agustín de Canterbury (asistida por miembros del **IVE** y **SSVM** por más de 12 años) es un *Centro de Espiritualidad para Toronto*… y un *modelo de parroquia*… Ciertamente que todos los frutos son debidos a Dios, a su bondad y misericordia, nuestro aporte son las miserias. Con la gracia de Dios y el nuevo **Centro Familiar** creemos que podremos hacer más y mejor, para la Gloria de Dios y el bien de las almas.

A continuación mencionamos los principales programas que tenemos en nuestro Centro Familiar:

- Programas para niños: Apoyo escolar, manualidades, deportes, etc.
- Programas para pobres y enfermos: Distribución de alimentos y asistencia general.
- Tercera Edad o Edad de Oro: Manualidades, recreación, gimnasia, oración, etc.

- Programas para promover y defender la vida y la familia.
- Programas de prevención y apoyo en casos de adicción.
- Programas de catecismo y educación religiosa.
- Grupos de oración en distintas lenguas.
- Ejercicios y retiros espirituales.
- Programas culturales, recreacionales y sociales: Conciertos, teatro, deporte, fiestas, etc.
- Grupos de niños y jóvenes.
- Jornadas de Biblia, de Arte, de jóvenes y de familias.
- Misiones populares.

Creemos que la **parroquia** y el **Centro Familiar** es mucho más que un espacio o lugar; debe ser un *hogar* u *hoguera* que reúne, que ilumina, que quema y que es capaz de comunicar luz y calor con el amor de Cristo. Es el fuego que brota del altar, del Corazón vivo de Cristo que late perpetuamente en el Santísimo Sacramento. Queremos ser una ***comunidad eucarística*** con Adoración permanente.

Con ocasión del **Centro Familiar** pudimos remodelar la fachada de la Iglesia, agregando un par de torres donde pensamos pronto poner 3 campanas que se llamarán: *Gabriel, María y Verbo Encarnado*. Con el toque de campanas y el rezo del Ángelus de cada día queremos recordar a nuestra comunidad y al mundo entero, que por el anuncio del ángel *Gabriel*, y por el sí de *María*, el *Verbo de Dios* se hizo hombre (como nosotros), para hacernos como Él y unirnos al Padre.

Finalmente, quisimos llamar a nuestro **Centro Familiar** «*Juan Pablo Magno*» porque, al decir de nuestro fundador P. Buela, él es el *Padre* de nuestra Familia Religiosa del Verbo Encarnado. Él nos vio nacer, nos ayudó a crecer y nos defendió en tiempos difíciles. Nos enseñó, con su amor a los niños, a los jóvenes, a las familias, a los ancianos; nos enseñó a trabajar con todos y cada uno de ellos. Nos enseñó a trabajar por la paz, por la justicia, por la unidad. Nos enseñó a amar al sacerdocio, a la Eucaristía, a la Virgen y a la Iglesia. Nos enseñó a amar a Cristo, el Verbo Encarnado. Por todo ello, nos honramos que nuestro Centro Familiar, se llame «Juan Pablo Magno» y quiera Dios que muy pronto lo podamos llamar: **Centro Familiar** «***San Juan Pablo Magno***».

6. Los medios de comunicación social[49]

La misión de la Iglesia se dirige al hombre considerado en su individualidad, pero, como el ser mismo de la persona, posee también una dimensión social y cultural. Se trata, por tanto, del fascinante desafío de la evangelización de la cultura humana mediante todos los modos honestos de relación y comunicación social, para que la Iglesia sea un signo siempre más claro para los hombres de cada época[50].

Siguiendo el ejemplo de San Pablo (cf. Hch 17), la Iglesia se esfuerza en difundir el mensaje salvífico a través de los modernos areópagos en los que la cultura se propone y difunde, y en particular mediante los medios de comunicación social[51]: periódicos, revistas, televisión, radio, cine y, con creciente incidencia, internet y los instrumentos informáticos.

En la formación de los fieles en este campo de las comunicaciones sociales, hay que resaltar la contribución que todos pueden dar, cada uno desde la propia situación en la Iglesia y en el mundo. En este sentido, hay que valorar especialmente el trabajo de los fieles cuya actividad profesional se desarrolla en este ámbito, tratando de incitarlos a colaborar activamente en aquellos medios donde sea moralmente posible, y también en los que ellos mismos puedan crear, en sintonía con otras personas con las que se pueda concretar una colaboración positiva para el bien de la sociedad. No hay que olvidar la responsabilidad de los fieles como destinatarios de los medios: pueden elegir servirse o no de las diferentes ofertas; ejercitar –individualmente o constituyendo asociaciones– el derecho a juzgar públicamente de un modo positivo o negativo el funcionamiento de los medios; tienen la posibilidad de influir sobre la orientación de las comunicaciones con el apoyo económico de ciertas iniciativas.

49. Seguimos libremente a *Apostolorum Successores*, 193-197.200.
50. Cf. *Redemptoris Missio*, 52; CEC, 2493-2494.
51. Cf. *Redemptoris Missio*, 37; *Pastores Gregis*, 30; *Aetatis Novae.*

a. Transmisión de la doctrina cristiana mediante los instrumentos de comunicación social

Los párrocos deben saber utilizar tales instrumentos en el cumplimiento de su misión, conscientes de la notable eficacia que de ello deriva para la difusión del Evangelio.

Con tal fin se puede, por ejemplo, organizar el modo de transmitir la doctrina cristiana a través de los medios de comunicación, estimulando a tal fin la generosa contribución y participación de fieles e incluso religiosos y sacerdotes. Incluso, si las circunstancias lo permiten, se puede elaborar un plan para las comunicaciones sociales. Además, hay que ayudar a formar a estos comunicadores sociales, no sólo en lo doctrinal, sino incluso, en la medida que se pueda, en lo técnico, por ejemplo, indicando los elementos necesarios para escribir un buen artículo, o las pautas para hacer el boletín parroquial, o el diario diocesano, o cómo publicar las noticias de la parroquia *online*, o cómo pensar y proyectar el sitio web, etc.[52].

También se debe vigilar para que los contenidos de los programas y de las iniciativas católicas sean plenamente conformes con la doctrina de la Iglesia. No se debe perder de vista el fin último de esta actividad, es decir, la salvación de las almas y el mejoramiento real de las personas.

b. Los instrumentos católicos de comunicación

Hay que considerar como un compromiso ligado a la función magisterial el publicar y difundir periódicos o revistas católicas, tanto de información general como religiosa. En este ámbito, siempre actual, de acción evangelizadora, los fieles tienen un importante rol que cumplir. Tales medios, siendo católicos, deben desarrollar su actividad en sintonía con la doctrina de la Iglesia.

52. Para esto puede ser de utilidad el libro de Giacomo Ruggeri, *Nuovi Media. Diocesi e parrocchia. Istruzioni per l'uso*, Ed. Tau, Todi 2010. Allí se pueden encontrar los siguientes temas: Elementos básicos para escribir un artículo, una reflexión, un comentario: partes, reglas, fotos, etc.; El diario parroquial: necesidad, cómo escribir, organización, tiempos, noticias; El Semanal diocesano: preparación, impresión, difusión…; Las noticias de la parroquia *online*; El Boletín parroquial; El sitio web: cómo pensarlo y proyectarlo; Entre los bastidores de un sitio. Saber que se quiere para poder comunicarlo bien: organizar las ideas, elaborar los contenidos multimediales, instrumentos para la publicación, etc.; El video: una comunicación fácil e inmediata.

No se ha de olvidar, en fin, cuanto se realiza con los boletines parroquiales y otras publicaciones periódicas de difusión limitada para desarrollar la cohesión de las comunidades locales, difundir capilarmente las noticias sobre la vida de la Iglesia y prestar una ayuda válida en la obra de catequesis y de formación litúrgica de los fieles.

7. Grupo de bioética

El término de «bioética» implica dos conceptos: la vida (*bios*) y la moral (*ethos*). Es un término relativamente nuevo, difícil de encontrar en la literatura médica anterior a los años sesenta. El neologismo aparece en 1971 por obra de Van Resselaer Potter quien lo puso como título de su obra: *Bioethics. Bridge to the Future*. El término recibió súbitamente una inmensa difusión.

La extensión de la bioética obedece a ciertas causas, entre las que podemos evidenciar, en primer lugar, los interrogantes sobre las prácticas experimentales efectuadas durante la Segunda Guerra Mundial. La bioética adquiere un primer énfasis durante e inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial a raíz de los interrogantes morales sobre las prácticas médicas elaboradas en el seno de la misma guerra: la eutanasia, la esterilización, la experimentación con prisioneros o con cadáveres, etc. En esta época surge el movimiento (ambiguo) a favor de los derechos del hombre que muestra la necesidad de una reflexión filosófica y ética sobre estos problemas. Por su parte el Magisterio eclesiástico también acompañó estas inquietudes con sus reflexiones (basta releer los numerosos discursos de Pío XII).

Junto a esta primera causa, la segunda y determinante es, sin duda, el progreso biomédico de la segunda mitad del siglo XX. En ese siglo se verifican importantes avances médicos como el descubrimiento de los antibióticos, el perfeccionamiento de la cirugía, los primeros anticonceptivos químicos (Pincus, 1952); la «reanimación» como disciplina totalmente nueva (1954); en 1959 nace el primer niño belga concebido por inseminación artificial, etc. A partir de estos primeros pasos, el desarrollo de las técnicas biológicas y médicas conoce un «crescendo» febril. Evidentemente estos acontecimientos, nuevas posibilidades y problemas, plantearon a la reflexión moral una serie de interrogantes sobre: la extensión del campo experimental, las fronteras o límites que salvaguarden al hombre mismo; el problema del dominio o manipulación de la vida humana (la

urgencia de establecer con claridad la distinción entre lo técnicamente factible y lo moralmente operable); la limitación de toda ciencia para dar respuestas globales (aparece con claridad la necesidad de integrar en toda reflexión, especialmente la que sólo trabaja en los niveles físico-biológicos, una dimensión psíquica y espiritual y, por tanto, moral, para evitar el peligro cada vez más grave del cientificismo, es decir, el que la ciencia experimental se proponga como única ciencia); la insuficiencia de las normas jurídicas en el campo médico, etc.

La bioética, precisamente, tratará de dar una respuesta a todas estas inquietudes. La constatación de una «preocupación» bioética es un signo saludable, pues no significa otra cosa que la «preocupación» por dar una respuesta moral a situaciones fundamentales del hombre (su actitud ante la vida, la naturaleza humana, la muerte…); y a su vez, la intención de dar «respuestas morales» supone «inquietudes morales»[53].

Escribía San Juan Pablo II: «El *Evangelio de la vida* está en el centro del mensaje de Jesús. Acogido con amor cada día por la Iglesia, es anunciado con intrépida fidelidad como buena noticia a los hombres de todas las épocas y culturas […].

El hombre está llamado a una plenitud de vida que va más allá de las dimensiones de su existencia terrena, ya que consiste en la participación de la vida misma de Dios. Lo sublime de esta vocación sobrenatural manifiesta la *grandeza y el valor* de la vida humana incluso en su fase temporal. En efecto, la vida en el tiempo es condición básica, momento inicial y parte integrante de todo el proceso unitario de la vida humana. Un proceso que, inesperada e inmerecidamente, es iluminado por la promesa y renovado por el don de la vida divina, que alcanzará su plena realización en la eternidad (cf. 1 Jn 3,1-2). Al mismo tiempo, esta llamada sobrenatural subraya precisamente el *carácter relativo* de la vida terrena del hombre y de la mujer. En verdad, esa no es realidad "última", sino "penúltima"; es *realidad sagrada*, que se nos confía para que la custodiemos con sentido de responsabilidad y la llevemos a perfección en el amor y en el don de nosotros mismos a Dios y a los hermanos.

La Iglesia sabe que este *Evangelio de la vida*, recibido de su Señor[54], tiene un eco profundo y persuasivo en el corazón de cada persona, creyente e incluso no

53. Cf. Miguel A. Fuentes, *Manual de Bioética*, Ed. del Verbo Encarnado, San Rafael 2006, pp. 13-19.
54. En realidad, la expresión «Evangelio de la vida» no se encuentra como tal en la Sagrada Escritura. Sin embargo, expresa bien un aspecto esencial del mensaje bíblico.

creyente, porque, superando infinitamente sus expectativas, se ajusta a ella de modo sorprendente. Todo hombre abierto sinceramente a la verdad y al bien, aun entre dificultades e incertidumbres, con la luz de la razón y no sin el influjo secreto de la gracia, puede llegar a descubrir en la ley natural escrita en su corazón (cf. Rm 2,14-15) el valor sagrado de la vida humana desde su inicio hasta su término, y afirmar el derecho de cada ser humano a ver respetado totalmente este bien primario suyo. En el reconocimiento de este derecho se fundamenta la convivencia humana y la misma comunidad política.

Los creyentes en Cristo deben, de modo particular, defender y promover este derecho, conscientes de la maravillosa verdad recordada por el Concilio Vaticano II: "El Hijo de Dios, con su Encarnación, se ha unido, en cierto modo, con todo hombre"[55]. En efecto, en este acontecimiento salvífico se revela a la humanidad no sólo el amor infinito de Dios que "tanto amó al mundo que dio a su Hijo único" (Jn 3,16), sino también el valor incomparable de cada persona humana.

La Iglesia, escrutando asiduamente el misterio de la Redención, descubre con renovado asombro este valor[56] y se siente llamada a anunciar a los hombres de todos los tiempos este "evangelio", fuente de esperanza inquebrantable y de verdadera alegría para cada época de la historia. *El Evangelio del amor de Dios al hombre, el Evangelio de la dignidad de la persona y el Evangelio de la vida son un único e indivisible Evangelio*»[57].

En el tiempo actual nos encontramos en medio de una lucha dramática entre la «cultura de la muerte» y la «cultura de la vida». Y los feligreses de las parroquias no son ajenos a este enfrentamiento.

Por eso en las parroquias se debe defender la «cultura de la vida». Además de la actividad *provida*, que ya hemos tratado, hay muchas otras actividades que se pueden desarrollar en favor del *Evangelio de la vida*. Se debe trabajar con los feligreses, ya individual, ya grupalmente, de modo especial con aquellos que por sus estudios, oficios o profesiones diariamente se encuentran o tienen que afrontar más dificultades y problemáticas en este campo. Como parte de esta actividad no sólo se debe promover la defensa de la vida desde el momento de la concepción hasta la muerte natural, sino también en todos los ámbitos en los

55. *Gaudium et Spes*, 22.
56. Cf. *Redemptor Hominis*, 10.
57. Cf. *Evangelium Vitae*, 1-2.

que de un modo u otro se intente *eclipsar el mismo valor de la vida*[58]. De aquí que se debe acompañar y ayudar a los que padecen enfermedades, ya corporales, ya espirituales, no descuidando la problemática, lamentablemente tan extendida en el presente, de las adicciones. De modo tal, que de manera científica, este grupo debería ocuparse del estudio –y difusión– de la posición católica sobre los temas de bioética de la sexualidad, de la procreación y técnicas de fecundación artificial y asistida, de la manipulación embrional, del aborto, de la esterilización, de la lucha contra la enfermedad y el dolor, de las dependencias, de la muerte, de los trasplantes, de la eutanasia y del ensañamiento terapéutico[59].

San Juan Pablo II, dirigiéndose a la Virgen María, le pedía de este modo que podamos ser hacedores de una «cultura de la vida».

> «Oh María,
> aurora del mundo nuevo,
> Madre de los vivientes,
> a Ti confiamos la causa de la vida:
> mira, Madre, el número inmenso
> de niños a quienes se impide nacer,
> de pobres a quienes se hace difícil vivir,
> de hombres y mujeres víctimas
> de violencia inhumana,
> de ancianos y enfermos muertos
> a causa de la indiferencia
> o de una presunta piedad.
> Haz que quienes creen en tu Hijo
> sepan anunciar con firmeza y amor
> a los hombres de nuestro tiempo
> el Evangelio de la vida.
> Alcánzales la gracia de *acogerlo*
> como don siempre nuevo,
> la alegría de *celebrarlo* con gratitud
> durante toda su existencia
> y la valentía de *testimoniarlo*

58. Cf. *Ibidem*, 10.
59. Cf. Miguel A. Fuentes, *Manual de Bioética*, Ed. del Verbo Encarnado, San Rafael 2006.

con solícita constancia, para construir,
junto con todos los hombres de buena voluntad,
la civilización de la verdad y del amor,
para alabanza y gloria de Dios Creador
y amante de la vida»[60].

8. La pastoral ecuménica[61]

El celo y caridad pastoral se debe extender también a los miembros de las Iglesias y comunidades cristianas no católicas[62].

Para este fin, se hace necesaria una *formación ecuménica* de la comunidad, de manera que todos los fieles, en particular los ministros sagrados, según el deseo y las normas del Concilio Vaticano II y las instrucciones de la Sede Apostólica, aprecien el inestimable don de la unidad, crezcan en caridad y comprensión hacia los otros hermanos cristianos, sin caer en irenismos, y se unan a la oración de toda la Iglesia. Una importancia especial debe darse a la formación ecuménica en otros centros y ambientes de formación del clero y de los laicos[63].

Es oportuno favorecer también el *ejercicio práctico* del ecumenismo: en primer lugar el ecumenismo espiritual, que consiste en la conversión interior de los cristianos; después la oración, de la que la llamada *Semana para la Unidad de los Cristianos* es una forma bastante difundida y digna de elogio; finalmente la colaboración ecuménica con los otros cristianos, cuyas modalidades principales son la oración comunitaria, el diálogo, el testimonio común cristiano, y el esfuerzo común en la defensa de los valores humanos y cristianos[64].

Es además oportuno tener presente la situación de los *matrimonios mixtos* entre católicos y otros cristianos bautizados. Estos matrimonios, aunque pueden dar buenos frutos en el campo ecuménico, requieren sin embargo una

60. Cf. *Evangelium Vitae*, 105.
61. Seguimos libremente *Apostolorum Successores*, 207. Para más información sobre el tema se puede consultar el *Directorio de Ecumenismo del Instituto del Verbo Encarnado*.
62. Para los diversos aspectos de la pastoral ecuménica, cf. Pontificio Consejo para la Unidad de los Cristianos, *Directorio para la aplicación de los Principios y Normas sobre el Ecumenismo* (25/3/1993).
63. Cf. *Unitatis Redintegratio*, 5-12; *Apostolicam Actuositatem*, 28; *Ad Gentes*, 15; *Pastores Gregis*, 65.
64. Cf. *Unitatis Redintegratio*, 4; 7; 12 y 24; *Apostolicam Actuositatem*, 27; *Gaudium et Spes*, 90.

especial atención pastoral, para asegurar que ambos cónyuges conozcan y adhieran a la doctrina católica sobre el matrimonio, para alejar cualquier riesgo de separación de la fe por parte del cónyuge católico y para favorecer que puedan transmitir la fe católica a los hijos[65].

En lo que se refiere a la *communicatio in sacris*, deben ser estrictamente observadas las normas que a este respecto ha dado el Concilio Vaticano II, el *Código de Derecho Canónico* y la Sede Apostólica[66].

Es necesario formar a los fieles para que sepan responder con claridad a las invitaciones de las llamadas *sectas* de inspiración cristiana o sincretista, que pueden confundir a las personas menos preparadas no sólo con sus teorías, sino también con experiencias religiosas fuertemente sentimentales.

9. La pastoral en ámbito plurirreligioso[67]

La presencia en países de tradición cristiana de personas pertenecientes a otras religiones es hoy un fenómeno creciente, especialmente en las grandes ciudades y en los centros universitarios e industriales, donde se encuentran por motivos de trabajo, estudio o turismo.

En relación a estas personas, la caridad cristiana y el celo misionero impulsan la comunidad parroquial a la ayuda humanitaria, al diálogo y al anuncio de Cristo en varios modos[68]:

a. Estimulando el ejercicio desinteresado de la *caridad cristiana* hacia estas personas, ayudándolas en sus dificultades de integración social, educativa, lingüística, de vivienda, asistencia médica, etc. Para este fin puede oportunamente servirse de la ayuda de las asociaciones católicas.
b. El respeto de las tradiciones religiosas de cada uno y de la dignidad humana, invitan a establecer un diálogo interreligioso para promover la mutua comprensión y colaboración. Este diálogo debe respetar los

65. Cf. CIC, cc. 1124.1125; *Familiaris Consortio*, 78.
66. Cf. *Unitatis Redintegratio*, 8; *Orientalium Ecclesiarum*, 24-29; CIC, cc. 844.933.1124-1129 y 1183 § 3.
67. Seguimos libremente *Apostolorum Successores*, 208.
68. Acerca del diálogo con las otras religiones y el anuncio cristiano, cf. Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso y Congregación para la Evangelización de los Pueblos, *Instrucción Diálogo y Anuncio*; *Pastores Gregis*, 68.

principios fundamentales de la conciencia religiosa, hoy expuestos a los ataques de una civilización secularizada. Para realizar este apostolado, es conveniente formar personas idóneas que puedan llevar adelante esta tarea. En este sentido, es necesario que, donde no exista, si es posible, se cree una Comisión para el diálogo interreligioso que se sirva de la ayuda de expertos, ya sean clérigos, religiosos o laicos[69].

c. Finalmente, es necesario procurar que estas personas puedan *conocer y abrazar la verdad* que Dios ha traído al mundo por medio de la Encarnación de su Hijo, ya que en ningún otro encontramos la salvación, «porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos» (Hch 4,12). El camino que lleva a esta conversión será con frecuencia el fruto de la amistad personal y del testimonio de los católicos que deben actuar siempre en el pleno respeto de las conciencias, de tal modo que la adhesión a la verdadera fe sea el resultado de una convicción interior y en ningún caso un medio para obtener ventajas materiales o para comprar el favor de las personas. Sería necesario igualmente prever un catecumenado serio y apropiado que tenga en cuenta el camino espiritual ya recorrido.

d. En un ambiente plurirreligioso, se pueden tener iniciativas interreligiosas, con la presencia de otros jefes religiosos. Estas iniciativas, oportunamente ponderadas con prudencia y discernimiento, pueden revelarse ocasión de fecundo encuentro y de mutuo intercambio. En lo referente a la oración en común de creyentes de distintas religiones, es necesario analizar en cada caso las modalidades de su desarrollo y participación, evitando con cuidado todo aquello que pueda dar la impresión de confusión o sincretismo religioso.

10. Grupo de teatro y de títeres

Mucho puede contribuir a la formación humana y espiritual el cultivar entre los feligreses el participar en la representación de obras de teatro y de títeres.

69. Cf. *Unitatis Redintegratio*, 5-12; *Apostolicam Actuositatem*, 28; *Ad Gentes*, 15.

a. Grupo de teatro

Un ejemplo de lo primero que puede ilustrar lo tomamos de la vida de Juan Pablo II, cuando era un joven estudiante.

«**El teatro de la palabra viva**

En aquella época estuve en contacto con el teatro de la palabra viva, que Mieczyslaw Kotlarczyk había fundado y continuaba animando en la clandestinidad. La dedicación al teatro fue favorecida al principio por el hecho de haber hospedado en mi casa a Kotlarczyk y a su mujer Sofía, que habían logrado pasar de Wadowice a Cracovia, al territorio del "Gobierno General". Vivíamos juntos. Yo trabajaba como obrero, él primero como tranviario y después como empleado en una oficina. Compartiendo la misma casa, podíamos no sólo continuar con nuestras conversaciones sobre el teatro, sino incluso realizar actuaciones concretas, que tenían precisamente el carácter de teatro de la palabra. Era un teatro muy sencillo. La parte escénica y decorativa estaba reducida al mínimo; la actuación consistía esencialmente en la recitación del texto poético. Las representaciones tenían lugar ante un grupo reducido de conocidos e invitados, que demostraban un interés específico por la literatura y eran, de algún modo, "iniciados". Era indispensable mantener el secreto sobre estos encuentros teatrales, pues de lo contrario se corría el riesgo de graves sanciones por parte de las autoridades de la ocupación, sin excluir la deportación a los campos de concentración. He de admitir que toda aquella experiencia teatral ha quedado profundamente grabada en mi espíritu, a pesar de que en un cierto momento de mi vida me di cuenta de que, en realidad, *no era esa mi vocación*»[70].

«Cuando aún era estudiante de letras leí a varios autores. Primero me dediqué a la literatura, especialmente a la dramática. Leía a Shakespeare, Moliere, los poetas polacos Norwid y Wyspianski. Obviamente a Aleksander Fredro. Me apasionaba ser actor, subir al escenario. Muchas veces me quedaba pensando en los papeles que hubiera querido representar. Con frecuencia, mientras vivió Kotlarczyk, nos repartíamos imaginativamente diversos papeles: quién hubiera podido representar mejor un determinado personaje. Cosas pasadas. Alguno

70. San Juan Pablo II, *Don y misterio*, Buenos Aires 1996, pp. 16-17.

me ha dicho más tarde: "Tienes condiciones…; hubieras sido un gran actor si te hubieras quedado en el teatro"»[71].

«Mi amistad con Kotlarczyk se remonta a los años que van desde los fines de los años 20 a los inicios de los 30, cuando nos encontrábamos ambos en nuestra ciudad natal, Wadowice. Lo conocí como pionero de un teatro original en el sentido más noble de esta palabra, como alguien que manifestaba juntamente el corazón de las tradiciones polaca y cristiana de este arte trasmitido por toda nuestra literatura, pero sobre todo de la gran literatura del Romanticismo y Neoromanticismo. […] Comenzó en circunstancias insólitas y de modo insólito su actividad teatral en Cracovia, que iba a conducir al nacimiento del Teatro Rapsódico. Era el tiempo de la ocupación alemana. […] Fue en aquel período en el que maduró en él la concepción del teatro de la palabra pura. Este teatro creado por él funcionó en Cracovia en condiciones de clandestinidad hasta el fin de la ocupación»[72]. Otros hablan de que él había sido cofundador. Así lo expresan Bogdan Piotrowski y también las autoridades polacas mismas en Crónica Cultural. «Al final de los años escolares, el joven Karol conoció al también joven profesor de literatura polaca Mieczyslaw Kotlarczyk, quien hacía poco había sustentado, en la Universidad Jagellona, su tesis doctoral, la cual versaba sobre el teatro. Luego desarrolló con él una entrañable amistad, y ambos fundaron el Teatro Rapsódico, donde crearon un nuevo género dramático que despertó la admiración hasta de los especialistas, además de fervorosos aplausos de los espectadores. Se conservan reveladoras cartas que le mandaba desde Cracovia el joven Wojtyla a su amigo de Wadowice»[73].

«Junto a Mieczyslaw Kotlarczyk fundó en agosto de 1941 el Teatro Rapsódico, donde, a pesar de la prohibición de las autoridades nazis, ambos montaban periódicamente espectáculos con otros amigos. Se reunieron más de cien veces para ensayar. Limitando la escenografía al máximo y centrando su arte en la palabra, con apoyo musical, el grupo logró preparar diez títulos y ofrecer, en la clandestinidad absoluta, veintidós puestas en escena, presentadas en los apartamentos de diferentes amigos, por razones de seguridad. A las representaciones acudían amigos de los artistas, pero también personalidades de la vida cultural

71. San Juan Pablo II, *¡Levantaos! ¡Vamos!*, Ed. Plaza & Janés, Barcelona 2004, pp. 89-90.
72. Cf. San Juan Pablo II, *Tutte le opere letterarie*, Bompiani, Milano 2001, p. 992.
73. Bogdan Piotrowski, «De la poética juvenil de Karol Wojtyla. Valoración de sus dos poemas "Mousiké"», Revista *Pensamiento y Cultura*, noviembre 2007, n. 10, p. 72.

de Cracovia. El primer drama, *Król-Duch* [El rey-espíritu], del vate romántico Juliusz Slowacki, fue representado el 1º de noviembre de 1941, y Wojtyla tuvo el papel protagónico del rey Boleslao el Temerario[74]. La obra se volvió a presentar cuatro veces. Pero ya el 14 de febrero del año siguiente se estrenó *Beniowski*. El joven Karol, visto su compromiso y apreciadas sus dotes, siempre interpretaba papeles principales. En la lista de estrenos de la época de la guerra del Teatro Rapsódico también aparecen títulos como *Hymny* [Himnos] y *Wesele* [Boda] de Wyspianski, *Portret artysty* [Retrato del artista] de Norwid, *Pan Tadeusz* [Don Tadeo] de Mickiewicz y *Samuel Zborowski* de Slowacki. Aclaremos que varios espectáculos, a pesar de haber sido preparados por el grupo, nunca se estrenaron: fragmentos de prosa, *Lalka* [Muñeca] de B. Prus, *Quo vadis* de H. Sienkiewicz, *Popioly* [Cenizas] de S. Zeromski, *Chlopi* [Campesinos] de W. Reymont en 1941-1942, *Boska Komedia* [La divina comedia] de Dante Alighieri en 1944 y *Milosierdzie* [Misericordia] y *Straszne dzieci* [Hijos terribles] de K. H. Rostworowski en 1944-1945[75]. En condiciones absolutamente adversas, la palabra polaca, aunque desterrada del teatro y perseguida por el enemigo, defendía su razón de ser y mantenía viva la llama de su espíritu»[76].

«**El 60 aniversario del Teatro Rapsódico**

Con motivo del 60 aniversario de la creación en Cracovia del Teatro Rapsódico, uno de cuyos fundadores y actores fue el joven Karol Wojtyla, el ministro de Cultura y Patrimonio Nacional, Andrzej S. Zielinski, dirigió el pasado 22 de agosto al Papa Juan Pablo II una carta en la que lamenta la actitud de los ministros de Cultura del régimen comunista respecto a este teatro. El Teatro Rapsódico fue creado el 22 de agosto de 1941 en la clandestinidad por la agrupación política católica "Unión" como una manifestación de la resistencia espiritual contra el ocupante alemán. La dirección del teatro fue confiada a Mieczyslaw Kotlarczyk. En el elenco había seis personas (Karol Wojtyla, Juliusz Kydrynski, Wojciech Zukrowski, Krystyna Debowska, Danuta Michalowska y Tadeusz

74. Sin embargo, ya antes, en septiembre de 1940, habían presentado el acto II de *Uciekla mi przepióreczka* [*Se me escapó la codorniz*] de S. Zeromski. En esta época también empezaron a hacer ensayos de *Hamlet* de Shakespeare.

75. Mieczyslaw Kotlarczyk, *25 lat Teatru Rapsodycznego* [25 años del Teatro Rapsódico], Kraków 1966; según Adam Boniecki, MIC, *Kalendarium zycia Karola Wojtyly* (Calendario de la vida de Karol Wojtyla), Znak, Kraków 2000, p. 65.

76. Bogdan Piotrowski, «De la poética juvenil de Karol Wojtyla. Valoración de sus dos poemas "Mousiké"», Revista *Pensamiento y Cultura*, noviembre 2007, n. 10, pp. 76-77.

Ostaszewski). En 1966, con motivo del 25 aniversario del teatro, el arzobispo de Cracovia Karol Wojtyla oficio en la Catedral de Wawel una Misa por los rapsodas, lo cual fue, según dice en su carta el ministro Andrzej S. Zielinski, "una de las causas del cierre del teatro". El arzobispo Wojtyla intervino en junio de 1967 ante el entonces ministro de Cultura para que el teatro no fuese liquidado, pero su intervención no surtió efecto. En el 60 aniversario del Teatro Rapsódico, el ministro Andrzej S. Zielinski asistió a una Misa oficiada en Cracovia por el cardenal Franciszek Macharski y a otros actos conmemorativos»[77].

b. Grupo de títeres

En nuestra parroquia de San Bartolomé Apóstol había un hermoso teatro de títeres que había fundado el que luego sería padre Carlos Alberto Lojoya. Se llamaba: «Titerescope», formado por jóvenes de ambos sexos.

Ofrecían incluso a otras parroquias y colegios del estado una serie de obritas que alegraban mucho a los niños: de humor, catequísticas narrando historias por ejemplo de Adán y Eva, de los Evangelios, etc., musicales, de entretenimiento general, etc. Ellos mismo hicieron su teatrito, con varios telones y cortinas, los mismos títeres con papel maché, los juegos de luces, el excelente sonido, etc. Y sobre todo hacían, haciendo gala de gran creatividad, los diálogos con los distintos argumentos.

11. Asociación de los pesebres navideños

Se ocupan de promover, difundir y premiar los pesebres públicos y familiares que se hacen en la parroquia. Se asocian a los demás Grupos pesebristas que haya en la región.

También se ocupan de organizar el pesebre viviente para Navidad. Normalmente la letra debe estar bien grabada de antemano así los niños no tienen problema de falta de memoria o mala dicción. Ellos sólo se ocupan de su propio vestuario y de los movimientos en el escenario. Gran parte del éxito de estos actos piadosos son la multiplicación generosa de los pastorcitos con sus regalos y versitos, que suelen atraer a toda su familia. «La preparación de los mismos

77. *Crónica Cultural* 35 (126); cf. www.msz.gov.pl/files/file_library/42/ Ars0827h_6270.doc

(en la cual participan especialmente los niños) se convierte en una ocasión para que los miembros de la familia entren en contacto con el misterio de la Navidad, y para que se recojan en un momento de oración o de lectura de las páginas bíblicas referidas al episodio del nacimiento de Jesús»[78].

Ponemos un ejemplo de pesebre viviente representado durante 17 años en la parroquia de Tapiales, provincia de Buenos Aires, por la familia Seusil.

Presentación

Dios había prometido un Salvador, y el tiempo estaba maduro. La prueba de esto es la expectativa que los pobres tenían y la seguridad con que lo esperaban.

Pero no les fue nada fácil a los pastores aceptar la llegada del Salvador. Tuvieron que tener mucha fe.

Eran muy fuertes las cadenas que los oprimían: el pecado, la muerte, la injusticia, etc. El Salvador tenía que ser más fuerte que ellas para poder vencerlas.

Sin embargo, cuando van al pesebre se encuentran con un Salvador que no habla, no camina…

El llanto es la única forma que tiene un niño para expresar su presencia. Depende que su llanto sea escuchado para que sus padres lo atiendan.

Este es el gran misterio de la Encarnación: ¡un Dios todopoderoso, se encarna en un Niño que llora!

¿Es posible? ¿En esto tan débil tenemos que poner nuestra esperanza?

Desde aquella noche, cada cristiano tiene que superar esta duda. No tenemos a la vista señales de fuerza humanamente hablando.

La fuerza de Cristo y de la Iglesia se esconderá siempre en la debilidad de los hombres. Sólo la fe puede hacer ver a los pastores que detrás del llanto de ese Niño estaba el Salvador. Sólo la fe podrá hacemos ver que detrás de la aparente debilidad del amor, detrás del aparente fracaso de la cruz, detrás de la debilidad humana de la Iglesia está la fuerza y la gracia del Hijo de Dios que viene a damos la Vida.

78. Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia*, 104.

Este pesebre viviente quiere hacemos penetrar en este misterio del amor de Dios hecho hombre.

Ojalá que creamos que este «Dios que llora» es nuestro Salvador y pongamos en Él toda nuestra esperanza.

Primera parte

Acto Primero: La madre y el niño

Locutor: el 24 de diciembre de 20… En una casa de la ciudad de … esperando el nacimiento del niño Dios.

Niño: Mamá ¿qué es la Navidad?

Madre: Hijo, la Navidad es la fiesta cristiana, en la que festejamos el nacimiento del niño Dios, del niño Jesús.

Niño: ¿Y por qué vino al mundo?

Madre: Vino al mundo para salvarnos, muriendo en una Cruz.

Niño: ¿En una Cruz? ¿Cómo es eso mamá?

Madre: Lo hizo para limpiarnos de nuestros pecados, debió sufrir mucho para pagar nuestra culpa y la de nuestros primeros padres, Adán y Eva.

Esto ocurrió hace mucho… mucho tiempo…

Se apaga la luz – Empieza la música.

Acto Segundo: Génesis. Adán y Eva

Locutor: Después de crear Dios el cielo y la tierra, dijo: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza». Al hombre lo llamó Adán y a la mujer Eva. Los bendijo diciéndoles: «Creced y multiplicaos… y llenad la tierra». Y les dio un precepto: «De todos los árboles del Paraíso pueden comer, pero del árbol del Bien y del Mal no comáis».

Pero el demonio disfrazado de serpiente los tentó y Ellos por soberbia pecaron.

Música – No se representa, sólo se escucha la voz.

Eva: Tomá Adán, comé del fruto del árbol del Bien y del Mal, la serpiente nos dijo que comiéramos de él, seríamos como dioses…

Adán: Pero el Señor nos mandó que no comiéramos…

Serpiente: (*risa*) ¡coman!, ¡coman! … nada malo os pasará. Come tú Eva, Adán lo hará después.

Locutor: Eva probó el fruto y luego también comió Adán.

Música – Sonrisa burlona.

Entonces se dieron cuenta que habían pecado, que habían sido engañados astutamente por el diablo. Se vieron desnudos y se cubrieron, hasta ese momento no había existido malicia en sus corazones.

Pero desde ahora llevarían la secuela del pecado en el alma.

Música.

Dios se paseaba por el jardín al fresco del día, al oírlo ellos se escondieron.

Acto Tercero: Moisés

Locutor: Abrahán obedeció inmediatamente a Dios… y así el pueblo crecía más y más. Después que Abraham murió, le sucedió su hijo como jefe del pueblo.

Y pasaron muchos años y fueron muchos los jefes de Israel.

El pueblo se asentaba en la región de Canaán. Un día hubo hambre en esa región, y el pueblo debió dirigirse al país de Egipto, donde al principio fueron bien recibidos, pero con el tiempo debido a que el pueblo se multiplicaba y prosperaba; el Faraón sintiendo envidia los esclavizó.

El pueblo sufría mucho, y clamaba a Dios por su liberación. Y Dios eligió a Moisés para liberar a su pueblo…

Estando Moisés un día en el desierto vio una zarza que ardía y no se consumía… y escuchó una voz…

Dios: ¡Moisés! ¡Moisés!

Moisés: Heme aquí Señor.

Dios: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y de Jacob. He visto la aflicción del pueblo, he oído su clamor y conozco sus angustias. Yo te envío a ti al Faraón, para que saques a mi pueblo de Egipto.

Moisés: ¿Pero cómo podré Señor; yo solo contra un Imperio?

Dios: No te aflijas, yo estaré contigo.

Luz – Música.

Acto Cuarto: Moisés y los Mandamientos

Locutor: Moisés fue al Faraón y este por su corazón obstinado no accedió. Entonces Moisés mandó sobre Egipto 10 plagas, hasta que el Faraón dejó en libertad al pueblo Israelita.

Por milagro de Dios cruzaron el Mar Rojo; éste se abrió en dos, dejando pasar al pueblo de Dios y ahogando al ejército egipcio.

Cruzaron el desierto y llegaron al Monte Sinaí; donde Dios entregó a Moisés las tablas de los 10 Mandamientos.

Representación – Moisés arrodillado.

Dios: Moisés no tendrás otro Dios fuera de mí. Te entrego estas Tablas para que el pueblo tenga una Ley y pueda seguirme.

1.º Amarás a Dios sobre todas las cosas.

2.º No tomarás su Santo nombre en vano.

3.º Santificarás las fiestas.

4.º Honrarás a tu padre y a tu madre.

5.º No matarás injustamente.

6.º No fornicarás.

7.º No robarás.

8.º No levantarás falsos testimonios, ni mentirás.

9.º No desearás la mujer de tu prójimo.

10.º No codiciarás los bienes ajenos.

Locutor: Y así Dios iba preparando a su pueblo, para la próxima venida del Mesías.

Acto Quinto: La madre y el niño

Madre: Después que murió Moisés, le sucedió Josué, y con él llegaron a la tierra prometida; y así fueron pasando los grandes Reyes, como David, Salomón con su gran sabiduría, y los profetas…

Niño: ¿Y quiénes eran los profetas?

Madre: Los profetas eran hombres de Dios; que anunciaban la pronta venida del Salvador Jesucristo.

Se apagan las luces – Música – El coro canta «*El pueblo de Dios espera*» *– Sube a escena Isaías*.

Locutor: Y así tenemos al profeta Isaías que anunció la venida del Mesías…

Isaías: El Señor mismo os dará una señal: He aquí que una Virgen engendrará a un Hijo a quien le pondrá por nombre Emmanuel, que significa Dios con nosotros.

Locutor: Isaías el gran profeta de Dios nos decía cómo sería ese niño.

Isaías: Porque nos ha sido dado un niño, que tiene sobre los hombros la soberanía y que se llamará maravilloso consejero, Dios fuerte, Padre Sempiterno.

Luz – Música – Sale Isaías de escena.

Acto Sexto: El profeta Miqueas

Locutor: También el profeta Miqueas vaticinó en qué lugar nacería el Hijo de Dios.

Miqueas: Y tú Belén de Efratá, pequeñas eres entre los millares de Judá; mas de ti saldrá aquel que ha de reinar en Israel.

Locutor: Y así el pueblo esperaba ansioso la venida del Salvador.

Acto Séptimo: La madre y el niño

Madre: como ya se hace las 12 de la noche… les voy a terminar de contar esta historia maravillosa, la parte que viene ahora es la más hermosa y la más importante de todas, así que tienen que estar muy atentos…

Se apagan las luces – El coro canta «*El Santo*».

Segunda parte

Acto Primero: La Anunciación

Relator: Existe aún hoy, en el actual estado de Israel, un pueblito pequeño llamado Nazareth, en la región de Galilea. Allí vivía, en la época en que los romanos dominaban al pueblo judío, una joven llamada María, descendiente de la tribu de David. Esta joven fue elegida, de una manera maravillosa, para ser la madre del Mesías esperado por las naciones.

Se encuentra María en actitud de oración, se enciende una luz que la ilumina al tiempo que el relator comenta.

Relator: Un día cuando María estaba sola, en oración, se le apareció el ángel Gabriel, un enviado de Dios, que le dijo:

Gabriel: Dios te saluda, María, llena eres de gracia, el Señor está contigo.

Relator: Ella se turbó y no sabía qué significaba aquel saludo. Entonces el ángel le dijo:

Gabriel: No temas María, porque Dios te ha favorecido. Concebirás y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús, Él será grande y se lo llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin.

Relator: Al oír estas palabras, María respondió al ángel:

María: ¿Cómo puede ser esto, si yo no conozco varón?

Relator: En efecto, aunque ella estaba «desposada» con José, es decir, «comprometida», no había empezado a vivir en matrimonio. El ángel le respondió:

Gabriel: El Espíritu Santo descenderá sobre Ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso el niño será santo y lo llamarán Hijo de Dios. Tu prima Isabel, a pesar de su vejez y haber sido considerada estéril, ya se encuentra en su sexto mes de embarazo, pues no hay nada imposible para Dios.

Relator: Entonces María le respondió:

María: Yo soy la servidora del Señor, que se cumpla en mí lo que has dicho.

Relator: Y el ángel se marchó.

Se apaga lentamente la luz que iluminaba a María, se canta el Ángelus.

Acto Segundo: La visita a Santa Isabel

Relator: A la Virgen María le fue anunciado, nada menos, que iba a ser la Madre de Dios.

El Espíritu Santo ya ha irrumpido en el seno de la Virgen. Ella ya es totalmente de Dios. Y esto lo demuestra cabalmente preocupándose por los demás.

¡Esto no lo debemos olvidar nunca! Dios no aparta de los demás hombres a sus elegidos, sino que los elige para que estén más cerca de ellos.

Por eso la Virgen María no queda aturdida, sino que escucha con atención que su prima Isabel está por tener familia. Y Ella, la Madre de Dios, va en su ayuda. La va a acompañar en el trance de tener a su hijo.

¡Qué hermosa lección de humildad y de solidaridad! Sigamos a la Virgen María y escuchemos el diálogo que tiene con su prima.

Este diálogo conservará para siempre el canto de la Virgen María, que alaba al Señor por su infinita misericordia.

Se encienden las luces y se encuentra Isabel en su casa. María se va acercando a ella después de un corto caminar.

Relator: Luego de saber la noticia, María decidió ir a la casa de su prima Isabel, en las montañas de Judea. Al llegar, María saludó a su prima y esta se sintió llena del Espíritu Santo; con alegría exclamó:

Isabel: ¡María! ¡Bendita seas entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que la Madre del Señor venga a saludarme? Al saludarte el niño que llevo en mi vientre se estremeció de alegría. ¡Feliz por haber creído lo que te fue anunciado!

María: El Señor hizo en mí maravillas. ¡Gloria al Señor! Mi alma canta la grandeza del Señor, mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador. Porque miró con bondad mi pequeñez me proclamarán feliz todos los hombres. El Señor hizo en mí maravillas. ¡Gloria al Señor!

Relator: María se quedó a vivir unos meses con su prima y luego volvió a Nazaret.

María ayuda a sentarse a Isabel, después se sienta ella y se quedan conversando. Se entona el canto «María».

Acto Tercero: La anunciación a José

Aparece José preparando un atado de ropa, como para marcharse; luego se sienta en la cama y queda dormido.

Relator: No conocemos los planes de José, ni los de María, pero los de Dios…

Ellos ya estaban casados, pero todavía no vivían juntos; el casamiento entre los judíos tenía dos etapas, ellos estaban entre la primera y la segunda.

José al enterarse del embarazo de María, como era un hombre *recto*, no lo podía aceptar. Pero como tampoco quería denunciar públicamente a María, decide abandonarla.

Así fue como una noche en sueños, el mismo ángel que se presentó ante María, le dijo:

Gabriel: José. No te avergüences de recibir a María en tu hogar, porque es tu esposa y el niño que lleva dentro es obra del Espíritu Santo; Él será Grande y le pondrás por nombre Jesús. Porque Él será quien salvará al pueblo de sus pecados.

Relator: Al despertar, José no tuvo dudas en cumplir la voluntad de Dios.

José busca a María y la abraza.

Acto Cuarto: La Peregrinación y el Nacimiento

Relator: En aquellos tiempos, César Augusto era el emperador de Roma y había ordenado hacer un censo de toda la población.

Para ello, todos debían ir al lugar donde habían nacido y presentarse ante una persona que tomaba sus nombres.

Iba pues, mucha gente a empadronarse y entre ellos iban José y María, su esposa. José vivía en la ciudad de Nazareth, en la provincia de Galilea y se dirigía a Belén, de donde era originaria su familia.

Cuando llegaron, la ciudad estaba repleta de gente que había viajado para el censo. Buscaron en vano una posada para pasar la noche, ya que todo estaba ocupado. Al ver que no quedaba otra cosa que seguir caminando, María y José decidieron ir hacia un lugar apartado, en las colinas; donde naturalmente se abrían algunos espacios huecos, llamados grutas, que servían de establos. Allí

fue donde se establecieron; María sentía que estaba por cumplirse la voluntad del Altísimo.

María embarazada y José se dirigen hacia la gruta, mientras se canta «A la Huella».

Relator: A pesar de que María tenía en su vientre al Hijo de Dios, todos le negaron un lugar para pasar la noche. Así fue que tuvieron que refugiarse en un pesebre.

Se oscurece la escena, aparecen los angelitos y se oye el llanto de un niño, luego el lugar se ilumina, aparece el niño en brazos de María y se canta Noche Anunciada.

Relator: Así fue como nuestro Redentor nació en un lugar humilde, rodeado del pasto seco que comen los bueyes… pero, por sobre todo, con el amor de sus padres.

Se oscurece la escena.

Acto Quinto: La Anunciación a los Pastores y ofrendas

Relator: Había en la región muchos pastores que vivían en el campo y que durante la noche se turnaban para vigilar sus rebaños.

De pronto el cielo se iluminó con una gran luz que envolvió a los pastores y los llenó de temor. En medio de esa luz se les presentó el mismo ángel que se había aparecido, primero, a María y, en otra ocasión, a José; y les dijo:

Gabriel: No tengan miedo, les traigo un anuncio que los alegrará.

Hoy en la ciudad de Belén les ha nacido un Salvador, que es el esperado Mesías.

Vayan a adorarlo, lo encontrarán envuelto en pañales y recostado en un pesebre.

Se empieza a escuchar suavemente el «Gloria Eterna».

Relator: Cuando terminó de hablar una música muy bella cantada por un coro invisible invadió todo el lugar y llegó hasta el corazón de los hombres.

Se deja de escuchar el «Gloria Eterna».

Relator: El ángel volvió al cielo y los pastores que habían quedado mudos por la sorpresa se miraron unos a otros y algunos de ellos dijeron:

Pastor: ¡Vamos todos a ver al niño! ¡Vamos a adorarlo!

Pastores: Sí. Vamos. ¡Vamos!

Relator: Luego de esto los pastores iniciaron su camino, para llegar al establo donde estaba el Niño Dios.

Los pastores buscan a los demás pastores cantando «*En Belén acaba Jesús de nacer*». *Al encontrarse todos se dirigen al pesebre cantando* «*Vamos Pastorcillos*». *Saludan al Niño y se acomodan a los costados del escenario.*

Relator: Los primeros adoradores de Jesús fueron unos sencillos pastores de los alrededores de Belén, que hallaron a María, José y el Niño reclinado en el pesebre tal como se les había anunciado.

¡Mirad como los pastores contemplan al Dios hecho niño, tierno y pequeñito, tiritando de frío, en duras pajas, bajo el mezquino techo de la ingratitud humana y le adoran con sencillez!

¡Mirad a María, su madre! Lo cuida, lo ama, José se desvive por Él.

Los pastores contemplaban al pequeño y llenos de alegría, luego de haberlo saludado, como muestra de amor sus ofrendas le traían.

Se realizan las ofrendas de los pastores.

Pastorcita: En Belén ha nacido un niño con tres pecas en la nariz, las campanas se despiertan, todo el mundo está feliz…

Los pastorcitos cantan «*Tralalá de Nochebuena*».

Pastorcita: Vengo Jesús para verte, nada tengo mi amiguito, sólo te puedo ofrecer este cálido besito.

Pastorcito: Yo vengo desde muy lejos y soy un pequeño pastorcito, y al Niñito Jesús le traigo este lindo juguetito.

Pastorcita: De todos los pastores yo soy la más chiquitita, y al niñito Jesús le traigo esta linda palomita.

Pastorcito: A este niñito que ha nacido, entre la paja y el hielo, le traigo para cubrirse una capa de terciopelo.

Pastorcita: Todos te brindan ofrendas y te traen regalitos, y yo te traigo de mis cabras este rico quesito.

Pastorcita: Vienen pobres pastorcitos, apoyando en sus majadas, los obsequios que al niñito brindarán en sus moradas.

Pastorcita: Yo hace mucho que cultivo en mi terreno chiquito, y te traigo de regalo este rico zapallito.

Pastorcita: Yo soy una pobre pastora y he venido a Belén a traerte un corderito para que juegues con él.

Pastorcita: Al niño recién nacido todos le traen un don, yo soy pobre y nada tengo, por eso le traigo mi corazón.

Pastorcita: A ti precioso niñito, quiero darte un regalo y te traigo un conejito con los ojos azulados.

Pastorcita: Hermanos celebremos y elevemos con bondad, oraciones en el día de la santa Navidad.

Pastorcito: Yo soy un humilde pastor y vengo de lejos aquí, y al niñito Jesús le traigo este gallito quiquiriquí.

Relator: Y las campanas de Belén se hacen música y canción para alabar al Señor. El coro de pastores nos ofrece el villancico «Huachi Torito».

Pastorcita: Todos quisieron traerte, cada uno lo mejor y yo quiero alegrarte con esta hermosa canción.

Los pastorcitos cantan «*Huachi Torito*».

Acto Sexto: La adoración de los Reyes Magos. Escena final

Aparece la Estrella.

Relator: Donde el llanto del Niño Jesús no se escuchó, Dios mandó una estrella (*Se prende la estrella*) para avisar que el Salvador había nacido.

Vivían en aquellos tiempos, en el lejano Oriente, unos sabios muy grandes a los que todos llamaban Magos; los cuales habían visto la estrella que les indicaba el nacimiento del Rey de los Judíos.

Tres de ellos, desde su país de origen, siguieron la estrella y llegaron al portal donde se encontraba el Salvador.

Se canta «*Llegaron ya*».

Relator: Cargados de regalos para ofrendarlos al Niño Dios que nace pequeño y pobre, para salvamos de nuestros pecados. Así también nosotros le ofreceremos nuestras penas y alegrías y con ellas nuestro corazón.

Cuando nació Jesús en tierra de Herodes, unos Reyes Magos de Oriente, llegaron a Jerusalén y preguntaron: ¿dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Porque hemos visto su estrella en Oriente y hemos venido a adorarle. Y les respondieron: en Belén de Judea, porque así está escrito por el profeta.

Ellos se pusieron en camino y he aquí que la estrella iba delante de ellos hasta que llegando al lugar donde estaba el Niño, se detuvo. Al ver esto se llenaron de gozo, entraron y al encontrarlo, con alegría se arrodillaron frente a Él y le ofrecieron regalos traídos de su patria: oro, incienso y mirra.

Escuchemos con atención y ofrezcamos también nosotros al niño Dios nuestra vida, nuestras alegrías, nuestras tristezas y nuestro corazón.

Va pasando cada Rey y ofrece su regalo.

Melchor: Acepta, Señor, el incienso que hoy te ofrecemos, toma la angustia y la esperanza, la oración escondida que hoy nace en cada corazón.

Gaspar: Acepta, Señor, el oro que hoy te ofrecemos, cada acto de bondad, todas las cosas bellas que el hombre ha sabido construir.

Baltasar: Acepta, Señor, la mirra que hoy te ofrecemos, el dolor de cada hombre, la sangre del inocente, el llanto de quien está solo.

Relator: Y los ángeles traviesos, en la plenitud de la alegría, juegan en el campanario de la humilde capilla…

Se acercan los angelitos y dicen:

Angelitos: Nosotros somos angelitos, que venimos a anunciar: Hoy ha nacido el Niñito, es la noche de la Paz.

Se canta «*Noche de Paz*». *Terminado el canto se oscurece un poco la escena y aparece Jesús adulto y se escucha una voz que dice lo siguiente*:

Jesús: Vengo naciendo desde hace dos mil años. Vine a la tierra y nunca la he dejado, me hice hombre y lo sigo siendo eternamente.

Cada año me celebran y recuerdan mi venida. Lo agradezco; pero no me gustan los derroches, el bullicio y los abusos.

No me gusta que mi imagen más hermosa, el ser humano, sea despreciada, abandonada o lastimada.

Se comienza a cantar suavemente «*Jesús Vive*».

Yo estoy en este mundo, recorro sus calles, me siento en sus plazas, trabajo en sus fábricas, estudio en sus escuelas, duermo en sus hospitales…

Mi pesebre está repartido en tantas partes de este mundo.

Navidad es cada día en que se parte el pan con un hambriento.

Navidad es abrir la puerta al que está solo o marginado.

Navidad es noticia buena para los que sólo reciben noticias tristes.

Navidad es tener la certeza de un Dios que nace en un pesebre y ¡Vive!

¡¡¡Vive en esta tierra!!!

Se escucha con volumen creciente «*Jesús Vive*»*, se apagan las luces y Jesús sale de la escena*.

12. Academia

La palabra academia viene del latín *academia,* y éste del griego *ἀκαδημία*. En un inicio se refería a la «Academia de Atenas» fundada en la Grecia antigua, por Platón. Allí se enseñaba dialéctica, ciencias naturales, matemáticas, etc.

Con el tiempo, en el Renacimiento, comienzan a surgir academias de filólogos, poetas, artistas, científicos, matemáticos, de medicina, de lengua, etc.

En la parroquia también se pueden implementar las academias, y pueden ser tanto culturales como técnicas o ambas cosas.

- Culturales: orientadas principalmente al fomento de una actividad cultural, como son la Literatura, la danza, la música (por ejemplo, cantos populares o folclóricos, aprender a tocar instrumentos), recitación, actuación, lenguas (enseñanza de idiomas), Geografía, Historia…
- Técnicas: donde se enseñe, por ejemplo, corte y confección, a hacer adornos florales, a cocinar, a pintar, etc.

Con estas actividades, además de formar humanamente a las personas, se les ayuda a desarrollar sus dones, sus capacidades e incluso algunos pueden aprenden alguna actividad para desempeñarse en lo laboral.

Algunas academias parroquiales han tenido desarrollos notables.

13. El mundo del ciberespacio[79]

La Iglesia prosigue en todas las épocas la tarea comenzada el día de Pentecostés, cuando los Apóstoles, con el poder del Espíritu Santo, salieron a las calles de Jerusalén a anunciar el Evangelio de Jesucristo en diversas lenguas (cf. Hch 2,5-11). A lo largo de los siglos sucesivos, esta misión evangelizadora se extendió a todos los rincones de la tierra, a medida que el cristianismo arraigaba en muchos lugares y aprendía a hablar las diferentes lenguas del mundo, obedeciendo siempre al mandato de Cristo de anunciar el Evangelio a todas las naciones (cf. Mt 28,19-20).

Pero la historia de la evangelización no es sólo una cuestión de expansión geográfica, ya que la Iglesia también ha tenido que cruzar muchos umbrales culturales, cada uno de los cuales requiere nuevas energías e imaginación para proclamar el único Evangelio de Jesucristo. La era de los grandes descubrimientos, el Renacimiento y la invención de la imprenta, la Revolución industrial y el nacimiento del mundo moderno: estos fueron también momentos críticos, que exigieron nuevas formas de evangelización. Ahora, con la revolución de las comunicaciones y la información en plena transformación, la Iglesia se encuentra indudablemente ante otro camino decisivo: internet.

a. Un nuevo «foro»

Internet es ciertamente un nuevo «foro», entendido en el antiguo sentido romano de lugar público donde se trataba de política y negocios, se cumplían los deberes religiosos, se desarrollaba gran parte de la vida social de la ciudad, y se manifestaba lo mejor y lo peor de la naturaleza humana. Era un lugar de la ciudad muy concurrido y animado, que no sólo reflejaba la cultura del ambiente,

79. Seguimos libremente a San Juan Pablo II, *Mensaje para la Jornada Mundial de las Comunicaciones sociales*, (24/1/2002).

sino que también creaba una cultura propia. Esto mismo sucede con el ciberespacio, que es, por decirlo así, una nueva frontera que se abre al inicio de este nuevo milenio. Como en las nuevas fronteras de otros tiempos, ésta entraña también peligros y promesas, con el mismo sentido de aventura que caracterizó otros grandes períodos de cambio.

Para la Iglesia, el nuevo mundo del ciberespacio es una llamada a la gran aventura de usar su potencial para proclamar el mensaje evangélico. Este desafío está en el centro de lo que significa, al comienzo del milenio, seguir el mandato del Señor de «remar mar adentro»: «*Duc in altum*» (Lc 5,4).

b. Ofrece magníficas oportunidades para la evangelización

Como otros medios de comunicación, se trata de un medio, no de un fin en sí mismo. Internet puede ofrecer magníficas oportunidades para la evangelización si se usa con competencia y con una clara conciencia de sus fuerzas y sus debilidades. Sobre todo:

- Al proporcionar información y suscitar interés, hace posible un encuentro inicial con el mensaje cristiano, especialmente entre los jóvenes, que se dirigen cada vez más al mundo del ciberespacio como una ventana abierta al mundo. Por esta razón, es importante que las comunidades cristianas piensen en medios muy prácticos de ayudar a los que se ponen en contacto por primera vez a través de internet, para pasar del mundo virtual del ciberespacio al mundo real de la comunidad cristiana.
- Internet también puede facilitar el tipo de seguimiento que requiere la evangelización. Especialmente en una cultura que carece de bases firmes, la vida cristiana requiere una instrucción y una catequesis continuas, y esta es tal vez el área en que internet puede brindar una excelente ayuda. Ya existen en la red innumerables fuentes de información, documentación y educación sobre la Iglesia, su historia y su tradición, su doctrina y su compromiso en todos los campos en todas las partes del mundo.
- Es evidente que aunque internet no puede suplir nunca la profunda experiencia de Dios que sólo puede brindar la vida litúrgica y sacramental de la Iglesia, sí puede proporcionar un suplemento y un apoyo únicos para preparar el encuentro con Cristo en la comunidad y sostener a los nuevos creyentes en el camino de fe que comienza entonces.

c. Otras cuestiones que se plantean en el uso de internet

Hay ciertas cuestiones necesarias, incluso obvias, que se plantean al usar internet para la causa de la evangelización:

– Ofrecer valores: la esencia de internet consiste en suministrar un flujo casi continuo de información, gran parte de la cual pasa en un momento. En una cultura que se alimenta de lo efímero puede existir fácilmente el riesgo de considerar que lo que importa son los datos, más que los valores.

  Internet ofrece amplios conocimientos, pero no enseña valores; y cuando se descuidan los valores, se degrada nuestra misma humanidad, y el hombre con facilidad pierde de vista su dignidad trascendente. A pesar de su enorme potencial benéfico, ya resultan evidentes para todos algunos modos degradantes y perjudiciales de usar internet, y las autoridades públicas tienen seguramente la responsabilidad de garantizar que este maravilloso instrumento contribuya al bien común y no se convierta en una fuente de daño.

– Internet redefine radicalmente la relación psicológica de la persona con el tiempo y el espacio.

  La atención se concentra en lo que es tangible, útil e inmediatamente asequible; puede faltar el estímulo a profundizar más el pensamiento y la reflexión. Pero los seres humanos tienen necesidad vital de tiempo y serenidad interior para ponderar y examinar la vida y sus misterios, y para llegar gradualmente a un dominio maduro de sí mismos y del mundo que los rodea.

  El entendimiento y la sabiduría son fruto de una mirada contemplativa sobre el mundo, y no derivan de una mera acumulación de datos, por interesantes que sean. Son el resultado de una visión que penetra el significado más profundo de las cosas en su relación recíproca y con la totalidad de la realidad. Además, como foro en el que prácticamente todo se acepta y casi nada perdura, Internet favorece un medio relativista de pensar y a veces fomenta la evasión de la responsabilidad y del compromiso personales.

  En este contexto, ¿cómo hemos de cultivar la sabiduría que no viene precisamente de la información, sino de la visión profunda, la sabiduría

que comprende la diferencia entre lo correcto y lo incorrecto, y sostiene la escala de valores que surge de esta diferencia?

– La necesidad de contactos humanos directos: el hecho de que a través de internet la gente multiplique sus contactos de modos hasta ahora impensables abre maravillosas posibilidades de difundir el Evangelio. Pero también es verdad que las relaciones establecidas mediante la electrónica jamás pueden tomar el lugar de los contactos humanos directos, necesarios para una auténtica evangelización, pues la evangelización depende siempre del testimonio personal del que ha sido enviado a evangelizar (cf. Rm 10,14-15).
– No cabe duda de que la revolución electrónica entraña la promesa de grandes y positivos avances con vistas al desarrollo mundial; pero existe también la posibilidad de que agrave efectivamente las desigualdades existentes al ensanchar la brecha de la información y las comunicaciones. ¿Cómo podemos asegurar que la revolución de la información y las comunicaciones, que tiene en internet su primer motor, promueva la globalización del desarrollo y de la solidaridad del hombre, objetivos vinculados íntimamente con la misión evangelizadora de la Iglesia?

d. Mostrar el rostro de Cristo

Internet produce un número incalculable de imágenes que aparecen en millones de pantallas de ordenadores en todo el planeta. En esta galaxia de imágenes y sonidos, ¿aparecerá el rostro de Cristo y se oirá su voz? Porque sólo cuando se vea su rostro y se oiga su voz el mundo conocerá la buena nueva de nuestra redención. Esta es la finalidad de la evangelización. Y esto es lo que convertirá internet en un espacio auténticamente humano, puesto que si no hay lugar para Cristo, tampoco hay lugar para el hombre.

Y como decía Juan Pablo II: «quiero exhortar a toda la Iglesia a cruzar intrépidamente este nuevo umbral, para entrar en lo más profundo de la red, de modo que ahora, como en el pasado, el gran compromiso del Evangelio y la cultura muestre al mundo "la gloria de Dios que está en la faz de Cristo" (2 Co 4,6)»[80].

80. San Juan Pablo II, *Mensaje para la Jornada Mundial de las Comunicaciones sociales*, (24/1/2002).

14. Librería parroquial

Se puede tener en la parroquia una librería con el fin de difundir buenos libros, hacer «buena prensa» para la formación espiritual, moral, catequética, bíblica, litúrgica, humana de los feligreses.

En ellas también se pueden tener postales, estampas, medallas, rosarios y otros artículos religiosos que ayuden y promuevan la devoción de los fieles.

También puede formar parte de ella una biblioteca en la que se presten libros de formación a los feligreses.

B. El oficio de santificar

1. Comisión de liturgia[81]

El párroco debe promover y custodiar toda la vida litúrgica de la parroquia. Deberá por esto vigilar para que las normas establecidas por la legítima autoridad sean *atentamente observadas* y, en particular, cada uno, tanto los ministros como los fieles, cumpla la función litúrgica que le corresponde y no otra, sin introducir jamás cambios en los ritos sacramentales o en las celebraciones litúrgicas según preferencias o sensibilidades personales[82].

Puede valerse de la ayuda de *comisiones* o *grupos* de liturgia, de música sagrada, de arte sagrado, etc., que puedan ofrecer un valioso aporte para promover el culto divino, cuidar la formación litúrgica de los fieles y fomentar un interés prioritario por todo lo que se refiere a la celebración de los divinos misterios[83]. De este modo puede contar con:

1.º Una comisión que se ocupe de preparar la liturgia para los distintos tiempos y celebraciones, por ejemplo, la Semana Santa, Navidad, las Fiestas Patronales y de modo habitual la liturgia dominical, puesto que el domingo es el día litúrgico por excelencia, en el cual los fieles se reúnen «para recordar la Pasión, la resurrección y la gloria del Señor Jesús y dar gracias a Dios, escuchando

81. Seguimos libremente *Apostolorum Successores*, 147-150; cf. *Directorio de Vida Litúrgica del Instituto del Verbo Encarnado*.
82. Cf. *Sacrosanctum Concilium*, 28; CIC, can. 838; CEC, 1125.
83. Cf. *Sacrosanctum Concilium*, 45-46.

la Palabra de Dios y participando en la Eucaristía»[84]. Por eso la Misa dominical debe ser bien preparada porque para muchos la conservación y la alimentación de la fe está ligada a la participación en tal celebración Eucarística.

2.º El «grupo de sacristía»: entre ellos pueden estar los sacristanes[85], los campaneros, los que se ocupan del ajuar litúrgico y del decoro de los ornamentos y objetos litúrgicos, los que se encargan de la limpieza del templo, de adornarlo y embellecerlo, de las limosneras…

3.º Los «ministros»: ya que la liturgia constituye el culto comunitario y oficial de la Iglesia, como Cuerpo Místico de Cristo, constituido por la cabeza y sus miembros, debe ser celebrada con el debido *decoro y orden*. Por eso los acólitos y los lectores se deben comportar con la necesaria dignidad, y los fieles deben participen de modo «pleno, consciente y activo»[86].

Este grupo puede contar, además del maestro de ceremonias, los acólitos y los lectores, con otros ministros, como son los ministros extraordinarios de la Eucaristía; los ministros que reciben a la gente (los ostiarios), los que reparten los folletos, cancioneros…

4.º «El coro» o el grupo de «Canto y música»: la *música sagrada* ocupa en el culto un lugar importante para dar relieve a la celebración y suscitar un eco profundo en los fieles; debe estar siempre unida a la oración litúrgica, distinguirse por su belleza expresiva y adecuarse a la armoniosa participación de la asamblea en los momentos previstos por las rúbricas[87]. Hay que tener en cuenta:

- El coro: es decir, el director, los otros miembros, el organista.
- La preparación de las celebraciones: sea con buenos cancioneros, elección de los cantos junto con el presidente de la asamblea, etc.
- Los instrumentos: preferentemente el órgano o armonio.

5.º Debe tenerse en cuenta la preparación del «Boletín» u «Hojita para la Misa dominical».

84. *Sacrosanctum Concilium*, 106; cf. CEC, 1167; *Pastores Gregis*, 36.
85. Quienes deberían poder acceder a G. Thomas Ryan, *Manual de la Sacristía*, Grafite Ediciones, Bilbao 2002, p. 133.
86. *Sacrosanctum Concilium*, 14.
87. Cf. *Sacrosanctum Concilium*, 112-121; CEC, 1157.

2. Los Hogarcitos

Entendemos por Hogarcitos a las casas –como las que usan las familias– donde se atiende a niños discapacitados, huérfanos, abandonados, o enfermos de distinto tipo. También se tiene Hogarcitos para ancianos necesitados y se puede tener para cualquier otra forma de pobreza como madres separadas o solteras, recuperación de adictos, sidásicos (tomando todas las medidas de seguridad e higiene), etc. Como decía Don Orione: «No preguntamos de dónde vienen, sino si tienen algún dolor».

En ellos la Reina es la Divina Providencia que nos provee de todo lo necesario y más, como para que podamos hacer limosna, además. Conocimos esa obra en Rosario (Argentina) creación del orionino P. Luis Smiriglio, quien sostenía con razón que esas obras de caridad concreta –que son irrefutables– las tendría que tener cada parroquia.

Enseñaba el P. Luis Smiriglio, FDP, quien fundó los Hogarcitos en Argentina[88]: «En el lenguaje corriente la palabra limosna suena muy mal: basta con que se nos mencione la limosna para que se nos presente a nuestra fantasía la imagen de un altanero que da con desdén una insignificancia a su semejante cubierto de andrajos. En cambio, en las Sagradas Escrituras aparece con frecuencia este vocablo, pero con muy distinto significado. Da limosna quién consuela a un afligido, quien le da de comer a un hambriento, quien atiende solícitamente a un enfermo, quien da buenos consejos, quien corrige con caridad; es decir, da limosna todo aquel que practica las obras de misericordia, tanto las corporales como las espirituales.

Dar limosna es imitar a Jesús, que pasó "haciendo el bien". Jesucristo pasó su vida terrenal obrando milagros en bien de los necesitados, fueran estos justos o pecadores, amigos o enemigos. Jesús estaba donde había un dolor; imitémoslo. […]

Como ven, el Divino Maestro nos señala con claridad meridiana el camino que han de recorrer los hogarcitos: los pobres; y de los pobres los más pobres, los rechazados por el mundo paganizado de hoy. ¿Entendieron bien cuál es

88. Luis Smiriglio, FDP, *Limosnas*, 2.ª ed. 1978.

nuestra misión? Nosotros nos hemos de ocupar de los que no tienen donde ir a parar, los desechados. […]

Para consuelo y tranquilidad nuestra tengamos siempre presente que los Santos Padres concuerdan en afirmar que las obras de misericordia son la segunda tabla de salvación para quienes han pecado después del Bautismo; porque las obras de misericordia, hechas por amor de Dios, borran los pecados y limpian el alma. […]

Nadie debe eximirse de dar limosna, por más pobre que sea, porque la limosna agrada al Señor; es bueno recordar una vez más el elogio de Jesús por los centavitos de la viuda. […] Nadie tema ver disminuido su patrimonio por dar grandes limosnas: ¿Jesucristo es acaso injusto? ¿Es acaso ingrato? El que alimenta a las aves del cielo y viste a los lirios del campo, ¿podrá abandonar al hijo que ha redimido con su preciosísima Sangre? El que no nos abandonó cuando éramos pecadores, ¿podrá abandonarnos ahora que queremos ser sus siervos leales entregándonos a las obras de caridad? ¿Es posible que quién alimenta a Cristo, no sea alimentado por el mismo Cristo? ¿Podrán faltarle las cosas de la tierra a quien se le dan las celestiales y divinas? […] De esto somos testigos nosotros: no nos empobrecemos dándole a Cristo; al contrario, sea dicho a mayor honra y gloria de Dios que, cuanto más damos, más tenemos para dar. Y esto puede verificarse en cualquiera de los Hogarcitos, porque no es que suceda en uno u otro lugar, sino en todas partes; y no es que Dios haya sido pródigo con nosotros en tiempo de abundancia, sino siempre, constantemente: Dios es siempre bondadoso. Dios nunca se deja vencer en generosidad. […]

¿Está mal si les repito por enésima vez que en los hogarcitos nos hemos de cuidar de las riquezas como de la peste? ¿Estará mal repetirles que si un día los hogarcitos se tuvieran que fundir, no será por pobreza, sino por riqueza? Si, así como suena: por riqueza, no por pobreza. Dios nos libre de acumular riquezas en los hogarcitos, sería nuestra muerte: *no acumuléis tesoros en la tierra* (Mt 6,19). A nosotros el Señor nos asignó la misión de dar, es decir, reservó para nosotros lo mejor, porque *es mejor dar que recibir* (cf. Hch 20,35). Demos, pues, con toda liberalidad. […] Nosotros tengamos el coraje de vivir al día como Jesucristo manda: "no os preocupéis por el mañana" (Mt 6,34). Sé que para practicar esto se ha de tener una gran confianza en la Divina Providencia.

Y bien, si esa confianza no la tenemos nosotros, díganme ustedes, ¿quién la ha de tener?…

Verdadera riqueza es la que eligió Don Orione, que vivió y murió rodeado de los pobres más pobres, de esos pobres que el mundo rechaza, en los cuales él, divinamente inspirado, veía a Cristo. Y verdadera riqueza es la que, por la gracia de Dios, hemos elegido nosotros, dejándolo todo para abrazar la santa pobreza evangélica. ¿Quién más feliz que nosotros? Nuestra riqueza consiste en tener a los pobres con nosotros; nuestra riqueza consiste en pasar todo el día y todos los días de nuestra vida socorriendo a los pobres, nuestra riqueza consiste en no tener nada y poseerlo todo, porque no tenemos propiedades, no tenemos capital, no tenemos rentas, no tenemos nada más que lo necesario para cada día; sin embargo, la Divina Providencia nos provee con tanta abundancia que tenemos para socorrer también a muchos pobres que no están en los Hogarcitos. ¿Quién más feliz que nosotros? Sabiendo que el Señor se complace de cuanto estamos haciendo, pues está escrito: "De la beneficencia y de la mutua asistencia no os olvidéis, pues en tales sacrificios se complace Dios", somos los más felices de todos».

¡Finalmente: «Sólo la caridad de Cristo salvará al mundo»[89]!

«Carta magna» para aquellos que trabajan en las obras de misericordia

Consideramos que la segunda parte de la Encíclica *Deus Caritas Est* del S. S. Benedicto XVI debería ser como la *carta magna* para aquellos que trabajan en las obras de misericordia corporales, por tal motivo hacemos nuestra la doctrina allí expuesta[90].

1.º *La caridad de la Iglesia es una manifestación del amor trinitario de Dios.* Es Dios mismo el que impulsa toda acción dentro de la Iglesia, por lo tanto es Él mismo el que mueve a amar a los hermanos.

2.º *La práctica de la caridad en la Iglesia no es algo que se debe manifestar sólo de modo individual. Es toda la Iglesia la que debe actuar, comprometiendo*

89. Cf. San Luis Orione, "Saludo natalicio de 1934", en *Camino con Don Orione*, Ed. Provincia Nuestra Señora de la Guardia, 1974, t. I, p. 96.
90. Cf. *Directorio de Obras de Misericordia del Instituto del Verbo Encarnado*, 38-67.

en ello toda su organización. El amor al prójimo enraizado en el amor a Dios es ante todo una tarea para cada fiel, pero lo es también para toda la comunidad eclesial, y esto en todas sus dimensiones: desde la comunidad local a la Iglesia particular, hasta abarcar a la Iglesia universal en su totalidad. También la Iglesia, en cuanto comunidad, ha de poner en práctica el amor.

3.º *La caridad practicada por la Iglesia no es mera distribución sino un servicio espiritual*.

4.º *El ejercicio de la caridad en la Iglesia no es algo accidental sino que forma parte de su esencia*. La naturaleza íntima de la Iglesia se expresa en una triple tarea:

a. anuncio de la Palabra de Dios (*kerigma-martyria*),
b. celebración de los Sacramentos (*leiturgia*) y
c. servicio de la caridad (*diakonia*).

Son tareas que se implican mutuamente y no pueden separarse una de otra.

5.º *El ejercicio de la caridad en la Iglesia no debe limitarse a socorrer a sus miembros*. La Iglesia es la familia de Dios en el mundo. En esta familia no debe haber nadie que sufra por falta de lo necesario. La *caritas-agape* supera los confines de la Iglesia; la parábola del buen Samaritano sigue siendo el criterio de comportamiento y muestra la universalidad del amor que se dirige hacia el necesitado encontrado «casualmente» (cf. Lc 10,31), quienquiera que sea[91].

6.º *El ejercicio de la caridad en la Iglesia no está reñido con el establecimiento de la Justicia Social*; *por lo tanto cualquier tipo de dialéctica entre justicia social y obra caritativa es falsa*.

7.º *Es necesario comprender el ámbito que le corresponde al Estado y a la Iglesia en el servicio al hombre*; *no pueden confundirse*, *pero es también necesario comprender que la Iglesia colabora con el Estado en el establecimiento de la justicia*, *ya que la política no es mera técnica sino que requiere de fuerzas morales y espirituales*, *como claridad de conceptos que le aporta el Magisterio de la Iglesia*.

Para definir con más precisión la relación entre el compromiso necesario por la justicia y el servicio de la caridad, hay que tener en cuenta dos situaciones de hecho:

91. Cf. *Deus Caritas Est*, 25b.

a. «El orden justo de la sociedad y del Estado es una tarea principal de la política»[92];
b. Las obras de caridad siempre serán necesarias.

Esto requiere comprender que la política no es mera técnica y por lo tanto requiere un claro concepto de justicia; y para esto la Iglesia contribuye con la fe que purifica y ayuda a la razón a encontrar el sentido que ésta tiene. Además contribuye con la doctrina social católica que argumenta desde la razón y el derecho natural, es decir, a partir de lo que es conforme a la naturaleza de todo ser humano.

8.º *Lo propio de la Iglesia es la actividad caritativa y no política*.

9.º *Es necesario entender que aun supuesto el caso que pudiera darse en el mundo una sociedad perfecta, siempre habrá necesidad de caridad, porque si no se pierde de vista lo que es el hombre y su realidad*.

El amor –*caritas*– siempre será necesario, incluso en la sociedad más justa. No hay orden estatal, por justo que sea, que haga superfluo el servicio del amor. Quien intenta desentenderse del amor se dispone a desentenderse del hombre en cuanto hombre. Siempre habrá sufrimiento que necesite consuelo y ayuda. Siempre habrá soledad. Siempre se darán también situaciones de necesidad material en las que es indispensable una ayuda que muestre un amor concreto al prójimo[93].

En la Iglesia late el dinamismo del amor suscitado por el Espíritu de Cristo. Este amor no brinda a los hombres sólo ayuda material, sino también sosiego y cuidado del alma, una ayuda con frecuencia más necesaria que el sustento material. La afirmación según la cual las estructuras justas harían superfluas las obras de caridad, esconde una concepción materialista del hombre: el prejuicio de que el hombre vive «sólo de pan» (Mt 4,4; cf. Dt 8,3), una concepción que humilla al hombre e ignora precisamente lo que es más específicamente humano[94].

10.º *La cultura actual hace posible un mejoramiento de las múltiples estructuras de servicio caritativo*.

92. *Deus Caritas Est*, 28a.
93. Cf. *Apostolorum Successores*, 197.
94. Cf. *Deus Caritas Est*, 28b.

Se destacan dos elementos en la situación cultural actual en que nos encontramos:

a. El empequeñecimiento del planeta gracias a los modernos medios de comunicación con que contamos, nos permite socorrer a mayor cantidad de hombres, a los que hay que procurar llegar utilizando la técnica actual.
b. Las nuevas formas de colaboración entre entidades estatales y eclesiales que se han mostrado fructíferas en algunos campos como, por ejemplo, en favorecer el voluntariado.

11.º Si bien la actividad caritativa surge en el hombre como una necesidad porque el Creador la grabó en el corazón del hombre, es indispensable la acción directa de la Iglesia en obras de caridad, ya que ésta las promueve con su sólo actuar.

12.º *La acción caritativa de la Iglesia debe cumplir con algunos requisitos*[95]:

a. Según el modelo expuesto en la parábola del buen Samaritano, la caridad cristiana es ante todo y simplemente la respuesta a una necesidad inmediata en una determinada situación: los hambrientos han de ser saciados, los desnudos vestidos, los enfermos atendidos para que se recuperen, los prisioneros visitados, etc. Tres deben ser las características de una obra caritativa de la Iglesia:

   1. La competencia profesional de los que se dedican a la atención del prójimo, que no obstante por sí sola no basta. En efecto, se trata de seres humanos, y los seres humanos necesitan siempre algo más que una atención sólo técnicamente correcta.

   2. El ser humano necesitado, necesita humanidad, es decir, atención cordial. Por ello, cuantos trabajan en las instituciones caritativas de la Iglesia deben distinguirse por no limitarse a realizar con destreza lo más conveniente en cada momento, sino por su dedicación al otro con una atención que sale del corazón, para que el otro experimente su riqueza de humanidad.

95. Cf. *Deus Caritas Est*, 31.

3. Por ello mismo los agentes de caridad necesitan una «formación del corazón»: que les ha de guiar hacia ese encuentro con Dios en Cristo, que suscite en ellos el amor y abra su espíritu al otro, de modo que, para ellos, el amor al prójimo ya no sea un mandamiento por así decir impuesto desde fuera, sino una consecuencia que se desprende de su fe, la cual actúa por la caridad (cf. Ga 5,6)[96].

b. La actividad caritativa cristiana ha de ser independiente de partidos e ideologías. No es un medio para transformar el mundo de manera ideológica y no está al servicio de estrategias mundanas, sino que es la actualización aquí y ahora del amor que el hombre siempre necesita. El programa del cristiano –el programa del buen samaritano, el programa de Jesús– es un «corazón que ve». Este corazón ve dónde se necesita amor y actúa en consecuencia. Obviamente, cuando la actividad caritativa es asumida por la Iglesia como iniciativa comunitaria, a la espontaneidad del individuo debe añadirse también la programación, la previsión, la colaboración con otras instituciones similares[97].

c. Además, la caridad no ha de ser un medio en función de lo que hoy se considera proselitismo. El amor es gratuito; no se practica para obtener otros objetivos[98]. Pero esto no significa que la acción caritativa deba, por decirlo así, dejar de lado a Dios y a Cristo. Siempre está en juego todo el hombre. Con frecuencia, la raíz más profunda del sufrimiento es precisamente la ausencia de Dios. Quien ejerce la caridad en nombre de la Iglesia nunca tratará de imponer a los demás la fe de la Iglesia. Es consciente de que el amor, en su pureza y gratuidad, es el mejor testimonio del Dios en el que creemos y que nos impulsa a amar.

El cristiano sabe cuándo es tiempo de hablar de Dios y cuándo es oportuno callar sobre Él, dejando que hable sólo el amor. Sabe que «Dios es amor» (1 Jn 4,8) y que se hace presente en los momentos en que no se hace más que amar. Y, sabe que el desprecio del amor es vilipendio de Dios y del hombre, es el intento de prescindir de Dios. En consecuencia, la mejor defensa de Dios y del hombre consiste precisamente en el amor. Las organizaciones caritativas de la

96. Cf. *Deus Caritas Est*, 31a.
97. Cf. *Deus Caritas Est*, 31b.
98. Cf. *Apostolorum Successores*, 196.

Iglesia tienen el cometido de reforzar esta conciencia en sus propios miembros, de modo que a través de su actuación –así como por su hablar, su silencio, su ejemplo– sean testigos creíbles de Cristo[99].

13.º *Los responsables de la acción caritativa de la Iglesia son los obispos, ya que es un servicio de la Iglesia toda y como tal gobernada por sus pastores.*

14.º *La caridad que debe practicar la Iglesia no debe humillar a nadie, porque el que la practica debe recordar que es un don que enriquece al mismo que la practica; por lo tanto el que es capaz de ayudar es también ayudado por el necesitado.*

Éste es un modo de servir que hace humilde al que sirve. No adopta una posición de superioridad ante el otro, por miserable que sea momentáneamente su situación. Cristo ocupó el último puesto en el mundo –la Cruz–, y precisamente con esta humildad radical nos ha redimido y nos ayuda constantemente. Quien es capaz de ayudar reconoce que, precisamente de este modo, también él es ayudado; el poder ayudar no es mérito suyo ni motivo de orgullo. Esto es gracia. Cuanto más se esfuerza uno por los demás, mejor comprenderá y hará suya la palabra de Cristo: «Somos unos pobres siervos» (Lc 17,10).

15.º *Todo miembro de la Iglesia que ayuda al prójimo debe recordar que es instrumento de Dios, ya que Él es quien socorre al pobre por medio del cristiano.*

En efecto, el cristiano, reconoce que no actúa fundándose en una superioridad o mayor capacidad personal, sino porque el Señor le concede este don. Hacer todo lo que está en nuestras manos con las capacidades que tenemos, es la tarea que mantiene siempre activo al siervo bueno de Jesucristo: «Nos apremia el amor de Cristo» (2 Co 5,14)[100].

16.º *Solamente el contacto con Cristo, mediante la oración, puede liberar a los miembros de la Iglesia de caer en errores en su acción de servicio al prójimo necesitado.*

99. Cf. *Deus Caritas Est*, 31c.
100. Cf. *Deus Caritas Est*, 35.

3. Hermandad de adoración nocturna (o noche heroica)[101]

En los siglos primeros, a causa de las persecuciones y al no haber templos, la conservación de las especies eucarísticas se hacía normalmente en forma privada, y tenía por fin la comunión de los enfermos, presos y ausentes. Esta reserva de la Eucaristía, al cesar las persecuciones, va tomando formas externas cada vez más solemnes.

Las *Constituciones Apostólicas* –hacia el 400– disponen ya que, después de distribuir la comunión, las especies sean llevadas a un *sacrarium*. El sínodo de Verdun, del siglo VI, manda guardar la Eucaristía «en un lugar eminente y honesto, y si los recursos lo permiten, debe tener una lámpara permanentemente encendida». Las *píxides* de la antigüedad eran cajitas preciosas para guardar el «pan eucarístico». León IV (†855) dispone que «solamente se pongan en el altar las reliquias, los cuatro evangelios y la píxide con el Cuerpo del Señor para el viático de los enfermos».

Estos signos expresan la veneración cristiana antigua al Cuerpo Eucarístico del Salvador y su fe en la presencia real del Señor en la Eucaristía.

Ya en esos siglos el Cuerpo de Cristo recibe de los fieles, dentro de la misma celebración eucarística, signos claros de adoración, que aparecen prescritos en las antiguas liturgias. Especialmente antes de la comunión –*Sancta sanctis*, lo santo para los santos–, los fieles realizan inclinaciones y postraciones: «San

101. Seguimos libremente a José María Iraburu, *La adoración eucarística*, Fundación Gratisdate, Pamplona 2001. Bibliografía: Comisión episcopal española de Liturgia, *Ritual de la Sagrada Comunión y del culto a la Eucaristía fuera de la Misa*, Madrid 1979; M-B. Angot, *Las casas de adoración*, Herder, Barcelona 1995; R. Arnau, «La oración ante el Santísimo Sacramento como comportamiento eclesial», *Teología Espiritual* 26 (1982), pp. 85-98; É. Bertaud, *Dévotion eucharistique; esquisse historique*, DSp IV, 1621-1637; G. Bourbonais, «L'adoration eucharistique aujourd'hui», *Vie Consacrée* 42 (1970), pp. 65-88; G. Crocetti, «L'adorazione a Cristo Redentore presente nell'Eucaristia», *La Scuola Cattolica* 110 (1982), pp. 3-28; F. X. Fortún, OSB, *El Sagrario y el Evangelio*, Rialp, Madrid 1990; C. González, *La adoración eucarística*, Paulinas, Madrid 1990; San Manuel González, *Qué hace y qué dice el Corazón de Jesús en el Sagrario*, EGDA, Madrid 1986; J. M. Iraburu, *La adoración eucarística nocturna*, A. N. E. Pamplona 1999; O. Molien, *Adoration*, DSp I, 210-222; Josef Jungmann, *El Sacrificio de la Misa*, BAC, Madrid 1959; É. Longpré, *Eucharistie et expérience mystique*, DSp IV, 1586-1621; A. Olivar, «El desarrollo del culto eucarístico fuera de la Misa», *Phase* 135 (1983), pp. 187-203; M. Ramos – P. Tena – J. Aldazábal, «El culto eucarístico», *Cuadernos*

Agustín decía: "nadie coma de este cuerpo, si primero no lo adora"[102], añadiendo que no sólo no pecamos adorándolo, sino que pecamos no adorándolo»[103].

Por otra parte, *la elevación de la hostia*, y más tarde del cáliz, después de la consagración, suscita también la adoración interior y exterior de los fieles. Hacia el 1210 la prescribe el obispo de París, antes de esa fecha es practicada entre los cistercienses, y a fines del siglo XIII es común en todo el Occidente. En el siglo pasado, en 1906, San Pío X, el Papa de la Eucaristía, concede indulgencias a quien mire piadosamente la hostia elevada, diciendo «Señor mío y Dios mío»[104].

a. Primeras manifestaciones del culto a la Eucaristía fuera de la Misa

La adoración de Cristo en la misma celebración del Sacrificio eucarístico es vivida, como hemos dicho, desde el principio. Y la adoración de la Presencia real fuera de la Misa irá configurándose como devoción propia a partir del siglo IX, con ocasión de las controversias eucarísticas.

En efecto, el pan y el vino, una vez consagrados, se convierten «substancialmente en la verdadera, propia y vivificante Carne y Sangre de Jesucristo, nuestro Señor». Por eso en el Sacramento está presente *totus Christus*, en alma y cuerpo, como hombre y como Dios. Estas enérgicas afirmaciones de la fe van acrecentando más y más en el pueblo la devoción a la Presencia real.

Veamos algunos ejemplos. A fines del siglo IX, la *Regula solitarium* establece que los ascetas reclusos, que viven en lugar anexo a un templo, estén siempre por su devoción a la Eucaristía en la presencia de Cristo. En el siglo XI, Lanfranco, arzobispo de Canterbury, establece una procesión con el Santísimo en el

---

Phase, CPL, Barcelona 1990; J. Roche, «Le culte du Saint-Sacrement hors Messe», *Esprit et vie* 92 (1982), pp. 273-281; D. Sadoux – P. Gervais, «L'adoration eucharistique», *Vie consacrée* (1983), pp. 85-97; J. A. Sayés, *La presencia real de Cristo en la Eucaristía*, BAC, Madrid 1976; J. Solano, *Textos eucarísticos primitivos*, BAC 88.118, Madrid 1978. 1979; P. Tena, «La adoración eucarística. Teología y espiritualidad», *Phase* 135 (1983), 205-218; P. Tena – C. González – L. F. Alvarez – R. Dalla Mutta – S. Sirboni – G. Morin, «Adorar a Jesucristo eucarístico», *Cuadernos Phase*, CPL, Barcelona 1994; Dom Rombaut Van Doren, «*La réserve eucaristique*», *Questions Liturgiques* 63 (1982), 234-242; G. Vassali – E. G. Núñez – R. Fortin, *Culte de la Présence réelle et Magistère*, DSp IV, 1637-1648.

102. Cf. San Agustín, *Enarr. in Ps.* 98,9.

103. *Mediator Dei*, 162.

104. Cf. Josef Jungmann, *El Sacrificio de la Misa*, BAC, Madrid 1959, t. II, pp. 277-291.

Domingo de Ramos. En ese mismo siglo, durante las controversias con Berengario, en los monasterios benedictinos de Bec y de Cluny existe la costumbre de hacer genuflexión ante el Santísimo Sacramento y de incensarlo. En el siglo XII, la *Regla de los reclusos* prescribe: «orientando vuestro pensamiento hacia la sagrada Eucaristía, que se conserva en el altar mayor, y vueltos hacia ella, adoradla diciendo de rodillas: "¡Salve, origen de nuestra creación!, ¡Salve, precio de nuestra redención!, ¡Salve, viático de nuestra peregrinación!, ¡Salve, premio esperado y deseado!"».

«La devoción individual de ir a orar ante el sagrario tiene un precedente histórico en *el monumento del Jueves Santo* a partir del siglo XI, aunque ya el Sacramentario Gelasiano habla de la reserva eucarística en este día… El monumento del Jueves Santo está en la prehistoria de la práctica de ir a orar individualmente ante el sagrario, devoción que empieza a generalizarse a principios del siglo XIII»[105].

San Francisco de Asís (1182-1226), poco antes de morir, en su *Testamento*, pide a todos sus hermanos que participen siempre de la inmensa veneración que él profesa hacia la Eucaristía y los sacerdotes: «Y lo hago por este motivo: porque en este siglo nada veo corporalmente del mismo altísimo Hijo de Dios, sino su santísimo Cuerpo y su santísima Sangre, que ellos reciben y sólo ellos administran a los demás. Y quiero que estos santísimos misterios sean honrados y venerados por encima de todo y colocados en lugares preciosos».

Y en la *Vida* de Santa Clara (†1253), escrita muy pronto por el franciscano Tomás de Celano (hacia 1255), se refiere un precioso milagro eucarístico. Asediada la ciudad de Asís por un ejército invasor de sarracenos, son éstos puestos en fuga en el convento de San Damián por la virgen Clara: «Ésta, impávido el corazón, manda, pese a estar enferma, que la conduzcan a la puerta y la coloquen frente a los enemigos, llevando ante sí la cápsula de plata, encerrada en una caja de marfil, donde se guarda con suma devoción el Cuerpo del Santo de los Santos. De la misma cajita le asegura la voz del Señor: "yo siempre os defenderé", y los enemigos, llenos de pánico, se dispersan»[106].

La iconografía tradicional representa a Santa Clara de Asís con una custodia en la mano.

105. A. Olivar, *op. cit.*, p. 192.
106. *Legenda Santæ Clarae*, 21.

A partir del año 1208, el Señor se aparece a Santa Juliana (1193-1258), primera abadesa agustina de Mont-Cornillon, junto a Lieja. Esta religiosa es una enamorada de la Eucaristía, que, incluso físicamente, encuentra en el Pan del Cielo su único alimento. El Señor inspira a Santa Juliana la institución de una fiesta litúrgica en honor del Santísimo Sacramento. Por ella los fieles se fortalecen en el amor a Jesucristo, expían los pecados y desprecios que se cometen con frecuencia contra la Eucaristía, y al mismo tiempo contrarrestan con esa fiesta litúrgica las agresiones sacrílegas cometidas contra el Sacramento por cátaros, valdenses, petrobrusianos, seguidores de Amaury de Bène, y tantos otros.

Bajo el influjo de estas visiones, el obispo de Lieja, Roberto de Thourotte, instituye en 1246 *la fiesta del Corpus*. Hugo de Saint-Cher, dominico, cardenal legado para Alemania, extiende la fiesta a todo el territorio de su legación. Y poco después, en 1264, el Papa Urbano IV, antiguo arcediano de Lieja, que tiene en gran estima a la santa abadesa Juliana, extiende esta solemnidad litúrgica a toda la Iglesia latina mediante la Bula *Transiturus*. Esta *carta magna* del culto eucarístico es un himno a la presencia de Cristo en el Sacramento y al amor inmenso del Redentor, que se hace nuestro pan espiritual.

Es de notar que en esta Bula romana se indican ya los fines del culto eucarístico que más adelante serán señalados por Trento, por la *Mediator Dei* de Pío XII o por los documentos pontificios más recientes: 1.º *Reparación*, «para confundir la maldad e insensatez de los herejes»; 2.º *Alabanza*, «para que clero y pueblo, alegrándose juntos, alcen cantos de alabanza»; 3.º *Servicio*, «al servicio de Cristo»; 4.º *Adoración y contemplación*, «adorar, venerar, dar culto, glorificar, amar y abrazar el Sacramento excelentísimo»; 5.º *Anticipación del Cielo*, «para que, pasado el curso de esta vida, se les conceda como premio»[107].

Los títulos que recibe en los libros litúrgicos son significativos: *dies o festivitas Eucharistiae*, *festivitas Sacramenti*, *festum*, *dies*, *Sollemnitas Corporis o de Corpore Domini nostri Iesu Christi*, *festum Corporis Christi*, *Corpus Christi*, *Corpus*…

107. Cf. DS. 1961, 1644.

b. Celebración del *Corpus* y exposiciones del Santísimo

La celebración del *Corpus* implica ya en el siglo XIII una procesión solemne, en la que se realiza una «exposición ambulante del Sacramento»[108]. Y de ella van derivando otras procesiones con el Santísimo, por ejemplo, para bendecir los campos, para realizar determinadas rogativas, etc.

Por otra parte, «esta presencia palpable, visible, de Dios, esta inmediatez de su presencia, objeto singular de adoración, produjo un impacto muy notable en la mentalidad cristiana occidental e introdujo nuevas formas de piedad, exigiendo rituales nuevos y creando la literatura piadosa correspondiente. En el siglo XIV se practicaba ya la *exposición solemne* y *se bendecía* con el Santísimo. Es el tiempo en que se crearon los *altares y las capillas* del santísimo Sacramento»[109].

Las exposiciones mayores se van implantando en el siglo XV, y siempre la patria de ellas «es la Europa central. Alemania, Escandinavia y los Países Bajos fueron los centros de difusión de las prácticas eucarísticas, en general»[110]. Al principio, colocado sobre el altar el Sacramento, es adorado en silencio. Poco a poco va desarrollándose un *ritual* de estas adoraciones, con cantos propios, como el *Ave verum Corpus natum ex Maria Virgine*, muy popular, en el que tan bellamente se une la devoción eucarística con la mariana.

La exposición del Santísimo recibe una acogida popular tan entusiasta que ya hacia 1500 muchas iglesias la practican todos los domingos, normalmente después del rezo de las vísperas –tradición que hoy perdura, por ejemplo, en los monasterios benedictinos de la congregación de Solesmes–. La costumbre, y también la mayoría de los rituales, prescriben *arrodillarse* en la presencia del Santísimo.

En los comienzos, el Santísimo se mantenía velado tanto en las procesiones como en las exposiciones eucarísticas. Pero la costumbre y la disciplina de la Iglesia van disponiendo ya en el siglo XIV la exposición del Cuerpo de Cristo «*in cristallo*» o «*in pixide cristalina*».

108. A. Olivar, *op. cit.*, p. 195.
109. *Ibidem*, p. 196.
110. *Ibidem*, p. 197.

c. La piedad eucarística en el pueblo católico

Los últimos ocho siglos de la historia de la Iglesia suponen en los fieles católicos un *crescendo* notable en la devoción a Cristo, presente en la Eucaristía.

En efecto, a partir del siglo XIII, como hemos visto, la devoción al Sacramento se va difundiendo más y más en el pueblo cristiano, haciéndose una parte integrante de la piedad católica común. Los predicadores, los párrocos en sus comunidades, las Cofradías del Santísimo Sacramento, impulsan con fuerza ese desarrollo devocional.

En el crecimiento de la piedad eucarística tiene también una gran importancia la doctrina del concilio de Trento sobre la veneración debida al Sacramento[111]. Por ella se renuevan devociones antiguas y se impulsan otras nuevas.

La adoración eucarística de *las Cuarenta Horas*, por ejemplo, tiene su origen en Roma, en el siglo XIII. Esta costumbre, marcada desde su inicio por un sentido de expiación por el pecado –cuarenta horas permanece Cristo en el sepulcro–, recibe en Milán durante el siglo XVI un gran impulso a través de San Antonio María Zaccaria (†1539) y de San Carlos Borromeo después (†1584). Clemente VIII, en 1592, fija las normas para su realización. Y Urbano VIII (†1644) extiende esta práctica a toda la Iglesia.

La procesión eucarística de «la Minerva», que solía realizarse en las parroquias los terceros domingos de cada mes, procede de la iglesia romana de *Santa Maria sopra Minerva*.

Las devociones eucarísticas, que hemos visto nacer en centro Europa, arraigan de modo muy especial en España, donde adquieren expresiones de gran riqueza estética y popular, como los *seises* de Sevilla o el *Corpus* famoso de Toledo. Y de España pasan a Hispanoamérica, donde reciben formas extremadamente variadas y originales, tanto en el arte como en el folclore religioso: capillas barrocas del Santísimo, procesiones festivas, exposiciones monumentales, bailes y cantos, poesías y obras de teatro en honor de la Eucaristía.

El culto a la Eucaristía fuera de la Misa llega, en fin, a integrar la piedad común del pueblo cristiano. Muchos fieles practican diariamente *la visita al Santísimo*. En las parroquias, con el Rosario, viene a ser común la *Hora*

111. Dz. 882.878.888/1649.1643-1644.1656.

santa, la exposición del Santísimo diaria o semanal, por ejemplo, en los jueves eucarísticos.

El arraigo devocional de las visitas al Santísimo puede comprobarse por la abundantísima literatura piadosa que ocasiona. Por ejemplo, entre los primeros escritos de San Alfonso María de Ligorio (†1787) está «*Visite al SS. Sacramento e a Maria SS.ma*», de 1745. En vida del santo este librito alcanza 80 ediciones y es traducido a casi todas las lenguas europeas. Posteriormente ha tenido más de 2000 ediciones y reimpresiones.

d. Las vigilias de la antigüedad, primer precedente de la adoración nocturna

Las *vigilias* de la adoración nocturna continúan la tradición de aquellas *vigilias* nocturnas de los primeros cristianos, si bien éstos, como sabemos, no prestaban todavía una especial atención devocional a la Eucaristía reservada.

En efecto, los primeros cristianos, movidos por la enseñanza y el ejemplo de Cristo –«*vigilad* y orad»–, no solamente procuraban rezar varias veces al día, costumbre que dio lugar a la *Liturgia de las Horas*, sino que –también por imitar a Jesús, que solía orar por la noche (cf. Lc 6,12; Mt 26,38-41)–, se reunían a celebrar *vigilias* nocturnas de oración.

Estas vigilias tenían lugar en el aniversario de los mártires, en la víspera de grandes fiestas litúrgicas, y sobre todo en las noches precedentes a los domingos. La más importante y solemne de todas ellas era, por supuesto, la *Vigilia Pascual*, llamada por San Agustín «madre de todas las santas vigilias»[112].

En las *vigilias* los cristianos se mantenían *vigiles*, esto es, despiertos, alternando oraciones, salmos, cantos y lecturas de la Sagrada Escritura. Así es como esperaban en la noche la hora de la Resurrección, y llegada ésta al amanecer, terminaban la vigilia con la celebración de la Eucaristía. Tenemos de esto un ejemplo muy antiguo en la vigilia celebrada por San Pablo con los fieles de Tróade (Hch 20,7-12).

Con el nacimiento del monacato en el siglo IV, se van organizando en las comunidades monásticas vigilias diarias, a las que a veces, como en Jerusalén, se

112. San Agustín, *Sermo* 219: PL 38,1088.

unen también algunos grupos de fieles laicos. Así lo refiere en el *Diario de viaje* la peregrina española Egeria, del siglo V.

La costumbre de las vigilias nocturnas se hizo pronto bastante común. San Basilio (†379), por ejemplo, habla con gran satisfacción de tantos «hombres y mujeres que perseveran día y noche en las oraciones asistiendo al Señor», ya que en este punto «las costumbres actualmente vigentes en todas las Iglesias de Dios son acordes y unánimes»: «El pueblo (para celebrar las vigilias) se levanta durante la noche y va a la casa de oración, y en el dolor y aflicción, con lágrimas, confiesan a Dios (sus pecados), y finalmente, terminadas las oraciones, se levantan y pasan a la salmodia. Entonces, divididos en dos coros, se alternan en el canto de los salmos, al tiempo que se dan con más fuerza a la meditación de las Escrituras y centran así la atención del corazón. Después, se encomienda a uno comenzar el canto y los otros le responden. Y así pasan la noche en la variedad de la salmodia mientras oran. Y al amanecer, todos juntos, como con una sola voz y un solo corazón, elevan hacia el Señor el salmo de la confesión (cf. Sal 50), y cada uno hace suyas las palabras del arrepentimiento»[113].

Las vigilias mensuales de la adoración nocturna –también con oraciones e himnos, salmos y lecturas de la Escritura– prolongan, pues, una antiquísima tradición piadosa del pueblo cristiano, que nunca se perdió del todo, y que hoy sigue siendo recomendada por la Iglesia. Así en la *Ordenación general de la Liturgia de las Horas*, de 1971: «A semejanza de la Vigilia Pascual, en muchas Iglesias hubo la costumbre de iniciar la celebración de algunas solemnidades con una vigilia: sobresalen entre ellas la de Navidad y la de Pentecostés. Tal costumbre debe conservarse y fomentarse de acuerdo con el uso de cada una de las Iglesias»[114]. «Los Padres y autores espirituales, con muchísima frecuencia, exhortan a los fieles, sobre todo a los que se dedican a la vida contemplativa, a la oración en la noche, con la que se expresa y se aviva la espera del Señor que ha de volver: "A medianoche se oyó una voz: ¡que llega el esposo, salid a recibirlo!" (Mt 25,6); "Velad, pues no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa, si al atardecer o a medianoche, o al canto del gallo o al amanecer: no sea que venga inesperadamente y os encuentre dormidos" (Mc 13,35-36). Son, por tanto, dignos de alabanza los que mantienen el carácter nocturno del Oficio de lectura»[115].

113. Cf. *Epist*. 207,2-3: PG 32,764.
114. Congregación para el Culto Divino, *Ordenación General de la Liturgia de las Horas*, 71.
115. *Ibidem*, 72.

e. Otros precedentes

Antecedentes de la devoción eucarística de la adoración nocturna han de buscarse en las *Cofradías del Santísimo Sacramento*, nacidas con el *Corpus Christi* (1264), y acogidas después normalmente en la bula de 1539.

Son también antecedente de la adoración nocturna *las Cuarenta Horas* de adoración en un templo que eran continuadas sucesiva e ininterrumpidamente en otros, produciéndose así una adoración perpetua.

Pero si buscamos antecedentes más próximos de la Adoración actual, los hallamos en la *adoración nocturna* nacida en Roma en 1810, con ocasión del cautiverio de Pío VII, por iniciativa del sacerdote Santiago Sinibaldi. Y en la *Adoración Nocturna desde casa*, fundada por Mons. de la Bouillerie en 1844, en París.

En su forma actual, la adoración nocturna es iniciada en Francia por Hermann Cohen y dieciocho hombres el 6 de diciembre de 1848, con el fin de adorar en una iglesia, con turnos sucesivos, al Santísimo Sacramento en una vigilia nocturna.

España conoce también en su historia cristiana muchas Cofradías del Santísimo Sacramento, agregadas normalmente a *Santa Maria sopra Minerva*, iglesia de los dominicos en Roma, y que durante el XIX se integran en el *Centro Eucarístico*. Pero la Adoración Nocturna, como tal, se inicia en Madrid, el 3 de noviembre de 1877, en la iglesia de los Capuchinos.

f. Naturaleza de la adoración nocturna

La adoración nocturna consiste en un grupo de fieles que se turnan para adorar en la noche al Señor, realmente presente en la Eucaristía, en representación de la humanidad y en el nombre de la Iglesia.

Los adoradores, una vez celebrado el Sacrificio Eucarístico, permanecen durante la noche por turnos ante el Sacramento, rezando, meditando, haciendo oración silenciosa.

g. Fines

Entre los fines, mencionamos aquellos ya señalados por la Bula *Transiturus* de 1264, por el concilio de Trento, por la *Mediator Dei* o en la *Eucharisticum Mysterium*: adorar con amor al mismo Cristo; adorar con Cristo al Padre «en espíritu y en verdad»; ofrecerse con Él, como víctimas penitenciales, para la salvación del mundo y para la expiación del pecado; orar, permanecer amorosamente en la presencia de Aquel que nos ama…

Estos fines son los que una y otra vez han subrayado los Papas al dirigirse a la adoración nocturna: «El alma que ha conocido el amor de su divino Maestro tiene *necesidad* de permanecer largamente ante la Hostia consagrada y de adoptar, en la presencia de la humildad de Dios, una actitud muy humilde y profundamente respetuosa»[116]. «La presencia sacramental de Cristo es fuente de amor. Amor, en primer lugar al mismo Cristo. El encuentro eucarístico es un encuentro de amor. Por eso resulta imprescindible acercarse a Él con devoción y purificados de todo pecado grave. Y amor a nuestros hermanos. Porque la autenticidad de nuestra unión con Jesús sacramentado ha de traducirse en nuestro amor verdadero a todos los hombres, empezando por quienes están más próximos»[117].

En la adoración eucarística y nocturna, los fieles se unen profundamente al Sacrificio de la Redención –centro absoluto de la vigilia–, acompañan a Jesús en su oración nocturna y dolorosa de Getsemaní: «Quedáos aquí y velad conmigo… Velad y orad, para que no caigáis en tentación… En medio de la angustia, Él oraba más intensamente, y su sudor era como gotas de sangre que corrían sobre la tierra» (Mt 26,38.41; Lc 22,44).

Los adoradores alaban al Señor y le dan gracias largamente. Le piden por el mundo y por la Iglesia, por tantas y tan gravísimas necesidades.

«En esas horas junto al Señor, os encargo que pidáis especialmente por los sacerdotes y religiosos, por las vocaciones sacerdotales y a la vida consagrada»[118].

Los adoradores, en las vigilias nocturnas, permanecen atentos al Señor de la Gloria, el que vino, el que viene, el que vendrá. «¡Felices los servidores a

116. Pío XII, *Alocución a la Adoración Nocturna*: AAS 45 (1953) 417.
117. San Juan Pablo II, *Discurso a los miembros de la Adoración Nocturna*, (31/10/1982).
118. *Ibidem*, 4.

quienes el señor encuentra velando a su llegada! Yo os aseguro que él mismo recogerá su túnica, les hará sentarse a la mesa y se pondrá a servirles. ¡Felices ellos, si el señor llega a medianoche o antes del alba y los encuentra así!» (Lc 12,37-38).

Los adoradores, perseverando en la noche a la luz gloriosa de la Eucaristía, esperan en realidad el amanecer de la vida eterna, de la que precisamente la Eucaristía es prenda anticipada y ciertísima: «La sagrada Eucaristía, en efecto, además de ser testimonio sacramental de *la primera venida* de Cristo, es al mismo tiempo un anuncio constante de *su segunda venida* gloriosa, al final de los tiempos. Prenda de la esperanza futura y aliento, también esperanzado, para nuestra marcha hacia la vida eterna. Ante la sagrada Hostia volvemos a escuchar aquellas dulces palabras: "venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os aliviaré" (Mt 11,28)»[119].

La adoración nocturna no agota su finalidad con la pura celebración de las vigilias mensuales. A ella le corresponde también, por estatutos, *promover otras formas de devoción y culto a la sagrada Eucaristía*, siempre dentro de la comunión de la Iglesia y la obediencia a la Jerarquía apostólica.

Los adoradores, pues, cada uno en su familia, en su parroquia o allí donde puedan actuar –colegios, asociaciones laicales y movimientos, etc.–, han de promover la devoción a la Eucaristía y el culto a la misma. Ésta es la proyección apostólica *específica* de la adoración nocturna. Otras actividades apostólicas podrán ser cumplidas por los adoradores en cuanto feligreses de una comunidad parroquial o miembros de determinados movimientos laicales. Pero *en cuanto adoradores* han de comprometerse en el apostolado eucarístico. Señalaremos, a modo de ejemplo, algunos de los objetivos que los adoradores deben pretender con todo empeño, con oración insistente y esperanzada, y con trabajo humilde y paciente:

– Practicar con frecuencia *las visitas al Santísimo* y difundir esta preciosa forma de oración. Esto ha de ir por delante de todo. El adorador nocturno ha de ser también un adorador diurno.

119. *Ibidem*, 3.

- Conseguir que, según lo que dispone la Iglesia[120], *haya iglesias que permanezcan abiertas* durante algunas horas al día, de modo que no se abran sólo para la Misa o los sacramentos. Al menos en la ciudad y también en los pueblos más o menos grandes, en principio, es posible conseguirlo. Éste es un asunto muy grave. La vida espiritual del pueblo católico se configura de un modo u otro según que los fieles dispongan o no de templos, de lugares idóneos no sólo para la celebración del culto, sino para la oración. El *Ritual de la dedicación de iglesias* manifiesta muy claramente que las iglesias católicas han de ser «casas de oración».
- Procurar la dignidad de los sagrarios y capillas del Santísimo.
- Fomentar en la parroquia, de acuerdo con el párroco y en unión si es posible con otros adoradores, *algún modo habitual de culto a la Eucaristía fuera de la Misa*: exposiciones del Santísimo diarias, semanales o mensuales, celebración anual de las Cuarenta Horas, o en fin, lo que se estime más viable y conveniente.
- Promover en alguna iglesia de la ciudad alguna forma de *Adoración perpetua* durante el día. Los adoradores activos, y también los veteranos, han de ofrecerse los primeros para hacer posible la continuidad de los turnos de vela.
- Cultivar grupos de *tarsicios*, es decir, de niños o adolescentes adoradores: animarlos, formarlos, guiarlos en sus reuniones de adoración eucarística. San Tarsicio, en los siglos III-IV, fue un niño romano, mártir de la Eucaristía.
- *Difundir la devoción eucarística* en colegios católicos, reuniones de movimientos apostólicos, seminario, ejercicios espirituales, catequesis, retiros y convivencias.
- Procurar que *el Corpus Christi* sea celebrado con todo esplendor, y guarde su identidad genuina, la que es querida por Dios, de tal modo que esta solemnidad litúrgica no venga a desvanecerse, ocultada por otras significaciones –por ejemplo, el Día de la Caridad–. Por muy valiosas que sean estas otras significaciones, son diversas.

120. Cf. *Ritual*, n. 8; CIC, can. 937.

Insistamos en lo primero. Si un adorador tiene de verdad amor a Cristo en la Eucaristía, si quiere ser de verdad fiel a su propia vocación, la que Dios le ha dado, ¿cómo podrá limitar su devoción y acción a una vigilia mensual?

4. Las Congregaciones Marianas

a. Naturaleza

1.º ¿Qué son las Congregaciones Marianas?

Las Congregaciones Marianas (CC. MM.) son asociaciones religiosas destinadas a fomentar en sus miembros una ardiente devoción, reverencia y amor filial a la Santísima Virgen María; y por medio de esta devoción y de su patrocinio, hacer de los fieles congregados bajo su nombre cristianos de verdad (385, 411, R-1)[121].

2.º ¿Por qué se dicen asociaciones religiosas?

Se dicen asociaciones religiosas porque son verdaderas sociedades, con fines y medios propios, canónicamente erigidas y sujetas a la Autoridad Eclesiástica (404, 405, R-2).

3.º ¿Por qué estas asociaciones se llaman Marianas?

Estas asociaciones se llaman Marianas porque toman su título de la Santísima Virgen y, sobre todo, porque cada congregante debe profesar una especial devoción a la Madre de Dios, entregándose a Ella mediante una consagración total y comprometiéndose perpetuamente, aunque no bajo pecado, a luchar con todo empeño por la salvación y perfección propia y de los demás (BS-385, BS-411, R-3).

121. Los números entre paréntesis se refieren a la numeración dada a los textos pontificios en el libro de Clemente Espinosa, *Magisterio Pontificio sobre las Congregaciones Marianas*, El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao 1965. Las siglas «BS» corresponden al documento *Bis Saeculari* (378-416) de Pío XII y la «R» a las *Reglas Comunes* de 1910, pp. 397-416.

4.º ¿Quién fue el fundador de las CC. MM.?

El fundador de las CC. MM. fue el jesuita de origen belga Juan de Leunis, cuando en el año 1563, funda en el Colegio Romano de la Compañía de Jesús la Congregación de «la Anunciata», que sería la «Prima Primaria».

Juan de Leunis, gran conocedor de la juventud y excelente pedagogo, funda las CC. MM. con la idea de formar en los Colegios de la Compañía grupos de selectos que sirvieran de fermento en medio de la masa, alentados por un espíritu de iniciativa y superación y con la ayuda de la Madre del Cielo, a quien debían de honrar y venerar de un modo especial (422, R-40).

5.º ¿Cuáles son las «notas exteriores» del verdadero congregante?

Las notas exteriores del verdadero Congregante son tres: La adhesión inquebrantable a la Iglesia, de la que ha de ser un defensor acérrimo, la ejemplaridad como católico y la decisión en el testimonio, venciendo el respeto humano (275, 276, BS-393).

Las CC. MM., fieles a su gloriosa tradición y a sus reglas, deben luchar en primera fila, bajo la dirección de la jerarquía eclesiástica, iniciando y realizando con constancia trabajos por la mayor gloria de Dios y bien de las almas, con tanto celo y ardor que se las pueda considerar tropas vigorosas para la defensa y propagación del catolicismo (BS-379, BS-415).

6.º ¿Cuál es el fin de las CC. MM.?

El fin de las CC. MM. es la formación de perfectos católicos, íntegros, firmes e intrépidos, que luchen por la gloria de Dios y de su Santísima Madre y por la salvación de las almas (277, BS-379, R-43).

Este único fin se concreta en tres fines: santificación personal, apostolado y defensa de la Iglesia (BS-397, R-1).

Los tres son fines esenciales porque si faltara alguno de ellos no existiría Congregación Mariana; pero se dice que la santificación personal es fin esencial primario y los otros dos son fines esenciales secundarios para subrayar la primacía de lo espiritual sobre la vida apostólica puramente externa, ya que el apostolado debe brotar espontáneamente de una intensa vida interior (BS-385).

7.º ¿En qué consiste la santidad del congregante?

La santidad del congregante consiste, fundamentalmente, en tres cosas: la conservación valerosa y constante de la vida de la gracia en nuestras almas, la adquisición de las virtudes cristianas y la imitación de la Santísima Virgen y de su Hijo Jesucristo hasta el heroísmo (BS-381, R-40).

Las defensas que proponen las reglas para la vida interior son: la huida de las ocasiones de pecado, el vencimiento del respeto humano para que nos mostremos siempre en público como católicos y la dirección espiritual como búsqueda apasionada de la voluntad de Dios (BS-382, R-35, R-36).

8.º ¿Qué condiciones debe reunir nuestro apostolado?

Nuestro apostolado debe reunir las siguientes condiciones para cumplir el fin apostólico de la Congregación: trabajar con gran empeño, hacerlo conforme a las exigencias de nuestra situación social, procurar hacer el mayor bien posible en lugar de conformarnos con un bien cualquiera y ejercitar el apostolado tanto corporativa como individualmente (269, BS-414, R-43).

Las obras de apostolado ejercidas con preferencia por las CC. MM. han sido: enseñar la Doctrina Cristiana mediante la catequesis, visitar a los enfermos de los hospitales y a los presos, imbuir a todas las clases sociales en el deseo de una vida más cristiana mediante los Ejercicios Espirituales, socorrer a los pobres en sus necesidades espirituales y corporales, hacer prevalecer a nivel estatal leyes conforme a los principios evangélicos y a la justicia social, crear organizaciones para combatir la inmoralidad y proteger las buenas costumbres y crear escuelas técnicas para la formación y perfeccionamiento de obreros y profesionales (BS-387, BS-388, R-12).

9.º ¿Cómo cumple el congregante su compromiso de defender la Iglesia?

El congregante cumple su compromiso de defender a la Iglesia siendo, en primer lugar, ejemplar cristiano y ajustando perfectamente sus creencias y su conducta a la fe y moral que la Santa Iglesia Católica enseña, alabando lo que ella alaba, reprobando lo que ella reprueba, sintiendo en todo con ella y no

avergonzándose jamás de proceder en su vida privada y pública como hijo fiel y obediente de tan santa Madre (BS-393, R-33).

Las CC. MM., tradicionalmente, han combatido en defensa de la Iglesia en primera fila:

a. Con la palabra: con la pluma y la prensa, en la controversia, en la polémica, en la apología.
b. Con la acción: sosteniendo el valor de los fieles, socorriendo a los confesores de la fe; ayudando a los sacerdotes en su ministerio y persiguiendo la inmoralidad pública.
c. En alguna ocasión, con la espada: para la defensa de la cristiandad.

Con el testimonio definitivo del martirio, derramando su sangre por la fe (269).

10.º ¿Cuáles son los medios propios de las CC. MM. para alcanzar sus fines?

Los medios propios que tienen las CC. MM. para alcanzar sus fines son tres: la Regla de Vida (Regula Vitae), la formación y la vida de Congregación (428, R-32).

11.º ¿Qué es la Regla de Vida?

La Regla de Vida es un conjunto de prácticas de piedad a las que se compromete el congregante, aunque no bajo pecado, el día de su ingreso, a saber:

a. Realizar Ejercicios Espirituales todos los años.
b. Oración mental diaria, de al menos 15 minutos.
c. Examen de conciencia diario.
d. Frecuencia de Sacramentos (Comunión y Confesión).
e. El trato habitual con un director espiritual fijo (BS-381, R-34, R-36, R-39).

12.º ¿Qué otras prácticas de piedad se han ejercitado tradicionalmente en las CC. MM.?

Tradicionalmente se han ejercitado en las CC. MM. muchas otras prácticas de piedad, especialmente:

a. El rezo del Santo Rosario.
b. El ofrecimiento de obras diarias al levantarse.
c. El rezo del Ángelus.
d. La Sabatina.
e. La Confesión general, en tiempo de ejercicios y antes de ser admitido en la CC. MM. (R-34, R-38, R-39).

13.º ¿Qué campos abarca la formación del congregante mariano?

La formación del congregante, como modelo de vida íntegra, carácter vigoroso y claridad de criterios, debe comprender:

a. *Formación espiritual*: alimentando y fortificando la vida interior.
b. *Formación doctrinal*: con el estudio de la religión, de su dogma, de su moral, de su liturgia, de su historia, etc.
c. *Formación humana*: buscando, con todos los medios posibles, favorecer su cultura, así general como profesional.
d. *Formación práctica*: en el ejercicio del apostolado y por el ejemplo de sus compañeros, adquiriendo madurez de juicio y experiencia de vida.
e. *Formación política*: haciéndolo capaz de actuar al servicio del bien social e influir en que la cultura sea más humana y más cristiana (279, 281, 302, 344).

14.º ¿Cómo debe participar el congregante en la vida de la Congregación?

El congregante debe participar activamente en la vida de la Congregación:

a. Asistiendo con puntualidad a los actos generales de la Congregación, tanto ordinarios como extraordinarios.
b. Participando activamente en alguna de las actividades de la Congregación e integrándose en uno de los equipos.

c. Atrayendo a la Congregación a los que viere aptos para ella.
d. Obedeciendo con prontitud las directrices y consejos del Consiliario y guardando el debido respeto y obediencia a los miembros de la Junta.
e. Tratando a todos con amor, rezando por las necesidades de la Congregación y estimulándose mutuamente a la perfección.
f. Contribuyendo a sufragar los gastos de la Congregación, según sus posibilidades (BS-407, R-40, R-46).

b. Espiritualidad de las CC. MM. y Consagración a la Virgen

15.º ¿Cuáles son las fuentes esenciales de la espiritualidad de las CC. MM.?

Las fuentes esenciales de la espiritualidad de las CC. MM. son dos: la devoción a la Santísima Virgen y los Ejercicios Espirituales de San Ignacio.

16.º ¿Qué significa la palabra devoción?

La palabra «devoción» significa una donación de sí mismo, intelectual, volitiva y afectiva, en una entrega total e incondicionada (544, 545, 546).

17.º ¿Por qué la devoción a la Santísima Virgen es fuente esencial de la espiritualidad de las CC. MM.?

La devoción a la Santísima Virgen es fuente esencial de la espiritualidad de las CC. MM. porque a Ella hay que atribuir la gloria de haber dado a Iglesia las CC. MM., porque esta devoción es el fin y el medio característico para la formación del congregante y porque así lo manda y establece el Papa en la Constitución Apostólica *Bis Saeculari* (305, BS-411, 760, R-1).

18.º ¿Por qué los Ejercicios Espirituales de San Ignacio son fuente esencial de la espiritualidad de las CC. MM.?

Los Ejercicios Espirituales de San Ignacio son fuente esencial de la espiritualidad de las CC. MM. porque, ya desde su principio y en su desarrollo a través de los siglos, han bebido de la Compañía de Jesús ese espíritu de contemplación

en la acción y porque, por deseo explícito de los Papas, deben volver continuamente a los Ejercicios Espirituales y sacar de ellos inspiración para empapar la vida de espíritu evangélico y proceder como lo exigen las circunstancias actuales (420, 511, R-9).

19.º ¿Qué es la Consagración a la Virgen en una Congregación Mariana?

La Consagración a la Virgen en una Congregación Mariana es un don completo de sí mismo, para toda la vida y para la eternidad, por el cual el congregante se obliga ante la Iglesia, no bajo pecado, pero sí bajo palabra de honor, a luchar con todo empeño bajo la bandera de la Santísima Virgen por la salvación y perfección propia y de los demás (263, BS-411, R-27).

20.º ¿Por qué el congregante se consagra a la Virgen?

El congregante se consagra a la Virgen porque es la forma de devoción mariana más plena y perfecta, por la cual le pertenece de una manera especial y, así, Ella:

a. se hace camino fácil, corto, perfecto y seguro para ir a Cristo;
b. se da toda entera a quien le hace entrega de todo, protegiéndole con sus méritos y su intercesión;
c. hace de mediadora para con Jesucristo, purificando y embelleciendo nuestras buenas obras para que sean gratas a su Hijo (113,543,548b,726).

21.º ¿Qué dos obligaciones comporta la Consagración?

La Consagración comporta las dos obligaciones siguientes:

a. Donación de todo el ser y toda la actividad a la Virgen según el espíritu de las CC. MM.
b. Militar en una Congregación Mariana determinada, de modo que si hubiera de alejarse, por cualquier razón, de la de origen, debe insertarse en otra (BS-411, 547, R-47).

22.º ¿Cómo debe vivir el congregante su Consagración?

El congregante, como verdadero hijo de María y caballero de la Virgen, no puede contentarse con un simple servicio de honor: debe estar a su servicio en todo, hacerse su guardián y defensor, llevar a sus hermanos al encuentro con Ella y combatir sin tregua bajo su mando, porque se ha enrolado bajo su bandera con un compromiso perpetuo y no tiene ya derecho a abandonar su puesto de combate por miedo a los ataques y persecuciones (267).

c. Devoción a la Santísima Virgen

23.º ¿En qué consiste la esencia de la devoción a María?

La esencia de la devoción a María consiste en tener con Ella el respeto y la veneración que corresponden a su dignidad de Madre de Dios, una confianza absoluta en su poder y en su bondad y, finalmente, un amor filial que trata de corresponder de algún modo a su amor de Madre (681, R-1).

24.º ¿Qué notas debe tener la devoción del congregante a la Virgen?

La devoción del congregante a la Santísima Virgen debe tener las seis notas siguientes:

a. Interior: pues le profesa un afecto muy particular que ha de brotar de lo íntimo del corazón.
b. Tierna: pues pone en Ella toda su confianza.
c. Santa: pues lleva al congregante a apartarse del pecado y a aplicarse en la imitación de sus virtudes.
d. Constante: pues los congregantes se estimulan mutuamente a amarla y servirla con fidelidad.
e. Desinteresada: pues conduce al alma a no buscarse a sí misma, sino sólo Dios en su Madre Santísima.
f. Apostólica: pues intenta irradiar a los demás (103, 545, R-40).

25.º ¿Cómo debe vivir el congregante su devoción mariana?

El congregante debe vivir su devoción mariana haciendo todas sus acciones por María, con María, en María y para María:

a. ***Por*** *María*: Ella inspira su apostolado, le ayuda a combatir el pecado y le da el valor para emprender cosas grandes.
b. ***Con*** *María*: Ella pone en sus labios las palabras, le anima con un celo ingenioso y con un afecto humilde y redobla su ardor sobrenatural en la oración, la mortificación y la audacia conquistadora.
c. ***En*** *María*: La imagen de María le mueve a amar la pureza, la humildad y la caridad y a odiar el pecado.
d. ***Para*** *María*: El congregante, descuidado de sus ventajas personales, no tiene en cuenta más que una fidelidad siempre mayor en el cumplimiento de sus obligaciones para con María (543, 548a).

26.º ¿Qué formas engañosas de devoción debe evitar el congregante?

El congregante debe evitar las siguientes formas engañosas de devoción:

a. Una piedad mezquinamente interesada, que sólo ve en la Madre de Dios una distribuidora de beneficios, sobre todo de orden temporal.
b. Una devoción de seguro descanso, que no piensa más que en apartar de su vida la Cruz.
c. Una devoción sensible, de dulces consuelos y entusiastas manifestaciones;
d. Ni siquiera, por muy santa que parezca, una devoción excesivamente solícita del propio provecho espiritual (266).

27.º ¿Es aconsejable esta intensa devoción mariana?

No sólo es muy aconsejable esta intensa devoción mariana, sino que es necesaria, pues la verdadera devoción a la Santísima Virgen es el sello de un corazón auténticamente católico: de esta devoción brota la doctrina más ortodoxa y fecunda de la espiritualidad católica y es fuente inagotable y magnífica de valores morales (430,744,762).

28.º ¿Dónde buscan las CC. MM. las fuentes de su devoción a María?

Las CC. MM., huyendo de cuanto singulariza, buscan su devoción a María en las fuentes más garantizada por la tradición de la Iglesia: en la Historia de la Salvación, en el Evangelio, en la Liturgia, que transmite el gran patrimonio del pensamiento y la plegaria de la Iglesia, y en las tradiciones familiares cristianas, particularmente el Rosario (768,769).

29.º ¿Es la Virgen la única patrona de la Congregación?

La Virgen Santísima es la Patrona principal de las CC. MM. y deben todas ellas reconocerla como tal, adoptando por titular alguno de sus misterios o advocaciones; pero está recomendado y es muy conveniente añadir algún santo patrono secundario (R-3).

30.º ¿En qué se funda la conveniencia de tener un patrono secundario?

La conveniencia de tener un patrono secundario se funda en que, de este modo, se propone al congregante el ejemplo de un hombre como él, que realizó de un modo heroico el ideal de santidad y apostolado por medio de la devoción a la Santísima Virgen.

d. Ejercicios Espirituales de San Ignacio

31.º ¿Cómo se refleja en las CC. MM. la espiritualidad de los Ejercicios Espirituales?

La espiritualidad de los Ejercicios se refleja en las CC. MM. como:

a. *Espiritualidad teocéntrica*: buscar en todo la mayor gloria, servicio y alabanza de Dios, a imitación de Nuestra Señora (R-43, BS-379).
b. *Espiritualidad cristológica*: conocer internamente a Cristo para, teniendo en todo sus mismos sentimientos, imitar más perfectamente sus ejemplos (BS-381, BS-397).
c. *Espiritualidad eclesial*: afanarse en la defensa de la Iglesia, amándola, obedeciéndola y sintiendo en todo con Ella (R.33,268, BS-393).

d. *Espiritualidad del* «*siempre más*»: tender al mayor grado posible de santidad y combatir en primera fila como fuerzas de choque, atreviéndose a todo por la gloria de Dios (R-12, 269, BS-379,678,722).

32.º ¿Cuál es la finalidad de los Ejercicios Espirituales?

Formar perfectos y absolutos seguidores de Cristo, mediante la identificación afectiva, intelectual y volitiva con Cristo:

a. *En un plano ontológico*: vida de la gracia (1.ª semana).
b. *En un plano psicológico*: aceptación de la dinámica del Reino (2.ª semana).
c. *En un plano místérico*: Misterio Pascual de Muerte y Resurrección (3.ª y 4.ª semanas).
d. *En un plano ministerial*: proyectando en la propia vida la triple misión de Cristo (sacerdotal, profética y real).

e. Elementos orgánicos de una Congregación Mariana

33.º ¿Cuáles son los principales elementos u órganos de una CC. MM.?

Los principales elementos u órganos de una CC. MM. son cuatro: la Junta de Gobierno, los Actos de Congregación, las Actividades y Equipos y la Instrucción de los propios candidatos.

34.º ¿En quién reside el poder de gobernar una CC. MM.?

El poder de gobernar una CC. MM. reside en el consiliario, el cual comparte este poder con la Junta de Gobierno, valiéndose también de los otros encargados no pertenecientes a la junta para la ejecución de las necesidades de la vida de la Consagración (BS-410, R-16, R-18, R-19).

35.º ¿Cómo y con qué frecuencia se eligen los miembros de la Junta de Gobierno?

Cada CC. MM. decide la frecuencia y el modo de renovación de la Junta de Gobierno (R-18, R-20, R-21).

36.º ¿Para qué se reúne la Junta de Gobierno?

La Junta de Gobierno se reúne, al menos una vez al mes, para tratar de la Congregación y de las disposiciones que han de tomarse en orden a conseguir la buena marcha y los fines propios de la Congregación. Sus miembros asisten con voz y voto (R-49, R-50).

37.º ¿Qué tipos de actos ordinarios tiene la Congregación?

La Congregación tiene tres tipos de actos ordinarios:

a. *Los de tipo espiritual*, a cargo, principalmente, del Consiliario.
b. *Los de tipo funcional o activo*, para hacer participar a todos los Congregantes en la marcha de la Congregación.
c. *Los de tipo social o comunitario*, para fomentar la unión y conocimiento entre los congregantes (R-5, R-6).

38.º ¿Qué importancia tiene la instrucción de los candidatos que desean ingresar en una CC. MM.?

La preparación metódica de los candidatos ha de ser la obra predilecta de la CC. MM., ya que de ella depende la vida y florecimiento de la misma (R-23).

39.º ¿Para qué se establecen el postulantado y el aspirantado?

El postulantado se establece para que el candidato pueda conocer teórica y prácticamente qué es la Congregación y se determine o renuncie a ingresar en ella. El aspirantado, para que el candidato dé pruebas de fidelidad y constancia en el cumplimiento de todas las reglas de las CC. MM. antes de entrar definitivamente en la Congregación (R-24).

40.º ¿Quiénes, en general, pueden decirse aptos para ingresar en una CC. MM.?

En general, pueden decirse aptos para ingresar en una CC. MM. aquellos que, no contentos con un género de vida vulgar y corriente, con ansia preparan en su corazón ascensiones, aun las más arduas, según las normas ascéticas y

los ejercicios de piedad que las reglas les proponen. De ahí la necesidad de selección y exigencia, pues la CC. MM. no es obra de masas sino de selectos (BS-412, R-23).

f. Signos externos de las CC. MM. y unión entre ellas

41.º ¿Qué significa la medalla de la Congregación?

La medalla de la Congregación es la prenda que la Santísima Virgen otorga al congregante, como signo de predilección para con su nuevo caballero.

42.º ¿Qué uso debe hacer el congregante de la medalla?

Conviene que el congregante lleve siempre la medalla pendiente sobre el pecho y, al menos siempre que comulgue o asista a un acto público de la Congregación, debe llevarla colgada de un modo visible.

43.º ¿Qué significa la insignia de la Congregación?

La insignia de la Congregación es el signo exterior del consagrado y significa la profesión pública de los ideales de la Congregación, por lo cual debe llevarse puesta constantemente.

44.º ¿Qué unión debe existir entre los miembros de una Congregación?

La unión que debe existir entre ellos ha de ser verdaderamente fraternal, de modo que la CC. MM. se parezca lo más posible a un verdadero hogar (R-45).

5. Caballeros del Santísimo Sacramento[122]

Con el fin de que nunca cese el culto de fe, amor y agradecimiento a Cristo, presente en la Eucaristía, nacen las *Cofradías del Santísimo Sacramento*, que «se desarrollan antes, incluso, que la festividad del Corpus Christi. La de los

122. Seguimos libremente a José María Iraburu, *La adoración eucarística*, Fundación Gratisdate, Pamplona 2001.

Penitentes grises, en Avignon se inicia en 1226, con el fin de reparar los sacrilegios de los albigenses; y sin duda no es la primera»[123]. Con unos u otros nombres y modalidades, las Cofradías Eucarísticas se extienden ya a fin del siglo XIII por la mayor parte de Europa.

Estas Cofradías aseguran la adoración eucarística, la reparación por las ofensas y desprecios contra el Sacramento, el acompañamiento del Santísimo cuando es llevado a los enfermos o en procesión, el cuidado de los altares y capillas del Santísimo, etc.

Todas estas hermandades, centradas en la Eucaristía, son agregadas en una archicofradía del Santísimo Sacramento por Paulo III en la Bula *Dominus Noster Jesus Christus*, en 1539, y tienen un influjo muy grande y benéfico en la vida espiritual del pueblo cristiano. Algunas, como la *Compañía del Santísimo Sacramento*, fundada en París en 1630, llegaron a formar escuelas completas de vida espiritual para los laicos.

Su fundador fue el Duque de Ventadour, casado con María Luisa de Luxemburgo. En 1629, ella ingresa en el Carmelo y él toma el camino del sacerdocio[124].

Las asociaciones y obras eucarísticas se multiplican en los últimos siglos: la *Guardia de Honor*, la *Hora Santa*, los *Jueves sacerdotales*, la *Cruzada Eucarística*, *la Procesión del Corpus* (de entre ellos se nombran los ministros extraordinarios de la Eucaristía), etc.

Atención especial merece hoy, por su difusión casi universal en la Iglesia Católica, la *adoración nocturna*. Aunque tiene varios precedentes, como más tarde veremos, en su forma actual procede de la asociación iniciada en París por Hermann Cohen el 6 de diciembre de 1848.

Inspirados en estos ejemplos, puede ser de gran ayuda tener en la parroquia una cofradía o hermandad, que puede tomar el nombre de Caballeros del Santísimo Sacramento, que organice y participe en las noches heroicas, en congresos eucarísticos, en las procesiones de Corpus Christi, en la adoración a Jesús Sacramentado y en las bendiciones eucarísticas.

123. É. Bertaud, *Dévotion eucharistique; esquisse historique*, DSp IV, 1632.
124. E. Levesque, DSp II, 1301-1305.

6. Los monaguillos

La experiencia de los monaguillos es inolvidable porque marca a fuego para siempre sus vidas. Por eso es muy común que los hombres se presenten muchas veces con un «Yo fui monaguillo» y suelen agregar en qué parroquia y el nombre del párroco.

Es estar muy cerca del lugar dónde se desarrolla lo más importante que tiene la Iglesia: El banquete sacrificial de nuestro Señor.

En nuestros tiempos tenía algunos aspectos remarcables la liturgia. Era en una lengua distinta a la materna, debíamos responder en latín. Los funerales, generalmente, eran cantados, de tal modo que sabíamos de memoria incluso el prefacio y el canon. Durante el triduo pascual no se tocaban las campanas, una suerte de distractiva matraca de madera grande advertía los momentos principales. El «*Exsúltet*» nos elevaba al cielo. Se tapaban las imágenes con velos violetas y destaparlas era tarea sólo para experimentados. Sobre todo, la mayor intimidad con el Señor iba inspirando en nuestra inteligencia la posibilidad, tal vez nunca explicitada, de ser algún día sacerdote. Esa intimidad no se pierde jamás. Si pudimos sobrevivir a todos los ataques recibidos de todo tipo, en parte se debe a que nadie puede borrar de nuestra experiencia lo que vivimos ya desde monaguillos.

Participábamos en los Bautismos, Confirmaciones, Matrimonios (con la insinuación al padrino de acordarse de nuestras moneditas), etc. Teníamos nuestro lugar donde estaban los roperos con sotanitas rojas y negras (sólo para los funerales), los roquetes impecablemente blancos para todas las circunstancias y las capitas.

Se refiere a nosotros Juan Pablo II, quien también fue monaguillo: «Precisamente en esta perspectiva, queridos hermanos sacerdotes, junto con otras iniciativas, cuidad especialmente de los monaguillos, que son como un "vivero" de vocaciones sacerdotales. El grupo de acólitos, atendidos por vosotros dentro de la comunidad parroquial, puede seguir un itinerario valioso de crecimiento cristiano, formando como una especie de preseminario. Educad a la parroquia, familia de familias, a que vean en los acólitos a sus hijos, "como renuevos de olivo" alrededor de la mesa de Cristo, Pan de vida (cf. Sal 127,3).

Aprovechando la colaboración de las familias más sensibles y de los catequistas, seguid con solicitud al grupo de los acólitos para que, mediante el servicio del altar, cada uno de ellos aprenda a amar cada vez más al Señor Jesús, lo reconozca realmente presente en la Eucaristía y aprecie la belleza de la liturgia. Todas las iniciativas en favor de los acólitos, organizadas en el ámbito diocesano o de las zonas pastorales, deben ser promovidas y animadas, teniendo siempre en cuenta las diversas fases de edad. En los años de ministerio episcopal en Cracovia he podido apreciar lo provechoso que es dedicarse a su formación humana, espiritual y litúrgica. Cuando niños y adolescentes desempeñan el servicio del altar con alegría y entusiasmo, ofrecen a sus coetáneos un elocuente testimonio de la importancia y belleza de la Eucaristía. Gracias a la gran sensibilidad imaginativa propia de su edad, y con las explicaciones y el ejemplo de los sacerdotes y de los compañeros mayores, también los más pequeños pueden crecer en la fe y apasionarse por las realidades espirituales.

En fin, no olvidéis que los primeros "apóstoles" de Jesús, Sumo Sacerdote, sois vosotros mismos: vuestro testimonio cuenta más que cualquier otro medio o subsidio. En la regularidad de las celebraciones dominicales y diarias, los acólitos se encuentran con vosotros, en vuestras manos ven "realizarse" la Eucaristía, en vuestro rostro leen el reflejo del Misterio, en vuestro corazón intuyen la llamada de un amor más grande. Sed para ellos padres, maestros y testigos de piedad eucarística y santidad de vida»[125].

Nuestro patrono de monaguillos nos protegía, como recordaba Benedicto XVI, quien fue monaguillo: «Luego la estatua [de San Tarsicio] será colocada en las catacumbas de San Calixto, donde San Tarsicio fue sepultado. El deseo que expreso a todos es que ese lugar, es decir, las catacumbas de San Calixto, y esta estatua se conviertan en un punto de referencia para los monaguillos y para quienes desean seguir a Jesús más de cerca a través de la vida sacerdotal, religiosa y misionera. Todos podemos contemplar a este joven valiente y fuerte, y renovar el compromiso de amistad con el Señor mismo para aprender a vivir siempre con él, siguiendo el camino que nos señala con su Palabra y el testimonio de tantos santos y mártires, de los cuales, por medio del Bautismo, hemos llegado a ser hermanos y hermanas.

125. San Juan Pablo II, *Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo*, (28/3/2004).

¿Quién era San Tarsicio? No tenemos muchas noticias de él. Estamos en los primeros siglos de la historia de la Iglesia; más exactamente en el siglo III. Se narra que era un joven que frecuentaba las catacumbas de San Calixto, aquí en Roma, y era muy fiel a sus compromisos cristianos. Amaba mucho la Eucaristía, y por varios elementos deducimos que probablemente era un acólito, es decir, un monaguillo. Eran años en los que el emperador Valeriano perseguía duramente a los cristianos, que se veían forzados a reunirse a escondidas en casas privadas o, a veces, también en las catacumbas, para escuchar la Palabra de Dios, orar y celebrar la Santa Misa. También la costumbre de llevar la Eucaristía a los presos y a los enfermos resultaba cada vez más peligrosa. Un día, cuando el sacerdote preguntó, como solía hacer, quién estaba dispuesto a llevar la Eucaristía a los demás hermanos y hermanas que la esperaban, se levantó el joven Tarsicio y dijo: "Envíame a mí". Ese muchacho parecía demasiado joven para un servicio tan arduo. "Mi juventud –dijo Tarsicio– será la mejor protección para la Eucaristía". El sacerdote, convencido, le confió aquel Pan precioso, diciéndole: "Tarsicio, recuerda que a tus débiles cuidados se encomienda un tesoro celestial. Evita los caminos frecuentados y no olvides que las cosas santas no deben ser arrojadas a los perros ni las perlas a los cerdos. ¿Guardarás con fidelidad y seguridad los Sagrados Misterios?". "Moriré –respondió decidido Tarsicio– antes que cederlos". A lo largo del camino se encontró con algunos amigos, que acercándose a él le pidieron que se uniera a ellos. Al responder que no podía, ellos –que eran paganos– comenzaron a sospechar e insistieron, dándose cuenta de que apretaba algo contra su pecho y parecía defenderlo. Intentaron arrancárselo, pero no lo lograron; la lucha se hizo cada vez más furiosa, sobre todo cuando supieron que Tarsicio era cristiano; le dieron puntapiés, le arrojaron piedras, pero él no cedió. Ya moribundo, fue llevado al sacerdote por un oficial pretoriano llamado Cuadrado, que también se había convertido en cristiano a escondidas. Llegó ya sin vida, pero seguía apretando contra su pecho un pequeño lienzo con la Eucaristía. Fue sepultado inmediatamente en las catacumbas de San Calixto. El Papa San Dámaso hizo una inscripción para la tumba de San Tarsicio, según la cual el joven murió en el año 257. El Martirologio Romano fija la fecha el 15 de agosto y en el mismo Martirologio se recoge una hermosa tradición oral, según la cual no se encontró el Santísimo Sacramento en el cuerpo de San Tarsicio, ni en las manos ni entre sus vestidos. Se explicó que la partícula consagrada, defendida con la vida por el pequeño mártir, se había convertido en carne de su carne, formando así con su mismo cuerpo una única hostia inmaculada ofrecida a Dios…

Me dirijo a vosotros, aquí presentes, y por medio de vosotros a todos los monaguillos del mundo. Servid con generosidad a Jesús presente en la Eucaristía. Es una tarea importante, que os permite estar muy cerca del Señor y crecer en una amistad verdadera y profunda con él. Custodiad celosamente esta amistad en vuestro corazón como San Tarsicio, dispuestos a comprometeros, a luchar y a dar la vida para que Jesús llegue a todos los hombres. También vosotros comunicad a vuestros coetáneos el don de esta amistad, con alegría, con entusiasmo, sin miedo, para que puedan sentir que vosotros conocéis este Misterio, que es verdad y que lo amáis. Cada vez que os acercáis al altar, tenéis la suerte de asistir al gran gesto de amor de Dios, que sigue queriéndose entregar a cada uno de nosotros, estar cerca de nosotros, ayudarnos, darnos fuerza para vivir bien. Como sabéis, con la consagración, ese pedacito de pan se convierte en Cuerpo de Cristo, ese vino se convierte en Sangre de Cristo. Sois afortunados por poder vivir de cerca este inefable misterio. Realizad con amor, con devoción y con fidelidad vuestra tarea de monaguillos. No entréis en la iglesia para la celebración con superficialidad; antes bien, preparaos interiormente para la Santa Misa. Ayudando a vuestros sacerdotes en el servicio del altar contribuís a hacer que Jesús esté más cerca, de modo que las personas puedan sentir y darse cuenta con más claridad de que él está aquí; vosotros colaboráis para que él pueda estar más presente en el mundo, en la vida de cada día, en la Iglesia y en todo lugar. Queridos amigos, vosotros prestáis a Jesús vuestras manos, vuestros pensamientos, vuestro tiempo. Él no dejará de recompensaros, dándoos la verdadera alegría y haciendo que sintáis dónde está la felicidad más plena. San Tarsicio nos ha mostrado que el amor nos puede llevar incluso hasta la entrega de la vida por un bien auténtico, por el verdadero bien, por el Señor»[126].

7. Juventud Obrera Católica (JOC)

Si la parroquia está inmersa en un barrio eminentemente obrero sería de mucho provecho encarar un apostolado específico para ellos, como el de la JOC y las intuiciones del cardenal Joseph Cardijn[127].

126. Benedicto XVI, *Audiencia General*, (4/8/2010).
127. Cf. Roger Aubert, «La JOC y las Intuiciones de Joseph Cardijn». Los textos fueron extraídos de *El Mensaje de la JOC a los jóvenes del mundo obrero.* Selección de textos de Joseph Cardijn, Coedición JOC y CIJOC, Madrid 1997, pp. 8-13.

La JOC nació en Bélgica en el año 1925 por obra del joven sacerdote Joseph Cardijn, hijo de una familia obrera y cristiana. Profundamente impresionado por las condiciones indignas de vida de los jóvenes obreros y su progresivo alejamiento de la fe y la Iglesia comenzó a constituir, a partir de la fe y esta toma de conciencia de la situación, grupos de jóvenes obreros: serían el punto de partida para el movimiento de la JOC.

Cardijn cree profundamente en estos jóvenes, a pesar de su incultura y la explotación en que viven: «Ellos son capaces de protagonizar su propia liberación» sin abandonar el propio ambiente obrero y juvenil. Son ellos mismos los que deben convertirse en apóstoles de sus propios compañeros.

Para ello era necesaria una nueva estrategia pastoral, diferente a la habitualmente utilizada entonces por la Iglesia. Pone en marcha un método original de evangelización, revolucionario en aquella época: la revisión de vida obrera. Este método mira tanto al cambio de las personas como a la transformación del entorno social.

No se trata de sacar al joven de su ambiente obrero para protegerlo de los riesgos que allí puede encontrar, se trata de hacer de él un «joven obrero cristiano», activo en medio de su ambiente, para transformarlo estando dentro de él (como el pez en el agua), y actuando a modo de levadura en medio de la masa.

Las convicciones de fondo de esta experiencia explican el sentido profundo o la razón de ser de la JOC desde su origen. Cardijn lo expresaba diciendo que la JOC se apoya y enraíza sobre tres convicciones o «verdades fundamentales»:

1.º Una verdad de experiencia: la vida misma de los jóvenes trabajadores, las condiciones indignas de trabajo y formación en que viven estos jóvenes.

2.º Una verdad de fe: el destino eterno y temporal de todos y cada uno de los jóvenes trabajadores como hijos de Dios; destino o dignidad que está en contradicción con las condiciones concretas de vida que tienen.

3.º Una verdad pastoral o de método: la necesidad de una organización cristiana y una acción conducida por los propios jóvenes trabajadores para ir haciendo realidad esta dignidad suya de hijos de Dios.

De estas tres verdades surge y se desarrolla toda la mística, la metodología y el trabajo pastoral de la JOC. El testimonio de vida de miles de jóvenes jocistas

así lo atestigua. Esta atención a la vida y la acción posibilitó que la JOC conectara con la rica tradición del movimiento obrero y popular, donde su aportación es significativa: muchos militantes obreros han comenzado su trayectoria militante en la JOC, que ha marcado definitivamente sus vidas.

Esta propuesta pastoral caló rápida y profundamente en la Iglesia: la JOC se extendió de manera sorprendente por los cinco continentes. Su originalidad metodológica (revisión de vida), así como la valoración del laico, responsable y protagonista en la Iglesia, fue ampliamente recogida por la doctrina del Concilio Vaticano II y otros documentos de la Iglesia.

Esta misma expansión de la JOC en muchos países ayudó a tomar conciencia de que la vida de todo joven trabajador tiene una dimensión internacional. La JOC se va abriendo progresivamente a esta dimensión. El encuentro de miles de jocistas venidos de todo el mundo a Roma en el 1957 fue la confirmación de su internacionalidad. Es entonces cuando se constituye la JOC Internacional (JOCI): estructura de coordinación y apoyo, cauce de comunicación e intercambio de la vida y acción de los diversos movimientos de JOC en el mundo.

Después del Concilio, y coincidiendo con unos años de situación compleja a nivel internacional, vinieron también para la JOC tiempos difíciles. La JOCI entró en una profunda crisis; en la que se cuestionaron o modificaron, desde la propia JOCI, los objetivos fundamentales u orientaciones originales de la JOC. Se planteó la JOC según un proyecto de radical secularización y como alternativa al movimiento obrero.

Esta crisis prolongada, y sin perspectiva de recuperación, ponía en peligro la continuidad de una realidad preciosa para el mundo obrero y para la Iglesia. Con vistas a dar una salida nueva a dicha situación, en el año 1986 varios movimientos nacionales de la JOC toman una decisión comprometida: constituir la CIJOC (Coordinación Internacional de las JOC).

La CIJOC nace para abrir a la JOC las puertas de un futuro enraizado en la historia y las convicciones originales que empujaron su nacimiento. Es reconocida como Organización Internacional Católica y está compuesta por unos cuarenta movimientos nacionales de JOC que creen en la importancia del intercambio y la confrontación de sus propias experiencias, colaborando asimismo al surgimiento de la JOC en otros países.

Los objetivos con los que se constituye la CIJOC son:

– Restablecer entre los objetivos fundamentales de la JOC el testimonio y el anuncio de Jesucristo, desde una clara pertenencia a la Iglesia.
– Establecer entre los diversos movimientos nacionales una coordinación, sin la intención de ser un organismo centralizado.
– Desplegar el dinamismo educativo de los jóvenes trabajadores desde una perspectiva evangelizadora.
– Formar a los propios militantes para el compromiso sindical y social, sin pretender ser alternativa al sindicato.

a. Objetivos y características de la JOC

Los objetivos y características de la JOC son vividos y expresados en la propia historia y vida del movimiento: la evangelización y educación de los jóvenes del mundo obrero, lo que implica el desarrollo humano integral en los diversos aspectos o facetas de su vida.

Es, por tanto, un movimiento educativo y evangelizador. Este proceso lo desarrolla por medio de la acción, realizada y dirigida por los propios jóvenes, a través del método de la revisión de vida y la acción campaña. Es un movimiento misionero que anuncia y realiza el mensaje y la salvación de Jesucristo a la persona de cada joven y al ambiente de los jóvenes obreros.

La presencia y acción evangelizadora la JOC la lleva a cabo tanto en contextos más secularizados (donde la parroquia está menos presente y la JOC desarrolla un trabajo más misionero) como en contextos más eclesiales (donde es preciso cualificar la religiosidad popular y suscitar una actitud de promoción humana).

La JOC inserta estos objetivos en una doble fidelidad:

1.º *La fidelidad a la clase obrera*: la JOC arranca en su origen del grito de los jóvenes trabajadores, de su explotación por horarios extenuantes y la humillación social. La JOC forma parte de este pueblo explotado. Por eso une su fuerza al movimiento obrero, a su lucha por la emancipación y el desarrollo, por una liberación radical y un nuevo orden económico y social. Su aportación específica consiste en ser un movimiento educativo.

Esta característica obrera y popular es para la JOC esencial y determinante; junto a la juvenil, indican el ambiente, el contexto y la cultura en la que viene a insertarse la fe cristiana;

2.º *La fidelidad a Jesucristo*: la JOC aporta su propuesta cristiana específica como un proceso de liberación de los jóvenes trabajadores. Ofrece a los jóvenes la posibilidad de conocer y creer en Jesucristo, hombre libre y liberador, crucificado y resucitado por el Padre, signo definitivo del amor de Dios. Esta experiencia de fe se vive tanto en la pequeña comunidad (equipo de militantes) como en la gran comunidad de la Iglesia.

Históricamente esta profunda experiencia y sentido eclesial ha hecho que la Iglesia reconozca la JOC como auténtica Acción Católica, una Acción Católica especializada.

La JOC es un movimiento autónomo, dirigido y organizado por los propios jóvenes: un movimiento de seglares, laicos. Y a su vez es un movimiento que se dirige a la masa, no a un grupo selecto de jóvenes.

Su sentido internacional le lleva a tomar conciencia de las relaciones de dependencia del sur respecto al norte, y por tanto a poner en cuestión el sistema económico capitalista, su modelo de desarrollo, causa del sufrimiento, el hambre y la pobreza del tercer mundo.

Estos objetivos pastorales y de liberación que la JOC se plantea con los jóvenes trabajadores los realiza fundamentalmente, aunque no de manera exclusiva, por medio de la metodología de la revisión de vida. A través de sus tres momentos fundamentales (ver, juzgar, actuar) los jóvenes aprenden a mirar y analizar en profundidad la realidad, a contemplar y valorarla desde el plan de Dios, realizado en la persona de Jesús, y a comprometerse activamente, individualmente y en equipo, al cambio personal y social, como respuesta de fe.

La JOC ayuda a relanzar también en la Iglesia, con toda su urgencia, el problema de la atención a los trabajadores: la pastoral obrera. No se puede pensar en una pastoral indiferenciada o separada de la vida, la fe debe calar la existencia cotidiana.

Recuerdo haberlo escuchado en la Federación Argentina de Box, Castro Barros 75, ciudad de Buenos Aires (Argentina). Julio Meinvielle fue quien la fundó en nuestro país, de allí que en su parroquia «Nuestra Señora de la Salud»

de Versailles la JOC lleva el n.1. Socio de la misma fue el padre Pablo Di Benedetto. Sacaban una hermosa revista «Notas de pastoral jocista» dirigida por el padre Osvaldo Ganchegui, en la que colaboraban muchos, por ejemplo, Mons. Eduardo Pironio.

C. El oficio de pastorear

1. Los Consejos Parroquiales

La palabra consejo, que viene del latín *consilium*, significa según las dos primeras acepciones del *Diccionario de la Real Academia Española*: 1.º Parecer o dictamen que se da o toma para hacer o no hacer algo; 2.º Órgano colegiado con la función de informar al Gobierno o a la Administración sobre determinadas materias: por ejemplo *Consejo económico y social, de Estado, de Universidades, escolar*[128].

Del mismo modo que para otras instituciones y modos de gobierno hay consejos establecidos que ayudan al que tiene la función de regir, así también el Código tiene en cuenta este modo de colaboración, por eso legisla que en la parroquia haya consejos, de modo especial el pastoral y el económico[129].

a. El Consejo Pastoral[130]

Establece el *Código de Derecho Canónico*: «Si es oportuno, a juicio del obispo diocesano, oído el consejo presbiteral, se constituirá en cada parroquia un Consejo Pastoral, que preside el párroco y en el cual los fieles, junto con aquellos que participan por su oficio en la cura pastoral de la parroquia, presten su colaboración para el fomento de la actividad pastoral. El Consejo Pastoral tiene voto meramente consultivo, y se rige por las normas que establezca el obispo diocesano»[131].

---

128. Cf. Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, Madrid 2001, t. I, p. 629.
129. Cf. CIC, cc. 536-537.
130. Cf. Francesco Coccopalmerio, *La Parrocchia. Tra Concilio Vaticano II e Codice di Diritto Canonico*, Edizioni San Paolo, Cinisello Balsamo (Mi) 2000, pp. 207-228; *Apostolorum Successores*, 184; José Díaz, «Consiglio Pastorale parrocchiale», citado por: Carlos Corral Salvador – Velasio De Paolis – Gianfranco Ghirlanda, *Nuovo Dizionario di Diritto Canonico*, Edizioni San Paolo, Cinisello Balsamo (Mi) 1996, pp. 303-305; S. Berlingò, «Il Consiglio Pastorale della parrocchia», citado en *La parrocchia*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 1997, pp. 249-266.
131. CIC, can. 536.

La oportunidad de constituir un Consejo puede depender de varias circunstancias, como la utilidad efectiva o la condición y situación de la parroquia. Es el obispo diocesano quien tiene la misión de verificarla y dado el caso, de establecer las normas por las cuales se debe regir el Consejo, las cuales implican tanto lo doctrinal, es decir, la estructura y actividad de la parroquia, la función de los laicos en ella, la relación entre fieles y párroco, como también otros aspectos, como son la composición del Consejo, duración de los miembros, el modo de proceder en las asambleas, etc.

El Consejo Parroquial de pastoral como forma institucional expresa la participación de todos los fieles, de cualquier estado canónico, en la misión de la Iglesia. Por eso, pueden ser parte de él, además del párroco y los vicarios, los que participan de modo activo en la pastoral de la parroquia, como los catequistas, los ministros de liturgia, los miembros de grupos u obras parroquiales, como *Caritas* y también los demás fieles de la parroquia. Si bien estrictamente no representa a los fieles, el Consejo debería ser una imagen de la porción del pueblo de Dios que conforma la parroquia, y sus miembros deben ser escogidos teniendo en cuenta sus condiciones sociales y profesiones, así como también la parte que tienen en el apostolado, tanto personalmente como asociados con otros. Todos los miembros del Consejo Pastoral deben estar en plena comunión con la Iglesia Católica y destacar por la seguridad de su fe, buenas costumbres y prudencia[132].

Su finalidad es la de aconsejar al párroco respecto a las actividades pastorales en la parroquia: como por ejemplo el plan pastoral, las diversas iniciativas misioneras, catequéticas y apostólicas de la parroquia, los medios para mejorar la formación doctrinal y la vida sacramental de los fieles, y sobre todo sugerir conclusiones prácticas sobre ellas. No obstante, el trabajo del Consejo es de naturaleza consultiva, y se debe caracterizar por un delicado respeto al párroco y de la autonomía de los fieles, solos o asociados, sin pretensiones de dirección o coordinación extrañas a su naturaleza. Sin embargo, el párroco debe tener en la debida consideración el parecer de los miembros del Consejo, en cuanto colaboración responsable de la comunidad eclesial en su oficio.

Es conveniente que el párroco convoque al Consejo de modo periódico, y a él corresponde proponer las cuestiones que hay que examinar, presidir las

132. Cf. CIC, can. 512 § 1.

reuniones, y determinar el modo de ejecución de las conclusiones. Para que el trabajo del Consejo sea más eficaz, es de gran utilidad que las reuniones estén precedidas por un adecuado estudio preparatorio, sirviéndose para este fin de la ayuda de las instituciones y de los departamentos pastorales diocesanos.

Además, es de provecho que los párrocos traten en las reuniones con su obispo la actividad del Consejo Pastoral parroquial, de tal manera que cada uno en su propia parroquia pueda utilizar la experiencia de los otros.

b. El Consejo Económico[133]

En cada diócesis se debe constituir un *Consejo de Asuntos Económicos*, presidido por el obispo o por su delegado[134]. Consejos de este tipo deberán constituirse también en cada una de las parroquias y en las demás personas jurídicas[135]. Para formar parte de estos organismos, se confiará en fieles seleccionados por su conocimiento de la materia económica y del derecho civil, dotados de reconocida honestidad y de amor a la Iglesia y al apostolado. En donde esté instituido el ministerio, habrá que hacer que los diáconos permanentes participen en estos organismos, según su propio carisma.

1.º En el ámbito diocesano

En razón de la presidencia que le corresponde en la Iglesia particular, corresponde al obispo la organización de todo lo relacionado con la administración de los bienes eclesiásticos, mediante oportunas normas e indicaciones, de acuerdo con las directivas de la Sede Apostólica y sirviéndose de las eventuales orientaciones y subsidios de la Conferencia Episcopal[136].

133. Cf. *Apostolorum Successores*, 188-192; José Díaz, «Consiglio parrocchiale per gli affari economici», citado por: Carlos Corral Salvador – Velasio De Paolis – Gianfranco Ghirlanda, *Nuovo Dizionario di Diritto Canonico*, Edizioni San Paolo, Cinisello Balsamo (Mi) 1996, pp. 300-301; Velasio De Paolis, «Il Consiglio per gli affari economici ed i beni patrimoniali della parrocchia», citado en: *La parrocchia*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 1997, pp. 267-288; Francesco Coccopalmerio, *La Parrocchia. Tra Concilio Vaticano II e Codice di Diritto Canonico*, Edizioni San Paolo, Cinisello Balsamo (Mi) 2000, pp. 251-259.
134. Cf. CIC, can. 492.
135. Cf. CIC, cc. 537.1280.
136. Cf. CIC, can. 1276 § 2.

Además, en cuanto único administrador de la diócesis, le corresponde:

– Vigilar, para que no se introduzcan abusos, sobre la administración de todos los bienes de las *personas jurídicas* que le están sujetas[137]; después de haber escuchado el Consejo diocesano para asuntos económicos, establecer mediante decreto cuáles actos exceden los límites y las modalidades de la administración ordinaria; enajenar, con el consentimiento del Consejo diocesano de asuntos económicos y del Colegio de Consultores, los bienes que por su valor están entre la cantidad mínima y la máxima establecida por la Conferencia Episcopal. Para la enajenación de los bienes cuyo valor excede la cantidad máxima, de un *ex voto* o de objetos preciosos de valor artístico o histórico, se requiere igualmente el permiso de la Santa Sede[138];
– Dar ejecución a las donaciones y disposiciones *mortis causa* (llamadas pías voluntades) en favor de las causas pías. En estos casos deberá cumplir o hacer cumplir la voluntad de los benefactores[139].

En la administración de los bienes, supuesta siempre la observancia de la justicia, el obispo debe ocuparse en primer lugar de las necesidades del culto, de la caridad, del apostolado y del sostenimiento del clero, subordinando a ellas cualquier otra finalidad.

2.º En el ámbito parroquial

El código establece que en toda parroquia ha de haber un consejo de asuntos económicos que se rige, además del derecho universal, por las normas que haya establecido el obispo diocesano, y en el cual los fieles, elegidos según esas normas, prestan su ayuda al párroco en la administración de los bienes de la parroquia, sin perjuicio de la obligación que el párroco tiene de representar a la parroquia en todos los negocios jurídicos y de cuidar de que los bienes de la parroquia se administren conforme a la norma del derecho canónico[140].

137. Cf. CIC, can. 1276 § 1.
138. Cf. CIC, cc. 392 § 2; 1281 §§ 1-2; 1292 §§ 1-2.
139. Cf. CIC, cc. 1300.1301.
140. Cf. CIC, cc. 537.532.1281-1288.

La principal diferencia con el Consejo Pastoral es la obligatoriedad de constituir el de asuntos económicos, incluso en las parroquias más pequeñas o de pocos ingresos económicos.

Algunas cosas a tener en cuenta:

1.º El Consejo Parroquial para los asuntos económicos es presidido por el párroco, como representante de la parroquia[141] y debe ser compuesto por un número de fieles proporcionado a la grandeza de la parroquia, nunca menos de dos, que sean de probada integridad moral y que, en lo posible, tengan experiencia en el campo económico-administrativo y conozcan la legislación canónica y civil sobre los bienes temporales, así como los eventuales acuerdos o leyes civiles referentes a los bienes eclesiásticos.

2.º Los miembros del Consejo son nombrados por el párroco –conviene que se aconseje con personas prudentes–, siguiendo la normativa del derecho y las disposiciones diocesanas, y dicha nomina es por tiempo determinado y puede ser renovable.

3.º La función del Consejo es ayudar al párroco en la administración de los bienes económicos de la parroquia, hacer un presupuesto anual y de hacer un balance a fin de año, dando cuenta de los ingresos y egresos[142].

3.º Principales criterios para la administración de bienes

Los principales criterios que deben guiar la administración de bienes son los siguientes:

a. *El criterio de competencia pastoral y técnica*: La administración económica de la parroquia se confíe a personas que, además de honestas, sean competentes, de manera que sea ejemplo de transparencia para las demás instituciones eclesiásticas análogas. El párroco, en efecto, debe pedir la colaboración del Consejo de Asuntos Económicos en aquellas materias determinadas por la ley universal de la Iglesia, así como cuando la importancia del caso o sus particulares circunstancias impongan esta regla de prudencia.

141. Cf. CIC, can. 532.
142. Cf. CIC, can. 494.

b. *El criterio de participación*: El párroco puede hacer partícipe a los fieles de las decisiones importantes que desee adoptar en materia económica, y pedirle su parecer. Según la naturaleza del caso, puede ser útil interpelar también al Consejo parroquial de pastoral.

   Es igualmente oportuno que la comunidad parroquial esté al corriente de la situación económica de la parroquia. Por lo tanto, a menos que la prudencia exija otra cosa, el párroco mandará publicar los informes económicos al final de cada año y cuando se concluyan las obras parroquiales.

c. *El criterio ascético*, que, según el espíritu evangélico, exige que los discípulos de Cristo usen del mundo como si no lo usaran (cf. 1 Co 7,31), debiendo por lo tanto ser moderados y desinteresados, confiar en la divina providencia y ser generosos con los necesitados, conservando siempre el vínculo del amor.

d. *El criterio apostólico*, que induce a utilizar los bienes como instrumento al servicio de la evangelización y la catequesis. Esta regla debe guiar el uso de los medios de comunicación y de la informática, la organización de las exposiciones y muestras de arte sagrada, las visitas guiadas a monumentos religiosos, etc.

e. *El criterio del buen padre de familia* en el modo diligente y responsable de conducir la administración[143]. Como expresiones específicas de este criterio, el párroco:

   – Cuidará de asegurar la propiedad de los bienes parroquiales en modo civilmente válido y hará cumplir las disposiciones canónicas y civiles, o aquellas impuestas por el fundador, el donante o la legítima autoridad. Además, vigilará para que no se produzca daño a la Iglesia por el incumplimiento de la ley civil.
   – Al confiar los trabajos observará y hará cumplir con cuidado las leyes civiles sobre el trabajo y la vida social, teniendo en cuenta los principios de la Iglesia.
   – Hará observar lo establecido por el derecho civil, especialmente en lo relativo a los contratos y a las disposiciones *mortis causa* en favor de la Iglesia.

143. Cf. CIC, can. 1284 § 1; *Pastores Gregis*, 20.

– Deberá conocer y hacer observar las decisiones de la Conferencia Episcopal y de su diócesis sobre los actos de administración extraordinaria y las condiciones para la cesión y arrendamiento de los bienes eclesiásticos.
– Proveerá a inculcar en los fieles y en los custodios de los bienes un fuerte sentido de responsabilidad para su conservación, de tal modo que empleen todas las medidas de seguridad para evitar los robos.
– Promoverá la realización y actualización de los inventarios, también fotográficos, en los cuales estén claramente enumerados y descritos los bienes inmuebles o muebles preciosos o de valor cultural.

4.º Participación de los fieles al sostenimiento de la Iglesia

El párroco proveerá con medios idóneos a fin de que los fieles sean educados para participar en el sostenimiento de la Iglesia, como miembros activos y responsables; de ese modo, todos sentirán como propias las obras de la Iglesia y sus actividades benéficas y se alegrarán de colaborar en la buena administración de los bienes.

2. *Caritas*. El ejercicio de la caridad[144]

Entre los distintos grupos parroquiales, debe ocupar un lugar importante *Caritas*, pues es el dedicado a manifestar el amor al prójimo, que nace del amor a Dios.

a. Siguiendo la huella de Cristo

Cristo dejó a sus discípulos el mandamiento del amor: «Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros» (Jn 13,34). La caridad es amar como Cristo. Para dar testimonio de este amor, los miembros de la Iglesia han dado vida a innumerables obras de caridad. La Iglesia sabe, en efecto, que su misión, aunque de naturaleza espiritual, abraza también los aspectos temporales

144. Seguimos libremente a *Apostolorum Successores*, 193-197.200.

de la vida humana, ya que la realización de los planes de Dios para el hombre une fuertemente el anuncio evangélico con la promoción humana[145]. Esta convicción se traduce en las múltiples formas de beneficencia y ayuda a los pobres, a los oprimidos, a los marginados, y a cuantos se encuentran en situación de indigencia y de debilidad, a quienes la Iglesia mira con *amor preferencial*[146].

Con igual atención y diligencia, la Iglesia trata de aliviar los *sufrimientos del alma* y los *sufrimientos del cuerpo* con sus obras asistenciales. Este esfuerzo se manifiesta en el deber cristiano de cumplir las obras de misericordia espirituales y corporales[147]. Estas obras han sido practicadas por la Iglesia desde sus inicios, mediante las limosnas (cf. Hch 9,36; Hb 13,16), la distribución de los bienes (cf. Hch 2,44-45; 4,32-37), las mesas comunes (cf. Hch 6,2) y las colectas para los pobres (cf. Hch 9,36.39; 10,2.31; Ga 2,9-10). Al inicio fueron escogidos siete hombres que los Apóstoles, con la oración y la imposición de las manos, destinaron a este ministerio de caridad (cf. Hch 6,2-6). También en la actual comunidad cristiana la caridad debe mantener su puesto preeminente y sugerir nuevas formas de asistencia y promoción social, que se unan a las tradicionales.

b. La parroquia, comunidad de caridad

El párroco, al mismo tiempo que cumple personalmente el deber de caridad según la condición de los feligreses y con todos los medios a su disposición, debe tratar de sembrar en todos los fieles reales sentimientos de caridad y de misericordia para con quienes por cualquier razón estén «fatigados y oprimidos» (Mt 11,28), de manera que en la parroquia reine la caridad como acogida y testimonio del mandamiento de Jesucristo[148]. De este modo, los fieles experimentarán que la Iglesia es una verdadera familia de Dios, congregada en el amor fraterno (cf. 1 P 1,22), y serán muchos los hombres y mujeres deseosos de seguir a Cristo.

Así el párroco provea a fin de que los fieles sean instruidos, exhortados y oportunamente ayudados a practicar todas las *obras de misericordia*, tanto

145. Cf. *Redemptoris Missio*, 59.
146. Cf. *Sollecitudo Rei Socialis*, 42.
147. Cf. *Salvifici Doloris*, 5.
148. Cf. *Christus Dominus*, 16; *Presbyterorum Ordinis*, 9; *Apostolicam Actuositatem*, 8; *Pastores Gregis*, 73.

personalmente en las circunstancias concretas de su vida, como participando en las distintas formas organizadas para el servicio de la caridad. De esta manera, se realiza en la vida cristiana la recíproca relación que existe entre predicación, liturgia y testimonio. Animados por la escucha de la Palabra y nutridos por los Sacramentos, los fieles se empeñarán en el ejercicio de la caridad que da prueba auténtica de la fe que profesan. En la caridad se manifiesta, en efecto, el mandamiento nuevo que revela al mundo la nueva naturaleza de los hijos de Dios.

El cuidado pastoral de la Iglesia se dirigirá también a los operadores sociales y a los *profesionales del mundo de la salud*, y con mayor razón si trabajan en instituciones sanitarias católicas, para que estos fieles descubran el significado vocacional de su trabajo profesional, que exige indudablemente competencia técnica, pero también una delicada sensibilidad ante las necesidades humanas y espirituales de las personas y de los pacientes[149].

c. Las obras de asistencia

Si en la parroquia ya existen obras de caridad y de asistencia, el párroco procure que crezcan y se perfeccionen cada vez más y, si es necesario, se creen otras, que respondan a las nuevas necesidades: sobre todo en el campo de la asistencia a la niñez, a la juventud, a los ancianos, a los enfermos e inválidos, a los inmigrantes y a los refugiados, para los cuales debe estar siempre abierta y disponible la diaconía de la caridad de la Iglesia[150].

Las grandes ciudades exigen de modo particular la creatividad de los pastores, ya que en las metrópolis la pobreza se manifiesta bajo nuevos aspectos: baste pensar en el gran número de obreros de distintas razas y naciones, en las familias sin vivienda y alimentación, en los jóvenes víctimas de la droga o del alcohol. No podemos tampoco olvidar las grandes pobrezas del espíritu, hoy cada vez más difundidas, como, por ejemplo, la falta del sentido de la vida, la soledad y la falta de esperanza.

149. Cf. *Salvifici Doloris*, 29.
150. Cf. *Apostolicam Actuositatem*, 8.

d. Espíritu genuino de las obras asistenciales de la Iglesia

Toda la actividad caritativa del párroco y de la comunidad cristiana debe destacar por rectitud, lealtad y magnanimidad, y manifestar así el amor gratuito de Dios al hombre, «que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos» (Mt 5,45).

Sin convertir jamás las obras de caridad en un instrumento de deshonesto proselitismo, el párroco y la comunidad se propongan dar a través de ellas testimonio del Evangelio y llevar los corazones a la escucha de la Palabra de Dios y a la conversión. Todas las obras de piedad y de asistencia realizadas por la comunidad cristiana deben manifestar el espíritu de caridad sobrenatural que las anima, para ser argumento elocuente que mueva los corazones a glorificar al Padre celestial (cf. Mt 5,16).

e. Relaciones entre caridad y liturgia

Para infundir en los fieles el sentido de la caridad cristiana, se debe enseñar que la participación activa y consciente en la liturgia, sobre todo en la *Eucaristía*, lleva necesariamente a la práctica de la caridad con los pobres y necesitados. Para expresar esta unión entre Eucaristía y caridad fraterna, promoverá la generosa oferta de dinero y de otros bienes, según las rúbricas y normas litúrgicas, incluso durante la celebración Eucarística.

Con la misma finalidad, se puede recurrir también a otras oportunas iniciativas: como la visita a los enfermos, a los encarcelados, a las familias pobres y a instituciones de este tipo.

f. *Caritas* parroquial – *Caritas* diocesana

La *Caritas parroquial*, en unión con la diocesana, será instrumento de animación, de sensibilización y de coordinación de la caridad de Cristo en la comunidad parroquial. Será muy oportuno que en cada una de las instituciones dependientes de la autoridad eclesiástica, haya asociaciones destinadas a detectar los casos de necesidad, tanto física como espiritual, a la recolección de

las ayudas y al fortalecimiento de las relaciones de caridad entre benefactores y beneficiados.

La *Caritas diocesana*, según las circunstancias, podrá colaborar con las respectivas instituciones civiles. La transparencia en su gestión y la fidelidad al deber de testimonio del amor, le permitirán animar cristianamente las instituciones civiles y, a veces, coordinarlas. En todo caso, la *Caritas* diocesana participará en todas las iniciativas auténticamente humanitarias para testimoniar la presencia y la solidaridad de la Iglesia con las necesidades humanas. El obispo se preocupará de que todos los fieles laicos que trabajen en tales instituciones civiles, puedan tener una adecuada formación espiritual para que puedan ofrecer un competente y coherente testimonio.

Para la realización de las obras de promoción humana y de asistencia a las poblaciones golpeadas por calamidades, el obispo, cuando lo considere oportuno y siguiendo las normas y orientaciones de la Sede Apostólica, cuide de favorecer las relaciones de los organismos caritativos diocesanos con aquellos similares de los hermanos separados, de tal manera que a través de la ayuda mutua se testimonie la unidad en la caridad de Cristo y se facilite el conocimiento recíproco, que un día podría tomar cuerpo, con la ayuda divina, en la deseada unión de quienes confiesan el nombre de Cristo. Al obispo corresponde iniciar estas relaciones, disciplinarlas y vigilar la acción ecuménica de los organismos caritativos diocesanos.

Sabiendo el obispo que la autoridad civil tiene el deber y el derecho de intervenir en los distintos sectores de la asistencia sanitaria y social para proveer de la mejor manera a las necesidades de todos, no puede olvidar que en el mundo habrá siempre pobres (cf. Mt 26,11), es decir, personas necesitadas en el campo espiritual, psicológico o material, y por eso confiadas a la caridad de la Iglesia. Además, la Iglesia tiene en este campo una *misión insustituible*, que deriva de la virtud sobrenatural de la caridad.

El obispo debe evitar cualquier apariencia de competición de las obras de caridad diocesana con otras instituciones similares públicas o privadas; debe en cambio favorecer la estima recíproca y la *colaboración* entre unas y otras. Sin embargo, haga respetar el derecho de la Iglesia a asistir a los necesitados y a estar presente en los lugares donde se dé cualquier tipo de necesidad espiritual o material, sin permitir algún tipo de monopolio en este ámbito. Finalmente,

preocúpese de que las obras asistenciales promovidas por la Iglesia se adapten tanto a las exigencias del progreso técnico y científico como a la legislación civil.

Siguiendo el ejemplo de los Apóstoles los cuales, además de vigilar sobre la justa distribución de los bienes en cada una de las Iglesias, organizaban también colectas en favor de las comunidades más pobres (cf. Hch 11,29-30; 1 Co 16,1-4; 2 Co 9,2; Rm 15,26; Ga 2,10; etc.), el obispo destine a otras diócesis más necesitadas[151], como también a las obras católicas nacionales o internacionales de piedad y de asistencia, toda la ayuda que su diócesis pueda permitirse. Para este fin, el obispo proponga al clero y al pueblo la celebración de *jornadas* especiales establecidas a nivel universal o nacional, con el objetivo de despertar interés, promover la oración y solicitar a la comunidad cristiana su contribución económica.

Es conveniente que el clero, desde los años del seminario, sea oportunamente preparado para vivir la pobreza y la caridad mutua como una vocación, siguiendo el ejemplo de la Iglesia primitiva (cf. Hch 2,44-45; 4,32 y ss.). Sería un claro testimonio de espíritu evangélico que los sacerdotes, encabezados por el obispo, y las instituciones eclesiásticas, se comprometieran a destinar cada año un *porcentaje* fijo de las propias ganancias para la caridad, tanto diocesana como de la Iglesia universal. Ejemplo que también los laicos podrían seguir, según las propias posibilidades.

g. Un ejemplo de San Juan Pablo II

«Corresponde también al pastor el deber de cuidar de los más pequeños en el sentido evangélico de la palabra. Leemos en el Libro de los Hechos y en las Cartas de San Pablo que los Apóstoles organizaban colectas para atender las necesidades de los pobres. Quiero traer aquí el ejemplo de San Nicolás, obispo de Mira, en Asia Menor, durante el siglo IV. En la devoción a este santo –cuyo episcopado pertenece a una época en que los cristianos de Oriente y de Occidente aún no estaban divididos– confluyen las dos tradiciones: la oriental y la occidental. Este santo es venerado tanto por una parte como por otra. Aunque se haya revestido de numerosas leyendas, su figura continúa ejerciendo

151. Cf. *Christus Dominus*, 6; *Presbyterorum Ordinis*, 21; *Pastores Gregis*, 45.

un atractivo notable, sobre todo por su bondad. A él recurren con confianza especialmente los niños.

¡Cuántas cuestiones materiales pueden solucionarse si se empieza con una oración confiada! De niños, todos esperábamos a San Nicolás por los regalos que nos traía. Los comunistas quisieron quitarle su santidad y por eso inventaron el "Abuelo Hielo". Por desgracia, también en Occidente, Nicolás se ha popularizado últimamente en un contexto consumista. Parece como si hoy se hubiera olvidado de que su bondad y generosidad fueron sobre todo la medida de su santidad. Se distingue como obispo por su atención hacia los pobres y sus necesidades. Recuerdo que, cuando era niño, tenía con él una relación personal. Naturalmente, como todo niño, esperaba los regalos que me traería el 6 de diciembre. Sin embargo, esa espera tenía también una dimensión religiosa. Como mis coetáneos, sentía veneración por este santo que, de manera desinteresada, daba regalos a la gente y manifestaba así su amorosa solicitud por ella.

En la realidad cotidiana de la Iglesia, el papel de San Nicolás, es decir, del que se preocupa de las necesidades de los más pequeños, lo desempeña la institución llamada *Caritas*. Los comunistas cerraron esta organización, cuyo protector después de la guerra había sido el cardenal Sapieha. Como sucesor suyo, yo intenté restaurarla y mantener su actividad. En esta tarea me ayudó mucho monseñor Ferdynand Machay, arcipreste de la Basílica de María Asunta, en Cracovia. A través de él conocí a la ya mencionada sierva de Dios Hanna Chrzanowska, hija del gran profesor Ignacy Chrzanowski, arrestado al inicio de la guerra. Me acuerdo bien de él, aunque no haya podido conocerlo más de cerca. Gracias a la diligencia de Hanna Chrzanowska nació y se organizó la pastoral de los enfermos en la archidiócesis. Las iniciativas fueron diversas: entre ellas, los ejercicios espirituales para los enfermos, en Trzebinia. Una iniciativa que tuvo gran importancia, pues muchas personas se comprometieron en ella, incluidos numerosos jóvenes dispuestos a ayudar.

En la carta apostólica que escribí con ocasión del comienzo del nuevo milenio, recordé a todos la necesidad de cultivar un amor creativo. "Es la hora –decía– de una nueva fantasía de la caridad"[152]. A este propósito, no se puede omitir a la que conocemos como una verdadera "misionera de la caridad", la Madre Teresa.

152. *Novo Millennio Ineunte*, 50.

Ya en los primeros días después de mi elección a la Sede de Pedro conocí a esta pequeña gran hermana, que desde entonces vino con frecuencia a verme para contarme dónde y cuándo conseguía abrir nuevas casas, hogares de atención para los más pobres. Después de la caída del partido comunista en Albania tuve la posibilidad de visitar aquel país. También allí estaba la Madre Teresa. Albania era su patria. Me encontré varias veces más y siempre recibía de ella nuevos testimonios de su apasionada dedicación a la causa de los más pobres entre los pobres. La Madre Teresa murió en Calcuta, dejando tras de sí un emocionado recuerdo y la obra de un numeroso ejército de hijas espirituales. Ya durante su vida muchos la tenían por santa. Y como tal fue reconocida universalmente cuando murió. Doy gracias a Dios porque se me ha dado la oportunidad de beatificarla en octubre de 2003, en fechas próximas al 25.° aniversario de mi pontificado. Dije entonces: "Con el testimonio de su vida, Madre Teresa recuerda a todos que la misión evangelizadora de la Iglesia pasa a través de la caridad, alimentada con la oración y la escucha de la Palabra de Dios. Es emblemática de este estilo misionero la imagen que muestra la nueva beata mientras estrecha, con una mano, la mano de un niño, y con otra, pasa las cuentas del Rosario. Contemplación y acción, evangelización y promoción humana: la Madre Teresa proclamó el Evangelio con su vida entregada totalmente a los pobres, pero, al mismo tiempo, envuelta en la oración"[153]. Este es el misterio de la evangelización a través del amor por el hombre, que brota del amor de Dios. En esto consiste esa *caritas* en la que el obispo debería inspirarse siempre en cada una de sus intervenciones»[154].

3. Los «asistentes sociales» y los voluntarios[155]

Entre los «nuevos modos» de hacer caridad encontramos el de los asistentes sociales y el de los voluntarios.

153. San Juan Pablo II, *Homilía en la Misa de Beatificación de Madre Teresa de Calcuta*, (19/10/2003).
154. San Juan Pablo II, *¡Levantaos! ¡Vamos!*, Ed. Plaza & Janés, Barcelona 2004, pp. 100-103.
155. Seguimos libremente a *Apostolorum Successores*, 198-200.

a. Los «asistentes sociales»

Entre las *modernas iniciativas asistenciales*, ocupa una posición de importancia el llamado servicio social, que se realiza especialmente en las fábricas y en los lugares de trabajo, en las familias, en los barrios populares, en los zonas periféricas de las ciudades y en la cárceles, como una forma de ayuda ofrecida a los individuos y a los grupos para desarrollar el sentido de la dignidad de la vida, educar en la conciencia de la propia responsabilidad y animar en el empeño para superar las dificultades materiales y espirituales.

Por tanto, si es posible, es oportuno que en la parroquia exista un buen número de *asistentes sociales*, escogidos entre jóvenes de ambos sexos y también entre los religiosos, que sean adecuadamente formados, especialmente en la Doctrina Social de la Iglesia, en las escuelas o centros creados con este fin. Estos asistentes sociales podrán desarrollar su actividad en centros específicos instituidos en las parroquias más grandes o en los arciprestazgos, en nombre y a cargo de toda la comunidad cristiana[156], para afrontar tanto las viejas como las nuevas formas de pobreza «que afecta también a menudo a ambientes y grupos no carentes de recursos económicos, pero expuestos a la desesperación del sin sentido, a la insidia de la droga, al abandono en la edad avanzada y en la enfermedad, a la marginación o a la discriminación social»[157].

b. Los voluntarios

«Es estimulante el florecimiento, en tiempos recientes, de varias formas de *voluntariado* con las cuales los cristianos, junto a otras personas de buena voluntad, especialmente los jóvenes, dedican su propio tiempo y energía a ayudar en modo organizado a los necesitados, tanto en la propia diócesis como en distintas partes del mundo. Estas iniciativas hacen un gran bien, porque, además de aliviar las necesidades de los indigentes, contribuyen significativamente a la formación de las jóvenes generaciones cristianas y son un medio eficaz para acercar otras personas a la fe de la Iglesia. Por lo tanto, donde el voluntariado no esté suficientemente extendido, suscite el obispo este espíritu de servicio que empuja a entregarse a los demás, promueva la creación de estructuras adecuadas

156. Cf. *Apostolicam Actuositatem*, 8.
157. *Novo Millennio Ineunte*, 50.

y, si es necesario, provea personalmente a su institución. Debido al gran interés para el bien común que tienen estas obras, en muchos casos será natural solicitar la colaboración económica de las instancias públicas o, sobre todo en los países más pobres, de otros entes u organizaciones, para su creación y sostenimiento»[158].

4. Acción Católica

Desde los tiempos apostólicos siempre hubo apostolado de los laicos en la Iglesia, aunque con distintas modalidades y diversa intensidad.

En 1905 Pío X con su Carta Encíclica *Il fermo proposito* dirigida a los obispos de Italia para la institución y desarrollo de la Acción Católica, asociación laica para la propaganda católica en el mundo profano recordaba que «la Acción Católica, porque se propone restaurar todas las cosas en Cristo constituye un verdadero apostolado para honor y gloria del mismo Cristo. Para cumplirlo bien es necesaria la gracia divina, la cual no se da al apóstol que no esté unido a Cristo».

En 1931 Pío XI en su Carta Encíclica *Non Abbiamo Bisogno* dice que la Acción Católica «ni quiere ni puede ser otra cosa sino la participación y colaboración de los seglares en el Apostolado jerárquico».

El Concilio Vaticano II, en el *Decreto Ad Gentes* coloca a la Acción Católica como uno de los ministerios necesarios «para la implantación de la Iglesia y el desarrollo de la comunidad cristiana»[159]; en el Decreto *Christus Dominus* dice: «urjan cuidadosamente el deber que tienen los fieles de ejercer el apostolado, cada uno según su condición y aptitud, y recomiéndeles que tomen parte y ayuden en los diversos campos del apostolado seglar, sobre todo en la Acción Católica»[160] y en el Decreto *Apostolicam Actuositatem*: «Hace algunos decenios los laicos, en muchas naciones, entregándose cada día más al apostolado, se reunían en varias formas de acciones y de asociaciones, que conservando muy estrecha unión con la jerarquía, perseguían y persiguen fines propiamente apostólicos. Entre estas y otras instituciones semejantes más antiguas hay que re-

158. *Apostolorum Successores*, 198.
159. *Ad Gentes*, 15.
160. *Christus Dominus*, 17.

cordar, sobre todo, las que, aun con diversos sistemas de obrar, produjeron, sin embargo, ubérrimos frutos para el reino de Cristo, y que los Sumos Pontífices y muchos obispos recomendaron y promovieron justamente y llamaron Acción Católica. La definían de ordinario como la cooperación de los laicos en el apostolado jerárquico.

Estas formas de apostolado, ya se llamen Acción Católica, ya con otro nombre, que desarrollan en nuestros tiempos un apostolado precioso, se constituyen por la acepción conjunta de todas las notas siguientes:

a. El fin inmediato de estas organizaciones es el fin apostólico de la Iglesia, es decir, la evangelización y santificación de los hombres y la formación cristiana de sus conciencias, de suerte que puedan llenar con el espíritu del Evangelio las diversas comunidades y los diversos ambientes.
b. Los laicos, cooperando, según su condición, con la jerarquía, ofrecen su experiencia y asumen la responsabilidad en la dirección de estas organizaciones, en el examen diligente de las condiciones en que ha de ejercerse la acción pastoral de la Iglesia y en la elaboración y desarrollo del método de acción.
c. Los laicos trabajan unidos, a la manera de un cuerpo orgánico, de forma que se manifieste mejor la comunidad de la Iglesia y resulte más eficaz el apostolado.
d. Los laicos, bien ofreciéndose espontáneamente o invitados a la acción y directa cooperación con el apostolado jerárquico, trabajan bajo la dirección superior de la misma jerarquía, que puede sancionar esta cooperación, incluso por un mandato explícito.

Las organizaciones en que, a juicio de la jerarquía, se hallan todas estas notas a la vez han de entenderse como Acción Católica, aunque por exigencias de lugares y pueblos tomen varias formas y nombres.

El Sagrado Concilio recomienda con todo encarecimiento estas instituciones que responden ciertamente a las necesidades del apostolado entre muchas gentes, e invita a los sacerdotes y a los laicos a que trabajen en ellas, que cumplan más y más los requisitos antes recordados y cooperen siempre fraternalmente en la Iglesia con todas las otras formas de apostolado»[161].

161. *Apostolicam Actuositatem*, 20.

Juan Pablo II dirigiéndose a miembros de la Acción Católica les decía: «Ante todo, quisiera deciros que *la Iglesia no puede prescindir de la Acción Católica*. La Iglesia necesita un grupo de laicos que, fieles a su vocación y congregados en torno a los legítimos pastores, estén dispuestos a compartir, junto con ellos, la labor diaria de la evangelización en todos los ambientes. […] La Iglesia necesita la Acción Católica, porque necesita laicos dispuestos a dedicar su existencia al apostolado y a entablar, sobre todo con la comunidad diocesana, un vínculo que deje una huella profunda en su vida y en su camino espiritual. Necesita laicos cuya experiencia manifieste, de manera concreta y diaria, la grandeza y la alegría de la vida cristiana; laicos que sepan ver en el Bautismo la raíz de su dignidad, en la comunidad cristiana a su familia, con la cual han de compartir la fe, y en el pastor al padre que guía y sostiene el camino de los hermanos; laicos que no reduzcan la fe a un hecho privado, y no duden en llevar la levadura del Evangelio al entramado de las relaciones humanas y a las instituciones, al territorio y a los nuevos lugares de la globalización, para construir la civilización del amor»[162].

Y luego agregaba: «Porque la Iglesia necesita una *Acción Católica viva*, *fuerte y hermosa*, quiero repetiros a cada uno: *Duc in altum!*

¡Duc in altum, Acción Católica! Ten la valentía del futuro. Que tu historia, marcada por el ejemplo luminoso de santos y beatos, brille también hoy por la fidelidad a la Iglesia y a las exigencias de nuestro tiempo, con la libertad propia de quien se deja guiar por el soplo del Espíritu y tiende con fuerza a los grandes ideales.

Duc in altum! Sé en el mundo presencia profética, promoviendo las dimensiones de la vida a menudo olvidadas y, por eso, más urgentes aún, como la interioridad y el silencio, la responsabilidad y la educación, la gratuidad y el servicio, la sobriedad y la fraternidad, la esperanza en el futuro y el amor a la vida. Trabaja eficazmente para que la sociedad de hoy recupere el verdadero sentido del hombre y de su dignidad, el valor de la vida y la familia, de la paz y la solidaridad, de la justicia y la misericordia.

Duc in altum! Ten la humilde audacia de fijar tu mirada en Jesús para recomenzar desde él tu auténtica renovación. Así te resultará más fácil distinguir lo

162. San Juan Pablo II, *Discurso a los participantes de la XI Asamblea de la Acción Católica Italiana*, (26/4/2002).

que es necesario de lo que es fruto del tiempo, y vivirás la anhelada renovación como una aventura del Espíritu, que te capacitará para recorrer también los arduos senderos del desierto y de la purificación, de modo que experimentes la belleza de la vida nueva, que Dios da sin cesar a cuantos confían en él.

Acción Católica, ¡no tengas miedo! Perteneces a la Iglesia y te ama el Señor, que guía siempre tus pasos hacia la novedad jamás descontada y jamás superada del Evangelio.

Cuantos formáis parte de esta gloriosa asociación sabed que el Papa os sostiene y acompaña con la oración en este itinerario y, a la vez que os invita cordialmente a perseverar en los compromisos asumidos, os bendice de corazón a todos»[163].

Y en otra ocasión decía:

«Amigos de la Acción Católica, que habéis venido a Loreto de Italia, de España y de tantas partes del mundo, hoy el Señor, a través del acontecimiento de la beatificación de estos tres siervos de Dios, os dice: *el mayor don que podéis hacer a la Iglesia y al mundo es la santidad*.

Preocupaos por lo que interesa a la Iglesia: que muchos hombres y mujeres de nuestro tiempo sean conquistados por la *fascinación de Cristo*; que su Evangelio vuelva a brillar como *luz de esperanza* para los pobres, los enfermos y los que tienen hambre de justicia; que las comunidades cristianas sean *cada vez más vivas*, *abiertas y atractivas*; que nuestras ciudades sean *acogedoras y habitables* para todos; que la humanidad siga a Cristo por los caminos de la *paz* y la *fraternidad*.

A los laicos os corresponde testimoniar la fe mediante *las virtudes que son específicas de vosotros*: la fidelidad y la ternura en la familia, la competencia en el trabajo, la tenacidad al servir al bien común, la solidaridad en las relaciones sociales, la creatividad al emprender obras útiles para la evangelización y la promoción humana. A vosotros os corresponde también mostrar –en íntima comunión con los pastores– que *el Evangelio es actual*, y que la fe no aleja al creyente de la historia, sino que lo sumerge más a fondo en ella.

¡Ánimo, *Acción Católica!* Que el Señor guíe tu camino de renovación.

163. San Juan Pablo II, *Discurso a los participantes de la XI Asamblea de la Acción Católica Italiana*, (26/4/2002).

La Inmaculada Virgen de Loreto te acompaña con tierna solicitud; la Iglesia te mira con confianza; el Papa te saluda, te sostiene y te bendice de corazón»[164].

Y en otra oportunidad:

«Quisiera mencionar aquí las *tres consignas* que dejé a la Acción Católica en Loreto: la "contemplación" para caminar *por la senda de la santidad*; la "comunión" para promover *la espiritualidad de la unidad*; y la "misión" *para ser fermento evangélico* en todo lugar.

Que la Virgen ayude a la *Acción Católica* a proseguir con entusiasmo su compromiso de testimonio apostólico, trabajando siempre en íntima relación con la jerarquía y participando de modo responsable en la pastoral parroquial y diocesana.

La Iglesia cuenta con la presencia activa de la Acción Católica y con su entrega fiel a la gran causa del reino de Cristo. *También yo miro con gran confianza a la Acción Católica* y aliento a todos sus miembros a ser testigos generosos de la buena nueva evangélica, para *devolver la esperanza* a la sociedad actual, que busca la paz»[165].

5. La Legión de María[166]

Es una organización apostólica de laicos en la Iglesia Católica con más de 10 millones de miembros activos y millones de auxiliares en el mundo, nació en Dublín, Irlanda el 7 de septiembre de 1921 fundada por Frank Duff.

a. El nombre

El nombre de «Legión de María» obedece a que el espíritu de la organización quiere ser el mismo de la Virgen Santa María. Ella es la Reina de los Apóstoles, porque fue la primera en presentar a Cristo ante los hombres.

164. San Juan Pablo II, *Homilía en la misa de beatificación de tres Siervos de Dios*, (5/9/2004).
165. San Juan Pablo II, *Ángelus*, (12/9/2004).
166. Cf. www.legiondemaria.org

b. ¿Quiénes pueden pertenecer?

Todo católico que practique fielmente su religión y desee ser útil a la Iglesia y a la sociedad, y que esté dispuesto a cumplir las normas funcionales de la asociación.

La Legión de María no es privativa para algunos escogidos, sino que representa el auténtico catolicismo. Sólo exige el deseo de darse a los demás.

c. ¿Qué hace?

Orar y trabajar apostólicamente. Funciona con reuniones semanales de grupo, donde se ora, se revisa la actividad apostólica, y se estudian temas formativos para hacer más eficaz el apostolado.

Los grupos son mixtos de unos 12 miembros dirigidos por 4 seglares y un sacerdote. Existen grupos para adultos a partir de los 18 años. Para menores de edad hay grupos de semilleros (niños de 5 a 10 años), juveniles (de 11 a 14 años) e intermedios (de 15 a 18 años).

d. Su sistema

Es muy sencillo. Cada legionario activo debe:

a. Asistir puntual y semanalmente a la junta de su grupo, donde se mezclan íntimamente la revisión del trabajo efectuado, la formación espiritual y humano-apostólica, con la oración en común.
b. Rezar diariamente la *Catena*, que es el Magníficat de la Virgen, la oración de los pobres y de los humildes.
c. Realizar un trabajo apostólico concreto cada semana, con duración mínima de dos horas, acompañado de otro legionario. El Concilio Vaticano II ha enseñado que «la vocación cristiana, por su misma naturaleza, es también vocación al apostolado»[167].
d. Mantener en secreto los asuntos discutidos en la Junta o conocidos en el ejercicio del trabajo legionario.

167. *Apostolicam Actuositatem*, 2.

e. Los trabajos: deben ser activos y sólidos

Portarse bien en casa, en el colegio, centro de estudios o trabajo, realizar ejercicios de piedad, etc. no constituye un trabajo legionario; todo esto tiene que hacerse por añadidura, porque, sin ello, todo lo demás sobraría.

Fuera de lo indicado, cualquier otro trabajo puede servir como labor legionaria, pero debe ser señalado por el grupo.

He aquí algunos ejemplos:

- Visitas a toda clase de personas para alentarlas en su vida cristiana.
- Encuestas entre jóvenes sobre temas de la realidad actual.
- Enseñanza religiosa: catequesis, círculos de estudio, retiros bíblicos, asambleas familiares, grupos de rosario…
- Visita a enfermos, ancianos, discapacitados, encarcelados, infectados por el SIDA, drogadictos, etc.
- Difusión de periódicos y libros católicos. Librerías ambulantes.
- Campañas de alfabetización y clases de cultura.
- Formación de equipos litúrgicos.
- Visita a niños en albergues y en hospitales.
- Contactos callejeros en las calles y parques.
- Charlas de Planificación Familiar Natural.
- Contacto con personas que van a cometer un aborto.

Los semilleros y juveniles hacen un apostolado de formación.

Siempre debe darse preferencia al apostolado entre jóvenes, por aquello del Vaticano II: «Los jóvenes deben convertirse en los primeros e inmediatos apóstoles con los jóvenes»[168].

No es labor de la Legión de María dar socorro material (dinero, ropas, etc.). Se trata de llevar algo más importante. Recuérdese que también los Apóstoles prefirieron dedicarse a anunciar el Mensaje de Cristo y eligieron otros que cuidaran a los necesitados (Hch 6,2).

168. *Apostolicam Actuositatem*, 12.

Por eso, también la Legión de María tiene prohibido recaudar fondos fuera de ella a favor de nada ni de nadie. Su única fuente de ingresos es la colecta voluntaria y secreta que se hace en cada junta.

f. Los socios…

Los hay activos y auxiliares:

a. *Socios Activos*: pueden ingresar todo católico que practique fielmente su religión, desee ser útil a la Iglesia y sociedad; y que esté dispuesto a cumplir las normas funcionales de la asociación.

   Asumen asistir puntual y semanalmente a la junta de su grupo; rezar diariamente la Catena; realizar un trabajo apostólico cada semana, con duración mínima de dos horas, acompañado de otro legionario; y a mantener en secreto los asuntos discutidos en la Junta o conocidos en el ejercicio del trabajo legionario.

b. *Socios Auxiliares*: en cambio prestan un servicio de oración y pueden ingresar sacerdotes, religiosos y seglares que no pueden o no quieren asumir los deberes del socio activo.

   El servicio de los auxiliares consiste en rezar diariamente las oraciones contenidas en la *Tessera* (hojita de oraciones), a saber: la invocación y la oración al Espíritu Santo; cinco decenas del Rosario y las oraciones que siguen después; la *Catena* y, por último, las oraciones finales.

   Los que recen el Rosario diariamente por cualquier intención que sea, pueden hacerse socios auxiliares sin obligación de añadir otro Rosario.

6. *Scouts* católicos

Resumimos para este capítulo las ideas principales del discurso del P. Julio Meinvielle[169], fundador de la Unión Scouts Católicos Argentinos (USCA), pronunciado en los minutos previos al gran torneo de agrupaciones *scouts* en la pista central de la Sociedad Rural, en Buenos Aires, el día 17 de octubre de 1943. En este discurso explicaba cómo el significado del nombre «Unión

169. Tomado de Fabián Gonzalez Arbas, *Los scouts de Meinvielle*, Profika, Buenos Aires 2001, pp. 161-165.

Scouts Católicos Argentinos» constituye una síntesis casi perfecta de su pensamiento con relación a los *scouts*.

¿Por qué «*scouts*», y no «exploradores»?

«Nos llamamos *scouts* y aunque pueda parecer inapropiado este vocablo inglés, lo adoptamos porque ha adquirido categoría universal para dar nombre al magnífico movimiento fundado por Baden Powell». Era voluntad explícita del P. Julio «adoptar íntegramente el movimiento de Baden Powell con el sistema de patrullas, la ley *scout*, la divisa y especialidades» y para definirse era necesario elegir un nombre que evitara todo equívoco: «nada mejor entonces que adoptar el nombre inconfundible y universal de *scouts*».

¿En qué consiste el scoutismo? «El scoutismo es un gran juego, pero para educar por el juego debió primero realizar la educación del juego». Y citaba a Mons. Solages: «He aquí que fue organizada la vida en los matorrales, con su ley y su ideal. Fue en parte, tomando el ejemplo de lo que hizo la Iglesia en la Edad Media, cuando quiso refrenar el terrible juego de guerra entre los hidalgos de esa época: en aquel entonces fue instituida la caballería, movimiento que puede juzgarse antecesor del scoutismo».

El scoutismo, está entonces, emparentado con la caballería en la cual no sólo encuentra un predecesor, sino de la cual quiere revivir su espíritu: la ley *scout* «es la ley de la lealtad y del honor: nunca hay engaño en el juego. Es la ley de la iniciativa y la habilidad: el *scout* debe estar siempre listo para enfrentar a cada instante, todas las dificultades que puedan surgir en la vida de la patrulla. Pero sobre todo es la ley del servir: los *scouts* se ayudan, se apuntalan, se sostienen mutuamente en la vida emuladora del campamento, ya para armar carpas, ya para buscar leña, ya para preparar la comida o para organizar un adecuado servicio de vigilancia».

Como consecuencia de esto, y casi en modo natural, sin proponérselo, el scoutismo forma jefes: «Quien es leal, quien sabe salir de un apuro, quien está siempre listo para servir, reúne las mejores condiciones para asumir responsabilidades, es la persona preparada para el mando, ya que mandar significa ante todo servir». Por eso, el scoutismo es «escuela de jefes» porque «a muchos de sus miembros, desde el más subalterno al más graduado, ofrece continuas ocasiones para ejercer autoridad. Tan es así, que a los jefes y subjefes de patrulla

incumbe siempre, a pesar de su poca edad, una gran parte de la responsabilidad del educador».

El scoutismo no puede alcanzar los nobles fines que se propone si no es informado por el «espíritu sobrenatural de la Iglesia». Por eso, no se trata simplemente de «*scouts*» sino de «*scouts* católicos» y se ve que en su ideal ambas realidades son inseparables: «… nosotros somos y nos queremos llamar *scouts*. Pero *scouts* católicos. Porque sostenemos que el programa *Scout* no puede cumplirse sin deformaciones si no lo penetra íntima y profundamente el espíritu sobrenatural de la Iglesia. De aquí que sostengamos como condición necesaria de una agrupación *Scout* que tenga un padre capellán que sea en ella como la garantía de su vida religiosa y moral, que el maestro *scout* y sus ayudantes sean católicos prácticos, preferentemente socios de la Acción Católica, con almas de apóstoles, que el jefe de patrulla posea sentido de su misión de apóstol entre los *scouts* de su patrulla. En suma, que Jesucristo nuestro Señor sea en verdad reconocido, amado y vivido como el gran jefe de los *scouts*».

Finalmente, «*scouts*… católicos… y argentinos»: «este movimiento universal que es el scoutismo y que nosotros queremos vivir cómo católicos, queremos también vivirlo como argentinos. Y en esta palabra argentinos, no encerramos un concepto sentimental sino un contenido profundamente identificado con el destino del país, que es una unidad económica, cultural y espiritual, soberana, dueña de su propio destino, entroncada en la tradición hispánica, y con vocación de singular grandeza entre los pueblos hermanos de América».

Terminaba su discurso: «Queridos *scouts* católicos argentinos: Vivid en vuestras agrupaciones el ideal preconizado por la Unión *Scouts* Católicos Argentinos. La Iglesia y la Patria necesitan varones esforzados, leales, fuertes, veraces, puros, que por espíritu de iniciativa, de trabajo, de colaboración, sean jefes… jefes que guíen a sus hermanos en la pista de la vida presente, haciendo amable y hermosa la convivencia humana, cualquiera sea la vocación de cada uno en los destinos de la Patria… jefes que a través de la vida presente con el ejemplo de una vida cristiana, hondamente vivida, con la protección de Nuestra Señora de los *Scouts*, guíen a sus hermanos en la pista que conduce al campamento de Nuestro Gran Jefe, Cristo Jesús».

7. Los movimientos eclesiales

Los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades reflejan un aspecto muy importante de la Iglesia en estos tiempos. Por algo el Espíritu Santo ha suscitado cientos de estas experiencias nuevas.

Conozco un señor obispo que en uno de los países más secularizados tiene una diócesis llena de vida y rebosante de frutos por haber tenido la genial intuición de buscar a quienes hacen florecer el Espíritu. Están haciendo florecer su diócesis. Pueden por tanto hacer florecer nuestras parroquias.

Decía Juan Pablo II: «Siempre, cuando interviene, el Espíritu produce estupor. Suscita eventos cuya novedad asombra; cambia radicalmente a las personas y la historia»[170]. […] «Algunos carismas suscitados por el Espíritu irrumpen como viento impetuoso que aferra y arrastra a las personas hacia nuevos caminos de compromiso misionero al servicio radical del Evangelio, proclamando sin cesar las verdades de la fe, acogiendo como don la corriente viva de la tradición y suscitando en cada uno el ardiente deseo de la santidad»[171]. […] «Por su naturaleza, los carismas son comunicativos, y suscitan la "afinidad espiritual entre las personas"[172] y la amistad en Cristo, que da origen a los "movimientos"»[173]. […] «Su nacimiento y difusión han aportado a la vida de la Iglesia una novedad inesperada, a veces incluso sorprendente. Esto ha suscitado interrogantes, malestares y tensiones; algunas veces ha implicado presunciones e intemperancias, por un lado; y no pocos prejuicios y reservas, por otro. Ha sido un período de prueba para su fidelidad, una ocasión importante para verificar la autenticidad de sus carismas.

Hoy ante vosotros se abre una etapa nueva: la de la madurez eclesial. Esto no significa que todos los problemas hayan quedado resueltos. Más bien, es un desafío, un camino por recorrer. La Iglesia espera de vosotros frutos "maduros" de comunión y de compromiso.

En nuestro mundo, frecuentemente dominado por una cultura secularizada que fomenta y propone modelos de vida sin Dios, la fe de muchos es puesta a

170. San Juan Pablo II, *Discurso durante el encuentro con los movimientos eclesiales*, (30/5/1998).
171. *Ibidem*.
172. Cf. *Christifideles Laici*, 24.
173. San Juan Pablo II, *Discurso durante el encuentro con los movimientos eclesiales*, (30/5/1998).

dura prueba y no pocas veces sofocada y apagada. Se siente, entonces, con urgencia la necesidad de un anuncio fuerte y de una sólida y profunda formación cristiana. ¡Cuánta necesidad existe hoy de personalidades cristianas maduras, conscientes de su identidad bautismal, de su vocación y misión en la Iglesia y en el mundo! ¡Cuánta necesidad de comunidades cristianas vivas! Y aquí entran los movimientos y las nuevas comunidades eclesiales: son la respuesta, suscitada por el Espíritu Santo, a este dramático desafío del fin del milenio. Vosotros sois esta respuesta providencial.

Los verdaderos carismas no pueden menos de tender al encuentro con Cristo en los sacramentos. Las realidades eclesiales a las que os habéis adherido os han ayudado a redescubrir vuestra vocación bautismal, a valorar los dones del Espíritu recibidos en la Confirmación, a confiar en la misericordia de Dios en el sacramento de la Reconciliación y a reconocer en la Eucaristía la fuente y el culmen de toda la vida cristiana. De la misma manera, gracias a esta fuerte experiencia eclesial, han nacido espléndidas familias cristianas abiertas a la vida, verdaderas *iglesias domésticas*; han surgido muchas vocaciones al sacerdocio ministerial y a la vida religiosa, así como nuevas formas de vida laical inspiradas en los consejos evangélicos»[174].

San Juan Pablo II enseñaba en la *Christifideles Laici* los criterios de eclesialidad para las asociaciones laicales[175].

---

174. San Juan Pablo II, *Discurso durante el encuentro con los movimientos eclesiales*, (30/5/1998).

175. «La necesidad de unos criterios claros y precisos de discernimiento y reconocimiento de las asociaciones laicales, también llamados "criterios de eclesialidad", es algo que se comprende siempre en la perspectiva de la comunión y misión de la Iglesia, y no, por tanto, en contraste con la libertad de asociación.
Como criterios fundamentales para el discernimiento de todas y cada una de las asociaciones de fieles laicos en la Iglesia se pueden considerar, unitariamente, los siguientes:
– El primado que se da a la vocación de cada cristiano a la santidad, y que se manifiesta "en los frutos de gracia que el Espíritu Santo produce en los fieles" (*Lumen Gentium*, 39) como crecimiento hacia la plenitud de la vida cristiana y a la perfección en la caridad (cf. *Lumen Gentium*, 40). En este sentido, todas las asociaciones de fieles laicos, y cada una de ellas, están llamadas a ser –cada vez más– instrumento de santidad en la Iglesia, favoreciendo y alentando "una unidad más íntima entre la vida práctica y la fe de sus miembros" (*Apostolicam Actuositatem*, 19).
– La responsabilidad de confesar la fe católica, acogiendo y proclamando la verdad sobre Cristo, sobre la Iglesia y sobre el hombre, en la obediencia al Magisterio de la Iglesia, que la interpreta auténticamente. Por esta razón, cada asociación de fieles laicos debe ser un lugar en el que se anuncia y se propone la fe, y en el que se educa para practicarla en todo su contenido.
– El testimonio de una comunión firme y convencida en filial relación con el Papa, centro perpetuo y visible de unidad en la Iglesia universal (cf. *Lumen Gentium*, 23), y con el obispo "principio y fundamento visible de unidad" (cf. *Lumen Gentium*, 23) en la Iglesia particular, y en la "mutua estima entre todas las formas de apostolado en la Iglesia" (*Apostolicam Actuositatem*, 23).

Benedicto XVI recordaba: «Los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades son hoy signo luminoso de la belleza de Cristo y de la Iglesia, su Esposa. Vosotros pertenecéis a la estructura viva de la Iglesia. La Iglesia os agradece vuestro compromiso misionero, la acción formativa que realizáis de modo creciente en las familias cristianas, la promoción de las vocaciones al sacerdocio ministerial y a la vida consagrada que lleváis a cabo en vuestro interior. También os agradece la disponibilidad que mostráis para acoger las indicaciones operativas no sólo del Sucesor de Pedro, sino también de los obispos de las diversas Iglesias locales, que son, juntamente con el Papa, custodios de la verdad y de la caridad en la unidad»[176].

Si la Iglesia jerárquica reconoce la validez de esos carismas, ¿por qué razón no aprovecharnos de los mismos, para mayor gloria de Dios y salvación de nuestros parroquianos?

Queremos referirnos a un movimiento nacido aquí, por alguien que predicó una misión popular en mi parroquia y fue un muy buen amigo: el padre Pedro.

La comunión con el Papa y con el obispo está llamada a expresarse en la leal disponibilidad para acoger sus enseñanzas doctrinales y sus orientaciones pastorales. La comunión eclesial exige, además, el reconocimiento de la legítima pluralidad de las diversas formas asociadas de los fieles laicos en la Iglesia, y, al mismo tiempo, la disponibilidad a la recíproca colaboración.

– La conformidad y la participación en el "fin apostólico de la Iglesia", que es "la evangelización y santificación de los hombres y la formación cristiana de su conciencia, de modo que consigan impregnar con el espíritu evangélico las diversas comunidades y ambientes" (*Apostolicam Actuositatem*, 20).
Desde este punto de vista, a todas las formas asociadas de fieles laicos, y a cada una de ellas, se les pide un decidido ímpetu misionero que les lleve a ser, cada vez más, sujetos de una nueva evangelización.

– El comprometerse en una presencia en la sociedad humana, que, a la luz de la doctrina social de la Iglesia, se ponga al servicio de la dignidad integral del hombre.
En este sentido, las asociaciones de los fieles laicos deben ser corrientes vivas de participación y de solidaridad, para crear unas condiciones más justas y fraternas en la sociedad. Los criterios fundamentales que han sido enumerados, se comprueban en los frutos concretos que acompañan la vida y las obras de las diversas formas asociadas; como son el renovado gusto por la oración, la contemplación, la vida litúrgica y sacramental; el estímulo para que florezcan vocaciones al matrimonio cristiano, al sacerdocio ministerial y a la vida consagrada; la disponibilidad a participar en los programas y actividades de la Iglesia sea a nivel local, sea a nivel nacional o internacional; el empeño catequético y la capacidad pedagógica para formar a los cristianos; el impulsar a una presencia cristiana en los diversos ambientes de la vida social, y el crear y animar obras caritativas, culturales y espirituales; el espíritu de desprendimiento y de pobreza evangélica que lleva a desarrollar una generosa caridad para con todos; la conversión a la vida cristiana y el retorno a la comunión de los bautizados "alejados"» (cf. *Christifideles Laici*, 30).

176. Benedicto XVI, *Mensaje a los participantes en el II Congreso Mundial de los Movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades*, (22/5/2006).

Movimiento Familiar Cristiano

El Movimiento Familiar Cristiano nació en Buenos Aires, capital de la República Argentina, a fines de la década de los 40.

Dos ideas básicas fueron las que motivaron a los grupos iniciales: la espiritualidad conyugal en la que se centraron los equipos de Ntra. Sra. de París fundados por el Abate Caffarell en Francia y Bélgica y el apostolado familiar que realizaba el *Christian Family Movement* de Estados Unidos y Canadá.

A fines de 1948, un grupo de matrimonios de la parroquia de San Martín de Tours de Buenos Aires, entusiasmados por estas ideas, pidieron al R. P. Pedro Richards, C. P., promotor y transmisor de muchas de estas noticias, que encauzara estas inquietudes de cultivar esta nueva espiritualidad que se manifiesta pujante en la Iglesia.

El 25 de noviembre de ese año se realizó la primera reunión, precursora de este movimiento. Concurrieron a ella cuarenta y cuatro matrimonios que salieron presintiendo el nacimiento de un instrumento más de la Iglesia, que encauzaría el cumplimiento del mandato de Jesús por el ancho canal del matrimonio y la familia.

De dicha reunión quedó constituido el primer grupo MFC asesorado por el mismo P. Richards e integrado por los siguientes matrimonios: Juan Martín y Susana Biedma, Roberto y Chichita Cardini, Francisco y Martha Fornieles, Pedro y Estela Lacau, Saturnino y Elena Llorente y Ricardo y María Luisa Murtagh.

Esta riqueza y esta alegría fueron propaladas por todos y a comienzos de 1949, estaban en marcha ocho grupos de matrimonios bajo el nombre de «Reuniones de Nazaret». Estos grupos eran asesorados por el padre Richards. Los temas tratados consistían en el estudio de la Encíclica *Casti Connubii*, la meditación del Evangelio y la llamada «encuesta social» con el método de *ver* la realidad ambiente, *juzgar* con la Iglesia para *obrar* comunitariamente.

Al mismo tiempo surgieron otros grupos de matrimonios en distintos lugares del país, con las mismas inquietudes y el mismo deseo de transmitir su vital experiencia. Surgió una necesidad de comunicación, de convivencia, de conocimiento y como consecuencia, se realizó en Córdoba, en el año 1953, la primera Asamblea Nacional de los grupos de Nazareth.

De este intercambio de ideas surgió, evidente, la necesidad de aunar esfuerzos, coordinar líneas de acción en una tarea apostólica eficaz. Los grupos se multiplicaron y muchos de sus componentes se lanzaron al apostolado matrimonial mediante las Conferencias de Caná.

En 1955 comienza el apostolado para novios y en ese mismo año se consolida la estructura de lo que se llamará, desde ese momento, Movimiento Familiar Cristiano.

En muchas diócesis los obispos dan su apoyo a este nuevo movimiento de espiritualidad que se muestra pujante y pleno de ilusión y entusiasmo.

En vista de esta fuerza, el Episcopado Argentino resuelve pedir al MFC la presentación de Estatutos. Así se hace y éstos son aprobados el 17 de diciembre de 1959.

Desde entonces el MFC fue creciendo y propagándose aún más allá del Río de la Plata para toda Latinoamérica. En la actualidad reúne a 19 países latinoamericanos y se extiende por todo el mundo.

8. El Club de la alegría

Para la gente de la tercera edad, sean hombres o mujeres, puede realizarse una actividad muy interesante.

Por ejemplo:

- Reunirse a una determinada hora de la tarde. Puede ser un día a la semana.
- Se puede comenzar con una charla breve o un punto preparado por el sacerdote o alguna persona capacitada.
- Se reza un misterio del Santo Rosario.
- Se toma el té y las mujeres pueden llevar budines, galletas, etc.
- Se juega a la lotería (o tómbola, bingo, etc.), se pueden tener pequeños premios traídos por los mismos participantes.
- Se dan los avisos, si los hay, para la semana siguiente, y regresan a sus casas.

Se pueden organizar salidas a lugares santos, como son las peregrinaciones; o lugares culturales: museos, ferias, obras de teatro, cine o recorridos por la

ciudad o de interés general, como visitas a establecimientos industriales, agropecuarios, estudios TV, radio, o cualquier lugar de interés general…

El P. Severino Cannoniero, Oblato de María, lo había fundado en la parroquia Santa Rita de Buenos Aires, con mucho fruto.

9. Instituto «Domenico Zipoli»
Un instituto para la difusión de la cultura musical

El Instituto Domenico Zipoli tiene el fin de promover y difundir todo aquello concerniente a la cultura musical [puede ponérsele el nombre que se quiera: P. José Luis Segade, Pierluigi Palestrina, Lorenzo Perosi, Wolfgang Amadeus Mozart (1756-1791), Anton Bruckner (1824-1896), Franz Joseph Haydn (1732-1809), Ignacio de Jerusalem y Stella (Lecce, Italia, 1707? - Ciudad de México, 1769. Es el Zipoli de México en la época de la colonia), Tomás Luis de Victoria (1548-1611), Sir Edward William Elgar (1857-1934), Charles-François Gounod (1818-1893), Olivier Messiaen (1908-1992)…].

a. Nombre

Lleva el nombre de Domenico Zipoli porque se ha visto en la figura del célebre músico jesuita italiano un modelo concreto de inculturación, término que «expresa de maravilla uno de los elementos del gran misterio de la Encarnación»[177].

En efecto, Domenico Zipoli, abandona su Italia natal para ir como misionero a América cuando la Argentina era todavía una colonia española y se transforma con su vida y obra en el nexo que unió en un admirable intercambio a dos pueblos en la fe y en el arte.

«Sabía cuánto gustaban de Orfeo los guaraníes que, en sus treinta Reducciones, tenían entonces los jesuitas en lo que es hoy la provincia de Misiones y regiones adyacentes, y fue su ideal ser jesuita y misionero, y así pasar su vida entre aquellos indígenas. Había comprendido y había sentido, como pocos habían sentido, lo que hay de bello en las armonías musicales, pero había comprendido aquella otra belleza, que es también música y armonía, aunque más íntima, y

177. San Juan Pablo II, *Discurso ante la Pontificia Comisión Bíblica*, (26/4/1979).

que se halla muy principalmente en la vida heroica, ya que como expresó Luis de León en su celebérrima "Oda a Salinas", está en manos del hombre embellecer todo lo que ama y divinizar todo lo que hace» (G. Furlong, S. J.).

Zipoli nos trajo, como un bien, lo mejor de la música de su época para hacerla florecer entre los nuevos pueblos americanos que la recibieron y amaron como suya, pues todo bien que brota del espíritu humano es reflejo del supremo Bien y se convierte en patrimonio de todos los hombres.

b. El emblema: un ángel músico

El ángel es una creatura puramente espiritual creada por Dios al principio de los tiempos, dotada de gran inteligencia y de poder superior a los hombres. Ángel, palabra de origen griego, significa «mensajero», y es nombre de oficio y no personal. «El nombre de ángel indica su oficio, no su naturaleza. Si preguntas por su naturaleza, te diré que es un espíritu; si preguntas por lo que hace, te diré que es un ángel»[178]. Con todo su ser, los ángeles son servidores y mensajeros de Dios.

Aparecen desde los comienzos de la creación y su ministerio perdurará hasta la consumación de los tiempos. Cierran el paraíso terrenal (cf. Gn 3,24), protegen a Lot (cf. Gn 19) y detienen la mano del obediente Abraham (cf. Gn 22,11). Conducen al pueblo de Dios (cf. Ex 23,20-23) y asisten a los profetas (cf. 1 R 19,5). Un ángel anuncia a María la Encarnación del Verbo de Dios (cf. Lc 1,26-38) y da a los pastores la Buena Nueva del nacimiento del Salvador (cf. Lc 2,10-11). Sirven a Jesús en el desierto (cf. Mt 4,11) y en Getsemaní, será un ángel quien confortará al Señor en su agonía (cf. Lc 22,43). Darán testimonio a las santas mujeres de la Resurrección de Cristo (cf. Lc 24,4-6) y anunciarán la hora del Juicio universal (cf. Ap 14,6-7).

Además, «cada fiel tiene a su lado un ángel como protector y pastor para conducirlo a la vida»[179], pues Dios ha establecido un ángel custodio para cada hombre, siendo «enviados para servicio en favor de los que han de heredar la salvación» (Hb 1,14).

178. San Agustín, *Enarr. in Ps.* 103,1,15: PL 37,1348-1349.
179. San Basilio, *Adversus Eunomium* 3,1: PG 29,656.

Más, los ángeles, son el paradigma de la alabanza al Altísimo. Desde el trisagio seráfico (Is 6,3) y los que honran a Dios en su trono según la invitación exultante: «¡Alabad a Yahvé desde los cielos, alabadle en las alturas; alabadle, ángeles suyos todos, todos sus ejércitos, alabadle!» (Sal 148,1-2), hasta aquellos que cumplen la orden del Padre cuando introduce «a su Primogénito en el mundo, –y– dice: adórenle todos los ángeles de Dios» (Hb 1,6) y que acompañarán al Señor al final de los tiempos (cf. Mt 25,31).

Pero la exteriorización de la perfecta alabanza de ángeles y también de hombres se emparienta con el arte, un arte que es poesía y canto, un arte que es música: «Dad gracias al Señor con la cítara, tocad en su honor el arpa de diez cuerdas; cantadle un cántico nuevo, acompañando vuestra música con aclamaciones» (Sal 32,2-3).

Así como el gran Artífice hizo de la nada su obra maestra, la alabanza de Dios, de sus maravillas, debe necesariamente vincularse con el arte, para que un lenguaje común sea el nexo que misteriosamente vincule lo humano y lo divino. Con arte indescriptible dejó el Creador escapar de sus manos la belleza más exquisita con que adornó a cada creatura y ese mismo arte, que admira a hombres y ángeles, se vuelve hacia su Señor transformado en alabanza.

Esa alabanza encuentra entonces en la música su expresión más acabada. La voz de los ángeles glorifica a Dios en Belén porque el Autor de la belleza ha nacido (Lc 2,13-14) y el hombre, maravillado de la misericordia del Todopoderoso, proclama haciendo suyas las palabras del salmista: «Voy a cantar la bondad y la justicia, para ti es mi música, Señor» (Sal 100,1).

Y como la música, es una imitación de la naturaleza que ha salido de las manos de Dios, «su perfección consiste en representar la más hermosa naturaleza posible»[180], de este modo, la música más bella es la que deja traslucir más perfectamente la obra de Dios.

Nuestro emblema es un ángel músico tomado del friso tallado en piedra que corona las paredes de los cruceros de la iglesia de la Reducción jesuítica de Trinidad, templo construido por Giovanni Battista Primoli en 1744.

180. Cf. François-René de Chateaubriand, *El genio del cristianismo*, Madrid 1850, t. 1, p. 427.

Un ángel músico, pues «los ángeles nos han legado el canto, porque el origen de los conciertos está en el Cielo»[181].

Un ángel músico, porque así como este ser expresa la perfección y belleza de la creación en la mayor cercanía con el Creador, aspiramos a recrear la más hermosa música que refleja la Belleza increada y transmitirla a los hombres, para que amándola, amen también a Aquel que le dio su origen, su ser, su bondad y su finalidad. Para que todos aclamen desde la intimidad del alma: «Alabad al Señor, que la música es buena» (Sal 146,1).

c. Fin

La Redención obrada por Cristo, cuyos beneficios se prolongan y difunden a través de la Santa Iglesia, comprende no sólo el rescate del hombre sino también de todo lo que es del hombre. De este modo «las bellas artes –fruto del espíritu humano– identificadas, por así decirlo, con los pasos de la religión cristiana, la reconocieron por su madre no bien apareció en el mundo; ellas le prestaron sus encantos terrenales, y ella le comunicó su divinidad»[182].

Con esta institución, pues, se encara como apostolado el campo de la cultura musical porque «ninguna actividad humana es extraña al Evangelio»[183].

Así el fin último del Instituto Domenico Zipoli es poner en práctica los beneficios de la Encarnación-Redención participando de la evangelización de la cultura en un particular ámbito de la creación del espíritu humano: la música.

d. Los objetivos

Los objetivos del Instituto Domenico Zipoli se centran en:

- Educar la conciencia respecto a la buena música, la música de siempre, que eleva el espíritu del hombre.
- Crear una capacidad de discernimiento crítico.
- Fomentar el hábito por las manifestaciones musicales.

181. Cf. *Ibidem*.
182. Cf. *Ibidem*, p. 426.
183. San Juan Pablo II, *Homilía de la misa celebrada en la Plaza de la Independencia de Acra, Ghana*, (8/5/1980).

- Promover los intérpretes jóvenes, principiantes o con menos posibilidades, sobre todo aquellos de nuestro medio local.
- Implementar una acción pedagógica invitando a profesores, docentes y músicos experimentados.
- Apoyar el estudio y ejecución de la música religiosa, sobre todo litúrgica.

Estos objetivos se cumplirán sobre todo a través de las siguientes actividades:

* Apoyo pedagógico para docentes y profesores.
* Eventos especialmente orientados a jóvenes y niños.
* Conciertos abarcando los diversos géneros y estilos.
* Cursos orientados a facilitar la interpretación de la música religiosa como parte integrante de la Liturgia.
* Conferencias, charlas y debates.
* Creación de una biblioteca y «videoteca» especializada.
* Publicación de material informativo y pedagógico.
* Vinculación con intérpretes o instituciones similares para elevar y actualizar el nivel de la cultura musical tanto en el campo pedagógico como artístico.

e. Los medios

Consideramos que la caridad es la que permitirá que nuestro accionar tenga más presente la continua asistencia y dependencia de la divina Providencia y también nos llevará a lograr con mayor efectividad y libertad los fines buscados.

Por esto, para cumplir con los objetivos propuestos, y en vistas a quienes primariamente están dirigidos, es decir a la juventud, el Instituto Domenico Zipoli contempla, en principio, la realización de sus actividades en forma gratuita.

Los medios con que se cuentan para la realización de cualquiera de los eventos programados, tanto artísticos como pedagógicos, son fruto de donaciones en dinero, especies o servicios de aquellos que colaboran desinteresadamente en este apostolado cultural, que, con la ayuda de Dios, sólo busca ser una manera para enriquecer el espíritu del hombre y elevar su cultura.

En muchos lugares del mundo se lleva a cabo esta acción altamente cualificada. Una fonoaudióloga holandesa María Barenbrug-Pÿpers, varios directores de orquesta y distintos especialistas, nos han permitido tener muchos coros de alto nivel artístico.

Tercera parte

La acción apostólica

CAPÍTULO 9

La pastoral parroquial

A. El oficio de enseñar

1. Cursos de cultura católica[1]

LOS «CURSOS DE CULTURA CATÓLICA» nacieron en la ciudad de Buenos Aires durante un momento de la historia argentina que podemos caracterizar, desde el punto de vista católico, por dos situaciones bien precisas.

A fines del siglo XIX la Iglesia había sido derrotada políticamente con la aprobación parlamentaria de las leyes 1420 de educación laica en 1884, y la ley 2393 de matrimonio civil, sancionada en noviembre de 1888.

Por otra parte, la universidad católica, otro de los objetivos militantes de aquella época, languidecía próxima a desaparecer, huérfana de todo apoyo oficial y hostilizada por los medios oficiales.

1. Nos basamos para el presente capítulo en el siguiente libro: Raúl Rivero de Olazábal, *Por una cultura católica*, Ed. Claretiana, Buenos Aires 1986. Este libro presenta una detallada exposición de los principios inspiradores y de las diversas actividades desarrolladas por los Cursos de Cultura Católica, durante sus años de mayor actividad, en la primera mitad del siglo XX. Luego fue retomada por el Doctor Carmelo Palumbo y colaboradores en casi todas las principales ciudades de Argentina.

Las luchas y fracasos de aquellos años enseñaron una importante lección: nada se podrá hacer mientras no se cuente con una clase dirigente de católicos instruidos en las implicancias de su fe.

Por entonces cobró cuerpo en un grupo de jóvenes argentinos la necesidad de tender a una mayor perfección de vida por medio de la indispensable profundización de la fe recibida. Todos estaban alrededor de los veinte años, y se pusieron a la tarea de fundar un centro de altos estudios de cultura católica. Con este espíritu nacieron los Cursos de Cultura Católica.

Uno de aquellos jóvenes, Samuel W. Medrano, escribía: «¿Quién fue el inventor de los "Cursos"? Esta es una grave pregunta, porque eso de regalarle a uno la paternidad de algo tan excelente sería, en caso de equivocarme, regalarle el basamento de su futura estatua… La idea la tenían varios, a no dudarlo, demostrándolo los varios tanteos realizados desde años atrás por varios grupos de jóvenes que se reunían en "Círculos de Estudios", con programas más o menos extensos, pero con vistas generalmente a la apologética y a la sociología cristiana. He examinado esos "tanteos" en un artículo que escribí en "Los Principios" en septiembre de 1922, en el cual también expresé el unánime juicio que a todos nos merece, por estos tiempos, la acción nula de la llamada Universidad Católica de Buenos Aires, especie de muerto que vive… En resumen: en 1921 la juventud católica y pensante carecía de una institución cultural que la preparase eficazmente en el aprendizaje de las disciplinas esenciales que integran la doctrina católica. Algunos muchachos venían preocupándose seriamente del asunto. Uno de ellos era mi excelente amigo Tomás D. Casares, cuya semblanza es posible brote más arriba de los puntos de esta pluma. Recuerdo que una noche de la primavera de 1921, Casares me invitó a visitarle en su casa, cosa que hice, y durante mi visita conversamos largamente sobre nuestras cosas católicas. Al final de la tenida, Casares me mostró un escrito en el que preconizaba la necesidad de crear una obra en la que se dictasen, a los jóvenes estudiantes de nuestra generación, clases de Filosofía, Historia de la Iglesia y Sagradas Escrituras. Ese artículo vio la luz, meses más tarde, en un folleto publicado por Casares con el título "De nuestro catolicismo", colección de artículos y discursos del autor…»[2].

2. Raúl Rivero de Olazábal, *op. cit.*, p. 22.

El 21 de agosto de 1922 se iniciaron las actividades, consistentes en el dictado de tres materias, a razón de dos clases semanales para cada una, las que fueron Filosofía, Historia de la Iglesia y Sagrada Escritura, tal como pensaba Casares. Las clases eran gratuitas y exclusivamente para varones, con lo que se facilitaba, por un lado, la concurrencia de alumnos y se aseguraba, por el otro, la seriedad de los estudios y la recta intención.

Al frente del programa de estudios para 1922 se hacían constar así las finalidades de los Cursos, que revelan con claridad un espíritu «conquistador», más que una simple estrategia defensiva:

«Las exigencias de la vida cotidiana desvían a los católicos de su formación esencial, incapacitándolos para el ejercicio de una actuación más positiva y creadora, como si sus actos y obras hubieran de ser determinados exclusivamente por los actos y obras adversos que requieren una inmediata oposición.

Los jóvenes sentimos la necesidad de reaccionar contra esa influencia. Sin sustraernos en absoluto a las exigencias inmediatas, queremos detenernos con seriedad y firmeza en la exigencia perenne y elemental de aprender a discernir certeramente. De lo contrario, todo esfuerzo será inútil y, víctima de nosotros mismos, nuestra convicción, profunda por la fe pero incierta y ondulante por falta de la debida penetración en sus bases racionales, carecerá de eficacia íntima, difusiva y conquistadora.

Sin la absurda vanidad de alcanzar el dominio perfecto de toda la doctrina, debemos perseguir la posesión de tres elementos indispensables al progreso intelectual en que vamos a empeñarnos: un criterio, una armoniosa visión total y el sentimiento agudo de la responsabilidad que entraña nuestra profesión de fe católica. Por eso se inicia esta tentativa con el establecimiento de los tres cursos siguientes: Filosofía, Historia de la Iglesia y Sagradas Escrituras (Nuevo Testamento).

Hasta ahí se limita nuestro primer paso. No fundamos una nueva institución ni labramos estatutos ni agrupamos adherentes: queremos estudiosos sinceros, militantes decididos»[3].

Extraemos también algunas frases del discurso que el día de la fundación leyera el Dr. Atilio Dell'Oro Maini, director de la Comisión Directiva fundadora:

3. *Ibidem*, p. 24.

«No basta la acción individual, el esfuerzo aislado de los corazones valientes. Hay que generalizar los medios de combate y de triunfo, y es preciso comenzar por las inteligencias. […] Para el cumplimiento de la misión social del catolicismo es indispensable el conocimiento profundo y persistente de la doctrina, no ya para reñir las batallas que los enemigos de Cristo provoquen, sino para su pacífica conquista, su propia edificación, para la gran obra constructiva de cristianizar la conciencia de la sociedad en que nacimos»[4].

La seriedad de este entusiasmo juvenil se puede ver en el plan permanente de estudios que desarrollaron los cursos por más de veinte años, comenzando en el año 1922, como hemos visto, y durando hasta el año 1947. Con el pasar de los años, a los tres cursos iniciales se fueron agregando otros, como por ejemplo, Teología fundamental, Dogma, Criteriología, Latín, Filosofía moral, entre otros. Durante los años señalados pasaron por los cursos un total de 50 profesores, de los cuales 44 eran sacerdotes, religiosos y seculares, y 6 laicos.

La primera sede de los Cursos se hallaba ubicada en la calle Alsina 553, «frente al paredón de San Ignacio», como diría más tarde Samuel W. Medrano, donde funcionaban la biblioteca del Dr. Emilio Lamarca y la Liga Social Argentina.

A partir de este primer y central núcleo de su existencia, los cursos comenzaron a desarrollar una intensa y fecunda actividad, para ser no sólo «católicos», sino también de «*cultura* católica».

Esta extensión de las actividades de los Cursos incluía, por ejemplo,

- la organización de clases especiales, cursillos y conferencias;
- la organización también de visitas de personajes destacados a nivel internacional de la vida intelectual de aquellos años como el P. Marie Stanislas Gillet, O. P., o Jacques Maritain, o el P. Garrigou Lagrange, entre otros;
- secciones especiales como el «*convivio*», «reuniones nocturnas donde un grupo numeroso de amigos, entre los que se contaban escritores, poetas, músicos, pintores, intercambiaban opiniones, leían o exponían algunas de sus obras o escuchaban conferencias y charlas sobre diversos temas de interés, pero todo en un ambiente acogedor, llano y desprovisto de toda solemnidad»;

4. *Ibidem*, p. 26.

- una «sección universitaria», para ayudar a los estudiantes y graduados que quisieran especializarse en algún campo de las disciplinas que habían abrazado, como el Derecho, la Economía, la Medicina, la Arquitectura, las Ciencias Sociales;
- una «escuela de Filosofía», bajo el patrocinio de Santo Tomás de Aquino y a fin de «dar un paso más en el empeño de promover una modesta escuela de Filosofía y Teología sobre la cual se construya, andando el tiempo y permitiéndolo Dios, una universidad católica cuyo propósito de cultura espiritual esté por encima de toda preocupación profesional»;
- un «departamento de folclore»;
- diversas «asociaciones de profesionales», que florecieron a la sombra de los cursos, que se denominaban «no *corporaciones* o *consorcios católicos* de profesionales, sino corporaciones o consorcios de *profesionales católicos*», como por ejemplo, la Corporación de Abogados Católicos, la Corporación de Economistas Católicos, el Consorcio de Médicos Católicos y el de Odontólogos.

La extensión de los Cursos se amplió más aun con la creación de una biblioteca propia; la publicación de obras antiguas inéditas o agotadas y de trabajos nuevos sobre temas doctrinarios artísticos, filosóficos o de espiritualidad; y un servicio de librería que pusiera al alcance de los alumnos y amigos los libros y revistas editados en el extranjero. En el Plan de Estudios y Programas de 1923 se manifestaba ese propósito con estas palabras: «El libro o la revista constituyen el elemento más importante para la difusión de la doctrina. Nuestros jóvenes católicos han tropezado siempre con la dificultad de encontrar las modernas publicaciones que el reciente movimiento católico produce en el extranjero. En esta forma la valiosa bibliografía católica de nuestros días está muy lejos del alcance de la mayoría. Hasta hoy muchos de los buenos libros han circulado por el elogio cálido de un amigo o de un maestro. Queremos organizar la circulación de estos consejos y recomendaciones».

De todo esto se puede ver que los Cursos eran «cosa seria». Pero no termina su actividad con cuanto hemos expuesto: «La cultura dice relación con la inteligencia; pero no es concebible una cultura católica que no comprometa a todo el hombre, dado el carácter instrumental que tiene todo el saber y todo el quehacer del hombre con respecto a su último fin, y dada la íntima conexión

de la inteligencia con la voluntad, y de ésta con aquella». Los Cursos siempre lo entendieron así, y procuraron que la instrucción religiosa no fuera sólo eso sino una auténtica *formación* religiosa, por lo cual se preocupaban también de organizar ejercicios espirituales y retiros espirituales.

Entre los predicadores de aquellas tandas de ejercicios se cuenta San Luis Orione. Transcribimos íntegro el testimonio de uno de los participantes de las tandas predicadas por Don Orione:

«Tuvimos el privilegio de contar siempre para los retiros con virtuosos y doctos sacerdotes, que colaboraron sin duda eficazmente en la acción misteriosa de la gracia en nuestras almas. Pero algunos de esos retiros han quedado grabados más profundamente en nosotros y éstos son sin duda los que nos predicaron Don Orione y monseñor Giuseppe Canovai[5].

Don Orione comenzó a hablar en castellano, pero enseguida continuó en italiano, para su mayor comodidad, según dijo, y mayor provecho nuestro. A los argentinos nos resulta transparente ese idioma, obviamente por el parecido, pero más sin duda como consecuencia del aluvión inmigratorio de esa nacionalidad. Pero en las pláticas de Don Orione había algo más. Era el espíritu que lo animaba lo que nos comunicaba intuitivamente, sin necesidad casi de las palabras para ello. Aún recuerdo con emoción sus meditaciones sobre las parábolas de la misericordia de Dios, la de *La pecorella Smarrita* y la hermosísima de *Il figlio prodigo* que trae San Lucas, la que nadie tendría que poder escuchar o leer sin lágrimas en los ojos»[6].

5. El Siervo de Dios Monseñor Canovai era Auditor de la Nunciatura de Buenos Aires. Había nacido en Roma en 1904 y, luego de estudiar Derecho, ingresó al seminario y se ordenó sacerdote en 1931. Además, contaba en su haber las licenciaturas de Filosofía, de Teología y de Derecho Canónico. En 1937 ingresó a la carrera diplomática y fue destinado a Buenos Aires en 1938, lugar en el que permaneció hasta su muerte a los 38 años de edad en 1942. En el 2001 fue concluido el proceso diocesano para su beatificación y canonización. En el 2007 sus restos mortales, que hasta entonces descansaban en la Iglesia Regina Martyrum de Buenos Aires, fueron repatriados a Italia. Se puede leer más sobre él en las dos obras de Mons. Giacomo Loreti, *Don Giuseppe Canovai nei suoi scritti*, Ed. Centena, Roma 1964 y en *Sacerdozio, Messa, Breviario*, Ed. Centena, Roma 1962.
6. A mí me contó en su *atelier* el gran pintor Ballester Peña, en un emocionado recuerdo, los Ejercicios predicados por Don Orione. De su conversación recuerdo, sobre todo, tres cosas: 1. Comenzó hablando en español y luego continuó en italiano, ya que, obviamente, le resultaba más cómodo; 2. Tenía a mano un gran pañuelo rojo con el que se secaba las lágrimas cuando les estaba dando la Comunión durante la Santa Misa; 3. Le pidieron que les predicase sobre la vida contemplativa y, por toda respuesta, escucharon: «Contemplar es trabajar».

Finalmente, para «resguardar la integridad del espíritu de los Cursos con la práctica de la caridad en la comunión moral con la pobreza, y para que las gracias de esa práctica refluyan sobre la obra de los Cursos», se decidió la fundación de una Conferencia Vicentina de los Cursos, según la espiritualidad de las conferencias fundadas por el Beato Federico Ozanam y sus compañeros.

En la segunda mitad de la década de los 40, los Cursos comenzaron a declinar. Además de los trastornos sufridos por una ulterior mudanza a una nueva sede –la tercera en la historia de los cursos–, los Cursos comenzaron a perder su identidad: «Los Cursos ya no serían los mismos». «Cuáles pueden haber sido las causas de esa pérdida de identidad?», se pregunta el autor que estamos siguiendo. Y se responde: «Es claro que como en toda empresa humana, las causas pueden ser muchas, y algunas imponderables. Pero pienso que algo se puede precisar al respecto. A mi juicio, la primera de ellas venía de antes y fue la pérdida de su carácter laical. Sin mengua de su absoluta e indeclinable sumisión a la Iglesia y de su obediencia a los asesores eclesiásticos que eran garantía de ortodoxia doctrinal, los Cursos fueron fundados y dirigidos durante largos años por laicos que procuraban llevar a sus hermanos inmersos en lo temporal a la plenitud de la fe, por los caminos de la inteligencia y del arte. La designación de eclesiásticos para ejercer su dirección y a pesar de las altas cualidades intelectuales, espirituales y de gobierno de las personas sucesivamente designadas, cosa reconocida por todos, al perder los laicos la dirección, la institución cambió de carácter, aunque aquellos siguieron colaborando en la obra, y sin poner en duda por un instante la conveniencia del cambio, con vistas a otro destino superior, como era la deseada universidad católica»[7].

2. El boletín parroquial

«Nos hallamos en un siglo eminentemente *papelista.* No es frase mía, es del insigne fundador de las Escuelas del Ave María, don Andrés Manjón.

El que a estas alturas desconozca o niegue el poder del *papel y de la letra de molde*, bien ganado tiene el billete gratuito de ida y vuelta al país de las *Batuecas o de Babia.*

7. Olazábal, *Por una cultura católica*, p. 190.

En otros siglos el poder ha sido de la espada, de la elocuencia, de la diplomacia, del dinero… Hoy ninguno de esos poderes llega a tener influencia social eficaz si no cuenta con la protección, el *bombo* y el visto bueno del papel…

¿Ha sido adquirida con justos títulos esta suprema influencia? Yo no me meto a discutirlo ahora, siento el hecho y de él saco esta consecuencia: sin papeles, nuestras obras no van a ninguna parte o, por lo menos, pierden un cincuenta por ciento de su influencia social.

Hay una obra, o mejor, una institución madre y sostenedora de muchas obras enderezadas todas a hacer bien al individuo, a la familia y a la sociedad: es la parroquia.

No es éste el momento oportuno de decir todo lo que es, hace y significa la parroquia, cosa que los poetas han cantado a las mil maravillas y que sentimos todos los cristianos. Me basta hacer constar que en cuanto a institución social no hay otra, no sólo que la iguale, pero que ni se le parezca en organización, fecundidad y estabilidad.

Pues bien, con todas esas ventajas, prerrogativas y cualidades, la parroquia necesita también hoy del auxilio del *papel.* No en el sentido de que sin el *bombo* y el aura popular que da el papel la parroquia no puede vivir, sino en el de que el papel le sirve para hacer cosas que sin él o no hará o las hará con gran dificultad.

Uno de los grandes deberes de la parroquia es *enseñar*, e incluido en ese deber, el de *defenderse* contra los que atacan su doctrina.

¿Y cómo enseñar a los que no la oyen? ¿Y cómo defenderse y defender a sus hijos atacados, si sus tiros no llegan al enemigo?

Triste es decirlo: de los miles de personas que figuran en los padrones de cada una de nuestras parroquias, sobre todo de las ciudades, sólo un tanto por ciento muy reducido tiene comunicación con ella. Los demás, la inmensa mayoría, no oyen Misa, ni oyen un sermón, ni conocen al cura.

¿Pagará la parroquia esa conducta desdeñosa y despreciativa con desprecios? No; es Madre, y las madres no hacen eso. ¿Y cómo hablar con hijos que no se ponen a su alcance y que llegan a veces hasta a cerrar las puertas de sus casas al cura?

¿Cómo? con dos clases de publicaciones parroquiales: una que tuviera por fin directo enseñar, y otra defender o atacar, que de ordinario es la mejor de las defensas.

a. La hoja parroquial

Así podría llamarse la primera de esas publicaciones y podría adoptar la forma de las que, con gran éxito, se publican ya en Barcelona y en algunos puntos de España y en no pocos del extranjero, pero con algunas reformas o adiciones recomendadas por la experiencia.

La *Hoja* que yo propongo debería constar:

1.º Evangelio del domingo, con su breve homilía lo más práctica posible.

2.º Un poco de explicación *ordenada* de catecismo en estilo suelto y con la sal y pimienta de algún cuentecillo o anécdota pertinente al caso.

3.º Indicador religioso, o sea, fiestas, cultos, ayunos y vigilias de la semana.

4.º Movimiento parroquial, o sea, número de comuniones, ídem y nombres de Bautismos, casamientos (con excepción de los que se han velado), entierros y funerales (indicando los sacramentos recibidos antes de morir).

5.º Si en la parroquia hay Asilos, Conferencias de San Vicente, Círculos Católicos o alguna otra Obra Social, cuenta de lo hecho por cada una de ellas en la semana o en el mes.

6.º Algunos avisos circunstanciales o consejos del párroco en tono sencillo, paternal, sin *ironías ni riñas* (esto se queda para la otra publicación), avisos y consejos sobre la marcha de la parroquia, algún hecho extraordinario relacionado con la misma, reflexiones sobre el aumento o disminución del número de los sacramentos recibidos, proyecto de nuevas obras, etc. etc., pero procurando que sea breve exhortación, lleve el sello y el carácter del párroco y sea lo más ajustada posible a los parroquianos.

b. Una dificultad

¿Y están todos los párrocos en condiciones de tiempo y aptitud para escribir esa *Hoja*? Creo que sí. Limitándose, desde luego, a parroquias de ciudades y pueblos grandes, que es donde más falta hace.

Desde luego, la homilía y la explicación de catecismo no es preciso que sean originales. Pueden tomarse o extractarse de los muchos autores que circulan. Las otras tres secciones, el mismo escribiente de confianza que tenga para su archivo bien puede llevar ese cuidado. Y en cuanto a la última, o sea, ese ratito de conversación con sus feligreses, creo que con *querer bien a éstos*, coger la pluma y ponerse a escribir, lo hace cualquier cura.

c. El látigo ¿parroquial?

Éste u otro parecido podría ser el título de la otra publicación que necesita la parroquia para defenderse y defender a sus hijos, atacados por muchos lobos.

No hay que escandalizarse, ni que echarse a reír como si se tratase de un imposible. Desde que nuestro Señor Jesucristo se dignó hacer por sí mismo un *látigo* para arrojar a los mercaderes profanadores del templo, el *látigo* es en la Iglesia una institución digna de respeto. Institución de la que no pocas veces han usado los Sumos Pontífices, los obispos y los párrocos en contra de los mercaderes de todos los tiempos, profanadores protervos de las cosas divinas y santas.

Y como, según decíamos antes, vivimos en la edad del *papel*, en la que se hacen *pedestales* de papel, aureolas y gloria de papel, casacas de papel y hasta guerras de papel, ¿por qué no ha de haber látigos de papel?

Y los hay, y por cierto más en el campo enemigo que en el nuestro. ¿Sabéis de qué hacen esos *látigos* de papel que cruzan muchas caras y escuecen en la fama más que uno de púas de hierro en las espaldas?

Los hacen con cordeles de calumnias contra honras muy altas y muy puras, equívocos picarescos, chismes intencionados, caricaturas expresivas del ridículo más cruel, revueltos con ciertas verdades muy gordas y muy sucias, de esas que a los *aludidos* ponen *verde* y a los que las leen les revuelven el estómago, si aún no lo han perdido. ¡Y que no hacen daño esos *látigos de papel*!

Pues bien, cada pueblo de alguna importancia, o cada parroquia, tiene hoy un grupo de figuras y *figurones*, verdaderos mercaderes de la honradez, de la virtud y de todo lo santo y bueno, que todo lo venden y explotan con tal de medrar ellos, figuras y *figurones* que, teniendo muchos puntos negros por donde temer la luz y ocultarse, y debiendo vivir de la conmiseración y

lástima de las personas honradas, son, sin embargo, de los que mangonean, dan la ley, perdonan vidas, censuran a todo el que tiene la desgracia de no pensar y *potrear* como ellos. Son el obstáculo continuo del cura, la piedra de escándalo de la parroquia, el horno en donde se cuecen todos los motines y algaradas antirreligiosas.

Y pregunto yo: ¿no les vendría bien a esas espaldas una ración de *látigo* cristiano, dada, sí, sin odio ni venganzas, pero con gana? ¿No les vendría bien a esas máscaras sociales un *papelito* semanal, mensual o cuando convenga, en el que se sacara a relucir los numerosos puntos negros de su vida pública *chanchullera*, se mostraran en su repugnante fealdad los propósitos ambiciosos que con palabras bonitas exponen en artículos del periódico anticlerical de la localidad o en discursos a masas indoctas, un *papelito* en el que, sin penetrar en lo privado de la vida (esos *chismes* se quedan para *los otros*), se dijera ladrón, sepulcro blanqueado, hipócrita y demás cosas bonitas que nuestro Señor Jesucristo sabía decir, cuando llegaba el caso, a los que con sus malas obras y peores artes se las han ganado?

d. Otra dificultad

No hay nada en este mundo que no las tenga. En el presente caso está en que atraería al párroco contratiempos, y lo inutilizaría quizá muy pronto el empuñar con tanta frecuencia y gana el *látigo*.

Estoy conforme. Y para ahorrar precisamente esa dificultad, yo propongo que no sea el cura quien escriba y publique ese *papelito*, sin que por eso se escriba a espaldas suyas. No, es un seglar, de situación independiente y de valor probado, el que ha de crujir el *látigo*. ¿En dónde están esos seglares? ¿En dónde estaban los periodistas católicos antes de que hubiera prensa católica? Hay que formarlos. ¿Cómo? Empezando por poco y teniendo constancia y, sobre todo, mucho amor a la santa madre Iglesia, tan vilmente ofendida por tanto cacique y caciquillo como andan o *reptean* por esos mundos de Dios.

Yo no sé si padeceré alucinación en la apreciación del abundante fruto que preveo de esta clase de publicaciones. Quizá algunos, más prudentes que yo, vean que son más los inconvenientes que las ventajas.

e. La soberanía pulmonar

Pero desde que he visto y sabido que en esta sociedad de soberanía popular y de conciencia en *desuso* el que más grita es el que más gana y el más atendido y favorecido (ejemplo, lo que a diario obtienen en provecho propio con sus campañas de ruido los partidos avanzados). Desde que he sabido que no valen razones ni derechos, sino pulmones y tinta, estoy convencidísimo de que nuestras parroquias y sus enseñanzas serían más oídas, respetadas y tenidas en cuenta, si supieran y contaran los hombres, más o menos públicos, periódicos, corporaciones, etc., que con ellos se meten, que sobre sus caras y sus espaldas estaba suspendido un *látigo*, que por estar hecho con cuerdas de razones como puños y verdades como templos, debe doler mucho.

Siento que los reducidos límites de una *memoria* no me permitan comprobar lo que llevo dicho con casos prácticos, que en este terreno de los hechos son los argumentos más fuertes.

Permítasenos citar uno entre muchos.

Cuando apareció en Sevilla el periódico católico *El Correo de Andalucía*, cierta clase de prensa había tomado un carácter agresivo contra las personas e instituciones eclesiásticas. Desde que hubo un periódico que dijera: ¡alto ahí, que te descubro!, no quiero decir que han desaparecido por completo los ataques pero sí que se han cortado muchos vuelos, se ha impuesto más moderación y se tiene más cuidado en lo que se dice.

¡El látigo hace de Dios para aquéllos que no creen en ninguno!

f. Conclusiones para extender la misión de enseñar de la parroquia

1.º Es perfectamente adaptable a las parroquias de ciudades grandes de España, y de suma utilidad la publicación de *Boletines u Hojas parroquiales*, con las seis secciones siguientes:

a. Homilía del Evangelio del domingo.
b. Explicación breve y ordenada de algún punto de catecismo.
c. Indicador religioso de la semana.
d. Movimiento de la parroquia.

e. Boletín de Acción Social Católica.
f. Exhortación circunstancial del párroco.

2.º Para *defenderse* la parroquia y *defender* a sus hijos de las emboscadas de los hombres malos y de las doctrinas malas, será conveniente la creación en cada parroquia de alguna importancia, de una hoja semanal, mensual o cuando convenga, dirigida por un seglar, sin la intervención directa del cura, que podría llevar el nombre de *látigo* u otro instrumento parecido, y que se dedicara a descubrir y ridiculizar o a *dar latigazos*, a imitación de nuestro Señor Jesucristo, a todo el que se lo mereciera, con arreglo a lo que una bien ordenada caridad exigiera»[8].

g. Las «Hojitas»

El P. Severino Cannoniero hacía imprimir unas hojitas apaisadas que se podían doblar en 6 u 8 partes, muy prácticas.

Repartió millones de ellas por los cuatro puntos cardinales de nuestro país, haciendo un bien enorme.

Cada una tenía un tema: Oraciones principales, Devoción Eucarística, Santa Rita, Espíritu Santo[9], la familia, Santo Rosario, Vía Crucis, Para confesarse mejor, etc.

La Divina Providencia le financiaba las ediciones.

3. Buena Prensa

La buena prensa consiste en la publicación y difusión de buenas obras católicas, sean diarios, revistas, opúsculos, folletos, libros… –actualmente también podemos agregar CD, DVD, libros digitales, películas, videos, etc.–. La buena prensa es un medio muy eficaz para que el Evangelio llegue a las masas.

Entre tantos ejemplos de santos que dieron un lugar importante a este apostolado podemos mencionar a Don Bosco. Él estaba convencido de que los medios de comunicación social de su tiempo le ayudarían en su misión de

8. Cf. San Manuel González, *Obras completas*, Lo que puede un cura hoy, Ed. Monte Carmelo, Burgos 2001, t. II, pp. 135-143. Transcribimos prácticamente íntegro el texto del santo.
9. Mi padre la rezaba todos los días y el papel estaba muy ajado.

evangelizador y educador. Es cierto que, comparándolo con nuestros tiempos, los instrumentos de que él disponía no eran muchos, pero los quiso todos y supo valorizarlos para la difusión del Evangelio, la formación de sus jóvenes, el servicio a la Iglesia y al pueblo de Dios.

Él mismo en una carta fechada el 19 de marzo de 1885 confía sus convicciones y motivaciones sobre la importancia y el valor de un buen libro:

«Circular de Don Bosco sobre la difusión de buenos libros.

Ansioso de veros crecer cada día en entusiasmo y en méritos ante Dios, no dejaré de sugeriros de vez en cuando los diferentes medios que crea oportunos para hacer más fructífero vuestro apostolado.

Entre éstos, el que yo quisiera recomendaros con todas mis fuerzas, para la gloria de Dios y la salvación de las almas, es el de la difusión de buenos libros. No dudo en llamar "divino" a este medio ya que Dios mismo se sirvió de él para la salvación del hombre. Fueron libros inspirados por Él que trajeron la buena doctrina al mundo entero.

Fue Él quien quiso que hubiera copias en todas las ciudades y pueblos de Palestina y que, cada sábado, se hiciese su lectura en las asambleas sagradas. […] Dios, de una manera especial, a través de sus escritos inspirados, preparaba al mundo para la venida del Salvador.

Nos concierne, pues, a nosotros imitar la obra del Padre Celestial. Los buenos libros difundidos entre la gente son uno de los medios más adecuados para mantener el reino del Salvador en las almas. Los pensamientos, los principios, la moral de un libro católico, son la sustancia extraída de los libros y de la Tradición Apostólica. Son tanto más necesarios en cuanto que la impiedad y la inmoralidad hoy en día se agarra a esta arma haciendo estragos entre las ovejas de Jesucristo, a fin de conducir y arrastrar a la perdición a los incautos y desobedientes. De aquí que es preciso atacar un arma con otra.

Añadamos que el libro si, de una parte, no tiene la misma fuerza intrínseca de la palabra viva, de otra ofrece ventajas aún mayores. Un buen libro entra hasta en las casas donde un sacerdote no podría entrar; lo toleran hasta los menos buenos, como un recuerdo o regalo. Cuando se ofrece a alguien, no da vergüenza, no se inquieta de ser abandonado, si es leído enseña la verdad dulcemente,

si se le desprecia no se queja y deja un remordimiento que tal vez enciende el deseo de saber la verdad; mientras que él está siempre dispuesto a enseñarla.

Puede ser que se llene de polvo sobre una mesita o en una biblioteca. Nadie piensa en él. Pero llega la hora en que uno se siente solo o triste, tal vez la hora del sufrimiento o de la necesidad de distracción, y por qué no, la ansiedad del porvenir, y este amigo fiel se sacude el polvo, abre sus páginas y se repiten las admirables conversiones de San Agustín, del Beato Colombino y de San Ignacio. Muy cortés con los tímidos por respeto humano, se entretiene con ellos sin dar que sospechar a nadie; familiar con los buenos y siempre dispuesto a dialogar; les acompaña siempre y por todas partes. Cuántas almas se pudieron salvar gracias a los buenos libros, cuántas fueron preservadas del error y cuántas animadas a hacer el bien. Quien regala un buen libro, tan sólo por el mérito de suscitar un buen pensamiento hacia Dios, ha adquirido ya un mérito incomparable ante Él. Con todo, es mucho más lo que se obtiene. En una familia, un libro si no lo lee la persona a quien va destinado, lo lee el hijo o la hija, el amigo o el vecino.

Un libro, en un pueblo, pasa tal vez por mil manos. Sólo Dios conoce el bien que puede producir un libro en una ciudad, en una biblioteca ambulante, entre un grupo de obreros, en un hospital, regalado como signo de amistad y ¡ojo! si sabéis de alguien que haya rechazado un libro porque es bueno. Todo lo contrario. Un hermano nuestro, en Marsella, cada vez que iba a los muelles del puerto, llevaba una buena provisión de libros excelentes para regalar a los mozos de cuerda, a los artesanos, a los marineros. ¿Y sabéis? Esos libros fueron siempre acogidos con gran alegría y agradecimiento y a lo mejor los devoraban al instante con viva curiosidad.

Teniendo en cuenta estas observaciones y muchas otras que vosotros ya conocéis, os quiero hacer ver las razones por las que debéis estar siempre dispuestos a procurar, con todas vuestras fuerzas, la difusión de los buenos libros […]:

1.º Sabéis que ésta fue una de las principales empresas que me confió la Divina Providencia y también sabéis cómo tuve que tomármela a pecho, con incansable vigor, a pesar de mil otras ocupaciones mías. El odio rabioso de los enemigos del bien y de aquellos que me perseguían, veían en estos libros a un formidable adversario y, por otra parte, una empresa bendecida por Dios.

2.º De hecho, la admirable difusión de estos libros es un argumento para mostrar la asistencia especial de Dios. En no más de treinta años, ascienden a casi veinte millones los fascículos o volúmenes que hemos esparcido entre la gente. Si alguno de esos libros ha quedado en el olvido, otros habrán logrado un centenar de lectores; de donde podemos creer que el número de lectores a los que hemos hecho el bien con su lectura, superará, con creces, el número de volúmenes publicados.

3.º La difusión de buenos libros es uno de los fines principales de nuestra Congregación. El artículo 7 del párrafo primero de nuestras Reglas dice de los Salesianos: "Se dedicarán a promover los buenos libros entre el pueblo, usando todos los medios inspirados en la caridad cristiana. Con la palabra y por escrito mirarán de poner un freno a la impiedad y a la herejía que de tantas maneras intentan insinuarse entre sabios e ignorantes. En este sentido hay que orientar los sermones que, de cuando en cuando, dirigimos al pueblo; los triduos, las novenas y la difusión de los buenos libros".

4.º Por esto, entre los libros que hay que divulgar, propongo que demos preferencia a los que tienen fama de ser buenos, moral y religiosamente hablando […]. No me detengo sobre este punto; pero sí que lo haré sobre un grupo solamente, el de los jóvenes, a los que he querido siempre hacer el bien no sólo con la palabra, sino también con la prensa. Con las Lecturas Católicas, deseando instruir a todos, tenía como punto de mira el entrar en las casas, hacer conocer los valores del espíritu en nuestros colegios y atraer a la virtud a los jóvenes, de modo especial con las biografías de Savio, de Besucco y de otros. Con el *Giovane Provveduto* me propuse llevarlos a la iglesia, infundirles el espíritu de piedad y enamorarlos con la frecuencia de los sacramentos. Con la colección de los clásicos italianos y latinos corregidos y con la Historia de Italia y otros libros históricos o literarios, quise sentarme a su lado en la clase y guardarlos de tantos errores y pasiones que les habrían sido nefastos aquí y para la eternidad.

Anhelaba ser su compañero en el recreo; y he tenido la idea de preparar una serie de libros amenos que espero no tarde en ver la luz. […]

No digo que haya logrado mi ideal de perfección; pero sí os digo que a vosotros os toca arreglarlo, de manera que sea completo en todas sus partes.

Os pido insistentemente, pues, de no dejar de lado esta faceta tan importante de nuestra misión. […]

No aceptéis ni hagáis que los otros acepten aquella ciencia, que al decir del Apóstol, hincha, y acordaos que San Agustín, ya obispo, aunque eximio maestro de las buenas letras y orador elocuente, prefería la impropiedad de la lengua y la falta de elegancia en el estilo, al riesgo de no ser entendida por el pueblo. Que la gracia de nuestro Señor Jesucristo esté siempre con vosotros. Rogad por mí. Afectuosamente vuestro en Jesucristo, Sacerdote Juan Bosco».

Incluso como parte de la buena prensa, si las circunstancias lo permiten, se puede intentar hacer una Imprenta parroquial. Don Bosco solía repetir: «Primero una imprenta, después una gran imprenta y luego muchas imprentas…».

Y en una circular dirigida a los suscriptores de *Lecturas Católicas* decía: «Piensen todos en las lamentables consecuencias que proporciona la mala prensa, en los sacrificios que hacen algunos para difundirla, y digan después en su corazón:

– Si tanto se afanan los malos para propagar el mal, ¿no deberán los buenos hacer otro tanto en favor de las buenas costumbres y de nuestra santa religión?

No hace mucho tiempo que un alto personaje dijo:

– Lo que se invierte en la difusión de los buenos libros, puede compararse con la limosna que se da al pobre hambriento».

Contamos con el invalorable ejemplo del padre Victorino Ortego, párroco emérito de la parroquia de San José en San Rafael, quien con sus 93 años sigue divulgando la buena prensa entre todos nosotros. Fue ganador nacional de un concurso sobre los promotores de la buena prensa.

4. Escuela parroquial

Consideramos que existen tres documentos eclesiales claves para entender que cosa entiende la Iglesia Católica por «escuela católica», y cómo esta deba realizarse en el mundo de hoy. El primero de ellos es la Declaración *Gravissimum Educationis* sobre la educación cristiana del Concilio Vaticano II. Posteriormente, dos documentos de la Congregación para la Educación Católica reafirmaron y explicitaron diversos aspectos referidos a la educación partiendo de los principios

enunciados en la declaración conciliar. Estos documentos son: «*La escuela católica*», del año 1977; y «*La escuela católica en los umbrales del tercer milenio*», del año 1997. En la presente reflexión buscaremos resumir algunas de las ideas que nos parecen principales de estos tres documentos sobre la escuela católica[10].

a. La escuela

Antes de precisar aquello que es especifico, propio, de la escuela católica, es necesario entender bien que es, o que tendría que ser, una escuela, porqué una escuela católica «si no es "escuela" y no reproduce los elementos característicos de ésta, tampoco puede aspirar a ser escuela "católica"»[11].

La siguiente es la definición de «escuela» adoptada por la Congregación para la Educación Católica: «lugar de formación integral mediante la asimilación sistemática y crítica de la cultura»[12].

El Concilio describe la escuela así: la escuela «a la vez que cultiva con asiduo cuidado las facultades intelectuales, desarrolla la capacidad del recto juicio, introduce en el patrimonio de la cultura conquistado por las generaciones pasadas, promueve el sentido de los valores, prepara a la vida profesional, fomenta el trato amistoso entre los alumnos de diversa índole y condición, contribuyendo a la mutua comprensión; además, constituye como un centro de cuya laboriosidad y de cuyos beneficios deben participar a un tiempo las familias, los maestros, las diversas asociaciones que promueven la vida cultural, cívica y religiosa, la sociedad civil y toda la comunidad humana»[13].

Es claro entonces, que la escuela tiene que buscar la formación integral de la persona. Por esto, no puede existir una escuela «neutra»: «Se quiere olvidar que la educación presupone y comporta siempre una determinada concepción del hombre y de la vida. […] Un correcto planteamiento pedagógico está llamado, por el contrario, a situarse en el campo más decisivo de los fines, a ocuparse

10. Señalamos otros dos documentos que pueden ayudar a completar los arriba mencionados, todos de la Congregación para la Educación Católica: *Educar juntos en la escuela católica - Misión compartida de personas consagradas y fieles laicos* (20/11/2007); *Las personas consagradas y su misión en la escuela - Reflexiones y orientaciones* (19/11/2002).
11. Congregación para la Educación Católica, *La escuela católica*, 25.
12. *Ibidem*, 26.
13. *Gravissimum Educationis*, 5.

no sólo del "cómo", sino también del "porqué", a superar el equívoco de una educación aséptica…»[14].

Por definición, entonces, todo proyecto educativo incluye en sí una visión de la vida, la cual es incompleta si no se incluye el aspecto religioso: «Constituye una responsabilidad estricta de la escuela, en cuanto institución educativa, poner de relieve la dimensión ética y religiosa de la cultura, precisamente con el fin de activar el dinamismo espiritual del sujeto y ayudarle a alcanzar la libertad ética que presupone y perfecciona a la psicológica»[15].

b. La escuela católica

Preguntémonos, ahora sí, ¿cuáles son «la naturaleza y características de una escuela que quiere definirse y presentarse como "católica"»[16]?

El elemento fundamental que define la escuela católica es la referencia explícita al Evangelio de Jesucristo. Así lo afirmaba la Congregación para la Educación Católica: «El proyecto educativo de la escuela católica se define precisamente por su referencia explícita al Evangelio de Jesucristo, con el intento de arraigarlo en la conciencia y en la vida de los jóvenes, teniendo en cuenta los condicionamientos culturales de hoy»[17].

El Evangelio se transforma entonces, enseña el Concilio Vaticano II, en el espíritu que debe permear toda la vida de la escuela: «Su nota distintiva es crear un ambiente comunitario escolástico, animado por el espíritu evangélico de libertad y de caridad, ayudar a los adolescentes para que en el desarrollo de la propia persona crezcan a un tiempo según la nueva creatura que han sido hechos por el Bautismo, y ordenar últimamente toda la cultura humana según el mensaje de salvación, de suerte que quede iluminado por la fe el conocimiento que los alumnos van adquiriendo del mundo, de la vida y del hombre»[18]. De este modo, el Evangelio llega a ser norma, motivación y meta de todo el esfuerzo educativo: «por la referencia explícita, y compartida por todos los miembros de la comunidad escolar, a la visión cristiana –aunque sea en grado diverso– es por lo que la

14. Congregación para la Educación Católica, *La escuela católica en los umbrales del tercer milenio*, 10.
15. Congregación para la Educación Católica, *La escuela católica*, 30.
16. *Ibidem*, 2.
17. *Ibidem*, 9.
18. *Gravissimum Educationis*, 8.

escuela es "católica", porque los principios evangélicos se convierten para ella en normas educativas, motivaciones interiores y al mismo tiempo metas finales»[19].

Muchas son las dificultades que debe enfrentar la escuela católica hoy en día, desde «objeciones» a nivel teórico contra su existencia, hasta limitaciones jurídicas y económicas, pasando incluso por la escasez de personas, a veces de alumnos, a veces de profesores.

A pesar de todo esto, la enseñanza de la Iglesia continua a reafirmar no sólo el derecho de la Iglesia Católica a intervenir en la educación, sino también el deber que le corresponde, en cuanto que la educación católica es un «auténtico apostolado»[20], fundamental para le evangelización de la cultura[21], que encuentra su raíz última en el mandato misionero de Jesucristo.

«En tales circunstancias ¿no debiera tal vez la Iglesia –como proponen algunos– renunciar a su misión apostólica en las escuelas católicas y dedicar sus fuerzas a una obra evangelizadora más directa, en sectores considerados prioritarios o más acomodados a su misión espiritual, u orientar sus desvelos pastorales al servicio de las escuelas estatales? Aparte de que semejante solución no estaría de acuerdo con las directivas del Concilio, las consideraciones siguientes quieren hacer ver que no se justifican, precisamente, en virtud de la misión propia de la Iglesia»[22].

De las diversas objeciones y dificultades que se podrían analizar, elegimos una porqué recurrente, y además, porqué la respuesta ayuda a ver mejor el espíritu que tiene que animar la escuela católica. La dificultad se podría plantear así: la escuela católica, ¿es una escuela para ricos o una escuela para todos?

Es verdad que en algunos lugares y circunstancias la escuela católica se vio «forzada»[23] a dedicarse a la atención de ciertas clases «privilegiadas». De todas

19. Congregación para la Educación Católica, *La escuela católica*, 34.
20. Cf. *Gravissimum Educationis*, 8: «El Sagrado Concilio declara que la función de estos maestros es verdadero apostolado, muy conveniente y necesario también en nuestros tiempos, constituyendo a la vez un verdadero servicio prestado a la sociedad».
21. *Ecclesia in Africa*, 102: «Las escuelas católicas son contemporáneamente lugares de evangelización, educación integral, inculturación y aprendizaje del diálogo entre jóvenes de religiones y ambientes sociales diferentes».
22. Congregación para la Educación Católica, *La escuela católica*, 23.
23. Cf. Congregación para la Educación Católica, *La escuela católica*, 21: «Es cierto que, en algunos países, la escuela católica se ha visto forzada a reducir en cierta medida su acción educativa a las clases sociales más acomodadas, dando la impresión de querer favorecer con su educación una discriminación socioeconómica; pero esto sucede precisamente allí donde, ignorando las ventajas de su presencia como alternativa en la actual sociedad pluralista, le han creado en consecuencia graves dificultades».

maneras, esta situación, allí donde se dé, será siempre una situación excepcional, porque la escuela católica tiene que ser una «escuela para todos». «Todos» en este caso quiere decir ricos y pobres, y también católicos y no católicos (como de hecho sucede en muchos países adonde los cristianos son una minoría), sin renunciar a la propia identidad de escuela católica.

Veamos algunos textos al respecto.

Es un error entender la escuela católica como una «escuela para ricos»: «es oportuno recordar lo que se ha dicho acerca de las graves dificultades jurídicas y económicas que dificultan, en diversos países, la actividad de la escuela católica. Las cuales le impiden particularmente extender su servicio a los jóvenes de cualquier otro nivel socioeconómico y la fuerzan a presentarse, erróneamente, como escuela de ricos»[24].

Ser una «escuela para todos» es una característica fundamental de la escuela católica: «Además, las dificultades económicas, a más de incidir sobre la contratación y sobre la continuidad de la presencia de los educadores, pueden hacer que los que no tienen medios económicos suficientes, no puedan frecuentar la escuela católica, provocando, de este modo, una selección de alumnos, que hace perder a la escuela católica una de sus características fundamentales, la de ser una escuela para todos»[25].

Y si en algún caso alguna «preferencia» hubiera que hacer, esta se tiene que dirigir hacia los más «débiles»: «En la dimensión eclesial se fundamenta también la característica de la escuela católica como escuela para todos, con especial atención hacia los más débiles»[26]. Y de esto dan ejemplo aquellos santos e institutos religiosos que a lo largo de la historia de la Iglesia se distinguieron por su labor educativa: «Las pobres muchachas que en el siglo XV eran instruidas por las Ursulinas, los muchachos que Calasanz veía correr y alborotar por las calles romanas, o que La Salle encontraba en los pueblos de Francia, o que Don Bosco acogía, los podemos encontrar hoy en aquellos que han perdido el sentido auténtico de la vida y carecen de todo impulso por un ideal, a los que no se les proponen valores y desconocen totalmente la belleza de la fe, que tienen a sus espaldas familias rotas e incapaces de amor, viven a menudo situaciones de

24. *Ibidem*, 68.
25. Congregación para la Educación Católica, *La escuela católica en los umbrales del tercer milenio*, 7.
26. *Ibidem*, 15.

penuria material y espiritual, son esclavos de los nuevos ídolos de una sociedad, que, no raramente, les presenta un futuro de desocupación y marginación»[27].

c. Los maestros

Muchas veces se escucha decir que «la escuela es el maestro». La Iglesia reafirma con fuerza esta verdad, recordando no sólo el rol del maestro, sino también de «los maestros» como comunidad educativa.

Así se expresaba el Concilio: «Recuerden los maestros que de ellos depende, sobre todo, el que la escuela católica pueda llevar a efecto sus propósitos y sus principios». Por eso, el auténtico maestro tiene que unir en sí mismo calidad profesional, humana y cristiana: «Esfuércense con exquisita diligencia en conseguir la ciencia profana y religiosa avalada por los títulos convenientes y procuren prepararse debidamente en el arte de educar conforme a los descubrimientos del tiempo que va evolucionando». Y es fundamental entender que es un apostolado comunitario: «Unidos entre sí y con los alumnos por la caridad, y llenos del espíritu apostólico, den testimonio, tanto con su vida como con su doctrina, del único Maestro Cristo»[28].

Noble es la tarea del maestro: «La nobleza de la tarea a la que han sido llamados reclama que, a imitación del único Maestro Cristo, ellos revelen el misterio cristiano no sólo con la palabra sino también con sus mismas actitudes y comportamiento»[29]. Por esto, no es lo mismo «profesor» que «educador»: «El clima descrito produce un cierto cansancio pedagógico, que se suma a la creciente dificultad, en el contexto actual, para hacer compatible ser profesor con ser educador»[30].

Entre otras cosas, la escuela católica es un lugar privilegiado en el cual se puede concretizar una armoniosa colaboración entre laicos y consagrados.

Son iluminadoras las palabras de San Juan Pablo II en su Exhortación *Christifideles Laici*: «hay que preparar fieles laicos que se dediquen a la acción educativa como a una verdadera y propia misión eclesial; es necesario constituir

27. *Ibidem*, 15.
28. *Gravissimum Educationis*, 8.
29. Congregación para la Educación Católica, *La escuela católica*, 43.
30. Congregación para la Educación Católica, *La escuela católica en los umbrales del tercer milenio*, 6.

y desarrollar "comunidades educativas", formadas a la vez por padres, docentes, sacerdotes, religiosos y religiosas, representantes de los jóvenes. […] Los Padres sinodales han tenido palabras de aprecio y de aliento hacia todos aquellos fieles laicos, hombres y mujeres, que con espíritu cívico y cristiano desarrollan una tarea educativa en la escuela y en los institutos de formación. También han puesto de relieve la urgente necesidad de que los fieles laicos maestros y profesores en las diversas escuelas, católicas o no, sean verdaderos testigos del Evangelio, mediante el ejemplo de vida, la competencia y rectitud profesional, la inspiración cristiana de la enseñanza, salvando siempre –como es evidente– la autonomía de las diversas ciencias y disciplinas»[31].

De todas maneras, y sin menoscabar el papel de los laicos en la educación, sigue siendo fundamental, «indispensable» dice la Congregación para la Educación Católica, la presencia de los consagrados en la escuela católica: «la presencia de los consagrados en la comunidad educativa es indispensable porque ellos "están en condiciones de llevar a cabo una acción educativa particularmente eficaz"[32], y son ejemplo de cómo "darse" sin reservas y gratuitamente al servicio de los otros en el espíritu de la consagración religiosa»[33].

d. Los frutos

«De la identidad católica, en efecto, nacen los rasgos peculiares de la escuela católica»[34]. Sin detenernos en la consideración de todos estos «rasgos peculiares», para terminar, preguntémonos cuáles tienen que ser los «frutos» de una auténtica escuela católica.

Enseñaba el Concilio que la escuela católica educa sus alumnos, y estos alumnos son los «frutos» de la escuela católica, «a fin de que con el ejercicio de una vida ejemplar y apostólica sean como el fermento salvador de la comunidad humana»[35].

31. *Christifideles Laici*, 62
32. *Vita Consecrata*, 96.
33. Congregación para la Educación Católica, *La escuela católica en los umbrales del tercer milenio*, 13.
34. *Ibidem*, 11.
35. *Gravissimum Educationis*, 8.

La misión de la escuela católica se encuadra también en la necesidad urgente de «garantizar la presencia del pensamiento cristiano»[36].

Por eso, es necesario «formar personalidades fuertes, capaces de resistir al relativismo debilitante, y de vivir coherentemente las exigencias del propio Bautismo»[37], «capaces de hacer opciones libres y justas»[38]. La escuela católica no se conforma con formar al hombre, sino que «se propone formar al cristiano»[39]. Para lograr estos frutos, la educación cristiana se mueve en torno a dos factores: el ejercicio de las virtudes[40] y la vida de la gracia[41].

e. Una fervorosa sugerencia

El mayor y principal empeño de una escuela debería ser **enseñar a pensar**. El enciclopedismo en este sentido se ha mostrado estéril e inútil.

Para enseñar a pensar no hay mejor método que el de los bachilleratos humanistas, como el de Salta, fundado por Mons. Tavela, y el de otras ciudades.

La columna vertebral de los mismos son cuatro materias:

1.º Español o Castellano (o la lengua madre);

2.º Matemáticas;

3.º Griego; y

4.º Latín.

El estudio del griego y latín son importantísimos para **saber pensar**, porque al no ser nuestras lenguas madres –aunque están en la base de todas las lenguas romances (o derivadas de la lengua de los romanos)–, los educandos deben descubrir las partes de la oración para poder comprenderlas: verbo, sujeto, predicado, complementos, género, número, tiempos, etc. **Y es eso lo que enseña a pensar**.

---

36. Congregación para la Educación Católica, *La escuela católica*, 11.
37. Congregación para la Educación Católica, *La escuela católica*, 12 y cf. *La escuela católica en los umbrales del tercer milenio*, 9.
38. Congregación para la Educación Católica, *La escuela católica*, 31.
39. *Ibidem*, 47.
40. Cf. *Ibidem*, 47.
41. Cf. *Ibidem*, 84.

Además es lo que les hace aprender rápidamente cualquier otra lengua, sobre todo, las indoeuropeas.

Tenemos un «bachillerato humanista» en San Rafael[42] y por los frutos se conoce el árbol (cf. Mt 12,33). Esperamos que siga dando muchos buenos frutos.

5. Oratorio

El Oratorio, así como nosotros lo entendemos[43], nace del apostolado de dos grandes santos: San Felipe Neri y San Juan Bosco. Será principalmente este último quién «sistematizará» el Oratorio como medio de formación de la juventud.

¿Qué es el Oratorio?

Se puede decir que el Oratorio es al mismo tiempo una institución y un espíritu, que se alimentan recíprocamente: el espíritu oratoriano tiene que dar vida al Oratorio-institución, y al mismo tiempo desde el Oratorio-institución el espíritu que lo caracteriza tiene que contagiar el resto de las actividades parroquiales.

El Oratorio de Don Bosco era para sus jóvenes un poco como una casa, un poco como una parroquia, un poco como una escuela, un poco como un patio: *casa* que acogía y hospedaba; *parroquia* que transmitía el Evangelio; *escuela* accesible a quien en otro lugar hallaría dificultades; *patio* donde se compartía alegría y amistad.

La finalidad principal del Oratorio era ofrecer a los jóvenes un ambiente educativo integral que los ayudase a formarse como «*buenos cristianos y honrados ciudadanos*»[44]. El mismo Don Bosco explicaba cómo se concreta esta finalidad: «*el fin del Oratorio festivo es entretener a la juventud en los días festivos con agradables diversiones, después de haber asistido a las sagradas funciones de la Iglesia*»[45].

---

42. Cf. *Proyecto de Bachillerato humanista* «*Alfredo R. Bufano*», Ed. del Verbo Encarnado, San Rafael 1988.
43. Se puede consultar el *Directorio de Oratorios del Instituto del Verbo Encarnado*.
44. San Juan Bosco, *Reglas de la Sociedad San Francisco de Sales* (1877), Parte II, cap. II, art. 6; cf. Pietro Braido, *El Sistema Educativo de Don Bosco*, Guatemala 1984, p. 319.
45. San Juan Bosco, *Reglas de la Sociedad San Francisco de Sales* (1877), Parte I: «Scopo de quest'opera». Cf. Giovanni B. Lemoyne, *Memorie Biografiche*, Elledici, Torino 1948, t. III, p. 91; Pietro Braido, *El Sistema Educativo de Don Bosco*, Guatemala 1984, p. 314.

El Oratorio debe ser como una prolongación de la familia y de la Iglesia, si la familia es, como enseña Santo Tomás, como «un útero espiritual»[46]. Porque así como en el útero físico cada ser humano recibió la vida, amor, protección y cuidado, se desarrolló y recibió alimento, etc., así, en la familia debe seguir siendo engendrada y conservada la vida. Allí recibe amor y educación, se alegra y está protegido, aprende a practicar todas las virtudes, se relaciona con los demás, etc. Así –a su manera– debe ser el Oratorio.

Por esto, es necesario esforzarse para que en el Oratorio, que hemos visto que Don Bosco llamaba «Oratorio festivo», se cree un ambiente, un clima, una atmósfera, que podemos caracterizar remarcando diversos aspectos: que sea un ambiente educativo; un ambiente religioso; un ambiente abierto a todos; un ambiente de alegría y libertad; un ambiente de caridad; un ambiente de familia.

Un ambiente educativo… Un Oratorio no es un «club». En el Oratorio es fundamental que se busque educar a los jóvenes que a él asisten. Esta educación tiene que ser *integral*, es decir, que abarque toda la persona humana, y, según las circunstancias, será correctora, curativa y constructiva.

Un ambiente religioso… El fin principal de esta obra es *el sobrenatural*. El clima oratoriano debe llevar a los jóvenes a crecer en la práctica de las virtudes teologales y sobre todo en la caridad, reina de todas las virtudes; es ella el elemento constitutivo esencial de todo auténtico Oratorio. Será fundamental la práctica religiosa, y en modo particular deberá insistirse siempre en la frecuencia a los sacramentos de la Confesión y de la Eucaristía. Decía Don Bosco: «*La Confesión y comunión frecuentes y la misa diaria son las columnas que deben sostener el edificio educativo, del cual se quieren tener alejados el castigo y la amenaza*»[47]. Y también: «*Recordad que el primer método para educar es el hacer buenas confesiones y buenas comuniones*»[48].

Un ambiente abierto a todos… El Oratorio debe ser universal como la voluntad salvífica de Dios. Todos tienen como un derecho a recibir asistencia moral y religiosa, aunque hay que atender principalmente a quienes más necesidad

46. *S. Th.*, II-II, q. 10, a. 12; cf. también *Quodlibet*, II, 4, 2. En ambos lugares el Aquinate se pregunta si los niños de los judíos y de los otros infieles deben ser bautizados contra la voluntad de los padres, a lo que responde negativamente por dos razones: por el peligro de la fe, y porque se opone a la justicia natural: «pues antes del uso de razón está bajo el cuidado de sus padres, como contenido en un útero espiritual».
47. San Juan Bosco, *Reglas de la Sociedad San Francisco de Sales*, p. 94.
48. Giovanni B. Lemoyne, *Memorie Biografiche*, Elledici, Torino 1948, t. IV, p. 555.

puedan tener: «*son preferentemente admitidos y atendidos los pobres, más abandonados y más ignorantes, porque tienen más necesidad de asistencia para mantenerse en el camino de la eterna salvación*»[49]. «*Entretener a la juventud más abandonada*»[50] repite Don Bosco en sus Memorias.

Amplias son las condiciones de aceptación, lo cual no quita que al mismo tiempo haya en el Oratorio un ambiente de orden y disciplina: «*Todos son libres de frecuentar este Oratorio. Pero todos deben someterse a las órdenes de los respectivos encargados, observar el debido comportamiento en el recreo, en la iglesia y fuera del Oratorio*»[51].

Un ambiente de alegría, de libertad y de caridad… La alegría es esencial al espíritu de Oratorio. Es vestir de fiesta la vida del cristiano. El gozo brota de poseer lo que se ama. Sólo se alegra verdaderamente el que se alegra en el amor: «*donde se alegra la caridad, allí hay festividad*»[52]. Y como el Oratorio es, como ya hemos visto, un ambiente que tiene que ser eminentemente sobrenatural, el amor que en él debe reinar no puede ser otro que aquel de la caridad cristiana. También la libertad tiene su fuente en la misma caridad: sólo en el amor se encuentra la verdadera libertad, que no es una «libertad carnal», sino la libertad del que sólo por amor a Dios y al prójimo, obra el bien y evita el mal.

Esto hace que el Oratorio sea una institución «frágil», puesto que el concurrir a él es totalmente *libre*, ya que está basado en la frecuencia voluntaria.

Si este amor reina, no son necesarios los castigos pues los que deben obedecer tienen el mismo sentir de sus superiores en el amor. En su *Carta circular sobre los castigos*, Don Bosco escribía: «Ante todo, si queremos presentarnos como amigos del auténtico bien de nuestros alumnos, si queremos obligarles al cumplimiento de sus deberes no olvidemos nunca que *representamos a los padres* de esta amada juventud… Si, pues, habéis de ser verdaderos padres de vuestros alumnos, es preciso que tengáis *corazón de padres* y jamás uséis la represión y el castigo sin razón». Y cuando el castigo sea necesario, los encargados del

49. San Juan Bosco, *Reglas de la Sociedad San Francisco de Sales*, Parte II, cap. II, art. 2.
50. San Juan Bosco, *Memorias del Oratorio*, p. 142.
51. *Ibidem*.
52. San Juan Crisóstomo citado en Josef Pieper, *Una teoría de la fiesta*, Eds. Rialp, Madrid 2006, p. 33, cf. L. Thomassin, *Traité des Festes de l'Église. Traités Historiques et Dogmatiques*, vol. II, París 1683, p. 21.

Oratorio tienen que ayudar a los jóvenes a que ellos mismos vean la necesidad de ese castigo y el beneficio que significa para ellos»[53].

Un ambiente de familia… es decir, que en el Oratorio tiene que reinar una bien entendida confianza o familiaridad entre educadores y educandos. Sólo en el espíritu de familia, sólo en el espíritu de confianza que existe entre padres, hijos y hermanos, se puede vivir el ambiente educativo, religioso, abierto a todos, de caridad, de alegría y de libertad. Esta confianza establece como una corriente eléctrica entre jóvenes y superiores. Los corazones se abren y dan a conocer sus necesidades y manifiestan sus defectos.

¡Cómo cambiaría la vida de nuestras parroquias si este «ambiente» o «espíritu oratoriano» se viviera con sencillez no sólo en los «Oratorios oficiales», sino también en nuestras familias, en nuestros colegios –primarios, secundarios, y también terciarios–, en las diversas actividades apostólicas –incluso en las misiones populares–, en las mismas comunidades religiosas, o en los tiempos «fuertes» de descanso como campamentos, viajes o convivencias!

Pienso que no es necesario decir más para mostrar cuanta vitalidad, propia de los jóvenes, y de Jesucristo eternamente joven –Él, que es «el mismo, ayer, hoy y siempre» (Hb 13,8)–, puede infundir un auténtico *Oratorio festivo* en una comunidad parroquial.

6. Campamentos

Es pasar un período de tiempo, normalmente 15 días o más, en vida al aire libre en contacto con la naturaleza. Es necesario un lugar con abundante agua potable cerca, con un lugar hermoso para bañarse y puede ser en bosques, playas, montañas… hay que prever lugares con sombra y algún lugar al reparo, por la posibilidad de lluvias. Suele ser vida en carpas y se realiza una pequeña ciudadela: cocineros, quienes se ocupan de compras, quienes de las luces, quienes del fuego…

53. «En general el sistema que nosotros hemos de emplear es el llamado preventivo, que consiste en disponer de tal modo el ánimo de los alumnos, que sin violencias se dobleguen a nuestro querer. Al recordaros, pues, este sistema, pretendo indicaros que no se ha de usar de medios coercitivos, sino **de persuasión** y **caridad** (*amorevolezza*)», San Juan Bosco, *Obras Fundamentales*, Carta circular sobre los castigos a infringir en las casas religiosas, BAC, Madrid 1978, p. 598.

La única manera cuerda de concebir el campamento para nuestros formandos es el de «***escuela de vida***». El campamento debe ser formativo, debe ayudar a que el niño o el joven conozca más su patria y la ame, entienda en concreto que es ser católico, o sea, que sepa vivir bien su religión, que aprenda a ser disciplinado, aseado, responsable, servicial, educado… En mi época me cansé de escuchar en todos los tonos y secuencias, que el cristianismo es vida. Pero eso siempre era mero intelectualismo, porque en concreto no enseñaban la vida que entraña el Evangelio. Esto ocurre, en concreto, cuando el niño o el joven participan de un campamento «escuela de vida», o en las misiones populares, o en Ejercicios Espirituales en serio. Y llamamos al campamento «escuela de Vida» por Aquél que dijo: «Yo soy… la Vida» (Jn 14,6) y vino para que tuviéramos: «…vida y vida en abundancia» (Jn 10,10).

En cambio, el campamento que sea una especie de «viva la pepa» no suele servir para mucho; sin gobierno, sin horarios, sin trabajo, sin orden, no suele haber formación en el bien con algo tan amorfo. Sobre todo, sin horario de levantarse, dejan de ser «escuela de vida». De muy poco sirven. No es más que un poco de turismo.

Como vemos, hay muy distintos tipos de campamentos.

También lo son distintos por su distinta función, digamos, de infraestructura:

1.º Así existen los llamados campamentos base, que son preferentemente estables, porque desde un mismo lugar que viene a ser la base (suelen usar carpas grandes), se desarrolla el mismo. Esto campamentos parecieran que son más adecuados para niños, ya que se afincan más a un lugar y no tienen tanta capacidad física para esfuerzos muy grandes. Pueden sí, realizar caminatas o paseos de medio o de un día, tal vez de día y medio, pero pareciera que no mucho más.

2.º Otro, es el campamento que algunos llaman «volante» (como la célebre hostería de Chesterton), que suelen tener, mínimamente una base, pero que sobre todo se realiza fuera del mismo, con muchas salidas de 3, 5 o 7 días usando carpas transportables. Este es más adecuado para jóvenes que son más fuertes y ya tienen una independencia mayor. Es de destacar que también se pueden realizar campamentos para hombres, como hacen en Ucrania, de alrededor de 4 días, con mucho fruto.

Se distinguen también por la distinta composición de los integrantes. No es lo mismo si pertenecen a la misma institución o si son de varias. Si son de un mismo curso de un mismo colegio, porque ya traen cierta uniformidad. Si son de la misma parroquia donde puede haber más diferencias de edad. Si son seminaristas, pueden estar subiendo y bajando montañas, bañándose en helados lagos, descubriendo nuevas picadas, perdiéndose en los frondosos bosques, cocinando y acampando en lugares inverosímiles, porque se foguean así.

Desde el principio de nuestro seminario, el campamento, la convivencia, formó parte de la formación del seminarista. Fue Mons. León Kruk quien lo quiso con el argumento que tres meses de vacaciones eran demasiado para los seminaristas. Tuvimos campamentos 4 años en El Nihuil (Mendoza) y luego, muchos más en Bariloche tanto en Colonia Suiza (en la Agrupación Juvenil de Montaña del inolvidable padre Atilio Fortini), como a orillas del Lago Mascardi, del Lago Guillelmo, etc. Donde además de lo que se requiere para un campamento católico, se tenía la hora de Adoración y la bendición con el Santísimo Sacramento, y una conferencia de formación de media hora. Eran campamentos «escuela de vida» para alcanzar el Monte, que es Cristo.

Se distinguen también por el fin que se proponen. Si son católicos se distinguirán por dos actos fuertes: por la Santa Misa a la mañana y el rezo del Santo Rosario por la tarde, y se buscará vivir la vida de la gracia en profundidad. Aprovechando el tiempo para conversar de cosas espirituales con el Asesor de campamento y los demás compañeros, escuchando alguna charla sobre temas serios, edificándose con la mutua caridad y alegría, ayudándose unos a otros.

El ambiente o clima, que debe tener el campamento es el de familia, usando, con adaptaciones el «método preventivo de Don Bosco». No se debe perder el tiempo en el campamento, sino aprovecharlo al máximo. Practicando todas de las virtudes, en particular la eutrapelia que regula el uso de los tiempos libres, disfrutando de todos los deportes posibles y sanos, siguiendo los sanos consejos de San Isidoro de Sevilla en orden a la formación de la juventud.

En una palabra hacer la experiencia de que el cristianismo es vida en plenitud.

7. Cuadros, postales y estampas

En una parroquia no debe faltar un buen Crucifijo y dónde está Cristo no puede no estar su Madre.

Una forma de multiplicar la devoción a los santos patronos es hacer imprimir, en colores, las fotos de Jesucristo, de la Virgen y, si lo hay, del Santo titular.

Lo ideal es hacer unas fotos impresas grandes como para cuadros, unas fotos tamaño postal que se pueden enviar por correo y otras como estampitas que se puede repartir en cantidades. Esto es multiplicar las presencias figuradas de los santos patronos en las «iglesias domésticas», las familias, que pueden volver a la sana y santa tradición de tener altarcitos en sus casas.

B. El oficio de santificar

1. Semana Santa

La Semana Santa constituye uno de los momentos fuertes de la pastoral parroquial.

No queremos detenernos aquí a considerar las cuestiones prácticas que un párroco tiene que organizar en orden a las celebraciones, o «funciones» como algunos las llaman, de ésta, la semana más importante del año cristiano.

Para ello remitimos a algunos documentos del Magisterio que pueden servir como punto de referencia para una siempre mejor celebración del Misterio Pascual: la Constitución Conciliar acerca de la Sagrada Liturgia del Concilio Vaticano II *Sacrosantum Concilium*[54]; el *Cerimoniale episcoporum*; la *Instrucción General del Misal Romano* (y las mismas rúbricas del Misal); y la Carta Circular de la Congregación para el Culto Divino *Paschalis sollemnitatis* del año 1988 acerca de la preparación y celebración de las fiestas pascuales.

Quisiéramos señalar sólo algunos principios de orden general que podemos encontrar en estos documentos que pensamos que pueden ser de algún provecho para la celebración de la Pascua cristiana en nuestras parroquias. Las citas

54. Cf. Principalmente los nn. 102-111.

que reportamos, salvo que se indique lo contrario, son de la «Paschalis sollemnitatis», que resume los otros documentos arriba citados.

En primer lugar, insistir en que la Semana Santa, y en particular el Triduo Pascual con sus ceremonias, es el momento culminante del año parroquial. El Concilio enseña: «La santa madre Iglesia considera deber suyo celebrar con un sagrado recuerdo en días determinados a través del año la obra salvífica de su divino Esposo. Cada semana, en el día que llamó "del Señor", conmemora su Resurrección, que una vez al año celebra también, junto con su santa Pasión, en la máxima solemnidad de la Pascua»[55].

Durante estos días, el oficio del párroco no se puede reducir, aun cuando esto sea muy importante, al de un simple «maestro de ceremonias». El Magisterio insiste en que es un tiempo privilegiado para enseñar al pueblo de Dios, tanto el significado de los sagrados ritos que se celebran, como los misterios que se quieren revivir.

Citamos, a modo de ejemplo, algunas afirmaciones de la «Paschalis sollemnitatis»: «Los pastores expondrán la Palabra de Dios, *más a menudo y con mayor empeño*…» (n. 13); «Los pastores no dejen de explicar *a los fieles del mejor modo posible el significado y la estructura de las celebraciones*…» (n. 41); «Los fieles han de ser instruidos *sobre la naturaleza peculiar del Sábado santo*…» (n. 76); «Los pastores han de recordar y explicar *a los fieles durante el tiempo pascual el sentido del precepto de la Iglesia de recibir la Eucaristía en este tiempo*…» (n. 104).

Y como «nadie da lo que no tiene», a los pastores se indica que ellos mismos «para poder celebrar la Vigilia pascual con el máximo provecho hagan lo posible para comprender mejor tanto los textos como los ritos, a fin de poder dar una mistagogia que sea auténtica» (n. 96).

Se insiste también con que no se omitan las homilías durante las grandes solemnidades. El Domingo de Ramos, por ejemplo, hacer siempre que se pueda la procesión de entrada solemne, y «*terminada la lectura de la Pasión no se omita la homilía*» (n. 34). Es uno de los días en que más gente va a la Iglesia, ideal para predicar sobre el tema del Plan pastoral de año, en el hemisferio sur. Lo mismo se dice en relación a la Celebración de la Pasión del Viernes Santo (cf. n. 66).

55. *Sacrosanctum Concilium*, 102.

Y también en la Vigilia pascual en la noche santa, «*terminada la proclamación del Evangelio no se omita la homilía, aunque sea breve*» (n. 87).

Incluso están indicados los temas que se han de profundizar durante la catequesis propia de este tiempo, partiendo de los textos sagrados que propone la liturgia de la Iglesia.

Durante la Cuaresma se dice explícitamente que «debe darse la catequesis del misterio pascual y de los sacramentos, explicando con mayor profundidad los textos del leccionario y, de modo especial, las perícopas evangélicas, que aclaran los diversos aspectos del Bautismo y de los demás sacramentos, así como la misericordia de Dios» (n. 12). «Incúlquese a los fieles, junto con las consecuencias sociales del pecado, la naturaleza propia de la penitencia, que lo detesta en cuanto es ofensa de Dios»[56].

Y el Jueves Santo «toda la atención del espíritu debe centrarse en los misterios que se recuerdan en la Misa: es decir, la institución de la Eucaristía, la institución del Orden sacerdotal, y el mandamiento del Señor sobre la caridad fraterna: son éstos los puntos que conviene recordar en la homilía» (n. 45).

El gran «principio pastoral» que tiene que animar las celebraciones parroquiales es, además del honor que a Dios el culto cristiano busca tributar, que «*los fieles participan en ellas con el mayor provecho espiritual posible*» (cf. n. 3).

Por eso, por el bien espiritual de los fieles, hay que respetar los signos, los tiempos, los momentos y la integridad de las celebraciones, y no ceder a la tentación de abreviar la liturgia, o hacerla más «cómoda» o «fácil». Citamos algunas afirmaciones de la «Paschalis sollemnitatis» que aportan una gran luz al respecto:

«Para la conmemoración de la entrada del Señor en Jerusalén, además de la procesión solemne, que se acaba de describir, el Misal ofrece otras dos posibilidades, no para fomentar la comodidad y la facilidad, sino en previsión de las dificultades que puedan impedir la organización de una procesión» (n. 30).

«Para el bien espiritual de los fieles conviene que se lea por entero la narración de la Pasión, y que no se omitan las lecturas que la preceden» (n. 33).

56. *Sacrosanctum Concilium*, 109.

«No se omitan con facilidad los textos litúrgicos de los cantos para la participación del pueblo» (n. 42).

El Viernes Santo «el orden de la acción litúrgica de la Pasión del Señor ha de ser conservado con toda fidelidad, sin que nadie pueda arrogarse el derecho de introducir cambios» (n. 64). «Las lecturas han de ser leídas por entero» (n. 66). «La oración universal ha de hacerse según el texto y la forma establecida por la tradición, con toda la amplitud de las intenciones, que expresan el valor universal de la Pasión de Cristo, clavado en la Cruz para la salvación de todo el mundo» (n. 67). «Úsese una única cruz para la adoración tal como lo requiere la verdad del signo» (n. 69).

«Nadie está autorizado a cambiar a su arbitrio esta estructura del rito de la Vigilia Pascual. La primera parte consiste en una serie de acciones y gestos simbólicos que conviene realizar con tal dignidad y expresividad que su significado propio sugerido por las moniciones y las oraciones, pueda ser realmente percibido por los fieles. Prepárese el cirio pascual que, para la veracidad del signo, ha de ser de cera, nueva cada año, único, relativamente grande, nunca ficticio, para que pueda evocar realmente que Cristo es la luz del mundo» (nn. 81-82). «En la medida en que sea posible, léanse todas las lecturas indicadas para conservar intacta la índole propia de la Vigilia pascual que exige una cierta duración» (n. 85). «Hay que poner mucho cuidado para que la liturgia eucarística no se haga con prisa; es muy conveniente que todos los ritos y las palabras que los acompañan alcancen toda su fuerza expresiva» (n. 91).

Finalmente, pensamos que lo que se dice en relación a la Vigilia Pascual resume cuanto se espera de todas las celebraciones de la Semana Santa: «*Cuídese de tal modo la liturgia que se pueda hacer llegar al pueblo cristiano las riquezas que contienen las plegarias y los ritos; es necesario que se respete la verdad de los signos, se favorezca la participación de los fieles, y que no falten ministros, lectores y cantores para el buen desarrollo de la celebración*» (n. 93).

2. Fiestas Patronales

Es un elemento muy importante de la pastoral parroquial el festejar, honrosa y noblemente, al Santo Patrono. Debemos para ello implicar a todas las Instituciones parroquiales y al mayor número de feligreses.

Las modalidades de esta fiesta son muchas. Dependen de las sanas tradiciones del lugar, de las costumbres del pueblo, de lo que hayan establecido los párrocos anteriores, etc.

Algunos respetan a rajatabla el día del patrono, otros trasladan la fiesta el domingo anterior o posterior. Algunos preparan la fiesta con una novena anterior, otros con un triduo, otros con nada. Siempre la solemne Santa Misa del patrono es lo principal de la fiesta, pero algunos anteponen una solemne procesión por las calles de la parroquia, con concurso de una banda de música, con festejo de fuegos de artificio y estruendo (las «trollas» o semejantes), con almuerzo o cena posterior a la Misa o no, etc. Deberíamos recordar cómo nos gustaban esas fiestas cuando éramos niños y cómo deberíamos hacerla ahora, aunque más no sea, para ellos.

Siempre son una hermosa ocasión para que el párroco instruya a sus fieles con alguna verdad eterna para bien de ellos. Se unen más los lazos fraternales, se toma más conciencia de ser una célula viva de la Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica, se aprende a vivir más en la familia de Dios.

Por experiencia, estimo que es un momento privilegiado para renovar el Pacto de fidelidad con Jesucristo y la Consagración a la Virgen María, a quienes siempre hay que buscar de unir en nuestra pastoral, como de manera modélica y genial sucede en Salta para la fiesta del Milagro.

A modo de ejemplo presentamos un posible modelo, siempre perfeccionable, para sugerir algo semejante:

a. Pacto de Fidelidad con el Señor

Santo Cristo…, Segunda Persona de la Santísima Trinidad e Hijo de Santa María Virgen, queremos hacer hoy contigo un Pacto de Fidelidad, de lealtad, que lo expresaremos repitiendo lo que en toda la Biblia se revela como la fórmula de la Alianza hecha por Dios con su pueblo. Por eso responderemos a cada cláusula: ***Señor, tú eres nuestro; nosotros somos tuyos***.

– Porque con el Padre y el Espíritu Santo, eres un solo Dios, un solo Señor; no una sola Persona, sino tres Personas en una sola sustancia:

Señor, tú eres nuestro; nosotros somos tuyos.

– Porque quisiste ser uno de nosotros al asumir la naturaleza humana en las entrañas de la Virgen:

Señor, tú eres nuestro; nosotros somos tuyos.

– Porque por amor a nosotros naciste en un humilde pesebre en Belén:

Señor, tú eres nuestro; nosotros somos tuyos.

– Porque nos has dado ejemplo de amor a los padres, viviendo obediente a la Virgen y a San José, durante 30 años:

Señor, tú eres nuestro; nosotros somos tuyos.

– Porque nos salvaste por tu Muerte y Resurrección:

Señor, tú eres nuestro; nosotros somos tuyos.

– Porque quisiste quedarte con nosotros al fundar la Iglesia Católica:

Señor, tú eres nuestro; nosotros somos tuyos.

– Porque quisiste ser alimento para nuestras almas en la Eucaristía:

Señor, tú eres nuestro; nosotros somos tuyos.

– Señor, porque somos tuyos queremos renunciar nuevamente al demonio, al mundo, al pecado y a nuestro egoísmo, y nos comprometemos a ser fieles a nuestro Santo Bautismo:

Señor, tú eres nuestro; nosotros somos tuyos.

– Señor, porque somos tuyos, queremos frecuentar tus sacramentos:

Señor, tú eres nuestro; nosotros somos tuyos.

– Señor, porque somos tuyos, queremos perseverar en la oración:

Señor, tú eres nuestro; nosotros somos tuyos.

– Señor, porque somos tuyos, queremos dar la vida por los hermanos:

Señor, tú eres nuestro; nosotros somos tuyos.

– Señor, porque somos tuyos, nos consagramos a Ti por medio de tu Santa Madre como «esclavos de amor»:

Señor, tú eres nuestro; nosotros somos tuyos.

– Señor, porque somos tuyos, te consagramos nuestros cuerpos y almas, nuestros bienes exteriores e interiores:

Señor, tú eres nuestro; nosotros somos tuyos.

– Señor, porque somos tuyos, prometemos de ahora en más trabajar, rezar y sufrir para que venga vuestro reino y el de tu Madre sobre nuestras familias y sobre todo el mundo:

Señor, tú eres nuestro; nosotros somos tuyos.

Oración a Jesucristo.

b. Oración para la Consagración a la Santísima Virgen

Queremos hoy hacerte ofrenda de todo lo que somos, de todo lo que tenemos y de todo lo que proyectamos.

Nos queremos ofrecer a Ti especialmente como comunidad parroquial que se honra en tenerte por Titular y Patrona.

Pero ahora, Señora nuestra, queremos hacer esta solemne consagración entregándonos como tus verdaderos esclavos de amor. Lo haremos usando el lema de Su Santidad, San Juan Pablo II:

***Virgen María, soy* «*todo tuyo*»**, como contestaremos a cada invocación.

Virgen del Rosario, «esclava del Señor»:

– Te consagramos nuestros cuerpos con todos sus sentidos:

***Virgen María, soy* «*todo tuyo*»**.

– Te consagramos nuestras almas, nuestra inteligencia y nuestra voluntad:

***Virgen María, soy* «*todo tuyo*»**.

– Te consagramos nuestros bienes interiores, obras buenas, virtudes, méritos e indulgencias:

***Virgen María, soy* «*todo tuyo*»**.

– Te consagramos nuestras vidas prometiendo hacer todas nuestras acciones ***por ti, contigo, en ti y para ti***:

***Virgen María, soy* «*todo tuyo*».**

– Te ofrecemos nuestros niños y ancianos, nuestros jóvenes y adultos, cada uno de los enfermos de la parroquia, los que no encuentran trabajo, los que están solos, los que no tienen vivienda o comida, los que están presos:

***Virgen María, soy* «*todo tuyo*».**

– Te ofrecemos nuestras casas y las fábricas, las sociedades de fomento y los clubs, las escuelas de esta parroquia, los negocios de todo tipo, en fin, cada mesa de trabajo, y cada pupitre de estudio:

***Virgen María, soy* «*todo tuyo*».**

– Te ofrecemos toda la parroquia con sus instituciones y cada uno de sus feligreses:

***Virgen María, soy* «*todo tuyo*».**

– Te ofrecemos los… años de vida parroquial –ya transcurridos– con sus triunfos y fracasos, con sus alegrías y penas, con sus obras logradas y sus proyectos frustrados, con sus buenos y malos sacerdotes, con sus buenos y malos feligreses:

***Virgen María, soy* «*todo tuyo*».**

– En fin, te ofrecemos todo, sin querernos queda con nada para nosotros, dispón de nosotros con toda libertad, para lo que quieras, cuando quieras, como quieras, donde quieras y cuanto quieras para que nos acerquemos cada vez más a Jesús:

***Virgen María, soy* «*todo tuyo*».**

Oración a la Virgen.

3. Los ritos orientales

La Iglesia es católica también porque recibe, acepta y promueve los ritos del oriente católico.

El rito en la Iglesia es el ordenamiento de la oración oficial que tiene su expresión pública y concreta en la liturgia.

Ya desde el siglo III se tiene indicios de variantes en este ordenamiento, es decir de diferentes liturgias en Roma, Alejandría y Antioquía. En el siglo IV las zonas litúrgicas se constituyen en relación a las grandes divisiones políticas de Oriente y Occidente.

En Occidente prevalece universalmente la liturgia de Roma: el llamado rito ***romano o latino***. Sin embargo, no es ésta la única ordenación litúrgica de Occidente; encontramos además: el antiquísimo rito ***galicano***, sustituido en la época de Carlomagno por el culto romano; el rito ***mozárabe*** (en la Catedral de Toledo); el rito ***ambrosiano*** (en la arquidiócesis de Milán); el rito ***celta*** que existió entre los celtas de Irlanda e Inglaterra; el rito ***africano***, uno de los más antiguos (según algunos autores más antiguo inclusive que el rito latino, difundido entre los primeros cristianos del norte de África).

El otro gran cuerpo en la ordenación ritual es la ***liturgia oriental***, en la cual encontramos cinco grandes agrupaciones, tres en el ámbito del Imperio Romano:

1.º Rito ***alejandrino***, que se reza en griego, copto, árabe y ghéez (Etiopía).

2.º Rito ***antioqueno***, que en la actualidad se reza en la lengua siria y parte en árabe; los malankares católicos de la India lo rezan en malayalam, lengua propia del Malabar; los maronitas.

3.º Rito ***constantinopolitano o bizantino***, que se reza en albanés, bielorruso, búlgaro, griego, griego melquita, ítalo-albanés, rumano, ruso, ruteno (dialecto ucraniano), eslovaco, ucraniano y húngaro.

Y dos al margen del Imperio Romano:

1.º Rito ***sirio-oriental o caldeo***, para la Mesopotamia y Persia, que se reza en idioma sirio.

2.º Rito ***armenio,*** que se reza en armenio clásico.

Nuestro párroco, padre Pedro Raúl Luchía Puig, de San Bartolomé apóstol, Chiclana y Boedo, ciudad de Buenos Aires (Argentina) todos los años invitaba a algún sacerdote de rito oriental católico para que celebrase Misa dominical en nuestro templo. Nos enseñó así a respirar con dos pulmones.

De allí que hayamos puesto en nuestro *Directorio de Espiritualidad*: «Al respecto es nuestro deseo poder tener en nuestro Instituto una rama oriental para poder ayudar a nuestros hermanos de las Iglesias orientales, ya que forman parte "del patrimonio indiviso de la Iglesia Universal"[57]. De allí se deduce que no hay que caer en particularismos, reduccionismos, parcialidades o unilateralismos que atenten contra la catolicidad. La Iglesia Católica respira con dos pulmones: "no se puede respirar como cristiano, diría más, como católico, con un solo pulmón; hay que tener dos pulmones, es decir, el oriental y el occidental"[58]»[59].

4. Martirologio Romano

a. ¿Qué es el «Martirologio Romano»?[60]

El «Martirologio Romano» es un libro litúrgico (n. 27), el cual, recogiendo la antigua tradición cristiana de la celebración de los santos y beatos, y recientemente reformado por mandato del Concilio Vaticano II y promulgado por San Juan Pablo II, ofrece al pueblo de Dios un catálogo de muchos de estos santos y beatos «*que responde al curso del año civil desde el mes de enero hasta el de diciembre*» (n. 23).

No se trata de un «catálogo completo de cuantos gozan de la eterna visión beatífica de Dios» (n. 28), ni de una «exhaustiva enumeración de todos los santos y beatos» (n. 27). El Martirologio Romano «incluye a los santos inscriptos en el Calendario Romano cuando tienen una importancia universal en toda la Iglesia del rito romano, y también a muchos otros, pero no a todos» (n. 28).

Con su promulgación la Iglesia quiere recordar la vocación universal de los fieles a la santidad y como en los santos resalta «*la victoria pascual de Cristo en sus siervos*» (n. 39). Por eso, tiene que ser incluido entre los libros para las

57. *Orientalium Ecclesiarum*, 1. En la actualidad, por gracia de Dios, ya tenemos dos ramas orientales.
58. San Juan Pablo II, *Discurso a los representantes de las comunidades cristianas no católicas*, París (3/5/1980); OR (8/6/1980), 7. Al convertirse al catolicismo de la ortodoxia rusa Vjareslav Ivanov escribió que se había liberado "de respirar, por decirlo así, lo mismo que tísico, más que por un sólo pulmón" [cit. por San Juan Pablo II, *Discurso a los participantes en el simposio internacional sobre Ivanov y la cultura de su tiempo*, (28/5/1983); OR (24/7/1983), 11].
59. *Directorio de Espiritualidad del Instituto del Verbo Encarnado*, 260.
60. Presentamos un pequeño resumen de la *Introducción General al Martirologio Romano*, edición española, Coeditores litúrgicos 2007.

celebraciones litúrgicas «*que tributan con la dignidad conveniente el culto a la Santísima Trinidad*» (n. 20).

b. ¿Cómo se lee el Martirologio Romano?

Para cada día del año civil se presenta la lista de los santos y beatos que se celebran ese día.

En nuestros días el calendario civil sigue el calendario solar. De todas maneras, «*ha parecido oportuno mantener la costumbre de anunciar el día según el calendario lunar*»[61] para que se pueda elegir cualquiera de los dos. La importancia del cómputo del día lunar resalta porque la máxima solemnidad de la Pascua, con la Cuaresma que la precede y el tiempo pascual que le sigue, depende del plenilunio posterior al equinoccio. Por este motivo, algunas ediciones del Martirologio incluyen, para cada día del año solar, también el cómputo lunar, para que resplandezca la peculiar vinculación entre el pueblo del Antiguo y el del Nuevo Testamento, incluso en la celebración del misterio pascual. Además, el cómputo lunar es el que se guarda en las Iglesias Orientales.

Para cada santo o beato hay un breve «elogio», que no es ni una vida ni una leyenda del santo, sino que busca resaltar en pocas palabras su relación con Jesucristo y el carisma distintivo que se atribuye a cada santo o beato. Además de los elogios ya presentes en el Martirologio, «*cada diócesis, nación o familia religiosa puede confeccionar el Propio del Martirologio o Apéndice del mismo, que ha de enviarse a la Congregación para el Culto Divino para su revisión, aprobación o confirmación*» (n. 38).

«Los elogios de los santos de cualquier día han de leerse siempre el día precedente» (n. 35). Se recomienda la lectura comunitaria del Martirologio: «Es loable que se haga en el coro, pero también se puede hacer fuera de él» (n. 36).

Según las rúbricas del Martirologio, una vez reunida la asamblea, el lector comienza inmediatamente por la mención del día, proclama los elogios de cada uno de los santos y beatos, y concluye la lectura diciendo: «*Es preciosa a los ojos del Señor*», y la asamblea responde: «*La muerte de sus santos*». A continuación puede seguir una de las lecturas breves propuestas por el mismo Martirologio.

61. *Martirologio Romano*, p. 30.

Tras la lectura, quién preside o dirige la celebración dice una de las oraciones propuestas. Y se termina con la bendición, cuando preside un ministro ordenado, y la despedida.

* * *

Es parte de nuestra fe católica el buscar de crecer siempre en el conocimiento, amor y servicio a los santos. Para ello es una herramienta preciosa el uso del Martirologio Romano.

¡Hagámoslo con fe!

5. Estaciones Cuaresmales

El Misal Romano recomienda en la introducción al tiempo de Cuaresma: «Es muy recomendable que, principalmente en tiempo de Cuaresma, se conserve y se fomente la antigua costumbre de reunirse en la iglesia local siguiendo el ejemplo de la "estaciones" de la Iglesia romana». En la *editio typica tertia*, promulgada por Su Santidad San Juan Pablo II en el año 2000, se indica de modo más concreto y extenso cómo pueden desarrollarse estas celebraciones, como indicaremos más adelante. Además incluimos las rúbricas correspondientes del Misal[62].

Las «Estaciones» son una celebración de la Cruz, y por lo mismo de la salvación, que desde tradición muy antigua fue unida al culto de los mártires cuyos nombres están indicados en los «Títulos» de cada una de las Iglesias estacionales romanas.

a. Historia de las Estaciones cuaresmales

Las Estaciones nacieron entre los siglos IV y V, con la división de Roma en Regiones Eclesiásticas relacionadas con los *Tituli*, y tenían una finalidad eminentemente pastoral: con ellas se trataba de hacer participar a cada barrio romano de la Eucaristía con el obispo de Roma, quien presidía la Misa cada día en la Iglesia correspondiente, mientras que las reuniones más numerosas y solemnes

62. *Missale Romanum*, Editio Typica Tertia. Reimpressio emendata (2008), p. 196.

tenían lugar en las grandes basílicas. A la vez que se celebraba la salvación se marcaba el carácter netamente penitencial del tiempo de Cuaresma.

El clero y los fieles se reunían en una iglesia o capilla cercana a la iglesia estacional (esta primera parte se llamaba *collecta*), y desde allí partían en procesión rezando las letanías de los santos (*letania*) y cantando salmos, sobre todo de carácter penitencial, hacia la iglesia estacional en la cual el Papa habría de celebrar la Misa. La liturgia estacional se celebraba diariamente en Roma durante toda la Cuaresma y la semana de la Octava de Pascua, y se repetía también en algunos períodos especiales como el Adviento, los días de fiesta, en algunas fechas particulares como el *dies natalis* de los mártires, y sobre todo con ocasión de la memoria de las dos columnas de la Iglesia de Roma, los Apóstoles Pedro y Pablo.

Fue San Gregorio Magno quien dio la organización definitiva al sistema estacional romano. Desde Roma la liturgia estacional se difundió a Milán, Ravenna, las Galias y Alemania. En Roma estuvieron en vigor hasta el exilio de los Papas en Avignon. En Milán hubo un resurgimiento gracias a San Carlos Borromeo (1572) y en Roma con el Papa Sixto V, aunque con poco éxito.

«Estación» deriva de la terminología militar romana (*statio*, *stationem agere*) e indicaba el lugar de guardia o el hacer guardia. En el lenguaje eclesiástico pasó a significar el comportamiento del cristiano que en días particulares «montaba guardia» en sentido espiritual con el ayuno, la penitencia, la participación en los distintos misterios. Luego pasó a significar «reunión litúrgica comunitaria», presidida por el Papa en los *Tituli* o en las iglesias martiriales, que a la vez que significa la unidad de la Iglesia alrededor de su Pastor en la celebración del único Sacrificio Eucarístico, resalta el triunfo de la Cruz en los santos.

Renovadas en la forma y en los contenidos y adecuadas a las normas litúrgicas emanadas del Concilio Vaticano II, las Estaciones representan una importante ocasión para la acción litúrgica y pastoral dado que resaltan fuertemente el aspecto comunitario del camino cuaresmal y penitencial, hacen plenamente partícipes a los fieles de las acciones litúrgicas, ponen en evidencia, como afirma el Misal, el aspecto peregrinante de la Iglesia en el tiempo y en la historia, como asimismo el carácter penitencial del tiempo de Cuaresma. Y celebran la salvación obrada por Cristo mediante el misterio Pascual, y que resplandece de manera especial en los santos, sobre todo en los mártires.

b. Cómo se desarrolla la celebración de las «Estaciones»

La Pontificia Academia «*Cultorum Martyrum*» ha publicado hace dos años un pequeño libro en el cual se indican de manera concreta cómo se pueden aplicar las normas de la *Tertia Edityo Tipica* del Misal Romano[63].

Hay tres formas de realizar la celebración de las Estaciones:

1. Estación cuaresmal con procesión y Misa: el pueblo y el sacerdote se reúnen en alguna iglesia sucursal. Allí inicia la celebración, y luego se realiza la procesión hasta la Iglesia adónde se quiere ir.
2. Estación cuaresmal con ingreso solemne y Misa: la reunión se realiza en la puerta de la Iglesia y en algún lugar adyacente, y desde allí se hace la procesión de ingreso. Puede también realizarse la procesión dentro de la misma Iglesia. Si se omiten las letanías de los santos al saludo inicial del sacerdote sigue al acto penitencial, antes de la procesión.
3. Estación cuaresmal con celebración de la liturgia de la Palabra y del Sacramento de la Reconciliación: es como la forma anterior, pero en vez de la Santa Misa se celebra la liturgia de la Palabra o la Liturgia Penitencial, o el rezo de Vísperas.

Dicho esto explicamos cómo se desarrolla la celebración.

1.º Saludo del celebrante e introducción de la celebración:

Reunidos en el lugar fuera de la Iglesia, el celebrante revestido con ornamentos para la santa Misa o con la capa pluvial inicia la celebración con la señal de la Cruz y el saludo inicial, como se encuentra en los ritos iniciales del Misal Romano.

---

63. Pontificia Academia Cultorum Martyrum, *Le stazioni quaresimali di Roma*, Roma 2005. A su vez se remite ampliamente, sobre todo para los aspectos litúrgicos, al opúsculo *Le Stazioni Quaresimali. Tradizione e Rinnovamento*, editado por el Vicariato de Roma en 1993. Otras indicaciones pueden encontrarse en: P. Lugano, *Le visite alle sacre Stazioni Romane per la Quaresima e l'Ottava di Pasqua*, Città del Vaticano 1942; L. de Camillis, *Quaresima romana. Le Sacre Stazioni quaresimali romane*, Roma 1960; Beato Ildefonso Schuster, *Liber Sacramentorum*, Torino 1963; M. Righetti, *Manuale di Storia Liturgica*, vol. II: *L'Anno Liturgico*, Milano 1969, pp. 1465 y ss.; Collegium Cultorum Martyrum, *Le Stazioni Quaresimali di Roma*, Città del Vaticano 1987; Hna. Mariam Kidane Mehret, «*Thesaurus Stationis Hodie*». *La liturgia estacional en la evangelización de la cultura*, Roma 2009.

Luego introduce la celebración con alguna monición que indique el carácter penitencial de la celebración, y el santo (o los santos) en cuyo honor se realiza la *statio*, y concluye con la oración colecta reportada en el Misal correspondiente a la Misa votiva del misterio de la Santa Cruz, o la colecta de la Misa por el perdón de los pecados, o la colecta de la Misa por la Iglesia –especialmente por la iglesia local–, o la colecta de una de las Misas por el pueblo.

2.º Procesión o ingreso solemne:

Después de la *colecta* los presentes se disponen en orden procesional para dirigirse o ingresar en la iglesia estacional.

Durante la procesión se cantan las letanías de los santos y otros cantos aptos a la ocasión, sobre todo de índole penitencial, como el Salmo 50. Después del V domingo de Cuaresma se puede entonar el Himno a la Cruz o *Vexilla Regis*. Si sólo se realiza el ingreso solemne en la iglesia (segunda forma) se pueden omitir las letanías y cantar algún canto penitencial.

Una vez llegados a la iglesia estacional el celebrante besa el altar, se dirige a la sede –se quita eventualmente la capa pluvial y se pone la casulla–, y pronuncia la oración *colecta* del día que corresponde. La celebración eucarística sigue como de costumbre.

3.º Conclusión de la celebración:

Al final de la Santa Misa, después de la oración *post communio*, el celebrante bendice la asamblea. Puede también añadir, antes de la bendición, alguna de las oraciones *super populum* reportadas en el Misal Romano para cada día de la Cuaresma (sólo en la *editio typica tertia*) o alguna de las siguientes oraciones *super populum*, u otras semejantes:

1. Sostiene tu pueblo, Señor, con tu santa bendición: concédele la victoria sobre el mal y cumple sus deseos de bien. Por Cristo, Nuestro Señor.
2. Descienda sobre tu pueblo, Señor, la deseada bendición: lo confirme en los santos propósitos, para que no se separe jamás de tu voluntad y te dé gracias por tus beneficios. Por Cristo, Nuestro Señor.
3. Oh Dios, protege tu pueblo, perdona nuestros errores y conviértenos a tu amor, para que podamos servirte con una plena dedicación todos los días de nuestra vida. Por Cristo, Nuestro Señor.

c. Algunas indicaciones prácticas

No es necesario que la celebración de las Estaciones se realice todos los días de la Cuaresma. El Misal italiano, por ejemplo, indica como particularmente aptos los miércoles y los viernes, aunque el Ordo del Año Litúrgico indica la estación que corresponde cada día.

Las Estaciones pueden hacerse no sólo en honor de los mártires, sino también de los santos, especialmente de los patronos o de los fundadores, etc. Puede hacerse también según las reliquias de los santos que se tengan en los relicarios de las capillas de nuestras comunidades, o de los patronos de las casas o de las diócesis, etc. Sugerimos establecer un calendario, indicando los santos que se honrarán cada día.

Como habitualmente en nuestras comunidades, especialmente si no son parroquias, la Misa se celebra con Laudes, llegados al altar se lo besa e inmediatamente se inicia el rezo de los salmos de la oración de Laudes. A continuación de estos se reza la colecta del día, como se hace normalmente.

Hemos también adoptado invocar la intercesión del santo o los santos que se veneran en ese día en la oración conclusiva de la Oración Universal (que normalmente se toman del breviario).

d. Rúbricas en la *tertia editio typica* del Misal Romano para la celebración de las «Estaciones» en el tiempo de Cuaresma

Principalmente en el tiempo de Cuaresma se recomienda vivamente que se conserve y fomente la antigua forma de congregación de la iglesia local según el modo de las «estaciones romanas», especialmente en las ciudades más grandes y en el modo más apto para cada lugar.

1. Estas asambleas de fieles pueden reunirse, especialmente si las preside el Pastor de la diócesis, en los domingos y en los días de la semana que se juzgue más oportuno, junto a los sepulcros de los santos, o en las iglesias y los santuarios principales de la ciudad, o en los lugares de peregrinación de mayor afluencia de la diócesis.

Si antes de la Misa, que se celebra en estas asambleas, se hace la procesión a los lugares y sepulcros mencionados, entonces se reza la colecta en una

iglesia menor o en otro lugar fuera de la iglesia hacia la cual se dirige la procesión.

Después del saludo al pueblo (según el modo acostumbrado establecido en el Misal Romano), el sacerdote dice la oración colecta de la Misa votiva. Entonces se realiza la procesión hacia la iglesia en la cual se celebrará la Misa al tiempo que se cantan las letanías de los santos. Donde sea oportuno se pueden agregar invocaciones a los santos patronos o a los fundadores y santos de la iglesia local.

Cuando la procesión llega a la iglesia el sacerdote venera el altar y, según sea oportuno, inciensa. Seguidamente, omitidos los ritos iniciales, y según la oportunidad también el *Kyrie*, pronuncia la oración colecta de la Misa del día, que luego sigue como de costumbre.

2. En estas asambleas en lugar de la Misa se puede hacer también algún tipo de celebración de la Palabra de Dios, preferentemente al modo de las celebraciones penitenciales que se proponen en el Ritual Romano para el tiempo de Cuaresma.

3. En las ferias de este tiempo oportunamente se puede usar, al final de la Misa y antes de la bendición final, la oración *sobre el pueblo* de cada día, reportada en el Misal.

6. «Cuatro Témporas»

La tradición de las Cuatro Témporas (del latín *quatuor tempora*, cuatro veces) se remonta según algunos a los tiempos apostólicos de la Iglesia de Roma. Los antiguos romanos, pueblo originalmente agricultor, realizaban ceremonias religiosas para implorar la ayuda de sus dioses al comienzo del tiempo de la siembra y de la cosecha: en junio para una cosecha abundante, en septiembre para una rica vendimia, y en diciembre para la siembra; de ahí sus *feriae sementivae*, *feriae messis*, y *feri vindimiales*. Rápidamente los primeros cristianos «bautizaron» o «inculturaron» esta práctica.

Dos Papas «grandes», San León Magno y San Gregorio Magno, fueron los principales sistematizadores de esta práctica de piedad popular. Se suele señalar el pontificado de San Gregorio Magno (590-604), pastor y liturgista insigne,

como punto de referencia ejemplar de una relación fecunda entre Liturgia y piedad popular. Este Pontífice desarrolla una intensa actividad litúrgica, para ofrecer al pueblo romano, mediante la organización de procesiones, estaciones y rogativas, unas estructuras que respondan a la sensibilidad popular, y que al mismo tiempo estén claramente en el ámbito de la celebración de los misterios divinos. Durante la época de San León Magno, como se desprende del *Liber pontificalis* se remarcaba especialmente la relación existente entre cada una de las témporas que en aquel entonces se celebraban y los momentos del año agrícola con los cuales coincidían.

En el calendario litúrgico de la *Forma extraordinaria* del rito romano, las Cuatro Témporas son cuatro distintos períodos de tres días –miércoles, viernes y sábado– de una misma semana aproximadamente equidistantes en el ciclo del año, destinados al ayuno y la oración. Esta costumbre nunca se difundió entre las Iglesias de rito oriental.

Y, aun cuando el Papa San Pablo VI no consideró las Cuatro Témporas como días de penitencia obligatoria para toda la Iglesia, esta práctica sigue siendo considerada y recomendada por libros litúrgicos como el *Ceremoniale episcoporum* y el Misal Romano. En particular, en la *Ordenación General del Misal Romano* se lee: «Al preparar el calendario de la nación, establézcanse los días de las Rogaciones y de las Cuatro Témporas, prestando particular atención a las formas y a los textos para su celebración como a otras disposiciones particulares».

En el *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia* de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, del año 2002, se dice, respecto a las «témporas de invierno»: «En el hemisferio norte, en el tiempo de Adviento se celebran las "témporas de invierno". Indican el paso de una estación a otra y son un momento de descanso en algunos campos de la actividad humana. La piedad popular está muy atenta al desarrollo del ciclo vital de la naturaleza: mientras se celebran las "témporas de invierno", las semillas se encuentran enterradas, en espera de que la luz y el calor del sol, que precisamente en el solsticio de invierno vuelve a comenzar su ciclo, las haga germinar»[64]. Y sigue: «Donde la piedad popular haya establecido expresiones celebrativas del cambio de estación, consérvense y valórense como tiempo de súplica al

64. Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia*, 100.

Señor y de meditación sobre el significado del trabajo humano, que es colaboración con la obra creadora de Dios, realización de la persona, servicio al bien común, actualización del plan de la Redención»[65].

En el Bendicional, las premisas a la «Bendición con ocasión de las Cuatro Témporas» resumen el significado de esta tradición que la Iglesia quiere conservar viva. Transcribimos estas premisas:

La tradición de las «Cuatro Témporas», originalmente ligada a la santificación del tiempo durante las cuatro estaciones, puede ser oportunamente reavivada con momentos de oración y de reflexión. Resaltando el misterio de Cristo en el tiempo, la comunidad cristiana invoca y agradece la providencia del Padre por los frutos de la tierra y del trabajo del hombre.

El inicio de las cuatro estaciones se recuerda (seguimos para esto el Bendicional italiano) el miércoles, el viernes y el sábado después del III Domingo de Adviento (invierno), después del III Domingo de Cuaresma (primavera), después del Domingo de la Santísima Trinidad (verano), después del III Domingo de septiembre (otoño).

Para estas ocasiones se podrá utilizar algún formulario particular de la oración de los fieles y también, durante las ferias del Tiempo Ordinario, el formulario de las Misas por diversas necesidades.

Se podrá caracterizar la Misa vespertina del viernes o aquella del sábado por la mañana, terminando el formulario de la oración de los fieles con la oración de bendición que se propone en el Bendicional y con el ofrecimiento de:

- aceite, en invierno;
- flores, en primavera;
- espigas de grano, en verano;
- uvas, en otoño.

Con estas ofrendas se podrán cumplir particulares gestos votivos: por ejemplo, con el aceite encender o alimentar una lámpara hasta la Navidad; con las flores, las espigas y los racimos de uva, adornar el altar los Domingos, y, si fuera

65. Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia*, 100.

el caso, ayudar a alguna familia necesitada. Los domingos es bueno recordar los cambios de estación con una intención particular en la oración de los fieles.

7. Liturgia de las Horas

Los principales documentos magisteriales de la segunda mitad del siglo XX recuerdan con insistencia que la recitación de la Liturgia de las Horas no es un «oficio» reservado solamente a los religiosos y sacerdotes. Más aún, se insiste en incentivar la participación también de los fieles laicos en este modo de oración, que es oración de toda la Iglesia, Cuerpo Místico de Jesucristo. Y si la parroquia es el ambiente natural en el cual los laicos encauzan su vida cristiana, de más está decir cuán importante es que según las circunstancias y posibilidades se promueva en las parroquias el rezo de la Liturgia de las Horas, como un modo de sentir y cantar a Dios con la Iglesia universal.

La *Sacrosantum Concilium* exhortaba: «Procuren los pastores de almas que las Horas principales, especialmente las Vísperas, se celebren comunitariamente en la Iglesia los domingos y fiestas más solemnes. Se recomienda, asimismo, que los laicos recen el Oficio divino o con los sacerdotes o reunidos entre sí e inclusive en particular»[66].

El *Catecismo de la Iglesia Católica*[67], que cita la *Sacrosantum Concilium*, recuerda cómo mediante la Liturgia de las Horas el misterio de Cristo «*penetra y transfigura el tiempo de cada día*» y es, como decía el Concilio, «*realmente la voz de la misma Esposa la que habla al Esposo; más aún, es la oración de Cristo, con su mismo Cuerpo, al Padre*». La Liturgia de las Horas es «*oración de todo el pueblo de Dios*», ejercicio de la función sacerdotal de Jesucristo de la cual los distintos miembros de la Iglesia participan en modo particular: «*los sacerdotes en cuanto entregados al ministerio pastoral, porque son llamados a permanecer asiduos en la oración y el servicio de la Palabra; los religiosos y religiosas por el carisma de su vida consagrada; todos los fieles según sus posibilidades*». Al centro de la estructura de la Oración de las Horas se encuentran los salmos inspirados «*expresando el simbolismo del momento del día, del tiempo litúrgico o de la fiesta celebrada*». Además, «*la lectura de la Palabra de Dios en cada Hora (con los responsorios y*

66. *Sacrosanctum Concilium*, 100.
67. Cf. CEC, 1174-1178.

los troparios que le siguen), y, a ciertas Horas, las lecturas de los Padres y maestros espirituales, revelan más profundamente el sentido del Misterio celebrado, ayudan a la inteligencia de los salmos y preparan para la oración silenciosa». La Liturgia de las Horas no es incompatible con otras expresiones litúrgicas o devociones del pueblo de Dios. Al contrario, se prolongan y complementan mutuamente, «*particularmente la adoración y el culto del Santísimo Sacramento*».

También el *Código de Derecho Canónico*[68] recuerda la naturaleza eclesial de la Liturgia de las Horas, y la invitación a que todos los fieles participen de ella: «La Iglesia, ejerciendo la función sacerdotal de Cristo, celebra la Liturgia de las Horas, por la que oyendo a Dios que habla a su pueblo y recordando el misterio de la salvación, le alaba sin cesar con el canto y la oración al mismo tiempo que ruega por la salvación de todo el mundo». La celebración de la Liturgia de las Horas es obligatoria para los ministros ordenados, pero también «*se invita encarecidamente a los demás fieles a que, según las circunstancias, participen en la Liturgia de las Horas, puesto que es acción de la Iglesia*».

Para profundizar un poco en estas dos ideas sobre las cuales insiste el Magisterio –el carácter eclesial de la Liturgia de la Horas y la participación de los fieles en la misma– resumimos algunas ideas de dos catequesis de San Juan Pablo II. La primera lleva como título «*Los salmos en la tradición de la Iglesia*»[69]; la segunda, «*La Liturgia de las Horas, oración de la Iglesia*»[70]. El Santo Padre ofreció estas catequesis como una reflexión introductoria al comentario de los salmos y cánticos de las *Laudes* que ocupó la mayor parte de las «catequesis» de aquel año.

Ya en la Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte* escribía el Papa: «Para esta pedagogía de la santidad es necesario un cristianismo que se distinga ante todo en el arte de la oración. Sabemos bien que rezar no es algo que pueda darse por supuesto. Es preciso aprender a orar, como aprendiendo de nuevo este arte de los labios mismos del divino Maestro, como los primeros discípulos: "Señor, enséñanos a orar" (Lc 11,1). En la plegaria se desarrolla ese diálogo con Cristo que nos convierte en sus íntimos: "Permaneced en mí, como yo en vosotros" (Jn 15,4). Esta reciprocidad es el fundamento mismo, el alma de la vida

68. Cf. CIC, cc. 1173-1175 (Título II – De La Liturgia de las Horas).
69. Cf. San Juan Pablo II, *Audiencia General*, (28/3/2001).
70. Cf. San Juan Pablo II, *Audiencia General*, (4/4/2001).

cristiana y una condición para toda vida pastoral auténtica»[71]. Más adelante, en el mismo documento: «Convendría valorizar, con el oportuno discernimiento, las formas populares y sobre todo educar en las litúrgicas. Está quizá más cercano de lo que ordinariamente se cree, el día en que en la comunidad cristiana se conjuguen los múltiples compromisos pastorales y de testimonio en el mundo con la celebración eucarística y quizás con el rezo de Laudes y Vísperas»[72].

Ayuda a ver la importancia que daba el Papa a esta cuestión el hecho de que en la *Novo Millenio Ineunte* anunciase ya como tema de sus próximas catequesis la reflexión sobre los salmos.

«Es un dato esperanzador –decía el Papa– que muchos laicos, tanto en las parroquias como en las agrupaciones eclesiales, hayan aprendido a valorarla. Con todo, sigue siendo una oración que supone una adecuada formación catequística y bíblica, para poderla gustar a fondo»[73].

El camino elegido por el Papa para introducirse en la compresión de los salmos fue aquel de buscar sobre todo «destacar el significado religioso de los salmos, mostrando cómo, aun habiendo sido escritos hace muchos siglos por creyentes judíos, pueden ser usados en la oración de los discípulos de Cristo»[74]. Para esto sin descartar la ayuda de la exégesis quiso el Papa prestar especial atención a lo que dicen los Padres de la Iglesia, porque ellos «con profunda penetración espiritual, supieron discernir y señalar que Cristo mismo, en la plenitud de su misterio, es la gran "clave" de lectura de los salmos. Estaban plenamente convencidos de que en los salmos se habla de Cristo»[75].

A la luz del carácter cristocéntrico de los salmos se descubre también su dimensión eclesial, por la cual los salmos fueron considerados desde los inicios del cristianismo como «*oración del pueblo de Dios*»[76]. Y aun cuando durante distintos momentos de la historia de la Iglesia hubo cierta tendencia a preferir otras plegarias, «*fue gran mérito de los monjes el que se mantuviera en alto la antorcha del Salterio*»[77].

---

71. Cf. *Novo Millennio Ineunte*, 32.
72. Cf. *Ibidem*, 34.
73. Cf. San Juan Pablo II, *Audiencia General*, (28/3/2001).
74. Cf. *Ibidem*.
75. Cf. *Ibidem*.
76. Cf. *Ibidem*.
77. Cf. *Ibidem*.

Desde los primeros siglos «el Salterio se había convertido en el libro por excelencia de la oración eclesial. […] A este respecto, –explicaba San Juan Pablo II– es interesante una estupenda carta que San Atanasio escribió a Marcelino, en la primera mitad del siglo IV, mientras la herejía arriana dominaba, atentando contra la fe en la divinidad de Cristo. Frente a los herejes que atraían hacia sí a la gente también con cantos y plegarias que respondían muy bien a los sentimientos religiosos, el gran Padre de la Iglesia se dedicó con todas sus fuerzas a enseñar el Salterio transmitido por la Escritura[78]. Así, al "Padre nuestro", la oración del Señor por antonomasia, se añadió la praxis, que pronto se hizo universal entre los bautizados, de la oración de los salmos»[79].

En la recitación de los Salmos se hacen presente Cristo, con su acción sacerdotal, y su Iglesia, que como Esposa fiel canta a su Esposo. También el Espíritu Santo enseña a orar al pueblo de Dios. «*Los antiguos monjes estaban tan seguros de esta verdad, que no se preocupaban de cantar los salmos en su lengua materna, pues les bastaba la convicción de que eran, de algún modo,* "*órganos*" *del Espíritu Santo*»[80].

Ayuda a descubrir el carácter de oración pública de la Liturgia de las Horas el hecho de que «gradualmente los discípulos de Jesús descubrieron algunos salmos particularmente adecuados para determinados momentos del día, de la semana o del año, viendo en ellos un sentido profundo en relación con el misterio cristiano»[81].

Como forma de oración cristiana toda la Liturgia de las Horas gira en torno al misterio Pascual de Cristo: «por la mañana y por la tarde, al salir y al ponerse el sol, se recordaba la Pascua, el paso del Señor de la muerte a la vida»[82]. Cada hora sirve también para recordar misterios centrales de la fe católica: «*las horas del día remiten, a su vez al relato de la Pasión del Señor, y la hora Tertia también a la venida del Espíritu Santo en Pentecostés. Por último, la oración de la noche tiene carácter escatológico, pues evoca la vigilancia recomendada por Jesús en la espera de su vuelta* (cf. Mc 13,35-37)»[83].

78. Cf. PG 27,12 y ss.
79. Cf. San Juan Pablo II, *Audiencia General*, (28/3/2001).
80. Cf. San Juan Pablo II, *Audiencia General*, (4/4/2001).
81. Cf. *Ibidem*.
82. Cf. *Ibidem*.
83. Cf. *Ibidem*.

Al hacer su oración con esta cadencia, los cristianos respondieron al mandato del Señor de orar sin cesar (cf. Lc 18,1; 21,36; 1 Ts 5,17; Ef 6,18), pero sin olvidar que, de algún modo, toda la vida debe convertirse en oración. A este respecto escribe Orígenes: «Ora sin cesar quien une oración a las obras y obras a la oración»[84].

El horizonte que constituye el «*hábitat natural*» de este rítmico rezo candenciado de los salmos debe ser la respuesta al mando de Jesús de «orar siempre» sin olvidar que «*de algún modo, toda la vida debe convertirse en oración*».

«Si se sienten y se viven así, –concluía el Santo Padre– la doxología trinitaria que corona todo salmo se transforma, para cada creyente en Cristo, en una continua inmersión, en la ola del Espíritu y en comunión con todo el pueblo de Dios, en el océano de vida y de paz en el que se halla sumergido con el Bautismo, o sea, en el misterio del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo»[85].

8. Misiones populares[86]

Una parroquia que no es misionera pierde su esencia

Las Misiones populares son conocidas con muchos nombres, como ser: Misión parroquial, Misión al pueblo, Misión a los fieles, Santa Misión, Misiones «*ad intra*», Misiones sagradas[87], Misiones tradicionales, Misiones a los católicos, Misiones al interior o internas, etc.

Es una forma popular y sencilla de predicar el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo a todo el pueblo de Dios. Es el cumplimiento del mandato misionero de Cristo: «Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación. El que crea y sea bautizado, se salvará; el que no crea, se condenará» (Mc 16,15-16). El misionero prolonga la obra de Jesús que «comenzó a predicar y decir: Convertíos, porque el Reino de los Cielos ha llegado» (Mt 4,17).

84. Orígenes, *De oratione*, 12,2: PG 11,452.
85. Cf. San Juan Pablo II, *Audiencia General*, (4/4/2001).
86. Seguimos libremente el *Directorio de Misiones Populares del Instituto del Verbo Encarnado*.
87. Cf. CIC, can. 770.

a. Fin

El fin de la Misión popular **se desprende del mandato misionero** y está muy bien expresado por San Luis María Grignion de Montfort: «renovación del cristianismo en los creyentes»[88]; y por San Alfonso María de Ligorio: «la finalidad de las misiones, (es) la conversión de los pecadores»[89], y por San Juan Pablo II: «la misión popular es eficaz cuando corroborada por la oración y la penitencia, impulsa a la conversión, esto es, al retorno a la verdad y a la amistad con Dios a aquellos que han perdido la fe y la gracia con el pecado, llama a una vida más perfecta a los cristianos rutinarios, enfervoriza a las almas, convence para vivir las bienaventuranzas, suscita vocaciones sacerdotales y religiosas»[90].

El analogado principal de las Misiones son las Misiones «*ad gentes*». Para **todas** es imprescindible conocer la Encíclica *Redemptoris Missio* de San Juan Pablo II.

b. Fundamento

Su fundamento último se encuentra en las **procesiones trinitarias («*ad intra*») y las misiones («*ad extra*»)**, que pueden ser visibles o invisibles.

La Misión popular busca comunicar la misión ad extra invisible: que la Trinidad, por la gracia, habite en las almas.

Un principio que debe regir toda la actividad misionera es la regla que San Pablo formuló a su discípulo Timoteo, obispo y misionero: «Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la Verdad» (1 Tm 2,4).

c. Clases

Hay distintas clases de Misiones populares:

– La más común es la **intensiva**, que se realiza durante 10, 15, o más días. Teóricamente, tendrían que ser todos los días que fuesen necesarios para **disponer a todos para que se confiesen**.

88. San Luis María Grignion de Montfort, *Regla de los sacerdotes misioneros*, 56.
89. San Alfonso María de Ligorio, «Carta a un obispo nuevo», *Obras ascéticas*, BAC, Madrid 1954, t. II, p. 380.
90. San Juan Pablo II, *Discurso a los participantes en el Congreso Nacional Italiano sobre «Misiones al pueblo para los años 80»*, (6/2/1981); OR (8/3/1981), 2.

- La **permanente**, que dura la mayor parte del año, en especial, sólo en el ministerio de la visita a los hogares.
- La **juvenil**, realizada junto con la intensiva o, preferentemente, en los colegios secundarios, universitarios o en cualquier otra concentración de jóvenes.
- La **infantil**, es semejante a la anterior, pero referida a los niños.
- La de los **enfermos**, dedicada especialmente a ellos.
- La **fabril**, cuando se realiza en las fábricas.
- La Misión **abierta**, cuando se realiza a través de los medios de comunicación, en especial, la televisión y la radio.
- La Misión, **en cuanto al territorio**, puede ser general (organizada en una diócesis), parroquial o en edificios de muchas familias, centros de escucha de la Palabra u otras variantes que se descubran convenientes.

Con mucho provecho se pueden hacer, al mismo tiempo, distintas clases de Misión popular, según las necesidades y, sobre todo, según las posibilidades.

d. Actualidad

San Juan Pablo II recuerda su perenne actualidad: «Os manifiesto, además, mi gratitud y la de toda la Iglesia por el interés y la buena voluntad en mantener y actualizar la piadosa y eficaz práctica de las Misiones populares. Recordando lo que mandó el Divino Maestro: "Id y enseñad a todas a todas las gentes…, enseñándoles a observar todo cuanto yo os he mandado" (Mt 28,19-20), no podemos menos de obedecer con valentía y con gozo, anunciando a todos los hombres que Jesucristo "ha venido a seros, de parte de Dios, sabiduría, justicia, santificación y redención" (1 Co 1,30)»[91].

«El mandato de Cristo y la severa advertencia del Apóstol (cf. 1 Co 9,16), son válidas todavía. Han sido el estímulo que hizo intrépidos e infatigables a los grandes Padres, a los grandes santos, a los cuales es necesario hacer referencia constantemente si queremos, realmente, iluminar y salvar a los hermanos: Ignacio de Loyola, Felipe Neri, Vicente de Paúl, Alfonso María de Ligorio, San Pablo de la Cruz, Luis Grignion de Montfort, Gaspar del Búfalo, Francisco de

91. San Juan Pablo II, *Discurso a los participantes en el Congreso Nacional Italiano sobre «Misiones al pueblo para los años 80»*, (6/2/1981); OR (8/3/1981), 2.

Sales, Juan Bautista Vianney, Maximiliano Kolbe: hombres geniales y concretos, que consideraron de máximo valor precisamente las *Misiones populares*»[92].

e. Métodos renovados y criterios actualizados

Todos los santos misioneros han sabido adaptarse a los tiempos y diversas necesidades de su auditorio[93], expresamente lo dice San Alfonso María de Ligorio: «¿qué utilidad pueden reportar los enfermos de las prescripciones que el médico ha recetado al azar, antes de reconocer sus enfermedades?»[94].

San Juan Pablo II insistía: «…os exhorto a todos a reanudarlas, a revalorizarlas, a proponerlas de nuevo con métodos y criterios actualizados y adaptados en las diócesis y en las parroquias, de acuerdo con las Iglesias locales»[95].

«Hoy, para un trabajo eficaz en el campo de la predicación, es necesario ante todo conocer bien la realidad espiritual y psicológica de los cristianos que viven en la sociedad moderna. Es necesario admitir con realismo, y con profunda y atormentada sensibilidad, que los cristianos hoy, en gran parte, se sienten extraviados, confusos, perplejos e incluso desilusionados; se han esparcido a manos llenas ideas contrastantes con la verdad revelada y enseñada desde siempre; se han propalado verdaderas y propias herejías, en el campo dogmático y moral creando dudas, confusiones, rebeliones, se ha manipulado incluso la liturgia; inmersos en el "relativismo" intelectual y moral, y por esto, en el permisivismo, los cristianos se ven tentados por el ateísmo, el agnosticismo, el iluminismo vagamente moralista, por un cristianismo sociológico, sin dogmas definidos y sin moral objetiva. Es necesario conocer al hombre de hoy, para poderlo entender escuchar, amar, tal como es, no para excusar el mal, sino para descubrir sus raíces, bien convencidos de que para todos hay salvación y misericordia, con tal que no se rechacen consciente y obstinadamente»[96].

---

92. *Ibidem*.
93. Acerca de la Historia de las misiones populares se puede cf. Marius Van Delft, *La Mission Paroissiale. Pratique et théorie. Étude du Canon 1349 à la lumière de L'Histoire*, Ed. P. Lethielleux, París 1964, pp. 25-94.
94. San Alfonso María de Ligorio, «Carta a un obispo nuevo», *Obras ascéticas*, BAC, Madrid 1954, t. II, p. 383; cf. también «*Reflexiones útiles a los obispos*», p. 38.
95. San Juan Pablo II, *Discurso a los participantes en el Congreso Nacional Italiano sobre «Misiones al pueblo para los años 80»*, (6/2/1981); OR (8/3/1981), 2; cf. CIC, can. 770.
96. San Juan Pablo II, *Discurso a los participantes en el Congreso Nacional Italiano sobre «Misiones al pueblo para los años 80»*, (6/2/1981); OR (8/3/1981), 2.

f. Medios útiles

Antiguamente las misiones giraban en torno a dos elementos principalísimos: los sermones y las confesiones. En la actualidad se agrega otro: la visita a las familias.

g. Praxis

La praxis de la Misión popular es muy variada y rica, depende en gran parte del carisma del misionero. Pero, sin bajar demasiado a los detalles menores, consideramos que tiene tres fases bien remarcadas, a saber: 1.º Pre-misión, 2.º Misión propiamente dicha; y 3.º Post-misión.

1.º La Pre-misión

La Pre-misión contribuye capitalmente al éxito de toda Misión. En efecto, el empezar una misión con todo preparado, asegura, de algún modo, los frutos de la misma. Por el contrario, no preparar la Misión es tentar a Dios. En esta preparación es fundamental la colaboración del párroco.

Esta preparación tiene ciertamente sus requisitos tales como:

- Determinar el campo a misionar, la fecha y el plano de la zona y tener mapas para todos los misioneros, delimitando la zona de cada uno. Tener en cuenta fiestas propias de la zona; también el clima. En el plano, dividir en zonas, trazar el recorrido de las procesiones; con él, calcular el número de fieles; los posibles lugares de inicio de la procesión previa al acto misional.
- Conocer la zona. Determinar las estructuras sociales, la situación religiosa (asistencia a Misa, vicios, etc.), la atención pastoral y los problemas sociales que condicionan la vida religiosa (trabajo en una fábrica), etc.
- Hacer publicidad. Por ejemplo, hacer concurso de propagandas de la Misión, del lema, del himno y del logotipo. La Misión debe ser anunciada, debe despertar interés, debe ser favorablemente acogida y bien interpretada.
- Hacer campañas de oración y penitencia. Tener la nómina de los misioneros y de los laicos que los ayudan; organizar la adoración al Santísimo

Sacramento, el rezo del Santo Rosario; pedir oraciones a los contemplativos, a los enfermos, etc.

- Economía. Organizarla para pagar la comida de los misioneros, las estampas, rosarios, catecismos, cancioneros, folletos catequéticos, evangelios, misales, etc.
- Aceptación. Tener espíritu católico, es decir, aceptar la solidaridad de otros predicadores y misioneros.
- Búsqueda de militantes. Buscar gente que ayude para algún aspecto de la Misión: es un modo de buscar su conversión, haciéndola útil para los misioneros (por ejemplo: buscar choferes, cocineros, acompañantes de los misioneros, encargados de publicidad y propaganda, quienes busquen donantes, encargados de sonido, etc.).
- Nombramiento de comisiones. Dividir los trabajos: liturgia, catecismo, fogón, Misión de los niños, de los enfermos, ministros extraordinarios de la Eucaristía, coro litúrgico y popular, etc.
- Planificación. Fijar objetivos, elegir las cuadras, estudiar el contenido de lo que se va a transmitir, determinar los centros misionales y hacerlos conocer antes de la Misión, determinar centros especiales: de niños (escuelas), de jóvenes (clubes). Organizar actos colectivos (procesiones). Formar el equipo de los misioneros laicos y consagrados.

2.º La Misión propiamente dicha

La Misión propiamente dicha consta de tres elementos principales, a saber:

a. La visita domiciliaria.
b. El «programa» de toda la Misión:
   - Los actos de apertura con el mandato misionero.
   - Los actos misionales de cada día.
   - Los actos de cierre.
   - Los actos especiales durante cada día misional.
c. El acto misional.

La estructura del acto misional consta, generalmente, de diez actos:

1.º La procesión.

2.º Un punto de catequesis.

3.º La controversia.

4.º Lo principal: el Sermón misionero.

5.º La ofrenda floral a la Virgen.

6.º La oración colecta.

7.º La Comunión.

8.º Los avisos de la Misión.

9.º La bendición final.

10.º Despedida y acto cultural.

3.º La Post-misión

La Misión no termina con la partida de los misioneros sino que ella debe ser el comienzo de una mejor vida cristiana o de la conversión. Por eso debe seguirse en el lugar la formación permanente de la gente a través de los distintos grupos, confesiones, dirección espiritual, atención de los enfermos, catequesis, cursos de cultura católica, ejercicios espirituales, conferencias, retiros mensuales, uso de los medios de comunicación para defender el Evangelio, asociaciones parroquiales, cofradías, adoración nocturna, horas santas, escuelas dominicales, meditación y oración en común, apostolado epistolar, etc.

La «*tornate*»[97] es una breve Misión de 1, 2 o 3 días que se hace a los 2 meses o más, para reavivar el fuego que se prendió en la Santa Misión.

Quiera Dios concedernos muchos y santos predicadores, verdaderos «*apóstoles auténticos*», «*fuego encendido*»[98], que se «gasten y desgasten por el bien de las almas» (2 Co 12,15).

---

97. Estas renovaciones de Misión, peculiares de los redentoristas, son llamadas «*tornate*»: «Después de transcurridos, a lo más, cuatro o cinco meses, vuelvan a los lugares en que la Congregación dio las misiones, para hacer algún otro ejercicio público de predicación, más corto, pero con menor número de sujetos, con el fin de consolidar el fruto de la Misión dada anteriormente».

98. San Luis María Grignion de Montfort, *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, 56-58.

h. La Misión, esencia de la parroquia[99]

La Misión no es una actividad más para la parroquia, es su esencia misma, afirmaba el arzobispo Malcolm Ranjith, porque Dios nos dejó el llamamiento al amor: «Jesús amó a sus hermanos y hermanas hasta el punto de entregarse totalmente por su salvación: éste es el fundamento de la evangelización». Por eso «la evangelización es un signo de madurez en nuestra fe». «La Iglesia sólo existe si evangeliza, y esto es válido también para la parroquia. Si una parroquia no evangeliza, no es más que un edificio». «La evangelización no es algo opcional. Es una obligación de nuestra fe, la expresión perfecta de nuestra caridad». Y en esta evangelización tiene importancia crucial la adoración de la Eucaristía, porque «la Eucaristía atrae, el Señor atrae a la gente». «La Eucaristía está en el centro de la evangelización. La Eucaristía debe generar fe, aunque en algunas parroquias la celebración tiene lugar de manera que no genera fe».

Para que las parroquias sean misioneras, Ranjith propuso algunos pasos concretos:

1.º «La comunidad parroquial debe pasar del modelo de contención a un modelo misionero. Si lo único que hacemos es reparar edificios, esto nos matará espiritualmente».

2.º «Hay que pasar del espíritu de pesimismo al optimismo».

3.º La importancia de los laicos, porque «cada laico es un misionero en potencia».

4.º «Involucrar al mayor número posible de personas (asociaciones, grupos, hombres, mujeres, jóvenes e incluso niños) y a entrar en áreas inexploradas, buscando nuevos métodos». Utilizar «todos los recursos posibles. El milagro de la evangelización puede verificarse».

En la sesión de preguntas y respuestas un sacerdote de Holanda, que presentó su país «como el más secularizado del mundo», pidió al prelado aliento «porque estamos sumamente marginados, a pesar de que tratamos de utilizar

99. Seguimos libremente la ponencia del entonces arzobispo Malcolm Ranjith, secretario de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos (actualmente Cardenal de Colombo, Sri Lanka) del 30 de enero de 2008 en el Congreso Internacional «Parroquia y nueva evangelización» celebrado en Roma, cf. ZS080205.

todas las posibilidades, como los medios de comunicación, para mostrar nuestra presencia».

Y ¿qué modelo se puede ofrecer a las parroquias desalentadas? «El celo y el espíritu de amor del párroco». Como modelos que pueden inspirar a las parroquias, tenemos a San Juan María Vianney, «patrono de los sacerdotes diocesanos», la Santa Madre Teresa de Calcuta o el misionero San Francisco Javier, que se fue al otro lado del mundo sin nada, sin conocer ni siquiera los idiomas, a anunciar a Cristo.

9. Ejercicios Espirituales

¿Por qué hacer Ejercicios Espirituales?

1.º Por el fin que persiguen los Ejercicios Espirituales

Afirma el P. Casanovas, gran comentador de este método ignaciano que «todo el valor de los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio, su influencia en la vida de la Iglesia Católica y su misma razón de ser, se deben por entero a las *relaciones que tienen con la santidad*». San Ignacio quiere la perfección del alma, su «salud»[100], que pueda desarrollarse la semilla de la gracia mediante el recto y normal desenvolvimiento de sus funciones espirituales, de modo que el alma pueda «en todo amar y servir a su Divina Majestad»[101]. «*Y el mayor elogio que puede hacerse de una cosa o persona es poder decir de ella, que influye eficazmente en la santidad*, puesto que no hay perfección superior a ella ni en los hombres, ni en los Ángeles, ni aun en el mismo Dios. Es la cosa de más valor de cuantas existen en el mundo y es, en cierto sentido, el fin adonde endereza Dios todas las demás cosas».

2.º Por la excepcional eficacia e influjo de los Ejercicios Espirituales

Las páginas inefablemente simples de los *Ejercicios Espirituales* ignacianos, pertenecen a la categoría de los pocos libros que, como la Imitación de Cristo y las Visitas de San Alfonso María de Ligorio, *han trascendido a toda clase de fieles y siguen influyendo continuamente en la espiritualidad de millones de almas*.

100. *Ejercicios Espirituales*, [1].
101. *Ibidem*, [233].

Ha adquirido este libro una *difusión que apenas se da en otra obra ascética*. Solo o acompañado de comentarios o explanaciones se ha publicado *más de 4800* veces y se ha traducido a *más de 19 lenguas*, entre ellas al azteca, danés, malgache, tamul, vasco. Y a mediados del siglo pasado se podía calcular el número de ejemplares a un mínimo de *cuatro millones*.

Sin embargo estas cifras verdaderamente gigantescas no tocan al aspecto más fecundo del libro ignaciano: *a la práctica continuada*, ya que lo que le ha dado renombre universal y la ha hecho como carta de ciudadanía dentro de la Iglesia no ha sido tanto el volumen escrito cuanto la práctica continuada del método descrito en sus páginas. Para poner un ejemplo, en 1949, según una estadística de la Congregación de Religiosos, los que practicaron alguna clase de ejercitaciones o misiones siguiendo este método bajo la dirección de religiosos fueron *7030141*. Y se sabe que los sacerdotes seculares también habían dirigido ese año gran cantidad de tandas.

Estos datos, necesariamente imperfectos, dan sólo una idea de la extensión que ha adquirido el influjo de ese pequeño librito. Pero es necesario hacer notar que *su verdadera acción se realiza más bien en sentido de profundidad*. Es una revolución interna la que obra en cada alma. Su repercusión más íntima escapa a la historia, al control de los datos.

San Francisco de Sales, muerto en 1622, decía que *el libro ignaciano había ya operado más conversiones que letras contiene*, ¡qué se debería decir el día de hoy, al cabo de más de cuatro siglos, en los que no ha cesado de producir «grandes frutos de santidad!»[102].

De Causette bellamente había dicho: «Los *Ejercicios Espirituales* son uno de los libros más venerables salidos de manos de hombres porque si la Imitación de Cristo ha enjugado más lágrimas, *los Ejercicios Espirituales han producido más conversiones y más santos*»[103].

Y esta acertada frase puede corroborarse dando un vistazo a las canonizaciones de estos últimos siglos. Comenzando por el patrono de las misiones, *San Francisco Javier*, quien se convirtió oyendo los Ejercicios de boca del mismo San Ignacio, son innumerables los santos que se han valido de este método

102. *Mens Nostra*, 22.
103. De Causette, *Mélanges oratoires*, París 1876, p. 455.

para alcanzar las cumbres de la vida espiritual; por citar a algunos: Alonso Rodríguez, Francisco de Borja, Isaac Jogues, Juan del Castillo, Luis Gonzaga, Pablo Miki, Roberto Belarmino, Roque González, Alberto Hurtado, José de Anchieta; Beato Miguel Agustín Pro.

3.º ¿Por qué la Santa Iglesia recomienda los Ejercicios Espirituales?

La misma Iglesia ha querido corroborar solemnemente los testimonios de sus hijos. No podía quedar al margen de un movimiento tan universal, de un medio tan afanosamente empleado por los mejores de sus hijos en los momentos más decisivos de su vida.

En el año 1548 el joven duque de Gandía (España), Francisco de Borja, nieto de Alejandro VI, presenta al Pontífice Paulo III una petición singular: la aprobación pontificia de un librillo de Ejercicios Espirituales, escrito por Ignacio de Loyola, General y Fundador de la Compañía de Jesús, que el mismo Papa había aprobado ocho años antes.

El Papa, luego de hacer las averiguaciones pertinentes, respondió con el solemne documento *Pastoralis Officii*, que firmó el 31 de julio de 1548:

«Habiendo examinado dichos Ejercicios y oído también testimonios y relaciones favorables […], hemos comprobado que dichos Ejercicios están llenos de piedad y santidad, y son y serán muy útiles para el progreso espiritual de los fieles. Además, no podemos por menos de reconocer que Ignacio y la Compañía por él fundada van recogiendo frutos abundantes de bien en toda la Iglesia; y de ello mucho mérito hay que atribuir a los Ejercicios Espirituales ignacianos. Por ello […] exhortamos a los fieles de ambos sexos, en todos las partes del mundo, a que se valgan de los beneficios de estos Ejercicios y se dejen plasmar por ellos».

A esta primera aprobación solemne de Paulo III, siguieron otras tantas a través de los siglos, siendo hoy en día más de seiscientas las sucesivas aprobaciones, exhortaciones o recomendaciones de los Ejercicios que a lo largo de más de cuatro siglos ha ido dando la Iglesia con su solicitud amorosa y maternal.

Queremos aquí detenernos en el alcance de una de las más decisivas, la Constitución Apostólica en forma de Bula solemne *Summorum Pontificum*, del 25 de julio de 1922, en la cual Pío XI declara a San Ignacio patrono de todos los Ejercicios Espirituales, de las casas y obras dedicadas a ellos. El Sumo

Pontífice con tal acto había accedido no sólo a sus más fervientes anhelos, sino a las apremiantes peticiones de 29 cardenales, 122 arzobispos, 497 obispos y 20 prefectos apostólicos; en total 668 jerarcas de la Iglesia, cifra excepcional en esta clase de actos.

Con este patronazgo concedía Pío XI una clara primacía a San Ignacio en una parcela tan importante de la espiritualidad. El cardenal Pla y Deniel cree ver un paralelismo innegable entre esta preferencia dada al autor del libro de los Ejercicios y la otorgada por León XIII a Santo Tomás en el campo de la teología y la filosofía. Como Santo Tomás ejerce un «doctorado universal» sobre la ciencia eclesiástica, así San Ignacio debe ser, según el mismo Pontífice, el faro luminoso que guíe a las almas en el sendero de la perfección. Los principios generales del Doctor Angélico son los goznes sobre los que gira la teología católica. Las leyes reguladoras del penitente de Manresa han de formular también «el código sapientísimo y universal» de las normas de la dirección de las almas[104].

La Santa Madre Iglesia no se cansa de exhortar, aún en estos tiempos, a sus hijos a que se aprovechen de este manantial de gracias; así escribía en 1965 San Pablo VI, alumno de jesuitas: «Sabemos que la predicación más eficaz es precisamente la de los Ejercicios Espirituales […]. Debemos difundir esta fuente de salvación y de energía espiritual, debemos hacerla accesible a todas las categorías».

Y el mismo San Juan Pablo II nos enseñaba hablando de los Ejercicios Espirituales ignacianos: «Espero que […] sacerdotes, religiosos y laicos continúen siendo fieles a esta experiencia y le den incremento: hago esta invitación a todos lo que buscan sinceramente la verdad. *La escuela de los Ejercicios Espirituales sea siempre un remedio eficaz para el mal del hombre moderno* arrastrado por el torbellino de las vicisitudes humanas a vivir fuera de sí, excesivamente absorbido por las cosas exteriores; sea fragua de hombres nuevos, de cristianos auténticos, de apóstoles comprometidos. Es el deseo que confío a la intercesión de la Virgen, la contemplativa por excelencia, la maestra sabia de los Ejercicios Espirituales»[105].

104. Ideas de la carta pastoral sobre ejercicios publicada por el Card. Plá y Deniel cuando era obispo de Salamanca.
105. San Juan Pablo II, *Ángelus*, (16/12/1979).

Ejercicios Espirituales por internet

Si bien lo óptimo es retirarse a un lugar tranquilo para hacer Ejercicios Espirituales, y tener la guía de un sacerdote «en persona»; sin embargo, dado que esto no siempre es factible, existe la posibilidad de hacer ejercicios a distancia, utilizando los beneficios que nos trae la tecnología.

El Instituto del Verbo Encarnado ofrece la posibilidad de tener acceso al material del ejercicio (audio, texto e imágenes) a través de un sitio web especialmente destinado a este fin[106]. No se envía el material por correo electrónico, sino que se puede ingresar siempre que se lo desee a la página de descarga correspondiente a su modalidad. Para cualquier consulta puede escribirnos y será asignado un sacerdote como «guía virtual».

Existen dos modos de realizarlos:

Los llamados «Ejercicios Espirituales en la vida corriente». Se trata de una adaptación, que el mismo San Ignacio hizo, en su anotación 19, para que personas muy ocupadas pudieran hacer sus ejercicios sin abandonar sus actividades cotidianas.

El otro modo consiste en dedicar unos días (mínimo 3) en algún lugar en que uno pueda estar sin ocupaciones y con la tranquilidad suficiente para cumplir un horario semejante al que tiene un ejercicio espiritual «presencial».

10. El mes de María

Decía Benedicto XVI: «Mayo es un mes amado y resulta agradable por diversos aspectos. En nuestro hemisferio la primavera avanza con un florecimiento abundante y colorido; el clima, normalmente, es favorable a los paseos y a las excursiones. Para la liturgia, mayo siempre pertenece al tiempo de Pascua, el tiempo del "aleluya", de la manifestación del misterio de Cristo en la luz de la resurrección y de la fe pascual; y es el tiempo de la espera del Espíritu Santo, que descendió con poder sobre la Iglesia naciente en Pentecostés. Con ambos contextos, el "natural" y el "litúrgico", armoniza bien la tradición de la Iglesia de dedicar el mes de mayo a la Virgen María. Ella, en efecto, es la flor más

106. Cf. http://www.ejerciciosive.org

hermosa que ha brotado de la creación, la "rosa" que apareció en la plenitud de los tiempos, cuando Dios, enviando a su Hijo, dio al mundo una nueva primavera. Y es al mismo tiempo protagonista humilde y discreta de los primeros pasos de la comunidad cristiana: María es su corazón espiritual, porque su misma presencia en medio de los discípulos es memoria viva del Señor Jesús y prenda del don de su Espíritu»[107].

a. Mes de María según el Beato Francisco Palau[108]

El mes de mayo es el mes de las flores y el mes de María. Ha prevalecido ya en todo el orbe católico la santa y laudable costumbre de consagrarlo todo entero a su culto.

Consiste este culto en ofrecer a María flores de esta bella estación en representación de nuestras virtudes.

En estos ejercicios el buen orden reclama estas dos cosas:

1. Entrar en nuestros jardines, coger flores y yerbas odoríficas, reducir todas las que brotan en esta estación a treinta especies distintas, formando de ellas otros tantos ramilletes: ofrecer de éstos uno por día sobre nuestros altares a la que proclamamos por reina, maestra, modelo y forma de todas las virtudes, y los treinta ramilletes distintos compondrán el día 31 una gran corona.
2. Las flores simbolizan nuestras virtudes. Presentar flores a María es comprometernos a la práctica de las virtudes que figuran. Pues bien, entremos en nuestro interior: nuestra alma es un jardín. Reduzcamos al número treinta todas las virtudes distintas en especie a las que da nombre la Teología Moral, y siendo representadas por los treinta ramilletes una por cada uno de ellos, tendremos al día treinta y uno acabada nuestra obra, coronando a nuestra Reina con la guirnalda de todas nuestras virtudes.

La naturaleza de estos santos ejercicios exige se dividan en cuatro puntos, y son los que siguen:

1.º La flor del día.

---

107. Benedicto XVI, *Regina Caeli*, (9/5/2010).
108. Seguimos libremente al Beato Francisco Palau y Quer, *Mes de María. Flores del Mes de Mayo*, Roma 1981.

2.º La virtud que simboliza.

3.º La virtud practicada por María.

4.º La flor del día en manos de María, o la presentación de esta flor.

En la aplicación de las flores a las virtudes hemos observado estas reglas:

1.º Tomamos las flores y yerbas aromáticas propias de esta bella estación, porque las demás no son del mes de mayo.

2.º Las flores raras o difíciles de cultivar las colocamos en los jarros del heroísmo, y no presentamos más que las virtudes que están en las manos de todos, y al alcance de la multitud: lo heroico es un caso excepcional.

3.º Las cualidades propias de nuestras flores son: belleza en su forma, variedad en sus colores, fragancia, abundancia de ellas, y facilidad en su cultivo.

4.º Proclamamos por reina de las flores a la que reúna con más perfección estas cualidades.

5.º Conocida la naturaleza de la verdadera virtud, y todas las especies en que se divide y subdivide, por los principios de la sana Filosofía y de la Teología Moral, vistas las propiedades de las flores del mes de mayo, comparando flor con virtud, cualidad con cualidad, hemos hecho la aplicación.

Si algo hay en esto que mejorar, que es mucho y muchísimo, se perfeccionará con el tiempo.

Ejercicio de cada día

1.º Acto de contrición.

2.º Oración preparatoria para todos los días.

3.º Meditación para cada día.

4.º La coronilla de las doce estrellas.

5.º Plática o sermón.

6.º Presentación de la flor.

7.º Letanías de Nuestra Señora.

Para estos ejercicios, en la vigilia del mes de mayo, se coloca alrededor de la Virgen un círculo oval: en él se ponen a distancias iguales treinta estrellas

que designen el sitio que corresponde a los treinta ramilletes que han de vestir la corona. Después del sermón o plática, si la hay, y si no la hay, después de la Coronilla de las doce estrellas, se toma del altar el ramillete compuesto de las flores del día, puesto allí al principiar la función, y se pone por el sacerdote en manos de María, se le deja y, antes de principiar los ejercicios al día siguiente, se liga en el círculo al sitio marcado por la estrella, y durante la presentación de la flor del día se canta por el coro *Venid y vamos todos*, u otro himno análogo.

Entregada la flor, se sigue la Letanía lauretana, suplicando a María que nos alcance el don del Espíritu Santo que corresponde a la virtud simbolizada por la flor.

Flor y virtud para cada día

Día 1: La Rosa común – Las virtudes teologales. La caridad.

Día 2: La Rosa del mes de mayo – La caridad, amor de Dios.

Día 3: Rosa guirnalda – El amor hacia los prójimos.

Día 4: La yerbabuena – La misericordia.

Día 5: La amapola – La beneficencia y las obras de misericordia.

Día 6: El lirio – La fe.

Día 7: La flor del naranjo – La esperanza.

Día 8: Ramillete de flores campestres – Virtudes naturales.

Día 9: El tornasol – La prudencia.

Día 10: La azucena y la gran familia de los lirios – La justicia.

Día 11: Las francesillas – La religión.

Día 12: Los pensamientos – La oración.

Día 13: El jazmín – La piedad.

Día 14: La mayorana – *moradux* – La obediencia.

Día 15: El jacinto – La gratitud.

Día 16: Boca de lobo y némoras –La veracidad de la amistad.

Día 17: Los claveles – La fortaleza.

Día 18: Claveles en ramillete –Magnanimidad y magnificencia.

Día 19: Malvarrosa y la pasionaria – La paciencia.

Día 20: Clavel color blanco salpicado carmesí – La perseverancia.

Día 21: La viola simple y sus hijas – La templanza.

Día 22: Viola morada simple y doble – Abstinencia y sobriedad.

Día 23: Violas simple y doble, color blanco – Castidad y virginidad.

Día 24: Tomillo, romaní, menta, desmayo – La penitencia.

Día 25: La yerbaluisa – Pobreza.

Día 26: La vainilla – La continencia.

Día 27: Cariños de la reina y otras especies de malva – Clemencia y mansedumbre.

Día 28: La violeta – La modestia.

Día 29: Albahaca – La humildad.

Día 30: Las adormideras, espuelas y capuchinas – La eutrapelia.

Día 31: La gran corona de todas las flores del mes de mayo – Corona de gloria debida al mérito de las virtudes.

b. Mes de María (Royo Marín)[109]

La piedad cristiana, con fino instinto sobrenatural, ha consagrado a María el mes de mayo, el más risueño y florido entre todos los del año.

«El mes de mayo –escribe Roschini[110]– podría definirse como una fiesta solemne de María: una fiesta solemne que, en vez de durar un día, se dilata por treinta y un días con un *crescendo* continuo hasta culminar en la oferta de los corazones a María. Es uno de los más majestuosos momentos erigidos por la piedad cristiana a María.

109. Cf. A. Royo Marín, *La Virgen María*, BAC, Madrid 1997, p. 497.
110. Gabriel Roschini, *La Madre de Dios según la fe y la teología*, Apostolado de la Prensa, Madrid 1955, t. II, pp. 602-603.

Sabiamente, entre todos los meses del año, ha sido elegido el de mayo como el más a propósito para ser consagrado a María. No son pocas, en efecto, las analogías que justifican esta elección.

Como mayo es el más bello y el más delicioso entre todos los meses del año, así la Virgen Santísima es la más bella y la más deliciosa entre todas las creaturas. Ella es toda bella: *Tota Pulchra*. Ella es toda emanación de delicias: *deliciis affluens*. Como en mayo la naturaleza despierta del sueño invernal y se cubre de verde y de flores, así en mayo la piedad filial del pueblo cristiano hacia nuestra Madre celestial despierta, se adorna de flores bellas y perfumadas que no se marchitan: "Flores aparecieron en nuestra tierra" (Ct 2,12); flores materiales y flores espirituales; flores de los colores más hermosos, de los aromas más delicados y suaves, flores de la naturaleza y flores de la gracia…

El primero en asociar al mes de mayo la idea de María fue –según parece– Alfonso X, rey de España (1239-1284), en pleno siglo XIII, tan exuberante de piedad mariana. Entre sus poesías tituladas *Cantigas de Santa María* hay una que empieza: ¡*Bien venido mayo*!… En ella el Rey Sabio exalta el retorno de mayo, porque con su serenidad y alegría nos invita a rogar a María con nuestros cánticos ante su altar para que nos libre del mal y nos colme de bienes. Parece, pues, que ya a fines del siglo XIII debía existir la costumbre de reunirse en el mes de mayo ante el altar de María para alabarla e invocarla.

Poco después, en el siglo XIV, lo encontramos en el Beato Enrique Susón, O. P. (1365), el cual, entre las varias manifestaciones de su tierno amor a María, acostumbraba también a consagrarle la primavera, la estación de las flores».

Cada vez esta hermosa práctica del mes de mayo en honor de María fue extendiéndose más y más por el mundo entero, y hoy puede decirse que no hay iglesia de ciudad o de campo ni humilde capilla de colegio o de religiosas donde no se practique el ejercicio del mes de mayo en honor a María, *rosa entre rosas, flor de las flores, virgen de vírgenes y amor de amores*…

c. Otro modo de vivir el mes de María

También, otro modo de vivir el mes de María, puede ser:

1.º Ofrecimiento de flores a la Virgen

Este es un hermoso regalo que podemos hacerle a la Virgen. Regalar flores es una manera que tenemos las personas para decirle a alguien que la queremos mucho. Para dar mayor solemnidad al ofrecimiento, los niños pueden ir vestidos de blanco, símbolo de pureza.

2.º Reflexionar en los principales misterios de la vida de María

Reflexionar implica hacer un esfuerzo con la mente, la imaginación y, también, con el corazón, para profundizar en las virtudes que la Virgen vivió a lo largo de su vida. Se puede meditar, por ejemplo:

- La Anunciación.
- La Visita a su prima Isabel.
- El Nacimiento de Cristo.
- La Presentación del Niño Jesús en el templo.
- El Niño Jesús perdido y hallado en el templo.
- Las Bodas de Caná.
- María al pie de la Cruz.

3.º *También se pueden recordar las apariciones de la Virgen*: como en Fátima (Portugal), en Lourdes (Francia) y en el Tepeyac (México), la Virgen de Guadalupe.

4.º Meditar en los cuatro dogmas acerca de la Virgen María que son:

1. Su Inmaculada Concepción.
2. Su Maternidad Divina.
3. Su Perpetua Virginidad.
4. Su Asunción a los Cielos.

5.º Recordar y honrar a María como Madre de todos.

6.º Reflexionar en las principales virtudes de la Virgen María.

7.º Vivir una devoción real y verdadera a María.

8.º Rezar en familia, en comunidad, en la parroquia, las oraciones dedicadas a María, especialmente el Santo Rosario.

d. Mes de María en la parroquia San Pablo de Villa Constitución (Rosario, Santa Fe)[111]

1.º Fecha: Se inicia el 8 de noviembre y finaliza el 8 de diciembre;

2.º Propaganda: Un mes antes, aproximadamente, por radio, TV y coche parlante se anuncia por toda la ciudad. También se hace propaganda y avisos durante el mes de María.

3.º Actividades:

Diaria:

- a las 21:15 h. se hace una *ofrenda floral* de todas las personas que hayan llevado flores, primero el sacerdote y luego los fieles, cantando «Venid y vamos todos, con flores a María»;
- luego, se reza el Santo Rosario: en el 4.º misterio se ponen todas las intenciones que hayan llevado los fieles;
- al finalizar el rosario se da la comunión a las personas que no hayan podido participar de la Santa Misa;
- se concluye con cantos a la Virgen.

Procesión final el día 8 de diciembre: Van de las 3 parroquias de la ciudad (esto se hace desde hace 2 años, antes se tenía la Misa en la Parroquia San Pablo y luego se hacía la procesión hasta la imagen de la Virgen), en procesión, rezando el Rosario, y cantando a María. Se llega a un extremo de la ciudad, al cruce de rutas, donde hay una explanada grande, y hay una imagen grande de la Virgen Inmaculada. Allí está esperando el obispo (19 h.), realiza la consagración de la ciudad a María, y luego celebra la Misa. Además se hace la 2.° comunión solemne de los niños de toda la ciudad.

11. Las vocaciones

La vitalidad de una comunidad se puede ver por las vocaciones que nacen en ella o a partir de ella. Por eso, entre los distintos apostolados que debe encarar una comunidad parroquial, no puede estar ausente la llamada «pastoral

111. Por el P. Juan Ríos, párroco hace 3 años, compañero de nuestro gran amigo Mons. Samuel Martino –de 89 años, recientemente fallecido–, quien fuera 53 años párroco e iniciador de ese apostolado.

vocacional» que busca suscitar, promover, discernir, aconsejar, alentar, acompañar y formar vocaciones a la vida consagrada y sacerdotal.

Si bien este trabajo vocacional corresponde principalmente a los pastores de la Iglesia, toda la comunidad tiene que sentir este apostolado como una responsabilidad y un «problema» propio. Debe decirse que el problema de las vocaciones sacerdotales –y también de las religiosas, tanto masculinas como femeninas– es el problema de la Iglesia: «fundamental» lo llamaba San Juan Pablo II[112], «por el que tengo mucho interés de modo muy especial»[113] decía el Papa, «que requiere mayor atención»[114], un problema «central»[115], «del futuro»[116], «vital»[117]. De más está decir que es un problema particularmente urgente en nuestro tiempo de «crisis» de vocaciones.

Puede ser útil recordar algunos principios fundamentales respecto a la naturaleza de la vocación a la vida consagrada, tanto para «refutar» algunos malos entendidos sobre este tema tan importante, como para señalar posibles líneas de acción para una eficaz pastoral vocacional.

El modo ordinario como Dios suscita las vocaciones es interior, por las divinas insinuaciones del Espíritu Santo al alma. Es característico del llamado divino, impulsar a los hombres a cosas más altas. Por eso nunca el deseo de vida religiosa, al ser tan excelso y elevado, puede provenir del demonio o de la carne. Los santos han sido muy claros sobre este tema. Por ejemplo, San Juan Bosco, quien decía: «La vocación religiosa debería abrazarse aunque viniese del demonio, porque siempre debe seguirse un buen consejo aunque nos venga de un enemigo»[118]. También Santo Tomás de Aquino, en su *Contra retrahentes*[119] enseña que el deseo interior y desinteresado de abrazar el estado religioso es auténtico llamado divino, por ser un deseo que supera la naturaleza, y debe ser seguido al instante.

---

112. San Juan Pablo II, *Homilía del Buen Pastor en la Basílica de San Pedro*, (10/5/1981) 3; OR (17/5/1981), 19.
113. *Ibidem*.
114. San Juan Pablo II, *Diálogo con los obispos en Lima*, (15/5/1988); OR (5/6/1988), 21.
115. *Ibidem*.
116. *Ibidem*.
117. San Juan Pablo II, *Discurso a la Conferencia Episcopal de Gabón*, (15/2/1993) 6; OR (12/3/1993), 6: «Es un problema vital, que todo cristiano que ame de verdad a la Iglesia debe llevar en su corazón».
118. San Juan Bosco, *Obras Fundamentales*, Reglas de la Sociedad San Francisco de Sales, BAC, Madrid 1978, p. 644.
119. Cf. Santo Tomás de Aquino, *Contra la pestilencial doctrina de los que apartan a los hombres del ingreso a la religión*, Desclée de Brouwer, Buenos Aires 1946, p. 81.

Si esto está bien claro, es decir, que el deseo de consagrarse a Dios sólo de Dios puede venir, se «desmantelan» prácticamente solas las posibles objeciones que se pueden oponer al consagrarse a Dios. Sólo a modo de ejemplo, recordamos dos de estas «tentaciones».

La primera, la de la «dilación». Es una tentación frecuente dilatar, posponer, el ingreso a la vida consagrada, y esto puede darse por diversas «causas»: hasta estar más seguro, o para poder consultarlo con muchas personas, etc., etc. Para responder a esto, digamos una vez más: el deseo auténtico e interior de consagrarse a Dios no puede provenir sino del Cielo. Ahora bien, si Dios llama, no hay que perder tiempo en responderle. Al menos así lo enseña Jesús en el Evangelio. Fue el mismo Cristo quien aconsejó a un joven que quería dar sepultura a sus padres: «deja que los muertos entierren a sus muertos, tu ven y sígueme» (Mt 8,22).

Otra tentación puede ser la del temor, sea porque «uno no es digno», o por los defectos que uno pueda tener, o por los pecados que uno puede haber cometido, o por las dificultades que encontrará en la vida religiosa, o por lo difícil que es perseverar, etc., etc., etc. Una vez más tenemos que decir: lo importante es si Dios llama, porque si es Dios quién llama, Él mismo ayudará con su gracia a poner en práctica lo que invita a hacer. A la raíz de toda vocación encontramos una libre decisión del amor de Dios, que no se fija en los méritos de los hombres, sino que llama como quiere, cuando quiere, donde quiere y a quien quiere. «Cada vocación es un acto irrepetible del amor de Dios», decía San Juan Pablo II.

El mismo San Juan Pablo II nos ha dejado también preciosas sugerencias acerca de qué hacer para despertar vocaciones para la Iglesia.

En primer lugar, hay que recordar que es falso creer que no hay vocaciones; muy por el contrario, hay muchas: «la vocación está en germen en la mayoría de los cristianos»[120]; Dios «siembra a manos llenas por la gracia los gérmenes de vocación»[121]; incluso «numerosas vocaciones sacerdotales y religiosas (germinan) en este primer encuentro con Cristo»[122] (refiriéndose a la Primera Comu-

120. San Juan Pablo II, *Discurso a religiosas*, (13/4/1980); OR (20/4/1980), 12.
121. Cf. San Juan Pablo II, *Mensaje a la XXIX Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones*, (1/11/1991) 4; OR (20/12/1991), 24.
122. San Juan Pablo II, *Alocución a los sacerdotes y religiosos*, (10/6/1987) 7; OR (21/6/1987), 9.

nión). Es importante reafirmar también que la Iglesia no puede prescindir ni de los sacerdotes ni de los religiosos.

Después, tener siempre presente que «la vida engendra vida». Por eso, allí habrá vocaciones, adonde haya comunidades vivas, sea familias auténticamente cristianas, como comunidades religiosas y parroquiales que se esfuercen por vivir según la propia identidad que Dios les ha donado.

No tiene que haber miedo de proponer la vocación a los jóvenes. Cristo habitualmente «llama a través de nosotros y de nuestra palabra. Por consiguiente, no tengáis miedo a llamar. Introducíos en medio de los jóvenes. Id personalmente al encuentro de ellos y llamad»[123].

Finalmente, hay que saber también que sin buena formación Dios no bendice con abundancia de vocaciones. Hay «que hacer intensos esfuerzos por fomentar las vocaciones y procurar la mejor formación sacerdotal posible en los seminarios. Abundancia de vocaciones y una eficaz formación de los seminaristas: he aquí dos pruebas de la vitalidad de la Iglesia»[124].

Terminemos recordando algo que decía San Juan Crisóstomo: «Hay muchos y hay pocos sacerdotes; muchos de nombre, pero pocos por sus obras»[125] y esta es la razón principal de la escasez de vocaciones sacerdotales.

En las parroquias contamos con la ayuda invalorable de la Obra de las Vocaciones Sacerdotales (OVS), que ayuda a los candidatos, a sus familias y a la comunidad parroquial con muchas iniciativas.

12. Las novenas

a. ¿Qué es?

Se llama novena al ejercicio devoto que se practica durante nueve días con oraciones, lecturas, letanías… etc., dirigidas a Dios por medio de la Virgen (también se llama así al libro en que se contienen las oraciones y preces de la novena).

123. San Juan Pablo II, *Mensaje para la XVI Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones*, (6/1/1979).
124. San Juan Pablo II, *Homilía en el Seminario Mayor regional de Seúl*, (3/5/1984) 4; OR (13/5/1984), 2.
125. *Hom. 43 in Matth.*; citado por: San Alfonso María de Ligorio, *Obras ascéticas*, BAC, Madrid 1954, t. II, p. 342.

Novenario es el espacio de nueve días que se emplea en reverente y amoroso homenaje de culto a Jesucristo, a la Virgen, con sermones al caso (septenario, cuando son siete días; quinario, cinco; triduo, tres).

Forman parte de lo que se ha dado en llamar «religiosidad popular» o «piedad popular»[126] y que el Concilio Vaticano II llama «ejercicios de piedad»[127], que sin ser «celebraciones litúrgicas […] desea que sean funciones adaptadas lo más posible al espíritu litúrgico […] sin confundirlas con las celebraciones propiamente litúrgicas»[128].

Vienen a ser como los «tiempos fuertes» de la religiosidad popular, como el Adviento en pequeño o la Cuaresma doméstica que prepara los corazones a la Navidad y a la Pascua, respectivamente.

b. Los santos las practicaron y recomendaron

Por ejemplo San Juan Bosco, se preparó con una novena para hacer elección de estado. Y le aconsejó hacer una novena a una enferma, quien se sanó y le dio 1000 liras para edificar el templo en honor de María Auxiliadora. Recomienda hacerlas bien: «la gran cosa… es… mantenerse en tal pureza de conciencia, que se pueda hacer la comunión cada día».

San Antonio María Claret llamaba «novena» a las misiones populares para no alarmar a las autoridades contrarias al sacerdote.

San Alfonso las recomienda y afirma que la Virgen a sus devotos que celebran con fervor las novenas de sus Fiestas «les dispensa innumerables y especiales gracias»[129]. Aconseja:

1.º Hacer oración mental a la mañana y a la noche. Visitar al Santísimo.

2.º Visitar tres veces al día a María en alguna imagen suya y rezarle la oración del día de la novena.

3.º Hacer muchos actos de amor.

4.º Leer 15 minutos un libro que trate de las glorias de María.

126. *Evangelii Nuntiandi*, 48.
127. *Sacrosanctum Concilium*, 105.
128. Abad Andrés Azcárate, *La flor de la liturgia renovada*, Ed. Claretiana, Buenos Aires 1979, p. 211.
129. San Alfonso María de Ligorio, «Las glorias de María», *Obras ascéticas*, BAC, Madrid 1952, t. I, p. 934.

5.º Imponerse alguna mortificación. (Podemos mencionar las corporales: cilicio, disciplina, ayuno, privarse de comer fruta o manjares sabrosos… las mortificaciones interiores: privarnos de mirar u oír por curiosidad TV, radio, internet, obedecer, guardar silencio, soportar las contrariedades, corregir algún defecto, practicar alguna virtud de María…). «Así es como las novenas serán de grande utilidad».

6.º Participar de la Santa Misa y comulgar los días de la novena.

7.º El día de la Fiesta consagrarme a la Virgen.

8.º En nuestro caso, «la oración y el ejercicio de piedad más propio… es el mismo Rosario devotamente rezado»[130].

Las novenas «son aprobadas y alabadas una y otra vez por esta Sede Apostólica y los obispos»[131].

c. Qué nos dice la Sagrada Escritura

Hay que rezar: imitando el ejemplo de Jesús: «pasó la noche orando a Dios» (Lc 6,12); de la Virgen y los Apóstoles: «Todos perseveraban unánimes en la oración…» (Hch 1,14).

- Insistentemente: «es preciso orar en todo tiempo y no desfallecer» (Lc 18,1).
- En toda circunstancia: «orando en toda ocasión» (Ef 6,18).
- Siendo constantes: «orad constantemente» (1 Ts 5,17), «sed perseverantes en la oración» (Col 4,2).
- Con fe: «todo cuanto pidáis con fe en la oración lo recibiréis» (Mt 21,22).
- Para dar gracias: «presentad a Dios vuestras peticiones acompañadas de acción de gracias» (Flp 4,6).
- Para conocer la voluntad de Dios: «no cesamos de orar… para que seáis llenos del conocimiento de la voluntad de Dios» (Col 1,9), «orando, dijeron, señala a quién elijas…» (Hch 1,24).

130. Anónimo, *El Santísimo Rosario*, Ed. Balmes, 1961, p. 219.
131. *Mediator Dei*, 108.

- Para pedir por todos: «hagan oraciones por todos los hombres» (1 Tm 2,1). Aun por los enemigos: «orad por los que os persiguen» (Mt 5,44).
- Para perdonar: «Y cuando os pongáis de pie para orar, perdonad, si tenéis algo contra alguno, para que también vuestro Padre, que está en los cielos, os perdone vuestras ofensas» (Ct 11,25).
- Para vencer al demonio: esta clase de demonios «sólo puede ser echada por la oración y el ayuno» (Mt 17,21).
- Para hacer milagros: Pedro, «*oró*» y resucitó a Tabita (Hch 9,40). Pablo «*orando*» curó al padre de Publio (Hch 28,8).
- Para la obra de la evangelización: «oraron sobre ellos para que recibiesen el Espíritu Santo» (Hch 8,15); «orando… para que Dios nos abra una puerta para la Palabra» (Col 4,3); «orad… para que la Palabra del Señor avance con celeridad y sea Él glorificado…» (2 Ts 3,1).
- Para que mi templo parroquial sea siempre casa de oración: «mi casa será llamada casa de oración» (Mt 21,13).
- Orando mutuamente: «orad unos por otros» (St 5,16); el pastor por el rebaño: «rogamos a Dios que no hagáis ningún mal… lo que pedimos es vuestra perfección» (2 Co 13,7-9), «no ceso… de hacer memoria de vosotros en mis oraciones» (Ef 1,16); y el rebaño por el pastor: «la iglesia oraba insistentemente a Dios por Pedro» (Hch 12,5); «orad por nosotros» (1 Ts 5,25; 2 Ts 3,1), suplica San Pablo.

13. Las procesiones

«Es una necesidad de nuestra naturaleza humana el manifestar externamente y en unión con los demás los sentimientos íntimos del alma, preocupaciones, alegría, tristeza. Una forma especial de estas manifestaciones externas es la procesión»[132].

Son plegarias solemnes que el pueblo de Dios acostumbra realizar pasando ordenadamente de un lugar a otro, para adorar a Dios, darle gracias por los

132. Francesco Roberti (ed.), *Diccionario de Teología Moral*, Editorial Litúrgica Española, Barcelona 1960, p. 1001.

favores recibidos, pedirle perdón por los pecados cometidos e implorar su ayuda constante.

Las procesiones son símbolo de las procesiones eternas por las que el Hijo es engendrado por el Padre y de ambos procede el Espíritu Santo; son símbolo de las procesiones temporales del Hijo que aparece en carne humana y del Espíritu Santo en forma de lenguas de fuego; son símbolo de la salida del pueblo elegido de Egipto y de la peregrinación de la Iglesia hacia la Patria celestial. Por eso decía el Ritual Romano[133] que la procesión contiene grandes y divinos misterios y que los que participan de ella con piedad obtienen preciosos frutos de cristiana devoción.

En cada Misa se efectúan varias procesiones:

1.º La del sacerdote y sus ministros hacia el altar.

2.º A veces, la de la presentación de las ofrendas u ofertorio.

3.º La del pueblo de Dios que se acerca para comulgar.

Además, hay varias procesiones ordenadas por el Misal Romano, algunas optativas: la procesión de los cirios (la Presentación del Señor, el 2 de febrero), la procesión de los Ramos (el Domingo de Ramos en la Pasión del Señor), la procesión para llevar el Santísimo Sacramento (Misa vespertina de la Cena del Señor), la procesión para la Adoración de la Santa Cruz (Celebración de la Pasión del Señor), la procesión del Cirio Pascual (Vigilia pascual), etc.

Y hay que decir que, todavía hoy, la procesión del Rosario de la aurora en las Misiones populares hace mucho bien a los feligreses y con ella se obtienen muchas gracias de Dios.

14. Las peregrinaciones

¿Qué es peregrinar?

Peregrinar, significa, etimológicamente, «salir de su tierra»; viene del latín, «*per ager*» = abandonar el propio agro o campo… Con el tiempo, vino

133. Cf. X, 1,1 y ss.

a significar, solamente, los viajes que se hacen por motivo de devoción, o de piedad, o de penitencia, o para visitar lugares santos, etc.

Desde hace siglos son las más célebres las que tienen como meta: Tierra Santa, Roma (de allí: romeros) y Santiago de Compostela. En nuestra Patria son famosas las peregrinaciones a Luján, a Itatí, al Valle de Catamarca, a Lourdes…

La Iglesia, Madre y Maestra, siempre bendijo las peregrinaciones por tres razones principales:

a. Porque responde a una necesidad de la naturaleza humana: en efecto, el hombre necesita manifestar externamente los sentimientos íntimos del alma y una forma especial de estas manifestaciones externas es la peregrinación. De ahí que enseñe Santo Tomás de Aquino que algunos herejes… «se olvidaron de que eran hombres al no juzgar necesaria la representación sensible para el conocimiento interno y el afecto»[134].
b. Porque responde perfectamente a la ley de la Encarnación: por Ella, Dios invisible, se hace visible en nuestra naturaleza humana.

   En la peregrinación, la intimidad invisible del alma, el amor a Dios, su alabanza, la alegría del Espíritu Santo, la devoción a la Santísima Virgen, la hermandad cristiana que reconoce un sólo Padre, la solidaridad de unos por otros… tiene manifestación visible, incluso en el desplazarse de un lugar a otro.

   Peregrinar es imitar a Cristo que todos los años peregrinaba a Jerusalén para la Fiesta de la Pascua (cf. Lc 2,41).
c. Porque responde a varias significaciones:

   – Son figura de la salida del Pueblo elegido de Egipto y su marcha por el Sinaí para llegar a la Tierra Prometida.
   – Son figura de la Iglesia peregrina en tensión de avance en dos direcciones:

1.º La extensiva o misionera, por su vocación universal: «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda creatura…» (Mc 16,15).

2.º La intensiva o perfectiva, por su vocación a la santidad: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5,48).

134. *C. G.*, L. III, c. 119, n. 5.

– Son figura de nosotros, miembros de la Iglesia peregrinante, formada por peregrinos, que viven en tensión y anhelos escatológicos como recordara el último Concilio en la Constitución *Lumen Gentium*: «mientras habitamos en este cuerpo, peregrinamos»[135].

Los elementos esenciales que determinan la espiritualidad de la peregrinación son[136]:

– *Dimensión escatológica*. Es una característica esencial y originaria: la peregrinación, «camino hacia el santuario», es momento y parábola del camino hacia el Reino; la peregrinación ayuda a tomar conciencia de la perspectiva escatológica en la que se mueve el cristiano, *homo viator*: entre la oscuridad de la fe y la sed de la visión, entre el tiempo angosto y la aspiración a la vida sin fin, entre la fatiga del camino y la esperanza del reposo, entre el llanto del destierro y el anhelo del gozo de la patria, entre el afán de la actividad y el deseo de la contemplación serena[137]. Se avanza a través del desierto de la vida, hacia el Cielo, hacia la Tierra prometida.
– *Dimensión penitencial*. La peregrinación se configura como un «camino de conversión»: al caminar hacia el santuario, el peregrino realiza un recorrido que va desde la toma de conciencia de su propio pecado y de los lazos que le atan a las cosas pasajeras e inútiles, hasta la consecución de la libertad interior y la comprensión del sentido profundo de la vida. Para muchos fieles la visita a un santuario constituye una ocasión propicia, con frecuencia buscada, para acercarse al sacramento de la Penitencia[138], y la peregrinación misma se ha entendido y propuesto en el pasado –y también en nuestros días– como una obra de penitencia. Además, cuando la peregrinación se realiza de modo auténtico, el fiel vuelve del santuario con el propósito de «cambiar de vida», de orientarla hacia Dios más decididamente, de darle una dimensión más trascendente.
– *Dimensión festiva*. En la peregrinación la dimensión penitencial coexiste con la dimensión festiva: también esta se encuentra en el centro de la

135. *Lumen Gentium*, 48.
136. Cf. Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia*, 286.
137. Cf. San Agustín, *In Ioan. Ev.* 5, Tract. 124: CCL 36,685.
138. Cf. Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia*, 267.

peregrinación, en la que aparecen no pocos de los motivos antropológicos de la fiesta.

El gozo de la peregrinación cristiana es prolongación de la alegría del peregrino piadoso de Israel: «Qué alegría cuando me dijeron: Vamos a la casa del Señor» (Sal 122,1); es alivio por la ruptura de la monotonía diaria, desde la perspectiva de algo diverso; es aligeramiento del peso de la vida que para muchos, sobre todo para los pobres, es un fardo pesado; es ocasión para expresar la fraternidad cristiana, para dar lugar a momentos de caridad, de convivencia y de amistad.

– *Dimensión cultual*. La peregrinación es esencialmente un acto de culto: el peregrino camina hacia el santuario para ir al encuentro con Dios, para estar en su presencia tributándole el culto de su adoración y para abrirle su corazón.

  En el santuario, el peregrino realiza numerosos actos de culto, tanto de orden litúrgico como de piedad popular. Su oración adquiere formas diversas: de alabanza y adoración al Señor por su bondad y santidad; de acción de gracias por los dones recibidos; de cumplimiento de un voto, al que se había obligado el peregrino ante el Señor; de imploración de las gracias necesarias para la vida; de petición de perdón por los pecados cometidos.

  Con mucha frecuencia la oración del peregrino se dirige a la Virgen María, a los ángeles y a los santos, a quienes reconoce como intercesores válidos ante el Altísimo. Por lo demás, las imágenes veneradas en el santuario son signos de la presencia de la Madre y de los santos, junto al Señor glorioso, «siempre vivo para interceder» (Hb 7,25) en favor de los hombres y siempre presente en la comunidad que se reúne en su nombre (cf. Mt 18,20; 28,20). La imagen sagrada del santuario, sea de Cristo, de la Virgen, de los ángeles o de los santos, es un signo santo de la presencia divina y del amor providente de Dios; es testigo de la oración, que de generación en generación se ha elevado ante ella como voz suplicante del necesitado, gemido del afligido, júbilo agradecido de quien ha obtenido gracia y misericordia.

– *Dimensión apostólica*. La situación itinerante del peregrino presenta de nuevo, en cierto sentido, la de Jesús y sus discípulos, que recorrían los caminos de Palestina para anunciar el Evangelio de la salvación. Desde

este punto de vista, la peregrinación es un anuncio de fe y los peregrinos se convierten en «heraldos itinerantes de Cristo»[139].

– *Dimensión de comunión*. El peregrino que acude al santuario está en comunión de fe y de caridad, no sólo con los compañeros con quienes realiza el *santo viaje* (cf. Sal 84,6), sino con el mismo Señor, que camina con él, como caminó al lado de los discípulos de Emaús (cf. Lc 24,13-35); con su comunidad de origen, y a través de ella, con la Iglesia que habita en el Cielo y peregrina en la tierra; con los fieles que, a lo largo de los siglos, han rezado en el santuario; con la naturaleza que rodea el santuario, cuya belleza admira y que siente movido a respetar; con la humanidad, cuyo sufrimiento y esperanza aparecen en el santuario de diversas maneras, y cuyo ingenio y arte han dejado en él numerosas huellas.

Peregrinar es proyectarse o ponerse en camino del Cielo a través de la abnegación de sí mismo.

Peregrinar entendido como «salir de sí mismo» para seguir a Cristo es una de las constantes de la espiritualidad cristiana. Es la espiritualidad del continuo éxodo de todo lo que no sea Dios o no nos lleva a Dios.

El cristiano es el hombre o la mujer de la lucha peregrinante.

Me permito terminar con una poesía de Clara Saravia Linares de Arias[140]:

«*Peregrino…*
si ha sido muy amargo, muy árido el camino;
si te ha dado la vida
tan sólo los abrojos, *si tienes una herida*
que sangra todavía, *si la áspera jornada*
te robó todo siempre, sin ofrecerte nada;
si resultaron vanos
tus dorados ensueños; *si no encontraste hermanos*,
si, *al pasar a tu lado*, *la dulce primavera*
no te miró siquiera…
si sientes ya en el alma cansancio de las cosas,

139. *Apostolicam Actuositatem*, 14.

140. Clara Saravia Linares de Arias, *¡Más amor!*, Dirección General de Cultura de la Provincia de Salta, Salta 1978, p. 19. El título de la poesía es: «El Señor del Milagro restañará tu herida».

de sufrir las espinas sin alcanzar las rosas,
si buscas un oasis de amor en tu sendero,
duédate aquí, *viajero*…
No sigas tu camino, *no vayas adelante*;
fíjate en esa imagen de Cristo agonizante:
Mira esos mansos ojos, *mira esos labios yertos*
Que, *pidiendo ternura*, *siempre están entreabiertos*…
Mira: *esa Carne santa sabe también de espinas*
y saben de dolores esas Llagas divinas…
no te vayas, *viajero cansado de la vida*
que el Señor del Milagro restañará tu herida.
… *si ha sido muy amargo*, *muy árido el camino*
quédate, *peregrino*…».

15. La «parroquia portátil»: Comunión de los enfermos

a. Pastoral de enfermos

El enfermo es un miembro de la Iglesia; por eso, su situación interpela a toda la comunidad eclesial, para que le procure los auxilios humanos y sobrenaturales que necesita. Concretamente, han de interesarse por el enfermo: la comunidad local, el obispo, los presbíteros, la familia, el personal sanitario, las comunidades religiosas destinadas al cuidado de los enfermos… Los auxilios que puedan prestarle dependerán tanto de su condición eclesial, como de las circunstancias personales del enfermo[141]. Aquí la parroquia se hace pequeña y va a casa de sus feligreses.

San Juan Pablo II decía: «Hablando de la experiencia, le diré que, de adolescente, me sentía intimidado por el sufrimiento humano. Hubo un tiempo en el que temía acercarme a los que sufrían: sentía una especie de remordimiento ante aquel sufrimiento que a mí se me había evitado. Además, estaba incómodo, al estimar que todo lo que podía decir a los enfermos no era sino un "cheque sin fondos" o, mejor dicho, era como extender un cheque con sus fondos, ya que quienes sufrían eran ellos y no yo. […] El servicio pastoral, al llevarme

141. José Abad Ibáñez, *La celebración del misterio cristiano*, EUNSA, Pamplona 1996, pp. 385-386.

cada vez más a menudo y por distintos caminos al encuentro de los que sufren, me hizo salir de aquel período de timidez. Debo añadir que salí de él sobre todo porque los enfermos me ayudaron. A fuerza de visitarles, me di cuenta, poco a poco y después de manera inequívoca, de que entre su sufrimiento y su manera de entenderlo se establecían dos relaciones totalmente inesperadas. Creo que mi experiencia culminó el día en que oí estas palabras de labios de un hombre muy enfermo: "Padre, no sabe hasta qué extremo soy feliz"»[142]. «He tenido siempre una convicción muy clara del aporte fundamental que dan los que sufren a la vida de la Iglesia. Recuerdo que, durante los primeros contactos, los enfermos me amedrentaban. Hacía falta bastante coraje para presentarse ante los que sufrían y entrar, en cierto modo, en su dolor físico y espiritual, sin dejarse condicionar por la propia conmoción y conseguir mostrarles al menos un poquito de compasión amorosa. El sentido profundo del misterio del sufrimiento humano se me desveló más tarde. En la debilidad de los enfermos vi surgir cada vez con más claridad la fuerza, la fuerza de la misericordia. En cierto sentido ellos la "provocan". Mediante su oración y su ofrecimiento no solamente la imploran, sino que ellos mismos son el "espacio de la misericordia" o, mejor, "abren el horizonte" a la compasión. Con su enfermedad y con su sufrimiento inducen a las obras de misericordia y crean oportunidades para ponerlas en práctica. Yo tenía la costumbre de confiar a los enfermos los problemas de la Iglesia, y el resultado era siempre muy positivo»[143]. «Deseo tanto esta unión con los que sufren, ella es mi fuerza; porque mi fuerza es la Cruz de Cristo y la Cruz de Cristo está presente en vuestro sufrimiento»[144]. «Puedo decíroslo: la eficacia de mi ministerio como Sucesor de Pedro, por la fidelidad y la unidad de toda la Iglesia, debe mucho a la oración y al ofrecimiento de los enfermos. Os lo confío. Y vosotros, vosotros tenéis un lugar especial en mi corazón y en mi oración»[145]. «Siento siempre necesidad de vuestra ayuda ante el Señor, para cumplir la misión que Jesús me ha confiado. […] la Cuaresma, todos los años nos recuerda una verdad fundamental: no se entra en la vida eterna sin llevar nuestra cruz en unión con Cristo»[146]. «Van cambiando los tiempos y las circunstancias, pero siempre hay entre nosotros personas que necesitan la

142. *No tengáis miedo*, André Frossard dialoga con Juan Pablo II, Ed. Plaza & Janés, Barcelona 1982, p. 86.
143. San Juan Pablo II, *¡Levantaos! ¡Vamos!*, Ed. Plaza & Janés, Barcelona 2004, p. 75.
144. San Juan Pablo II, *Discurso a los enfermos*, (29/8/1982).
145. San Juan Pablo II, *Encuentro con los enfermos*, (5/10/1986) 5.
146. San Juan Pablo II, *Ángelus*, (13/2/2005).

voz de la Iglesia y la del Papa, *para que se conozcan sus angustias, sus dolores y sus miserias*. No pueden quedar defraudados. Deben saber que la Iglesia estaba y está con ellos, que con ellos está el Papa, el cual abraza con su corazón y con su oración a todo aquel que se halle tocado por el sufrimiento»[147].

b. Diversidad de ministerios

La comunidad cristiana: La enfermedad de uno de sus miembros es una de las grandes ocasiones en las que la parroquia puede testimoniar que es una comunidad de amor; de ahí que los lazos que vinculan a la parroquia y al enfermo, lejos de romperse, adquieran un sentido nuevo. La organización pastoral parroquial debe lograr que todos los enfermos estén bien atendidos, evitando cualquier tipo de discriminación, que se daría si algunos carecen de las ayudas más elementales, mientras otros son confortados, visitados y atendidos con exceso[148]. Esta pastoral es un «test» muy sensible de la capacidad pastoral del pastor. Atender bien a los enfermos da mucho afecto y buena popularidad al sacerdote. No se debe descuidar este aspecto de la pastoral.

La familia: La familia cristiana, como iglesia doméstica sometida a prueba por la enfermedad de uno de los suyos, debe manifestar su condición de comunidad natural de amor humano y cristiano, tanto en la abnegación y entrega personal y solidaria de todos, como en la atención espiritual del enfermo. Los parientes creyentes deben llamar a los presbíteros de la Iglesia, para que dispensen a su tiempo los auxilios de que dispone la Iglesia para el itinerario de la enfermedad[149].

Las cofradías o asociaciones de enfermos: La comunidad parroquial realiza eficazmente su ministerio con los enfermos en la medida en que sensibiliza a los fieles sobre el cuidado que deben dispensarles, tanto a nivel individual como asociativo. Una estructura pastoral que debería existir en todas las parroquias es la de las asociaciones y fraternidades de enfermos, que pueden realizar una gran labor, al dejar patente que la parroquia es una comunidad católica, esto es, abierta a las necesidades de todos los hombres. Dichas asociaciones, a la vez que deben evitar cualquier proselitismo o coacción opuestos a la dignidad

147. San Juan Pablo II, *Homilía en la Santa Misa en la explanada del aeropuerto de Legnica*, (2/6/1997).
148. José Abad Ibáñez, *La celebración del misterio cristiano*, EUNSA, Pamplona 1996, p. 386.
149. *Ibidem*, 388.

de la persona humana y a la libertad religiosa, deben dar razón de la fe y de la esperanza cristianas[150].

c. La Comunión fuera de la Misa

La celebración de la Eucaristía es el ámbito para recibir sacramentalmente a Cristo, adorarlo y entrar en diálogo íntimo con Él. Sin embargo, el Señor, que «se inmola en el mismo sacrificio de la Misa cuando comienza a estar sacramentalmente presente como alimento espiritual de los fieles bajo las especies de pan y vino», también, «una vez ofrecido el sacrificio, mientras la Eucaristía se conserva en las iglesias y oratorios, es verdaderamente el Emmanuel, es decir, Dios-con-nosotros. Pues día y noche está en medio de nosotros, y habita con nosotros lleno de gracia y de verdad»[151]. Por eso, puede ser recibido, adorado y amado fuera de la Santa Misa, aunque ésta sea su origen y su fin.

La participación más perfecta de la celebración eucarística es la Comunión sacramental recibida dentro de la Santa Misa; por eso, la Iglesia, que desea ardientemente que todos los cristianos participen plenamente en dicha celebración[152], recomienda «que los fieles, después de la comunión del sacerdote, reciban del mismo sacrificio el Cuerpo del Señor»[153].

Ahora bien, conviene que, quienes no puedan participar en la Misa, se alimenten asiduamente con la Eucaristía, para que así se sientan unidos al sacrificio de Cristo y a los demás cristianos. Por eso, los pastores de almas deben cuidar de que los enfermos y ancianos tengan facilidades para recibir la Eucaristía frecuentemente e incluso, a ser posible, todos los días, sobre todo en tiempo Pascual, aunque no estén en peligro de muerte inminente[154]. La catequesis debe insistir en que los fieles que reciben la Comunión fuera de la Misa se unen íntimamente al sacrificio con el que se perpetúa el sacrificio de la cruz, y participan de aquel sagrado convite en el que el pueblo de Dios participa en los bienes del sacrificio pascual, renueva la Nueva Alianza entre Dios y los hombres, y

150. *Ibidem*, 389.
151. *Eucharisticum Mysterium*, 57.
152. Cf. *Sacrosanctum Concilium*, 48.
153. *Ibidem*, 55.
154. Cf. *Eucharisticum Mysterium*, 40-41.

prefigura y anticipa –en la fe y en la esperanza– el banquete escatológico en el reino del Padre, anunciando la Muerte del Señor hasta que venga[155].

La Sagrada Comunión fuera de la Misa puede tener lugar durante cualquier día y hora. Sin embargo, el Jueves y el Viernes Santo sólo pueden recibirla los enfermos, y el Sábado Santo únicamente puede darse como viático.

El ministro ordinario de la Comunión fuera de la Misa es el obispo, el presbítero y el diácono; el extraordinario, el acólito instituido y quien haya recibido legítimamente tal facultad[156]. El ministro ordinario que administra la Comunión lleva alba, o sobrepelliz sobre el traje talar, y estola; el extraordinario, puede usar un vestido litúrgico, de tradición en la región, u otro que no desdiga de su ministerio y esté aprobado por el ordinario.

Los comulgantes deben estar en gracia de Dios –«quien tiene conciencia de estar en pecado grave debe recibir el sacramento de la Reconciliación antes de acercarse a comulgar»[157]–, observar la disciplina sobre el ayuno y tener recta disposición de espíritu.

El lugar en que de ordinario se distribuye la Comunión fuera de la Misa es la iglesia u oratorio en la que habitualmente se celebra o reserva la Eucaristía; o la iglesia, oratorio u otro lugar donde la comunidad cristiana se reúne habitualmente para celebrar este acto litúrgico los domingos u otros días. Cuando se trata de enfermos, cautivos u otras personas que no pueden salir de sus hogares sin peligro o dificultad grave, puede distribuirse en las casas.

El rito está prescrito por el Ritual para distribuir la Sagrada Comunión fuera de la Misa[158].

d. El Viático[159]

Los antiguos romanos llamaban «viático» a las provisiones alimenticias y pecuniarias que llevaban consigo para las necesidades del camino, y al alimento que daban a los amigos que emprendían un viaje. La analogía con la vida del

155. Cf. *Ibidem*, 3.
156. Cf. *Immensae Caritatis*, 1-3.
157. CEC, 1385.1415.
158. José Abad Ibáñez, *La celebración del misterio cristiano*, EUNSA, Pamplona 1996, pp. 322-323.
159. *Ibidem*, pp. 389-391.

hombre como camino hacia la patria definitiva, motivó que la Iglesia adoptase ese término para designar los medios sobrenaturales que ayudan al cristiano en su recorrido hacia la vida eterna –la fe, los sacramentos, la oración, las obras de caridad…–, sobre todo en el momento de partir de este mundo.

La literatura cristiana no tardó en reservar el término «viático» para la Comunión Eucarística, especialmente la dada a los moribundos; y pronto se usaría tan sólo en ese sentido restringido, que es el actual.

Según atestigua el concilio de Nicea (325), era «norma» tradicional no privar «del último y muy necesario viático al que está próximo a la muerte», aún a los excluidos de la comunión de la Iglesia por gravísimas culpas[160]. Este es el primer testimonio del término viático en el sentido de Comunión antes de morir, pero el hecho o praxis era mucho más antigua, pues el sínodo lo califica como «antigua norma». De hecho, ya en el siglo II era práctica normal llevar la Comunión a quienes no habían podido participar en la celebración eucarística, especialmente a los enfermos, a los moribundos y a los encarcelados, sobre todo si esperaban el martirio.

Esa «antigua norma» estaba inspirada en las palabras del Señor: «El que come mi Carne y bebe mi Sangre tiene vida eterna y Yo lo resucitaré en el último día» (Jn 6,54). De ahí el empeño de la Iglesia de que, en el último trance, no faltara a ningún cristiano la Comunión, prenda de la resurrección y garantía de su entrada en la vida eterna.

Con el paso del tiempo, el aprecio de los fieles hacia el Viático creció muchísimo. Algunas narraciones hagiográficas dejan entrever que en ciertos lugares, el cristiano recibía el Viático en el último momento, antes de expirar, para morir con la Eucaristía en la boca. El biógrafo de Santa Melania lo afirma expresamente, reflejando, quizá la praxis romana: «los romanos –dice– tienen la costumbre de que, cuando parte el alma, la comunión del Señor esté en la boca»[161].

A lo largo de la historia, el Viático ha sido interpretado en un triple sentido: paso de este mundo al Padre en comunión con Cristo, armadura con la que el cristiano se pertrecha para salir victorioso en el último combate con

160. Cf. I Concilio de Nicea, cap. 13: DH. 129.
161. *Vita Sanctae Melaniae*, 68, Ed. Rampolla, Romae 1905, p. 39.

el enemigo, y compañero de viaje hacia la eternidad. Estas interpretaciones se complementan entre sí y manifiestan distintas concepciones de la muerte: a la primera, corresponde la idea de que la muerte del cristiano, como la de Cristo, es una pascua: el paso de este mundo al Padre; a la segunda, la idea de que la muerte es una agonía, un combate con las fuerzas del mal; a la tercera, la idea de que la muerte es un viaje, lleno de peligros, hacia la eternidad[162].

16. El Santo Rosario

Hacía notar San Juan Pablo II: «La Iglesia afronta hoy *enormes desafíos* […]. Y no se trata sólo de problemas "cuantitativos", debidos al hecho de que los cristianos constituyen una minoría, mientras el proceso de secularización sigue erosionando la tradición cristiana incluso en países de antigua evangelización»[163]. Pareciera que de nuevo sucediera la lucha entre el pequeño David y el gigante Goliat.

Prescribe el *Código de Derecho Canónico* para la formación de los clérigos: «Deben fomentarse el culto a la Virgen María, incluso por el rezo del Santo Rosario, la oración mental y las demás prácticas de piedad con las que los alumnos adquieran espíritu de oración y se fortalezcan en su vocación»[164]. Notemos que se nos indica que se debe fomentar el rezo del Rosario por dos razones importantes: 1. Para adquirir el espíritu de oración; y 2. para fortalecer la vocación. Y respecto a las obligaciones de los religiosos se prescribe directamente: «Tributarán un culto especial, también mediante el rezo del Santo Rosario, a la Virgen Madre de Dios, modelo y amparo de toda vida consagrada»[165]. Es decir, rendir culto a quien es ejemplo de vida religiosa y protección de la misma vida religiosa.

---

162. Ignacio Oñatibia, *La Eucaristía en la enfermedad y la muerte*, citado en AA. VV., *Los sacramentos de los enfermos.* (La Pastoral de los enfermos a la luz del nuevo ritual), P.P. C., Madrid 1974, pp. 130-131.
163. San Juan Pablo II, *Homilía con ocasión de la clausura del VI Consistorio extraordinario de cardenales*, (24/5/2001).
164. CIC, can. 246 § 3.
165. CIC, can. 663 § 4.

a. Oración insigne y poderosa[166]

Vimos como Dios, sabiendo de la gran necesidad que tenemos de rezar, pero también de cómo son diversas las posibilidades y situaciones de la vida de cada uno, para hacer la misma petición a todos, quiso pedir el rezo diario del Rosario, condescendiendo hasta el nivel sencillo y común de todos nosotros. Por eso, en la aparición del día 13 de mayo de 1917, Nuestra Señora pidió: «*Rezad el Rosario todos los días*»; y este llamamiento sería renovado por ella todos los meses hasta octubre.

Ahora, teniendo presente la insistencia con que Dios, por medio de Su Mensaje en Fátima, nos recomienda la oración del Rosario, y lo que ha dicho sobre lo mismo el Magisterio de la Iglesia, a lo largo de los años, podemos pensar que el Rosario es la fórmula de oración vocal que a todos, en general, más nos conviene, y de la cual debemos tener sumo aprecio y en la cual debemos poner el mejor empeño para nunca dejarla.

Desgraciadamente, no falta en estos tiempos de desorientación, quien se atreva a hablar de modo desfavorable de la oración del Rosario objetando, por ejemplo, que no es oración litúrgica. Hace bastante tiempo, tuve conocimiento, y con mucha pena, de un artículo en este sentido. Habiendo alguien preguntado a su autor cómo se atrevía a escribir y a publicar tales disparates, respondió: ¡Fui forzado a hacerlo! Pero, ¿no sabría él que no existe, en el mundo, autoridad alguna que pueda obligarnos a proceder contra la propia conciencia? Y el misterio de la flaqueza humana, que, en muchos casos, para agradar a las creaturas, tal vez por intereses terrenos, no le importa incurrir en la indignación de Dios y en las penas con que Él castiga el pecado. Contrariamente a lo que haya escrito esa persona y otras en la misma línea, os digo que la oración del Rosario es una oración bíblica y que toda ella forma parte de la Liturgia sagrada.

b. Dimensión bíblica y litúrgica del Rosario

«Volviéndonos a la dimensión bíblica y litúrgica de la oración del Rosario, veamos ahora la súplica que el Mensaje nos enseñó a rezar al final de cada decena. Tal súplica, en ese sentido, también la encontramos en la Santa Misa, ya que

166. Cf. Sierva de Dios Lucía dos Santos, *Llamadas del Mensaje de Fátima*, Secretariado dos Pastorinhos, Fátima, pp. 267 y ss.

las rúbricas litúrgicas nos mandan iniciar el Santo Sacrificio por la confesión de nuestros propios pecados, y la oración enseñada por nuestra Señora nos lleva a pedir el perdón de esos pecados: "*Oh mi Jesús, perdonadnos, libradnos del fuego del infierno, llevad a todas las almas para el Cielo, principalmente a las que más lo necesiten*" (Aparición del 13 de julio de 1917).

"*Las que más lo necesiten*": pienso que serán aquellas que se encuentran en mayor peligro de condenación. Con esta oración, pedimos a Dios que nos aplique el fruto del Santo Sacrificio de la Misa, que es la salvación de las almas, con el perdón de nuestros pecados»[167]. (Como pedimos en el Canon romano: «…líbranos de la condenación eterna…»[168]).

«Así, yo creo que, después de la oración litúrgica del Santo Sacrificio de la Misa, la oración del Santo Rosario, por el origen y sublimidad de las oraciones que lo componen y por los misterios de nuestra redención que recordamos y meditamos en cada decena, es la oración más agradable a Dios que podemos ofrecer y de mayor provecho para nuestras almas. Si así no fuese, Nuestra Señora no lo habría recomendado con tanta insistencia»[169].

c. Oración muy recomendada por los Papas

«El Rosario o Salterio de la Virgen es una de las oraciones más excelsas a la Madre del Señor[170]. Por eso, "los Sumos Pontífices han exhortado repetidamente a los fieles a la recitación frecuente del Santo Rosario, oración de impronta bíblica, centrada en la contemplación de los acontecimientos salvíficos de la vida de Cristo, a quien estuvo asociada estrechamente la Virgen Madre. Son numerosos los testimonios de los Pastores y de hombres de vida santa sobre el valor y eficacia de esta oración"[171]»[172].

---

167. Cf. Sierva de Dios Lucía dos Santos, *Llamadas del Mensaje de Fátima*, pp. 270-271.
168. Cf. Misal Romano, Plegaria Eucarística I o Canon Romano.
169. Cf. Sierva de Dios Lucía dos Santos, *Llamadas del Mensaje de Fátima*, p. 271.
170. Sobre las indulgencias concedidas cf. *Enchiridion Indulgentiarum*, Aliae concessiones, 17. Para un comentario del Avemaría cf. CEC, 2676-2677.
171. Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, *Carta Circular orientaciones propuestas para la celebración del Año mariano*, 62.
172. Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia*, 197.

La oración del Santo Rosario es la que más ha sido recomendada por todos los Sumos Pontífices que en los últimos siglos, sirvieron a la Iglesia, comenzando por Gregorio XIII, que en la Bula *Monete Apostolos*, le llama «Salterio de la Santísima Virgen que rezamos para aplacar la ira de Dios e implorar la intercesión de la Santísima Virgen» (1 de abril de 1573).

También Sixto V, en la Bula *Dum Ineffabilis*, llama al Rosario el «Salterio de la Gloriosa y siempre Virgen María, Madre de Dios instituido por inspiración del Espíritu Santo» (30 de enero de 1586).

Antes de estos dos Papas gobernó la Iglesia San Pío V. Este atribuyó a la oración del Rosario la victoria de Lepanto, obtenida por los cristianos contra los turcos, el 7 de octubre de 1571. En acción de gracias, mandó celebrar anualmente, en ese día, la fiesta de Nuestra Señora de las Victorias, fiesta que su sucesor vino a designar como Nuestra Señora del Rosario.

Cerca de trescientos años después de esta guerra, servía a la Iglesia el gran Papa Beato Pío IX. Este, en su lecho de muerte dijo a los que le rodeaban: «El Rosario es un evangelio compendiado y dará a los que lo recen aquellos ríos de paz de que nos habla la Escritura; es la más hermosa devoción, la más abundante en gracias, y agradabilísima al Corazón de María. Sea este, hijos míos, mi testimonio para que os acordéis de mi en la tierra» (febrero de 1878).

León XIII, en la Encíclica *Fidentem Plumque*, dice: «En la devoción del Rosario, Cristo ocupa el lugar principal […] por medio de las oraciones vocales de que está formado, podemos expresar y profesar la fe en Dios, nuestro Padre providentísimo, en la vida eterna, en el perdón de los pecados, y también en los misterios de la augusta Trinidad, del Verbo Encarnado, de la maternidad divina, y en otros» (20 de septiembre 1896).

Admirable es la afirmación del Papa León XIII según el cual la Santísima Trinidad y la obra de salvación realizada por Cristo que está en el centro de esta gran oración que es el Rosario, constituyendo éste una profesión de fe en aquellos misterios centrales de la Doctrina Católica. Es de gran valor espiritual la fe que en la referida oración profesamos y ejercitamos. […] *Por eso, el Rosario nos ofrece la oportunidad para esta profesión externa de fe*.

Su Santidad Pío XI nos dijo en la Encíclica *Ingravescentibus Malis*: «El Santo Rosario no es solamente un arma para derrotar a los enemigos de Dios y de la

Religión, sino, sobre todo, promueve y fomenta las virtudes evangélicas. Y, en primer lugar, reanima la fe católica con la contemplación de los divinos misterios y eleva el entendimiento al conocimiento de las verdades reveladas por Dios» (29 de septiembre de 1937). Y se dignó conceder la indulgencia plenaria para el rezo del rosario delante del Santísimo Sacramento de la Eucaristía. El Santo Padre Pío XII dijo: «El Rosario es, por el significado de su nombre, un collar de rosas; no de aquellas rosas con las cuales los impíos se adornan con petulancia, según la palabra de la Escritura –"Coronémonos de rosas antes de que se marchiten" (Sb 2,8)–, sino de rosas cuya frescura es incesantemente renovada en las manos de los devotos de María» (16 de octubre de 1940).

El Papa San Juan XXIII, en su Carta Apostólica sobre el Rosario dice: «Además, este es el carácter de la oración litúrgica del Misal y del Breviario: cada una de sus partes aparece marcada por el "*oremus*", lo que supone pluralidad y multitud, tanto de quien reza como de quien espera ser oído y también para quien la oración se cumple. Es la multitud que reza en unidad de súplica por toda la fraternidad humana, religiosa y civil. El Rosario de María, por lo tanto, es elevado a la condición de una gran plegaria, pública y universal, ante las necesidades ordinarias y extraordinarias de la Santa Iglesia, de las naciones y del mundo entero» (29 de septiembre de 1961).

Aquí el Santo Padre reconoce a la oración del Rosario aquella dimensión de pluralidad y universalidad, característica de las oraciones litúrgicas que son la Santa Misa y la Liturgia de las Horas: «*además, este es el carácter de la oración litúrgica del Misal y del Breviario*». Y dice que el Rosario es la súplica de la multitud por las necesidades ordinarias y extraordinarias de la Santa Iglesia, de las naciones y del mundo: «*Es la multitud que ora en unidad de súplica, por toda la fraternidad humana, religiosa y civil*».

Y el Papa San Pablo VI publicó, el 2 de febrero de 1974, la Exhortación Apostólica *Marialis Cultus*, dedicando en ella los números 42 al 55 a la oración del Santo Rosario, confesando: «Nos, desde la primera audiencia general de nuestro pontificado, el 13 de julio de 1963, hemos tenido ocasión de demostrar nuestra gran estima por la piadosa práctica del Rosario» (n. 42). Y afirma haber acompañado con ánimo atento los convenios e investigaciones que, sobre esta devoción mariana se iban realizando: «Mediante la reflexión contemporánea pudieron ser comprendidas con una mayor precisión **las relaciones**

existentes entre la Liturgia y el Rosario. […] Si, en tiempos no lejanos, pudo surgir en el espíritu de algunos el deseo de ver el Rosario incluido en el número de las expresiones litúrgicas, y, por el contrario, de parte de otros, llevados por la preocupación de evitar errores pastorales del pasado, una injustificada desatención en relación al mismo Rosario, hoy el problema es fácilmente solucionable a la luz de los principios de la Constitución *Sacrosanctum Concilium*[173]. Las celebraciones litúrgicas y el piadoso ejercicio, del Rosario no se deben contraponer ni equiparar […]. La meditación de los misterios del Rosario, de hecho, al volver familiares a la mente y al corazón de los fieles los misterios de Cristo, puede constituir una óptima preparación y venir a ser, después, un eco prolongado de la celebración de los mismos misterios en los actos litúrgicos. Es un error, sin embargo […] recitar el Rosario durante la celebración litúrgica» (n. 48).

Y San Juan Pablo II decía: «Cuando me encontraba en Cracovia, en el barrio Debniki, entré en el grupo del "Rosario vivo", en la parroquia salesiana»[174]. «El Rosario es mi oración predilecta. ¡Plegaria maravillosa! Maravillosa en su sencillez y en su profundidad. En esta plegaria repetimos muchas veces las palabras que la Virgen María oyó del arcángel y de su prima Isabel. Palabras a las que se asocia la Iglesia entera […]. Con el trasfondo de las Avemarías pasan ante los ojos del alma los episodios principales de la vida de Jesucristo. El Rosario en su conjunto consta de misterios gozosos, dolorosos y gloriosos, y nos ponen en comunión vital con Jesucristo a través –se puede decir– del Corazón de su Madre. Al mismo tiempo nuestro corazón puede incluir en estas decenas del Rosario todos los hechos que entraman la vida del individuo, la familia, la nación, la Iglesia y la humanidad. Experiencias personales o del prójimo, sobre todo de las personas más cercanas o que llevan más en el corazón. De este modo la sencilla plegaria del Rosario sintoniza con el ritmo de la vida humana»[175].

«He saludado ante todo a Ella, a la Virgen que, desde su venerada y prodigiosa efigie, nos une a todos con esa "dulce cadena" que es el Santo Rosario. Ella nos

173. *Sacrosanctum Concilium*, 13.
174. San Juan Pablo II, *Don y misterio*, Buenos Aires 1996, 37.
175. San Juan Pablo II, *Ángelus*, (29/10/1978).

lo ofrece, nos lo propone, nos lo recomienda como medio sencillo, humilde, pero rico y eficaz, de oración cristiana»[176].

«El Rosario, en efecto, aunque se distingue por su carácter mariano, es una oración centrada en la cristología. En la sobriedad de sus partes, concentra en sí *la profundidad de todo el mensaje evangélico*, del cual es como un compendio[177]. En él resuena la oración de María, su perenne *Magnificat* por la obra de la Encarnación redentora en su seno virginal. Con él, el pueblo cristiano *aprende de María* a contemplar la belleza del rostro de Cristo y a experimentar la profundidad de su amor. Mediante el Rosario, el creyente obtiene abundantes gracias, como recibiéndolas de las mismas manos de la Madre del Redentor»[178].

«El Rosario, precisamente a partir de la experiencia de María, es una *oración marcadamente contemplativa.* Sin esta dimensión, se desnaturalizaría, como subrayó San Pablo VI: "Sin contemplación, el Rosario es un cuerpo sin alma y su rezo corre el peligro de convertirse en mecánica repetición de fórmulas y de contradecir la advertencia de Jesús: '*Cuando oréis, no seáis charlatanes como los paganos, que creen ser escuchados en virtud de su locuacidad*' (Mt 6,7). Por su naturaleza el rezo del Rosario exige un ritmo tranquilo y un reflexivo remanso, que favorezca en quien ora la meditación de los misterios de la vida del Señor, vistos a través del corazón de Aquella que estuvo más cerca del Señor, y que desvelen su insondable riqueza"[179]»[180].

«"La oración de la Iglesia está como apoyada en la oración de María"[181]. Efectivamente, si Jesús, único Mediador, es el Camino de nuestra oración, María, pura transparencia de Él, muestra el Camino, y "a partir de esta cooperación singular de María a la acción del Espíritu Santo, las Iglesias han desarrollado la oración a la santa Madre de Dios, centrándola sobre la persona de Cristo manifestada en sus misterios"[182]. En las bodas de Caná, el Evangelio muestra

176. San Juan Pablo II, *Encuentro con los obispos, sacerdotes, religiosos y fieles en el Santuario de la Virgen del Rosario de Pompeya*, (21/10/1979).
177. Cf. *Marialis Cultus*, 42.
178. *Rosarium Virginis Mariae*, 1.
179. *Marialis Cultus*, 47.
180. *Rosarium Virginis Mariae*, 12.
181. CEC, 2679.
182. CEC, 2675.

precisamente la eficacia de la intercesión de María, que se hace portavoz ante Jesús de las necesidades humanas: "No tienen vino" (Jn 2,3)»[183].

«Sería imposible citar la multitud innumerable de santos que han encontrado en el Rosario un auténtico camino de santificación. Bastará con recordar a San Luis María Grignion de Montfort […], más cercano a nosotros, al padre Pío de Pietrelcina […]. Un especial carisma como verdadero apóstol del Rosario tuvo también el Beato Bartolomé Longo. Su camino de santidad se apoya sobre una inspiración sentida en lo más hondo de su corazón: "¡Quien propaga el Rosario se salva!"[184]»[185].

«Pero el motivo más importante para volver a proponer con determinación la práctica del Rosario es por ser un medio sumamente válido para favorecer en los fieles la *exigencia de contemplación del misterio cristiano*, que he propuesto en la Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte* como verdadera y propia "pedagogía de la santidad": "es necesario un cristianismo que se distinga ante todo en el arte de la oración"[186]»[187].

«Hoy estamos ante nuevos desafíos. ¿Por qué no volver a tomar en la mano las cuentas del rosario con la fe de quienes nos han precedido? El Rosario conserva toda su fuerza y sigue siendo un recurso importante en el bagaje pastoral de todo buen evangelizador»[188].

«"Contemplar con María el rostro de Cristo"[189]. Estas palabras de la carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae* se han convertido, por decirlo así, en el "lema" del Año del Rosario. Expresan, en síntesis, el auténtico significado de esta oración a la vez sencilla y profunda»[190].

183. *Rosarium Virginis Mariae*, 16.
184. Cf. Beato Bartolo Longo, *Storia del Santuario di Pompei*, Pompei 1990, p. 59.
185. *Rosarium Virginis Mariae*, 8.
186. *Novo Millennio Ineunte*, 32.
187. *Rosarium Virginis Mariae*, 5.
188. *Ibidem*, 17.
189. *Ibidem*, 3.
190. San Juan Pablo II, *Audiencia General*, (29/10/2003).

d. Algunas objeciones

«A los que dicen que el Rosario es una oración anticuada y monótona debido a la repetición de las oraciones que lo componen yo les pregunto si hay alguna cosa que viva sin ser por la repetición continuada de los mismos actos.

Dios creó todo lo que existe de modo que se conserva por la repetición continuada e ininterrumpida de los mismos actos. Así, para conservar la vida natural, inspiramos y expiramos siempre del mismo modo; el corazón golpea continuamente siguiendo siempre el mismo ritmo, los astros como el sol, la luna, los planetas, la tierra, siguen siempre la misma ruta que Dios les marcó. El día sucede a la noche, año tras año, siempre del mismo modo. La luz del sol nos alumbra y calienta siempre de la misma forma. En tantas plantas, brotan las hojas en la primavera, se visten después de flores, dan fruto y vuelven a perder las hojas en el otoño o invierno.

Y así, todo lo demás sigue la ley que Dios le marcó y todavía a nadie se le ocurrió decir que era monótono, y por lo tanto prescindible; ¡Es que precisamos de eso para vivir! Pues bien, en la vida espiritual tenemos la misma necesidad de repetir continuamente las mismas oraciones, los mismos actos de fe, de esperanza y de caridad, para tener vida, visto que nuestra vida es una participación continuada de la vida de Dios.

Cuando los discípulos pidieron a Jesucristo que les enseñase a orar, Él les enseñó, como vimos atrás, la bella fórmula del Padrenuestro, diciendo: "Cuando oréis decid: Padre…" (Lc 11,2). El Señor nos mandó rezar así, sin decirnos que, pasado un cierto número de años, buscásemos nueva fórmula de oración, porque esta habría pasado a ser monótona.

Cuando los enamorados se encuentran, pasan horas seguidas repitiendo la misma cosa: "¡Te amo!". Lo que les falta a los que hallan la oración del Rosario monótona es amor; y todo lo que no está hecho por amor no tiene valor. Por eso, nos dice el Catecismo que los diez Mandamientos de la Ley de Dios se encierran en uno sólo, que es *amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos*.

Los que rezan diariamente su Rosario son como los hijos que todos los días disponen de algunos momentos para ir junto a su padre, para hacerle compañía, manifestarle su agradecimiento, prestarle sus servicios, recibir sus consejos

y su bendición. Es el intercambio y el cambio del amor del padre para con el hijo y de este para con el padre, es la dádiva mutua».

e. El Rosario sacerdotal

San Manuel González, el obispo de los sagrarios abandonados, tiene un hermoso libro titulado *El rosario sacerdotal*, en donde enseña que así como el Rosario de la Virgen tiene sus misterios «así mi Rosario sacerdotal también tiene los suyos y, al igual que aquél, son gozosos los unos, como son los misterios de la grandeza y de la fecundidad de su maternidad divina y de mi poder sacerdotal. Dolorosos los otros, como es casi siempre la paga que el mundo nos da a Jesús, a su Madre y a sus sacerdotes. Y gloriosos, por último, como los misterios de la generosidad y largueza de la paga de Dios a su Hijo, a su Madre y a sus sacerdotes»[191].

Y agrega más adelante: «Los quince misterios del Rosario comprenden la realidad de toda la vida sacerdotal de Jesús y de su Madre y, como en profecía y en espejo, la de nosotros los sacerdotes de Jesús y de María. Penetrar en ellos, cuanto nos es dado, con el auxilio de la súplica constante, de la reflexión profunda y de la imitación lo más aproximada, es transformarnos cada vez más en Jesús, en ser cada vez menos sacerdote ***de*** Jesús para ser cada vez más ***sacerdote-Jesús***. […] (Como decía el Santo cura de Ars) "Con el Rosario y aire libre del campo, resuelvo todos mis problemas y curo todas mis enfermedades"»[192].

Termina su libro afirmando: «Tengo tal fe en el Rosario bien rezado y bien meditado de los sacerdotes, que no vacilo en esperar de él milagros de triunfos propios y sobre las almas»[193].

No hay ningún problema ni individual ni familiar, ni nacional ni internacional, ni espiritual ni material, ni social ni político ni económico, que no encuentre solución con el rezo asiduo y perseverante del Santo Rosario.

El Santo Rosario es la divina honda que nos permite triunfar sobre los más grandes enemigos, ya que los mismos demonios temen más un leve suspiro

191. San Manuel González, *Obras completas*, El Rosario sacerdotal, Ed. Monte Carmelo, Burgos 2001, t. II, p. 573.
192. *Ibidem*, p. 575.
193. *Ibidem*, p. 694.

de la Virgen Santísima por nosotros que por las oraciones juntas de todos los demás: «[…] porque Dios ha concedido a María un poder tan grande contra los demonios que, como a pesar suyo se han visto muchas veces obligados a confesarlo por boca de los posesos, tienen más miedo a un solo suspiro de María a favor de una persona, que a las oraciones de todos los santos y a una sola amenaza suya contra ellos más que a todos los demás tormentos»[194].

Es de gran utilidad la lectura de *El secreto admirable del Santo Rosario*, de San Luis María Grignion de Montfort. Para la historia del Santo Rosario, Luis Getino, O. P., *Origen del Rosario*, Vergara 1925[195].

17. El santo escapulario

a. Etimología

La palabra escapulario viene del latín, «*scapularis*», de «*scapulae*», las espaldas, llamándose así, en la antigüedad, al vestido que sólo cubría las espaldas.

b. Historia

Los monjes cuando trabajaban, especialmente llevando objetos pesados al hombro, usaban el escapulario como si fuese un guardapolvo para no ensuciar la túnica. Con el tiempo pasó a formar parte del vestido de las órdenes religiosas distinguiéndose unas de otras por el color: el de la Orden Carmelita, marrón; azul, los Teatinos; rojo, la Congregación de la Misión; etc.

Más adelante, cuando los laicos se agregaron en las llamadas órdenes terceras (asociaciones de seglares), para significar esta unión se les dio parte del vestido que, en la mayoría de los casos, fue el escapulario en forma reducida para mayor comodidad de los fieles.

Últimamente, para el mayor bien espiritual de los fieles, se permitió sustituir los escapularios de tela por la medalla-escapulario, bendecida por un sacerdote y cuyo anverso y reverso ostenten, respectivamente, el Sagrado Corazón de Jesús y la imagen de la Santísima Virgen María.

194. San Luis María Grignion de Montfort, *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, 52.
195. Cf. también A. Royo Marín, *La Virgen María*, BAC, Madrid 1997, pp. 459-476.

c. Significación

Nuestro escapulario quiere significar dos cosas. Una, es una insignia, o sea, señal y distintivo de los feligreses de determinada parroquia, de los alumnos de su Colegio –en sus tres niveles: jardín, primario y secundario– y de los miembros de la Cofradía del Rosario.

El segundo significado: es un signo de devoción, o sea, indica que quien lo lleva tiene una voluntad pronta y disponible para hacer lo que Dios quiera. Como toda verdadera devoción, esta no se detiene ni siquiera en la persona de la Virgen María, sino que debe terminar en Dios. En otras palabras, al llevar el escapulario de la Virgen no sólo manifestamos nuestro amor a Ella y veneramos en Ella lo que tiene de Dios, sino que, además, la causa final de nuestra devoción es Dios que hizo en Ella maravillas (cf. Lc 1,49).

d. Conveniencia

Los obispos en Puebla enseñan que «el hombre es un ser sacramental»[196] repitiendo la milenaria concepción de la Iglesia sobre el hombre que formulara en otros tiempos, por ejemplo, Santo Tomás de Aquino diciendo que «es propio de la naturaleza humana elevarse a las cosas espirituales por medio de las corporales», como es el caso de todos los sacramentales, incluidos los escapularios.

El llevar a la Virgen en el pecho nos ayudará a recordar, más a menudo, a la imagen original que preside nuestro pueblo y, más aún, nos llevará como de la mano ante la presencia de la Virgen misma que, en cuerpo y alma, reina en los más alto de los Cielos.

Por eso podemos afirmar, con toda certeza, que la imagen única de nuestro templo se multiplica extendiendo así su benéfica influencia, también mediante sus réplicas.

Portar a la Virgen cerca del corazón permitirá a sus hijos besarla –a la mañana y a la noche–, apretarla contra el pecho, sobre todo en los momentos de peligro, etc., todo lo cual ayudará para que sea más cercana la maternal presencia de la Madre del Cielo. Cuentan que el rey de Polonia, Boleslao IV, llevaba siempre sobre su pecho el retrato de su padre y cuando le venían deseos

196. *Documento de Puebla*, 920.

de hacer algo indigno de su oficio, luego de mirar el retrato de su padre, decía: «No quiero hacer nada que te deshonre». ¡Con cuánta mayor razón podemos hacer lo mismo con la Virgen!

Además, debemos decir que la innata y natural tendencia del hombre a expresarse a través de las imágenes hace que, cuando estas no son buenas, caiga fatalmente en las malas o, por lo menos, tontas. Acaso toda la proliferación de llaves, patas de conejo, números, herraduras, signos del zodíaco, mascotas de todo tipo, cuernos, etc., que muchos llevan colgados al cuello, ¿no nos están indicando que nadie les ha enseñado a respetarse usando de las imágenes válidas aprobadas por la Iglesia?, incluso, ¿no vemos cómo algunos, tal vez sin saber, usan símbolos anticristianos como es la cruz invertida y quebrada? ¿Seremos nosotros, los que confesamos la Encarnación del Verbo, los únicos que, en esta civilización llamada «de la imagen», no usemos legítimamente de las mismas para ayudarnos a través de ellas a encarnar el Evangelio?

San Juan Pablo II decía: «En Wadowice, había sobre la colina un monasterio carmelita, cuya fundación se remontaba a los tiempos de San Rafael Kalinowski. Muchos habitantes de Wadowice acudían allí, y esto tenía su reflejo en la difundida devoción al escapulario de la Virgen del Carmen. También yo lo recibí, creo que cuando tenía diez años, y aún lo llevo. Se iba a los Carmelitas también para las confesiones. De ese modo, tanto en la iglesia parroquial, como en la del Carmen, se formó mi devoción mariana durante los años de la infancia y de la adolescencia»[197]. «Como en mi infancia y juventud, me dirijo espiritualmente a ese lugar de especial culto a la santísima Virgen del Monte Carmelo, que ejercía gran influjo en la espiritualidad de la tierra de Wadowice. Yo mismo recibí en ese lugar numerosas gracias, que hoy agradezco al Señor. Aún llevo la medallita que me dieron los carmelitas en Górka cuando tenía unos diez años»[198]. «Aquí, quisiera hacerles también una confidencia personal. Me encuentro en la parroquia dedicada a la Virgen del Carmelo. Debo decirles que en mi edad juvenil, cuando era como ustedes, ella me ha ayudado, no podría decir en qué medida, pero pienso que en una medida inmensa. Me ha ayudado a encontrar la gracia propia de mi edad, de mi vocación. Aprovechando la visita a la parroquia dedicada a Ella, a la Virgen del Monte Carmelo, quiero

197. San Juan Pablo II, *Don y misterio*, Buenos Aires 1996, p. 37.
198. San Juan Pablo II, *Homilía en Wadowice*, (16/6/1999).

decirles esto, quiero testimoniar esto, para que este testimonio también sea proficuo, útil para cada uno de ustedes, jóvenes. Es un aspecto muy particular de las riquezas espirituales de la Virgen, de la Madre de Cristo, porque su misión carmelita, aquella que inicia en el Monte Carmelo, en Tierra Santa, está ligada a una vestimenta. Esta vestimenta se llama santo escapulario. Yo debo tanto en mis años juveniles a este escapulario del Carmen. Que la madre sea siempre solícita, que se preocupe de la vestimenta de sus hijos, que estén bien vestidos, es una cosa bella»[199].

e. Abusos

Pero alguno nos podrá decir: Padre, ¿no habrá alguien que use de la medalla-escapulario como si fuese un talismán, como si ese trozo labrado de alpaca tuviese, por sí, poderes portentosos?, ¿no puede ser utilizado por algunos en forma supersticiosa como si fuese un amuleto? Sí, algunos desgraciadamente, por ignorancia o por maldad, pueden utilizarlo mal. Pero así como uno puede morir ahogado o quemado o en un choque y, sin embargo, no por eso hay que abolir el agua, el fuego o los autos, sino que hemos de tratar de usarlos bien, así, lo mismo tenemos que decir y hacer respecto del uso de los sacramentales. No porque algunos los usen mal hay que despreciarlos, sino usarlos bien. Porque haya personas que cometan un horrible sacrilegio al comulgar en pecado mortal no vamos a suprimir la Eucaristía; porque los protestantes abusen de la Biblia no la dejaremos de amar; porque alguien crea que, realmente, detrás del telón del cine o dentro del aparato del televisor ocurre lo que vemos en la pantalla, no vamos a destruir ni el séptimo arte ni todos los aparatos de televisión.

El abuso en el uso de los sacramentales está en creer que obran mecánicamente por sí mismos; muy por el contrario, no actúan mecánicamente, es decir, prescindiendo de nosotros, sino en la medida en que el hombre dispone su alma para que en ella obre Dios. Si el hombre y la mujer no abren su alma a la gracia de Dios, si no cumplen los mandamientos de su Ley, si no reciben dignamente los santos sacramentos, si no rezan asiduamente, si no aman auténticamente al prójimo, aunque no puedan moverse por la cantidad de medallas

199. San Juan Pablo II, *Visita a la parroquia de la Virgen María del Carmelo en Mostacciano*, (15/1/1989).

y escapularios que llevan al cuello, éstos de nada le servirán, más aún, éstos los acusarán por no haberlos utilizado bien.

f. Efectos

Los escapularios, bendecidos por el sacerdote y llevados con auténtica devoción, al igual que todo sacramental, producen en el alma muy benéficos efectos:

1.º Nos obtienen muchas gracias actuales. Al respecto enseña el Concilio Vaticano II que por los sacramentales «los hombres se disponen a recibir el efecto principal de los sacramentos y se santifican las diversas circunstancias de la vida»[200].

2.º Perdonan los pecados veniales, en cuanto existan en el hombre sentimientos de contrición y actos de caridad.

3.º Perdonan toda o parte de la pena temporal debida por los pecados pasados ya perdonados, en virtud de las indulgencias (cf. más abajo).

4.º Nos obtienen muchas gracias temporales si son convenientes para nuestra alma, por ejemplo, la salud corporal, protección contra los ardides del demonio, etc.

Se cuenta que un día se acercó a confesarse con el santo Cura de Ars, San Juan María Vianney, una joven modista. El santo le recordó un baile, en que se había sentido herida porque un joven, el héroe de la fiesta, invitó a bailar a otras jóvenes y la excluyó a ella. El santo se lo recordó con todo detalle, como si hubiera estado en el baile. «Aquel joven –le dijo el santo– era el mismo demonio disfrazado. Las jóvenes con quienes bailó –añadió– o están condenadas o en camino de condenación. A usted no le invitó porque llevaba el escapulario»[201].

San Alfonso María de Ligorio, Doctor de la Iglesia, cuenta otro caso aterrador: «Cierto joven prometió al demonio en Perusa que, si le ayudaba a cometer un pecado que deseaba cometer, le entregaría el alma, y firmó el pacto con su propia sangre. Cometido el pecado, el demonio quiso que cumpliera la promesa y lo llevó a un pozo cercano, amenazándole con que, si no se echaba en él, lo llevaría al infierno… aterrorizado el joven, le pidió que le diese él el empujón.

200. *Sacrosanctum Concilium*, 60.
201. Saturnino Junquera, *La Santa Misión*, Ed. Sal Terrae, Santander 1953, pp. 502-503.

Como el joven llevaba al cuello un escapulario de la Santísima Virgen, el demonio le pidió que se lo quitara. El joven que reconoció en el escapulario la protección de la Madre de Dios, no quiso quitárselo. Luego de dar huida al demonio, el joven agradeció a la Virgen y, arrepentido de sus pecados, hizo un marco para el pacto y lo colgó en el altar de la Virgen en la iglesia de Santa María la Nueva, de Perusa»[202].

g. Indulgencias

Todo pecado encierra una doble deuda: la deuda de la culpa u ofensa a Dios y la deuda de la pena o castigo merecido. La pena del pecado mortal es eterna; la del venial es temporal.

La deuda de la culpa de los pecados mortales sólo se perdona por el sacramento de la Confesión o el por el acto de contrición perfecta que implica el deseo de confesarse cuanto antes. La pena eterna la perdona Dios al perdonar la culpa, pero no siempre perdona toda la pena temporal merecida por los pecados ya perdonados; con frecuencia queda alguna pena que pagar en esta vida o en el purgatorio.

¿Cómo podemos, en esta vida, pagar las penas temporales? Se perdonan por todo género de obras buenas hechas en gracia de Dios.

La Iglesia, usando del poder que le dio Jesucristo «cuánto desatares en la tierra, en el cielo será desatado» (Mt 16,19) y con el fin de incitar a sus hijos a realizar obras buenas «indulgencia» alguna de ellas.

Indulgencia es el perdón de la pena temporal de los pecados ya perdonados en cuanto a la culpa. Puede ser indulgencia plenaria, si es total, o indulgencia parcial, si sólo libra parte de la pena temporal.

Pues bien, la Iglesia concede indulgencia parcial, que se gana cada día, por el uso piadoso del escapulario bendecido por un sacerdote. Si este es bendecido por un Papa u obispo, los que piadosamente lo usen, ganan también indulgencia plenaria en la fiesta de San Pedro y San Pablo, rezando además el Credo. Estas indulgencias pueden siempre aplicarse a los difuntos a manera de sufragios.

---

202. San Alfonso María de Ligorio, «Las glorias de María», *Obras ascéticas*, BAC, Madrid 1952, t. I, p. 883.

Quienes lleven dignamente la medalla-escapulario de la Virgen «ganan todas las gracias de todos los escapularios, incluso el privilegio sabatino»[203]. Es decir, que se obtiene el privilegio de la buena muerte por el que la Virgen protegerá especialmente a los que devotamente lleven su escapulario consiguiendo de su Hijo las gracias eficaces necesarias para una buena muerte. Nada tienen que ver con esto los que abusan de la misericordia de Dios, permaneciendo en pecado, fiándose de la promesa y no arrepintiéndose de sus pecados haciendo obras dignas de penitencia (aunque la Virgen tiene sus «caminos»). Se obtiene, además, el privilegio sabatino por el que creemos que la Virgen, ayudará especialmente a las almas que mueran en gracia de Dios, sobre todo, el día sábado dedicado en su honor por la Iglesia. Algunos hablan de que la Virgen Santa hará salir del purgatorio el primer sábado siguiente a su muerte a todos aquellos que estuvieren en él, habiendo muerto en gracia y llevando el santo escapulario.

h. Epílogo

El escapulario de la Virgen es una gracia más de la Madre de Dios para los habitantes de este pueblo, «es un signo exterior de la relación especial, filial y confiada, que se establece entre la Virgen, Reina y Madre del Carmelo, y los devotos que se confían a ella con total entrega y recurren con toda confianza a su intercesión maternal; recuerda la primacía de la vida espiritual y la necesidad de la oración»[204].

Sepámoslo usar con toda devoción para que la Reina de Cielos y tierra nos acerque cada vez más a su Hijo Jesucristo, de manera particular, en la Santa Misa dominical, ya que la Eucaristía «es la fuente y la cumbre» de toda la actividad de la Iglesia, como enseña el último Concilio.

18. Devoción al Sagrado Corazón de Jesús

«El viernes siguiente al segundo domingo después de Pentecostés, la Iglesia celebra la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús. Además de la celebración

203. Antonio Arregui – Marcelino Zalba, *Compendio de Teología Moral*, Ed. El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao 1965, p. 795.
204. Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia*, 205.

litúrgica, otras muchas expresiones de piedad tienen por objeto el Corazón de Cristo. No hay duda de que la devoción al Corazón del Salvador ha sido, y sigue siendo, una de las expresiones más difundidas y amadas de la piedad eclesial.

Entendida a la luz de la sagrada Escritura, la expresión "Corazón de Cristo" designa el misterio mismo de Cristo, la totalidad de su ser, su persona considerada en el núcleo más íntimo y esencial: Hijo de Dios, sabiduría increada, caridad infinita, principio de salvación y de santificación para toda la humanidad. El "Corazón de Cristo" es Cristo, Verbo Encarnado y salvador, intrínsecamente ofrecido, en el Espíritu, con amor infinito divino-humano hacia el Padre y hacia los hombres sus hermanos.

Como han recordado frecuentemente los Romanos Pontífices, la devoción al Corazón de Cristo tiene un sólido fundamento en la Escritura[205].

Jesús, que es uno con el Padre (cf. Jn 10,30), invita a sus discípulos a vivir en íntima comunión con Él, a asumir su persona y su palabra como norma de conducta, y se presenta a sí mismo como maestro "manso y humilde de corazón" (Mt 11,29). Se puede decir, en un cierto sentido, que la devoción al Corazón de Cristo es la traducción en términos cultuales de la mirada que, según las palabras proféticas y evangélicas, todas las generaciones cristianas dirigirán al que ha sido atravesado (cf. Jn 19,37; Za 12,10), esto es, al costado de Cristo atravesado por la lanza, del cual brotó sangre y agua (cf. Jn 19,34), símbolo del "sacramento admirable de toda la Iglesia"[206]»[207].

«Jesús, durante su vida, su agonía y su Pasión nos ha conocido y amado a todos y a cada uno de nosotros y se ha entregado por cada uno de nosotros: "El Hijo de Dios me amó y se entregó a sí mismo por mí" (Ga 2,20). Nos ha amado a todos con un corazón humano. Por esta razón, el Sagrado Corazón de Jesús, traspasado por nuestros pecados y para nuestra salvación (cf. Jn 19,34), "es considerado como el principal indicador y símbolo […] del

205. Cf. *Annum sacrum*, en *Leonis XIII Pontificis Maximi Acta*, XIX, Typographia Vaticana, Romae 1900, pp. 71-80; *Haurietis Aquas*; *Investigabiles Divitias Christi*; San Juan Pablo II, *Mensaje con ocasión del centenario de la Consagración del género humano al Corazón divino de Jesús*, (11/6/1999).
206. *Sacrosanctum Concilium*, 5; cf. San Agustín, *Enarr. in Ps.* 138,2: CCL 40.
207. Cf. Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia*, 166-167.

amor con que el divino Redentor ama continuamente al eterno Padre y a todos los hombres"[208]»[209].

«Las formas de devoción al Corazón del Salvador son muy numerosas; algunas han sido explícitamente aprobadas y recomendadas con frecuencia por la Sede Apostólica. Entre éstas hay que recordar:

- la *consagración personal*, que, según Pío XI, "entre todas las prácticas del culto al Sagrado Corazón es sin duda la principal"[210];
- la *consagración de la familia*, mediante la que el núcleo familiar, partícipe ya por el sacramento del matrimonio del misterio de unidad y de amor entre Cristo y la Iglesia, se entrega al Señor para que reine en el corazón de cada uno de sus miembros[211];
- las *letanías del Corazón de Jesús*, aprobadas en 1891 para toda la Iglesia, de contenido marcadamente bíblico y a las que se han concedido indulgencias;
- el *acto de reparación*, fórmula de oración con la que el fiel, consciente de la infinita bondad de Cristo, quiere implorar misericordia y reparar las ofensas cometidas de tantas maneras contra su Corazón[212];
- la *Cofradía del Sagrado Corazón*;
- la práctica de los *nueve primeros viernes de mes*.

Esta tiene su origen en la "gran promesa" hecha por Jesús a Santa Margarita María de Alacoque. En una época en la que la comunión sacramental era muy rara entre los fieles, la práctica de los nueve primeros viernes de mes contribuyó significativamente a restablecer la frecuencia de los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía. En nuestros días, la devoción de los primeros viernes de mes, si se practica de un modo pastoralmente correcto, puede dar todavía indudable fruto espiritual. Es preciso, sin embargo, que se instruya de manera conveniente a los fieles: sobre el hecho de que no se debe poner en esta práctica una confianza que se convierta en una vana credulidad que, en orden a la salvación, anula las exigencias absolutamente necesarias de la fe operante y

208. *Haurietis Aquas*: DS. 3924; cf. DS. 3812.
209. CEC, 478.
210. Cf. *Miserentissimus Redemptor*, 4.
211. Cf. *Enchiridion indulgentiarum*, Aliae concessiones, 1.
212. Cf. *Ibidem*, 3.

del propósito de llevar una vida conforme al Evangelio; sobre el valor absolutamente principal del domingo, la "fiesta primordial"[213], que se debe caracterizar por la plena participación de los fieles en la celebración eucarística»[214].

Las condiciones para obtener la gracia de la práctica de los nueve primeros viernes de mes son tres:

1. Recibir la sagrada Comunión durante nueve primeros viernes de mes de forma consecutiva y sin ninguna interrupción.
2. Tener la intención de honrar al Sagrado Corazón de Jesús y de alcanzar la perseverancia final.
3. Ofrecer cada sagrada Comunión como un acto de expiación por las ofensas cometidas contra el Santísimo Sacramento.

He aquí las promesas que hizo Jesús a Santa Margarita, y por medio de ella a todos los devotos de su Sagrado Corazón[215]:

1. Les daré todas las gracias necesarias a su estado.
2. Pondré paz en sus familias.
3. Les consolaré en sus penas.
4. Seré su refugio seguro durante la vida, y, sobre todo, en la hora de la muerte.
5. Derramaré abundantes bendiciones sobre todas sus empresas.
6. Bendeciré las casas en que la imagen de mi Corazón sea expuesta y venerada.
7. Los pecadores hallarán en mi Corazón la fuente, el Océano infinito de la misericordia.
8. Las almas tibias se volverán fervorosas.
9. Las almas fervorosas se elevarán a gran perfección.
10. Daré a los sacerdotes el talento de mover los corazones más empedernidos.
11. Las personas que propaguen esta devoción tendrán su nombre escrito en mi Corazón, y jamás será borrado de Él.

213. *Sacrosanctum Concilium*, 106.
214. Cf. Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia*, 171.
215. Cf. *Oraciones para todas las ocasiones*, Ed. San Pablo, Quito 2008, pp. 62-64.

12. Les prometo en el exceso de mi misericordia, que mi amor todopoderoso concederá a todos aquellos que comulgaren por nueve primeros viernes consecutivos, la gracia de la perseverancia final; no morirán sin mi gracia, ni sin la recepción de los santos sacramentos. Mi Corazón será su seguro refugio en aquel momento supremo.

19. Devoción al Corazón Inmaculado de María

«Al día siguiente de la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, la Iglesia celebra la memoria del Corazón Inmaculado de María. La contigüidad de las dos celebraciones es ya, en sí misma, un signo litúrgico de su estrecha relación: el *mysterium* del Corazón del Salvador se proyecta y refleja en el Corazón de la Madre que es también compañera y discípula. Así como la solemnidad del Sagrado Corazón celebra los misterios salvíficos de Cristo de una manera sintética y refiriéndolos a su fuente –precisamente el Corazón–, la memoria del Corazón inmaculado de María es celebración resumida de la asociación "cordial" de la Madre a la obra salvadora del Hijo: de la Encarnación a la Muerte y Resurrección, y al don del Espíritu.

La devoción al Corazón inmaculado de María se ha difundido mucho, después de las apariciones de la Virgen en Fátima, en el 1917. A los veinticinco años de estas, en el 1942, Pío XII consagraba la Iglesia y el género humano al Corazón inmaculado de María, y en el 1944 la fiesta del Corazón inmaculado de María se extendió a toda la Iglesia.

Las expresiones de la piedad popular hacia el Corazón de María imitan, aunque salvando la infranqueable distancia entre el Hijo, verdadero Dios, y la Madre, sólo criatura, las del Corazón de Cristo: la consagración de cada uno de los fieles, de las familias, de las comunidades religiosas, de las naciones[216]; la reparación, realizada sobre todo mediante la oración, la mortificación y las obras de misericordia; la práctica de los *cinco primeros sábados de mes*.

216. Entre las consagraciones al Corazón Inmaculado de María se destaca aquella del mundo realizada por Pío XII el 31 de octubre de 1942 (cf. AAS 34 [1942] 318), renovada por San Juan Pablo II en comunión con todos los obispos de la Iglesia el 25 de marzo de 1984 (cf. *Insegnamenti*, VII/1 [1984] pp. 774-779).

Por lo que refiere a la devoción de la comunión sacramental durante *cinco primeros sábados* consecutivos, valen las observaciones hechas a propósito de los *nueve primeros viernes*[217]: eliminada toda valoración excesiva del signo temporal y situada correctamente la comunión en el contexto celebrativo de la Eucaristía, la práctica de piedad debe ser aprovechada como ocasión propicia para vivir intensamente, con una actitud inspirada en la Virgen, el Misterio pascual que se celebra en la Eucaristía»[218].

La promesa de la Virgen es de ayudar a la hora de la muerte, con las gracias necesarias para la salvación, a cualquiera que en el Primer Sábado de cinco meses consecutivos haga lo siguiente:

1. Confesarse y recibir la sagrada Comunión.
2. Recitar cinco décadas del Rosario;
3. y mantenerme compañía por quince minutos mientras meditan en los quince misterios del Rosario, con la intención de hacerme reparación.

¿Por qué cinco sábados?

Cinco primeros sábados de reparación fueron pedidos para hacer reparación por las cinco formas en que la gente ofende el Inmaculado Corazón de María:

1. Ataques sobre la Inmaculada Concepción de María.
2. Ataques en contra de su Perpetua Virginidad.
3. Ataques sobre su Divina Maternidad y el rechazo de aceptarla como la Madre de toda la humanidad.
4. Por aquellos que tratan públicamente de implantar en los niños indiferencia, desprecio y aun odio por esta Madre Inmaculada.
5. Por aquellos que la insultan directamente en sus imágenes sagradas.

217. Cf. Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia*, 171.
218. Cf. *Ibidem*, 174.

C. El oficio de pastorear

1. El despacho parroquial

En cada parroquia hay lugares donde la gente se entera de todas las cosas, como son las ferias, los mercados, las peluquerías, los bares… Incluso hay quien los llama «mentideros». Entre estos, tal vez el más culto de todos, y ciertamente el de mayor importancia por los temas que se tratan, es el despacho parroquial. Es un lugar central en la pastoral parroquial. Si el párroco lo lleva bien, probablemente todo lo demás andará bien y si lo lleva mal, todo lo demás, tal vez, ande mal.

Hoy día, a veces son atendidos por personas que, en algunos casos, han hecho cursos especiales de capacitación para dicha función, otras veces por voluntarios… Labor que, sea de un modo o de otro, siempre es loable. Allí, en el despacho parroquial, es donde la gente ve la cara de la parroquia, que siempre será según se la atienda con sencillez, humildad, espíritu de servicio, generosidad, paciencia y caridad pastoral.

En un despacho cercano siempre tendría que estar el sacerdote, porque muchos van a la Iglesia para pedir consejos o para hacer consultas espirituales o para confesarse o para encontrar a Dios en Jesucristo, para el expediente matrimonial, etc. Para estas cosas suele ser necesaria e irremplazable la presencia del sacerdote. Para otras cosas que suelen ser más formales: pedir intenciones de Misa, consultar horarios para recibir los sacramentos, pedir bendiciones determinadas y mil cosas más, conviene la asistencia de secretarios capacitados, que le quitan cargas innecesarias al sacerdote (y que suelen ser más pacientes).

Atender el despacho requiere, generalmente, dedicación de tiempo y sacrificio por parte del sacerdote, pero la labor que se puede hacer ahí, así como un comerciante abre por la mañana su negocio y espera pacientemente durante el día a los posibles clientes y compradores, difícilmente se pueda lograr de otro modo, pues es una atención personalizada, escuchando, ayudando y atendiendo los problemas, las necesidades… de cada uno de los feligreses. Que quedan muy agradecidos con quien tiene la caridad de escuchar sus problemas. ¡Cuántas veces una atención así, de uno a uno, ha cambiado las vidas, ha reconstituido familias, ha devuelto la paz a los atribulados, ha reconciliado a los hombres

con Dios! La pastoral católica más eficaz, es la atención personalizada, de uno a uno, para lo cual hay que saber oír, preguntar, responder, diagnosticar, dar los remedios espirituales adecuados, ofrecer sacrificios y oraciones por esos feligreses, encomendarlos a la Virgen, saber exigirle pequeñas cosas que puedan hacer para sacarlos afuera de sus problemas, enseñarles a vivir la caridad concreta, etc.

Don Bosco lo hacía en sus colegios: «En el Archivo Salesiano Central se conserva una carta autógrafa de Domingo Savio en la que comunica a sus padres la profunda satisfacción que le ha producido el coloquio con Don Bosco con el que ha podido dialogar, no cinco o diez minutos, sino ¡una hora entera!

Los muchachos sabían que podían visitarle siempre que quisieran y ¡cómo los recibía! Les hacía acomodar en el sofá mientras él, sentado ante su mesa de despacho, los escuchaba atentamente, como se escucha al que tiene cosas importantes que decir. Tras el coloquio, los acompañaba hasta la salida, les abría la puerta y los despedía con el sólito: ¡Quedamos siempre amigos, eh! Ni que decir que los jóvenes bajaban las escaleras contentas como unas pascuas.

Y ¡qué alegría cuando se encontraban con él andando por la casa! Su ánimo paternal le sugería siempre una palabra afectuosa que el muchacho agradecía como un regalo, tanto más cuanto que solía recordar amablemente algo que le interesaba a su interlocutor. Los enfermos recibían sus visitas en la enfermería no de lejos y de pasada, sino hasta su cama y con todo sosiego. Se informaba de su estado, les animaba y, si era necesario, daba las órdenes o proveía directamente.

Esta fuerza y constancia están a disposición de quien, en la gran obra de la educación, busca sólo la gloria de Dios y la salvación de las almas. Llegó un momento en que otras ocupaciones hicieron que disminuyera la asiduidad de su contacto con los jóvenes, pero, para entonces, se había rodeado de un estado mayor que, como *longa manus*, llegaba donde él ya no podía llegar, actuaba en su nombre y con idéntico espíritu»[219].

El día de la beatificación del padre Pío de Pietrelcina, como teníamos luego que entrevistarnos cerca del Vaticano con un obispo peruano, fuimos a comer algo a una «*trattoria*» cercana. Al lado de nuestra mesa había dos parejas de esposos, unos mayores y otros más jóvenes (la esposa joven era la hija de los

219. Nicolás Echave, SDB, «El Secreto de Don Bosco», Revista *Cristiandad*, 2010, n. 943, p. 33.

mayores). En un momento determinado el papá se sienta al lado mío y me cuenta que su madre lo llevó a ver al P. Pío y cuando terminó la Misa al acercarse a saludarlo le dio un coscorrón… y allí, delante de nosotros, se puso a llorar ante el recuerdo.

La «pesca»

Conocí al P. Severino Cannoniero, gran sacerdote y párroco de Santa Rita en Buenos Aires, quien fue mi director espiritual durante algunos años, quien realizaba un apostolado singular que llamaba «la pesca». Esto era porque él aprovechaba al flujo de peregrinos a Santa Rita para hablar con la gente, aconsejarlos, muchos de ellos se confesaban, regularizaban su situación matrimonial, volvían a la fe, encontraban a Dios… Se sentaba entre los bancos del templo y llamaba a los que regresaban de rendirle culto a la Santa. Le preguntaba cuántos años hacía que se había casado y al recibir la respuesta, le respondía si hacía tantos años que no se había vuelto a confesar… y allí comenzaba, generalmente, la Confesión.

Era un apostolado muy fecundo en todo sentido. Él lo registraba en libretas, en clave, que alguna vez me mostró.

2. La bendición de los objetos religiosos[220]

La bendición litúrgica cristiana es llamada por C. Mohtmann un «*tertium genus*», porque es el resultado de la superposición del lenguaje bíblico con el lenguaje pagano cristianizado. Examinando sólo el componente bíblico vemos que la bendición está destinada sólo al ser viviente, Dios o el hombre.

El término latino *benedicere*, el griego *εὐλογεῖν* o el hebreo ברך son verbos que quieren decir no sólo «bendecir» en sentido descendente sino también «decir bien», «alabar», «elogiar» en sentido ascendente.

En las expresiones en que dichos verbos son usados, el objeto puede ser también Dios, a quien se dirige la alabanza de la creatura reconociéndolo Señor y fuente de toda bendición. Por tanto, observando el ámbito bíblico, el

220. Cf. Juan Javier Flores, *Los Sacramentales. Bendiciones, exorcismos y dedicación de las Iglesias*, CPL, Barcelona 2010, pp. 33-38.

concepto de bendición puede expresar uno y otro componente de la única acción litúrgica:

– La bendición de Dios (descendente).
– La alabanza de Dios (ascendente).

De modo que la celebración de bendición es ambas cosas:

– Alabanza de Dios, alabanza que reconoce a Dios, autor y dispensador de toda bendición.
– Petición del don de la salvación para los hombres; por ello ha de causar la santificación personal de cada hombre y contribuir a la edificación del Cuerpo de Cristo.

En los libros litúrgicos actuales se usan los términos *dedicatio* y *benedictio* para distinguir el objeto, si se refiere a una iglesia o a un altar. La palabra *consecratio* aparece sólo en los títulos de rito, en la consagración de las vírgenes y en la consagración del crisma.

La bendición litúrgica es simultáneamente:

a. *Alabanza-anamnesis* de Dios que bendice y de la alianza (anamnesis).

Este aspecto es fundamental para comprender bien el uso de las bendiciones, pues las bendiciones de hombres y de cosas en su esencia son *invocaciones de alabanza a Dios sobre ellos*, por tanto son anamnesis: la Iglesia se acuerda (*memorare*) con gratitud de que hombres y cosas están ya bendecidos a través de la creación y redención, y alaba por ello a Dios. Dios ofrece su mejor bendición en su Hijo Jesucristo y en el Misterio Pascual. San Agustín lo expresa diciendo: «Cuando nos bendice Dios, crecemos. Y cuando bendecimos al Señor, también crecemos. Ambas cosas nos aprovechan. Primero está en nosotros la bendición del Señor. Y luego, en consecuencia, nosotros bendecimos al Señor»[221].

b. Signo de la salvación y de su máxima realización en el misterio de Cristo (signo).

Enseña el Concilio Vaticano II: «La liturgia de los sacramentos y de los sacramentales hace que, en los fieles bien dispuestos, casi todos los actos de la vida sean santificados por la gracia divina que emana del Misterio Pascual

221. San Agustín, *Enarr. in Ps.* 66,1: PL36,802.

de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo, del cual todos los sacramentos y sacramentales reciben su poder, y hace también que el uso honesto de casi todas las cosas materiales pueda ordenarse a la santificación del hombre y a la alabanza de Dios»[222].

De aquí se puede ver la cuádruple dimensión del signo en los sacramentales[223]:

1.º Signo demostrativo de la oración de Cristo y de la Iglesia y por ello signo rememorativo de la vida y de la oración de Cristo en su vida terrena.

2.º Signo demostrativo de la santificación del mundo y de las gracias actuales que la Iglesia pide en el rito.

3.º Signo potestativo de las disposiciones del celebrante y empeñativo para el resto de su vida.

4.º Signo profético de la gloria futura, donde se dará la santificación perfecta y la reintegración perfecta del cosmos al servicio de la vida divina.

Es un rito que celebra un acontecimiento salvífico:

«La Iglesia trata de que la celebración de la bendición redunde verdaderamente en alabanza y glorificación de Dios y se ordene al provecho espiritual de su pueblo. Para que esto se vea más claro, las fórmulas de bendición, según la antigua tradición, tienden como objetivo principal a glorificar a Dios por sus dones, impetrar sus beneficios y alejar del mundo el poder del maligno […].

La Iglesia, valiéndose de las bendiciones, alaba al Señor por ellos y con ellos en las diversas circunstancias de la vida, invocando la gracia divina sobre cada uno de ellos. A veces la Iglesia bendice asimismo las cosas y lugares relacionados con la actividad humana o con la vida litúrgica y también con la piedad y devoción, pero teniendo siempre presentes a los hombres que utilizan aquellas cosas y actúan en aquellos lugares. El hombre, en efecto, en cuyo favor Dios lo quiso y lo hizo todo bien, es el receptáculo de su sabiduría y por eso, con los ritos de la bendición, el hombre trata de manifestar que utiliza de tal manera las cosas creadas que, con su uso, busca a Dios, ama a Dios y le sirve con fidelidad como único ser supremo»[224].

---

222. *Sacrosanctum Concilium*, 61.
223. Cf. Cipriano Vagaggini, *El sentido teológico de la liturgia*, BAC, Madrid 1965, p. 81.
224. *Bendicional*, nn. 11-12.

«Así, con los ritos de las bendiciones, los hombres se disponen a recibir el fruto superior de los sacramentos, y quedan santificadas las diversas circunstancias de su vida. "Para asegurar esta plena eficacia, es necesario que los fieles se acerquen a la sagrada liturgia con recta disposición de ánimo"[225]. Por esto, los que piden la bendición de Dios por medio de la Iglesia han de afianzar sus disposiciones internas en aquella fe para la cual nada hay imposible (cf. Mc 9,23); han de apoyarse en aquella esperanza que no defrauda (cf. Rm 5,5); y sobre todo han de estar vivificados por aquella caridad que apremia a guardar los mandamientos de Dios (cf. Jn 14,21). Así es como los hombres que buscan el beneplácito divino (cf. Rm 12,2; Ef 5,17; Mt 12,50; Mc 3,35) entenderán plenamente y alcanzarán realmente la bendición del Señor»[226].

De allí que sea tan importante el ministerio de la bendición.

3. La kermés

Kermés, es una adaptación gráfica de la voz que viene del francés *kermesse*, y éste del neerlandés *kercmisse*, que significa «verbena de carácter benéfico» y, en general, «fiesta popular, al aire libre» con rifas, concursos, etc.[227].

Esta actividad benéfica tiene la particularidad que junta a todas las Instituciones parroquiales haciéndoles participar con un puesto a cada una o con otros compromisos. Cada puesto tenía distintos juegos, siendo la variedad un elemento de distracción y de alegría.

Estimula un lindo clima familiar y de unión mutua al colaborar todos para el bien común de la parroquia. En otros lugares, a estos trabajos en común, los llaman «mingas».

Habitualmente se realizan una vez al año, para primavera o verano, según los climas.

Confesaba Josef Pieper: «Hasta mis 8 años he creído que "Pentecostés" significaba verbena, porque en mi pueblo las dos cosas se "celebraban" en el

225. *Sacrosanctum Concilium*, 11.
226. *Bendicional*, nn. 14-15.
227. Real Academia Española – Asociación de Academias de la Lengua Española, *Diccionario panhispánico de dudas*, Ediciones Santillana, Bogotá 2005, pp. 385-386.

mismo día»[228]. Su confesión nos mueva a buscar la sana alegría de los niños con la kermés.

4. El Ateneo

El Diccionario de la Real Academia Española lo define como: «1. Cada una de ciertas asociaciones, la mayor parte de las veces científicas o literarias; 2. Local en donde se reúnen estas asociaciones»[229].

En el caso del Ateneo parroquial, se trata de una asociación para contribuir a la educación no sólo espiritual sino también física de los niños, jóvenes y adultos, porque como dice la sentencia latina: «*mens sana in corpore sano*».

Muchas son las actividades que se pueden organizar y hacer, ya desde los juegos de mesa, como ajedrez, damas… hasta deportes que requieren instalaciones de mayor envergadura, como rugby, fútbol, natación, etc.

Mencionamos como ejemplo el Ateneo que fundó el P. Julio Meinvielle en la década de los 30: «el Ateneo Popular de Versailles»[230].

«Su preocupación por la salud moral y física de los jóvenes y de las familias lo llevó a fundar el Ateneo Popular de Versailles, calle Roma 950, del que fuera presidente hasta su muerte. En la actualidad cuenta con más de 7000 socios, de toda raza, credo y color, con más de 2000 metros cuadrados de superficie cubierta, provisto de cine, gimnasio cerrado con piso flotante, frontón de paleta cerrado, pileta de natación cubierta y con agua caliente, dos piletas de natación al aire libre, dos canchas de tenis, canchas de pelota al cesto, de básquet y vóley, canchas de bochas, biblioteca, salón de juegos, tatami para práctica de yudo y kárate, quincho para asado, gran salón confitería, jardín de infantes, vestuarios de damas y de caballeros con duchas individuales, y un gran anexo en Dique Luján (Tigre) para la práctica de remo, natación y pesca. ¡Y pensar que comenzó con 450 pesos que pidió prestado a los vicentinos!»[231].

---

228. Josef Pieper, *Una teoría de la fiesta*, Eds. Rialp, Madrid 2006, p. 43.
229. Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, Madrid 2001, t. I, p. 239.
230. El Ateneo Popular de Versailles fue fundado el 2 de julio de 1938 por el P. Julio R. Meinvielle, párroco de la Iglesia Nuestra Señora de la Salud, logrando su personería jurídica el 27 de noviembre de 1940, por Decreto N. 78082 del Poder Ejecutivo Nacional.
231. Carlos Buela, IVE, «Perfil sacerdotal: Padre Julio Meinvielle», en *Padre Julio Meinvielle*, San Rafael 1993, 7. Dicho artículo había sido publicado en Revista *Mikael*, tercer cuatrimestre de 1975, n. 9.

No lo detuvieron las deudas: «En el Ateneo tenía muchas deudas, no sabían cómo salir. En la próxima reunión de C. Directiva debían resolver. Propuso el padre Julio: "Hagamos más deudas". Compraron a crédito la máquina de cine y con las entradas pudieron pagar todo, incluso la máquina»[232].

«Él fundó el Ateneo Popular de Versailles que llegó a tener 12000 socios. En el cual se hacía la Asamblea y lo elegían siempre presidente por aclamación. Y él atendía el Ateneo. ¿Qué día?, todas las semanas el jueves. Los jueves a la mañana, después de escribir se tomaba el colectivo y se iba al Ateneo. Ahí tenía las reuniones con la Comisión Directiva, veía como andaban las cosas, ahí hablaba con las personas encargadas de mantenimiento, etc. Fue uno de los clubes de barrio primeros en tener pileta olímpica propia, cubierta. Tenía el gimnasio (donde después se lo veló a él), uno de los primeros en tener piso flotante. Lo primero con que se había comenzado era con las canchas de pelota paleta y era un club comúnmente familiar. Era una obra social de enorme envergadura»[233].

5. La casa parroquial

Es la casa en donde viven el párroco y sus vicarios. Debe ser cómoda y acogedora, como la casa de cualquier vecino. No más ni menos. No debemos olvidar que allí ellos pasan la mayor parte del tiempo. Es conveniente tener alguna habitación para eventuales huéspedes. Hoy día, en todos lados, se tiene calefacción en invierno o aire acondicionado en verano, según los climas; también, es aconsejable, tener las habitaciones con baño privado y agua caliente todo el día; un comedor confortable, un lugar para las eutrapelias, etc.

Antiguamente se decía que no había casa sin cocina y sin cocinera. Normalmente se gasta más en el tiempo que llevaría cocinar por nuestras manos que lo que se gastaría en un sueldo para hacer el almuerzo y dejar comida hecha para la cena. Salvo muy honrosas excepciones.

Salvada la «clausura» en caso de ser necesaria y estando de acuerdo la comunidad, no habría que tener ningún lugar que se considerase por la gente «*un sancta sanctorum*», un lugar impenetrable por los laicos.

232. Carlos Buela, IVE, «El Padre Julio: un alma grande», en *Padre Julio Meinvielle*, San Rafael 1993. Dicho artículo había sido publicado en Revista *Verbo*, septiembre de 1979, n. 196.
233. Carlos Buela, IVE, «Un hombre metódico», https://www.padrebuela.org/hombre-metodico/#more-964.

Conclusión

LA PARROQUIA ES CRISTO VECINO y, a semejanza de Cristo, siempre será «eternamente joven»[1]. Pasan las modas culturales y pastorales, pasan los teólogos y peritos, pasan los miembros de la jerarquía eclesiástica y los feligreses, se usan nuevas técnicas pastorales, se utilizan palabras distintas, con el correr del tiempo cambian incluso las cosas que son secundarias en las parroquias… el Único que no pasa es Jesucristo «el mismo ayer, hoy y siempre» (Hb 13,8) y lo que es análogo a Él.

La parroquia es Cristo Vecino porque en ella, cerca de nuestras casas, específicamente, obra Cristo Maestro, Sacerdote y Pastor. Si parroquia es un grupo de habitantes vecinos, el Vecino principal es Jesucristo.

Cristo Maestro por la enseñanza de la doctrina en los catecismos, en las predicaciones, en las Misiones populares, en los cursos de formación, en las enseñanzas de las escuelas parroquiales, en conferencias, etc.

Cristo Sacerdote ya que por el Bautismo, el mismo Cristo Bautista, nos integra a su Cuerpo Místico, la Iglesia; recibimos, normalmente, la Confirmación por Cristo Confirmador que nos hace sus soldados; hacemos la primera Comunión y miles más con Cristo Eucaristía, alimentando nuestra alma y configurándonos cada vez más con Él; en la Confesión o Penitencia nos encontramos con Cristo Perdonador que nos absuelve de nuestros pecados; la Unción de los Enfermos nos une a Cristo Sanador; por el Orden Sagrado somos hechos ministros de Cristo Sacerdote; por el Matrimonio los cónyuges se identifican con Cristo Esposo de la Iglesia.

Cristo Pastor quien a través de los pastores ministeriales nos conduce a la vida eterna enseñándonos las verdades de la fe, los frutos de los sacramentos, las normas de la moral cristiana, la dulzura de la oración.

1. San Pablo VI, *Mensaje a los jóvenes con ocasión de la clausura del Concilio Vaticano II*, (8/12/1965).

Con esto no queremos afirmar, de ninguna manera que Cristo no esté presente en todos los lugares. Cristo está espiritualmente presente en nuestras mismas casas, escuelas, fábricas, campos deportivos, centros de recreación, academias, consultorios, museos, medios de transporte y de comunicación… De hecho, en todos lados nos unimos a Él por medio de la oración.

Pero, particularmente, está presente en «**la realidad teológica**»[2] que es la parroquia. Y lo estará siempre.

Además, Cristo Vecino es, por esa misma razón, Cristo Contemporáneo que con su clara promesa nos asegura: «Yo estaré con vosotros hasta el fin de los siglos» (Mt 28,20).

Parroquias abandonadas

Incluso, cabría pensar en otra posibilidad, por ejemplo, una parroquia donde sólo de tanto en tanto se celebra una Misa, o tal vez nunca, que no tiene ninguna institución viva, conocida.

Sin embargo, suele existir una cierta «comunidad» cristiana viva, entrelazada con miles de actos de fe, esperanza y caridad, que muchas veces sólo Dios conoce.

Se visitan, se saludan, se ayudan, se aconsejan, se reúnen… sea para nacimientos, defunciones, matrimonios, cumpleaños, aniversarios y miles de circunstancias.

Conozco mujeres heroínas de la caridad que visitan a las ancianas que viven solas y les cocinan, las bañan, limpian la casa y la ropa, perfuman todo y todo dejan arreglado. Estas mujeres viven y ayudan a vivir.

Conozco otro caso, el de una mujer que era la que bautizaba a escondidas en su pueblo, pasó 9 años en el «gulag» (campo de concentración), pero perseveró en la fe hasta el fin. De incógnito, un sacerdote las visitaba de forma muy esporádica y daba los restantes sacramentos, luego de famosos y largos viajes. Este sacerdote se llama Beato Alejandro Zarisky, murió mártir en el «gulag»

2. Congregación para el Clero, *Instrucción* «*El presbítero, pastor y guía de la comunidad parroquial*», 18.

Dolinska. La Iglesia celebra su fiesta el 30 de octubre. Está sepultado en Lviv (Ucrania).

Esa mujer siendo joven había querido ser religiosa, pero por el régimen político que imperaba en su país, le fue imposible concretarlo. Lo hizo más tarde, en su vejez. Fue enterrada con su hábito de religiosa profesa perpetua.

En otra ciudad de la ex-URSS, cuando llegó un sacerdote a su casa y lo vio de sotana, emocionada le dijo una mujer: «Usted es sacerdote de nuestra religión, porque en mi viejo libro de oraciones, que mantuve escondido por muchos años, nuestros sacerdotes –como se ve en las fotos del libro– usaban sotana».

¿Quién puede contar los actos de fe que hicieron y hacen esos feligreses? ¿Y los actos de esperanza? ¿Y lo de caridad? De manera especial el señorial acto de adoración a Dios, como decía Chesterton: «Nunca el hombre es más grande que cuando se arrodilla»[3].

De hecho, muchos harán sus oraciones de la mañana y de la noche, bendecirán los alimentos, rezarán el Santo Rosario, pedirán por las intenciones de la Iglesia y del Papa, por tener una comunidad completa, por los enfermos, por los difuntos, por los necesitados…

Muchos viven muy bien su vida familiar, a pesar de todos los ataques, enseñarán a sus hijos la moral natural y, tal vez, la cristiana. Comen con el sudor de sus frentes, sufren las contrariedades de la vida. Son imágenes vivas del Dios vivo.

Si todos los bautizados, in voto ofrecen todos sus dolores y sacrificios espirituales con los de Cristo, ofreciéndolos, sacramentalmente, junto y por medio de los sacerdotes en casa Misa, a su modo, también, participan del sacrificio de la Misa.

Todo lo cual demuestra que aún la parroquia más abandonada tiene una secreta vida fecunda, con fecundidad sobrenatural.

* * *

Los sacerdotes debemos retomar una pastoral entusiasta y de propuestas, que forme parroquias alegres y no tristes; con vida chisporroteante y burbujeante,

3. Cf. G. K. Chesterton, *Obras completas*, Ortodoxia, Ed. Plaza & Janés, Barcelona 1961, t. I, p. 1595.

ni lánguidas ni agonizantes. ¡Basta con la mera pastoral de espera! No digamos que no tenemos tiempo o que estamos cansados: «*El que ama no cansa, ni se cansa*»[4]. Le aconsejó el obispo argentino Fray Mamerto Esquiú a un sacerdote agotado por el trabajo ministerial: «*añada una hora más de oración y le sobrará tiempo*»[5].

Lamentablemente es muy común encontrarse con pastores que se quejan del poco fruto apostólico que tienen con sus rebaños. Al estilo de aquel compañero de San Juan María Vianney, como recuerda San Juan XXIII: «Y bien conocida es la respuesta que dio a un compañero, cuando éste se quejaba de la poca eficacia de su ministerio: "*Habéis orado, gemido y suspirado. Pero ¿habéis ayunado, habéis velado, habéis dormido en el suelo, os habéis disciplinado? Mientras a ello no lleguéis, no creáis haberlo hecho todo*"[6]»[7].

Nos ayude nuestra Madre, también, Vecina y Contemporánea.

4. San Juan de la Cruz, *Dichos de amor y luz*, 96.
5. Juan Alberto Cortés, *Fray Mamerto Esquiú*, Ed. Castañeda, Buenos Aires 1977, p. 66.
6. Cf. *Archivo secreto Vaticano* C. SS. Rituum, *Processus*, 227, 53.
7. *Sacerdotii Nostri Primordia*.

Apéndice

1. Consagración a la Virgen



A LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA se le consagran el mundo (25 de marzo de 1984), las naciones en particular, la parroquia, la familia y cada persona en particular. Es Madre de Dios y Madre de todos los hombres.

Para consagrarse con provecho es de gran utilidad prepararse con tiempo. El cardenal Stefan Wysynski preparó a Polonia para celebrar el Milenio de cristianismo con una novena de años a la Virgen. Otros lo hacen con una novena de meses. Otros con un mes[1] para vaciarse del espíritu del mundo, conocerse a sí mismo, conocer a María Santísima y conocer a Jesucristo. Otros con nueve días, algunos con tres días, cuando se trata de renovaciones de la consagración.

San Juan Pablo II decía: «*Totus tuus*. Esta fórmula no tiene solamente un carácter piadoso, no es una simple expresión de devoción: es algo más. La orientación hacia una devoción tal se afirmó en mí en el período en que, durante la Segunda Guerra Mundial, trabajaba de obrero en una fábrica. En un primer momento me había parecido que debía alejarme un poco de la devoción mariana de la infancia, en beneficio de un cristianismo cristocéntrico. Gracias a San Luis Grignion de Montfort comprendí que la verdadera devoción a la Madre de Dios es, sin embargo, cristocéntrica, más aún, que está profundamente radicada en el Misterio trinitario de Dios, y en los misterios de la Encarnación y la Redención»[2]. «En mi escudo episcopal, que es ilustración simbólica del

1. San Luis María Grignion de Montfort, *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, 227.
2. Cf. San Juan Pablo II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, Ed. Plaza & Janés, Barcelona 1994, pp. 207-208.

texto evangélico recién citado (Jn 19,25-27), el lema *Totus tuus* se inspira en la doctrina de San Luis María Grignion de Montfort[3]. Estas dos palabras expresan la pertenencia total a Jesús por medio de María: "*Tuus totus ego sum, et omnia mea, tua sunt*", escribe San Luis María; y traduce: "Soy todo vuestro, y todo lo que tengo os pertenece, ¡oh mi amable Jesús!, por María vuestra santísima Madre"[4]. La doctrina de este santo ha ejercido un profundo influjo en la devoción mariana de muchos fieles y también en mi vida. Se trata de una *doctrina vivida*, de notable profundidad ascética y mística, expresada con un estilo vivo y ardiente, que utiliza a menudo imágenes y símbolos»[5].

«A la luz del testamento de Cristo (cf. Jn 19,25-27), el acto de "consagración" es el reconocimiento consciente del puesto singular que ocupa María de Nazaret en el Misterio de Cristo y de la Iglesia, del valor ejemplar y universal de su testimonio evangélico, de la confianza en su intercesión y la eficacia de su patrocinio, de la multiforme función materna que desempeña, como verdadera madre en el orden de la gracia, a favor de todos y de cada uno de sus hijos»[6].

Nosotros presentamos una versión popular, realizada por un joven devoto, de lo que sería una preparación de once meses, que se puede distribuir casa por casa, y mes a mes, haciéndolo con los grupos apostólicos de la parroquia y ayudando a los que quieren consagrarse para responder a los cuestionarios.

Para prepararse a la consagración se puede leer, por ejemplo, P. Miguel Patiño Hormaza, *Totus tuus*. Manual para preparar y vivir la consagración total a Jesús por María, Ediciones Monfortianas, Bogotá 2010, pp. 380.

1. Prólogo

Tengo el honor de prologar este librito que quiere ser una traducción al lenguaje corriente del *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen* de San Luis Grignion de Montfort.

3. Cf. San Juan Pablo II, *Don y misterio*, BAC, Madrid 1996, pp. 43-44; *Rosarium Virginis Mariae*, 15.
4. *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, 233.
5. San Juan Pablo II, *Carta a la familia Monfortana*, (8/12/2003).
6. Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia*, 204.

Su autor ha querido, de esta manera, llevar al gran público las ideas maestras de la esclavitud mariana, genialmente enseñadas por el Santo, para que la consagración a la Virgen que suele hacer la gente sencilla tenga su más hondo, profundo y sentido contenido.

* * *

Consagrarse a la Virgen –Hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo y Esposa de Dios Espíritu Santo– es penetrar más profundamente, acompañados por ella, en el misterio de la Santísima Trinidad. Es ser más hijos del Padre, más discípulos del Hijo, más dóciles al Espíritu Santo. Es renovar, solemnemente, nuestra dedicación al Dios Trino y Uno hecha en el día de *nuestro Bautismo*. Dedicación del alma y del cuerpo, de lo que tenemos y poseemos, de los bienes materiales y los espirituales, de nuestro pasado y de nuestro futuro, de lo que somos y de lo que hacemos. Todo nuestro ser quedó ese día sellado para siempre «en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo» (Mt 28,19). Consagrarse a la Virgen actualiza esa realidad.

Consagrarse a la Virgen –Madre de Jesucristo– es dejarse llevar por ella hasta el Corazón de Jesús para que «Cristo sea formado en nosotros» (Ga 4,19). Ella nos introduce en Jesucristo, en el misterio de la Encarnación y en el misterio de la Redención: en el momento en que el Verbo comienza a vivir en carne humana y en el momento en que la carne humana del Verbo muere. Ella nos hace comprender que era necesaria la vida encarnada del Verbo para que muriésemos nosotros al pecado y era necesaria la muerte del Verbo Encarnado para que alcanzásemos la vida de la gracia.

Consagrarse a la Virgen es tomar conciencia de la realidad de las palabras de Jesús: «Hijo, he ahí a tu madre» (Jn 19,27) y de que son dichas a cada uno y a todos los hombres y mujeres, sin límites de espacio ni de tiempos, de toda edad y condición social, buenos y malos, justos y pecadores.

Consagrarse a la virgen es ponerse en manos de María de Caná y del Calvario para ser, todo y totalmente, de Jesucristo Señor nuestro. El oficio maternal de la «bendita entre todas las mujeres» (Lc 1,42) para con «su esclavo de amor» es recordarnos continuamente: «Hacé lo que Jesús te diga» (cf. Jn 2,5). Enseñó San Juan Pablo II en Fátima: «Consagrar el mundo al Inmaculado Corazón de la Madre, significa volver de nuevo junto a la Cruz del Hijo. Más aún, quiere

decir: consagrar este mundo al Corazón traspasado del Salvador, haciéndolo volver a la fuente misma de la redención. La redención es siempre más grande que el pecado del hombre y que el "pecado del mundo". La fuerza de la redención supera infinitamente toda la especie del mal existente en el hombre y en el mundo»[7].

Consagrarse a la Virgen –Madre de la Iglesia– es ir descubriendo, cada vez más y mejor, guiado por ella, el misterio del Cuerpo Místico de Cristo, la Iglesia de Cristo: «Luz de las gentes». Es ir descubriendo su naturaleza íntima, sus leyes divinas y humanas, sus carismas sobrenaturales, su divina jerarquía, su vocación trascendente, su servicio al mundo, su irremplazable obra: evangelización, catequesis, misión… Es ir descubriendo nuestro rol en la misma, nuestro compromiso de testimonio y de apostolado, nuestra identidad católica y pertenencia indudable. Es ir aprendiendo, día a día, tomados de la mano de la Virgen, a amar cada vez más a Jesucristo, a cumplir mejor sus mandamientos, a frecuentar los sacramentos, a perseverar en la oración, a dar la vida por los hermanos. Es ir meditando, como ella y con ella, los misterios gozosos, dolorosos y gloriosos de Jesucristo para «tener los mismos sentimientos» (Flp 2,5) que Él, hasta poder decir «Ya no soy yo, es Cristo quien vive en mí» (Ga 2,20). Meditar, de manera especial, durante el rezo del Rosario «que justamente puede definirse "la oración de María": la plegaria en que ella se siente unida particularmente a nosotros. Ella reza con nosotros»[8].

Consagrarse a la Virgen, la Inmaculada, es decidirse a luchar a brazo partido, sin dar ni pedir cuartel *contra el pecado*, que se opone a Dios, a Cristo y a la Iglesia; dicha consagración actualiza nuestra pertenencia al linaje de la Virgen, que es irreductible al de Satanás y de una enemistad irreconciliable ya que es una enemistad «creada por Dios: Yo pondré enemistades entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo» (Gn 1,15). Recordaba San Juan Pablo II: «Lo que se opone más directamente al camino del hombre hacia Dios es el pecado, el perseverar en el pecado y, finalmente, la negación de Dios. La programada *cancelación de Dios* del mundo, del pensamiento humano. La separación de Él de toda la actividad terrena del hombre. *El rechazo de Dios por parte del hombre*»[9].

7. San Juan Pablo II, *Homilía durante la Santa Misa en el Santuario de Fátima, Portugal*, (13/5/1982).
8. *Ibidem*, 6.
9. *Ibidem*, 7.

Consagrarse a la Virgen, la Madre, es «volver otra vez al seno de nuestra Madre para volver a nacer» (cf. Jn 3,4).

Felicitamos muy calurosamente al autor del presente trabajo y consideramos que ha realizado una tarea altamente idónea para orientar bien la religiosidad popular de nuestros pueblos, de modo tal, que la misma sea «para nuestras masas populares, un verdadero encuentro con Dios en Jesucristo»[10].

Auguramos a esta obra una masiva difusión para que los hombres y los pueblos entiendan y vivan que la solución de sus problemas, incluso temporales, sólo la tendrán si hacen caso al consejo de la Virgen: «Hagan lo que Jesús les diga» (cf. Jn 2,5). ¡Él es el único que tiene *palabras de vida eterna*! (cf. Jn 6,68).

P. Carlos Miguel Buela
Villa Progreso, noviembre 10 de 1982.

2. La santidad: nuestro último fin

a. Diálogo

Estaba el sacerdote en su despacho parroquial cuando un joven se acerca y le pregunta:

Joven (J): Padre, en estos días he oído por las calles gente hablando sobre una cierta «**Consagración a la Virgen**», y conversando con mis amigos he concluido que eso no tiene sentido, que es cosa de «viejas» y de personas de una fe infantil. En resumen: *no es bueno*.

Sacerdote (S): ¿Cómo? ¿Acaso sabes qué es una consagración?

J: … y… la verdad que no.

S: Entonces ¿por qué hablas así? ¿Te acuerdas cuando me dijiste «Dios no existe», qué hice yo?

J: Y bueno, allí me mostró claramente los motivos para creer en Dios.

10. *Evangelii Nuntiandi*, 48.

S: Entonces ya mismo te mostraré lo bueno que es consagrarse, y seguro que tú te querrás consagrar.

J: Sí padre, si me muestra con claridad por qué debo consagrarme, *lo haré*.

Conclusión: Sólo me consagraré a la Virgen María si me muestra, con principios sólidos y seguros, que eso es para ***gloria de Dios y bien de mi alma***.

b. Fin del hombre

S: ¿Con qué fin vas al colegio?

J: Voy porque quiero estudiar y, más adelante, ser profesor en alguna escuela.

S: ¿Y con qué ***fin*** te abrigas en invierno?

J: Para no enfermarme.

S: Bien, ves que todo tiene un ***fin***, todas las cosas en la tierra están destinadas para algo: los coches para viajar, la comida para alimentarse, el templo para rezar. Y también tú, Carlitos, tienes un ***fin***. ¿Sabes cuál es? ¿Qué haces aquí en la tierra? ¿Nunca te preguntaste por qué o para qué te creó Dios?

J: Yo sé que Dios me ha creado porque me ama mucho y también sé que me redimió y perdonó mis pecados, pero… ¿Cuál es mi ***fin***?… ¿Será morir algún día?

S: ¡Sí que moriremos! ¿Y después? … ¿Y el alma dónde irá?

J: Al Cielo si vivimos como Dios manda, y al infierno si vivimos como nos gusta a nosotros.

S: Muy bien, ese es el ***fin del hombre: conocer, amar y servir a Dios en la tierra para gozar con Él en el Cielo***.

J: Sí, padre, tiene razón.

Conclusión: *el* ***fin*** del hombre es conocer, amar y servir a Dios en esta vida para luego *estar* con *Él* en el Cielo.

c. Medios para alcanzar el fin

1.º Santificación del hombre

S: Si tienes que viajar desde Buenos Aires a Italia ¿tomarías un colectivo?

J: Pero padre, en un colectivo no llego más. *No es un buen medio para ir*.

S: Claro, ¿Cuál es el ***fin***?

J: Ir a Italia.

S: ¿Y qué ***medio*** usarías?

J: En este caso sólo me llevan al ***fin*** o un barco o un avión.

S: Muy bien, ¿Y cuál dijimos es el ***fin del hombre***?

J: Conocer, amar y servir a Dios en la tierra para luego estar, con Él en el Cielo.

S: Pero … ¿Conoces los ***medios*** para eso?

J: ¡Sí! Ir a Misa, Comulgar, Confesarme, rezar, hacer obras buenas al prójimo…

S: Muy bien, pero todos esos medios se pueden agrupar, reunir, en uno sólo, ¿Sabes cuál es?

J: … No.

S: En ***ser santos***. «Sed santos, pues Yo, el Señor, soy Santo» (Lv 19,3), nos dice Dios en la Biblia. Jesús nos dice: «Seréis perfectos, santos, como es perfecto nuestro Padre del Cielo» (Mt 5,48). Y San Pablo nos dice en sus cartas que es Dios mismo el que nos eligió para que seamos *santos*; es decir, quien no es santo, no verá a Dios en el Cielo.

J: Pero padre. ¿Se puede ser santo?

S: Tu padre, que es muy bueno, ¿te pidió alguna vez que levantes una casa con la mano?

J: ¡No!

S: ¿De qué te admiras? ¿Por qué no te lo pediría?

J: Porque es imposible; porque sabe que yo no tengo tanta fuerza. Por lo mismo que es tan bueno.

S: Muy bien, así también nuestro Padre del Cielo, es decir Dios, tampoco nos pide cosas que no podemos hacer. Y si no la podemos hacer nosotros solos Él nos dará la fuerza, es decir *la gracia*. *Sí*, *a todos nos llama a la santidad*, y aunque eso está más allá de nuestras fuerzas nos da su ayuda: ***la gracia***.

J: Padre: yo pensaba que sólo debían ser santos lo que son sacerdotes y religiosos.

S: ¡Carlitos! ¿Hay un sólo camino para ir a Luján?

J: Y… ¡No! Dependerá si salgo de San Martín o del centro de la Capital, o de Mendoza…

S: ¿Y cómo podrías recorrer esos distintos caminos ¿Qué ***medios*** utilizarías?

J: Y… podría ir a pie, en coche, en colectivo incluso a caballo, en carreta, en helicóptero.

S: Ves, es el mismo ***fin***: ir a Luján; y tienes varios ***medios***, que podemos resumir en una palabra: algún *vehículo*; y también tienes varios ***caminos***. Así ocurre con el hombre, él también tiene un ***fin***…

J: ¡Sí! ¡Ya entendí! El hombre tiene como ***fin*** amar y gozar de Dios, y también tiene muchos ***medios***, que resumimos como ***santidad***… Pero ¿y cuáles son esos distintos ***caminos***?

S: Uno es el sacerdocio, pero también el matrimonio. Incluso más: unos siendo electricistas, otros siendo plomeros, o empleados, o barrenderos…

J: Es decir que todo se resume en *ser santos*, en *santificarse*. ¿Pero cómo ser santos? ¿Cómo puede hacerse santo un médico, un abogado, un colectivero? Pero ahora me voy porque tengo que estudiar. Mañana vuelvo para seguir conversando.

Conclusión: Dios me creó para que sea santo. Tengo la obligación de ser santo.

2.º Cómo santificarse

S: Me preguntabas ayer cómo hacer para ***santificarte***.

J: Sí.

S: Antes que nada tienes que recordar que debes ***poner los medios que te lleven al fin***. Y así, si quieres ir a Italia, ¿vas a sacar boleto a EE. UU.?

J: Por supuesto que no.

S: Y si quieres ser buen jugador de fútbol, ¿vas a jugar todos los días al tenis?

J: Claro que no. Eso está claro. Debo poner buenos medios. Pero… yo no sé bien cuáles son todos los medios que me santifican.

S: Recuerda, ayer me dijiste algunos. ¿Ir a Misa te santifica?

J: Sí.

S: ¿Recibir los Sacramentos de la Eucaristía o Comunión y la Confesión?

J: Sí, por supuesto que sí.

S: ¿Y hacer las obras de misericordia? Como son el visitar a los enfermos, dar de comer al hambriento, enseñar al que no sabe, rezar por los demás, ¿no son obras buenas que te santifican?

J: Sí padre.

S: Y matar, o robar al prójimo o al país, faltar a Misa, cometer actos impuros, mentir, abortar, tomar píldoras anticonceptivas…, ¿te parece que te santifican?

J: No, ciertamente que no. Esos son todos pecados.

S: Sí, son pecados mortales, y bien sabes que los que mueren en pecado mortal sin arrepentirse, irán al infierno.

J: ¡Eso sí que es terrible! ¡***qué importante es santificarse*** aquí en la tierra! Es decir que tengo que hacer ***todas*** las cosas que me lleven al Cielo y no hacer nada que nos aleje de Dios.

S: ¡Muy bien! Y eso depende, primero de la gracia de Dios, de la ayuda que a todos nos da Dios. Pero también depende de lo que tú hagas, como dice el refrán: «Ayúdate que Dios te ayudará», o como decía San Agustín «Quien te creó sin ti no te salvará sin ti»[11].

J: Cada vez entiendo más. Pero dígame, si uno puede hacer algo bueno, como por ejemplo dar limosna, y no lo hace, ¿qué le pasará?

---

11. San Agustín, *Sermo* 169, 11, 13: PL 38,923.

S: En el Cielo hay como distintos grados… Tal vez sufra más en el purgatorio. Pero *si deja de hacer una obra importante puede ser grave*, son los pecados de omisión.

Hay una historia que Jesús le enseñó a los Apóstoles y que responde a tu pregunta: «Había un hombre que tenía un campo pero debía viajar a otro lugar. Para que no se perdiera el dinero por no trabajar repartió a sus tres empleados el dinero: a uno le dio cinco mil millones de pesos, a otro tres mil millones y al tercero mil millones. El que recibió cinco mil millones fue a negociar y ganó otros cinco mil; el que recibió tres mil hizo lo mismo y ganó otros tres mil millones; pero el que sólo recibió mil hizo un hoyo en la tierra y escondió el dinero. Pasado un tiempo volvió el dueño, y les pidió cuentas. A los dos primeros les dijo: ***como habéis obrado bien*** os daré un gran premio, quédense con lo que ganaron; pero cuando llegó el tercero que dijo: *Señor*, *yo tuve miedo de perder tu dinero*, *por eso lo enterré*. El dueño le respondió: Empleado malo y perezoso, ***por no hacer esa obra buena se te quitará todo*** y agregó más: *A este empleado inútil echadlo fuera*, *allí habrá llanto y crujir de dientes*». ¿Entendiste?

J: Más o menos, ¿quién es ese señor?

S: Ese Señor es Dios, y los empleados o siervos somos nosotros. Cuando muramos Dios nos pedirá cuentas y a aquellos que pudiendo hacer ***obras buenas*** no las hicieron, sino que fueron perezosos y malos, serán echados fuera.

J: ¡Qué tremendo! Gracias por esa enseñanza. Le prometo que de ahora en adelante *haré todas las obras buenas que se me presenten*. Grabaré en mi corazón y en mi mente este lema: ¿*Me sirve esto para la vida eterna*?

Conclusión:

> Quien hizo obras buenas
> al Cielo será llevado;
> y quien no las quiso hacer,
> a infierno irá condenado.

Para que una obra sea buena ha de dar ***gloria a Dios*** y ayudar a mi santificación.

3.º Consagración

S: Muy bien, hijo, ya sabes que no hay que dejar de hacer ninguna obra buena, mientras podamos hacerla.

J: Sí, si puedo dar plata, comida o ropa la daré. Si puedo rezar diez minutos más, también lo haré. Si puedo ir a Misa durante la semana, además del domingo, no faltaré…

S: Pero hay otras cosas, ***muy buenas y excelentes*** que puedes hacer y que yo te he propuesto.

J: No lo entiendo padre, ¿de qué me habla?

S: ¡Ah! Tienes poca memoria, hablo de la «***Consagración a la Virgen María***».

J: Usted había quedado de demostrarme que eso es algo ***bueno***.

S: Dijimos que los ***medios buenos*** son aquellos que dan ***gloria a Dios***, y sirven para ***bien de tu alma***.

J: ¿Y cómo sé si el que se consagra a la Virgen se santifica, se acerca a Dios y le da gloria?

S: Recuerda que ***no debes dejar de hacer ninguna obra buena***.

J: Sí, muy bien, pero dígame por qué consagrarse a la Virgen es bueno.

Conclusión:

Si a Dios voy a agradar
y a mi alma santificar
a la Virgen mucho amaré
y muy pronto me ***consagraré***.

d. Consagración a la Virgen María

S: Esta práctica consiste, en ***consagrarse a la Virgen María***, nuestra querida Madre del Cielo, como ***esclavos de amor***.

J: ¡¿Qué?! ¿Qué es todo eso? Primero: ¿qué significa eso de ***consagrarse***? ¿No basta con quererla mucho?

S: Te lo explicaré…

J: Y, ¿por qué a la ***Virgen María***, y no ***directamente a Jesús***?

S: Si supieses de qué se trata no chillarías tanto…

J: ¿Y por qué ***esclavos de amor***? Yo no soy esclavo de nadie.

S: Sí, esclavos. Pero de ***amor***.

J: Sinceramente, padre, no comprendo.

S: No importa, yo te lo explicaré. Sólo te pido que escuches. En aquello que no estés de acuerdo o tengas dudas me dirás. ¿Te parece bien?

J: Si padre. Así lo haré.

Conclusión: La Consagración a la Virgen María nos hace sus ***esclavos de amor***.

e. ¿Qué es consagrar?

S: Antes que nada quiero que escuches bien lo que te voy a decir. Poco a poco irás entendiendo y si ***razonas y piensas seriamente***, con la gracia de Dios, que todo lo puede, entenderás todo. Primero me preguntaste qué significa ***consagrar***, ¿verdad?

J: Así es padre.

S: Dime, ¿por qué ese pantalón nuevo que tienes no lo usas para barrer la calle?

J: ¡Pero padre! Ese no es el fin del pantalón; está hecho para otra cosa. Se ensucia todo, se rompe…

S: Y si quieres clavar un clavo, ¿por qué no martillas con tu reloj?

J: ¡Me extraña padre! El reloj es para mirar la hora, no para golpear.

S: Has respondido bien. Cada cosa tiene su fin: el pantalón para vestirse, el reloj para dar la hora. Lo mismo sería si usaras una bandera argentina para lustrarte los zapatos…

J: Sí, es verdad.

S: Así como en lo que se refiere a nuestra patria hay cosas que tienen su fin determinado, así en la Iglesia hay cosas que ***tienen un fin y no se pueden usar para otra cosa***. Esas cosas son ***sagradas***, pues se dedican a Dios, al servicio de

Dios. Entonces no pueden ser usadas para otra cosa. El darles otro uso se llama ***profanación*** que es un pecado gravísimo.

J: ¿Y cómo llegaron esas cosas a ser ***sagradas***?

S: Justamente porque alguien las ***consagró***.

J: ¿Quién las consagró, quién las puede hacer sagradas?

S: El Papa, o los obispos, o algún sacerdote.

J: ¿Y qué cosas se pueden consagrar?

S: Muchas cosas: vasos, lugares, vestidos u ornamentos.

J: ¿Por ejemplo?

S: ¿Sabes lo que es el cáliz?

J: No padre.

S: *El cáliz es un vaso sagrado*, cuyo ***fin*** es contener el vino que se convertirá en la ***Sangre del mismo Jesucristo***. Y por eso se lo consagra, se lo saca del uso común, se lo destina a Dios, a la ***Sangre de Dios***, y no se pueden poner en él otras bebidas.

J: Entiendo perfectamente.

S: ¿Y para qué crees tú que están los templos?

J: Yo creo que para rezar y decir la Misa.

S: Muy bien. Entonces allí no se puede jugar al fútbol, ni bailar. El que no lo respeta ***profana*** lo sagrado, ensucia algo dedicado a Dios. ¿Entiendes ahora lo que significa la consagración de algo?

J: Sí padre. ***Consagrar*** es dedicarle algo a Dios, y una vez que se lo dedica no puede usarse para otra cosa.

Conclusión: ***Consagrar***, o hacer sagrada una cosa, es dedicar, ofrecer, entregar o dar algo a Dios. Y una vez que se lo ***consagra*** no se lo puede usar para otro fin. El que lo usa con otro fin lo ***profana***. Comete un pecado.

f. Consagración de personas

S: Ahora debo decirte que además de vasos, lugares y días, también se pueden ***consagrar personas***. ¡***Tú mismo puedes ser consagrado***!

J: ¿Cómo es eso? ¿No me dijo Usted que las cosas consagradas no pueden ser usadas para otro fin? Entonces, después de consagrarme ¿tendré que estar todo el día en el templo o rezando en mi casa?

S: No, no es eso. Una vida así es *para* un monje o para una monja, es una vocación especial y muy hermosa, pero no es para todos los cristianos.

J: ¿Y…?

S: Yo te dije: ***consagrar es ofrecer***, ***dar***, ***entregar algo***.

J: Sí.

S: ¿A quién?

J: A Dios.

S: Muy bien. Pero has de saber que uno puede ***consagrarse*** a Dios directamente, o ***por medio*** de otra persona, por ejemplo, por medio de la ***Virgen***. La persona que se consagra, ¿sabes qué debe ofrecer?

J: No.

S: Debe ofrecer ***su cuerpo y su alma***; su inteligencia, su voluntad y todos los sentidos. Aún sus ***bienes exteriores*** –casa, auto, todo lo que tenga, incluso los méritos o premios que Dios nos tuviera que dar por nuestras buenas obras–. Así quedan consagrados los estudios, el trabajo, todo lo que hagas.

J: ¿Me sacan todo eso?

S: No. Aún no entiendes lo que te quiero decir.

J: ¿Cómo es entonces?

S: Ya te lo voy a ir explicando. Pero por ahora ves cómo ***se pueden consagrar todos***: padres, madres, jóvenes, ancianos, ***personas de cualquier oficio***: empleados, fabricantes, amas de casa, barrenderos; ***y de toda condición***, ricos, pobres, sanos, enfermos…

J: ¡Qué excelente es eso!

S: Sí, ***muy excelente***. Pero ¿podrá hacerlo un chico de un año?

J: Supongo que no.

S: ¿Por qué no?

J: Porque no sabe, no es consciente de lo que hace, ni responsable de sus actos.

S: ¡Excelente respuesta! ***todos podrán consagrarse*** siempre que:

* sepan lo que es, si lo entienden,

* estén dispuestos a mejorar de vida y a practicar la que la Consagración exige. ¿Entiendes?

J: Sí.

S: ¿Se le da un revólver a un bebé o a un niñito?

J: ¡No!

S: ¿Se viste a los perros con oro y plata?

J: ¡No! Son simples animales.

S: Bueno, consagrarse es de mucho más valor que el oro y la plata. ¡Es algo sagrado!, y no se puede dar lo sagrado, lo que es de Dios, a quien no se prepara o a quien no lo sabrá utilizar. Jesús dijo: «No se tiran perlas a los cerdos».

Conclusión: Gracias te doy Virgen María, pues a mí me permites Consagrarme. Santa Madre, yo te prometo prepararme con mucha fe, devoción y alegría. Dadme la gracia de poner en práctica estos buenos deseos.

3. Necesidad de la devoción a la Virgen

Sacerdote (S): Antes que nada, si quieres consagrarte a la Virgen es ***necesario*** que la ames mucho, que la conozcas y que la imites, esto es, que le tengas mucha devoción.

Joven (J): Padre, usted me habla de devoción a la Virgen, pero ¿es necesaria? ¿No me alcanza con la devoción a Jesús?

S: Es una pregunta muy interesante; y por eso es de gran importancia que entiendas la necesidad de la devoción a la Virgen, pues hay muchos que

dicen lo contrario, que no la necesitamos, pero esas personas orgullosas están engañadas.

J: Explíqueme entonces, padre ¿por qué es necesaria la devoción a la Virgen?

S: Antes que nada tienes que tener en cuenta una cosa.

J: ¿Cuál?

S: ¿Dios es perfecto?

J: Sí, muy perfecto.

S: ¿Necesita de vos?

J: Y… no. Aunque, por ejemplo, lo que yo no haga, nadie lo hará en mi lugar; entonces, en cierta manera me necesita… Bah, estoy confundido. No sé.

S: ¿Necesitas de un barco ahora?

J: ¡No! ¿Para qué?

S: No lo necesitas. Pero, ¿si tienes que ir a Europa y no hay avión?

J: Ahí sí, no voy a ir nadando.

S: Quiere decir que absolutamente no necesitas del barco, ya que si hubiese avión podrías ir en él pero de acuerdo al plan que hiciste de viajar a Europa, ***sí*** que lo precisas.

J: Así sí.

S: En Dios ocurre de manera semejante: Dios, absolutamente hablando, no necesita de mí, ni de vos, ni de persona alguna; no necesita ni del mundo, ni de los ángeles; ni siquiera de la Virgen María.

J: ¿Por qué es así?

S: Porque es la ***Suma Perfección***; porque ***es Dios***. Pero de acuerdo a su plan de salvación, libremente, y porque es bueno, ***quiso servirse de la Virgen María*** para ***comenzar*** sus grandes obras y por Ella ***terminarlas***.

J: ¿Y no puede cambiar de idea?

S: No, porque Él no es una veleta como nosotros; los designios, los planes del Señor, permanecen eternamente, no cambian.

J: Usted me dijo que quiso comenzar «sus obras grandes por la Virgen». ¿A qué obras se refiere?

S: Dios ***quiso servirse***, ***quiso necesitar*** de la Virgen, primero, para la Encarnación de su Hijo, es decir, para que la Segunda Persona de la Trinidad tomase o asumiese su cuerpo de la Virgen. Y segundo para que acompañase a Jesús a lo largo de su vida sobre la tierra.

J: Ah, pero además me dijo que ***quiere terminar*** las obras por María.

S: Exacto. Dios, como te dije antes, sólo quiere una cosa de nosotros.

J: ¿Qué cosa?

S: Que seamos santos.

S: ¿Y sabes cómo lo hace?

J: Él mismo lo hace, por medio de su Hijo, Jesucristo.

S: Sí, pero además, el mismo Jesús quiso santificar nuestras almas con la ayuda de su Madre, la Virgen María. Por Ella y con Ella quiere «terminar» sus obras; y todas sus obras se resumen en una sola: ***santificar las almas***.

Conclusión: Jesucristo quiere que me santifique. Uno de los medios que utiliza para ello es la Santísima Virgen.

a. Dios quiso servirse de la Virgen en la Encarnación

S: ¿Cuántos dioses hay?

J: Hay un ***solo Dios***.

S: ¿Pero cómo? El Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios, ¿No son tres dioses?

J: ¡No! Son tres Personas distintas y un ***solo Dios***, así como un trébol tiene tres hojas distintas y es ***un solo*** tallo.

S: Muy bien. ¿Cuál de las tres Personas se hizo hombre?

J: La Segunda, el Hijo –que también se lo llama Verbo, Logos o Palabra de Dios–.

S: Pero, ¿cómo hizo Dios, siendo espiritual, para tomar un cuerpo humano, es decir para ***encarnarse***?

J: Fue un milagro hecho por Dios; pero a la vez una obra de mucha humildad y amor.

S: Sí, Dios Hijo, al encarnarse en el seno de la Virgen, tomó un cuerpo igual al nuestro, con cabeza, pies y manos; y un alma. Y así la Virgen María concibió a Jesús, su único hijo, que es verdadero Dios y verdadero hombre; y esto por obra y gracia del Espíritu Santo, y no por haberse casado con un hombre. ¿Entiendes?

J: Creo que sí padre.

S: Y por esto ves cómo, sin la Virgen María, no hubiese podido tomar un cuerpo como el nuestro. Es decir, ***Dios necesitó***, ***pero porque Él así lo quiso***, ***a la Virgen María*** para que su Hijo se hiciese hombre. Y el Hijo de Dios hecho hombre es Jesucristo, de quien nos habla el Evangelio.

J: Ah, ahora comprendo cómo ***Dios quiso servirse de la Virgen en la Encarnación***.

Conclusión:

> Para salvar a los hombres
> se encarnó el Hijo de Dios,
> y en Belén, de Madre Virgen,
> humilde y pobre nació.

b. Dios quiso servirse de la Virgen durante la vida de Jesús en la tierra

J: Padre, muéstreme también cómo necesitó de la Virgen durante su vida aquí en la tierra.

S: Sí. Veamos: cuando estabas en el vientre de tu madre, ¿crecías?

J: Sí.

S: Pero, ¿quién te alimentaba? ¿Cómo es que vivías allí dentro?

J: Gracias a mi madre.

S: ¿Y cuando naciste; quién te amamantó, quién te vistió? ¿Quién te cuidó cuando estabas enfermo, quién…?

J: Mi madre.

S: Y bien, en el caso de Jesucristo ¿quién pudo hacerlo, sino sólo su Madre Santísima? Ella lo amamantó, alimentó, mantuvo y educó, y se sacrificó por su Hijo, el Niño Dios, Jesús. Y así, como ningún bebé, si carece de una madre que lo dé a luz y alimente es capaz de existir; así ***Jesús quiso servirse de una Madre***, ***la Virgen María***, para nacer y luego crecer.

J: Muy bien, padre.

S: Recordarás el misterio de la Visitación, cuando la Virgen visita a su prima Santa Isabel. Ante el saludo de María, Isabel dice: «Al oír tu saludo el Niño saltó de gozo en mi seno» (Lc 1,44). Ese niño era San Juan Bautista.

J: Sí, lo recuerdo. Es el segundo misterio del Rosario.

S: Allí Jesús santificó a San Juan Bautista por medio del saludo de la Virgen. ***Jesús hizo***, ***por medio de María***, ***un milagro***.

J: ¿Por qué Jesús quiso servirse de María para hacer milagros? ¿Y en Caná de Galilea no pasó algo parecido?

S: Allí ocurrió igual. Estaban en una boda Jesús, su Madre y algunos discípulos entre otros muchos invitados. En medio de la fiesta se les terminó el vino a los esposos. La Virgen, siempre atenta y solícita, lo advirtió y se lo comunicó a Jesús. Él se hizo el desentendido, porque aún no quería manifestar el poder que tenía de obrar milagros. Pero la Virgen insistió diciéndolo a los sirvientes: «Haced lo que Él os diga» (Jn 2,5). Y Jesús hizo el milagro: convirtió el agua en vino.

J: ¿Por qué lo hizo?

S: Porque era su Madre quien se lo pedía. Bien, Jesús, hoy y siempre, ***quiere servirse de la Virgen María*** para hacer más obras y más milagros, ***para hacernos santos***.

J: Ahora entiendo por qué usted dice que ***Dios necesitó de la Virgen para hacer grandes obras***.

Conclusión: Dios quiso servirse de la Virgen María para nacer y crecer y para realizar algunos de sus milagros.

c. Dios quiere servirse de la Virgen María para la santificación de las almas

S: ***Jesús nos ama mucho***, gracias a Él seremos santos, es decir que alcanzaremos ***el fin de nuestra vida: el Cielo***.

J: ¡Sí! ¡Cuánto nos ama! Se hizo hombre para salvarnos. Murió por nosotros en la Cruz; se quedó verdadera, real y substancialmente presente con su Cuerpo y Sangre, Alma y Divinidad en la Eucaristía. Se da en la Comunión cada día a millones de personas.

S: ¿Y qué más?

J: …

S: ***Nos dejó a su Santísima Madre como Madre nuestra***. ¿Cuándo ocurrió eso? ¿Crees en la Biblia? Es Palabra de Dios y eso me da más seguridad aún que lo que veo con mis ojos. Bien, allí se nos relata ese hecho tan maravilloso y tan grande. El mismo discípulo que lo vio nos cuenta el momento en que ***la misma Virgen María se convirtió en nuestra Madre del Cielo***.

J: ¡Cuénteme padre!

S: Cristo ya había sufrido mucho por nuestros pecados. Había sido escupido, golpeado, azotado cruelmente, coronado de espinas, había llevado la Cruz en que luego lo clavaron. Al pie de la Cruz estaba su Madre, la Virgen, y también Juan, el discípulo más amado por Jesús. Jesús los miraba, y a pesar del dolor que tenía amaba intensamente a todos los pecadores, a mí, a ti; se acordaba de cada uno de nosotros. Y le dijo a su Madre: «**Mujer, ahí tienes a tu hijo**, y mirando a Juan: **Hijo, ahí tienes a tu Madre**» (Jn 19,25-27). En San Juan estábamos representados ***cada uno de nosotros***. ***Así la Virgen María se hizo Madre de todos y de cada uno de los hombres***.

J: ¡Oh, qué maravilloso! Aunque no entiendo bien cómo estábamos representados en San Juan…

S: ***Fue como si dijera a la Santísima Virgen***: Madre, ahí está tu hijo. ¡No lo olvides nunca! Cuídalo, aliméntalo, protégelo, y fórmalo como a un niño que no tiene padres. ***Y a cada uno de nosotros***: Hijo, ahí está tu Madre, ámala, obedécele, imítala y que tu vida esté entregada a Ella. ***Dale todo cuanto tienes***. ***Conságrate a Ella***.

J: ¡Qué bueno ha sido Jesús! ¡Darnos a su Madre! Hacernos sus hijos… Que le entreguemos todo. A mí me parece que sí Jesús lo quiso y lo hizo así, debe ser algo muy bueno y que si no lo alcanzamos a comprender del todo es porque somos muy poco inteligentes.

S: Sí, tienes mucha razón. Sé que crees todo esto, que la Virgen María es realmente nuestra Madre. Pero quiero agregarte algo más para que mejor te convenzas y estés seguro y firme como roca. Así, ninguna duda será capaz de derribar el edificio de tu vida espiritual y no prestes atención alguna al que niegue esto.

J: Muy bien padre.

S: Te lo mostraré por cuatro argumentos más.

J: Bueno.

S: Primero, así como nosotros, en la generación natural, al nacer, necesitamos de una madre y de un padre, ***así necesitamos en la vida espiritual de un Padre***, ***que es Dios***, ***y de una Madre que es la Virgen María***. ¿Acaso eres pura materia, como una estatua hecha de mármol?

J: Por supuesto que no.

S: ¿Eres como un perro o un ave animal sin razón?

J: Claro que no.

S: ¿No tenemos, acaso, un alma que nos hace amar, querer, pensar?

J: Sí, un alma espiritual, que los animales y vegetales no tienen.

S: Pues, si tienes necesidad de alimentar tu cuerpo y varias veces al día; ¿cómo no vas a tener que alimentar tu alma espiritualmente?

J: ¿Y qué alimentos hay para el alma?

S: Así como no te puedes alimentar de piedras, el alma necesita un ***alimento sobrenatural***, ***espiritual***. Es la gracia de Dios, que se nos da por la oración, los sacramentos, las buenas obras, los sacrificios. Y como tu madre te dio a comer de su pecho, la Virgen, tu Madre Celestial, te hará crecer en sabiduría y gracia, delante de Dios y de los hombres, como a Jesús (Lc 2,52).

J: Tiene razón, padre. Si al nacer uno no tuviese una madre que lo alimentase se moriría. Algo parecido ocurre en el orden espiritual.

S: El segundo argumento es el siguiente: ***si Dios quiso necesitar de la Virgen, ¿nosotros no la necesitaremos?***

Él, que es Infinito, Todopoderoso y Eterno, Sabio y Bondadoso la eligió. Y tú, pequeña hormiga, hombre débil, que «de polvo eres y al polvo irás» (Gn 3,19). ¿***Cómo vas a desecharla y no tomarla como Madre***? ¿Qué dirías de un enfermo que va a morir y cuando le traen la medicina para salvarse no la quiere tomar?

J: Que está loco.

S: Bueno, no seas ***loco*** en pensar y decir que no necesitas a la Virgen por Madre.

¿Qué hacían antiguamente los marinos cuando había grandes tempestades en el mar?

J: Se guiaban por las estrellas del cielo.

S: Nosotros también necesitamos en las tempestades del alma –pecados, tristezas, caídas, tentaciones, confusiones, debilidades– ***una guía***, ***que es la Virgen María***. Por eso es llamada «*Stella Maris*», Estrella del Mar.

J: Oh, tiene razón.

S: ¿Qué necesitas para entrar en una casa?

J: Y… pasar por la puerta.

S: Para entrar en el Cielo tienes que tener por Madre a María, y a Ella consagrarte, pues es la Puerta del Cielo. Hay una tercera razón: cuándo quieres pedirle a tu padre permiso para ir al cine o a la cancha, ¿no se lo pides, a veces, por medio de tu madre?

J: Y… sí. Muchas veces lo hago así, incluso a veces uno quiere que lo sepa la madre y no lo cuente al padre.

S: Bueno, Dios nos conoce y conoce nuestra manera de obrar. Por eso ***nos dio una Madre para que por Ella pidamos***. Y Ella, que es humilde, es escuchada por el Padre; pues Dios, así como resiste a los soberbios, exalta a los humildes (cf. Lc 1,52).

Te voy a dar la cuarta razón en favor de la necesidad de una Madre espiritual a quien debemos conocer, amar, imitar y consagrarnos. ¿Quieres?

J: Sí padre, cuantas más razones conozca, con mayor perfección me consagraré.

S: Nosotros somos miembros de la Iglesia. La Iglesia se compara a un cuerpo: así como el cuerpo tiene una cabeza y tiene miembros –las manos, los pies– así en la Iglesia, que por eso se la llama Cuerpo Místico de Cristo, hay una Cabeza que es Cristo, y unos miembros que somos nosotros.

J: Ahora comprendo por qué cuando uno obra bien, beneficia a los demás católicos, y por qué cuando peca uno, es toda la Iglesia la que sufre.

S: Muy bien. Pero Jesús se hizo hombre, ¿en quién?

J: En la Virgen María, por obra del Espíritu Santo.

S: Es decir, la Cabeza, Cristo, nació de la Virgen María. Ahora bien, ¿conoces alguna madre que haya dado a luz una cabeza sin los miembros? ¿Has visto vivir una cabeza sin cuerpo, ni pies, ni manos?

J: No, una cabeza sin miembros sería un monstruo.

S: Claro, y así como la Virgen engendró y dio a luz a Jesús con todos sus miembros materiales, así también en la vida espiritual. Si la Virgen tuvo a Jesús, Cabeza de la Iglesia, también debe tener a sus miembros, a ***nosotros***; si no sería un monstruo espiritual.

J: Sí, me parece interesante y muy lógico.

S: En la vida espiritual todos debemos nacer de la misma Madre, la Virgen.

J: ¿Cómo es eso padre?

S: En el orden natural una madre ***tiene al hijo entero***, cabeza y cuerpo, y ***no por partes***. Además, un niño ***nace de una misma madre*** y no de dos o tres madres distintas. Así en el orden espiritual, la Virgen si ***engendró la Cabeza***, Jesucristo, también ***engendrará al cuerpo con sus miembros***, nosotros, los cristianos. Y si Cristo, la Cabeza, nació de la Virgen María, nosotros –que somos el ***cuerpo***– no podemos nacer de «otra Madre», sino de la misma, la Virgen María. La Virgen es pues, Madre de Jesucristo y Madre nuestra.

J: Por eso ***necesitamos, y mucho, de esa Madre***.

S: Si queremos tener ***vida***, y no muerte eterna tenemos que llegar a la Vida, Jesucristo, por la Virgen María (cf. Jn 14,6). Pero no encontrarás a María si no la buscas; y no la podrás buscar si no la conoces. Así que aprovecha bien todo lo que te estoy diciendo. Procura conocer más a la Virgen nuestra Madre.

Conclusión:

¿Si yo te amo, dulce ***Madre***,
si yo te amo saber quieres?
A una ***Madre*** cual tú eres
¿quién su amor ha de negar?
Pero más amarte quiero,
y que te amen a porfía;
quiero amarte, ***Madre*** mía,
más y más te quiero amar.

d. Exhortación

S: ¡Oh, Carlitos, si comprendieras esto! Si lo entendieran los padres y las madres, los jóvenes de todo lugar y condición. Piensa en lo que hemos hablado, pero… Espera, y mira lo que te diré: no hay regalo más grande para la Virgen que ***consagrarnos, entregándole todo nuestro cuerpo y alma, los bienes interiores y exteriores***, como luego te lo explicaré más detalladamente. ¿Sabes cuan grandes son ***los frutos que producen los consagrados a Ella***?

J: No padre.

S: * Los *sacerdotes* son como un ***incendio abrasador*** que encienden el fuego del amor divino por todas partes.

* Los *cristianos* llevan el ***oro*** del amor a Dios en el corazón, el ***incienso*** de la oración en su alma y la ***mirra*** de la mortificación en el cuerpo.

* Las *madres* y los *padres*, también los jóvenes, son ***apóstoles*** verdaderos que vencen a los enemigos no con oro y plata, sino con su ***acción***, ***con su ejemplo***, con la pura intención de la gloria de Dios y la salvación de las almas. Son guiados por el Espíritu Santo. Cristo es su Roca, no tienen otro fundamento (cf. 1 Co 10,4).

* De los *niños* Dios hace brotar hermosas alabanzas y Jesús se complace en los pequeños, puros y humildes, como fueron los Santos Francisco y Jacinta, pastorcitos de Fátima.

Conclusión: ***prepárate*** a conciencia y con fervor. Espera el ansiado ***Día de la Consagración***, en que Jesús y su Madre escribirán tu nombre en sus corazones. Que Dios y la Virgen te concedan la gracia de enseñarte todo eso. Así sea.

Dios te salve María,
llena eres de gracia,
el Señor es contigo,
bendita tú eres entre todas las mujeres
y bendito es el fruto de tu vientre: Jesús
Santa María, Madre de Dios
ruega por nosotros pecadores
ahora y en la hora de nuestra muerte.

Ejemplo: Todos debemos buscar la santidad. Aquí tienes un medio: la Consagración a la Virgen. No la deseches. Y si alguna vez caes en pecados graves o en una vida mala, si eres fiel a las prácticas que esta Consagración te exige te salvarás. Sé como aquel joven que se había entregado a Dios como religioso. Llevaba una vida santa y era un ejemplo por su devoción a la Virgen. Habiéndose declarado una peste en la ciudad, los habitantes recurrieron a este joven para que con sus oraciones a la Virgen librase al pueblo de ese mal. Él así lo hizo y por gracia de la Virgen desapareció la peste. Pero, he aquí que este joven se entibió en el amor a la Virgen, dejó sus prácticas –Rosario, meditación, imitación de sus virtudes– y el demonio lo tentó para que huyese del convento. Cuando se escapaba, al pasar frente a una imagen de la Virgen le dijo: «¿Por qué me abandonas?». Él, confundido, se quejó: «Señora… Tú me has abandonado»; la Virgen le dijo: «Y tú, ¿por qué no me has invocado?». Entonces el joven volvió al monasterio. Pero pronto descuidó nuevamente sus prácticas y huyó

convirtiéndose en ladrón. Fue atrapado por la policía y condenado a muerte. En el momento de la muerte recurrió a la Virgen pues no había tenido tiempo de confesar y Ella salvándolo de tal situación le dijo: «Vuelve al monasterio, haz penitencia y sé, de ahora en más, un perfecto esclavo de amor». Él volvió y después de muchos años murió en olor de santidad.

Espero que aprendas de este ejemplo para ser siempre buen esclavo, fiel a las prácticas que te diré.

4. ¿Por qué tener devoción a la Virgen?

a. Jesucristo es el fin último de la devoción a la Virgen María

Joven (J): Padre, hay algunos que dicen que lo único necesario para ser santo es imitar a Jesucristo y conocerlo tan sólo a Él, amarlo y rezarle. Y que la Virgen, en cambio, no nos es necesaria.

Sacerdote (S): Bien, pero por las razones que ya te he dado te darás cuenta de que es mentira. Pero te voy a probar aún más ***la necesidad de la Virgen María***. ¿Qué te dicen ellos?

J: Que sólo imitan a Jesús.

S: Eso es mentira, pues Jesús amó mucho a la Virgen. Nació de su seno, y cuando lo bajaron de la Cruz lo pusieron en los brazos de María. Entonces, esas personas ¿por qué no imitan a Jesús en su amor a la Virgen?

J: ¡Tiene razón padre! Pero ellos me dijeron que nosotros adoramos a la Virgen.

S: Eso también es mentira. Los católicos sólo tributamos a Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, un culto de ***latría***, o sea de ***adoración***. A la Virgen, en cambio, la honramos con culto de ***hiperdulía***, o sea ***de gran veneración***. ¿Entiendes?

J: Sí, padre. ¿Por qué ellos se equivocan?

S: Porque quieren equivocarse. No se quieren dar cuenta de que si bien ***el fin último de nuestra vida es Jesucristo***, como ***medio para ir a Jesús***, rezamos a la Virgen.

J: Claro.

S: Dime: ¿De dónde recibimos la luz?

J: Del sol.

S: Y el sol, ¿de dónde la recibe?

J: La tiene él mismo. Dios lo creó así.

S: Y si el Sol llegara a perder esa luz, ¿qué pasaría?

J: Quedaría todo oscuro y con el tiempo moriríamos todos, pues tanto el hombre, como los animales y vegetales necesitan la luz solar.

S: Y durante la noche ¿quién nos ilumina?

J: La luna.

S: ¿Y de dónde recibe la luz?

J: Pues, del sol.

S: Entonces, si desapareciese la luz del sol, la luna de nada serviría.

J: Así es.

S: Bueno, ***Cristo es el sol***, «el Sol de Justicia» (Lc 1,78), «la luz que ilumina a todo hombre» (Lc 1,79). ***La luna es la Virgen María***. Si Cristo desapareciese, la Virgen también desaparecería. Si no estuviese Cristo, la Virgen no sería nada ni podría hacer nada. ***Si la Virgen es algo, es por Jesucristo***. Y así como la luna no molesta ni impide al sol, la Virgen ni molesta, ni impide, ni disminuye a Cristo, que es verdadero Dios. Muy por el contrario, manifiesta más su grandeza y poder.

J: ¡Qué excelente comparación!

S: Es como si quisieses agarrar un fruto muy alto recurriendo a una escalera. ¿Lo que buscas es la escalera?

J: No, el fruto.

S: ¿La escalera qué es?

J: Un ***medio***, nada más.

S: Bueno, así, ***para alcanzar a Jesucristo***, «el fruto del vientre de la Virgen María», ***recurrimos a Ella***.

J: Muy bueno.

S: Ellos, ***por rechazar a la Virgen, se quedan sin el fruto, Jesucristo***. ¿Sabes a quién se parecen?

J: No ¿A quién?

S: Al zorro de las uvas. El zorro quería alcanzar las uvas que colgaban de una parra. Pegaba saltos y más saltos hasta que se cansó. Entonces dijo: «no tengo hambre, esas uvas están verdes todavía».

J: Eso le pasó por no tener un ***medio*** para alcanzarlas.

S: Me preguntas, ¿por qué veneramos a la Virgen? ***Porque es Madre de Dios***. No es una mujer «cualquiera». Es la mujer prometida por Dios desde el comienzo de la humanidad, la que vencería al demonio (cf. Gn 3,15). Ella concibió a Jesucristo: el Hijo de Dios.

J: Entiendo, padre.

S: Como ves, a quien nosotros ***amamos y seguimos es a Jesucristo***. Sin Él estamos perdidos: «Sin mi nada podéis hacer» (Jn 15,16). Jesús es el alfa y el omega, el ***principio*** y el ***fin*** de esta ***Consagración***. En Él habita la plenitud de la divinidad; de Él recibimos gracia sobre gracia. Él es el ***Maestro*** que debe enseñarnos; el ***Único Señor*** a quien debemos servir; el único ***Modelo*** que debemos imitar; el ***Médico Celestial*** que debe curarnos: el ***Pastor*** que debe alimentarnos. Jesucristo es la ***Verdad*** que debemos creer; el ***Camino*** que debemos seguir; la única ***Vida*** que debe vivificarnos. Toda vida espiritual que no se funde sobre la ***Roca***, Cristo, será floja como la arena y caerá sin duda, tarde o temprano. Sólo Él tiene Palabras de Vida Eterna. Sólo Él es el ***Pan Vivo***, y quien lo come no morirá para siempre. Si no estamos en Jesucristo y Él en nosotros nos condenaremos.

POR Jesucristo, **CON** Jesucristo y **EN** Jesucristo, podemos todas las cosas:

* rendir todo honor y gloria al Padre en unidad del Espíritu Santo,

* hacernos perfectos como el Padre Celestial,

* ser para el prójimo buen olor de vida eterna, buen olor de Cristo.

Si tenemos firme devoción a la Virgen María es para solidificar más perfectamente la de Jesucristo. Tal devoción no es sino el ***medio más fácil y seguro para encontrar a Cristo***. Necesitamos de Ella para encontrar a Cristo, amarlo y servirlo; si no fuese así, habría que rechazarla.

J: Entiendo todo, padre. A mí me parece que, así como cuando saludan a mi madre no me enojo, Jesús mucho menos se va a enfadar si veneramos a su Madre. Al contrario, ¡cuánto le debe agradar!

S: Por supuesto. Ella no se guarda los honores y alabanzas que se le rinden sino que los entrega a Jesucristo. Todos los que dicen que el Rosario, el Escapulario o la ***Consagración a la Virgen*** es de mujercitas o de bobos, no saben lo que dicen. Esos, honrarán a Dios con los labios, pero su corazón está lejos, muy lejos de Dios.

Conclusión: Virgen, en vuestro ***fruto*** el alma espera; Cristo es el fruto y de esa flor redunda; ***sin Cristo no hay salud, sin flor no hay fruto***.

Quien busca el buen grano
lo encuentra en la espiga;
quien quiere oro fino
lo busca en la mina;
el que a Jesús quiera
que busque a María.

b. Debemos vaciarnos de lo malo que hay en nosotros

S: ¿Qué ocurre si ponemos agua limpia en una vasija de barro?

J: Y, se ensucia el agua.

S: ¿Se pone vino nuevo en toneles viejos y podridos? (cf. Mt 9,16-17).

J: No, porque el vino fermenta, revienta los toneles y se pierde el vino.

S: ¿Se pone un remiendo nuevo en un vestido viejo?

J: No, porque el trozo nuevo se estira y rasga el vestido viejo.

S: Bueno, así en nuestra alma caída y sucia por el pecado, ¿cómo vas a poner el oro purísimo de la gracia de Dios? En nuestra alma mal oliente por el pecado

original, ¿cómo vas a poner el vino delicioso del amor de Dios, sus dones y virtudes santas?

J: No; se echaría todo a perder.

S: Si te vas a mudar de casa, lo más lógico es limpiarla antes de ir allí.

J: Claro.

S: Entonces, ¿cómo vas a ***consagrarte a la Virgen o unirte a Jesucristo*** si antes no quitas lo malo que hay en tu alma, el pecado y sus imperfecciones? Para esto, son necesarias tres cosas:

1.º Conocer, por la luz del Espíritu Santo, lo malo que hay en nosotros.

2.º Ir quitando lo malo por medio de la mortificación.

3.º Elegir alguna devoción que nos ayude a ***vaciarnos*** de lo malo que hay en nosotros.

J: ¿Cómo ***conocer*** lo malo que hay en nosotros?

S: Pidiendo humildemente esa gracia al Espíritu Santo. Él, con su luz, nos hace ver nuestra ***incapacidad*** para hacer el bien, nuestra ***debilidad*** en todo; nuestra ***inconstancia*** en todo tiempo, nuestra ***indignidad*** para toda gracia y nuestra ***maldad*** en todo lugar.

J: Es verdad, padre. ¡Cuántas veces en la Misa, o en Retiro espiritual hice propósitos de mejorar y sólo los cumplía una semana, o menos! Luego volvía a una vida fría espiritualmente, con un amor de Dios que, más que de un hijo verdadero era el de un miserable, de un mercenario o interesado, de un mal hijo, o peor: el de un hijo perverso. Y… ¿la ***mortificación***?

S: Después te enseñaré cómo debe ser nuestra mortificación, por qué hacerla y en qué debemos mortificarnos.

J: Padre, ¿qué ***devoción*** me llevará a purificarme de los males y ser un buen cristiano?

S: El ***medio*** o la ***devoción*** es éste: la ***Consagración total a la Virgen María como esclavo de amor***. Eso es lo que te quiero enseñar y que poco a poco iremos conociendo mejor.

Esta ***Consagración*** es un «secreto espiritual» y quien la descubre, aprende y practica, llegará a ser, ***en poco tiempo***, con dulzura y facilidad, un verdadero cristiano, «otro Cristo». Tendrá «el buen olor de Cristo» (2 Co 2,15) y el Padre Celestial podrá decir de él: «Éste es mi hijo amado en quien tengo mis complacencias» (Mt 3,17); y al fin de los tiempos, en el juicio, escuchará que se le dice: «bien, esclavo bueno y fiel, pasa al gozo de tu señor» (Mt 25,21).

Conclusión: Si quieres ser ***algo*** en la vida, si quieres ser ***santo***, debes empezar con «la limpieza del alma». Debes tener tu alma libre de pecados, de imperfecciones, de maldad, de ***todo*** lo malo que hay en ella.

c. Tenemos necesidad de un mediador para con Jesucristo

S: Hay «un solo mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús» (1 Tm 2,5). Él es el Mediador principal, pero Él ha querido que otros participaran de su mediación: la Virgen, los santos, los sacerdotes, los bautizados…

Otra de las causas por la que es bueno y necesario ***consagrarnos a la Virgen***, es porque es bueno que alguien nos ayude ***entre Jesucristo y nosotros***.

J: Sé que Jesús, al venir al mundo por la Encarnación, se ha hecho Mediador entre Dios y los hombres; pero entonces, ¿para qué otro ***Mediador*** más?

S: Jesús es Pontífice, esto es: ***Puente*** que une el Cielo con la tierra, a Dios con los hombres. Pero Jesucristo no es sólo hombre sino también verdadero Dios, ¿acaso te consideras digno de estar en su presencia, de dirigirte directamente a Él? Si ante los reyes de la tierra nadie se atreve a presentarse sin una carta de recomendación, sin una persona que lo introduzca, ¿cuánto más cuando se trata del Rey del Cielo?

J: Es verdad, padre, pero explíquemelo más.

S: ¿Recuerdas a quién llamamos Sol y a quién Luna?

J: Sí, el ***Sol es Jesucristo***, la ***Luna es la Virgen María***.

S: ¿Puedes mirar directamente al sol?

J: No, mis ojos no resisten su luz.

S: ¿Y a la luna?

J: Sí. Es una luz más tenue, débil y no hiere los ojos.

S: Así ocurre en lo espiritual. Jesucristo es Dios y por ello la «**Luz** que ilumina a todo hombre» (Jn 1,9). Es la Santidad y Perfección. Por eso ***mejor es ir a Él por medio de otro***.

J: ¿Pero acaso no debemos rezar directamente a Jesús?

S: Por supuesto, sería un error no hacerlo: recuerda que ***el fin de la consagración es Jesucristo***, pero siempre…

J: ***Por medio de la Virgen***.

S: ¿No me dijiste que cuando tienes que pedirle algo a tu padre lo hacías por ***medio*** de tu madre?

J: Sí.

S: ¿Por qué? Si tu papá es hombre igual que vos, y es tu padre, no un monstruo, ¿no?

J: Claro, uno lo hace porque a mi madre siempre la va a escuchar más.

S: En el Antiguo Testamento se relata que todos los israelitas eran guiados por Moisés. Y Dios se aparecía. Pero no a todos, sino ***sólo a Moisés***.

J: ¿Y los hombres veían cuándo se aparecía a Moisés?

S: No. Moisés subía a una montaña. Dios le decía que nadie subiese a ella, incluso que nada –ni hombre ni animal– se acercase al pie de la montaña pues moriría. ***Moisés hacía de mediador entre Dios y el pueblo***.

J: ¿Dios así lo había dispuesto?

S: Sí, así dispuso, en su Sabiduría Infinita, ***que la Virgen hiciese de Mediadora*** entre Jesucristo y nosotros.

J: Claro.

S: ***Por la Virgen vino Jesucristo al mundo***; ***por la Virgen debemos ir, pues, a Jesucristo***. Recurrir a Jesús, apoyados en los méritos, grandeza y santidad de la Madre de Jesús.

J: ***Para ir a Jesús***, es, pues, preciso ***ir por María***.

S: Como para subir un edificio alto debemos hacerlo por varias escaleras, para llegar a Dios es necesario subir por la escalera más cercana y más parecida a nosotros: la ***Virgen María***. Después por la segunda, ***Jesucristo***, Dios y hombre, y así llegar a lo más alto, al Monte Santo, donde sólo mora la gloria de Dios Padre Omnipotente.

J: ¡Qué confianza debo tener! Sí, ¡debo esperar contra toda esperanza!

S: Exacto, Jesús dijo: «Todo lo que pidáis al Padre en Mi nombre, os lo concederá» (Jn 15,16), si escucha a su Hijo: ***¿cómo no escuchará a la Madre del Hijo, a la Virgen María?***

Conclusión: Recuerda que: ***jamás*** se ha oído decir que alguno de los que han acudido a ti, oh Virgen bendita, haya sido rechazado o abandonado.

d. Nos es difícil conservar las gracias recibidas de Dios

S: Es necesario ***consagrarse a la Virgen*** pues nos es muy difícil guardar los tesoros que poseemos.

J: ¿Qué tesoros?

S: ¿No sabes el tesoro que llevas en tu alma?

J: No, padre, dígame cuál es.

S: Ese tesoro es la ***gracia de Dios***.

J: ¿Qué es la gracia de Dios?

S: Es un don, un ***regalo espiritual*** que Dios nos ha dado.

J: ¿Cuándo?

S: Primero en el ***Bautismo***, y, si la hubieses perdido cometiendo algún pecado mortal se recupera mediante la ***Confesión***.

J: ¿Para qué nos dio su gracia?

S: Así como cuando vas de viaje llevas comida para alimentar tu cuerpo, ropa para protegerte del frío o impermeable para guardarte de la lluvia, así en este ***viaje al Cielo*** que debemos hacer por la tierra, es necesaria la ***gracia de Dios***. No sólo para no cansarnos y desfallecer, sino también para protegernos del ataque de nuestros enemigos: el mundo, el demonio y la carne. Necesitamos

esa ***gracia*** para que nuestra alma persevere en el buen obrar y para que no abandonemos el camino estrecho y difícil de la vida y lleguemos al Monte de Dios: el Cielo.

J: ¿Algo más produce en nosotros la gracia?

S: Nos hace ***hijos de Dios*** y ***herederos del Cielo***.

J: ¡Qué tesoro tan precioso y de ***mucho más valor que todos los bienes materiales***!

S: Había un hombre que en un campo encontró un gran tesoro escondido, oro purísimo, joyas y brillantes. ¿Sabes que hizo?

J: No.

S: ***Vendió todo lo que tenía***: casa, auto, inmuebles, televisor, todas sus propiedades. Fue y compró ese campo y adquirió el tesoro que en él se escondía. Para nosotros ***ese tesoro es Jesucristo***, y es preciso ***vender todo***, desapegarse de todo para ***poseer*** en nuestra alma al Rey de Reyes, al ***tesoro de los tesoros***, ***Jesucristo***.

J: Pensar que si nuestra alma cae ***en pecado mortal***, quebrantando un sólo mandamiento o precepto divino en materia grave pierde la gracia, es decir pierde a ***Jesucristo***.

S: Veo que has entendido. Pero, ¿dónde se colocan las joyas y tesoros materiales?

J: En bancos o cajas de seguridad.

S: ¿Por qué?

J: Porque se pueden perder, o los pueden robar.

S: Entonces, ¿cómo no ***guardar el tesoro de la gracia en un lugar seguro***?

J: ¿Cuál es ese lugar seguro?

S: ***La Virgen María***. Tenemos que entregar nuestra alma a la Virgen para que la guarde, la proteja y la conserve en la gracia. En otras palabras: ***debemos consagrarle nuestra alma y cuerpo, con todos los bienes interiores y exteriores, pasados, presentes y futuros, para que la Virgen los guarde*** y no permita

que nadie los arrebate. La Virgen es como una ***Pastora*** que no deja que nosotros, sus ovejas, seamos raptados y muertos por el león rugiente, el demonio.

J: ¿Cuáles son los enemigos del alma?

S: ***El mundo, el demonio y la carne***.

* ***El mundo***, con su corrupción, las malas personas, ladrones o impuros. La pornografía demoníaca de la TV y de las malas revistas. La música sensual. Los asesinos que hacen abortar. Las economías inmorales. El «ruido» que perturba las almas y las ponen en peligro de perder su estado de gracia.

* ***El demonio***, que es «como un león rugiente, siempre dando vueltas alrededor de nosotros, buscando perder nuestra alma» (1 P 5,8).

* ***La carne***, es decir, nuestras propias inclinaciones al mal, el deseo de placeres o gustos malos. Nuestra fragilidad puede hacer que perdamos el tesoro de la gracia que en nosotros está como en «**vasos de barro**» (2 Co 4,7).

J: Entiendo. ¡Qué tonto es aquel que se deja robar su tesoro por no saber guardarlo bien! ¡Qué necio aquel que ***no entregó*** su alma a la Virgen para que le proteja el tesoro de la gracia!

Conclusión: ***busqué un lugar seguro para mi alma***. Miré en la tierra: vi el sol, la luna, las estrellas. Vi casas, campos, hombres. Pero ninguno era lugar seguro. Contemplé al Niño Dios en el seno de la Virgen. Él estaba seguro. ***Yo me esconderé y entregaré a la Virgen*** para no perder la gracia de Dios. ***Ese es lugar seguro***.

e. Pertenecemos a Jesucristo y a María como esclavos

S: Ahora espero que comprendas, con la gracia de Dios, el ***motivo más importante*** que tenemos para ***consagrarnos a la Virgen***.

J: ¿Cuál es padre?

S: Es bueno y ***debemos entregar todo cuanto somos y tenemos –consagrarnos–*** pues ***pertenecemos a Jesucristo***, y por lo tanto a la Santísima Virgen en calidad de esclavos.

J: ¿Cómo? ¿Esclavos? ¿Pero hay todavía esclavos? La esclavitud es cosa de otros tiempos, de la época del Imperio Romano. Hace ya tiempo que se suprimió la esclavitud.

S: Sabía que reaccionarías así. Sí, tienes razón desde el punto de vista histórico: hoy día no hay esclavos con cadenas, amos que tengan miles de servidores. Pero no se trata de esa esclavitud. Tienes que saber que hay varios modos de esclavitud.

J: ¿Cuáles son?

S: 1.º Hay ***esclavitud de naturaleza***. Así todas las cosas creadas, incluso nosotros, dependen, son esclavas de Dios, pues «del Señor es la tierra y todo lo que contiene» (Sal 23,1), el mundo y todos sus habitantes.

2.º Hay ***esclavitud de fuerza***, como la que sufren el demonio y todos los que se condenan, de tal manera que aunque quisieran no podrían salir de su lugar, del infierno.

3.º Hay ***esclavitud de voluntad***. Es la más perfecta y gloriosa, que «mira al corazón» (1 S 16,7) y «pide el corazón» (Pr 23,26). Es la que tienen los santos en el Cielo o los justos en la tierra: es una ***esclavitud de amor*** por la cual las almas eligen, libremente, ***servir a Dios***, es decir, ***hacer sólo su voluntad***. ¿Entiendes?

J: Algo entiendo. Consiste en ***ser esclavo de amor*** o ***siervo de amor***. Pero explíqueme que debe hacer este esclavo de amor.

S: Antes que nada debes saber que ***ser esclavo*** es ***estar sujeto a alguien, depender de alguien, obedecer a alguien, entregarse a alguien, consagrarse a alguien***. El esclavo:

1. Se ***entrega todo entero*** –cuerpo y alma– ***con todo*** lo que posee –material y espiritual– y ***todo lo que puede adquirir***.
2. ***No exige nada*** a su dueño, se contenta con servirlo y amarlo.
3. ***Se entrega para siempre***, y no debe, ni puede, dejarlo sin dejar de cometer una ofensa muy grave, pues con esto no se juega.
4. El dueño tiene ***derecho*** sobre él y puede *comprarlo o venderlo, darle bienes o no*.

5. El esclavo ***no debe quejarse*** de lo que le sucede sino *aceptar* lo que su dueño le mande, y obedecer sus leyes y mandamientos. Y esto no con temor, sino ***con amor, por amor a Jesucristo***, nuestro Dueño.

J: Entiendo que significa ***ser esclavo***. Pero, ¿es justo eso? ¿Quién dice que somos esclavos de Jesucristo?

S: El amo que ***compraba*** un hombre lo tenía por esclavo, esa persona le pertenecía. ¿No?

J: Sí.

S: Si un escultor hace una estatua, dice «esto es mío», «esto me pertenece».

J: Por supuesto.

S: Pero he aquí que «Dios nos creó» (Gn 1,27). Si fuimos «creados por Él y para Él» (Col 1,16) ¿por qué no vamos a ser sus ***esclavos***?

J: Tiene razón, padre.

S: Además mira lo que dice la Biblia: ***ya no nos pertenecemos***, pues ***fuimos comprados*** a gran precio por Jesús (cf. 1 Co 6,19-20).

J: ¿A qué precio?

S: «No con oro ni plata, que son perecederos, sino con la **Sangre preciosa de Cristo**» (1 P 1,18-19). Por lo cual ***somos esclavos de Jesucristo***.

J: Muy bien, padre. El esclavo no se pertenece, no puede hacer «lo que quiere» sino «lo que su Dueño y Señor quiere».

S: Como ves, ***es justo*** que seamos esclavos. Y si no somos esclavos de Jesucristo, lo seremos del demonio, del pecado, de nuestras propias pasiones. ***Antes del Bautismo éramos esclavos del demonio***, pero el ***Bautismo***, que nos borra el pecado original, ***nos ha hecho esclavos de Jesucristo***. Y si estás en pecado, eres esclavo del demonio y del mismo pecado. Esto lo dijo Jesús: «en verdad, en verdad os digo: **el que comete pecado es esclavo del pecado**» (Jn 8,34). Y si haces caso a algún hombre que te desvía de la voluntad de Dios, o a tu propia voluntad, y ***no*** a la de Dios, te haces esclavo de los hombres o esclavo de tus pasiones desordenadas.

J: Ahora comprendo que pertenecemos a Jesucristo en calidad de esclavos. Nos creó, nos redimió y compró con su propia sangre. Eso me obliga a ***hacer en todo su voluntad***.

S: Pero no podemos servirlo como esclavos temerosos, sino ***como esclavos de amor***, por el honor de pertenecerle. No debemos ser esclavos que hacen todo de mala manera sino esclavos que hacen ***todo por amor y con amor***. Que entregan todo ***libremente*** y viven en santa paz y alegría.

J: Pero ¿qué tiene que ver esto con la ***Consagración*** a la Virgen?

S: Como sabes, Jesucristo es Rey (Sal 23,8). Y la Virgen es Reina por ser la Madre del Rey, la Madre de todos los cristianos, y porque ***Dios mismo la ha hecho Reina, Dueña y Señora de todo lo creado***, incluidos nosotros. ¿Puede, acaso, tener esclavos el Rey y no la Reina, Madre del Rey?

Si el miserable rey Herodes le dijo a Herodías: «todo lo que me pidas te lo daré, aunque sea la mitad de mi reino» (Mt 14,7), ¡cuánto más dará el Rey Verdadero y Misericordioso a su Madre la Reina! Como la Virgen Reina tiene el mismo querer que Jesús Rey, ambos tienen los mismos esclavos.

J: ¿Por qué?

S: Porque ***todo lo que es de Dios por naturaleza y necesidad, es de María por gracia***, ***por privilegio y bondad de Dios***.

J: Ahora entiendo.

S: Así, debes hacerte ***esclavo de amor de la Virgen a fin de ser, más perfectamente, esclavo de amor de Cristo***. El más fuerte deseo de la Virgen es unirnos a Jesucristo, su Hijo. Y el deseo más ardiente de su Hijo, es que ***seamos sus esclavos por medio de su Madre***.

J: ¿Y ***en qué consiste*** ser esclavo de amor de la Virgen María?

S: Consiste en:

1. ***Entregarle*** por amor, cuerpo y alma, con todos los bienes interiores o espirituales y exteriores o materiales, pasados, presentes y futuros.
2. ***Contentarte*** con servir y ser esclavo amoroso de esta Madre.
3. ***Consagrarte –hacerte esclavo–*** a Ella ***para siempre***, sin atreverte a dejarla, y si por desgracia algún día llegaras a apartarte, volver rápida y humildemente a sus pies benditos para pedirle perdón y auxilio.

4. ***Esperar*** todo de Ella, tu Dueña, y ***dejarte guiar, formar e instruir por Ella***.
5. ***Obedecer*** las leyes y mandatos que la Reina te imponga, pues Ella los recibe de nuestro Rey, Jesucristo.

J: ¡Oh, qué hermosura! Pero, ¿cómo lo voy a practicar?

S: Luego te lo diré. ¡Cómo desea la Virgen que muchas almas se le ***consagren como «esclavos» de amor***!

¿Acaso no habrá muchas que lo deseen? ¿No se entregarán almas generosas que en sus respectivos estados de vida –religiosa, solteros, casados– ***entreguen todo*** a esta Reina que es nuestra Madre del Cielo? Sí, hubo y habrá muchas. Los beneficios que se reciben son grandiosos y el Rey Jesús es glorificado inmensamente.

¡Mira! Jesús y María nos dieron ejemplo de ser esclavos, siervos. Jesús tomó la forma de siervo haciéndose semejante a los hombres (cf. Flp 2,7) y la Virgen le dijo al ángel: «He aquí la sierva del Señor, hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38). ¡Ellos son nuestros modelos! ¡Debemos imitarlos!

Conclusión: Ser esclavo de amor de la Virgen María para ser esclavo perfecto de Jesucristo. Ser esclavo de amor o siervo de amor es hacer la voluntad de Jesucristo y ***obedecerle***. Ser esclavo de amor es ***estar sujeto*** y ***depender*** en todo de Jesús. Ser esclavo de amor es ***entregar*** todo a Jesucristo. Ser esclavo de amor es ***consagrarse a la Virgen María***.

¡***Conságrate a la Virgen María como esclavo de amor***!

5. Excelencia de la esclavitud de amor

J: Entonces, ¿no es malo estar sujeto a alguien, ser esclavo?

S: No sólo que ***no es malo*** sino ***bueno y muy excelente*** es ser esclavo de amor. Pero sólo respecto a Dios y a la Virgen. De aquí que la ***Consagración*** da mucha gloria a Dios y nos atrae muchos bienes.

J: ¿Y cómo sé que esta esclavitud de amor es buena y excelente?

S: Es buena y excelente porque:

1.º Jesucristo la practicó, se hizo «esclavo».

2.º La Virgen fue «esclava».

3.º Los Apóstoles fueron y se llamaron «esclavos».

4.º Los santos del Antiguo y Nuevo Testamento fueron «esclavos».

5.º Dios nos pide que seamos sus «esclavos de amor». Antes de explicarte esto debes saber que la palabra ***siervo***, en la Biblia significa ***esclavo***, pues antes no había siervos sino solamente esclavos.

6.º Todos nosotros hemos sido contemporáneos de un gran «esclavo de amor»: el Papa San Juan Pablo II, quien en su escudo episcopal tenía la inicial M de María y el lema «*Totus tuus*… Todo tuyo, yo soy, María»[12].

a. Jesucristo se hizo esclavo

J: ¿Dónde puedo ver eso, padre?

S: En la Biblia el Apóstol San Pablo escribe: «Jesucristo se anonadó a sí mismo y tomó la condición de **esclavo**» (Flp 2,7). Y Dios Padre dice de su Hijo Jesús: «He aquí a mi **siervo**, a quien elegí» (Mt 12,18). Jesucristo nos enseña: «No he venido a ser servido sino a **servir**» (Mt 20,28) y además claramente nos dijo: «mi alimento es **hacer la voluntad** de Aquel que me ha enviado» (Jn 4,34), como si dijera: yo no tengo voluntad propia pues ***soy esclavo***. Y nos enseñó a rezar: «… hágase tu voluntad» (Mt 6,10).

J: Bien veo que Jesús se afirmó esclavo. Pero ¿podemos verlo en sus obras?

S: Por supuesto. Jesucristo se hizo esclavo. Piensa en la Encarnación. Durante nueve meses ***estuvo sujeto***, ***obediente***, ***entregado totalmente*** en el seno de la Virgen. Y de tal modo que, ***libremente*** hizo siempre la voluntad de Dios, no la suya propia. Además durante treinta años ***estuvo sujeto*** a sus padres (cf. Lc 2,51).

J: ¡Qué ejemplo y modelo admirable es Jesucristo! Si ***Él se «hizo esclavo» ¿cómo no habré de serlo yo?***

12. San Luis María Grignion de Montfort, *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, 233.

b. La Virgen María fue esclava

S: La Santísima Virgen, lo primero que dijo después del anuncio del ángel fue: «**He aquí la esclava del señor, hágase en mí según tu palabra**» (Lc 1,38) Y luego: «**Porque ha mirado (el Señor) la humillación de su esclava**» (Lc 1,48).

c. Los Apóstoles fueron y se llamaron esclavos

J: ¿Los Apóstoles también vivieron en esta ***esclavitud de amor*** hacia Jesucristo?

S: Sí, San Pablo empieza su Carta a los Romanos: «Pablo, ***siervo*** de Jesucristo» (Rm 1,1). Y también: «Pablo y Timoteo, **siervos de Cristo Jesús**» (Flp 1,1). También el primer Papa: «Simón Pedro, **siervo** y apóstol de Jesucristo» (2 P 1,1).

Es decir, los Apóstoles se consideraron ***siervos***, ***esclavos*** de ***Jesús***, pues a Él le habían entregado todo su cuerpo, su alma y todos sus bienes. Por eso dirá San Pablo: «Sed **esclavos** de Cristo, que hacen de corazón la voluntad de Dios. Servidle con amor» (Ef 6,6).

d. Los santos del Antiguo Testamento fueron esclavos

J: ¿En el Antiguo Testamento vivían los justos como «***esclavos de Jesucristo***»?

S: No, de Jesucristo no, pues aún no había venido. Pero sí se consideraban y vivían como verdaderos ***esclavos*** de Yahvé. Así ***Moisés*** es llamado «**Siervo de Dios**» (Lc 1,69). ***David***, que vivía consagrado a Dios, recurre a Él con confianza en sus necesidades: «salva, Dios mío, a este **siervo tuyo** que en Ti espera» (Sal 85,2), y también «consuela el alma de **tu siervo**» (Sal 85,4). Y mira este texto hermosísimo que nos indica como debemos vivir la ***Consagración***: «Como los ojos de los **siervos** están mirando las manos de sus **amos**; como los ojos de la **esclava** están fijos en las manos de su **señora**; así están **clavados** nuestros ojos en el Señor Dios nuestro» (Sal 122,2). Y también: «Oh Señor, **siervo tuyo** soy, siervo tuyo, e **hijo de tu esclava**» (Sal 115,7). ¿Seríamos tan torpes de no ver aquí una alusión a la ***esclavitud a la Virgen***, ***la esclava del Señor***?

e. Dios nos pide que seamos sus esclavos

J: ¿Cuándo nos pide Jesucristo que seamos «sus ***esclavos*** de amor»?

S: Varias veces nos exhorta a eso: «que quiera ser el **primero** entre vosotros, será **esclavo de todos**» (Mc 10,44) y «Aquel que me **sirva**, mi Padre le honrará» (Jn 12,26). También San Pablo nos dice que «no seamos esclavos del pecado» (Rm 6,6), ni de los a hombres (cf. 1 Co 7,23), ni de las cosas del mundo, ni de los placeres, sino «**esclavos de la justicia**» (Rm 6,19). Es decir, de Jesucristo. Nos pide que seamos «**esclavos** de Cristo, que cumplen de corazón la voluntad de Dios» (Ef 6,6); esclavos de la Justicia y que «**sirvamos** a Dios con santidad y justicia» (Lc 1,75).

Como ves, toda la Escritura nos invita y exhorta a que vivamos en una «santa ***esclavitud***»; en «santo ***servicio*** a Dios»; no como mercenario, o presos, o hijos abandonados, sino como «***esclavos de amor***».

Conclusión: Cristo primero, la Virgen después; los Apóstoles y santos a la vez, nos invitan con gran ardor a que entreguemos nuestras vidas como «***esclavos de amor***».

S: Como te dije, Jesucristo fue esclavo; la Virgen se entregó totalmente quedando al pie de la Cruz; los Apóstoles lo fueron, como San Juan, y Dios nos pide a nosotros que seamos sus «***esclavos de amor***». ¡A ti te lo pide! ¿Serías capaz de negarte?

6. La perfecta Consagración a Jesucristo

Sacerdote (S): Hemos llegado al punto principal, a la esencia misma de lo que es la Consagración. Pues yo te dije que «era necesario consagrarse». Me preguntaste si era «necesaria la devoción a la Virgen» y te he respondido al considerar sus fundamentos, el «por qué» de la Consagración.

Joven (J): Padre, veo claro, por gracia de Dios, la necesidad de la devoción a la Virgen María. Pero me pregunto si es necesario «***el acto especial de Consagración***», ¿no basta con tener «mucha devoción»?

S: Sí, es necesario. Dios quiere que *seamos perfectos* (cf. Mt 5,48), y el «acto de consagrarse» lleva a la perfección nuestra «devoción». Dos novios esperan ansiosamente el momento de casarse, ¿no es cierto?

J: Por supuesto, no creo que quieran ser novios para siempre.

S: Bueno, de manera semejante, nuestra devoción alcanza su perfección en la consagración y en las prácticas que de ella se derivan. Así imitaremos a Jesucristo, «que hizo todo bien» (Mc 7,37).

J: Muy bien, padre.

S: Ya hemos hablado mucho, así que ahora quiero resumirte lo que es la ***esencia***, el ***centro***, lo ***principal*** de la Consagración.

J: Bueno, padre.

S: Lo ***principal*** es que ***nos consagramos a Jesucristo***. Él, es el ***fin de la Consagración***.

¿Cómo hacerlo perfectamente? Por medio de la Consagración a la Virgen María como «***esclavos de amor***». Pues, siendo la Virgen, de todas las creaturas, la más conforme a Jesucristo, la ***devoción que mejor consagra, entrega totalmente y conforma a nuestro Señor es la devoción a la Madre de Dios***. Y cuanto más esté consagrado uno a la Virgen, tanto más lo estará a Jesucristo. En definitiva, ¿qué es consagrarse a Jesucristo? Te lo diré de dos formas, para que lo entiendas mejor. La consagración a Jesucristo es:

A. Una perfecta Consagración de sí mismo a la Virgen María.

B. Una perfecta renovación de los votos del Santo Bautismo.

A. Perfecta Consagración de sí mismo a la Virgen María

S: Perfecta consagración a Nuestra Señora es ***darse por entero a la Virgen para ser enteramente de Jesucristo por Ella***.

J: ¿Qué se le debe ***dar***?

S: 1.º Nuestro ***cuerpo*** con todos sus sentidos.

2.º Nuestra ***alma*** con todas sus potencias.

3.º Nuestros ***bienes exteriores*** (los bienes de fortuna).

4.º Nuestros ***bienes interiores*** y ***espirituales*** (nuestros ***méritos***, nuestras ***virtudes*** y nuestras ***obras***: pasadas, presentes y futuras).

Y esto, ***sin reserva alguna***, ni de un peso, ni de un cabello, ni de la más mínima buena acción que hagamos; y a la vez ***para siempre, por toda la***

eternidad, sin renunciar jamás a la promesa que hacemos al consagrarnos; sin pretender ni esperar nada en recompensa, sino contentándonos con nuestra ofrenda y servicio como «***esclavos de amor***» ***a Jesucristo por Ella y en Ella***.

J: ¿Me puede explicar esos cuatro puntos para saber los deberes que debo cumplir fielmente y con perseverancia?

S: Por supuesto. Y te daré las ***razones positivas y negativas***.

a. Nuestro cuerpo con sus sentidos

1.º Razones positivas

a. Jesucristo «entregó» su cuerpo. Lo consagró

J: ¿A quién o para qué lo entregó?

S: Para servicio de su Padre Celestial, para *hacer su voluntad* (cf. Lc 22,42). Para nuestro bien y para darnos ejemplo de vida.

J: ¿Dónde se muestra eso?

S: En el Evangelio. ***Ofreció su cuerpo*** a partir de la ***Encarnación*** y mantuvo ese ofrecimiento durante toda su vida. Lo ofreció a Dios, dispuesto a soportar toda clase de sufrimientos: frío en el portal de Belén; calor y fatiga por los caminos; hambre y sed, por eso pidió agua a la samaritana (Jn 4,7). ***Ofreció*** su sangre en la ***Cruz***. Sus espaldas para ser castigadas por los azotes y golpes. ***Ofreció*** su divino rostro para que fuese escupido y golpeado. ***Ofreció*** sus pies y manos para ser atravesados por clavos. Su costado para ser atravesado por la lanza. Su cabeza para ser coronada de espinas.

La vida de Cristo fue una «***ofrenda perfecta***», una «consagración perfecta a su Padre Celestial» como «esclavo de amor».

Yo te decía: debemos tender hacia lo más perfecto. Pues bien, Jesucristo «se ofreció hasta la muerte y muerte de Cruz» (Flp 2,8). No sólo eso sino que a tal punto llegó su amor que «***ofreció su Cuerpo y Sangre***» para que todos nosotros nos alimentásemos en ese manjar celestial. Grábate sus propias palabras: «Tomad y comed… esto es mi Cuerpo… esta es mi Sangre… que será entregada **por** vosotros y por todos los hombres para el perdón de sus pecados». Pero, ¿qué dijo después? «**Haced esto en memoria mía**» (Lc 22,19). Además del

mandato a los sacerdotes de realizar la ***Consagración***, de renovar el Sacrificio de la Cruz en todos los altares hasta el fin del mundo –y eso en primer lugar– quiso decirnos en sentido espiritual «**Haced esto… consagraos… entregad vuestro cuerpo y vuestra alma como Yo lo he hecho**».

Y así como al bajar de la Cruz, su Cuerpo fue depositado en las manos de su Madre, así también ***nosotros*** depositemos, consagremos, entreguemos, nuestro cuerpo a Él por medio de Ella.

b. Dios nos pide que consagremos nuestro cuerpo y sus miembros

S: San Pablo dice: «**ofreced** vuestros cuerpos como una víctima viva» (Rm 12,1), es decir, como ***ofrenda a Dios***. Con nuestros cuerpos debemos dar gloria a Dios (1 Co 6,20).

J: ¿Cómo dar gloria a Dios con nuestros cuerpos?

S: Llevando en él «las señales de Jesús» (Ga 6,17), esto es, las señales de la mortificación en todos los miembros; padeciendo, por amor a Jesucristo, frío, hambre, calor, pero sin quejarnos, viviendo como verdaderos ***esclavos de amor de Jesucristo por medio de la Virgen***. Ya que Cristo padeció en su carne, también nosotros debemos sacrificarnos, pues los que son de Jesucristo, los que están a Él consagrados, «han crucificado la carne, su cuerpo con sus malas inclinaciones» (1 P 4,1; Ga 5,24). Y así cumpliremos con nuestro fin, ¿cuál? el de amar a Dios «**con todas las fuerzas**» (Dt 6,7), es decir, aún con las fuerzas del cuerpo.

J: Oh, ¡qué gracia inmensa poder dar gloria a Dios aún con el cuerpo! Pero, ¿hay razones negativas?

2.º Razones negativas

S: Sí, las hay. Dios nos creó con cuerpo y alma. Todo lo que creó fue muy bueno (cf. Gn 1,31). Mas ¿qué pasó con el hombre?

J: En el origen cometió un pecado –que por eso es llamado pecado original–.

S: ¿Y Dios perdonó al hombre?

J: Le perdonó cuando vino al mundo, por eso Jesucristo es llamado Salvador y Redentor.

S: Así es. Sin embargo, y a pesar de que por el Bautismo se nos aplican los méritos de Cristo y se nos borra el pecado original, quedan como huellas del pecado, las malas inclinaciones, los deseos desordenados.

J: ¿Cómo podemos vencer, padre, esas malas inclinaciones?

S: Sobre todo con la mortificación.

J: ¿Y qué más se logra con la mortificación?

S: Con la mortificación:

1.º Damos gloria a Dios.

2.º Nos santificamos –aunque las mortificaciones sean pequeñas–.

3.º Nos preservamos de las caídas en el pecado.

Como el hombre tiene esas malas inclinaciones, hay que sujetar el cuerpo, como a un caballo, para que no se desboque y nos arrastre a la muerte eterna.

J: ¿Entonces es necesaria la mortificación?

S: Totalmente necesaria. Jesucristo se mortificó. La Virgen también. Los santos ponían mucho empeño en esto pues muchas veces, ***la causa de que no seamos santos*** es la falta de mortificación. Por eso dice San Pablo: «**muero** cada día» (1 Co 15,31). Muere cada día a tus malas inclinaciones y malos deseos. Además es el medio de ***dar mucho fruto para Jesucristo***: «si el grano de trigo no muere, permanece solo y no produce fruto» (Jn 12,24-26).

J: Entiendo por qué debemos mortificarnos y la necesidad de la mortificación, pero ¿qué es lo que hay que mortificar?

S: Si queremos ***entregarnos por completo***, consagrarnos a Jesucristo por la Virgen, es preciso ***mortificar todo el cuerpo***.

* La ***vista***: pues dijo Jesús: «si tu ojo es malo, es decir, si ves cosas malas, impuras, deshonestas, ¡arráncatelo!; más te vale ir al cielo con un ojo menos que ser arrojado al infierno con todo el cuerpo». Arráncatelo por medio de la mortificación (Mt 5,29-30). Dile a Jesús: «Apartad, Señor, mis ojos de las cosas inútiles» (Sal 119,37).

* El ***oído***: pues por él entran las palabras, canciones y conversaciones deshonestas. Así como «la fe entra por el oído», así el pecado proviene de escuchar cosas malas en la TV, la radio, el cine; de los malos compañeros…

* La ***lengua***; dice el Apóstol Santiago: «el que no peca por la lengua ya es hombre perfecto y puede tener a raya a todo el cuerpo… Mirad también cómo las naves, aunque sean grandes y estén llevadas de impetuosos vientos, con un pequeño timón se mueven de acá para allá, donde quiere el impulso del piloto. La lengua es un miembro pequeño, pero se gloría de cosas grandes» (St 3,1-5). Y «hablando mucho no faltan pecados» (Pr 10,19).

* El ***gusto***: «quien no procura vencer la gula, en vano se prometerá vencer los demás vicios», dice San Gregorio. No vivimos para comer y beber, sino que comemos y bebemos para vivir. Nuestros primeros padres –Adán y Eva–, como nos lo relata el texto bíblico, fueron tentados por la gula: desearon comer el fruto de un árbol prohibido que se presentaba apetitoso a los ojos. Además, el que está saturado de comida es muy difícil que no experimente tentaciones impuras; y tanto, que dice Santo Tomás: «cuando el demonio tienta con la gula a una persona, y es vencida, deja de tentarla con la impureza.

* La ***imaginación*** para no representarte cosas inútiles. Y sujetarla en la presencia de Dios, que lo ve todo, aún las intenciones de nuestro corazón. Santa Teresa de Jesús la llamaba la «loca de la casa», pues así como una «loca» provocaría desastres en su casa, así la imaginación puede provocar desastres en nuestra alma.

J: ¿Cómo hacerlo en la práctica?

S: Luego te lo diré. Por ahora piensa que te vas a ***consagrar a la Virgen con todo el cuerpo*** como Jesucristo lo consagró, y como Él te lo pide: «Mi yugo es suave» (Mt 11,30), ser esclavo de amor es un yugo suave y una carga ligera. Ven a mí, esclavo de amor, yo te aliviaré y consolaré y «te hablaré al corazón» (Os 2,16).

b. Nuestra alma con sus facultades

1.º Razones positivas

a. Jesucristo entregó su alma. La consagró

J: ¿Cuándo?

S: En un acto especial: en la Cruz, cuando dijo: «Padre, en tus manos **encomiendo mi espíritu**» (Lc 23,46). Pero ya antes, y desde el principio de su vida, había ofrecido su alma para que sufriese. En la Agonía del Huerto de los Olivos exclamó: «Mi alma está triste hasta el punto de morir» (Mt 26,38). Y poco antes de su Agonía, en la Última Cena, dijo: «Mi alma está turbada» (Jn 12,27).

Su alma estaba ***consagrada*** a su Padre de tal manera que ambos tenían un mismo querer, lo que el Padre quería, el Hijo también quería.

Un padre de familia se pone contento cuando un hijo le obedece siempre. De igual manera el Padre Celestial se alegraba en su Hijo obediente: «Este es mi Hijo, en quien mi alma **se complace**» (Mt 12,18).

J: ¿Y su inteligencia?

S: También la consagró. Pues Jesucristo no tenía otra cosa en su mente que la gloria de Dios. Su pensamiento estaba fijo en su Padre Eterno, por eso dijo: «Nadie conoce al Padre sino el Hijo» (Mt 11,27). No se ocupaba casi de las cosas terrenas, por eso las cuentas de dinero las llevaba Judas, y del alimento se encargaban los Apóstoles o alguna de las piadosas mujeres.

J: ¿Y su voluntad?

S: Bueno, ya hemos hablado de ella pero recuerda sus palabras: «No he venido a hacer mi voluntad» (Jn 5,30); «Padre, hágase tu voluntad» (Mt 26,42); y ese era su alimento: «hacer la voluntad del que me ha enviado» (Jn 4,34).

b. Dios nos pide que entreguemos nuestra alma con sus potencias

J: ¿Cuándo nos pide que le consagremos el alma?

S: Dios nos pide que estemos ***entregados y consagrados a Él*** de tal manera, que le «amemos con toda el alma» (Mt 22,37). Y Jesús durante su predicación exhortó a sus discípulos y a toda la gente a no preocuparse tanto de lo material, de lo pasajero, sino sobre todo ***del alma***. Ella es la que irá al Cielo o al infierno: «No temáis a los que matan el cuerpo pero no pueden matar el alma. Temed a aquel que puede llevar el alma al fuego eterno» (Mt 10,28). Pues «¿De qué te vale ganar el mundo entero –honores, fama, riquezas–, si pierdes tu alma?» (Mt 16,26); «¿Acaso no vale más la vida del alma que el alimento y el vestido?» (Mt 6,25).

San Pedro nos dice que «*confiemos las almas al Creador fiel*» (1 P 4,19); que se la entreguemos para que no se pierda por el pecado mortal; que ***consagremos nuestro espíritu*** al «Pastor y Guardián de nuestras almas», Jesucristo (1 P 2,25).

J: ¿Debemos consagrar también nuestra inteligencia?

S: Jesucristo quiere ser el Dueño de nuestros pensamientos. Quiere que pensemos en las cosas de arriba, del Cielo, ***no*** en las de la tierra (Col 3,2); que «amemos a Dios con toda nuestra mente» (Lc 10,27). Por eso San Pedro, antes de recibir el Espíritu Santo, fue reprochado duramente por Cristo quien le dijo: «Apártate de mí Satanás, pues **no piensas lo de Dios**, sino lo de los hombres» (Mt 16,23).

El que no está consagrado a Cristo como «esclavo de amor» se caracteriza por tener la mente corrompida (2 Tm 3,8).

J: Gracias, padre, por sus consejos. Recuerdo lo que me dijo sobre la consagración de la voluntad; que debemos hacer lo que Dios quiere.

S: Exacto. Si quieres ser un cristiano verdadero, cumple la voluntad de Dios. De lo contrario: ¿para qué rezamos en el Padrenuestro: «hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo»? No seamos falsos e hipócritas. No queramos engañar a Dios. No busquemos perder nuestras almas.

2.º Razones negativas

J: ¿Cuáles son, padre, las razones negativas?

S: En general ya las hemos visto. El alma en pecado mortal se condena. No tiene salvación posible.

J: Y el que durante toda su vida permaneció en gracia, y rezó, y se mortificó, pero justo antes de morir comete un pecado mortal y no se arrepiente, ¿va al infierno?

S: Sí, si no se arrepiente va al infierno; no hay remedio.

La doctrina de Jesucristo es clara. Sin embargo no tengamos miedo, pues la ley del cristiano ***no es* «*temer a Cristo*»** sino, principalmente, ***enamorarse de Jesucristo***. Amar más a Jesús, ***ser su* «*esclavo de amor*»**. Recuerda: Dios creó nuestra alma. Ella es imagen y semejanza de Dios. Pero, además, si tenemos

el alma en gracia de Dios, es decir, sin pecado mortal, en nosotros vive Dios, habita Dios mismo. «No sabéis que vosotros sois templos vivos de Dios» (2 Co 6,16); «Sois templos del Espíritu Santo» (1 Co 3,16). Y «Si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él».

Consagra tu alma a Dios

Dios me ha dado cuerpo y alma pero el alma vale más, pues el alma entiende y quiere, y además es inmortal.

¿*Cuál es nuestra única necesidad*?: ***Salvar el alma***.

La ciencia más acabada
es que el hombre bien acabe
pues al fin de la jornada
el que se salva sabe,
y el que no, no sabe nada.

c. Nuestros bienes exteriores

J: ¿Qué significa ser «pobres de espíritu», como dice Jesús (Mt 5,3)?

S: Hay diversos tipos de pobreza:

1. Hay una ***pobreza material***, como la de aquel que no tiene cosas materiales: auto, dinero, casa…
2. Hay una ***pobreza de espíritu***; la de aquellos que tienen bienes de fortuna pero no tienen el corazón puesto en esas riquezas, sino que viven ***desprendidos*** de todos los bienes terrenos.
3. Y la ***pobreza evangélica***, propia de los que son religiosos y que «no tienen nada propio», porque Dios los ha llamado a ese estado de vida. Son los que hacen el ***voto de pobreza***. ¿Entiendes?

J: Sí; ¿todos deben ***consagrar a Dios los bienes***?

S: Sí, ***todos***. Uno puede ser pobre materialmente y sin embargo quejarse siempre, echarle a Dios la culpa de todo, vivir deseando tener muchas riquezas. Pero en cambio, un alma, por pobre que uno sea materialmente, si vive ***entregada*** a Dios, vive alegre, confiando en la Divina Providencia; sabe que *las aves del cielo ni siembran ni siegan*, *y no tienen graneros y sin embargo el Padre Celestial*

las alimenta. ¿Cómo no le dará a él alimento si *vale mucho más que las aves*? Por eso, esa alma ***consagrada*** *busca el Reino de Dios y su justicia* y sabe que *lo demás se le dará por añadidura* (Mt 6,25-33).

J: ¿Y los que tienen riquezas materiales?

S: Estos deben estar dispuestos a despojarse de esos bienes si Dios así se lo pide. ¿Conoces el caso del joven rico del Evangelio?

J: No.

S: Había un joven que se acercó a Jesús y le dijo: *Maestro*, *¿qué debo hacer para alcanzar la vida eterna?* Jesús le dijo que debía cumplir todos los mandamientos de Dios. El joven le respondió: *todos esos mandamientos los he guardado desde mi juventud*. Jesús lo miró, le amó, y le dijo: *Ve*, ***vende todo lo que tienes*** *y sígueme*. El joven no se animó y se alejó triste.

J: ¿Por qué?

S: Porque era muy rico y no quería desprenderse de esas riquezas (cf. Lc 18,18-23). ***Si Dios te pide que dejes todo***: padre, madre, hijos, hermanos, casa, ***debes dejarlo todo*** y seguir a Jesucristo.

J: ¿Y a los que Dios no les pide eso?

S: Dios no llama a todos a que dejen la totalidad de sus bienes, ni invita a todos a hacerse religiosos, pero ***a todos*** los llama a la ***pobreza espiritual***. A vivir desapegados de las cosas de este mundo. A no poner el corazón en ellas.

Toda cosa creada debe ser para el hombre, un ***medio*** para elevarse a Dios, para aumentar en sí el amor a Jesucristo. En el uso de las creaturas –comida, vestido, dinero, amigos, familiares, deportes, estudio– el cristiano no debe buscar sino acercarse más a Dios, practicar las virtudes, cumplir sus obligaciones y huir del pecado.

1.º Jesucristo practicó la pobreza

Siendo Jesucristo riquísimo, dueño del universo, se hizo pobre por nosotros, en tal grado que, teniendo los zorros sus cuevas y las aves sus nidos, Jesús no tenía dónde reclinar su cabeza (cf. Mt 8,20). Nació en un pesebre y murió desnudo en una Cruz. Nació de madre pobre. Escogió a sus apóstoles de entre los pobres. Y vistió pobremente.

2.º Dios nos pide que seamos pobres de espíritu

A todos nos dice: «Bienaventurados los pobres de espíritu, pues de ellos es el Reino de los Cielos» (Mt 5,3). San Pablo escribe: «Conocéis bien la generosidad de nuestro Señor Jesucristo, el cual, **siendo rico**, **por nosotros se hizo pobre**, a fin de que os hagáis ricos con su pobreza» (2 Co 8,9).

A los ricos, en cambio, les previene con energía: «un rico difícilmente entrará en el Reino de los Cielos… es más fácil, a un camello, pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el Cielo» (Mt 19,23-24), pues las preocupaciones del mundo y la seducción de las riquezas pueden acabar por ahogarle el corazón, hacerlo como de piedra de modo que se pierda en él la Palabra de Dios (Mt 13,22).

Al rico apegado a sus bienes Jesucristo le dirá en el Juicio Final: «vuestra riqueza está podrida» (St 5,2). Al rico desapegado, en cambio le dirá: «**conozco tu pobreza**, **aunque eres rico**» (Ap 2,9).

J: ¿Hubo ricos en el Evangelio que vivieron desapegados como Dios quiere?

S: Sí, los hubo. Los Reyes Magos eran muy ricos: tenían oro, incienso, mirra y muchos tesoros. Pero vinieron desde lejos al pobre pesebre de Belén y adorando al Niño Dios le ***ofrecieron*** todo a ese pobre Rey de Reyes.

Por eso Cristo nos recomendó que atesoremos «tesoros en el Cielo, donde ni la herrumbre, ni la polilla la consumen, ni hay ladrones que las roben» (Mt 6,20). Deberás ir atesorando obras perfectas, oraciones, buenas obras, mortificaciones, Misas bien escuchadas, ejemplos de vida, confesiones bien hechas, etc.

d. Nuestros bienes interiores

S: Te voy a explicar un punto ***muy importante*** de esta Consagración, que al mismo tiempo que la diferencia de toda otra devoción, le da una gran eficacia, me refiero al desprendimiento de los bienes interiores.

J: ¿Cuáles son esos «bienes interiores»?

S: Como sabes, Dios nos pide que hagamos obras buenas. Y por «nuestras obras» seremos juzgados en el momento de la muerte y en el segundo juicio: el Juicio Final.

J: Sí, padre.

S: Así como el que trabaja merece su salario, así también Dios nos da un ***premio***, una recompensa, por cada obra buena que hacemos. Por tales obras ***merecemos*** gracias de Dios en la tierra y una vida más gloriosa en el Cielo. Es lo que se llama el ***valor meritorio*** de las obras.

J: ¿Y si pecamos?

S: Si pecamos, debemos confesarnos. Cuando nos confesamos, Cristo nos perdona por medio del sacerdote. Pero el pecado tiene como dos caras: una, la ***ofensa*** hecha a Dios; la otra es el ***castigo*** o ***pena temporal*** que merecemos por haberle ofendido.

Ahora bien, Dios nos perdona la ***ofensa*** de ese pecado, y por la penitencia que nos impone en la Confesión (por ejemplo, rezar tres Padrenuestros o cinco Avemarías u otras penitencias) nos perdona sólo una *parte* del castigo.

J: ¿Y la otra parte, cómo se nos perdona?

S: Se nos perdona cuando ***satisfacemos*** o ***reparamos*** por nuestros pecados.

J: ¿Por ejemplo, padre?

S: Mira: si le pegaste a tu hermano o robaste algo y te confiesas, el sacerdote te absuelve y a la vez te impone una penitencia. Una vez que cumplas con ella, aún te queda la otra parte, la ***reparación***, que o se cumple *aquí en la tierra* con oraciones, sacrificios, obras de caridad y si no, *después de muerto*, en el ***purgatorio***. ¿Entiendes?

J: Sí, padre.

S: ¿Sabés qué son las ***indulgencias***[13]?

J: No, padre Alfredo.

S: Es un premio que da la Iglesia cuando cumplimos alguna obra determinada, y que nos vale como remisión o perdón, de las penas debidas por el pecado. Es decir, la Iglesia otorga esas gracias para «cumplir» con esa deuda: la pena temporal. Así que si uno gana muchas indulgencias puede llegar a ir al Cielo sin pasar por el purgatorio.

Hay ***indulgencias parciales***, que nos perdonan ***parte*** de la pena temporal.

13. Cf. A. Royo Marín, *Teología Moral para seglares*, BAC, Madrid 1994, t. II, pp. 462-472.

Hay también ***indulgencias plenarias***, que nos perdonan ***toda*** la pena temporal, como las que otorga el Papa a toda la Iglesia en Pascua, Navidad u otras fiestas. O, cada día:

1.º Adorando el Santísimo Sacramento por lo menos durante media hora.

2.º Rezando 5 misterios del Santo Rosario en una iglesia u oratorio, o en comunidad.

3.º Leyendo la Biblia por 30 minutos.

4.º Rezando el Santo Vía Crucis.

El que se consagra a la Virgen, como te decía, le ***entrega*** no sólo los ***bienes exteriores*** sino también ***todos sus bienes interiores***. Esos bienes interiores son:

1.º El *valor meritorio* de las propias obras: el premio que se merece por cada acción buena.

2.º El *valor satisfactorio*: por el cual se perdona la pena que se ha de pagar por los propios pecados (pena temporal).

3.º Las *indulgencias*.

4.º Las *gracias* que se reciben.

5.º Las *virtudes*.

Todos esos ***bienes interiores los entregamos***, ***los consagramos a Jesucristo por medio de María***; se los damos ***para que Ella los conserve, aumente, embellezca*** con sus méritos, y ***los presente a Jesucristo***. Y le damos ***todos*** esos bienes ***para que Ella los comunique a quien quiera*** (parientes, amigos, almas del purgatorio, difuntos, etc.).

J: Pero padre, si le damos todo el valor de nuestras obras, ¿no podemos siquiera ofrecerlas por nuestros familiares?

S: No, no es así.

1.º Pensar que, por estar consagrados, nuestros familiares se van a condenar es ofender la bondad de nuestro Señor y de la Virgen.

2.º Debemos rezar por todos ellos pero con esta intención: que sea Ella quien aplique el valor de nuestras obras según su voluntad.

3.º Además, muchas veces, no sabemos quién de nuestros parientes necesita más de nuestras oraciones, o a lo mejor nos olvidamos de alguno. Pero la Virgen, que nunca se olvida de nadie, y que conoce quién está más necesitado, sabrá muy bien a quién aplicar los méritos de nuestras obras.

J: ¿Cómo practicar esto en la vida cotidiana, padre?

S: 1.º Ante todo trayendo frecuentemente a tu ***recuerdo*** que ***todo lo has dado***, que ***no eres dueño de tus acciones ni del valor de tus acciones***, lo cual te tiene que llevar a ***mejorar cada acción*** sabiendo que es para el bien del prójimo.

2.º Asimismo llenándote de ***confianza en la Virgen***, sabiendo que tus familiares y seres queridos están bien protegidos pues no dependen de hombre alguno, sino de la Virgen, y en último término, de Jesucristo, que quiere que todos se salven.

3.º Finalmente tendiendo ***a amar a Dios con todo***, ***a entregarte sin medida***, pues la medida del amor a Dios es amarle sin medida, pensando que si lo entregaste todo, ¡cuánto más te dará Dios! Que si un alma se olvida de sí misma, y no respira sino la gloria de Dios, el reino de Jesucristo, por medio de su Madre, que se sacrifica enteramente, ¿acaso será castigada por Dios en el otro mundo por haber sido más generosa en la entrega?

¡Muy al contrario! ¡Verás pronto los ***frutos*** de esta ***Consagración***! Pues aquí en la tierra, ya que quieres amar tanto a Dios, todo sucederá para tu bien (cf. Rm 8,28), hasta que por fin alcances el premio que Dios tiene preparado en el Cielo a aquellos que le aman.

J: Una última pregunta: ¿es lo más perfecto entregar aún los bienes interiores?

S: Ciertamente:

1.º Es más perfecto, pues se entrega no ya lo exterior, sino lo ***interior*** de uno mismo, lo cual no lo hacen necesariamente los religiosos ni los sacerdotes. Pues el religioso entrega su cuerpo por la castidad; su fortuna, por la pobreza; y su voluntad, por la obediencia; pero no le da a Dios el derecho de disponer del valor de sus buenas obras.

2.º Y también es más perfecto pues ***se hace por manos de la Santísima Virgen***.

Conclusión: Quien entienda el sentido de esta Consagración debería exclamar con Santa Teresa estos versos:

«*Vuestra soy*, *para Vos nací*,
¿qué mandáis hacer de mí?

Soberana Majestad,
Eterna sabiduría,
Bondad buena al alma mía,
Dios, alteza, un ser, bondad,
la gran vileza mirad
que hoy os canta amor ansí.
¿*Qué mandáis hacer de mí*?

Vuestra soy, pues me criastes;
vuestra, pues me redimistes;
vuestra, pues que me sufristes;
vuestra, pues que me llamastes;
vuestra, pues me conservastes;
vuestra, pues no me perdí.
¿*Qué mandáis hacer de mí*?

¿Qué mandáis, pues, buen Señor,
que haga tan vil criado?
¿Cuál oficio le habéis dado
a este esclavo pecador?
Veisme aquí, mi dulce Amor,
Amor dulce, veisme aquí.
¿*Qué mandáis hacer de mí*?

Veis aquí mi corazón,
yo le pongo en vuestra palma.
Mi cuerpo, mi vida y alma,
mis entrañas y afición;
Dulce Esposo y redención,
pues por vuestra me ofrecí,
¿*Qué mandáis hacer de mí*?

Dadme muerte, dadme vida;

dad salud o enfermedad,
honra o deshonra me dad,
dadme guerra o paz cumplida,
flaqueza o fuerza a mi vida,
que a todo diré que sí.
¿*Qué queréis hacer de mí*?

Dadme riqueza o pobreza,
dad consuelo o desconsuelo,
dadme alegría o tristeza,
dadme infierno o dadme cielo,
vida dulce, sol sin velo,
pues del todo me rendí.
¿*Qué mandáis hacer de mí*?

Si queréis, dadme oración,
si no, dadme sequedad,
si abundancia y devoción,
y si no esterilidad.
Soberana Majestad,
sólo hallo paz aquí.
¿*Qué mandáis hacer de mí*?

Dadme, pues, sabiduría,
o por amor ignorancia.
Dadme años de abundancia
o de hambre y carestía,
dad tiniebla o claro día,
revolvedme aquí o allí.
¿*Qué mandáis hacer de mí*?

Si queréis que esté holgando,
quiero por amor holgar.
Si me mandáis trabajar,
Morir quiero trabajando.
Decid dónde, cómo y cuando.
Decid, dulce amor, decid.
¿*Qué mandáis hacer de mí*?

Dadme Calvario o Tabor,
desierto o tierra abundosa.
Sea Job en el dolor,
o Juan que al pecho reposa;
sea viña fructuosa
o estéril, si cumple ansí.
¿*Qué mandáis hacer de mí*?

Sea José puesto en cadenas
o de Egipto Adelantado,
o David sufriendo penas,
o ya David encumbrado.
Sea Jonás anegado,
o libertado de allí.
¿*Qué mandáis hacer de mí*?

Esté callando o hablando,
haga fruto o no le haga,
muéstreme la Ley mi llaga,
goce de Evangelio blando,
esté penando o gozando,
sólo Vos en mí vivid.
¿*Qué mandáis hacer de mí*?

Vuestra soy, *para Vos nací*.
¿*Qué mandáis hacer de mí*?»[14].

B. Perfecta renovación de las promesas del Santo Bautismo

J: Padre Alfredo, sé que cuando me bautizaron, mis padrinos tomaron tres compromisos en lugar mío.

S: ¿Sabes cuáles son?

J: Sí: renunciar al mundo, al demonio y a la carne. ¿Hay alguna relación entre la ***Consagración a Jesucristo por medio de la Virgen como esclavo de amor*** y la ***renovación de las promesas del Santo Bautismo***?

14. Santa Teresa de Jesús, *Poesías*, 2.

S: Por cierto. Antes del Bautismo, en razón del pecado original, éramos *esclavos del demonio*. Al renunciar en el Bautismo a Satanás, nos entregamos a Jesucristo como esclavos de amor y lo reconocimos como Dueño y Soberano nuestro.

Pues bien, ***en la Consagración renovamos la renuncia al mundo, al demonio y a la carne, y nos hacemos sus esclavos de amor***.

Tal consagración es muy conveniente por dos razones:

1.º Porque la maldad que hay en el mundo se debe al olvido de las promesas del Bautismo;

2.º Porque la *Consagración* es como una renovación más perfecta de esas promesas:

* es más *personal*;

* es una *renuncia mayor*;

* Se hace por un *medio perfecto*.

J: ¿Cómo es eso padre?

S: Vamos por partes: dijimos que hay en el mundo un ***olvido de las promesas bautismales***.

En el Antiguo Testamento se relata cómo muchos hombres *olvidaron* lo que Dios les mandaba y comenzaron a pecar. Entonces Dios los castigó con el Diluvio Universal, del cual sólo sobrevivieron Noé y su familia, pues guardaban la Ley de Dios. Pero, luego, nuevamente, muchos descendientes de Noé quisieron vivir malamente, ***olvidaron los preceptos de Dios***, y así el mal, los pecados y los vicios, se extendieron por todas partes.

Los miembros del pueblo de Israel –el pueblo elegido por Dios– ***servían a Dios*** y ***Dios los amaba***. Los liberó de la esclavitud de los egipcios, los hizo cruzar milagrosamente el Mar Rojo y los acompañó luego con muchos milagros. Cuando iban por el desierto ***Dios los guiaba***: tuvieron hambre y les envió el maná del cielo y codornices; tuvieron sed y les dio agua. El pueblo judío debía adorar a Dios solamente. ¿Sabes lo que hicieron?

J: No.

S: Como no tenían confianza en Dios, en cierta oportunidad en que Moisés estaba sobre el monte Sinaí, hablando con Dios, y como tardase en volver, se hicieron un becerro de oro y lo adoraron.

J: ¡Oh! Eso es un pecado muy grave ¿no?

S: Gravísimo, es ***idolatría***.

J: ¿Y por qué hacían eso?

S: Porque ***habían olvidado la Ley de Dios*** y los milagros y favores que Dios había hecho en favor de ellos. Era un pueblo desagradecido, de dura cerviz, que quería vivir a su gusto, según los antojos de su corazón, y no según la ley que Dios les había dado: los mandamientos. Era un pueblo necio e insensato.

J: ¿Y cómo debían hacer para mejorar?

S: Debían sobre todo ***recordar*** los beneficios de Dios y no pecar más. Por eso Dios les decía: «Amarás al Señor tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma, con todas tus fuerzas. Las palabras que hoy te digo ***quedarán en tu memoria***, y se las ***repetirás*** a tus hijos, estando en casa o yendo de camino, acostado o levantado» (Dt 6,5-7).

Acaso ¿no pasa eso hoy? Los que pecan, ¿no es porque ***olvidan los mandamientos de Dios y los preceptos de la Iglesia***? ¿No es porque prefieren ser esclavos por temor de Satanás y no esclavos por amor de Jesús en María?

J: Sí, padre Alfredo, tiene razón.

S: Por eso, la ***Consagración*** será de mucho provecho, pues trae consigo el ***recuerdo de las promesas del Bautismo***.

Es una Consagración perfecta.

S: Te voy a decir por qué es perfecta:

1.º Es ***más personal***. En efecto, ¿quiénes hicieron las promesas del Bautismo?

J: Nuestros padrinos.

S: Así es. La Consagración a la Virgen como esclavo la haces, en cambio, ***voluntariamente***, con conocimiento de las obligaciones que debes cumplir y por tu propia boca, de manera que no puedes echar la culpa a nadie por no ser un perfecto esclavo de amor.

J: Tiene razón, padre, si no cumplo lo que la Consagración me exige será culpa mía, sólo mía.

S: Si por desgracia no la llegaras a cumplir siempre te quedará poder decir con David: «Reconozco mi culpa Señor, tengo siempre presente mi pecado; contra Ti, contra Ti sólo pequé haciendo lo que es malo a tus ojos» (Sal 50,5-6).

Además:

2.º Es una ***renuncia mayor***.

J: ¿Por qué, padre? ¿Se puede renunciar a algo más que al mundo, al demonio y a la carne?

S: Sí. Para que la ***entrega sea más total*** deberás ***ofrecer tu cuerpo, tu alma*** y sobre todo, ***los bienes exteriores*** e ***interiores***, es decir, los méritos de las buenas obras –como te decía– y todo eso, ***consagrarlo a la Virgen como esclavo de amor***.

También:

3.º Se ***hace por un medio perfecto***.

Porque en el Bautismo lo hiciste por medio de tus padrinos. Y aunque lo hubieses hecho tú mismo, sería imperfecto.

J: ¿Por qué?

S: Porque te apoyarías en tus fuerzas, en tus buenas obras, cuando en el fondo no somos sino pecadores. En cambio, esta renovación de las promesas la haces por mediación de la Virgen, que ***es el medio perfecto para consagrarse a Jesucristo***. No confiemos en nosotros sino en las grandezas y virtudes, en la santidad de la Virgen que es la que «fue mirada con bondad por Dios» (Lc 1,48); y es «bendita entre todas las mujeres» (Lc 1,48).

J: Oh, padre, ¡qué excelente es esto! ¡Cuánta gloria para Dios! ¡Qué seguridad para llegar al Cielo!

Conclusión:

Nací para ser ***tuyo***,
viviré si esta gloria conservare
la libertad rehuyo;
y mientras yo reinare,

olvídeme de mí, si te olvidare.
A ti solo me ***ofrezco***
a ti ***consagro*** cuanto alcanzare,
sin ti nada merezco;
y mientras yo reinare,
olvídeme de mí, si te olvidare.

7. Práctica de la Consagración

Sacerdote (S): Llegó el momento de explicarte los aspectos prácticos de esta Consagración.

Joven (J): ¿En qué consisten padre?

S: Hay prácticas interiores y exteriores.

J: ¿Son necesarias tales prácticas?

S: Sí, muy necesarias pues la fe se manifiesta por las obras. Qué te parece: Si me dijeras que quieres a tu madre pero no la saludas nunca, ni de mañana ni de noche, jamás le dieras un beso ni le hablases, ¿habría amor a tu madre?

J: No, no habría muestras de amor en ese caso.

S: Así es. ***Las prácticas***, tanto *exteriores* como *interiores*, ***son***, entonces, ***necesarias***. Pero lo son, además, por tres razones:

1.º ***Porque las prácticas exteriores ayudan a las interiores***. Nosotros nos guiamos mucho por lo exterior, lo sensible. Así; por ejemplo, cuando expresas tu devoción a la Virgen poniendo algún acto exterior –haciendo una peregrinación–, eso te ayuda a amarla más, lo cual es interior.

2.º ***Porque sirven para la edificación del prójimo***.

Si haces una buena acción –rezar el Rosario, ir a Misa– «para que te vean» cometerías un pecado de vanidad. Pero si uno hace una obra exterior con el fin de dar gloria a Dios y con esa obra el prójimo queda edificado, eso sí está bien. Por eso dijo Jesús: «Que los hombres vean nuestras buenas obras y glorifiquen al Padre que está en los cielos» (Mt 5,16).

3.º Porque le ***recuerdan al hombre*** que el fin último no está en la presente vida, sino que debe dar gloria a Dios, etc.

J: Padre, ¿cómo hacer para que esas prácticas exteriores sean ***perfectas***, agradables a Dios?

S: Muy buena pregunta:

1.º ***Hacerlas***, ante todo, ***para la mayor gloria de Dios***: no para que me vean o para que hablen bien de mí, me aplaudan o den premios terrenos, sino para gloria de Dios. Es muy importante el motivo por el cual obramos. ¡Hay muchas mujeres –por ejemplo– que se mortifican en el comer pero no lo hacen para gloria de Dios sino para adelgazar. Esas obras no le sirven de nada delante de Dios.

2.º ***Con atención, sin distracciones voluntarias***.

¿De qué te vale, por ejemplo, rezar el Rosario si piensas en el partido de fútbol, o en las clases o el trabajo?

J: Pero, ¿si involuntariamente me distraigo?

S: En ese caso, apenas te des cuenta de que estás distraído, pides perdón a Dios y te pones a pensar tranquilamente en lo que haces como si nada hubiese ocurrido.

3.º ***Con devoción, sin apresuramiento ni negligencia***.

Hay muchos que, en vez de rezar, parece que corrieran una carrera a ver quién dice más palabras por minuto. Lo único que les interesa es terminar cuanto antes para ir a jugar o a dormir o para no hacer nada. De esas personas Dios dijo apenado: «Este pueblo me honra con los labios pero su corazón está lejos de Mí» (Mt 15,8).

4.º ***Con modestia de cuerpo, postura respetuosa, y edificante***. Recuerda que ***Dios te está mirando***. Que si estás en el templo, ese lugar es sagrado, no es una cancha de fútbol ni un lugar para comentar tus problemas o hablar de pavadas.

Bien. A ver si te acuerdas lo que hemos hablado el otro día. ¿En qué consistía la Consagración a la Virgen como esclavo de amor?

J: a. En entregar el cuerpo y sus sentidos.

b. El alma y sus facultades.

c. Los bienes exteriores.

d. Los bienes interiores.

S: Muy bien. Te voy a indicar algunas prácticas[15] para que entregues tu cuerpo manifestando, aún con él, que eres esclavo de amor de Jesús por María.

a. Consagración del cuerpo y los sentidos

1.º La vista

1.º No mirar ni en la TV, ni en revistas, ni en cine, ni en la calle a personas vestidas indecentemente; fotos inmorales, bailes provocativos, comedias o películas impúdicas.

2.º Dejar de mirar –***algunas veces***– cosas innecesarias, curiosas, sobre todo en lugares públicos. Ejemplo: no mirar un avión que oímos volar, un coche, una persona, algo insólito que sucede alrededor nuestro. E interiormente decir: «***por amor a Ti, oh, Madre y Reina mía***».

3.º Cuando no quieras mortificarte, mira los árboles, las flores, los edificios, las personas y eleva tu espíritu al Creador de todo eso diciendo: «Si esto es tan hermoso, cuánto más lo será el Cielo», o «gracias, Dios mío, pues todo esto lo hiciste para mí».

4.º Esperar un rato para leer el diario o una carta.

5.º Mirar y saludar cortésmente a una persona que me es antipática.

2.º El oído

1.º No escuchar cuentos impuros, canciones o conversaciones deshonestas. No escuchar jamás –e incluso reprender al que lo hace– chistes en los cuales se «juegue» con Dios o con las cosas de Dios. Si te toca un caso así:

a. Repréndelo.

15. 1.º Toda práctica exterior deber hacerse con espíritu interior, elevando la mente y el corazón a Dios –como luego se dirá– de lo contrario sirven de muy poco; 2º El hecho de que se enumeren muchas prácticas ***no quiere decir que se deben realizar todas, todos los días***, sino una o dos por día; o hacer una mortificación –no comer el postre– durante tres días o una semana.

b. Márchate del lugar.

c. O pon rostro serio y no te rías.

2.º No escuchar murmuraciones, chismes, defectos de otras personas o cosas mundanas.

3.º A veces privarse incluso de escuchar una música agradable; o un partido de fútbol; o una novela por radio… Y en cada mortificación decir: ***renuncio a mí mismo y me consagro a ti, oh Madre mía***.

3.º El olfato

1.º No utilizar algunas veces perfumes.

2.º No poner mala cara al sentir un mal olor.

3.º Oler voluntariamente olores desagradables.

4.º La lengua

1.º No hablar de las virtudes propias o de las buenas obras hechas.

2.º No contar defectos ajenos.

3.º No quejarse de los dolores que uno tiene.

4.º No levantar la voz con tono de soberbia.

5.º No «ventilar» a vecinos problemas familiares.

6.º No decir palabras inútiles ni impuras.

7.º No decir cosas con doble sentido.

8.º Callarse en vez de contestar.

9.º Contestar con dulzura.

10.º Reírse moderadamente.

11.º No hablar en el templo.

12.º Hablar con Jesús, presente en mi alma por la gracia.

13.º Hablar de Dios o de temas religiosos con los demás.

14.º Hablar con los que no nos llevamos bien.

5.º El tacto

1.º No golpear a los compañeros.

2.º No tirar las cosas que sirven (pan, lápices).

3.º No romper elementos de casa (sillas, mesas); ni del colegio (pupitres), ni de la calle.

4.º Levantar los papeles tirados.

5.º No poner sin necesidad las manos en los bolsillos.

6.º Poner las manos juntas cuando rezamos (¡sin miedo!); y no apoyarse en los bancos del templo como si fuesen un mostrador.

Y decir ***renuncio a mí mismo y me consagro a Ti, oh Madre mía***.

6.º El gusto

1.º Tomar café sin azúcar.

2.º No condimentar el alimento desabrido.

3.º Cuando tenga mucha sed, esperar para tomar agua.

4.º Comer lentamente el alimento que no me gusta.

5.º No comer pan fresco.

6.º En cada comida privarse de una cosita.

7.º Privarse de tomar una bebida o el postre, o el cigarrillo.

8.º No comer fuera del horario acostumbrado.

9.º ***Rezar*** antes y después de comer.

10.º No quejarme jamás de la comida.

11.º Escoger la fruta menos apetitosa o el pedazo de carne más chico.

12.º Comer más de lo que no me gusta.

7.º La imaginación

1.º Tenerla ocupada en cosas útiles.

2.º No imaginarme malas escenas.

3.º Imaginarme pasajes de la vida de Jesús y de la Virgen María.

4.º No imaginarme hechos en los cuales soy el personaje más importante, el héroe, etc.

Y siempre diré: ***renuncio a mí mismo y me consagro a Ti, oh Madre mía***.

8.º De todo el cuerpo

1.º No quejarme del frío o del calor.

2.º No quejarme si tengo algún dolor corporal.

3.º Guardar buena posición del cuerpo estando solo.

4.º O ante otros…

5.º Estar bien sentado y bien parado.

6.º No cruzar las piernas.

7.º Privarme de algún recreo o descanso.

8.º Ofrecer un recreo para visitar a Jesús Sacramentado.

9.º Buscar las posiciones menos cómodas.

10.º Permanecer de rodillas por más tiempo.

11.º Levantarme de la cama rápidamente.

12.º No perder el tiempo.

13.º No mirarme en el espejo sin necesidad.

14.º No querer estar siempre a la moda.

15.º Cumplir puntualmente los propios deberes.

16.º Elegir los trabajos que menos gustan.

Y tendrás muchas ocasiones de mortificarte. Recuerda que lo importante no es tanto la cantidad como el hacer todo con ***mucho amor a Jesús por medio de María Santísima***. Dios te inspirará muchas cosas más y te hará avanzar rápidamente por el camino de la santidad.

b. Consagración del alma y las facultades

1.º La inteligencia

1.º Pensar en cosas provechosas.

2.º Leer libros buenos (sobre todo la Biblia).

3.º No pensar mal del prójimo.

4.º Pensar que Dios me está mirando.

5.º No querer leer lo que dicen los libros malos.

6.º Cumplir lo que me dicen mis padres y mis maestros.

7.º No pensar bien de mí mismo.

8.º No querer imponer mi propio juicio.

9.º No criticar sin razón.

2.º La voluntad

J: Padre, ¿cómo saber cuál es la voluntad de Dios?

S: Primero: ***pedir*** en la oración la gracia de conocer su voluntad; ***decir***: «Señor, ¿qué queréis que haga?»; ***pensar*** ¿qué haría Jesús en mi lugar como «buen esclavo de amor»?; ¿qué haría la Virgen en mi lugar siendo la «esclava de Dios»?; cuando no sepa qué hacer, inclinarme por lo más mortificado.

J: Bien, padre Alfredo, y ¿qué prácticas puedo hacer?

S: 1.º Actos contrarios a tu comodidad:

* ¿Quiero jugar? No juego.
* ¿Quiero tomar algo? No lo tomo.
* ¿Quiero quedarme en la cama? No me quedo.

2.º Cuando me insultan ***a mí***, callarme.

3.º Cuando insultan a Dios o a mis padres: ***no permitir eso***.

4.º Estar siempre alegre.

5.º Colocar las cosas en su lugar.

6.º Volver atrás cuando quedó la puerta abierta.

7.º Hacer la señal de la Cruz al pasar frente a un templo, vaya en coche o en colectivo, me miren o no.

8.º Mortificarme en cosas pequeñas: «el empezar es de muchos, el terminar es de santos».

9.º Hacer todo para gloria de Dios por medio de María.

10.º No impacientarme cuando no me sale algo; decir: «qué débil y torpe soy».

11.º Hacer favores sin que se enteren los beneficiados.

12.º Olvidar las ofensas que me hacen.

13.º Hacer la cama y limpiar el cuarto.

14.º Poner la mesa para comer.

15.º Disculpar a los que me hacen mal.

16.º Soportar las «cargadas».

17.º Estudiar el catecismo, leer libros religiosos.

18.º Dejarse corregir.

J: Gracias padre, pero…

S: Espera un momento. Falta lo más importante.

J: ¿Qué es?

S: Cumplir los ***diez mandamientos***. Conocerlos y cumplirlos. Y aquí tocamos un punto esencial. Hay muchos que se dicen cristianos y ni siquiera saben los mandamientos, que es lo ***mínimo*** que debemos cumplir. Quien no sabe y no cumple los mandamientos que ni piense en ser «esclavo de amor de la Virgen» pues, en ese estado, «es esclavo de Satanás».

También debe cumplir los ***cinco preceptos de la Iglesia***:

1.º Oír Misa entera los domingos y fiestas de guardar.

2.º Cumplir con el ayuno y la abstinencia de carne los días establecidos por la Santa Madre Iglesia.

3.º Confesar al menos una vez al año y comulgar para Pascua de Resurrección.

4.º Ayudar al mantenimiento de la Iglesia.

5.º Contraer matrimonio según las leyes de la Iglesia.

J: ¿Qué pasa con los que no cumplen los mandamientos y preceptos en materia grave?

S: Si mueren en ese estado irán al infierno, pues eso es ***pecado mortal***. Un precepto y el tercer mandamiento nos dicen: «Ir a Misa», quien no lo cumple, pudiendo hacerlo, peca mortalmente. Hay muchos que dicen: «no tengo tiempo». Esos no aman a Dios: no son buenos hijos. Son mercenarios. Les pregunto: ¿para qué tienen tiempo?: para tomar una hora mate a la mañana y otra a la tarde; para dormir diez horas; para ver horas de TV; pasarse horas en el bar… hablar con las «amigas»…, pero para ir a Misa… ¿No? Tienen una «virtud»: ***tener tiempo para todo, menos para Dios***.

J: Tiene razón, padre Alfredo.

S: Pero ¡Ojo! Están los que van a Misa; pero… ¡cuidado con la Misa que dure una hora! ¡Ojo con que el padre hable más de quince minutos! ¡Salen corriendo de la casa… porque llegan tarde, y antes que termine la Misa ya están en la entrada del templo! Si le preguntamos: «¿Por qué tanta prisa señora?», ¿qué responde?: «se me quema la comida», «cierran los negocios», «el nene está solo». ¡Que Dios no le «cierre» las puertas del Cielo!

La sociedad de hoy es ***atea***. **¡*Todo, menos Dios*!** ¡Pobres de esas personas!

Pero no se trata de cumplir los mandamientos tan sólo «por temor al **infierno**». Debemos cumplirlos con gozo y alegría; pues, damos gloria a Dios, ¡estamos amando a Dios! Si quieres realmente ser «esclavo de amor de Jesús por María» pregúntate: «***¿Estoy dispuesto a amar más a Dios? ¿A ocuparme más del alma que del cuerpo?***». Si la respuesta es ***sí***, ***conságrate y busca la perfección***. Si es ***no***, será mejor que no te consagres, pero al menos, propón mejorar un poco más.

J: Gracias padre. Ojalá no busque nunca la «ley del menor esfuerzo», en las cosas de Dios.

c. Consagración de nuestros bienes exteriores

J: ¿En qué consiste, padre?

S: Debemos consagrar toda nuestra fortuna, todas nuestras pertenencias materiales, si queremos ser «***perfectos esclavos de amor de la Virgen María***».

J: Y si uno es rico, padre, ¿debería regalarlo todo?

S: No, si Dios no se lo pide especialmente. Además, uno podría «dar todo» materialmente, pero si lo hace sin caridad, no como «***esclavo de amor***», de nada le serviría.

J: ¿Entonces?

S: De lo que se trata es principalmente de cumplir diversas obras de misericordia:

1.º Dar de comer a los hambrientos.

2.º Dar de beber al sediento.

3.º Vestir al desnudo.

4.º Juntar ropa vieja, remendarla y enviarla a los pobres.

5.º No comprarse ropa por el hecho de «tener más» o por «lucir», pues eso es vanidad.

6.º Dar albergue al peregrino.

7.º Buscar asilo para el que nos lo pide y no podemos dárselo.

8.º Donar dinero a hospitales.

9.º Hacer limosnas a la Iglesia.

10.º Los que poseen más, donar dinero en ocasiones especiales (por ejemplo, en una fiesta de la Virgen; en el día de la Consagración; el aniversario del casamiento; en el día del cumpleaños).

11.º Prestar lo que se tiene a quienes por su pobreza necesitan de ello (palas, rastrillos, auto en caso de necesidad, libros, juguetes).

12.º Privarse en la compra de caramelos, cigarrillos, etc., y dar ese dinero como limosna.

13.º Juntar dinero entre los vecinos para ayudar a una viuda necesitada o a quien sufrió un accidente.

14.º Comprar libros religiosos buenos (tener la Biblia Católica en la casa).

15.º Regalar juguetes y golosinas.

Y hacer todo esto **¡*por amor a la Virgen*!** Pues muchas veces decimos que amamos a Dios y vivimos en pleno lujo, sin mirar las necesidades ajenas. Algunos dicen: «Yo no hago nada malo». Está bien no matar a nadie, pero ¿qué hacen de bueno? No se trata tanto de no hacer, ***sino de hacer, de darse, de entregarse***.

J: Sí, padre.

S: Y hacer cada obra para *gloria de Dios*; no tratando de buscar recompensas, ni ser el «popular del barrio». Dios no mira tanto el «amor humano» como el «amor sobrenatural con que obramos».

Asimismo para ser ***perfecto*** «***esclavo de amor***», que entrega todo a la Virgen, debemos entregarle la honra, la fama…

J: ¿Cómo?

S: 1.º Haciendo servicios sin que se enteren los beneficiados.

2.º No contestando los insultos.

3.º Soportando las calumnias en silencio.

4.º Perdonando, perdonando, perdonando.

5.º Olvidando las ofensas.

6.º Hacer silencio cuando nos olvidan y dejan de lado.

7.º Pidiendo cruces a Dios.

Incluso se puede «***consagrar***» el ***tiempo***:

1.º Visitando familiares o enfermos o ancianos.

2.º Conversando con los vecinos.

3.º Ayudando en la limpieza de la casa de un vecino que sabemos no puede hacerla.

4.º Haciendo los mandados.

5.º Sabiendo dar un consejo, una sonrisa.

6.º Disimulando un gesto despectivo, un mal trato.

J: Gracias, padre, muchas gracias. Ahora comprendo cuánto puedo y debo mejorar en el amor a Dios y al prójimo.

S: También se pueden hacer muchas obras espirituales:

1.º Enseñar al que no sabe.

2.º Las madres enseñar catecismo a sus hijos.

3.º Dar buen ejemplo y consejo al que lo necesita.

4.º Corregir al que se equivoca.

5.º Perdonar las injurias.

6.º Sufrir con paciencia las flaquezas del prójimo.

7.º Rogar a Dios por los vivos y muertos.

8.º Hacer rezar Misas por vivos y muertos; también por las gracias recibidas.

9.º Leer la Biblia en familia.

10.º Rezar por los enemigos.

11.º Regalar libritos o estampas.

12.º Quitar toda lámina o foto obscena que haya en las paredes –sobre todo en los talleres y fábricas–.

¡Cuántas obras se pueden hacer! Si al menos cada cristiano hiciese ***una*** de estas obras cuánto mejoraría el mundo, ¡cuánto más se amaría a Dios! ¡Cuánto se alegraría la Virgen de sus buenos «esclavos de amor»!

d. Consagración de nuestros bienes interiores

Recuerda lo que ya hemos visto en uno de los anteriores fascículos: ***los bienes interiores*** son:

a. El valor meritorio de nuestras obras.
b. El valor satisfactorio de las mismas.
c. Las indulgencias.

d. Las gracias que recibimos.
e. Nuestras virtudes.

J: Sí padre, las recuerdo. Debo hacer las obras lo mejor posible –con pureza de intención, amor a Dios– pues todas esas acciones son agradables a Dios y a la Virgen.

Otro ejemplo: La Virgen María quiso quedarse en Luján. Ocurrió en 1630 que su imagen era venerada en la casa del Sr. Oramas. Como ésta quedaba chica ante tanta gente, se construyó una ermita para la Virgen. La cuidaba un joven: el negrito Manuel. Él, que era esclavo traído de África, se consagró a la Virgen también como esclavo. Si alguien iba a la ermita, el esclavo Manuel allí estaba. Siempre tenía adornado y limpio el altar; y vestía a la imagen. Pero, por sobre todo le había dado su corazón. Se había entregado plenamente. Propagaba sus milagros; enseñaba de palabra y obra a amar a la Virgen. Todo lo hacía *por **Ella***, *con **Ella***, *en **Ella***, *para **Ella***, y vivía en su presencia.

Tú también te vas a consagrar: Imita al negrito Manuel. Prepárate para consagrarte, y hazlo sin quedarte con nada. Da tus bienes exteriores e interiores tu cuerpo y tu alma.

Dios te elige a ti como eligió al negrito Manuel como «esclavo de amor». Que tu respuesta sea la misma que la de él: no defraudes a esta Reina.

8. Prácticas especiales en honor de la Virgen

S: Ya te he enumerado muchas prácticas, que podrás ir cumpliendo poco a poco y ***cada vez mejor***, ofreciéndolas a la Virgen, tu Dueña y Señora, tu Reina del Cielo, de quien dependemos en cuerpo y alma, con todos nuestros bienes exteriores e interiores. Pero ahora veamos algunas obras que tienen relación directa con la Virgen. Son obras que ***nunca*** deberás dejar pues serás ya ***su esclavo de amor***. Son «regalitos» especiales que harás a tu Madre del Cielo. Algunos cada día, otros en los días de fiesta. Pero siempre en su honor.

J: Sí, padre, quiero saber qué regalos puedo hacerle, pues si el esposo los da a su esposa, el novio a la novia, el hijo al padre, ¡cómo no darle algo a mi misma Madre!

S: Así como no es el mismo regalo el que se hace a una persona el día de su santo, el de su cumpleaños, el día que egresa, o en el aniversario de casados, así, a la Virgen debes hacerle un pequeño regalo cada día y acrecentarlos cuando se acerca alguna fiesta en su honor.

J: Sí, padre.

a. Prácticas exteriores

1.º ***Alistarse en las Cofradías de Nuestra Señora***: –por ejemplo la Cofradía del Rosario– en la cual uno se obliga a rezar, según su posibilidad, los quince misterios del Rosario por día, o por semana, o cinco misterios del Rosario por día o por semana o por mes; ofreciéndolo a intención de la Cofradía.

2.º ***Publicar sus alabanzas***: esto puede hacerse buscando que más personas se alisten en las Cofradías; hablando de la Virgen en la casa, en el taller, en la feria, en los negocios; ayudando en la parroquia para hacer imprimir volantes o folletos en los que se hable de sus grandezas y virtudes.

3.º ***Entrar en asociaciones religiosas instituidas en su honor***; como, por ejemplo, la Legión de María.

4.º ***Hacer mortificación, limosnas y ayunos*** en el cuerpo o el espíritu, en su honor.

J: ¿Cómo, padre?

S: Por ejemplo: no desayunar o merendar u otros sacrificios semejantes. Ocupar un medio día –de sábado por ejemplo– en ir a una iglesia o gruta dedicada a Nuestra Señora y rezarle, estar con Ella esas pocas horas.

5.º ***Llevar consigo alguna medalla, cadenita, el Rosario y el escapulario***.

Esta es una práctica muy buena si se hace con ***espíritu interior***.

J: ¿Por qué, padre?

S: Porque:

a. Así ***recordamos*** los votos y promesas que hicimos al ***consagrarnos*** a la Virgen, que le hemos entregado el cuerpo, el alma y todos nuestros bienes. Ya te

dije que el pecado y la malicia del mundo se debe al ***olvido*** de las promesas que, en el Bautismo, todos los cristianos han hecho de ser «***esclavos de Jesucristo***».

b. Así ***mostramos***, con signos exteriores, que no nos avergonzamos de ser ***esclavos de amor de Jesucristo por medio de su Madre***.

c. Así nos ***aseguramos y nos preservamos*** de caer en las cadenas del pecado y de Satanás, el cual, cuando quiera molestarnos huirá ante esos signos exteriores. Los ***esclavos amorosos de Jesucristo***, o ***encadenados de Jesucristo***, pueden llevar, como símbolo de su entrega, alguna cadenita en el cuello, en sus brazos o en la cintura.

6.º ***Tener gran devoción al Avemaría y al Rosario***:

La Virgen se le apareció a un Santo y le dijo: «Sabe, hijo mío, que una señal probable de condenación es no tener gusto por el rezo del Avemaría (o Dios te salve…), o rezarlo sin atención».

Almas predestinadas, *esclavas de Jesús en María*, sabed que el Avemaría es la oración más hermosa después del Padrenuestro; pues, así como cuando el ángel anunció a la Virgen que de Ella nacería Jesucristo, rezó una parte del Avemaría, así quien la salude del mismo modo, con el Avemaría, verá que también en su alma nace y crece Jesucristo. El Avemaría es el enemigo del diablo, el martillo que lo aplasta, la santificación de cada alma, el gozo de los ángeles, la melodía de los predestinados, el cántico del Nuevo Testamento, el placer de María, la gloria de la Santísima Trinidad. Es una ***Rosa*** –de donde toma el nombre la palabra ***Rosario***– hermosa y fragante, presentada por los ángeles a la Virgen. Y el que reza una parte del Rosario, los cinco misterios, reza cincuenta Avemarías, es decir, son cincuenta rosas que forman una gran corona que los ángeles colocan en la cabeza virginal de María diciéndole: «He aquí la Corona que tu esclavo de amor te envía». Y si no es uno, sino miles los esclavos de amor, serán miles las coronas. Pero atención: ¿te contentarás con darle rosas marchitas y secas?

J: No, Padre.

S: Entonces entrégale las rosas del Avemaría, o coronas de Rosario rezado con devoción, atención y modestia. Una vez un párroco, que preparaba grandes sermones, con excelentes prácticas, observaba que sus fieles seguían fríos, insensibles, como si nada les interesase. Entonces resolvió predicar sobre la

excelencia y misterios del Rosario; en pocos meses, el pueblo se volvió fervoroso, amante de Dios y de la Virgen.

Sabemos por la historia que Santo Domingo de Guzmán predicaba en gran forma los misterios del Rosario y muchos herejes se convertían. Pero había uno que despreciaba todo eso. Entonces, Dios permitió que en tal pecador entrasen demonios. Los parientes llevaron a esa persona ante Santo Domingo y le pidieron que le expulsase los espíritus malignos. Entonces el Santo hizo rezar a todos el Rosario y, a cada Avemaría, la Virgen hacía salir muchos demonios del cuerpo, en forma de carbones encendidos.

J: ¡Qué admirable es eso, padre! Pero, sin embargo, un hombre me dijo que el Rosario no servía pues era pura repetición del Avemaría y que con rezar tres o cuatro ya era suficiente.

S: No te preocupes. A mí también me dijo algo semejante una chica: que por ser «pura repetición», era señal de ser algo «falso». Yo le pregunté:

– ¿Quién va con Ud.?
– Mi novio, me respondió.
– ¿La ama a Ud.?
– Sí que me quiere.
– ¿Cómo lo sabe?, repliqué yo.
– Me lo dijo hace un rato.
– ¿Una sola vez se lo dijo?
– No, muchas veces.
– Entonces, le dije, su novio es un falso, pues siempre repite lo mismo.

Así se dio cuenta de que el Avemaría era un acto excelente de amor con que saludamos muchas veces a nuestra Madre.

J: Gracias, padre, rezaré el Rosario con mucha devoción.

S: Te felicito. Trata todos los días de hacerlo: en los recreos, en el trabajo, en el colectivo o cuando esperas la comida en un restaurante, o…, en donde sea.

7.º ***Rezo del Magnificat***

S: Hay muchas oraciones que puedes rezar: la Salve, el Acordaos, el Ángelus, Bendita sea tu Pureza; pero especialmente el ***Magnificat***.

J: ¿Por qué, padre?

S: Pues:

a. Es la única oración que compuso la Virgen.

b. Esta oración da mucha gloria a Dios pues en ella dice la Virgen expresamente: «Proclama mi alma la ***grandeza*** del Señor».

c. Y te recuerda tu entrega como «esclavo de amor» pues allí se dice: El Señor ha mirado la humillación de su ***esclava*** (cf. Lc 1,48).

Puedes rezarlo a la mañana, o a la noche, o después de la Comunión. Los sacerdotes lo rezan todos los días en la «Liturgia de las Horas».

8.º ***Cantos en su honor***

Aprender y cantar cantos marianos por amor a Ella. Y –si es posible– hacer cantar a otros. Y al cantar, hacerlo con mucha devoción pues es el homenaje del siervo a su Dueña, ***del esclavo de amor a su Señora***.

9.º ***Peregrinaciones***

Hacer peregrinaciones a sus santuarios o templos dedicados en su honor. Sean peregrinaciones largas o cortas, no importa; lo que tiene valor es el espíritu con que se hacen. Así imitarás a la Virgen que peregrinó de Nazareth a Belén, y fue a visitar a su prima Isabel…

10.º ***Imágenes***

Exponer su imagen o cuadro en la casa, en las puertas, paredes, en el escritorio, o en la fachada de las casas. Hay muchas casas que tienen una pequeña imagen siempre iluminada y adornada.

También es muy hermosa la costumbre de adornar sus imágenes en los días de Fiesta o todos los sábados. Se le pueden colocar velas y tenerlas encendidas el día sábado, el mismo día que nos hemos consagrado. En las familias numerosas causaría mucho agrado a la Virgen que cada mes uno se ocupase de preparar un altarcito para Ella.

Lo mismo se puede hacer en los colegios, talleres, etc. Esto le recordará que «es su esclavo de amor», que debe atenderla, cuidarla y servirla.

Asimismo cada familia podría tener una pequeña anda, y sacar a la imagen en procesión en cada fiesta de la parroquia.

11.º ***Letreros***

Hacer, o mandar hacer letreros para colocar en las habitaciones o fuera de las casas con distintos lemas: «A Cristo por María»; «Esclavos de Jesús en María»; «Todo tuyo».

Podría hacerse un cartel por manzana y cada semana pasarlo a una casa distinta. La familia que lo reciba rezará especialmente el Rosario. Y esto ayudará no sólo a los «esclavos de amor» de esa casa, sino que todos los que lo vean recordarán que están consagrados a la Virgen.

12.º ***Misas***

Hacer rezar Misas en su honor; no sólo pidiendo beneficios materiales sino también:

a. Que se acreciente la devoción a la Virgen en todo el mundo;

b. Que Cristo reine en todos los hogares;

c. Que los que se consagran a la Virgen vivan cada vez mejor como «esclavos de amor».

13.º ***Novenas***

S: Rezar novenas en su honor.

J: ¿En qué consisten, padre?

S: En rezar oraciones especiales a la Virgen durante los nueve días anteriores a una fiesta mariana.

14.º ***Otros actos***

Quien ama, siempre encuentra motivos para honrar y venerar a su Madre Celestial y maneras prácticas de hacerlo.

Hay muchos «pequeños regalos» que el buen «esclavo de amor» hará y que Ella le inspirará. (Por ejemplo, regalar estampitas a sus conocidos, amigos, compañeros, vecinos…).

b. Prácticas interiores

S: Son las más importantes y las que debes hacer con más entusiasmo, perseverancia y devoción.

J: ¿Cuáles pueden ser, padre?

S: 1.º ***Honrarla y estimarla***

J: ¿Cómo?

S: Haciendo actos de *amor*: «Te quiero Madre mía»; «Virgen María, Señora Mía, te amo».

Actos de *alabanza*: «Te alabo, oh Madre mía».

Actos de *acción de gracias*: «Gracias por ser mi Madre».

Actos de *consagración*: «Renuncio a mí mismo y me consagro a Ti».

2.º ***Meditar sus grandezas***

S: Todo buen «siervo de María» debería meditar sobre las virtudes y las grandezas de la Virgen.

J: ¿Cuándo?

S: ***Todos los días***, aunque sea ***quince minutos***. Quien no puede, al menos, día por medio. El día tiene 24 horas. Son mil cuatrocientos minutos. La Virgen te pide sólo quince.

J: ¿Qué es *meditar*?

S: Meditar es:

a. Ponerse en presencia de Dios y de la Virgen diciendo: «Señor, sé que me ves, que me oyes».

b. Leer una frase o un texto sobre la Virgen. Por ejemplo algún pasaje del Evangelio.

c. Pensar en lo que leíste.

d. Buscar *propósitos concretos* para practicar: ¿qué me quiere decir Jesús o la Virgen con esto? ¿En qué debo cambiar o mejorar?

e. Hacer actos de amor. ¿Entiendes?

J: Sí, padre.

S: A veces no tendrás necesidad de un libro. Bastará que ***hables*** con Ella como si hablases con tu madre terrena. Decirle cuánto la quieres, contarle lo que te sucede (en el estudio o el trabajo), los problemas que tienes y pedirle la gracia para ser cada día «mejor esclavo de amor».

Todas estas son buenas prácticas, pero la ***práctica perfecta*** de la Consagración a la Virgen como esclavo de amor es:

«Hacer ***todas*** las cosas ***por María, con María***, ***en María*** y ***para María***, con el fin de hacerlas *más perfectamente* ***por Jesucristo***, ***con Jesucristo***, ***en Jesucristo*** y ***para Jesucristo***».

1.º Por María

S: El esclavo de amor perfecto hace todo ***por*** María.

J: ¿Cómo es eso, padre?

S: Esta práctica encierra dos cosas:

a. hacer todo ***por*** María es la respuesta a: «¿Por qué hago esto?». ¡Lo hago ***por*** María! Podría hacer todas las cosas ***por*** muchos motivos: porque quiero, por dinero, por tener un placer, por miedo. Pero aquí se hace todo ***por la Virgen, por ser ella la Madre de Dios***, ***por*** ser la llena de gracia y lo hago ***por amor a Ella***. No lo hago por temor o conveniencia sino ***por amor a mi Señora***, a quien me he consagrado.

Así, voy a trabajar ***no*** por el sueldo en sí, sino ***por Ella***; voy a estudiar ***por María***, luego, sí, por otros motivos: porque es mi deber, porque debo aprender, etc.; pero primero, con esa ***pureza de intención***: ***por Ella***.

b. Hacer todo ***por María*** encierra otra verdad: hago todo ***guiado por su espíritu***. No lo hago ***por mi espíritu***, por mi voluntad, por mi deseo, sino ***por su voluntad***, porque eso quiere Ella de mí, su esclavo de amor.

Entonces seré conducido ***por*** su espíritu; poseído y gobernado ***por*** su voluntad. Diré: «***hágase en mí según lo quieres tú***».

Y de tal manera que ya no dirás: soy yo quien obro, sino «María obra en mí». La Virgen te comunicará su alma para glorificar a Dios: «Mi alma glorifica

al Señor» (Lc 1,46); su espíritu reemplazará al tuyo para regocijarse en Dios: «Mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador» (Lc 1,47).

Estarás ***perdido*** en María; ***escondido*** en Ella pues ya no obrarás tú, sino Ella ***por ti***. No se hará ***tu*** voluntad sino la de María.

Todo lo harás: ***por medio de María. A través de María***. Ella será el ***medio*** seguro por el cual irás a Jesucristo.

Al ir a trabajar dirás: «Voy porque Ella me lo inspira». Ya no deberás tener voluntad propia para poder decir: «***ya no vivo yo, es el espíritu de María el que vive por mí***».

J: Padre, es doctrina excelente, de gran riqueza y, por lo que me dice, si la practico cada día, con constancia, sin duda Dios me llevará a la santidad. Pero, ¿cómo hacer para concretar esto?

S: Para conducirte ***por*** el espíritu de María te sugiero:

1.º Antes de hacer alguna tarea –comer, dormir, estudiar, trabajar, jugar– ***renunciar al propio espíritu***, a la propia voluntad y deseo.

2.º ***Entregarte*** al espíritu de María para ser movido y conducido de la manera que Ella quiere. Lo harás proponiendo, sencillamente y en un instante, con un ligero movimiento de la voluntad o con palabras: «***renuncio a mí mismo, y me consagro a Ti, oh Madre mía***». Y aunque no sientas nada, esa acción será guiada por su espíritu. Puedes decir también: «***hago esta tarea no porque yo quiero, sino por amor a ti, Madre mía***».

3.º Si la tarea es larga, como por ejemplo, estudiar toda una mañana, o trabajar toda la tarde, repetirás esa frase de a ratos; y al final.

J: Muy bien, padre.

S: Te aseguro una cosa: si cada vez que dices esta pequeña frase lo haces sin rutina, sino ***pensando lo que dices***, ***consciente de lo que haces***, sin duda llegarás a la unión con María, o, lo que es lo mismo: a la unión con Jesucristo, pues el espíritu de María es el espíritu de Jesús. Incluso las obras más santas o buenas: ir a Misa, rezar, hacer actos de caridad, debes hacerlas ***por Ella***. Me dirás: «es una obra buena, ¿para qué la voy a ofrecer?». Por esto: yo puedo hacer una mesa ***para*** mi papá, pero no ***por*** mi papá. Lo puedo hacer por miedo a

que mi papá me pegue, pero no porque a él le guste. En ese caso lo hago para él pero no ***por Él***.

Conclusión: Haré todo ***por*** María. No por mí, u otro fin, sino ***por*** María.

2.º Con María

S: Es preciso hacer todo ***con María***, lo que quiere decir, hacer cada obra ***como*** Ella la hizo o la haría. Mirando a Ella como modelo acabado de perfección. Y también junto con Ella.

J: ¿Sería lo mismo que imitar sus virtudes?

S: Sí. María es como el ***molde de Dios***, que hace de nuestras almas imágenes vivientes de Jesucristo, con poco gasto y rápidamente. Quien entra en este molde, ***imitando sus virtudes***, pronto es cambiado y transformado en Jesucristo.

J: ¿Cómo hacerlo?

S: *Primero*, meditando en sus virtudes y ejemplos. *Segundo*, poniendo los ojos en Ella y en su vida. Preguntándole: «***¿Cómo hiciste esto, María?***» o también: «***¿Cómo hubieses hecho esta tarea si estuvieses en mi lugar?***».

Cuando estés estudiando, trabajando, rezando, jugando, descansando, imagina que estás a los pies de la Virgen como buen «esclavo de amor»; que te mira y tú la miras para saber cómo hacer esa tarea. Piensa a menudo: ¿Cómo hablaría la Virgen? ¿Cómo saludaría? ¿Cómo jugaría? ¿Cómo rezaría?

J: ¿Qué virtudes imitar?

S: Es necesario imitar su ***humildad*** profunda, su ***fe*** viva, su ciega ***obediencia***, su ***oración*** continua, su ***mortificación*** universal, su ***pureza*** divina, su ardiente ***caridad***, su ***paciencia*** heroica, su angélica ***dulzura*** y su ***sabiduría*** divina.

Conclusión: Haré todo ***con María***. Imitando sus virtudes diré: «¿Cómo harías esta tarea, Madre mía?».

3. º En María

J: ¿Qué significa hacer todas las cosas ***en María***?

S: Significa hacer todas las cosas ***en su presencia***, delante de Ella, consciente de que te está mirando. ¿Qué chico se atrevería a portarse mal delante de su madre o padre? ¿Qué alumno haría una mala acción delante de su maestra; qué individuo cometería una infracción delante del policía; qué empleado robaría a la vista de su patrón?

J: Ninguno.

S: Exacto. Pero, lo podría hacer a escondidas, cuando no lo ven. Aunque estaría muy mal, tanto el chico como el alumno y el empleado, lo podrían hacer.

J: Sí.

S: Pero, en el caso del chico ¿sería el comportamiento propio de un buen hijo con su madre?

J: No. Por supuesto que no.

S: Pues mira: la Virgen María es nuestra Madre, nuestra Dueña y Señora, a Ella te consagrarás como esclavo de amor con tu cuerpo, alma, bienes exteriores e interiores, ¿serías capaz de hacer algo mal, cometer un pecado delante de Ella?

J: No, nunca.

S: Además, la Virgen te ve ***siempre***, nunca aparta los ojos de sus hijos. No tanto para «castigarte cuando pecas» sino, al contrario, para que, sabiendo que te mira, ***no peques más***. Y te tiene presente en su mente y corazón pues te ama y quiere darte lo que necesites cada momento: alentarte en la tristeza; acompañarte en la soledad; iluminarte en las dudas; fortalecerte en la tentación; modelando tu corazón como el Corazón de Jesucristo. Por eso eres ¡«***esclavo de amor***», no de temor!, y Ella, tu «***Dueña de amor***» no del «látigo en la mano».

J: Entiendo, padre Alfredo. ¿Cómo concretar esta práctica?

S: Es muy sencillo. Consiste en pensar: ***la Virgen María me está mirando***, y así, amarla y venerarla.

J: ¿Y si me olvido?

S: No se puede estar constantemente pensando eso pues no podrías hacer lo que tienes entre manos. Se trata de pensar de a ratos –sobre todo al comenzar las tareas– que Ella está verdaderamente presente. Por eso, para acordarte, te puedes ayudar de cosas exteriores, así como tu madre anota las cosas que debe

comprar para no olvidarse, o el empleado anota las cuentas, así puedes tener «***ayudas exteriores***»:

1.º Poner una imagencita o estampa de la Virgen. Al verla recordarás que está presente.

2.º Cuando vas de viaje o estás en movimiento, tener una estampa o Rosario en el bolsillo o un librito para ir leyendo.

3.º Ponerte «señales» convencionales. Por ejemplo: si vas a viajar todo el día, decir por la mañana: cada vez que vea un… (policía, un templo) haré un acto de amor a la Virgen y pensaré que me mira. La misma Virgen te inspirará otras maneras.

J: Padre, ¿cuáles son las consecuencias de ese estar «en presencia de la Virgen»?

S: Muy buena pregunta:

1.º ***Nos ayuda a evitar la menor falta voluntaria***. Como te dije antes: si no harías nada malo delante de tu padre ¿lo harías ante la Madre de Dios y tu Madre?

2.º ***Nos impulsa a hacer las cosas con máxima perfección***. Si estás ante tu maestra harías muy buena letra. Delante de Ella ¿cómo no hacer todo perfectamente?: ofrecer esa tarea, actualizar su presencia, imitar sus virtudes, rezarle, etc.

3.º ***Nos hace crecer en su amor***: como el buen hijo trata de agradar a su madre, hacerle regalos u otros cariños, al tener presente a Nuestra Señora, procurarás amarla más y más.

4.º ***Aumenta nuestra fortaleza y energía en el combate de la vida cristiana***. Así como el soldado pelea con redoblada fuerza cuando lo mira su capitán, así, el «esclavo de amor» lucha con vigor ante el mundo, el demonio y la carne, sabiendo que lo mira y ayuda la Virgen Victoriosa que aplastó la cabeza de la serpiente infernal.

J: Gracias, padre, trataré de obrar conforme a lo que me ha dicho.

S: Si le pides a Dios su gracia por medio de la Virgen, lo conseguirás.

Sirvamos a Nuestra Señora
como buenos esclavos de amor
con santidad y justicia

en su presencia
todos los días de nuestra vida.

4.º Para María

S: Como buen esclavo de amor, si haces las cosas ***por*** Ella, ***con*** Ella, y ***en*** Ella, debes hacer todo ***para*** Ella; no como fin último, que es Jesucristo, sino, repito, como ***medio***; lazo de unión entre Jesús y nosotros.

J: ¿Así que debo estudiar, trabajar, comer, beber, dormir, descansar y jugar ***para*** la Virgen, para agradarle y servirla?

S: Así es. Pero también, ponerte firme y proyectar ***grandes cosas para*** esta gran Reina.

J: ¿Por ejemplo?

S: Defender sus privilegios y grandezas cuando es atacada –por ejemplo por las sectas, los Testigos de Jehová, los malos católicos–; hacerla conocer y amar en nuestra casa, entre nuestros compañeros de estudio y de trabajo; en nuestra sociedad, en nuestra patria, en todo el mundo. No ser un «flojito cómodo» que lo único que hace es rezar sus oraciones y nada más. Asimismo, ser apóstol tratando de que otros se preparen debidamente y se ***consagren*** como esclavos de amor.

En fin, hacer todo para:

Gloria de Jesús en María
Gloria de María en Jesús
*** Gloria a Dios solo***

Conclusión: Haré todo ***para*** la Virgen María. Trataré de hacer grandes cosas para Nuestra Señora.

Veamos un ejemplo: En el transcurso de la Primera Guerra, siendo Pío X el Papa, a París acuden de todo el mundo para admirar a la máxima *vedette* del teatro de Variedades: Eva Levalliere. Así, Alfonso XIII, rey de España; Eduardo VII de Inglaterra, y otros…

Admirada por los reyes y por los hombres más ricos de Europa, América y Oriente. Con un palacio en los Campos Elíseos, departamentos, joyas…; y

empresarios que se pelean para contratarla exclusivamente; es considerada por todos, la mujer más feliz del mundo, pero luego de una de sus triunfantes presentaciones, sintiéndose sola, se arroja al Sena; salvándose por poco de morir ahogada.

Para seguir su cadena de éxitos, en mayo de 1917 se retira durante el verano para preparar una próxima gira por los EE. UU. Allí le espera la gracia de Dios; y será un humilde sacerdote el instrumento usado para convertir a esa alma elegida. Ella, que se sabe culpable de tantos pecados; de miradas y deseos impuros, decide cambiar de vida; y dejándolo todo, se retira a la Gruta de Lourdes. Allí, tras grandes penitencias, intenta ingresar a la orden religiosa más rigurosa: las Carmelitas. No la aceptan… Tampoco puede ir a misionar al África porque está enferma.

En tanto, los que siempre la adularon, ahora ferozmente la calumnian. Pero ella, como San Agustín y la Magdalena, no sabe de términos medios: o pecadora o Santa; y por ello se entrega toda a Dios, refugiándose en su Madre del Cielo, a quien diariamente renueva su ***Consagración*** de este modo: «Me doy enteramente a Vos, Señora; os entrego alegrías y penas, intereses temporales y eternos. Me comprometo a ofreceros cada sábado una mortificación especial, y a diario renovar ***mi Consagración*** a vos. Concédeme, Madre Amantísima, vuestro corazón para poder con él amar a Jesús como Vos le amasteis, y cumplir su voluntad como Vos la cumplisteis. Ayúdame a conquistar las virtudes que Él desea para mí; a olvidarme siempre de mí misma y a trabajar únicamente por Él, sin temer el sacrificio».

9. Otras prácticas

a. La Santa Misa

S: Antes te decía que la Santa Misa es un precepto, una obligación, que la Iglesia impone a todos los católicos.

Pero no está nada bien esa actitud de algunos cristianos que «van a Misa ***por ir***»; «porque no les queda otra»; antes de ir a Misa dicen: «y bueno, que se le va a hacer». Si la rechazan de gusto, no la aprovechan. Si lo hacen por ignorancia: ¡Tienen obligación de aprender! Por eso te diré que es la Misa, para que con fe, participes de ella activamente.

J: ¿Y que tiene que ver la Misa con la Consagración a la Virgen?

S: Tiene tanto que ver que, quien dice ser buen «esclavo de amor» y no va a Misa, miente y de nada le sirve lo que hace. Pues la devoción a la Virgen nos lleva a Jesucristo, a conocerlo y amarlo más. Y en la Santa Misa, Jesucristo mismo renueva su Sacrificio y se hace presente. Es el Hijo de Dios que viene a nosotros en la Comunión.

J: Nunca entendí bien, padre, lo que es la Santa Misa.

S: La Santa Misa es la ***perpetuación del Sacrificio de la Cruz***, ***lo mismo*** que ocurrió en el Calvario, en Palestina, hace dos mil años, ***hoy*** se hace presente en cada templo sobre cada altar.

J: ¿Y no hay diferencias?

S: Hay diferencias, pero son accidentales, secundarias.

J: ¿Cuáles serían?

S: *Primero*: en el Calvario el Sacrificio fue ***cruento***, con derramamiento de sangre, con dolor físico. En cambio, en la Misa es un Sacrificio ***incruento***, sin derramamiento de sangre, sin dolor físico.

Segundo: en la Cruz Jesús nos ganó ***gracias infinitas, méritos infinitos***. En la Misa se nos aplican esas gracias y méritos según la devoción con que asistimos.

J: ¿Cuáles son los fines de la Santa Misa?

S: Los fines son:

1.º ***Alabar*** y ***adorar*** a Dios.

2.º ***Agradecer*** por todos los beneficios que recibimos: espirituales y materiales.

3.º ***Pedir perdón*** a Dios por todos nuestros pecados.

4.º ***Pedir nuevas gracias*** para poder servirle y no caer en pecado.

Además la Misa aplaca la ira de Dios y alivia el dolor del alma de los que sufren en el purgatorio (nuestros queridos difuntos).

J: ¿Cómo debe participar de la Misa un «esclavo de amor» de la Santísima Virgen?

S: Recuerda que la Virgen estuvo al pie de la Cruz junto a su Hijo y nadie como Ella penetró en el misterio de la Cruz (que es el Misterio de la Santa Misa). Hoy sigue estando, de pie, junto a cada altar donde Jesús se vuelve a ***ofrecer***, a ***morir*** por nosotros. Por eso debes pedirle mucho a la Virgen la gracia de participar en cada Misa con más fervor.

J: Sí, padre.

S: Pero esto no es todo. El «esclavo de amor» debe aprovechar y ***vivir*** los tres momentos más importantes de la Misa.

1.º El Ofertorio

S: En el Ofertorio el sacerdote ofrece el pan y el vino que se convertirán en el Cuerpo y Sangre de Jesucristo en la ***Consagración***. Es un símbolo perfecto de la entrega del «esclavo de amor» a la Santísima Virgen. El Ofertorio es una verdadera ***entrega***.

J: ¿Qué se entrega, padre?

S: Es una ***entrega de todo el hombre a Dios*** y que debe hacerse por medio de la Virgen María: del cuerpo y del alma, de todos nuestros pensamientos, afectos, deseos, miembros, venas, nervios, huesos, diciendo: «***Señor: haz con ellos lo que quieras***». ¿No es acaso la Consagración del «esclavo de amor» que da todo a su Madre para que lo presente a Jesucristo?

En el Ofertorio debe renovarse la disposición de hacer todo ***por*** María, ***con*** María, ***en*** María y ***para*** María.

2.º La Consagración

En la Consagración del pan y vino en el Cuerpo y Sangre de Cristo ***se representa nuestra Consagración como*** «***esclavos de amor***».

Allí Jesús «entrega (consagra) su Cuerpo» y «derrama (consagra) su Sangre» por nosotros. Como Jesucristo, el «esclavo de amor» debe entregar y consagrarse todo. La Consagración perfecciona, completa el Ofertorio.

Lo que el esclavo de amor ofreció con su mente en el Ofertorio, aquí lo consuma, ***después de la Consagración Eucarística*** ya no hay más ni pan ni vino; ***después de la Consagración mariana*** ya no debe haber nada de nosotros mismos: «***renuncio a mí mismo y me consagro a Ti, oh Madre mía***».

Cada Consagración eucarística debe ser como una ***renovación*** de lo que prometió en la Consagración mariana como «esclavo de amor» de Jesús en María.

3.º Comunión

S: El «esclavo de amor» debe ***comulgar*** frecuentemente y comulgar con el espíritu de un verdadero servidor de María.

J: ¿Cómo hacerlo, padre?

S: Te propondré un método, pero cada uno puede hacer lo que el Espíritu Santo le inspire.

1. ***Antes de la Comunión*** –o antes de la Misa–.

a. Te ***humillarás*** profundamente delante de Dios.
b. ***Renunciarás*** a tu propia voluntad, disposiciones e intenciones: «renuncio a mí mismo».
c. ***Renovarás tu Consagración*** diciendo: «me consagro a Ti, oh Madre mía», o bien: «soy todo tuyo Dueña mía, con todo lo que tengo».
d. ***Pedirás*** a esta buena Madre que te preste su corazón para recibir a su Hijo como Ella lo recibió en la Encarnación.

Te pueden ayudar mucho los siguientes pensamientos:

* Le dirás a la Virgen cuánta gloria dará a su Hijo el no ser puesto en un corazón manchado como el tuyo, tan inconstante; y que si Ella viene a habitar en tu alma y recibe a Jesús eso será de su agrado.
* Que tú has dado a Dios poca cosa y que en la Comunión, si quieres darle todo, es necesario que Ella lo reciba y ofrezca al Eterno Padre.
* Que así como Cristo vino al mundo por primera vez mediante María; así quiere hacerlo ahora en la Comunión.

* Que Jesús no desdeñó nacer en un establo en Belén pues estaba María; tampoco ahora le molestará venir a tu alma sucia e imperfecta pues Ella está presente.
* Le dirás: ***Te tomo por todo mi bien; dame tu corazón, oh María***.

2. *Otro método para antes de la Comunión*.

S: ¿Qué decimos junto con el sacerdote antes de la Comunión?

J: Decimos: «***Señor, no soy digno*** de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme».

S: Muy bien: aprovechando esas palabras repetirás tres veces:

«***Señor, no soy digno***», dirigiéndote a Dios Padre, de recibir a tu Hijo Jesús a causa de mis malos pensamientos e ingratitudes, pero mira a la Virgen, tu sierva, que responde por mí, y que me ayudará a recibirte mejor.

«***Señor, no soy digno***», dirás a Jesús, de recibirte a causa de mis palabras inútiles y malas y de mi infidelidad en tu servicio; pero ven, no por mí, sino porque tu Madre está en mi corazón para recibirte.

«***Señor, no soy digno***», dirás al Espíritu Santo, de recibir a Jesús, obra maestra de tu caridad, a causa de mi tibieza, de la maldad de mis acciones, y la desobediencia a tus inspiraciones, pero mira a María, tu Esposa, y hazme digno de recibirte. También podrás decir a Jesús:

«***Señor, no soy digno de recibirte*** pues no te he entregado mi cuerpo y sentidos, siendo infiel a la Consagración».

«***Señor, no soy digno de recibirte*** pues no te he entregado mi alma y facultades, siendo infiel a la Consagración».

«***Señor, no soy digno de recibirte*** pues no te he entregado mis bienes interiores y exteriores, siendo infiel a la Consagración».

Y le pedirás que venga igualmente a tu alma, para que recibiéndole a Él, Pan vivo que da fortaleza, puedas, de ahora en adelante, ser un buen «esclavo de amor».

3. ***Después de la Comunión*** (que se puede continuar al término de la Misa).

   a. Estando recogido interiormente, con los ojos cerrados, sin mirar atrás o adelante, ni hablar con otros, ***introducirás a Jesucristo en el Corazón de María***. Lo darás a su Madre, que lo recibirá amorosamente, lo adorará, lo amará y le pedirá por ti, su «esclavo de amor».
   b. O bien, te mantendrás humillado en tu corazón frente a Jesús presente en el corazón de María.
   c. O te mantendrás como un esclavo a la puerta del Palacio del Rey donde Éste está hablando con la Reina, y mientras hablan entre sí, recorrerás en espíritu el cielo y toda la tierra, y dirás a toda la gente: ***Venid, adoremos a Jesús presente en María***.
   d. O dirás: «Señor, no mires mis pecados sino las virtudes y méritos de María».
   e. O bien: «Jesús mío, crece en mi alma y que yo decrezca, muera a mí mismo. Madre mía, crece en mi alma con tus virtudes y que yo decrezca».
   f. Le rezarás: «Oh Jesús, que vives en María, ven y vive en tus siervos, con el espíritu de tu santidad, con la plenitud de tu fuerza, con la perfección de tus caminos, con la verdad de tus virtudes, con la comunión de tus misterios, domina toda potestad adversa, con tu Espíritu, para gloria del Padre. Amén».

Como nota aclaratoria te digo que no es necesario *sentir* (ni alegría, ni consuelo, ni derramar lágrimas ni suspiros). Pues el «justo vive de la fe» (Hb 10,38) y el «esclavo de amor» es justo, delante de Jesús en María.

Cuanto más dejes obrar a Jesús en María y a María para Jesús, sin preocuparte de gustar, sentir, o ver, y hagas silencio y escuches en paz, mayor fruto obtendrás.

b. Examen particular

S: Hay una práctica muy conveniente para adelantar en el camino de la santificación, así como en la santa esclavitud de amor a la Santísima Virgen.

J: ¿Cuál es, padre?

S: Es el ***Examen particular***. Consiste en ***luchar*** para quitar un defecto determinado o adquirir una virtud. Se trata de ir quitando un ***defecto particular*** (por ejemplo enojarse con facilidad, no rezar las oraciones de la mañana o de la noche, no llevar los sentidos mortificados, ceder a la gula, o a la pereza, buscar que me alaben…) o de ***practicar una virtud determinada*** (humildad, caridad, paciencia).

J: ¿Y cómo se hace eso, padre?

S: Se trata de:

1.º Averiguar en qué fallo (un defecto que tengo) o en qué debo mejorar (una virtud que me falta).

2.º En las oraciones de la mañana pedir a Dios la gracia de no caer en ese defecto o de practicar tal virtud.

3.º A lo largo de esa mañana tratar de poner en práctica ese propósito, y en cada ocasión ofrecerlo por amor a la Virgen diciendo: «Renuncio a mí mismo y me consagro a Ti, oh Madre mía».

4.º Examinar al mediodía si he cumplido ese propósito o no. Si lo cumplí: dar gracias a Dios. Si no lo cumplí, pedir perdón a Dios y renovar el propósito para la tarde; pedir a Dios su gracia para mejorar.

5.º Examinarme a la noche igual que lo hice por la mañana.

J: ¿Durante cuánto tiempo se practica?

S: Se puede practicar por ***una semana***; y luego tomar otro defecto o virtud. O bien se puede continuar hasta que ***consigas lo que te has propuesto***.

Es muy provechoso en el ***examen de la noche*** anotar en un papel cuántas veces has cumplido y cuántas veces no, la práctica proyectada. Y así ver, día a día, si ***mejoro*** o no.

J: ¿Y cómo llevar a la práctica el ***Examen particular*** sobre la ***Consagración***?

S: Ya hemos explicado cómo el «esclavo de amor» debía ofrecer su cuerpo y sus sentidos; el alma y sus facultades, los bienes exteriores e interiores.

J: Sí, padre.

S: Entonces, se trata de que te examines especialmente: ¿lo practicas? ¿Cuidas tus sentidos? ¿Y la práctica interior? ¿Eres humilde como la Virgen? ¿Haces todo ***por*** María? ¿Haces todo ***en*** María?

J: ¡Cuánto para mejorar!

S: Sí, mucho: pero no quieras hacer todo de golpe; no quieras ser «santo» en medio día. Tendrás muchas caídas, habrá semanas en que todo te saldrá mal; pero, ***levántate*** una y mil veces, y sigue adelante. ***El empezar*** es de muchos, el ***terminar*** es de santos.

J: Entiendo, padre.

S: Podrás tomar un propósito por semana, por ejemplo:

* Primera semana: tener recogida la vista.
* Segunda semana: acordarme frecuentemente de que la Virgen me mira.
* Tercera semana: hacer todo ***por*** María.
* Cuarta semana: hacer todo ***con*** María.

Y así sucesivamente. Pero siempre recordando que estás ***consagrado***. Cada práctica la ofrecerás a Jesús ***por*** la Virgen. ¿Por qué? porque eres su «esclavo de amor».

Después de uno o varios meses volverás sobre alguno de esos propósitos concretos para fortalecerlos aún más.

c. Día del esclavo de amor

S: Al despertar eleva la mente a Dios y a la Virgen. Ofrece todo ***por, con, en y para*** Ella. Renueva tu Consagración como «esclavo de amor» y pide la gracia de ser su «***buen esclavito***».

Ya vayas a trabajar o a estudiar tenla siempre presente a tu lado; háblale, salúdala, ámala.

El Cura de Ars (San Juan María Vianney) antes de entrar al seminario era campesino. Se nos cuenta en su biografía que cuando iba a trabajar al campo se cansaba mucho cortando el pasto y arando la tierra. Llevaba entonces una imagen de la Virgen y la colocaba a cierta distancia. Animado con la idea de

llegar a los pies de su querida Señora trabajaba más de prisa y sin fatigarse. Al llegar hasta su imagen la colocaba más lejos y así continuaba.

El «esclavo de amor», durante los intervalos en sus ocupaciones, descansa como lo harían Jesús y San José, es decir, cerca de su Madre, hablándole, mirándola.

Si come, piensa que está a su lado. Le pregunta, como un niño a su madre, qué debe comer y de qué le conviene privarse.

Si conversa, le pregunta interiormente si quiere que siga hablando y qué debe decir. Cuando queda solo se examina si está la Virgen contenta de lo que escuchó o habló.

Cuando va por la calle piensa siempre que la Virgen es su compañía. El «esclavo de Jesús en María» eleva la mente y el corazón a su Madre y dice:

– «Renuncio a mí mismo y me consagro a Ti, oh Madre mía».
– «He aquí la esclava del Señor».
– «Oh, Señor, yo soy tu siervo, e ***hijo de tu Esclava***».
– «Soy todo tuyo y todas mis cosas son tuyas».
– «Soy todo de Jesús ***por*** María».

Además, durante el día, el «buen esclavito» reza el Santo Rosario, el Ángelus, y medita durante, por lo menos, ***quince minutos***, sobre su Santa Madre. A la noche examina su conciencia para ver cómo ha transcurrido ese día: si fue un día mariano o no.

d. Examen de conciencia

S: El esclavo de María hará todos los días este examen, que debe ser breve (***no*** más de cinco minutos).

– Al despertarme ¿me acordé de Ella?
– ¿Ofrecí todo el día a Jesús ***por María***?
– ¿Cumplí el examen particular?
– ¿Recé el Rosario? ¿Cómo lo hice?
– ¿Fui a Misa? (si es día de precepto). ¿Cómo participé? ¿Me distraje voluntariamente? ¿Escuché las oraciones y el sermón? ¿Hablé con otros sin necesidad? ¿Hice la acción de gracias?

– ¿Comulgué en unión ***con María***?
– ¿Renuncié a mí mismo por amor a María?
– ¿Guardé su presencia durante el día?
– ¿Visité el Santísimo Sacramento y a la Virgen?
– ¿Cómo hice la meditación o la lectura sobre la Virgen?
– ¿Hice el examen de conciencia mariano?
– ¿Se acrecientan mi fe, mi esperanza, mi caridad, mi obediencia, mi justicia, mi sinceridad, mi celo o fuego para que haya más «esclavos de amor»?

10. Efectos de la Consagración

S: Después de exponer los medios prácticos de la Consagración, te diré los efectos, las consecuencias, los frutos, que trae el ser «esclavo de amor». Todo cuanto voy a decirte se cumplirá, sin ninguna duda, pero con una sola condición.

J: ¿Cuál, padre?

S: Que seas ***fiel*** y ***perseverante*** en el cumplimiento de esas prácticas interiores y exteriores.

J: Muy bien, padre Alfredo. ¿Cuáles son, entonces, los frutos de la Consagración?

a. Nos entrega al servicio de Dios

S: Había una vez un hombre muy pobre. Hacía mucho que no comía ni bebía. Tenía ropas sucias, viejas y rotas. Pero le quedaba una cosa.

J: ¿Qué?

S: ¡Siete semillas!: las cuales pensaba comer. Pero, mira lo que pasó: por el camino se acercaba una diligencia hermosísima, con puertas de oro, caballos fuertes y blancos. El pobre pensó: «¡Oh! un rey, le pediré mucho alimento y ropa». Y la diligencia se paró delante de él y el rey bajó. El pobre se arrodilló delante de él, y antes que pudiese pedirle algo, el rey le dijo: «Hijo, ves que soy un gran rey, que recibe obsequios de todos los hombres; ¿qué tienes tú para obsequiarle?».

J: ¿Cómo? ¿En vez de pedirle al rey, el rey pide al pobre?

S: Sí, así ocurrió. Entonces, el pobre se acordó que tenía siete semillas. Le entregó una diciendo: «Rey, perdóname, pero soy pobre y nada tengo sino sólo siete semillas; acepta al menos ésta». Y el rey se fue.

J: ¿Y qué hizo el pobre?

S: Luego, el pobre decidió comer las semillas que le quedaban, pero, cuando las sacó de su bolsillo, ocurrió algo sorprendente.

J: ¿Qué pasó?

S: Que tenía nuevamente siete semillas; en lugar de la que había dado tenía otra, ¡pero de oro! Y dijo el pobre: «qué tonto soy, si le hubiese dado ***todas*** las semillas, ahora tendría mucho más oro y sería muy rico».

¿Por qué no se hizo rico ese hombre?

J: Por no haber ***dado todo***.

S: Exacto, le faltó generosidad. Eso no te ocurrirá si te consagras como «esclavo de amor» pues aquí *se da todo*; repito: si eres fiel a las prácticas: pues das tu cuerpo y alma, tus pensamientos, acciones y sufrimientos; todo el tiempo de tu vida; de modo que, duermas o no, comas o bebas, todo lo que haces es de Jesús por María, pues ***todo lo has ofrecido***.

J: Oh. ¡Darle todo! ¡Entregaré todo!

S: Y si Jesús prometió que aquel que abandona casa, mujer, hermanos e hijos por amor a Él recibirá cien veces más, cuánto más dará a aquel que no sólo entrega lo ***exterior*** sino aun lo ***interior*** (alma y facultades, méritos) por amor a Él!

b. La Virgen hace de Mediadora ante Jesucristo

S: La Virgen María, que jamás se deja vencer en generosidad se ***da por entero*** a aquel «esclavo de amor» que ***todo*** le dio. A quien le entregó todo para regalárselo, Ella lo adorna con sus méritos; lo ayuda con su poder; lo esclarece con su luz; lo abrasa con su amor y lo cubre con todas sus virtudes: fe esperanza, caridad, humildad. Como esta persona consagrada es ***toda de María, María*** es ***toda de Ella***.

J: ¿Y qué hace con los pensamientos, palabras y obras que le damos?

S: ¡Grandes cosas hace!

a. Las *purifica* de todo el amor propio y de las imperfecciones nuestras tocando esas obras con sus manos purísimas.
b. Las *embellece* adornándolas con las flores de sus virtudes y méritos. Es como la reina que, cuando un campesino trae una manzana al rey como ofrenda, ella toma esa manzana y la coloca en un plato de oro, y la ofrece en nombre del campesino al rey. Así, esa manzana insignificante, al estar en un plato de oro y al ser presentada nada menos que por la reina, será de mucho valor y agrado del rey.

   Pues bien, el Rey es Jesucristo; la manzana, nuestras pequeñas obras; la Reina es la Virgen que adorna con sus virtudes y méritos (el plato de oro) nuestro obrar.
c. Las presenta a Jesucristo, pues, de todo lo que le damos, nada guarda para sí, y si la alabamos Ella alaba a Dios; si la amamos Ella ofrece actos de amor a Dios.

   Si le decimos: «¡Feliz de ti, María, porque has creído!», Ella dice: «Mi alma glorifica al Señor» (Lc 1,46).
d. Hace que Jesús *acepte esas obras* por pequeñas que sean pues no mira qué cosa se le da, sino la *buena Madre que lo presenta*; no mira tanto de dónde vienen cuanto de Aquella por quien viene.

J: Padre, ¡qué confianza me inspira esta Consagración! Pensar que Dios siempre escuchará mis oraciones pues mi Madre del Cielo se las presenta. «¡Qué me puede faltar! ¡A quién temeré!» (Sal 22,1-5).

c. Es el camino que nos une a Jesucristo

S: La santidad consiste en *conocer*, *amar y servir a Jesucristo*. Y en esta Consagración uno se da por entero a Jesucristo. Pero se lo hace por un medio, por un camino más fácil, corto, perfecto y seguro.

a. ***Camino fácil***: ¿Qué será más fácil: ir a una ciudad atravesando montes, selvas, desiertos, cruzando ríos… o ir a ese lugar por un camino ya hecho?

J: Seguramente, por el camino ya hecho.

S: Mira: Jesucristo cuando vino a la tierra recorrió un camino: lo hizo por la Virgen María pues de Ella nació; entonces, si quieres ir a Jesucristo ¿por qué no utilizar ese mismo camino, libre de obstáculos, que es la Madre de Dios?

J: Tiene razón padre Alfredo.

S: Por este *camino de María*, se marcha más dulce y tranquilamente que por otros caminos.

J: Pero, ¿cómo? ¿No me decía usted que el «buen esclavo de amor» debe llevar la cruz, vivir crucificado, sufrir persecución, calumnias, y ahora me dice que por aquel se va «dulce y tranquilamente»?

S: Exacto. Por este camino tendrás, sí, fuertes persecuciones, calumnias, violentos ataques del mundo, el demonio y la carne, pero al estar «junto a la Virgen», esas cruces –que son las bendiciones más grandes que podemos desear y tener– son llevadas con facilidad, valor, mérito y gloria.

b. ***Camino corto***: quien marcha por este camino no sólo ***no se pierde***, sino que va con más *prontitud*, *gozo y tranquilidad*.

J: ¿Por qué, padre?

S: Porque se avanza más en poco tiempo de *sumisión*, obediencia, entrega, o sea, *esclavitud de amor*, que en muchos años siguiendo nuestra voluntad («Renuncio a mí mismo y me consagro a ***Ti***, oh Madre mía»).

J: ¿Y por qué eso padre? ¿Cómo sé que eso es así?

S: Por la sencilla razón de que ***Jesucristo así lo hizo***: de treinta y tres años que vivió en la tierra, treinta los pasó en la «santa esclavitud de amor», haciendo todo ***por*** la gloria de Dios, ***en*** unión ***con*** su Padre Celestial y ***para*** cumplir su voluntad. Con el apoyo y ayuda de María, guiado ***por*** María, y ***con*** María, avanzarás sin retroceder ni demorarte y a paso de gigante hacia Jesucristo.

c. ***Camino perfecto***: La Virgen es el más perfecto de los seres creados. Jesucristo vino perfectamente al mundo por Ella y con Ella. Luego, irás a Jesucristo, perfectamente, sólo ***por*** María, haciendo todo ***con***, ***en*** y ***para*** Ella.

J: ¿Cómo sé que es camino perfecto?

S: Es ***perfecto*** pues el Hijo de Dios a pesar de encarnarse en una creatura, no por eso dejó de ser Dios verdadero. Siendo Dios el Santo de los Santos, aunque vino por María al mundo, no perdió nada de su santidad. Al contrario, en vez de perder, ganó un gran premio, pues subió al Cielo con su humanidad, cuando sólo había descendido su divinidad.

J: Ahora entiendo por qué, yendo por este camino santo e inmaculado, no me perderé y obtendré muchos tesoros para el Cielo.

S: Y también es:

d. ***Camino seguro***: pues lo propio de la Virgen es conducirnos ***seguramente*** a Jesucristo, como lo propio de Jesús es conducirnos, seguramente, al Padre Celestial.

¿Te engañaría tu mamá? Si te dice: «andá a comprarme esto», ¿te indicará acaso un lugar equivocado, te haría ir por lugares peligrosos? ¡Cuántas madres no dejan ir a sus hijos a la casa de un compañero o no los dejan ir solos a la escuela porque tienen miedo de que se pierdan o porque deben cruzar alguna gran avenida!

J: Sí, es verdad, nunca mi madre buscará que me pierda o que vaya por senderos peligrosos.

S: Entonces, ¿cómo la Madre del Cielo te conducirá por sendas de perdición? No te dejará solo hasta que atravieses la *Puerta*, que es Jesucristo (cf. Jn 10,7) y entres en el gozo de tu Señor (cf. Mt 25,21). No permitirá nunca que tú, siendo su «esclavo de amor», te pierdas.

Allí donde está Jesucristo está María; cuando estés ***con*** María y ***en*** María, estarás, seguramente, ***con*** y ***en*** Jesucristo. ¿Cómo sabes si una persona dormida está aún con vida?

J: Mirando si respira o no.

S: Pues bien, así como respirar es señal de vida, la Consagración a la Virgen como esclavo de amor es señal de vida, señal de no estar muerto por el pecado. Ve, pues, por este camino fácil, corto, perfecto y seguro hasta llegar a la plenitud de edad en Jesucristo (cf. Ef 4,13).

d. Se obtienen grandes bienes para el prójimo

S: Jesús dijo: «en esto conocerán todos que sois mis discípulos; que os amáis unos a otros» (Jn 13,35). Por esta Consagración, ¿qué haces con lo que te pertenece?

J: Le entrego a la Virgen todo: cuerpo, alma, bienes exteriores e interiores: el valor de todas mis obras, aún del más mínimo pensamiento y el sufrimiento más pequeño, para que la Virgen haga lo que su voluntad desea.

S: Sí. Todo se lo entregas. Y la Virgen aplicará eso en favor de las almas del purgatorio para que salgan lo antes posible; en favor de los tibios, para que se entreguen completamente a Jesús; y así todo lo que realices, será para gloria de Dios.

J: ¿Y es importante salvar un alma del purgatorio o convertir un pecador?

S: ¡Oh! si tuviese palabras con qué decirlo o poder para explicarlo. Se trata de un ***bien infinito***, mayor que crear el cielo y la tierra, pues aquí Dios se gana ***un alma***. Un alma en posesión de Dios. En el Cielo hay más alegría por un pecador que se convierte, que por noventa y nueve justos que no necesitan de penitencia. Si ayudas a salvar ***un alma***, Dios sin duda te llevará al Cielo, ¡cuánto más si son muchas las que se salven o conviertan por esta Consagración! ¿Sabes por qué es esto?

J: No, padre.

S: Pues a pesar de que nuestras obras sean pequeñas, pobres y manchadas de amor propio, al ***entregarlas*** a María, Ella las toma en sus manos, las embellece y adorna con sus méritos y virtudes, las presenta a Dios en un plato de oro, y Jesucristo las acepta gustosamente, y así, muchas almas salen, al instante, del purgatorio, muchos pecadores se convierten, y otros crecen en santidad.

J: ¡Qué alegría cuando Dios me juzgue! ¡Qué gloria en la eternidad!

e. Es un medio admirable de perseverancia

S: Otro gran fruto de la Consagración como «esclavo de amor» es que Dios, por medio de la Virgen, nos dará la perseverancia, es decir, no sólo la fidelidad en

el buen camino –vivir en gracia de Dios– si no también en la hora de la muerte ir al Cielo a gozar de Dios.

J: ¿Por qué padre ***somos poco perseverantes***?

S: Hablando sinceramente y sin querer ofender, los católicos en general, servimos y cumplimos lo que Dios nos pide cuando queremos (cuando se nos da la gana). ¿Ir a Misa? «voy» –dicen–, pero si hay partido de fútbol, tenis, cine, o estoy cansado, si vinieron amigos a comer y me acordé tarde, entonces dicen «no voy». Hay católicos –caricatura de católicos– que dicen: ¡Ufa, tengo que ir a Misa cuando quería dormir o ir a cualquier otro lado.

Otros creen que la Religión (Mandamientos, Preceptos) es cualquier cosa: y es como si para elegir si van a ir a Misa o no, tirasen los dados.

¿No saben que la Misa es el centro del Cristianismo y de la vida de cada cristiano? ¿Acaso hay alguno que diga: «Uh, hoy es primero de mes, me toca bañarme, me toca comer»? Si nadie trata así a su cuerpo, ¿por qué trata así, maltrata así, a Dios (y a su alma)?

La falta de perseverancia que caracteriza a tantos cristianos es porque se apoyan en su voluntad, débil e inconstante. Confían en sus fuerzas, pero pronto decaen.

J: ¿Y la Consagración es el remedio de esa ***inconstancia***?

S: Sí, pues lo primero que hago es ***entregarle todo*** a la Virgen, aún los deseos e intenciones, de manera que *no puedo decir*: «Hago lo que quiero», sino: *renuncio a mí mismo y me consagro a Ti, oh Madre Mía*. ¿Y sabes qué ocurre con aquel que le dio todo a su Madre?

J: No, padre.

S: Ya no perderá más lo que dio, pues la Virgen es el «*depósito de Dios*», es la «Virgen fiel» que no pierde nada de lo que se le entrega.

El consagrado puede exclamar: «Señora mía, si me sostienes, no caeré; si me proteges, no temeré; si me conduces, no me fatigaré; si me guías, no me perderé; si nunca te separas de mí –y no permites que yo me separe de Tí–, llegaré al puerto de salvación, el Cielo». Tienes que poner todo en sus manos como si fuese un banco.

J: ¿Un banco?

S: Sí: cuando depositas dinero en un Banco, no se pierde, y si se pierde, el banco te devuelve igualmente el dinero. La Virgen guarda todo lo ofrecido: obras, palabras, pensamientos y la diferencia es que no lo puede perder: se puede destruir el cielo y la tierra, pero la Virgen no perderá nada de cuanto le diste.

J: ¡Qué estupidez sería perder todo, incluso la vida eterna, cuando puedo asegurarla por la Consagración!

S: ¡Oh! ¡Cuán feliz es el hombre que ha dado todo a María, que se confía en Ella; que se pierde en todo y para todo en María!

J: ¿Y cómo sé si persevero o no?

S: Si confiesas y comulgas a menudo, y eres fiel a las prácticas de esta Consagración –haces todo ***por*** María, ***con*** María, ***en*** María y ***para*** María– conservarás tu alma en gracia de Dios.

Soneto del Dulce Nombre

Si el mar que por el mundo se derrama
tuviera tanto amor como agua fría,
se llamaría, por amor, María,
y no tan sólo mar, como se llama.

Si la llama que el viento desparrama,
por amor se quemara noche y día,
esta llama de amor se llamaría
María, simplemente, en vez de llama.

Pero ni el mar de amor inundaría
con sus aguas eternas otra cosa
que los ojos del ser que sufre y ama.

Ni la llama de amor abrasaría,
con su energía misericordiosa,
sino al alma que llora cuando llama.

Francisco Luis Bernárdez

f. Confianza en Dios y en María

S: Ya no tendrás temor, como te decía, pues te abandonarás en la Virgen María.

J: ¿Por qué?

S: Porque:

a. Vas a presentarte a Jesucristo por medio de esta buena Madre, y no por vos mismo («renuncio a mí mismo»).

b. Habiéndole dado ***todo*** por medio de la Virgen, su Madre y tu Madre, tus oraciones serán escuchadas, tus acciones aceptadas, tus pecados perdonados, y toda ***tu vida*** será agradable a los ojos de Dios, pues la Virgen todo lo ha tomado, embellecido con sus méritos y virtudes, y presentado a Jesús.

c. Habiéndote entregado sin reservas, Ella, que es generosa con los generosos, se te ***entrega a ti***.

Le dirás: «***Soy tuyo***, ***Santa Madre***», y Ella te responderá: «***Soy tuyo***, ***buen esclavo de amor***». Podrás decir: «Lo mío es tuyo y lo tuyo mío» (Jn 17,10). Repite muy a menudo, en tu casa o fuera de ella, en el trabajo y en la diversión, en penas y alegrías: ***Soy todo Tuyo – Totus tuus***.

Sea este tu pensamiento, tu idea obsesionante, ¡no lo olvides!

g. La mayor gloria de Jesucristo

S: Cumpliendo las prácticas que hemos visto, con espíritu de oración, darás más gloria a Dios en un mes de vida que en muchos años por otros modos.

J: ¿Por qué, padre?

S: a. Porque tus intenciones, pensamientos, y acciones no serán rechazados sino que será la Virgen quien los presentará. Y una acción de la Virgen es de más valor que todos los martirios juntos y que todos los méritos de los santos; pues al ser concebida sin pecado original, dando una simple puntada de aguja, o yendo a buscar agua al pozo –como era costumbre en Nazaret–, o preparando la comida al Niño Jesús y a San José, con esas simples obras –digo– daba más gloria a Dios que todos los ángeles y santos juntos.

b. Porque el «esclavo de amor», al ofrecer lo que hace no por sí mismo sino por medio de María, se ejercita en la humildad, virtud muy agradable a Dios, que «enaltece a los humildes» (Lc 1,52) y es glorificado por los niños y los humildes de corazón (cf. Mt 11,29).

c. Porque cada vez que piensas en María, Ella piensa en Dios. Si le dices: «Te amo, Virgen María», Ella dice: «Te amo, Dios mío». Si alabas a María, Ella alaba y da gloria a Dios. Si dices María, Ella dice Dios.

Así Dios recibe ***todo honor y toda gloria***, ***por*** María y ***en*** María.

h. Nos transforma en imágenes de Jesucristo

S: La perfección consiste en imitar a nuestro Señor Jesucristo, en ser como Él, practicar sus virtudes, seguir sus ejemplos. La primera persona que formó en su alma a Jesucristo fue la Virgen, por obra del Espíritu Santo.

J: ¿Por qué?

S: Porque Jesús «se hizo carne» en el seno de María. Si quieres tener un fruto, una manzana, por ejemplo, ¿qué necesitas?

J: Y, tener el árbol que da ese fruto, el manzano.

S: La Virgen es el árbol de la vida, que dio un fruto, y ese fruto es Jesucristo. Por eso Santa Isabel la saludó: «Bendito es el fruto de tu vientre» Jesús (Lc 1,42), como repetimos en el Avemaría.

J: O sea, ¿todo consiste en tener en mi alma presente a la Virgen, árbol santo, y Ella dará allí su fruto: Jesús?

S: Así es. Mas, ¿cómo plantarás en tu alma ese buen Árbol?

J: No lo sé.

S: Así como para que un árbol crezca y dé fruto hay qué regarlo y darle luz, así la Virgen crecerá en tu alma al modo de un árbol fuerte, si lo riegas y le das la luz de las ***prácticas de la Consagración***: es decir, la Virgen habitará en tu alma si haces todo ***por*** María, ***en*** María, ***con*** María y ***para*** María. Y Ella será como un árbol plantado a orillas de un río, que no se marchita, y que a su debido tiempo, da su fruto: Jesucristo (cf. Sal 1,3).

J: ¿Cuál es ese «debido tiempo»? ¿Cuándo ocurrirá?

S: Cuando las prácticas a la Virgen que dije, sobre todo la Misa y Comunión, sean realizadas con pureza de intención, con perfección, sin apuro y con perseverancia.

J: Y así ¿la Virgen formará en mi alma a Jesús?

S: Sí, ***sin duda alguna***, Jesús será formado en tu alma, de modo que reproducirá en ti, los mismos sentimientos de Jesús y podrás decir: «Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí» (Ga 2,20). ¿Sabes cómo formará en tu alma a Jesús?

J: Con las prácticas en honor de la Virgen, propias del «esclavo de amor».

S: Exacto. Pero hay dos modos de ***formar*** o ***moldear*** (que es lo mismo) una imagen. Yo puedo hacer una imagen de dos maneras: con martillo, o con un molde.

Cuando el artista emplea el martillo y el cincel, trabaja con sus propias manos, con sus instrumentos personales, el tiempo que él necesita, y da los golpes que él quiere. En cambio, el que utiliza el molde, emplea otro instrumento, no emplea medios personales, en todo depende de ese molde.

J: ¿Y las imágenes salen iguales?

S: No. Es mucho más difícil con el martillo y el cincel; un pequeño golpe mal dado arruina toda la obra. En cambio, por medio del molde, la imagen no puede salir mal, e incluso será mucho más bella que la otra. ¿Entiendes?

J: Sí, padre.

S: Así sucede con los que quieren formar a Jesús en su alma: unos, por sus propias manos; los otros, utilizando ***ese molde de Dios***, que es la Virgen.

Los primeros no logran formar a Jesucristo en su alma por falta de conocimiento o de experiencia, con algún golpe mal dado echan fácilmente a perder la obra; al confiar en sí mismos, seguir sus deseos, sus juicios, al no obedecer, ***no*** pueden formar en ellos la imagen divina.

En cambio los segundos, los que se entregan de lleno a las prácticas marianas haciendo todo ***por***, ***con***, ***en*** y ***para*** María, son como buenos escultores que habiendo encontrado el hermoso y perfecto molde de María, en el cual Jesucristo ha sido natural y divinamente formado, se abandonan y pierden en María, la dejan obrar, y al «debido tiempo» acaban por ser retrato natural de Jesucristo.

Siendo fieles a estas prácticas, no mirando cuántas obras hice sino ***cómo las hice*** (eso es ser fiel), llegaremos a reproducir a Jesucristo.

J: ¿Y no falla esto?

S: Los escultores que utilizan un molde sólo pueden hacer un mal trabajo si el material que en él ponen es de mala calidad o está sucio.

Pero, en la Consagración, el material que se coloca en el molde de María es agradable a Dios pues le damos ***todo***, cuerpo y alma; además, si lo hacemos con pureza de intención, no será material sucio.

Consecuencia: ***Cristo*** será formado en tu alma.

J: Gracias padre, de todos los frutos de esta Consagración, el último es el que más me ha impresionado. Me parece que quien conoce esto, es imposible que no desee consagrarse como «esclavo de amor», darse por entero a esta buena Madre para servir mejor a nuestro Señor Jesucristo.

Conclusión: ***¿qué espero para consagrarme?***

- Si da tanta gloria a Dios.
- Si es de tanto honor a la Virgen.
- Si es para bien de mi alma.
- Si es para provecho del prójimo.

¿Dejaré de hacer ***una obra tan buena***? ¿Seré capaz de poner en peligro mi alma? ¿Si yo no lo hago, ***quién lo hará por mí***?

La Virgen María, por ser Madre del Rey, Jesucristo, es también Reina. Ella está coronada en el Cielo. Recibió esa corona esplendorosa cuando fue llevada al Cielo en cuerpo y alma por medio de los ángeles. Como Reina merece tu obediencia, tu respeto, tu veneración, tu amor. La Consagración como «esclavo de amor» la hace.

11. Falsos y verdaderos esclavos de María

S: Hay muchos que aman a la Virgen, pero también hay muchos que «dicen que la aman» pero que en verdad, son falsos devotos de la Madre de Dios.

a. Devociones falsas

J: ¿Quiénes son los «falsos devotos» de la Virgen?

S: Son:

1.º Los devotos críticos

Son aquellos cristianos sabiondos, orgullosos y suficientes, que lo único que hacen es criticar las prácticas de amor a la Virgen. Ponen en duda todos los milagros que nos narran los santos sobre la Madre de Dios diciendo que son fantasías. No soportan ver a las personas humildes que están arrodilladas ante su imagen, ni a aquellos que rezan el Rosario, no gustan de devociones exteriores pues dicen ser devociones «de mujercitas». Tú, como buen «esclavo de amor», nunca desprecies las prácticas exteriores, pues si están hechas con espíritu interior son agradables a Dios.

2.º Los devotos escrupulosos

Son los que temen que «se honre mucho a la Virgen y se olvide a Jesús». No quieren que se venere mucho a la Virgen pues se puede «ofender a Jesús». Y sólo hablan de Jesucristo. Esto es verdadero, pero en un sentido. Por supuesto que Cristo debe ser el «centro» de la devoción: la Roca firme. Pero se olvidan de que nunca se honra tanto a Jesucristo como cuando se lo hace por medio de su Madre. Pues, todo lo que le decimos, Ella lo presenta a su Hijo amado. ¿No saben que el último fin de la Consagración es Jesucristo? ¿No saben que la Virgen es sólo el medio para ir a Jesús? ¿No se dan cuenta de que la Virgen es la luna, y Cristo el verdadero Sol que ilumina?

Ellos no lo saben, pero tú lo sabes. No temas nunca ir a Jesús ***por*** María. Por eso Santa Isabel, inspirada por Dios, dijo: «Bendita tú entre las mujeres». Y recién después «Bendito es el fruto de tu vientre», Jesús.

3.º Los devotos exteriores

Son los que sólo buscan la práctica exterior, no la interior. Honran a la Virgen con sus labios, pero su corazón está lejos de Ella. Rezan tres Rosarios, oyen Misa frecuentemente, repiten decenas de oraciones pero «como loros». Ni siquiera saben lo que dicen; piensan en sus amigos, en sus vestidos, en la comida, en el partido.

¿Te gustaría que cuando hablas con tu madre, ella no prestase atención a lo que dices?

¿Cómo, pues, le puede gustar a la Virgen aquel que la ama de los labios para afuera? ¿No es, ese cristiano, un falso?

4.º Los devotos sentimentales

También están los que sólo quieren «sentir». Quieren todo «de colores»: color rosa. Dicen: «¡Cuánto "siento" esta devoción!». Y cuando no «sienten», no hacen ni siquiera una práctica. Ni Dios ni la Virgen gustan de esas devociones. Yo les pregunto: ¿Por qué no graban un casete con oraciones y lo pasan todo el día? Pues entre rezar así y poner un grabador es casi lo mismo. Un verdadero «esclavo de amor» no puede ser así: «No fui a Misa porque no lo siento»; les pregunto: la madre que está ante la cuna del niño enfermo tres días con sus noches, casi sin dormir, cuidando a su hijito, ¿acaso «siente» algo?; les diré lo que «siente»: siente ganas de ir a dormir, de descansar. Sin embargo, no lo hace, ¿por qué?, porque ama a su hijo. El amor es de la voluntad guiada por la inteligencia, no del sentimiento. Si amas a la Virgen no tengas miedo cuando «no sientas». La fe sola basta para hacer obras agradables a Dios.

5.º Los devotos presuntuosos

Son aquellos que van de pecado en pecado: faltan a Misa a propósito, son orgullosos, golosos, vanidosos. No se preocupan jamás de meditar un rato para luego imitar los ejemplos de Jesús, la Virgen y los santos. ¿Sabes qué dicen?: «Bah, antes de morir me confieso»; o también: «ya voy a cambiar», y cambian de ropa pero no de vida; y presuntuosamente afirman «Dios es bueno», pero olvidan que también es justo. Y así creen que porque rezan el Rosario, digan diez Avemarías, hagan rezar Misas, o llevan una cruz o medalla, van a ser salvados. ¿Sabes qué es esa devoción?

J: Y, una mentira.

S: Es un «engaño del demonio». Esas personas no son «esclavos de María» sino «esclavos del pecado». La solución es:

a. Sincera resolución de no cometer ningún pecado mortal; y si llegan a pecar arrepentirse, llorar sus pecados, y confesarse.
b. Poner todos los medios posibles para evitar cualquier tipo de pecado.

6.º Los devotos inconstantes

Son aquellos que hoy hacen todas las prácticas a la Virgen y mañana dejan todo. Hoy le sirven, mañana no. A lo mejor se comprometen a rezar el Rosario todos los días, pero pasados los primeros, se olvidan. Quizás se imponen miles de prácticas, pero después, no harán ninguna, o harán alguna sin darse cuenta de lo que hacen. Empiezan a rezar pensando: «¿cuándo terminaré?».

Mejor que eso es comprometerse a pocas prácticas, pero cumplirlas fiel y devotamente.

7.º Los devotos hipócritas

Son los que siempre caminan con un Rosario en la mano, se arrodillan ante el altar de Nuestro Señor, hablan de la Virgen, pero, bajo ese «manto de piedad» esconden los pecados más graves. Lo único que buscan es que se hable bien de ellos; que la gente diga: «Oh, que devoto de la Virgen». Sepan que son «sepulcros blanqueados»: blancos por fuera, pero lleno de gusanos por dentro.

8.º Los devotos interesados

Son los que rezan a la Virgen para ganar algún pleito, curarse de una enfermedad, evitar algún peligro, ganar algún dinero. Sólo buscan el interés personal. Es como si rezasen así: «Virgencita mía, dame la gracia de poder robar una buena cantidad en este día».

Ten mucho cuidado de no caer en estas falsas devociones. Si te encuentras retratado en alguna de estas falsas devociones, cambia cuanto antes; porque si permaneces en tu error nunca podrás ser «esclavo de amor de María», y jamás formarás en tu alma a Jesucristo.

b. Devoción verdadera

S: El que es un «verdadero servidor de Jesús en y por María», tendrá una verdadera y firme devoción, lo cual quiere decir que esta será: interior, tierna, santa, constante y desinteresada.

1.º Interior

Es decir, que brota del espíritu, tanto de la inteligencia, que reconoce las grandezas de la Virgen y medita sus virtudes y ejemplos, como de la voluntad, pues siempre el verdadero devoto eleva a Ella su corazón, la alaba y venera interiormente. No se queda en las solas prácticas exteriores.

2.º Tierna

Es decir, llena de confianza, como la de un niño en su buena madre. Recurre a Ella ante una necesidad del cuerpo –enfermedad, dolor–; o del espíritu –tristeza, apego a alguna cosita–. Y llama a esta buena Señora:

- En todo tiempo: mañana, tarde y noche.
- En todo lugar: no espera ir el domingo a Misa, sino que al levantarse, desde su misma cama, ya comienza a alabarla. Igualmente en el trabajo y el estudio, en el juego y la comida. Vive como un niño colgado de la mano de su madre.

J: ¿Es importante eso, no?

S: Allí se ve cuánto amamos a la Virgen y si la Consagración es algo verdadero o no para nosotros. Fácil es acordarse, «la Virgen me ve» durante la Misa, o rezando el Rosario, y está muy bien; pero más difícil y meritorio es acordarse de ello incluso en la diversión para santificar así esos momentos de sana alegría.

En toda cosa: en sus dudas para que se las aclare; cuando se pierde, para ser enderezado; en las tentaciones, para ser sostenido; en sus debilidades, para ser fortificado; en sus caídas, para ser levantado; en sus desalientos, para ser animado; en sus escrúpulos, para ser librados de ellos; en sus cruces y reveses de la vida, para ser consolado. Además, en sus oraciones, para rezarlas devotamente; en sus alegrías, para que las conserve; en sus buenos momentos, para que sepa ordenarlos a la gloria de Dios; en las diversiones, para ser la alegría de sus compañeros; en sus salidas, para dar buen ejemplo.

3.º Santa

Es decir, no deja al alma en pecado, o en una vida mala o mediocre, sino que la lleva a imitar las virtudes de Nuestra Señora, especialmente: la humildad de

la Virgen en la Encarnación; su fe viva ante el mensaje del ángel; su obediencia a la voluntad de Dios; su oración continua; su mortificación y sufrimiento ante la muerte de Jesucristo, su hijo; su pureza angelical; su caridad, como en la Visitación; su confianza en Jesús, como en las bodas de Caná de Galilea; su paciencia al pie de la Cruz; su generosidad ante el prójimo; su constancia en el trabajo; su fidelidad a Dios.

4.º Constante

Pues afirma al alma en el bien, en la práctica de las virtudes. Busca la perfección cada día y no se contenta con lo que hasta ahora hizo, sino que siempre quiere, por medio de María, acercarse más y más a Jesucristo. Mantiene al alma firme en la lucha contra el mundo, el demonio y la carne. Es fiel al consejo de Jesucristo: velad y orad, pues el espíritu está pronto a servirle, aunque la carne –el cuerpo– no quiera someterse, no quiere ser «esclavo», ni por amor ni por fuerza. No se hace problema el consagrado de «no sentir nada», pues sabe que el «justo vive de la fe» (Rm 1,17), de la ***fe*** en Jesús y María, y no depende de lo que «siente». Es evidente que cuando hay cansancio o enfermedad, la oración no saldrá tan perfecta; pero sin embargo podrás hacer una oración más meritoria, de mayor fruto y con intenso amor, lo cual es muy agradable a Dios y a la Virgen; y asimismo podrás ofrecer esos sacrificios a Jesús, por María, lo cual da mucha gloria a Dios y santifica al alma del «esclavo de amor» que desea la cruz como Jesucristo lo deseó.

5.º Desinteresada

Pues la Virgen inclina a su «esclavo de amor» para que no se busque a sí mismo, a su juicio, a su voluntad, a sus deseos o inclinaciones; sino para que diga siempre de nuevo: «Renuncio a mí mismo». Tampoco busca «el esclavo de amor» los placeres carnales, ni beneficios materiales o espirituales, ni que hablen bien de él, ni siquiera obrará por alcanzar el Cielo, sino: porque Ella merece ser servida y ***Dios solo*** en Ella; no amará a la Reina de su alma por los beneficios que de Ella espere sino porque Ella es amable. De aquí que no se interesa tanto por las cosas exteriores: tiempo, lugar, situación política, económica, o social en que esté, disgustos o sequedades, pues ***por sobre todo eso ama a la Virgen***. Está sirviendo a su Señora tanto en el Calvario –donde hay dolor– como en Caná –donde abunda la alegría–, a ejemplo de Ella. Así como es grata la presencia de

un compañero, que «es amigo en las buenas y en las malas», la Virgen se pone dichosa cuando encuentra un servidor fiel y desinteresado, capaz de decir:

Aunque no hubiera infierno te temiera,
aunque no hubiera Cielo, yo te amara.

¡Cuándo surgirán esas almas generosas que «dejen todo» por Jesucristo y su Madre! Que, ya sean sacerdotes o casados, religiosos o solteros, «entreguen» todo para acompañar al Rey de Reyes y a su Reina; siguiendo a ese gran Capitán y a su Generala, como un ejército ordenado dispuesto a luchar por su fe.

¡Hoy se necesitan esas almas consagradas!

Hay un solo error en la vida, no ser santo. Y la santidad se logra siendo fiel a las prácticas de la ***Consagración***.

¡*Quien lea*, *entienda*! (cf. Mt 24,15). «¡Quién pueda comprender, comprenda!» (Mt 19,12).

Conclusión: No seré un falso devoto, un mal «esclavo». Amaré a la Virgen ***constante*** y ***desinteresadamente***. ***Imitaré sus virtudes***.

Mi devoción será ***tierna*** e ***interior***.

Seré un verdadero «***esclavo de amor***».

12. Consagración

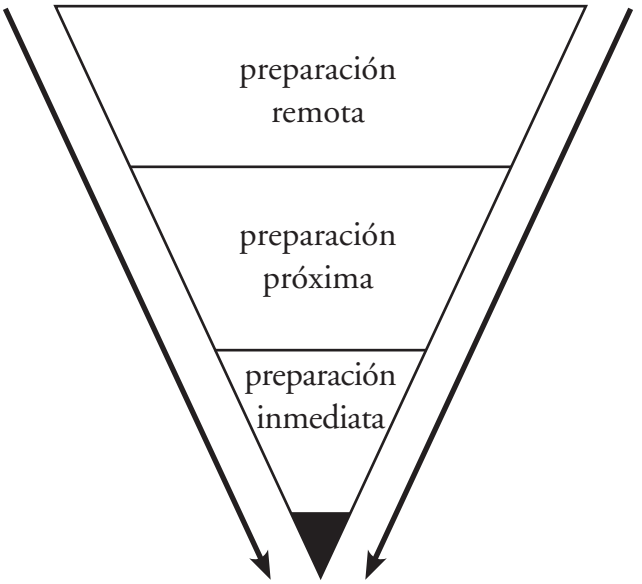
S: Llegará, en fin, el día esperado, el ***día solemne*** de ***nuestra Consagración***. Día grande. Día inolvidable. Cuando seamos juzgados por Dios pasarán ante nuestros ojos –como si fuese una película– todos los días de nuestra vida. Esos días estarán representados por luces. Los días en que no servimos a Dios, caímos en pecado mortal, no cumplimos sus mandamientos, aparecerán oscuros y horribles.

En cambio, los días en que vivimos en gracia, los domingos que participamos de la Misa, se manifestarán bellos y radiantes.

Y con un esplendor especial aparecerá el día en que nos ***consagramos*** a la Virgen como sus «esclavos de amor» (si hacemos una buena Consagración). Por eso, ***hay que prepararse***. Prepararse muy bien.

J: ¿En qué consiste la preparación, padre Alfredo?

S: Procuraré explicártelo, Carlitos. El tiempo de la preparación se divide en partes:



Día de la Consagración

a. Preparación remota

S: Comienza aproximadamente un año antes.

Cada «devoto de María» podrá leer, cada mes, un capítulo (fascículo) de este pequeño librito. El «buen esclavito» de María irá penetrando en el tema de la Consagración: qué es y por qué consagrarse; la necesidad de la devoción a la Virgen; la práctica de esta Consagración; y, finalmente, leyendo los maravillosos frutos que se obtienen, aumentará su amor y deseo de entrega total a Jesús por María.

b. Preparación próxima

S: Comienza un mes antes de la Novena (preparación ***inmediata***).

J: ¿Es necesaria la preparación próxima?

S: Sí, es muy necesaria. Los jugadores de fútbol, a pesar de jugar todas las semanas, si tienen que participar de un Mundial, ¿no comienzan una preparación más intensa?

J: Sí, padre.

S: Lo mismo ocurre con los atletas y otros deportistas. Mira, todos ellos se preparan para lograr el primer puesto, ganar una corona. Pero si por un premio terreno, una corona que se marchita, que se pudre, hacen tanto esfuerzo. ¡Cuánto más debe prepararse el que recibirá una corona eterna, celestial, que no se marchita!

El atleta se priva de comidas, de diversiones, cuida de no lastimarse. Pero el que se va a consagrar ¿no debe prepararse mejor?

J: Si, padre.

S: Debe rezar más, mortificarse, cuidar su alma para que no caiga en pecado, cuidar los sentidos, etc.

J: ¿Qué se puede hacer en este mes, padre?

S: Se puede:

1.º ***Rezar***: pedir mucho a Dios por medio de la Virgen la gracia de prepararse bien para ser un «buen esclavo de amor».

2.º ***Volver a leer el librito***: pensar seriamente en lo que se dice. Detenerse más tiempo en las partes que más nos gustan (en la ***excelencia***; en los ***frutos***; en la ***práctica***…) o en las que más nos disgustan. En lo que entendimos para recordarlo mejor. En lo que no entendimos para comprenderlo.

3.º ***Hacer las prácticas marianas***: practicar –según hemos dicho– la «entrega del cuerpo y sus sentidos»; del «alma y sus facultades»; hacer muchos actos de amor a la Virgen. Realizar las prácticas especiales en su honor. Rosarios, Avemarías, oraciones marianas, ayunos, peregrinaciones, Misas en su honor, iluminar y adornar sus imágenes; socorrer a los pobres; visitar a los enfermos, etc.

Finalmente, practicar la Consagración de los bienes interiores y exteriores. Cada «siervo de María» puede elegir las prácticas. No realices todas ellas «así nomás». Pon todo tu empeño, como quien sirve a Dios, no a hombres.

¡Recuerda!: no consiste en la cantidad sino en el amor y pureza de intención con que las hagas. Es preferible poco pero ***bueno***. Y más excelente aún: mucho y bueno.

Podrás rezar esta oración preparatoria (puede ser en la Misa, después del Rosario, antes de comer, a continuación de la meditación o de la lectura mariana):

«Oh María, Dueña y Señora mía, dentro de poco tiempo me consagraré a Ti como "esclavo de amor". Te daré mi cuerpo con mis sentidos, mi alma con mis facultades, mis bienes exteriores e interiores: mis virtudes, obras, cuantas indulgencias y gracias obtenga. ***Todo lo daré***.

Oh, Esclava del Señor, enséñame a ser como Jesucristo, perfecto "esclavo de amor". Falta poco ya, y a pesar de mis pecados, de mi maldad y de mi infidelidad, me arrojo en vuestro corazón –abrasado de amor– y te pido tú corazón; fórmame a imagen de Jesucristo. Temo si confío en mí; me alegro si me arrojo en Ti. Prepárame, Madre del Cielo, y nunca permitas que me aparte de Ti. Amén».

c. Preparación inmediata

S: Los jugadores se han preparado. Pero les falta algo.

J: ¿Qué, padre?

S: Si juegan en otro país deben conocer el terreno, experimentar el clima, la alimentación, etc. Es el «tiempo fuerte».

En la preparación al anhelado día de la Consagración hay un «tiempo fuerte».

Son días de gracias especiales pues con esa preparación imitarás más a Jesucristo y a la Virgen.

J: ¿Por qué, padre?

S: Porque ellos, antes de hacer algo importante, rezaban, se preparaban.

Así, Jesús, antes de elegir a sus Apóstoles, «oró toda la noche» (Lc 6,12); antes de entregarse a la muerte, oró en el Huerto de los Olivos. La Virgen con los Apóstoles, antes de recibir el Espíritu Santo *rezaban todos juntos en el Cenáculo* (cf. Hch 1,14).

Pues bien, esta preparación es muy corta. Son sólo nueve días. Es una ***novena*** a la Virgen. Nueve días de preparación intensa; los «últimos preparativos».

J: ¿Qué se puede hacer, padre, durante esta ***novena***?

S: Como es algo muy especial, tratará de dedicarse enteramente a Dios. Sin descuidar su deber de estado (trabajos, estudios, obligaciones con la familia), vivirá muy unido a Jesús por María. Podrá privarse de paseos, bailes, TV, para realizar algunas prácticas marianas, sólo o en familia. (¡Recuerda: buscas una «corona eterna»!).

1.º Serán nueve días marianos. Desde que se levanta hasta que se acuesta, pensará, amará e imitará a la Virgen. El «esclavito»:

2.º Seguirá rezando: «orad incesantemente» (1 Ts 5,17). Repetirá con mucha frecuencia actos de amor, de confianza, de agradecimiento a la Virgen. Dirá sobre todo: «renuncio a mí mismo y me consagro a Ti, Madre mía».

3.º Rezará el Rosario. Debe ser infaltable en toda la preparación.

4.º Misa, Confesión y Comunión, si las ocupaciones se lo permiten. Hará lo posible por ir a la Santa Misa y comulgar en unión con María, como lo hemos explicado.

5.º Se entregará totalmente a la práctica interior. Buscará hacer todo: ***por*** María, ***con*** María, ***en*** María y ***para*** María. Quien con fervor realice esto obtendrá mucho fruto espiritual.

6.º Meditará el texto de la Consagración (es decir, la oración que rezará el mismo día en que se consagre). Esto es: leerá con atención y pausadamente:

– la ofrenda a la Santísima Virgen,
– el «Pacto de Fidelidad» con Jesucristo.

7.º Rezará estas muy breves oraciones:

«Reina de los Cielos y Señora del mundo, Virgen…: Enséñame a meditar como tú en los misterios de Cristo Jesús, para que reproduzca en mí sus sentimientos de modo tal que pueda decir: *Ya no vivo yo*, *es Cristo quien vive en mí*. Amén».

«Dulce Jesús mío y mi crucificado Señor, que me amaste hasta el extremo de padecer, morir y pagar por mí: Haz que te ame cada vez más, cumpla mejor tus mandamientos, frecuente los sacramentos, persevere en la oración y dé la vida por los hermanos. Amén».

Culminará el día con el examen de conciencia mariano.

J: Muy bien, padre.

S: Hay muchos que, quizás, no podrán por sus obligaciones ir a Misa todos los días. Pero no importa, la mejor preparación para todos –puedan o no ir a Misa– será cumplir con su deber de estado con perfección.

Todos podrán hacer la práctica interior; todos podrán –sea cual sea su oficio– tener presente a la Virgen.

La ama de casa hará la limpieza con mayor esmero. Cuidará a los niños como la Virgen cuidaría al Niño Jesús.

Las maestras y profesores tendrán mayor paciencia con sus alumnos, procurarán santificar cada hora del día rezando un Avemaría antes de comenzar la clase.

Los que trabajan en almacenes, mercados, talleres, estaciones de servicio, de trenes… imitarán a Jesús, el trabajador de Nazareth. Pensarán en la Virgen. Tratarán con especial caridad a sus clientes viendo en ellos a hijos de una misma Madre: la Virgen María.

Los niños estudiarán mejor, serán más generosos. Los jóvenes se privarán de músicas, lecturas y conversaciones inútiles.

Los enfermos y postrados desde su lecho de dolor unirán sus sacrificios a los de Jesús y María en la Cruz.

Así, ***nadie*** podrá decir: ***no pude prepararme***. ¿Sois católicos? ¿Amáis a Dios? ¿Vivís para el Cielo? ¡***Mostradlo***! Mostradlo con vuestras obras. Muchos leerán estas páginas y dirán: «es cosa de curas»…, «es cosa de viejas»…, «yo no lo necesito»… y muchas cosas más. Son los que no han entendido la importancia y maravillas de la Consagración. Son los «falsos devotos».

Pero tú, «oh hijo y esclavo de amor», ¿harás igual? ¿Te dejarás llevar por el mal ejemplo de los cristianos flojos? ¿A quién sirves; a Jesucristo y su Madre o a tu comodidad y pereza?

J: No, padre. Dios quiera que ponga contentos a Jesús y a la Virgen.

S: La Virgen te lo conceda con creces.

d. Día de la Consagración

S: ¡Llegó el día! Hay fiesta en el Cielo pues, en la tierra, personas –con su entrega– se preparan para ir algún día al Cielo. Los ángeles cantan. Los santos dan gloria a Dios. Todos dicen: ¡Santo, Santo, Santo es el Señor!

Jesús dijo: «hay más alegría en el Cielo por un pecador que se convierte que por noventa y nueve justos que no necesitan penitencia».

Pues mira, en este día:

- muchas almas buenas crecen en el amor a Dios;
- almas frías y tibias se vuelven fervorosas;
- muchos pecadores se convierten;
- niños y niñas, jóvenes, ancianos, entregan todo a Jesucristo por María;
- jóvenes varones y mujeres se deciden a seguir a Jesús en la vocación religiosa;
- tristes son consolados, a pobres les renace la fe; almas perdidas ven brillar la luz de la esperanza;

J: ¿Por qué todo eso, padre?

S: Porque no debes olvidar que todos los méritos, virtudes, indulgencias, bienes exteriores, cuerpo y alma, han sido entregados a la Virgen. Y no sólo los tuyos sino los de muchas personas.

Ella las recibe, adorna con sus virtudes, embellece colocándolas en bandejas de oro purísimo y las presenta a Jesucristo; ¿Te imaginas cuántos beneficios para todas las almas?

J: ¡Oh!…

S: Piensa en todas las obras buenas practicadas en este tiempo de preparación. ¿Cuántas serán? En este día: harás todo ***por, con, en*** **y** ***para*** María; comulgarás en unión con Ella (¡piensa en la alegría de Jesús al ser introducido en tu alma y ser recibido por su misma Madre!). Rezarás el Rosario; harás el acto de Consagración durante la Misa (¡muchas almas lo harán contigo; será como el incienso que se eleva a Dios!); rezarás el «Pacto de Fidelidad» a Jesús; recibirás el santo escapulario de la Virgen; quizás ingreses en la Cofradía de la Virgen.

Será un «día de Cielo». No lo olvidarás jamás (si lo haces como Dios manda). Quedará grabado en tu mente y en tu corazón.

Las dificultades, desganos, desalientos de la preparación, han pasado. Todo lo has sabido llevar adelante, ¿acaso Dios no te premiará?

J: No, Jesús debe estar muy feliz, igual que la Virgen.

e. Después de la Consagración

S: Una vez ***consagrado*** a Jesús por María y aunque estés feliz y te hayas preparado bien, puede ser que tengas una tentación…

J: ¿Cuál, padre Alfredo?

S: Creer que con la oración a la Virgen y el Pacto de Fidelidad, ya está todo, que ***todo terminó***. Y quien piense esto y lo ponga en práctica no obtendrá los frutos que siguen a la Consagración.

J: ¿Por qué, padre?

S: Porque, justamente, los efectos de la Consagración vendrán si somos fieles y perseverantes a las prácticas exteriores e interiores.

En realidad, el que se consagra debe decir: «ahora empiezo», «este es el comienzo de una nueva vida de unión con Dios y la Virgen».

Las muestras de amor a la Virgen, así como las pruebas de amor que Dios envíe (tentaciones, desconsuelos, tristezas) vendrán después de la Consagración.

Y, con la Consagración, ya debemos esforzarnos por ser santos. A terminar con nuestras «pequeñeces» y ser valientes para amar a Jesucristo con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas. ¡Basta ya de ser esclavos perezosos y malos! Proponerse, seriamente, buscar la santidad.

J: ¿Y si caigo en pecado, si no soy fiel?

S: Jesucristo te dice: ***soy Yo***, ***no temáis***. Si caes, ¡levántate! Pide perdón y de nuevo a subir el Calvario para abrazarte a Jesús Crucificado. Caigas una o mil veces: no te quedes, ¡adelante! Si otros fueron santos, ¿por qué no podré serlo yo? ¿Te sientes débil? Jesucristo elige lo débil del mundo para confundir a los sabios según el mundo.

J: ¿Cuál será mi modo de vivir después de la Consagración?

S: – Todo esclavo de María tendrá su «fuente de Vida» en la Misa dominical.

– Todo esclavo de María hablará con su Madre en el templo, en su casa, en todo lugar y siempre la tendrá presente.
– Todo esclavo de María llevará la medalla escapulario sobre su pecho.
– Todo esclavo de María participará con fervor de todas las fiestas marianas.
– Todo esclavo de María santificará su hogar con el rezo del Rosario y otras prácticas marianas.
– Todo esclavo de María rechazará una vida sin María, una sociedad en que no reine Cristo y su Madre.
– Todo esclavo de María buscará la santidad en su propio estado (los niños en sus juegos, los jóvenes en sus estudios, las madres en la educación cristiana de los hijos, los padres trabajando a imitación de Jesús, los maestros enseñando la verdad, los vendedores comerciando honestamente). Así, todos los «esclavos de María» unidos serán una gran fuerza para santificar el mundo entero. Cumplirán la misión que encomendó la Iglesia a todos los cristianos: ***consagrar el mundo a Dios***. Toda esta conversión del mundo a Dios, el triunfo de Cristo Rey vendrá de todas aquellas almas «esclavas de Jesús en María».

¿Serías capaz de rechazar tan dulce invitación de salvar al mundo de las garras del demonio, del pecado? Yo rezaré siempre por ti y tú reza por todos los que se han consagrado a la Virgen como «esclavos de amor» para que nunca abandonen este precioso camino que conduce al Cielo. La oración mutua entre todos los consagrados será una gran fuerza interior que los impulsará a llevar a Cristo a todo el mundo.

Señor Jesucristo, mi Rey Crucificado mira a éstos, tus esclavos de amor y nunca los abandones.

Virgen María, que permaneces firme al pie de la Cruz de tu Hijo, queremos estar siempre junto a Ti.

Viva Cristo Rey y su bendita Madre.

f. Bienaventuranzas del esclavo de amor

Bienaventurado el que entrega cuerpo, alma bienes exteriores e interiores, pues poseerá el descanso del cuerpo, la felicidad del alma, cien veces más en bienes exteriores y la unión con Dios mismo por la entrega de los bienes interiores.

Bienaventurado el que hace todo ***por*** María, ***con*** María, ***en*** María y ***para*** María, pues poseerá a Jesucristo como nadie lo puede poseer.

Bienaventurado el «esclavo de amor» que fue instruido y enseñado por la Virgen María pues alcanzará la perfecta y verdadera sabiduría: el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo.

Bienaventurado quien es servidor de Jesús en María en la tierra, pues será servido por los ángeles de Dios en el Cielo.

Bienaventurado el que se consagra como «esclavo de amor» pues si tenía a Dios por Padre, ahora tiene a María libremente elegida por Madre, Señora y Dueña suya.

Bienaventurado el que se consagra como «esclavo de amor» a la Virgen pues ha escogido el camino más corto, fácil, rápido y seguro para ir al Cielo.

Bienaventurado el que se consagra a la Virgen, pues si cae en algún pecado, pronto se levantará; si es arrastrado por los malos ejemplos, presto volverá al buen camino; si se experimenta débil, será amamantado por la leche divina de la gracia.

Bienaventurado el «esclavo de amor» que es fiel a las prácticas de su Consagración pues en esta vida dará gloria a Dios, salvará muchas almas, convertirá pecadores, fortalecerá con su oración a los débiles y en la otra vida gozará de Dios y de su Santa Madre.

g. Acto de ofrecimiento y Consagración a la Virgen de San Juan Pablo II en la Plaza de San Pedro el 25 de marzo de 1984

«La familia es el corazón de la Iglesia. Surja hoy de este corazón un acto de Consagración especial al Corazón de la Madre de Dios.

En el año Jubilar de la Redención queremos confesar que el amor es más grande que el pecado y que todo mal que amenaza al hombre y al mundo.

Con humildad invoquemos este Amor:

1. "Nos acogemos a tu protección, Santa Madre de Dios".

Pronunciando las palabras de esta antífona, con la que la Iglesia de Cristo reza desde hace siglos, nos encontramos hoy ante ti, Madre, en el Año Jubilar de nuestra Redención.

Estamos unidos a todos los pastores de la Iglesia con un vínculo particular, formando un Cuerpo y un Colegio con Pedro.

En el vínculo de esa unidad, pronunciamos las palabras de este acto, en el que deseamos recoger, una vez más, las esperanzas y las angustias de la Iglesia en el mundo contemporáneo.

Hace cuarenta años, y nuevamente diez años después, tu siervo el Papa Pío XII, teniendo presentes las experiencias dolorosas de la familia humana, *confió y consagró a tu Corazón Inmaculado* todo el mundo, y especialmente los pueblos que, debido a su situación, son objeto particular de tu amor y solicitud.

Este *mundo de los hombres y de las naciones* es el que tenemos ante los ojos también hoy: el mundo del segundo milenio que está finalizando, el mundo contemporáneo, nuestro mundo.

La Iglesia, recordando las palabras del Señor: «Id, pues, enseñad a todas las gentes… Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo» (Mt 28,19-20), ha avivado en el Concilio Vaticano II su conciencia de *su misión en este mundo*.

Y por esto, *oh Madre de los hombres y de los pueblos*, tú que conoces todos sus sufrimientos y esperanzas, tú que sientes maternalmente todas las luchas entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas que invaden el mundo contemporáneo, acoge nuestro grito que, movidos por el Espíritu Santo, elevamos directamente a tu corazón: *abraza con amor de Madre* y de Sierva del Señor este mundo humano nuestro, que te confiamos y consagramos, llenos de inquietud por la suerte terrena y eterna de los hombres y de los pueblos.

De modo especial confiamos y consagramos aquellos hombres y *aquellas naciones*, que tienen necesidad particular de esta entrega y de esta Consagración.

¡"Nos acogemos a tu protección, Santa Madre de Dios"!

¡No deseches las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades!

2. He aquí que, encontrándonos hoy ante ti, Madre de Cristo, ante tu Corazón Inmaculado, deseamos, junto con toda la Iglesia, unirnos a la Consagración que, por nuestro amor, tu Hijo hizo de sí mismo al Padre cuando dijo: «Yo por ellos me santifico, para que ellos sean santificados en verdad» (Jn 17,19). Queremos unirnos a nuestro Redentor en esta Consagración por el mundo y por los hombres, la cual, en su Corazón divino, tiene el poder de conseguir el perdón y procurar la reparación.

El poder de esta Consagración dura por siempre, abarca a todos los hombres, pueblos y naciones, y supera todo el mal que el espíritu de las tinieblas es capaz de sembrar en el corazón del hombre y en su historia; y que, de hecho, ha sembrado en nuestro tiempo.

¡Oh, cuán profundamente sentimos la necesidad de Consagración para la humanidad y para el mundo: para nuestro mundo contemporáneo, en unión con Cristo mismo! En efecto, la obra redentora de Cristo debe *ser participada por el mundo a través de la Iglesia*.

Lo manifiesta el presente Año de la Redención, el Jubileo extraordinario de toda la Iglesia.

En este Año Santo, bendita seas *por encima de todas las creaturas*, tú, Sierva del Señor, que de manera más plena obedeciste la llamada divina.

Te saludamos a ti, que *estás totalmente unida* a la Consagración Redentora de tu Hijo.

Madre de la Iglesia, ilumina al pueblo de Dios en los caminos de la fe, de la esperanza y de la caridad. Ilumina especialmente a los pueblos de los que tú esperas nuestra Consagración y nuestro ofrecimiento. Ayúdanos a vivir en la verdad de la Consagración de Cristo por toda la familia humana del mundo actual.

3. Al encomendarte, oh Madre, el mundo, todos los hombres y pueblos, te *confiamos* también *la misma Consagración del mundo*, poniéndola en tu corazón maternal.

¡Corazón Inmaculado! Ayúdanos a vencer la amenaza del mal, que tan fácilmente se arraiga en los corazones de los hombres de hoy y que con sus efectos inconmensurables pesa ya sobre la vida presente y da la impresión de cerrar el camino hacia el futuro.

¡Del hambre y de la guerra, *líbranos*!

¡De la guerra nuclear, de la autodestrucción incalculable y de todo tipo de guerra, *líbranos*!

¡De los pecados contra la vida del hombre desde su primer instante, *líbranos*!

¡Del odio y del envilecimiento de la dignidad de los hijos de Dios, *líbranos*!

¡De toda clase de injusticias en la vida social, nacional e internacional, *líbranos*!

¡De la facilidad de pisotear los mandamientos de la ley de Dios, *líbranos*!

¡De la tentativa de ofuscar en los corazones humanos la verdad misma de Dios, *líbranos*!

¡Del extravío de la conciencia del bien y del mal, *líbranos*!

¡De los pecados contra el Espíritu Santo, *líbranos*! ¡*Líbranos*!

Acoge, oh Madre de Cristo, este grito *lleno del sufrimiento* de todos los hombres. *Lleno del sufrimiento* de sociedades enteras.

Ayúdanos con el poder del Espíritu Santo a vencer todo pecado, el pecado del hombre y el "pecado del mundo", el pecado en todas sus manifestaciones.

Aparezca, una vez más, en la historia del mundo el infinito poder salvador de la Redención: poder del Amor misericordioso. Que éste detenga el mal. Que transforme las conciencias. Que en tu Corazón Inmaculado se abra a todos la *luz de la Esperanza*. Amén»[16].

16. Las palabras del «Acto de ofrecimiento y consagración» fueron enviadas a los obispos de todo el mundo por San Juan Pablo II, en la *Carta pontificia a los obispos en la Solemnidad de la Inmaculada Concepción*, (8/12/1983). Allí se exhortaba a todos los obispos a unirse, del modo que considerasen más conveniente, al «Acto de ofrecimiento y consagración» que el mismo Juan Pablo II realizaría de modo público el 25 de marzo de 1984 en la Plaza San Pedro.

2. Coronación del Señor y la Virgen



LA VIRGEN MARÍA, REINA CORONADA de…

Estamos preparando la hora del gran acontecimiento de la historia espiritual de…: La Coronación de su Madre y de su Reina, la Santísima Virgen de…

a. Una alianza con María

… Con su vida de hoy, de ayer y del futuro, …con lo mejor que tiene que son sus hijos, quiere consagrarse a la Santísima Virgen María y sellar con Ella, un Pacto eterno de amor.

La forma de este Pacto, el sello visible de esta alianza, será la corona de plata que los hijos de… pondrán sobre la frente de su Madre, de su Patrona y de su Reina.

Esta coronación no será, ni podría ser, un acto circunstancial y pasajero. Será la culminación de una profunda vida espiritual.

Ha nacido de la fe, ha de ser vigorizada en la oración, deberá ser fecundada por el sacrificio, será sostenida por la acción y fervor marianos de todos.

Dios amó y sigue amando a este pueblo con un amor concreto y personal. Este amor de Dios se llama gracia y esta gracia se llama Nuestra Señora de… Este pueblo del centro a la periferia, de la calle…, de… a…, debe salir al encuentro de esta gracia e irse preparando para recibirla dignamente y hacerla suya.

b. La coronación de la imagen venerada

Todos sabemos que la imagen no es la realidad, sino que la representa, como ocurre con una foto o con un cuadro.

Por eso cuando hablamos de Coronación entendemos que el gesto de coronar acaba en la Imagen, pero que en realidad lo que queremos expresar es que coronamos a la misma Virgen María, hoy en cuerpo y alma en la gloria, y que sobre sus mismas sienes ponemos la corona con que Dios coronó como Reina y Señora de todo lo creado.

Coronaremos la Imagen, demostrando así que coronamos –reconocemos como Reina– al original, al prototipo, que está en el Cielo. Nuestro gesto no se detiene en la Imagen, sino que pasa a lo que esta representa y en Ella termina.

c. La coronaremos y nos consagraremos

Algo grande ha de ocurrir entre nosotros. Dios nos ha hecho ver más de cerca el regalo de su Divina Madre. Regalo otorgado a este pueblo bajo el título de Nuestra Señora de…

Al agradecer este don queremos comprometernos con Dios y con su Madre. La Coronación es un acto de reconocimiento por el pasado y es un compromiso para el futuro.

Es un reconocimiento del pasado: por tantas gracias que durante el transcurso de los… años de vida de esta parroquia la Santísima Virgen ha derramado sobre sus hijos en forma tan abundante.

Es un reconocimiento del pasado: que nos une a nuestros numerosos muertos, a tantos miles de hombres y mujeres que ya están en el Cielo por obra de la Santísima Virgen, patrona de esta ciudad, y que, junto a nosotros, espiritualmente, coronarán a la Virgen. De manera particular, todos aquellos que trabajaron para levantar la capilla, luego el templo y más tarde su ampliación. Todos aquellos que de una y otra forma colaboraron han de alegrarse mucho por este hecho trascendental.

Queridos hermanos:

Es un homenaje de todos los que pasaron, de los que estamos y de los que vendrán. Es un compromiso para el futuro, que impone fidelidad, entrega, servicio, amor apasionado.

1.º Debemos coronar a la Santísima Virgen María en el corazón de cada uno de nosotros, luego coronaremos en el corazón de nuestro pueblo, la imagen de la Santísima Virgen.

2.º Coronación y Consagración son palabras que se complementan y que exigen todo, tanto del hombre como del pueblo. La coronamos como Reina y como Madre y nos entregamos consagrados a esta doble realidad.

Nunca dejó este pueblo de ser hijo de la Virgen, pero ahora quiere proclamar, públicamente y con toda solemnidad, su condición de hijo de la Virgen como la vocación espiritual que ha de cumplir con heroica firmeza.

3.º Desde ya debemos sellar al modo bíblico un Pacto y una Alianza de amor eterno con la Santísima Virgen María.

El contenido del Pacto y de la Alianza se expresa con esta breve frase, que debe estar impresa en el corazón de todo feligrés: «**Madre, todo lo nuestro es tuyo, todo lo tuyo es nuestro**».

Jurando ser fieles hasta morir.

Índice de materias

A

Adoración: 62, 83, 119, 120, 156, 210, 215, 239, 259, 260, 358, 362, 379, 386, 388, 389, 408, 411, 453, 482 • de las Cuarenta horas: 261 • eucarística: 85, 151-153, 256, 257, 261, 264, 265, 267, 280, 281 • nocturna: 256, 262–266, 281, 388 • hermandad de adoración: 256 • Hora Santa: 154

Alegría: 31, 88, 98, 116, 117, 124, 125, 134, 143, 148, 156, 176, 191, 211, 212, 220, 221, 235, 238, 240, 285, 307, 318, 343, 353, 356, 358, 366, 399, 407, 409, 442, 446, 447, 471, 494, 513, 526, 543, 548, 557, 560, 567, 568, 575 • del peregrino: 411 • eucarística: 148 • ambiente de alegría: 354, 355 • club de la alegría: 319

Altar: 24, 32-34, 36-39, 53, 58, 60-63, 67, 68, 70, 71, 75, 77, 79-81, 83, 84, 88, 93, 147, 150, 153, 215, 256, 258, 260, 281, 283, 285, 373-375, 377, 395, 397, 399, 408, 434, 444, 501, 530, 544, 545, 566 • es Cristo: 57 • centro del espacio: 56 • destinación exclusiva: 59 • dignidad: 54, 55 • unción del altar: 38

Ambón: 53, 63, 66, 68, 69, 71, 74, 75, 77, 81 • monumento de la Resurrección: 64, 65, 70 • espacio propio: 67

Arte: 30, 106, 113, 120, 132, 136, 137, 215, 226, 246, 261, 295, 350 • de la oración: 379, 426 • cristiano: 84, 115 • que es música: 322

Ateneo parroquial: 447

B

Banquete: 56, 58, 148, 153, 282, 417 • eucarístico: 148 • mesa del banquete: 39, 55

Bendición: 33, 39, 77, 90, 141, 142, 153, 156, 160, 192, 211, 213, 281, 358, 370, 373, 375, 377, 388, 428, 438, 441, 445, 446, 555 • litúrgica: 443, 444 • de los objetos religiosos: 443 • rito: 37, 83, 149

Biblia: 30, 42, 43, 73, 75, 91, 104, 157, 160, 185, 186, 190, 215, 363, 432, 463, 476, 493, 496, 510, 524, 528, 529 • debe leerse "en Iglesia": 188 • grupo de Biblia: 185 • Jornadas de Biblia: 215

Bienaventuranzas: 383, 578 • del esclavo de amor: 578 • Cruz y bienaventuranzas: 98

Buena Prensa: 246, 345 • valor de un buen libro: 341

C

Campamento: 313, 314, 356-358

Campanas: 52, 131-143, 215, 238, 239, 282

Capilla: 46-51, 84, 85, 113, 140, 154, 160, 161, 240, 260, 261, 267, 281, 371, 374, 399, 584

Caridad: 40, 41, 44, 45, 80, 83, 120, 146, 149, 150, 177, 191, 211, 212, 222, 223, 255, 267, 276, 293, 301-303, 316, 317, 324, 335, 341, 344, 347, 350, 354-356, 358, 361, 389, 397, 411, 412, 427, 433, 436, 441, 442, 446, 452, 453, 529, 538, 539, 547, 549, 552, 553, 568, 574, 580 • de la Iglesia: 250, 298, 300 • ejercicio de la caridad: 251, 296, 298 • parroquia, comunidad de caridad: 297 • obras de caridad: 248, 249, 252, 253, 296, 298-300, 418, 509 • y liturgia: 299

Catedral: 25, 32, 33, 36, 39, 40, 50, 56, 85, 112, 126, 137-139, 160, 228, 367

Catequesis: 46, 107, 176-178, 180, 183, 184, 209, 210, 218, 243, 267, 270, 295, 311, 361, 379, 380, 388, 416, 460 • familiar: 179 • de adultos: 182 • responsable: 177

Celebración: 37, 41, 43, 56, 59, 75, 149, 359, 360, 370, 375, 445 • dominical: 61, 146-148 • litúrgica: 27, 66, 424 • del patrono: 27 • de la Eucaristía/eucarística: 37, 41, 43, 44, 55, 61, 62, 80, 126, 262, 416 • nocturna: 266 • de los sacramentos: 44, 75, 251 • del *Corpus*: 260 • de las Estaciones: 372, 374 • de la Liturgia de las Horas: 379 • de la Pasión del Señor: 408

Ciberespacio: 242, 243

Cirios: 101, 408

Comunicación: 78-80, 93, 140, 183, 242, 245, 287, 318, 336, 390, 452 • medios de comunicación: 106, 176, 216, 217, 243, 253, 295, 341, 384, 388, 390

Consagración a la Virgen: 172, 273, 363, 457, 459, 461, 467, 468, 481, 485, 494, 499, 516, 519, 537, 544, 556 • de San Juan Pablo II: 578 • en una Congregación Mariana: 274 • oración: 365

Consejo: 170, 175, 222, 223, 248, 273, 295, 316, 333, 337, 358, 402, 427, 441, 454, 461, 505, 529, 568 • Parroquial: 290 • Pastoral: 290-292, 294 • de Asuntos Económicos: 292-294

Corazón de Jesús/Cristo: 429, 435-439, 459

Corazón de María: 422, 439, 440, 548

Coronación: 44, 49, 193, 583-585 • del Señor y la Virgen: 583

Cristo: 30-32, 37-39, 41, 44, 45, 50, 54-59, 65, 71-74, 76, 80, 83, 84, 86-93, 96-98, 103, 105-107, 110, 111, 115, 121, 123, 124, 127, 136, 138, 141, 147, 150-153, 157, 158, 166-169, 171, 176, 179, 182, 187, 188, 194, 195, 207, 210, 212, 215, 229, 242, 245, 249, 250, 255-257, 259, 261, 262, 265, 274, 277, 278, 280, 296, 297, 299, 300, 305, 308, 309, 311, 315, 317, 321, 323, 350, 358, 359, 362, 368, 373, 378-382, 384, 390, 391, 394, 403, 404, 409, 411, 412, 414, 416, 422, 425, 426, 431, 436, 437, 439, 444, 445, 453, 458-460, 476, 479, 481-484, 487, 493-495, 497, 498, 500, 501, 503-505, 507, 532, 535, 537, 545, 554, 555, 562, 564, 567, 572, 573, 575-577, 580 • Sumo Sacerdote: 43 • Total: 30 • Vecino: 451, 452

Crucifijo: 56, 91, 359

Cruz: 28, 31, 37, 54, 56, 59, 72, 74, 77, 84, 92, 94-100, 125, 126, 128, 149, 153, 155, 182, 193-199, 201, 203-206, 229, 230, 232, 242, 255, 276, 362, 370-373, 384, 400, 408, 414, 416, 431, 459, 476, 482, 498, 500, 501, 504, 507, 515, 525, 544, 545, 555, 565, 568, 574, 577 • base de toda orientación: 93 • Camino de la Cruz: 110, 192 • *Véase* **Vía Crucis** • etimología incierta: 91

Cuatro Témporas: 375-377

Cuerpo Místico: 40, 42, 56, 89, 109, 120, 247, 378, 451, 460, 479 • Cabeza del

Cuerpo Místico: 30 • miembros más perfectos: 87

Culto: a Dios: 23, 24, 120, 131 • de hiperdulía: 482 • digno: 23, 120

Cultura: 44, 47, 89, 103, 120, 136, 151, 179, 213-216, 219, 226-228, 241-245, 252, 253, 272, 289, 296, 315, 332, 333, 346, 347, 451 • de la muerte: 116, 208, 209, 220 • musical: 320, 323, 324 • de la vida: 116, 220, 221 • Cursos de Cultura Católica: 185, 329, 330, 388

D

Diócesis: 26, 27, 39, 40, 56, 159, 168, 170, 172, 183, 292, 293, 296, 301, 304, 315, 319, 369, 374, 384, 385 • porción del pueblo de Dios: 291 • patrono: 27

E

Ecumenismo: 222

Ejercicios Espirituales: 214, 267, 270, 271, 273, 274, 277, 278, 302, 334, 357, 388, 390-394 • de San Ignacio: 273, 332, 343, 390 • por internet: 394 • en las CC. MM.: 271, 272, 277 • por qué hacerlos: 390 • recomendados por la Iglesia: 392

Enfermos: 44, 84, 413, 414, 470 • pastoral de los enfermos: 302, 419

Ermita: 48, 51, 52, 69, 112, 530

Escapulario: 29, 429-435, 485, 531, 575, 577 • efectos: 433 • y San Juan Pablo II: 431, 432 • y San Juan María Vianney: 433 • y San Alfonso María de Ligorio: 262, 433, 434

Esclavitud de amor: 492, 495, 497, 548, 555 • excelencias: 495

Estaciones Cuaresmales: 370

Eucaristía/Eucarística: 39, 53, 54, 56, 57, 61, 62, 67, 76, 84, 100, 148, 149, 160, 258, 260, 264, 265, 283, 299, 341, 362, 373, 380, 418, 421, 438, 546 • dominical: 146, 150 • adoración: 257, 389 • adoración: 85, 151-153, 256, 257, 261, 265, 280, 281 • culto a la: 256, 257, 261, 267 • fuera de la Misa: 153, 257, 261, 267 • como viático: *Véase* **Viático** • Cristo, presente en la Eucaristía: 261, 280 • celebración: 37, 41, 43, 44, 56, 61, 75, 81, 126, 149, 262, 416 • Jesús en la Eucaristía: 100, 101, 167 • promover la devoción: 266 • reserva de la Eucaristía: 256 • cofradías: 281 • comunidad: 146, 215 • Comunión fuera de la Misa: 416, 417

Examen particular: 548, 549, 551

F

Familia: 26-28, 39, 49, 52, 101, 134, 137, 142, 177-180, 184, 185, 203, 211, 212, 228, 229, 235, 236, 248, 266, 277, 282, 286, 295, 298, 299, 304, 307, 308, 311, 318, 336, 341, 343, 346, 349, 354, 358, 365, 369, 378, 384, 386, 397, 400, 404, 413, 415, 437-439, 441, 457, 504, 515, 529, 534, 535, 573, 578-580 • de Dios: 110, 154, 183, 251, 297, 363 • espíritu de familia: 356 • [Movimiento Familiar Cristiano]: 318, 319 • [Centro Familiar]: 213-215 • *Véase* **Iglesias domésticas**

Feligreses: 32, 42, 173, 220, 224, 246, 266, 297, 338, 362, 366, 408, 413, 430, 441, 442, 451, 453

Fidelidad: 88, 102, 107, 116, 155, 158, 202, 219, 275, 276, 279, 284, 285, 288, 289, 300, 307, 308, 315, 362, 414, 445, 547, 557, 568, 572, 575, 585 • pacto: 363, 573, 575, 576 • con el Señor: 157, 282, 283, 363

Fiesta/s: 27, 28, 35, 36, 44, 101, 118, 126, 132-135, 142, 147, 172, 207, 215, 230, 232, 259, 262, 337, 355, 363, 371, 378, 386, 398, 405, 406, 409, 411, 422, 433, 434, 438, 439, 453, 475, 510, 525, 527, 530, 531, 534, 535, 575, 577 •

popular: 446 • de precepto: 40 • canto y fiesta: 117 • patronales: 29, 246, 362 • santificarás las fiestas: 232 • pascuales: 359 • de la Divina Misericordia: 213

Fin del hombre: 462, 463

Formación: 82, 103, 122, 136, 177-179, 190, 191, 208, 210, 216, 218, 222, 224, 246, 254, 269-273, 283, 291, 300, 304, 306, 310, 311, 316, 331, 334, 342, 346, 351, 353, 357, 358, 380, 388, 404, 419, 451 • de los docentes de religión: 180 • integral: 190, 346 • cultural: 179 • catequética: 179 • intelectual y espiritual: 191 • humana y espiritual: 224 • permanente: 208, 388 • jornadas: 210, 214, 215 • litúrgica: 218, 246 • ecuménica: 222 • del congregante mariano: 272 • de la juventud/de los jóvenes: 269, 353, 358 • de los seminaristas: 404 • de los clérigos: 419 • de los laicos: 222

G

Grupo: de Biblia: 185 • de Bioética: 218 • de Canto: 247 • de misión: 190 • de apostolado provida: 208

H

Homilía: 50, 70, 80, 167, 172, 303, 309, 323, 337, 338, 340, 360, 361, 402, 404, 415, 419, 460 • dominical/del domingo: 172 • no se omita: 360, 361

I

Iglesias domésticas: 33, 316, 359

Imágenes: 34, 42, 89, 102, 104, 108, 210, 245, 282, 394, 411, 440, 453, 458, 534, 539, 561, 562, 571 • sagradas/sacras: 51, 52, 103, 106, 107, 440 • culto: 105 • expresarse a través de las imágenes: 431 • veneración: 103

Incensación: 38, 57

Internet: 211, 216, 242-245, 394, 406 • y evangelización: 243-245

Indulgencias: 44, 113, 257, 365, 421, 433, 434, 437, 509, 510, 529, 572, 575

J

Jesucristo: 169, 172, 248, 249, 257, 289, 338, 347, 365, 378, 451, 459, 469, 474-480, 482-517, 532-539, 553-556, 560-576, 578 • Buen Pastor: 84, 154, 181 • Salvador: 233, 321, 436 • y su Madre: 481, 569, 574, 577

Juventud: 59, 100, 203, 269, 284, 285, 298, 324, 330, 353, 355, 358, 431, 507 • Obrera Católica: 285

K

Kermés: 446, 447

L

Laicos: 26, 60, 70, 159, 160, 179, 180, 184, 222, 224, 263, 281, 289, 291, 300, 332, 448 • que se dediquen a la acción educativa: 350 • apostolado de los laicos: 305 • participación en la Liturgia de las Horas: 379

Legión de María: 309-312, 531

Limosna: 248, 249, 297, 345, 465, 527, 531

Liturgia: 26, 38-40, 44, 53, 54, 56-59, 63, 66, 68, 69, 75, 77, 80, 83, 88-90, 92-94, 103, 105, 108, 111, 116-118, 120, 121, 125, 126, 133, 134, 153, 176, 178, 247, 256, 262, 263, 272, 277, 282, 283, 291, 298, 324, 359, 362, 366, 371, 372, 377-379, 381, 394, 423, 424, 458 • de la Horas: 92-95, 117, 118, 262, 263, 378, 379, 381, 423, 534 • Oriental: 367 • comisión: 246 • relaciones entre caridad y liturgia: 299 • tentación de abreviar la liturgia: 361

M

Mártires: 28, 29, 38, 75, 89, 150, 213, 262, 283, 371 • honor de los mártires: 59, 374

Martirologio Romano: 284, 368-370 • incluye a los santos: 368-370

Misa: 32, 41, 47, 49, 58, 59, 81, 100, 119, 125, 127, 140-142, 145, 148-151, 153, 156, 167, 213, 228, 247, 257, 261, 267, 285, 336, 354, 358, 361, 363, 367, 370-373, 453, 526, 544 • dominical: 145, 147-150, 247, 577 • viva actualización del sacrificio: 147 • perpetuación del Sacrificio: 147 • Santo Sacrificio: 83, 152, 166, 421

Misericordia: 100, 125, 150, 154, 214, 227, 235, 297, 307, 316, 322, 334, 361, 385, 411, 435, 437, 438 • Divina Misericordia: 124, 159, 213 • obras de misericordia: 45, 177, 191, 248-250, 297, 397, 414, 439, 465, 527

Misión: 76, 96, 98, 110, 112, 146, 169, 170, 172, 216, 242, 245, 246, 340, 344, 348, 350, 352, 390, 391, 429 • parroquial: 382 • pre misión: 386 • propiamente dicha: 386, 387 • post misión: 386, 388 • esencia de la Parroquia: 389 • de la Iglesia: 170, 216, 291, 316 • evangelizadora: 190, 242, 245, 303 • de las escuelas católicas: 348 • programa: 387

Misiones Populares: 50, 191, 214, 215, 356, 357, 382-385, 405, 408, 451

Monaguillos: 80, 282, 283, 285

Movimientos eclesiales: 317

Música: 117, 132, 136, 139, 148, 226, 228, 230-233, 237, 239, 241, 320-324, 363, 491, 521, 574 • sacra: 61, 120, 121, 148 • grupo de Canto y música: 247 • canto y la música: 116, 118-120 • sagrada: 116, 119, 120, 246

N

Novenas: 29, 344, 404-406, 535

O

Obispo: 25, 30, 32, 36, 39-42, 300, 301 • de Roma: 40 • de los Sagrarios abandonados: 85, 428 • Sede: 32, 39, 40 • principio y fundamento visible de la unidad: 40

Oración: 43, 49, 50, 71, 116, 117, 127, 154, 192, 210-212, 214, 215, 222, 234, 262, 263, 301-303, 312, 365, 366, 370, 373-380, 406, 407, 420-425, 427-429 • arte de la oración: 379, 426 • en la Sagrada Escritura: 406

Oratorio: 48, 49, 84, 127, 129, 190, 416, 417, 510 • festivo: 190, 353, 354, 356 • no es oratorio: 354 • espíritu de oratorio: 355 • medio de formación de la juventud: 353

P

Palabra: 34, 43, 44, 63, 65, 71, 89, 160, 167, 169, 176, 178, 186-190, 251, 255, 274, 284, 299, 303, 321, 360, 473, 508 • de Dios: 34, 43, 44, 64, 68, 69, 71-75, 81, 89, 160, 167, 169, 176, 178, 186-190, 247, 251, 284, 299, 303, 360, 375, 378, 508 • liturgia de la Palabra: 38, 68, 372 • ministro de la Palabra: 70

Papa: 41, 42, 47, 49, 109, 273, 274, 308, 309, 371, 375, 380, 392, 402, 415, 421, 510, 538, 542, 579 • Cabeza visible de la Iglesia: 40

Párroco: 165-171, 173-176, 178-180, 291-299, 337, 338 • responsable principal de la catequesis: 177 • y sus vicarios: 165, 172, 448 • oficio: 360

Parroquia: 26, 145-161, 215 • Principalmente es: 353 • comunidad de caridad: 297 • más abandonada: 452 • y la Misa dominical: 145, 147, 148

Parroquial: 165, 167, 171, 175, 177, 180, 184, 185, 210, 217, 223, 266, 282, 296, 299, 329, 337, 338, 340, 345, 451,

461 • boletín: 217, 335 • *Caritas*: 296, 299 • casa parroquial: 448 • despacho parroquial: 441 • comunidad parroquial: 145, 147, 148, 165, 167, 168, 223, 266, 282, 295, 299, 356, 365, 389, 401, 404, 415 • equipo parroquial: 184 • Escuela parroquial: 335, 345, 353, 366 • Iglesia parroquial: 49, 431 • librería parroquial: 246, 290 • pastoral: 291, 292, 295, 309, 359, 362, 415, 441

Patrono: 26, 374 • día del patrono: 363 • elección del patrono: 27 • celebración del patrono: 27

Peregrinación: 47, 48, 238, 319, 409, 518, 534, 571 • de la Iglesia: 148, 408 • característica esencial: 410 • dimensión cultual: 411 • dimensión apostólica: 411 • dimensión de comunión: 412

Perseverancia: 190, 398, 438, 439, 500, 536, 557, 558, 561

Pesebre: 228-230, 237, 238, 241, 364, 507, 508

Piedra Fundamental: 30, 32 • representa a Cristo: 30

Pobres: 52, 199, 201, 211, 213, 214, 221, 229, 239, 248, 255, 297, 299-303, 305, 308, 310, 349, 355, 411, 470, 507, 526, 527, 557, 575 • de espíritu: 99, 506, 508 • socorrer/ayudar a los pobres: 250, 270, 571

Presidencia: 77, 79-81, 292 • del sacerdote celebrante: 76, 77 • del obispo: 41 • sede de la presidencia: 78

Procesión/es: 90, 153, 159, 210, 260, 261, 281, 361, 363, 371-376, 383, 386-388, 401, 407, 408, 535 • del *Corpus*: 42, 281 • de entrada: 360 • de salida: 408 • con el Santísimo: 257, 260 • ordenada por el Misal Romano: 408

R

Reliquias: 28, 29, 36-38, 42, 85-91, 108, 256, 374 • debajo de los altares: 59

Rito: 28, 33, 49, 119, 140, 360, 368, 171, 178, 246, 362, 367, 372, 375, 376, 417, 444-446 • cristiano: 25 • de la aspersión: 125, 126 • penitencial: 125, 126 • en la Iglesia: 366

Rosario: 31, 141, 209-211, 261, 272, 277, 303, 311, 312, 319, 406, 408, 419, 425-427, 430, 440, 453, 460, 475, 481, 518, 519, 531-533, 535, 541, 564-567, 571-573, 575, 577 • Santo Rosario: 31, 272, 319, 358, 387, 400, 401, 419, 421-424, 428, 429, 453, 510, 551 • sacerdotal: 428 • de la aurora: 408 • dimensión bíblica y litúrgica: 420 • objeciones contra el Rosario: 427

S

Sacerdocio: 39, 58, 77, 112, 148, 154, 156, 158-160, 167, 215, 281, 464 • ministerial: 76, 148, 151, 166, 167, 278, 316, 317 • común de los fieles: 166

Sacramentales: 33, 44, 55, 81, 246, 430, 432, 433, 443-445 • cuádruple dimensión del signo en los sacramentales: 445 • uso: 432 • abuso: 432 • [sacramental del] agua bendita: 37, 127 • [sacramental del] escapulario: 430 • *Véase* **Escapulario**

Sacramento: 23, 45, 50, 51, 61, 66, 89, 90, 103, 105, 108, 111, 114, 115, 118, 124, 125, 127, 140, 151-155, 159-161, 165, 167, 176, 192, 215, 251, 257-264, 267, 271, 280, 281, 284, 316, 337, 358, 364, 374, 376, 379, 387, 408, 410, 417, 418, 432, 433, 436, 438, 441, 444-446, 451, 460, 478, 510, 552, 573 • del Bautismo: 123, 126, 361 • de la Eucaristía: 44, 61, 81, 423, 465 • de la Confirmación: 178 • de la Reconciliación o Penitencia: 125, 176, 316, 372, 417 • de la Unción de los Enfermos: 44, 451 • del Matrimonio: 178, 211, 437 • del Orden: 80, 166

Sacrificio: 25, 34, 38, 39, 41, 53-55, 58, 59, 62, 63, 76, 77, 83, 88, 97, 126, 140,

148, 151-154, 166, 191, 207, 211, 250, 257, 264, 265, 345, 371, 416, 421, 441, 442, 453, 478, 501, 509, 531, 543, 544, 568, 574, 583 • algo sagrado: 24, 471 • actualización: 147 • ara del sacrificio: 55

Salmos: 119, 121, 207, 262, 263, 371, 374, 378- 380, 382 • comprensión de los salmos: 181, 410 • recitación de los salmos: 381

Santidad: 62, 86, 89, 95, 98-100, 110, 125, 134, 148, 151, 270, 277, 278, 283, 302, 308, 309, 365, 368, 370, 379, 390, 392, 409, 411, 422, 426, 464, 481, 482, 488, 498, 517, 523, 538, 541, 548, 554, 556, 557, 569, 576, 577 • del lugar: 33, 59, 70 • del altar: 55 • como último fin: 461 • deseo de santidad: 315 • frutos de santidad: 113, 391

Santos: 27-29, 35, 38, 43-45, 54, 55, 59, 75, 85, 88, 89, 109, 110, 124, 125, 127, 141, 213, 249, 258, 283, 307, 319, 341, 349, 353, 359, 368-373, 375, 384, 385, 388, 391, 402, 405, 409, 411, 421, 426, 429, 432, 439, 463, 464, 473, 475, 476, 481, 487, 492, 496, 497, 498, 502, 525, 550, 556, 560, 564, 565, 575, 576 • las imágenes nos recuerdan a los santos: 103, 104, 107, 108 • reliquias: 85, 87-90, 374

Santuario: 23, 32, 36, 42-48, 51, 63, 103, 112, 374, 410-412, 426, 534 • privilegios: 44 • función cultual: 44

Scouts Católicos: 312-314

Sede: 26, 27, 39, 40, 42, 44, 53, 56, 68, 71, 75-81, 89, 114, 177, 178, 222, 223, 292, 293, 300, 303, 373, 437 • del Obispo: 32 • única: 79 • características estructurales: 78, 81

Símbolos religiosos: 65

Servicio: 35, 49, 62, 76, 78, 80, 120, 148, 166, 169, 171, 251, 252, 254, 259, 272, 275, 277, 283-285, 295, 298, 307, 312, 313, 315, 321, 324, 333, 342, 348, 349, 351, 370, 377, 378, 413, 427, 441, 445, 460, 468, 498, 500, 528, 547, 552, 574, 585 • del altar: 283, 285 • de la Iglesia: 255 • social: 304 • al prójimo/a los demás: 255, 304 • espíritu de servicio: 304, 441

T

Templo: 23-26, 29, 30, 32, 37, 38, 40, 42, 43, 51, 52, 54, 55, 57, 63, 66, 67, 75, 83, 87, 90, 93, 103, 123, 132, 133, 137, 139, 152, 153, 256, 257, 264, 267, 322, 338, 340, 367, 400, 405, 407, 430, 443, 462, 469, 470, 506, 519, 521, 522, 525, 526, 534, 541, 577, 584 • razones para erigir un templo: 24, 25 • dedicación del templo: 33, 35, 126

Titular: viii, 26, 28, 277, 359, 365

V

Verbo Encarnado: 74, 106, 215, 436

Verdad: 25, 30, 31, 37, 38, 50, 54, 57, 58, 60, 69, 71, 72, 77, 79, 80, 83, 98, 101, 102, 109, 110, 116, 122, 134, 166, 168, 170, 181, 183, 189, 208, 219, 220, 222, 224, 245, 250, 257, 265, 268, 269, 275, 276, 280, 285, 286, 314, 315, 317, 328, 340, 342, 348, 350, 362, 381, 383, 393, 414, 416, 451, 457, 468, 486, 493, 537, 548, 563, 564, 566, 567, 577, 580, 581 • Jesucristo es la Verdad: 484 • principio de la Verdad: 169 • Dios se identifica con la Verdad: 72

Vía Crucis: 110-115, 208, 341, 510 • cofradía: 191 • viviente: 191, 192, 194 • rezar para ganar indulgencias: 191

Vía Lucis: 115, 116

Vía Matris: 114, 115

Viático: 256, 258, 417, 418

Vida: 29, 31, 38, 40, 43-45, 50, 73, 74, 84, 87-89, 92, 95, 98-100, 108-111, 114, 116, 123, 124, 133, 135, 140, 145, 148, 158, 165, 169, 176-185, 196, 197, 208-214, 216-218, 225, 226, 246, 250, 258, 262, 265-267, 270-272, 276, 278, 284-288, 297,

298, 303, 307, 314-316, 320, 321, 339, 346, 347, 349-351, 353, 354, 356, 365, 369, 378, 380, 392, 400, 402, 411, 414, 418, 419, 421, 441-445, 451, 453, 474, 477, 479, 484, 495, 500, 511, 516, 576, 577, 583 • escuela de vida: 357, 358 • Evangelio de la vida: 219-221 • cultura de la vida: 116, 220, 221 • Palabra de vida: 74

Virgen María: 235, 365, 366, 368, 394, 400, 411, 457, 467, 468, 471-480, 497-499, 527, 540 • amor a la Virgen: 481, 482, 528, 541, 549, 564, 571, 576 • mes de mayo: 394 • Madre de Dios: 31, 32, 104, 144, 198, 235, 268, 275, 276, 419, 422, 425, 434, 435, 457, 459, 481, 499, 537, 541, 555, 563, 564, 578-580 • devoción: 482, 485, 498 • *Véase* **Consagración a la Virgen** • coronación: 584 • *Véase* **Coronación del Señor y de la Virgen**: 583 • prácticas especiales en honor de la Virgen: 530

Vocación: 76, 107, 158, 166, 170, 171, 212, 219, 225, 268, 301, 307, 310, 314, 316, 401, 403, 404, 409, 419, 431, 460, 470, 575, 585 • universal: 368, 409 • a la vida consagrada: 214, 265, 317, 402 • pastoral vocacional: 168

Voluntariado: 253, 304

Índice analítico

Prólogo xi

Presentación xiii

a. La parroquia es Jesucristo xiii
b. Cada parroquia está fundada sobre una realidad teológica xiv
c. Necesidad obliga xv

La parroquia xvii

PRIMERA PARTE: **LA INFRAESTRUCTURA**

Capítulo 1: El lugar del culto 23

1. El templo 23
   a. Es una exigencia natural del culto 24
   b. Es una exigencia del pecado 24
   c. Es una exigencia de nuestro rito cristiano 25
2. Los Patronos 26
3. La piedra fundamental 30
4. Dedicación del templo 33
   a. El ritual de la dedicación de las Iglesias 36
   b. El ordo actual: Ordo dedicationis ecclesiae et altaris (1977) 37
5. La catedral 39
   a. Sede del obispo 39

b. Obispo nos une a Pedro....40
6. Los santuarios....42
7. Capillas y ermitas....48
a. Las capillas....48
b. Las ermitas....51
Capítulo 2: Los tres polos de la acción litúrgica....53
A. El mobiliario del sacrificio....53
El Altar....53
a. Una realidad sagrada absolutamente única y original....54
b. El altar: ara del sacrificio y mesa del banquete....55
c. Centralidad, unicidad, solidez, belleza....56
d. El altar: honor de los mártires....58
e. Destinación exclusiva del altar al culto divino y personas a él vinculadas....59
f. El cuidado del altar....60
g. La utilización de una mesa común....61
h. La no comerciabilidad del altar....62
B. El mobiliario de instrucción....63
1. El ambón....63
A. ¿Qué es?....63
a. El ambón: «monumentum resurrectionis»....64
b. Las notas constitutivas del ambón....66
1.º La unicidad....67
2.º El espacio propio....67
3.º La elevación....68
c. Los ministros ligados al lugar del anuncio pascual....69
d. Las actividades que se pueden llevar a cabo desde el ambón....70
e. Otras precisiones....70
B. «La Palabra de Dios»....72

a. La Palabra de Dios 72
b. Dios dice su Palabra 72
c. Efectos de la Palabra escrita de Dios 73
d. La predicación....74
2. La Sede....75
a. El tercer punto de referencia de la celebración eucarística....75
b. La expresión material del «munus praesidentialis» 76
c. Las características estructurales de la sede 77
1.º La preeminencia....78
2.º La visibilidad....78
3.º La consideración del contexto 79
d. El respeto de la sede 79
e. La utilización del espacio propio del presbítero 80
f. El uso ritual de la sede presidencial 80

Capítulo 3: Los accesorios del altar 83

1. El sagrario 83
2. Las reliquias de los santos 85
a. Fueron miembros de Cristo....86
b. Fueron templos y órganos del Espíritu Santo....87
c. Las almas que los informaron ya gozan de la vista de Dios....87
d. Ellos son los miembros más perfectos del Cuerpo Místico 87
e. Dios mismo honra las reliquias de los santos....87
f. El resto de cuerpo se ha de juntar de nuevo con su alma....88
3. El Crucifijo 91
a. Sentido literal....91
b. Sentido figurado....92
c. Sentido simbólico....92

d. Sentido metafórico o moral 95
e. Cruz y bienaventuranzas....98
4. Los cirios....101

Capítulo 4: El mobiliario del templo 103

1. Las imágenes 103
2. Los santos 108
3. El Vía Crucis....110
a. ¿Qué es? 110
b. ¿Cuál es su finalidad?....111
c. ¿Cuál es su historia?....111
d. Su rezo, ¿tiene indulgencias?....113
e. Deseo 114
f. El «Vía Matris»....114
g. El «Vía Lucis»....115
4. El canto y la música sagrada 116
a. El canto expresa y realiza nuestras actitudes interiores 117
b. El canto hace comunidad 117
c. El canto hace fiesta....117
d. El canto tiene una «función ministerial» 118
e. El canto, sacramento 118
f. Canta y camina 119

Capítulo 5: El mobiliario de purificación 123

1. La pila bautismal....123
2. Los confesonarios....124
3. Las pilas de agua bendita....125

Capítulo 6: El mobiliario de invitación....131

Las campanas....131

a. Etimología....131
b. Vocabulario....132
c. Oficio, simbolismo, poder....133
d. De bronce y de cielo…....135
e. Historia....136
f. Fabricación....136
g. El sonido....139
1º El campanario de Rabanera del Pinar....141
2.º Las torres de la Sagrada Familia....142
h. El significado religioso....142

Capítulo 7: El corazón vivo de la parroquia....145

1. La Misa dominical....145
2. La adoración eucarística....151
3. La Hora Santa....154

SEGUNDA PARTE: **EL FACTOR HUMANO**

Capítulo 8: Las personas....165

1. El párroco y sus vicarios....165
a. Principios Generales sobre el Gobierno Pastoral....169
1.º Algunos principios fundamentales....169
2.º El principio Trinitario....169
3.º El principio de la verdad....169
4.º El principio de la comunión....170
5.º El principio de la colaboración....170
6.º El principio del respeto de las competencias....171
7.º El principio de la persona justa al puesto justo....171
8.º El principio de justicia y legalidad....172
b. Los pecados de un hombre de acción....173
2. Las Instituciones Parroquiales....176
A. El oficio de enseñar....176

1. La catequesis 176
   a. Dimensiones de la catequesis 176
   b. El párroco, responsable principal de la catequesis parroquial 177
   c. Formas de catequesis 177
   d. Ambientes en los que se desarrolla la catequesis 178
   e. Enseñanza de la Doctrina Social de la Iglesia 180
   f. La formación de los docentes de religión 180
   g. Un ejemplo de San Juan Pablo II 181
   h. Para adultos 182
2. Grupo de Biblia 185
3. Grupo de Misión 190
4. Cofradía del Vía Crucis 191
   a. Un ejemplo: Vía Crucis o Camino de la Cruz 192
   b. Viernes de la Pasión y muerte del Señor –Solemne Vía Crucis viviente– 194
5. Grupo Provida 208
   Una experiencia muy interesante: Centro Familiar Juan Pablo Magno de Toronto (Parroquia San Agustín de Canterbury) 213
6. Los medios de Comunicación Social 216
   a. Transmisión de la doctrina cristiana mediante los instrumentos de comunicación social 217
   b. Los instrumentos católicos de comunicación 217
7. Grupo de Bioética 218
8. La pastoral ecuménica 222
9. La pastoral en ámbito plurirreligioso 223
10. Grupo de teatro y de títeres 224
   a. Grupo de teatro 225
   b. Grupo de títeres 228
11. Asociación de los Pesebres Navideños 228
12. Academia 241

13. El mundo del ciberespacio 242
a. Un nuevo «foro» 242
b. Ofrece magníficas oportunidades para la Evangelización 243
c. Otras cuestiones que se plantean en el uso de Internet 244
d. Mostrar el rostro de Cristo 245
14. Librería Parroquial 246

B. El oficio de santificar 246
1. Comisión de liturgia 246
2. Los Hogarcitos 248
«Carta magna» para aquellos que trabajan en las obras de misericordia 250
3. Hermandad de adoración nocturna (o noche heroica) 256
a. Primeras manifestaciones del culto a la Eucaristía fuera de la Misa 257
b. Celebración del Corpus y exposiciones del Santísimo 260
c. La piedad eucarística en el pueblo católico 261
d. Las vigilias de la antigüedad, primer precedente de la adoración nocturna 262
e. Otros precedentes 264
f. Naturaleza de la adoración nocturna 264
g. Fines 265
4. Las Congregaciones Marianas 268
a. Naturaleza 268
1.º ¿Qué son las Congregaciones Marianas? 268
2.º ¿Por qué se dicen asociaciones religiosas? 268
3.º ¿Por qué estas asociaciones se llaman Marianas? 268
4.º ¿Quién fue el fundador de las CC. MM.? 269
5.º ¿Cuáles son las «notas exteriores» del verdadero congregante? 269

6.º ¿Cuál es el fin de las CC. MM.? 269
7.º ¿En qué consiste la santidad del congregante? 270
8.º ¿Qué condiciones debe reunir nuestro apostolado? 270
9.º ¿Cómo cumple el congregante su compromiso de defender la Iglesia? 270
10.º ¿Cuáles son los medios propios de las para alcanzar sus fines? 271
11.º ¿Qué es la Regla de Vida? 271
12.º ¿Qué otras prácticas de piedad se han ejercitado tradicionalmente en las CC. MM.? 272
13.º ¿Qué campos abarca la formación del congregante mariano? 272
14.º ¿Cómo debe participar el congregante en la vida de la Congregación? 272
b. Espiritualidad de las CC. MM. y Consagración a la Virgen 273
15.º ¿Cuáles son las fuentes esenciales de la espiritualidad de las CC. MM.? 273
16.º ¿Qué significa la palabra devoción? 273
17.º ¿Por qué la devoción a la Santísima Virgen es fuente esencialde la espiritualidad de las CC. MM.? 273
18.º ¿Por qué los Ejercicios Espirituales de San Ignacio son fuente esencial de la espiritualidad de las CC. MM.? 273
19.º ¿Qué es la Consagración a la Virgen en una Congregación Mariana? 274
20.º ¿Por qué el congregante se consagra a la Virgen? 274
21.º ¿Qué dos obligaciones comporta la Consagración? 274
22.º ¿Cómo debe vivir el congregante su Consagración? 275

c. Devoción a la Santísima Virgen 275
23.º ¿En qué consiste la esencia de la devoción a María? 275
24.º ¿Qué notas debe tener la devoción del congregante a la Virgen? 275
25.º ¿Cómo debe vivir el congregante su devoción mariana? 276
26.º ¿Qué formas engañosas de devoción debe evitar el congregante? 276
27.º ¿Es aconsejable esta intensa devoción mariana? 276
28.º ¿Dónde buscan las CC. MM. las fuentes de su devoción a María? 277
29.º ¿Es la Virgen la única patrona de la Congregación? 277
30.º ¿En qué se funda la conveniencia de tener un patrono secundario? 277
d. Ejercicios Espirituales de San Ignacio.....278
31.º ¿Cómo se refleja en las CC. MM. la espiritualidad de los Ejercicios Espirituales? 278
32.º ¿Cuál es la finalidad de los Ejercicios Espirituales? 278
e. Elementos orgánicos de una Congregación Mariana 278
33.º ¿Cuáles son los principales elementos u órganos de una CC. MM.? 278
34.º ¿En quién reside el poder de gobernar una CC. MM.? 279
35.º ¿Cómo y con qué frecuencia se eligen los miembros de la Junta de Gobierno? 279
36.º ¿Para qué se reúne la Junta de Gobierno? 279
37.º ¿Qué tipos de Actos ordinarios tiene la Congregación? 279
38.º ¿Qué importancia tiene la Instrucción de los candidatos quedesean ingresar en una CC. MM.? 279

39.º ¿Para qué se establecen el Postulantado y el Aspirantado? 279
40.º ¿Quiénes, en general, pueden decirse aptos para ingresar en una CC. MM.? 279
f. Signos externos de las CC. MM. y unión entre ellas 280
41.º ¿Qué significa la medalla de la Congregación? 280
42.º ¿Qué uso debe hacer el congregante de la medalla? 280
43.º ¿Qué significa la insignia de la Congregación? 280
44.º ¿Qué unión debe existir entre los miembros de una Congregación? 280
5. Caballeros del Santísimo Sacramento 282
6. Los monaguillos 282
7. Juventud Obrera Católica (JOC) 285
a. Objetivos y características de la JOC 288
C. El oficio de pastorear 290
1. Los Consejos Parroquiales 290
a. El Consejo Pastoral 290
b. El Consejo Económico 292
1.º En el ámbito diocesano 292
2.º En el ámbito parroquial 293
3.º Principales criterios para la administración de bienes 294
4.º Participación de los fieles al sostenimiento de la Iglesia 296
2. *Caritas*. El ejercicio de la caridad 296
a. Siguiendo la huella de Cristo 296
b. La parroquia, comunidad de caridad 297
c. Las obras de asistencia 298
d. Espíritu genuino de las obras asistenciales de la Iglesia 299
e. Relaciones entre caridad y liturgia 299

f. *Caritas* parroquial – *Caritas* diocesana.....299
g. Un ejemplo de San Juan Pablo II 301
3. Los «asistentes sociales» y los voluntarios 303
a. Los «asistentes sociales».....304
b. Los voluntarios 304
4. Acción Católica.....305
5. La Legión de María 309
a. El nombre.....309
b. ¿Quiénes pueden pertenecer? 310
c. ¿Qué hace?.....310
d. Su sistema.....310
e. Los trabajos: deben ser activos y sólidos. 311
f. Los socios… 312
6. *Scouts* católicos 312
7. Los Movimientos Eclesiales 315
Movimiento Familiar Cristiano 318
8. El Club de la Alegría 319
9. Instituto «Domenico Zipoli». Un instituto para la difusión de la cultura musical.....320
a. Nombre.....320
b. El emblema: un ángel músico 321
c. Fin.....323
d. Los objetivos.....323
e. Los medios.....324

TERCERA PARTE: **LA ACCIÓN APOSTÓLICA**

Capítulo 9: La pastoral parroquial 329

A. El oficio de enseñar 329
1. Cursos de cultura católica.....329
2. El boletín parroquial 335
a. La hoja parroquial.....337
b. Una dificultad.....337

c. El látigo ¿parroquial?....338
d. Otra dificultad....339
e. La soberanía pulmonar....340
f. Conclusiones para extender la misión de enseñar de la parroquia....340
g. Las «Hojitas»....341
3. Buena Prensa....341
4. Escuela parroquial....345
a. La escuela....346
b. La escuela católica....347
c. Los maestros....350
d. Los frutos....351
e. Una fervorosa sugerencia....352
5. Oratorio....353
6. Campamentos....356
7. Cuadros, postales y estampas....359
B. El oficio de santificar....359
1. Semana Santa....359
2. Fiestas Patronales....362
a. Pacto de Fidelidad con el Señor....363
b. Oración para la Consagración a la Santísima Virgen....365
3. Los ritos orientales....366
4. Martirologio Romano....368
a. ¿Qué es el «Martirologio Romano»?....368
b. ¿Cómo se lee el Martirologio Romano?....369
5. Estaciones Cuaresmales....370
a. Historia de las Estaciones cuaresmales....370
b. Cómo se desarrolla la celebración de las «Estaciones»....372
c. Algunas indicaciones prácticas....374

d. Rúbricas en la *tertia editio typica* del Misal Romano para la celebración de las «Estaciones» en el tiempo de Cuaresma....374
6. «Cuatro Témporas»....375
7. Liturgia de las Horas....378
8. Misiones populares....382
a. Fin....383
b. Fundamento....383
c. Clases....383
d. Actualidad....384
e. Métodos renovados y criterios actualizados....385
f. Medios útiles....386
g. Praxis....386
1.º La Pre-misión....386
2.º La Misión propiamente dicha....387
3.º La Post-misión....388
h. La misión, esencia de la parroquia....389
9. Ejercicios espirituales....390
Ejercicios Espirituales por Internet....394
10. El mes de María....394
a. Mes de María según el Beato Francisco Palau....395
b. Mes de María (Royo Marín)....398
c. Otro modo de vivir el mes de María....399
d. Mes de María en la Parroquia San Pablo de Villa Constitución (Rosario, Santa Fe)....401
11. Las vocaciones....401
12. Las novenas....404
a. ¿Qué es?....404
b. Los santos las practicaron y recomendaron....405
c. Qué nos dice la Sagrada Escritura....406
13. Las procesiones....407
14. Las peregrinaciones....408

15. La «parroquia portátil»: Comunión de los enfermos 413
a. Pastoral de enfermos 413
b. Diversidad de ministerios.....415
c. La Comunión fuera de la Misa.....416
d. El Viático.....417
16. El Santo Rosario.....419
a. Oración insigne y poderosa.....420
b. Dimensión bíblica y litúrgica del Rosario.....420
c. Oración muy recomendada por los Papas.....421
d. Algunas objeciones.....427
e. El Rosario sacerdotal.....428
17. El Santo escapulario 429
a. Etimología.....429
b. Historia 429
c. Significación 430
d. Conveniencia.....430
e. Abusos 432
f. Efectos.....433
g. Indulgencias.....434
h. Epílogo 435
18. Devoción al Sagrado Corazón de Jesús 435
19. Devoción al Corazón inmaculado de María.....439

C. El oficio de pastorear.....441
1. El despacho parroquial 441
La «pesca».....443
2. La bendición de los objetos religiosos 443
3. La kermés.....446
4. El Ateneo 447
5. La casa parroquial.....448

Conclusión

Parroquias abandonadas 452

Apéndice

1. Consagración a la Virgen.....457
1. Prólogo.....458
2. La santidad: nuestro último fin.....461
a. Diálogo.....461
b. Fin del hombre.....462
c. Medios para alcanzar el fin.....463
1.º Santificación del hombre.....463
2.º Cómo santificarse.....464
3.º Consagración.....467
d. Consagración a la Virgen María.....467
e. ¿Qué es consagrar?.....468
f. Consagración de personas.....470
3. Necesidad de la Devoción a la Virgen.....471
a. Dios quiso servirse de la Virgen en la Encarnación.....473
b. Dios quiso servirse de la Virgen durante la vida de Jesús en la tierra.....474
c. Dios quiere servirse de la Virgen María para la santificación de las almas.....476
d. Exhortación.....480
4. ¿Por qué tener devoción a la Virgen?.....482
a. Jesucristo es el fin último de la devoción a la Virgen María.....482
b. Debemos vaciarnos de lo malo que hay en nosotros.....485
c. Tenemos necesidad de un mediador para con Jesucristo.....487
d. Nos es difícil conservar las gracias recibidas de Dios.....489
e. Pertenecemos a Jesucristo y a María como esclavos.....491
5. Excelencia de la esclavitud de amor.....495
a. Jesucristo se hizo esclavo.....496
b. La Virgen María fue esclava.....497
c. Los Apóstoles fueron y se llamaron esclavos.....497

d. Los santos del Antiguo Testamento fueron esclavos 497
e. Dios nos pide que seamos sus esclavos 497
6. La perfecta Consagración a Jesucristo 498
A. Perfecta Consagración de sí mismo a la Virgen María 499
a. Nuestro cuerpo con sus sentidos.....500
1.º Razones positivas 500
a. Jesucristo «entregó» su cuerpo. Lo consagró.....500
b. Dios nos pide que consagremos nuestro cuerpo y sus miembros 501
2.º Razones negativas 501
b. Nuestra alma con sus facultades.....503
1.º Razones positivas 503
a. Jesucristo entregó su alma. La consagró 503
b. Dios nos pide que entreguemos nuestra alma con sus potencias 504
2.º Razones negativas 505
c. Nuestros bienes exteriores.....506
1.º Jesucristo practicó la pobreza 507
2.º Dios nos pide que seamos pobres de espíritu.....508
d. Nuestros bienes interiores.....508
B. Perfecta renovación de las promesas del Santo Bautismo 514
7. Práctica de la Consagración 518
a. Consagración del cuerpo y los sentidos 520
1.º La vista.....520
2.º El oído 520
3.º El olfato 521
4.º La lengua 521
5.º El tacto.....522
6.º El gusto 522
7.º La imaginación.....522

8.º De todo el cuerpo....523
b. Consagración del alma y las facultades....524
1.º La inteligencia....524
2.º La voluntad....524
c. Consagración de nuestros bienes exteriores....527
d. Consagración de nuestros bienes interiores....529
8. Prácticas especiales en honor de la Virgen....530
a. Prácticas exteriores....531
b. Prácticas interiores....536
1.º Por María....537
2.º Con María....539
3.º En María....539
4.º Para María....542
9. Otras prácticas....543
a. La Santa Misa....543
1.º El ofertorio....545
2.º La consagración....545
3.º Comunión....546
b. Examen particular....548
c. Día del esclavo de amor....550
d. Examen de Conciencia....551
10. Efectos de la Consagración....552
a. Nos entrega al servicio de Dios....552
b. La Virgen hace de Mediadora ante Jesucristo....553
c. Es el camino que nos une a Jesucristo....554
d. Se obtienen grandes bienes para el prójimo....557
e. Es un medio admirable de perseverancia....557
f. Confianza en Dios y en María....559
g. La mayor gloria de Jesucristo....560
h. Nos transforma en imágenes de Jesucristo....561
11. Falsos y verdaderos esclavos de María....563
a. Devociones falsas....563

1.º Los devotos críticos 564
2.º Los devotos escrupulosos 564
3.º Los devotos exteriores 564
4.º Los devotos sentimentales 565
5.º Los devotos presuntuosos 565
6.º Los devotos inconstantes 566
7.º Los devotos hipócritas 566
8.º Los devotos interesados 566
b. Devoción verdadera 566
1.º Interior 567
2.º Tierna 567
3.º Santa 567
4.º Constante 568
5.º Desinteresada 568
12. Consagración 569
a. Preparación remota 570
b. Preparación próxima 570
c. Preparación inmediata 572
d. Día de la consagración 575
e. Después de la consagración 576
f. Bienaventuranzas del esclavo de amor 578
g. Acto de ofrecimiento y consagración a la Virgen de San Juan Pablo II en la Plaza de San Pedro el 25 de marzo de 1984 578
2. Coronación del Señor y la Virgen 583
a. Una alianza con María 583
b. La coronación de la imagen venerada 584
c. La coronaremos y nos consagraremos 584

Índice de materias 587

Índice analítico 595